EVA REINA

EL LIBRO DE LA MUJER

POR JOLANDA

Neurasténicos ❖ Anémicos ❖ Convalecientes

Consultad con vuestro médico, que os dirá no perdáis el tiempo y toméis enseguida el poderoso tónico reconstituyente:

Fosfo-Glico-Kola Doménech

que recomiendan los médicos
más eminentes del mundo.

De gusto y sabor agradables hasta parecer una golosina
Los niños y señoras lo toman con deleite
Un solo frasco basta para notar notable mejoría

Contra envío de 6 pesetas se manda un frasco certificado

Muestras gratis al autor: B. DOMENECH, farmacéutico,
RONDA SAN PABLO, 71 : BARCELONA : TELEFONO 2474

Farmacia.—Primer premio del Excmo. Ayuntamiento de Barcelona

EL CORTE PARISIÉN

Método MARTÍ

Sistema universal

Para aprender a cortar y confeccionar con perfección y buen gusto toda clase de trajes, abrigos y ropa interior para señora, caballero y niños.

Un tomo encuadernado primorosamente, franco de portes, **26'50** pesetas

Método MARTÍ de Corsés

Para aprender a cortar y confeccionar las últimas formas de corsés, sostén-pechos, mejora-cuerpos, tirantes, fajas, cinturas, corsés, de niña, maternales, etc., etc.

Un tomo encuadernado, franco de portes, **19** pesetas

El sistema de **Corte MARTÍ** es el único que no se aparta del modo intuitivo racional y práctico de trabajar, empleado en los buenos talleres de París y Londres y sus procedimientos metodizados para la transmisión de la enseñanza son estudiados en los propios establecimientos creadores de la Moda.

Las lecciones expuestas en dichos métodos son completas, claras, explícitas y detalladas. Basta su lectura y ver los grabados que muestran y enseñan a ejecutar todos los trabajos desde su principio hasta su término, para que toda señora o señorita pueda enseguida cortar y confeccionar sus trajes y los de la familia.

El incomparable **Método MARTI** con sus grandes y comprensibles ilustraciones de corte, prueba, montura libre y al maniquí, adorno, remate y planchado, ofrece la realidad de todos los trabajos del arte de modistería y sastrería como si fuesen aprendidos personalmente en la Academia Central. Su racional sistema de cortar permite sacar los más complicados figurines y modelos con la mayor facilidad y exactitud; es el único sistema que no tiene límites y que se adapta a todas las transformaciones de la Moda, haciendo el trabajo fácil, ameno e interesante. Todas las prendas cortadas y confeccionadas por el **Sistema MARTI**, se obtienen, por complicadas que sean, con menos de la mitad del tiempo que se emplea ordinariamente con los otros procedimientos. Enseña a la modista el modo de conducirse en la Dirección del trabajo y sin hacerse esclava del mismo a obtener mayores beneficios de su profesión.

El **Corte MARTI** es el **non plus ultra** de la elegancia y perfección, con el cual todos los trajes salen, por su maravillosa exactitud, con menos tela y sin necesidad de ninguna prueba, siendo

adoptado por las principales escuelas profesionales y casas de confección del mundo

Real privilegio ❖ Medallas de Oro ❖ Gran Prix

Miembro de Jurado, etc.

DE VENTA: Academia Central de Corte Martí — PASEO DE GRACIA, 42 Entresuelo, izquierda.

y en la Casa Editorial ARALUCE :—: :: CORTES, 392 :: Barcelona (España)

Neurast

FOSFO-GLICO-KOLA-DON

Cons

Fo

De

Co

Mu

Ro

Fa

S/F.A.

EVA REINA

EL LIBRO DE LA MUJER

LIBRERIA NASCIMENTO
Ahumada
Casilla 2398
SANTIAGO

DE LA MISMA AUTORA

LAS ÚLTIMAS VESTALES

Un tomo rústica . . .	Ptas.	3
Encuadernado en tela . .	"	4'50

AMOR SILENCIOSO

Un tomo rústica . . .	Ptas.	3
Encuadernado en tela . .	"	4'50

es de Anita Narr

EVA REINA

EL LIBRO DE LA MUJER

por la MARQUESA

María Plattis Majocchi (JOLANDA)

VERSIÓN ESPAÑOLA DE LA 5.ª EDICIÓN ITALIANA

TOMO I

ELEGANCIA : SALUD : BELLEZA : AMOR : COSTUMBRES SOCIALES
CONSEJOS Y NORMA DE LA VIDA FEMENINA CONTEMPORÁNEA
MORAL : EDUCACIÓN : HIGIENE : HISTORIA : CULTURA, ETC.

PREMIADA CON MEDALLA DE ORO EN LA EXPOSICIÓN FEMENINA DE MILÁN 1910

PUBLICADA POR LA CASA EDITORIAL ARALUCE
CALLE DE LAS CORTES, 392 :: BARCELONA

Es propiedad del Editor.

Imprenta Imperio, Eduardo y José Solá, Valencia, 200 - Teléf, 1282 G.

PRÓLOGO

No es un prólogo para esta obra, es una presentación de su autora lo que el editor señor Araluce pide hoy a mi pluma, ya porque ella fué la que primero se ocupó en España del hermoso libro «Eva Reina», ya porque de un libro de mujer, de mujer latina se trata, y las afinidades de nuestras almas son tantas, que fácilmente, a pesar de la distancia, una escritora puede bucear en el espíritu de otra y reconstituir por sus obras, su fisonomía moral.

He querido ser concienzuda al cumplir esta misión y presentar a nuestro público la graciosa figura de Jolanda con toda veracidad; inquirí datos y rasgos de su carácter en sus libros y sus artículos; pregunté con curiosidad inquisitorial a los amigos que la conocen, sobre todo al notable poeta Francisco Villaespesa, que me proporcionó un bellísimo estudio inédito, en el cual supo penetrar su delicado temperamento de artista en las reconditeces del alma de la escritora italiana, y su trabajo me sirvió de guía y de norma para estas líneas.

Pero en el momento de poner la pluma en el papel se me ocurre una duda. ¿Tenemos derecho a penetrar así en los secretos de un alma? ¿Podemos creernos autorizadas para desgarrar con la pluma los velos que envuelven a un espíritu y lanzarlo a la curiosidad del público?

Jolanda misma en uno de sus discretos artículos, en el cual estudia los derechos del arte y el corazón, parece responder a mis preguntas.—«Aún la vida más iluminada por el arte, dice, tiene derecho a un piadoso respeto».—Pero ¿puede el publicista respetar ese san-

tuario íntimo, que ilumina con su luz pálida toda la obra de un autor? ¿No tiene el público que admira derecho a conocer la sinceridad del que hace latir a su corazón y pensar a su cerebro? ¿No tiene derecho a comprender el estado de alma que produjo una obra? Creo que sí; y, por lo tanto, no rechazo la costumbre de escribir la biografía de los autores ante las páginas de sus libros. No se nos tache de imprudentes a los publicistas. Ningún artista repudia el arte subjetivo; el más delicado, el que despierta la emoción más profunda y encuentra mayor correspondencia en nuestras almas. Lo que se desea siempre evitar, por un instintivo movimiento de pudor, son las dolorosas autodisecciones. Tal vez la mujer, por largos años que promulga la ley de herencia, es más ruborosa que el hombre para exteriorizar lo que piensa y siente; tal vez por eso nuestras obras pecan de ñoñez y falsedad. Una obra ha de retratar una vida; la existencia varia, compleja, con las luchas y vicisitudes que modifican el carácter, el intelecto y concepción del Arte; y si ha de ser honradamente sincera tiene que profundizar en sus mismos sentimientos. A los treinta años se ven las cosas de un modo diverso que a los veinte; se necesita la abstracción del presente, el recuerdo del pasado, la adivinación del porvenir: la obra ha de salir del propio corazón. Esto lo ha comprendido Jolanda y es de los pocos escritores que no dejan jamás de ser sinceros sea cualquiera el asunto que traten. Para llegar a esta hermosa y franca posesión de su espíritu, a esta tranquilidad de conciencia que permite lanzar serenamente la verdad, la joven escritora tuvo la suerte de nacer en Italia; en la hermosa Italia, la patria «del sempre verde alori» regenerada de nuevo para el Arte, después de la magnífica epopeya que empezó Garibaldi y terminó Víctor Manuel.

María Majocchi de Plattis, nació en Cento, alegre villa sobre el pequeño Reno, patria de numerosos hombres ilustres, entre otros Gian. Francesco Barbieri, llamado el Guerino, uno de los pintores más insignes del siglo XV; Alberto Anassisio, compilador del primer vocabulario de la lengua italiana; Cesare Cremonica, filósofo

competidor de Galileo; y el célebre Ugo Bassi, patriota y mártir de la independencia italiana.

Su abuelo Gaetano Majocchi fué un notable filólogo, latinista, compañero de estudios del Divino Leopardi; y en toda su familia parecía vinculada una gloriosa tradición literaria.

María de Plattis no frecuentó jamás la escuela. Su madre Livania Agnoletti, hija de una de las más aristocráticas familias de Ferrara, educada en un gran colegio de la Toscana, fué su única maestra. La niña tuvo siempre, desde la más tierna infancia, una gran afición al estudio; prefería los libros a cualquier otro entretenimiento. Así se desarrolló su cuerpecito grave y delicado y su inteligencia poderosa; así se formó su sentimiento, con el amor de una madre apasionada, en el seno de una naturaleza exhuberante, en la clásica patria del arte; allí donde cada ciudad es un museo y donde, según Goëte, «hasta las piedras hablan».

Jolanda adquirió toda la dulzura femenil que no ha perdido nunca; sin duda no se encuentra en ella el vigor intelectual de Matilde Serao, ni la exhuberancia de vida de Neera, ni la graciosa sensualidad de Gip y de las modernas escritoras francesas; ni se deja llevar de las exaltaciones idealistas que constituyen el alma de la poesía femenil de Adda Negri y de los pueblos del Norte. En ella más que la intelectualidad, el sexo y la fantasía, predomina el corazón. Forma en primera línea entre esas admirables mujeres italianas de gran cultura estética que se llaman Theresa, Condesa Savatelli, Rita Galli, Ada Negri, Dora Melagari, Olga Sotti (Febea), Augusta de Kabath, la Condesa Codrandi (Spinge) y tantas otras. Jolanda es, entre todas, la escritora femenina por excelencia, si no la más admirada, la más amada por sus compatriotas; las jóvenes sienten adoración por ella que sabe penetrar y conmover tiernamente los corazones con sus obras.

Quizás es esto el mayor encanto de Jolanda. Pocas veces cuando una mujer se propone en la obra artística, igualar al hombre valiéndose de los mismos elementos y persiguiendo la misma finalidad, consigue su objeto.

Mas, cuando no fuerza su intelecto, buscando concepciones que excedan a los límites impuestos por la Naturaleza, cuando las extrae de su propio entendimiento, iluminándolas con su intuición, recamándolas con sus fantasías, haciendo florecer sus pensamientos con el cuidado, el esmero y la elegancia que le son propios, entonces no hay alas varoniles, por fuertes que sean, que consigan remontarse a la altura de sus alas de mariposa; *Corina* venció a *Píndaro* y Jorge Sand luchó valerosamente con Balzac, el coloso de la novela de su tiempo. Es decir, que cuando una mujer no pierde su feminidad y es escritora, y no escritor con enaguas (cosa que sólo pueden conseguir pensamientos tan poderosos como los de Clemencia Roger, Emilia Pardo Bazán, Sofía Kowalesty, Ellen Key o Matilde Serao), su obra es insuperable en ternura, en delicadeza, en bondad, en todos esos divinos tesoros que su madre supo infundir desde la infancia en el corazón de Jolanda para formar una femilidad sincera y amable, nutrida por una cultura sólida que no degenera nunca en neurastenia o sentimentalismo sensiblero y cursi.

María de Plattis empezó muy temprano sus trabajos literarios. A los trece años traducía comedias francesas que representaba en las veladas familiares, en unión de sus hermanas, una de las cuales, Clementina, ha hecho resaltar en la poesía italiana el pseudónimo de *Bruna*.

Después escribió comedias originales, como juveniles ensayos de espíritu inquieto, y, por fin, publicó algunos artículos en la revista feminista *Cordelia* dirigida entonces por su fundador, el ilustre profesor orientalista Angelo de Gubernatis, el cual fué uno de los que con mayor entusiasmo animaron a la joven escritora. En todos estos trabajos aparece con el pseudónimo de *Margheritina*.

El pseudónimo de *Jolanda* marca un iris de gloria en su existencia; encarna una bella leyenda; sus amores con el Marqués Fernando de Plattis de Padova, que fué su marido, y que por extraña coincidencia tenía el mismo nombre de aquel paje medioeval que en el drama de Giusseppe Giacosa se enamora de Jolanda.

Sus amores y su matrimonio forman un idilio dulce. Mecida en el cariño de su esposo, en su linda villa de los alrededores de Cento, rodeada de cariño y atenciones, ocupada en los nuevos deberes de esposa y madre, la joven Marquesa debió pensar que la vida era uno de aquellos sueños maravillosos de las viejas leyendas de amor. Sin embargo, su pluma no estaba ociosa; en aquella célebre exposición de obras femeninas con que Florencia conmemoró el cuarto centenario de la muerte de la amada de Dante, Jolanda obtuvo uno de los primeros premios. Por entonces dió también una conferencia sobre la Cruz Roja, que le valió ser elegida presidente de la sección femenina, coincidiendo con este el éxito de su primera novela *Iride*, en la cual se adivinan ya los primeros gérmenes de la futura autora de *Alle soglie d'eternità*.

Pero la felicidad huyó pronto de su hogar. En el 1893 murió su marido tras una larga y penosa enfermedad, dos años después de su hermano, una de las más bellas promesas del arte musical italiano.

Jolanda sintió ese golpe terrible, ese mazazo cruel del destino que nos anonada. No es entonces, sin embargo, cuando se sufre más. Las desventuras que operan un cambio radical en nuestra vida, nos dejan de pronto en un estado de abatimiento que nos hace incapaces de sentir toda la gravedad del golpe. Es después con las ocupaciones habituales, cuando el pensamiento recupera su libre curso y tornamos a nuestras energías cuando se siente el estrago que la desgracia ha hecho en nuestro destino. Entonces el mejor antídoto, para combatir la desesperación, es el trabajo. El trabajo es el único medio de salir de nosotros mismos y vivir en una región donde hasta el sufrimiento tiene algo de idealidad y sirve de precioso elemento para la formación de lo bello. Todas las obras inmortales tuvieron su origen en gigantescos dolores de almas gigantes. El alma se encierra en el bello ensueño del Arte para olvidar la soledad de la vida. Y esa fiebre de creaciones, que es alegría y tormento a un tiempo mismo, tiene su origen en el inexhausto venero de nuestras lágrimas secretas. El mundo

se llena de asombro ante la actividad maravillosa, ante el ardor, la emoción, la vida y la verdad que rebosan nuestras páginas: mas nosotros sonreímos amargamente, sabiendo *el por qué* doloroso que engendró la obra de Arte. Y todo aquello que amamos, que nos fué querido, que nos dió un poco de luz y felicidad, después, en el recuerdo, adquiere una fuerza como jamás la alcanzó en la realidad. Así nacen las obras maestras.

Desde esta época empieza ya a manifestarse claramente, como una condensación de todas las amarguras sufridas, la personalidad literaria de Jolanda.

Acaso, si la desgracia no se hubiese enseñoreado de su alma, si hubiese vivido una existencia serena y tranquila, no hubiera sido escritora, no pasando, a lo sumo, de los límites del *dilettantismo*; pues la familia, la maternidad, el hogar, encierran deberes y dulzuras tales para la mujer, que absorben todas sus facultades. Las obras nacieron de su dolor.

Mientras asistía a la penosa enfermedad de su suegra, que murió también en sus brazos, ocupábase en reunir todos sus trabajos juveniles, formando un tomo con el título de *Fiori secchi*, y después de volver a la casa paterna se dedicó por entero a una vida de infatigable laboriosidad.

Muerta la Condesa Lara en la tragedia de sus amores, Jolanda fué a sustituírla en la redacción de *Roma Letteraria*. Después dirigió la *Ressegna Moderna*, una de las más bellas revistas italianas, y en el año 1900 asumió también la dirección de *Victoria Colonna*, especie de pequeña Frande.

En esta época recorrió toda la Italia en un interesante viaje de estudio; pero la melancolía de su vida y su inmenso amor al arte, la hicieron refugiarse de nuevo en Cento, su bello retiro, donde lejos del mundo, en la señorial mansión de sus mayores, sin que la sociedad venga a robarle el tiempo, se dedica a la compenetración de su espíritu con el alma de la Naturaleza y a la admiración al pensamiento humano, que va a nutrir el suyo en los libros, periódicos y estudios, cuya lectura forma su sola literatura, como su solo goce consiste en

el cuidado de su adorado hijo, compañero de su vida, y en el cultivo del arte.

Allí trabajando y amando pasa su vida la Marquesa María de Plattis, a la que uno de sus biógrafos describe con estas palabras:

«Una delicada figurita de mujer, con el rostro un poco melancólico; de ojos grandes y elocuentes, a veces tristes, a veces pensadores o apasionados; una cabecita pequeña y deliciosa, de frente blanca, a la cual forman corona maravillosa los cabellos largos, sedosos, espléndidos, como lianas de una selva virgen.

Su cuerpo es gracioso, de líneas puras, delicado, juvenil, y gusta vestirse con vestido blanco, reflejo de la limpidez de su pensamiento».

En diez años de aislamiento, Jolanda ha publicado entre grandes y pequeños 22 libros... Todos subjetivos y objetivos son espejos fidelísimos de su alma vibrante.

Recuerdo ahora los siguientes: *Iride* (Novela), *La Croce Rossa* (Conferencia), *Fiori Secchi* y *Il libro dei miraggi* (Narraciones), *Le donne nei Poemi di Wagner* (Medallones), *Dal mio verziere* (Ensayos críticos), *La rivincita* (Novela), *Le spose mistiche* (Cuentos), *Nel paese delle Chimere* (Fantasías), *Fiammelle* (Cuentos), *Le ignote* (Perfiles), *Il libro delle Ore*, *Il rosario d'ameista*, *Fiori e Sogni* (Motivos poéticos), *Sotto il paralume cor de rosa* (Cuentos), *Le tre Marie*, *Alle soglie d'eternità*, *Maggiorana*, *Le indimenticabili*, una especie de himno otoñal y augusto al alma femenina de Venecia.

Se ven distintas tendencias en sus obras, dentro siempre de la originalidad.—«Yo jamás he querido ser otra que yo misma—decía hace poco,—ni escribir sino mis pensamientos, mis dolores. Si mi arte es triste es porque soy melancólica. Son flores que yo arrojo al viento a manos llenas y que algunas veces no son del todo perdidas».

Sin embargo, tanto en *Iride* como en *Fiori Secchi* y *Il libro dei miraggi*, se nota la influencia de los cuentistas de la época, especialmente de Maupassant y Daudet. Tiene en los paisajes, en algunos trozos psicológicos, sobre todo en las figuras femeninas, cierto ambien-

te de bondad y de tristeza suaves, empieza a delinearse su personalidad. Se ve que todas aquellas páginas son recuerdos suyos, memorias de su familia, de su juventud, purificados, santificados por el Arte. Se sigue fácilmente su desenvolvimiento en sus obras. Los libros *Forti come l'amore* y *Primi vittori*, encierran los gérmenes que han de florecer en otras obras. Los estudios sobre las heroínas de los poemas de Wagner son hermosos medallones, dibujos ingleses de todas las almas femeninas que funden su divina melodía de amor en el himno más grande que han oído jamás los mortales. En este libro empiezan a notarse ya las grandes cualidades críticas de Jolanda; su fina intuición, su gran cultura estética, y, sobre todo, la nota psicológica, suave, ligera, femenina y el amor al detalle, pero al detalle esencial y bello.

En *Del mio verziere* aparecen en plena florescencia estas facultades; no son estudios gramaticales y meticulosos de crítica erudita. Son impresiones de su espíritu ávido, de su alma y sus ojos sedientos de belleza. Es todo el arte moderno visto al través de su temperamento sutil y delicado. En esta obra rompe definitivamente con los prejuicios clásicos que su educación y la cultura tradicional de su casa le habían inculcado. Abre su espíritu a todos los vientos.

Las Ignotas, es un libro de piedad y de misericordia; en él canta, no a los vencedores soberbios del arte, los que ciñeron sus sienes de laurel eterno, sino a los que sacrificaron su amor, su felicidad, la vida entera por él. Las almas buenas y desconocidas que hicieron brotar las flores maravillosas para que otros las cogiesen. Nada más tierno y conmovedor.

Más que retratos, son sus personajes evocaciones de figuras de ensueño, que pasan como sombras, con su gesto propio, y avanzan sonriendo hacia el martirio. Tienen las manos sangrientas de arrancar espinas y los corazones destrozados, y se hunden sin protestar, resignados, perdidos en la obscuridad... ¡Almas divinas que dejan un perfume de ternura en nuestra vida y en nuestras obras y que son como lejanas luces que mueve el viento para iluminar la negra noche de los artistas!

Ellas saben la palabra de aliento, tienen fe en el destino, y si caemos su piedad sabe darnos tumba de flores... ¿En qué gran poema no vibra una de estas almas?

Lo restante de su obra puede reducirse a tres grupos: las críticas, los motivos poéticos y las novelas; narraciones sencillas y admirables en las cuales el amor triunfa de todo: de la vida y de la muerte.

Para Jolanda el amor es algo esencial, que espiritualizando la materia humaniza el espíritu. Diríase que es una Santa Teresa del amor humano.

Pero la nota predominante en toda la obra de Jolanda es la tendencia dulce a la vida de familia, a la pureza, a los amores tristes, a todos los viejos ideales, que echaron raíces profundas en su alma femenil.

Y la más femenina de sus obras es, sin duda, *Eva Reina*, «El libro de la mujer», en el cual Jolanda ha querido compenetrarse con ellas, desnudar su propia alma para que puedan conocerse a sí mismas; analizar sus sentimientos, iluminar su vida con los destellos de la razón, para hacerlas mejores y más felices.

Es un libro de serenidad, un libro donde se nota la calma augusta que sucede a la agitación de la tempestad y el renacer de las nuevas fuerzas, después del agotamiento.

«*Eva Reina*—nos dice ella misma—no es un entretenimiento, ni un libro de moral o de educación; no es un manual de higiene o de economía doméstica; no es una guía de elegancia ni un tratado de psicología; pero tiene un poco de todo esto, porque escogí entre todas estas materias los elementos que consideré necesarios para componerlo y que concordasen alternativa y armoniosamente fundidos.

»Mi intención y mi deseo,—añade más adelante—es hacer una especie de guía práctica e ideal a un tiempo, de la vida femenil, para que toda mujer de cualquier edad y condición pueda encontrar un reflejo de su propia existencia y de su propio sentimiento».

Se ve, fácilmente, la gran caridad que movió su pluma. Cuando una escritora que mostró su valer y salió vencedora en miles de empresas artísticas escribe un li-

bro de estos, su corazón está poseído de intensa piedad. Es una obra buena, una obra moralizadora, divulgar la higiene, la instrucción en forma amena, llevando un rayo de luz a los pobres cerebros obscurecidos.

Libros de mujer para las mujeres, llenos de dulce perfume de feminilidad, están llamados a representar un gran papel en la educación ética de los pueblos; y todas esas banalidades aparentes, que parecen despreciar los genios y que aceptan o acometen por propio impulso las luchadoras modestas y buenas, cumplen una alta misión social; que si no sacian la vanidad ni los anhelos de belleza del artista dejan la satisfacción profunda del deber cumplido.

Basta mirar el sumario de este libro para poder apreciar la obra de la Marquesa de Plattis.

Sigue paso a paso a la mujer en todas las edades, en todas las circunstancias de la vida, analizándola con la finura de percepción propia de un espíritu delicado. Sus observaciones, que nos presenta envueltas en galas de su armonioso lenguaje, son precisas y útiles.

Los sentimientos, los afectos, los pudores, las vanidades de la mujer, todo está maravillosamente observado. Hay consejos para la educación, para el buen gusto, para saber conducirse en la sociedad y en el hogar, cuanto pueda hacer que *Eva Reina* merezca el título de «El libro de la Mujer».

Después de haber estudiado sus obras, Jolanda es, para mí, uno de los espíritus más simpáticos de la nueva generación italiana. Por la importancia que concede a la vida psíquica, por su melancolía y su carácter eminentemente contemplativo, podría filiarse en las modernas corrientes individualistas, o mejor en el transformismo espiritualista publicado por Eduard Schuve y Mauricio Maeterlinck.

Corre por toda su alma un raudal de amor infinito hacia todas las cosas ,ternura panteística que recuerda al solitario de Asis. Sus paisajes mismos revelan estados de alma y parecen palpitar en dolorosos estremecimiento. Todas sus heroínas tienen algo de la bondad de su corazón. Todas van a la redención por el camino del

amor, todas lloran pasiones ocultas, secretos terribles que sus encantadoras almitas buenas no se atreven a revelar... son mártires de sus pasiones, se dirían hijas de una misma madre espiritual; todas se parecen en lo incorpóreo, en lo frágil, en lo microscópico y sutil de sus figuras, que apenas tienen contornos materiales. Nada de gestos teatrales ni de imprecaciones trágicas. Pasan resignadas, humildes, como sombras; a lo sumo tienen un suspiro, una lágrima, una sonrisa que entristece y se desvanece en el misterio infinito, allí donde se pierde la vida.

Hay en ella, sin duda, una tristeza tan desolada que le hace compadecer y amar a todos, porque todos sufren y lloran la muerte de un sueño en la realidad áspera y desilusionante. Por eso la mayoría de sus personajes son seres superiores, artistas, almas aristocráticas donde el culto del yo predicado por Borrás, es más intenso y el ensueño y el ideal han llegado a mayor exaltación. La sensibilidad enferma de puro exquisita se estremece al más ligero contacto, a la menor injusticia de la suerte. Pero, más idealista que práctica, Jolanda no espera las grandes reivindicaciones materiales de los pueblos, en que yo tengo fe; desea sólo bellos sueños, ternuras, un poco de amor que alegre la vida o la entristezca; pero que nos haga sentirla en nuestra propia alma, que nos alumbre con la potencia vivificadora con que fecunda el sol a nuestras tierras levantinas, y nos llene de generosidad, de ternura, a fin de que cuando podamos vivir para nosotros mismos, vivamos para todos los necesitados de amor y de consuelo.

CARMEN DE BURGOS SEGUÍ
(*Colombine*).

A mi prima

Clara Piva

Queridísima:

He aquí un nuevo libro de Jolanda que viene a añadirse a aquellos—y son ya muchos—que posees, bien ordenados, en colección completa, adornados de vestidos elegantes, y tan graciosamente dispuestos en el saloncito preferente de tu bello barrio boloñés de la calle «Indipendenza», cuyo lujo señoril da a tu figura de dogaresa, de cabellos caprichosamente sencillos, un fondo armonioso. Y este advenedizo, te será quizá más querido que los otros, no sólo porque leyendo al frente tu nombre te parecerá más tuyo, sino porque asististe en parte a su desarrollo, aquí en la vieja casa de provincia donde te agrada venir de cuando en cuando a buscar un poco de reposo y de paz, donde mi trabajo continuo y un poco febril de estos últimos tiempos, me robaba a ti.

Para hacer honrosa indemnización de mi poca cortesía, te ofrezco el libro, bien o mal llevado a término, cuyo contenido te es conocido completamente por mis palabras. «Eva Reina» no es un galanteo, no es un libro de moral o de educación, no es un manual de higiene y de economía doméstica, ni una guía de elegancia o un tratadito de psicología; pero es quizá un poco de todo esto, ya que perteneciendo a tales materias los elementos que concurrirán a formarlo y que, coordinados, alternados y armoniosamente fundidos juntos, deberán haber creado, en mi intención y en mi deseo, una especie de modesta guía práctica e ideal a un tiempo, de la vida femenina, cual las exigencias de nuestros tiempos reclaman en su múltiple misión familiar y civil: luego sigue en rápida síntesis el desarrollo a tra-

vés de las edades, las circunstancias, las clases sociales. Añado después algunas divagaciones sobre las cosas que tienen especial relación con la vida y el pensamiento femeninos para hacer más deleitable este volumen que se ofrece a todas las mujeres indistintamente de cualquier edad y condición, ya que todas podrán encontrar un reflejo de la propia vida y del propio sentimiento.

Libros de esta especie no faltan ni en Italia ni en otra parte; y no tengo la pretensión de haber hecho obra nueva; empero, me parece que en «Eva Reina» las lectoras podrán encontrar un compañero más extenso y variado que en los volúmenes ya conocidos del género, porque no traté de especializar sino de comprender, superficialmente y en varios capítulos, todo cuanto pude hallar de utilidad y de interés para nosotras.

Y tu nombre, Clara, está bien al frente de este libro donde no he inventado nada, pero que encierra todo el perfume del alma femenina, del que fuiste destiladora; pues que en tiempos de inquietud como los nuestros, mientras la mujer asola de buena gana el dulce nido por correr en busca de distracciones más lisonjeras o de emociones más intensas de las que la casa puede darle, tú, en vez de eso, saboreas toda su dulce poesía, la embelleces para ti y para aquellos que amas, te embelleces por ella y por ellos, y eres,—¿entre cuántas todavía?...—la dulzura de las largas y tranquilas lecturas en la tibieza de un mórbido poemita predilecto, entre las memorias tristes y queridas que santifican las paredes como las de un templo.

A ti, pues, mujer, señora de refinamiento y de elegancia, reina de la casa, dedico y presento este libro íntimo y mundano, que lleva en el título la soberana más gentil, la del eterno femenino...

JOLANDA.

«Venus que encanta con su gracia divina, Elena que deslumbra con la maravilla de sus formas, Aspasia que domina con su inteligencia, la casta matrona romana que vigila en la propia mansión el trabajo de sus esclavas, revelan un lado de la potencia fascinadora de la mujer, pero un lado solo.

Eva, en lugar de esto, se transforma, por medio de una delicadísima evolución en la Virgen del Cristianismo, comprende en sí todo el sér femenino, se eleva, se afina, se espiritualiza y penetra en la humanidad entera con su primero y divino ardor».

ANGELO DE GUBERNATIS.

El libro de la mujer

Entre dos velos

Jeune fille, jeune fleur!
CHATEAUBRIAND.

VELOS BLANCOS

La vida femenina en su primer período se desarrolla toda entre dos velos blancos: el velo de la primera comunión y el velo nupcial. La comulgante y la novia, el alba y el ocaso de la virginidad, en el simbólico vestuario de las horas solemnes, que la hace aparecer casi inmaterial como la presencia de un puro sueño, tienen entrambas el corazón conmovido, y se sienten en el umbral de un misterio.

Toda niña, hacia los doce años, espera con impaciencia ansiosa el día de su primera comunión, el día que señala para ella un paso en la vida, que le permite llevar el vestido más largo, que la separa de los hermanitos y de las hermanitas todavía en la infancia y la acerca más a la mamá o a las hermanas mayores: que le cierra las puertas de la adolescencia con sus tímidas gracias y sus primeros sueños, frágiles como flores del espino albar.

Toda señorita, hacia los veinte años, en su secreto, mira con amor el gran día que la hará esposa; el gran día en que sentirá más emociones y más turbaciones que en todo su breve pasado de existencia. Y entrambos días—el día místico y el día tumultuoso—quedan fijos e inalterables en nuestra memoria, como los dos polos de nuestra primavera, como la primera y la última nota del preludio de la sinfonía, apasionada o dulce, dra-

mática o pastoril de nuestra verdadera vida femenina. Y la corona de flores de azahar va a reposar junto a la de los lirios; los velos blancos, confundidos en el armario, se susurran sus secretos, y los dos libros de plegarias, de marfil sencillo uno, de rico nácar otro, están custodiados con el mismo cuidado, con la misma religiosidad. Fe y amor—las dos fuerzas más potentes del alma, las fuentes de toda la vida moral de la mujer y de su luz intelectual—están resumidos en estas alegóricas reliquias de pasados días, y como amuletos ideales yo quisiera que cada madre pudiese pasarlos a las hijitas con serenidad invicta, con frente alta.

LOS LIRIOS

El día de la primera comunión no es precisamente, quizá, el más bello de de la vida, como retóricamente se ha dicho y repetido hasta aquí. A aquella edad la vida es todavía muy rudimentaria y está en vías de formación: las verdaderas alegrías sentidas con plena conciencia del valor de la vida y que les darán, si no un día entero, horas de completa exaltación, vendrán más tarde, cuando nuestra personalidad estará modelada y afirmada. El día de la primera comunión es el más místico de nuestra existencia; el día en que el alma jovencita se siente más en contacto con la Divinidad; el día en que se llora de emoción en las frescas iglesias olorosas de lirios y de incienso, entre la armonía grave y suave del órgano, los cantos de gloria y los himnos de adoración que a la niña hacen soñar en las diáfanas compañías de ángeles. Y es también el día, como he dicho, que una fría y gentil tradición destina para el ingreso en la adolescencia, donde otros deberes, otras ocupaciones, otras costumbres substituirán a las de la niñita. Entre los Romanos el vestir la *toga pretexta*, o sea el hábito de los adultos, constituía una especie de rito: las niñas griegas ofrecían en cierto día de su puericia la muñeca a Diana o a Venus para sig-

nificar que la edad de los juegos había terminado, y así en nuestros pueblos modernos la ceremonia de la primera comunión tiene también una importancia civil.

Sin embargo, es preciso no olvidar que su base es, y sigue siendo, religiosa. Después, si bien solemne, debe ser un día de recogimiento. Nada de paseos, ni teatros, ni recepciones, ni vestidos fastuosos y caprichosos. Flores ¡oh! eso sí, a profusión; rosas sencillas, jazmines, lilas blancas, lirios—todo lo que puede celebrar con perfume y poesía la inocencia de la criatura. Visitas de amigas, una comida de familia, alguna piadosa peregrinación a una tumba querida, si la niña tiene el dolor de no reunir a su lado a todos los suyos, o cualquier visita a un santuario de la ciudad o de los alrededores, hacia el cual sienta especial devoción; una limosna abundante, si es rica; un acto de caridad, si es de condición modesta; de reparación, con una visita o una carta, si la conciencia le reprobase agravios o rencores; y la inauguración, con la fecha solemne de aquel día del álbum donde amigas y conocidos escribirán un pensamiento suyo, y del Diario íntimo donde la jovencita comenzará a anotar noche por noche los acontecimientos del día, los progresos de sus estudios, sus impresiones de lectura, sus reflexiones sobre la vida que se abre ante ella cada vez más multiforme. Flores, sonrisas, bendiciones y tiernos besos, no más. Y el vestido ha de ser blanco completamente y sencillísimo. De lana, de delicados pliegues, un poco más largo que los otros, sin guarniciones. Nada de cintas en los cabellos sueltos rodeados por el largo y vaporoso velo y por las flores: dos lirios, o una coronita de rosas blancas, o ramilletes de jazmín. Un lirio o un ramito de flores, pero sin cinta, vaya también en las manitas enguantadas por finos guantes de piel blanca, de la pequeña esposa mística. Ninguna joya, aparte de una crucecita de oro al cuello o de una medalla sagrada, o, también, un retrato de papá o de mamá muertos, si su vida tiene ya

este dolor. Aun los zapatitos deben ser blancos y las medias de seda.

El papá y la mamá habrán regalado a su niña el libro de misa, sencillo pero gracioso, todo blanco. Podrá tener sus iniciales de plata, pequeñas, en un ángulo; una bonita señal bordada o pintada, con palabras y emblemas oportunos, y deberá llevar siempre en la primera página alguna palabra escrita por los padres que la niña, hecha mujer, volverá a leer conmovida y, más tarde, todavía besará como reliquia.

Los demás parientes deberán todos, según el grado de su posición social, hacer cualquier regalito a la comulgante: un abanico, una sombrilla, un pañuelo bordado, un estuche de labor, algún libro, un álbum, una joya sencilla. El día de la primera comunión, la señorita recibe de los padres o de cualquier pariente el primer reloj, que será de plata, pequeño y sencillo, puesto que, más que como ornamento, deberá servirle para regular sus horas de ocupación y de estudio. En la mesa, por aquel día, la mamá le cede el sitio de honor y se pone a su derecha, para demostrar que le da la investidura de una autoridad, y es servida la primera, aunque haya a la mesa personas de miramiento.

Para recibir a las amigas, a los parientes y en la comida, la niña habrá conservado su vestido blanco, no quitándose más que el velo.

FLOR QUE SE ABRE

Los doce años se han convertido en quince. El capullo se abre. Llega para la jovencita la edad delicada y difícil en la cual ya no es niña y no es todavía mujer. Una edad de paso, ingrata y penosa como todos los estados de formación.

La niña ha crecido, está casi tan alta como la mamá, pero las formas de su persona son débiles, angulosas, sin gracia: las angulosidades se han acentuado en el rostro que ha perdido la redondez infantil: las manos y los pies demasiado grandes, los brazos y las

piernas demasiado delgados, salen siempre con exceso de las mangas o de las faldas de la sayita que jamás se alargan bastante. Sufre extrañas languideces, cansancios, melancolías. Los juegos no la distraen ya y todavía no le interesa vivamente el estudio. Odia todas las labores de aguja: desde el bordado a la costura; adora la lectura.—¡Oh, esto sí!—no haría más que leer: es una avidez intelectual casi morbosa, como la otra ansiedad que le hace preferir ciertos alimentos: la ensalada, la fruta, de la cual, sin la vigilancia materna, abusaría. Alguna vez llora y se siente desgraciada sin motivo; otra vez ríe y salta y es expansiva con todos sin saber por qué. Es un fermento en su almita cándida, una impaciencia que tiene causas ignoradas, que la impulsa siempre hacia lo nuevo, lo imprevisto; cultiva nuevas amigas, inicia con entusiasmo nuevas ocupaciones, desea hacer viajes, cambia de peinados, se adorna con una cinta, con una flor, con un collar, con un cinturón: un sombrero, un vestido nuevo le dan insomnio: todos sus sentimientos se elevan rápidos, luminosos, audaces y al azar, como los cohetes de fuegos artificiales...

LAS PRIMERAS CURVAS, Y EL PRIMER MISTERIO

¿Qué sucede? La mamá ha hablado extensamente a su niña, la ha besado, la ha acariciado, la ha dejado contenta. Le ha quitado un gran peso del corazón. Creía la hija que estaba enferma de alguna enfermedad vergonzosa y grave, pero después de las explicaciones de la mamá ya no lo cree y sonríe de sus terrores. Pero vuelve a sus ocupaciones, a sus estudios, a sus recreos, con una seriedad nueva en los ojos, una compostura insólita. No quiere jugar más a ciertos juegos desgarbados y ruidosos con el hermanito; no se deja sorprender desnuda, cierra la llave de la puerta antes de hacer el tocado, se avergüenza si el vestido es demasiado corto o demasiado ajustado.

Pero ya las modas de sus vestidos no son las mis-

mas; no lleva ya como un año antes la blusa marinera igual que la del hermanito, y el gorro de paño redondo o el sombrero de paja adornado de una cinta; los pantaloncitos ligeros o las camisetas de sacó sobre su torso sin busto.

Las débiles rigideces de su cuerpo se han suavizado: densa capa de carne suave, sólida, rica, de jugos vitales y de sangre juvenil y sana ha revestido su delgadez: las curvas femeninas del seno, de las caderas, de los hombros, se acentúan como las de una figura de yeso húmedo bajo los dedos del escultor: la vida se le presenta perfeccionada, y ahora lleva una ligera fajita elástica que revela morbosidad sin constreñirla. La ropa blanca es igual a la de la mamá: los vestidos, aun siendo simples, le dibujan las formas, descienden hasta los tobillos: sus sombreritos son un soplo, una poesía, una primavera ideal. Sus cabellos se esbozan sobre la frente y no lleva ya la trenza caída, sino que la dobla por el medio o recoge sus preciosos y abundantes cabellos en una cinta sobre el cuello.

Va a los conciertos, a algún teatro de música, a alguna comedia. Tiene una bibliotequita de libros a su disposición; sirve el té en el saloncito de la mamá; la acompaña casi siempre en los paseos, en las visitas. Ha hecho un viajecito sola con papá y sueña en su primer baile...

LOS MAESTROS

Sin embargo, no ha abandonado completamente el estudio. Terminadas las cinco clases y el curso complementario, si la niña no tiene intención de estudiar alguna profesión, o no lo hace con gusto y con ingenio especial, habrá algún profesor de lenguas extranjeras, de música, de dibujo, de literatura que la perfeccione en los conocimientos rudimentalmente aprendidos o se los renueve en su memoria. Yo creo que no habrá mamá tan poco perspicaz que dé a su propia

hijita un maestro joven, aun siendo las lecciones bajo su dirección; pero conozco muchas madres, ingénuas o imprudentes, las cuales, con toda tranquilidad de conciencia y de buena fe, confían sus hijas de diez y seis o de diez y ocho años a profesores casados pero que se hallan en plena virilidad; ¡como si el estado civil pudiese ser una defensa o un freno contra los instintos naturales o las sorpresas del sentimiento!

Es preciso no olvidar que la niña, y especialmente en el misterioso y árduo período de su formación física, moral, intelectual, es como una cera blanda que cede y admite toda impresión, como agua límpida que el primer soplo la encrespa; está muy expuesta a sufrir las impresiones, las influencias del sexo opuesto al suyo y que ya la naturaleza la destina para su complemento. Una agradable voz de hombre, una mirada ardiente, el aroma de un cigarrillo, una bonita sonrisa, la distinción de la persona, las maneras insinuantes, pueden hacer peligrosa para una jovencita la vecindad cuotidiana de un hombre, aunque tenga los cabellos grises o poseyese todas las mujeres del Sultán...

El primer amor secreto e inconfesado de muchas niñas adolescentes fué el profesor que les daba las primeras lecciones en la escuela: por consiguiente, admitido el profesor en la intimidad del cuarto de estudio, será todavía más peligroso. Se nota, además, que la comunión de las ideas en la admiración de lo bello, la poesía, son, por decirlo con una frase científica, buenos conductores del amor que sube, primero a los pisos superiores del alma para descender por fin a los sentidos, y, por desgracia, antes de apercibirse a la defensa...

Conque nada de maestros para nuestras hijitas. Maestras, y preferiblemente jóvenes, porque sabrán comprenderlas mejor y se establecerá más pronto entre ellas aquella confianza y afinidad electiva, que ayuda tanto a la energía mental, al progreso, al entusiasmo y a la fe en la persecución de un ideal.

LAS AMIGAS

La edad en que es más fuerte el sentimiento de la amistad, es la primera juventud. Y ello porque los sentimientos son más vivos y más frescos, porque la fe es más cándida, por la necesidad de expansionarse, de confesarse, de sostenerse el uno al otro, propia de la adolescencia, incierta y débil todavía ante la vida. Después, la amistad es como el preludio del amor; en efecto, ciertas amistades, entre colegialas, entre condiscípulas, revisten más bien los caracteres de la pasión. Todas nosotras hallamos alguna en el fondo de nuestra infancia. ¡Cuántos sueños de color de rosa soñados con ellas! ¡Cuántas esperanzas que nos daban alas! ¡Cuántas horas de inocentes trepidaciones, de puras emociones, pasadas con ellas! Y también muchas tristezas se sienten en común y se vierten lágrimas de desaliento a los primeros desengaños que nos hieren, entre nosotras solas, en un rincón de la estancia o del jardín. Y si estuviésemos separadas, ¡qué cartas, largas, ardientes de ternura, llenas de confianza, de descripciones, de anhelos por la vida común! Y un cambio de flores aplastadas, de estampitas sagradas para los libros de plegarias, de fotografías, de pequeños recuerdos...

Queridas amigas de la adolescencia, que perfumáis las márgenes de nuestro camino, cuando todavía es llano y fácil: ¡benigna alba inmaculada, precursora de la aurora de los afectos, ninguna de nosotras que os ha experimentado sabrá olvidaros! Y con emoción dulce y triste, detengo aquí al vuelo vuestra imagen, como suspendiendo un voto sobre el altar de mi pasado, la tuya, María, ahora plácida madre de numerosa familia, y aquella otra amada María, que ahora reposa para siempre, después de una breve y triste vida; y vosotras Julia, Elvira, Adela, lejanas, perdidas. ¡Oh, diversos destinos, de todas nosotras que nos desarrollamos juntas, que crecimos en el mismo vivar hasta que la vida nos trasplantó y nos dispersó!

Algunas de las amigas de la infancia permanecen cerca, pero es siempre difícil conservar inalterables las mismas amistades. El desarrollo de la personalidad moral e intelectual, los matrimonios, las circunstancias, pueden determinar desigualdades, desarmonías que hacen disminuir poco a poco los vínculos antiguos. Alguna vez es la rivalidad, los celos, y—¡ ay de mí !—la traición, que cortan el vértice de la juventud, esta cadena delicada que parecía tan sólida, que miles de veces proclamamos indisoluble y eterna en nuestro lozano abril.

LOS PRIMOS

No recuerdo ya el nombre de quien dijo que los primos son naturalmente la primera imagen personificada del amor. Es verdad. Además, los primos son casi siempre coetáneos, o casi, de las primas: son, muchas veces, los únicos jóvenes que frecuentan su casa, que viven muchas horas con ellas sin seguir las rígidas leyes de la etiqueta; después hay el *tú* que los hermana, que da a cada discurso, aun el más común, cierto tono de dulzura confidencial de tierna audacia. Los recuerdos de la infancia, las tradiciones familiares, son los mismos; muchas veces los acoge el mismo techo, en la casa de campo, junto a una abuela que mima a entrambos con caricias maternas. Los padres no lo advierten, pero los años pasan y los niños se han convertido en un joven y una señorita; él es estudiante del Liceo, declama con énfasis a Horacio y a Carducci y hace la crítica de los profesores; no va ya a la escuela, no lleva trajes cortos ni el pelo suelto sobre el hombre: sabe de memoria alguna poesía de Musset y toca con mucho sentimiento un trozo de música titulado, por ejemplo: *Rêves dorés*. Ella le habla de los libros que lee, de sus amigas, de sus deseos; una bicicleta, un piano, un viaje; de sus esperanzas para el próximo carnaval; él le habla de sus estudios, de sus amigos, de novelas, de sucesos mundanos, de teatros—cosa que

ella ignora,—recargando las tintas, sobrepujando ante ella su superioridad en la ciencia de la vida. No se aman, o no lo saben; y por un delicadísimo instinto evitan, cuando hablan juntos, toda alusión al amor; pero cuando están separados, piensan el uno en el otro con una dulzura extraña, recuerdan el más mínimo detalle de sus trajes o de sus actitudes, y se envían con un suspiro, mentalmente, un ferviente augurio de bienestar, para su vida futura: «¡Pobre Risi, es tan bueno! ¡Tití querida, tan afectuosa! ¡Siquiera fuese feliz!»

Alguna vez, sin embargo, Risi tiene la cabeza ligera: la prima ha visto a la tía llorar por él que no tiene ganas de estudiar, que adquiere deudas, que va a divertirse por la noche, que... Pero la fascinación viril es, precisamente, más fuerte para el alma impresionable de la otra: porque Risi es casi siempre un hermoso joven, de palabra fácil, de espíritu pronto, que fuma cigarrillos con desenvoltura de *viveur*, que le dirige miradas, que le hace latir con fuerza el corazón... O bien es Tití que tiene disposiciones coquetuelas bastante inquietas, y ha aprendido demasiado para su edad el arte de atraerse los hombres viriles. Y el primo, un poco tímido, un poco tonto, tan buen muchacho, es el primer gorrión que cae en la red, y maldiciendo de la seducción femenina al estilo leopardiano, o desahogando su martirio en elegías a lo Jacobo Ortiz, cree firmemente casi, que en el mundo no puede existir una mujer más irresistible que aquella Mesalina de quince años...

LA LUZ

Pero el día menos pensado las tinieblas se aclaran con un vivaz rayo de oro que penetra derecho como un dardo en el caos nebuloso de la conciencia, del pensamiento, del corazón. Se sabe la causa de aquella palpitación, de aquella turbación y de aquella felicidad. Todo en nosotras y fuera de nosotras adquiere signi-

ficado nuevo y más profundo, una belleza nueva. Se experimenta una alegría de vivir, de obrar, espontánea y plena; se vuelve a las esperancitas infantiles, se repite en nosotras la necesidad de expansionarse, de desatarse en himnos y cantos. ¿Qué sucede? Un penetrante poeta español, Becquer, os lo dirá mejor que yo:

Los invisibles átomos del aire
En derredor palpitan y se inflaman;
El cielo se deshace en rayos de oro;
La tierra se estremece alborozada;
Oigo flotando en olas de armonía
Rumor de besos y batir de alas;
Mis párpados se cierran... ¿Qué sucede?
—¡Es el amor que pasa!

EL PRIMER SUEÑO

El primer sueño de amor envuelve en sus espirales de perfume y de polvillo de oro al alma, apenas abierta al cálido sol de la vida. «A menudo el primer amor es un idilio fugitivo—escribe Matilde Serao,—pero ninguna tragedia espiritual de los años más fuertes y alegres llega a vencer la suavidad y delicadeza del recuerdo». Y es verdad. Así, aunque el primer amor haya costado afanes o desilusiones, o evapore levemente como un fantasma vano el ardor de nuestra alma, quien lo probó en su divina poesía, debe bendecirlo, como las primeras amistades. El jovencito pálido y moreno, de dulces ojos negros, que era para nosotros la personificación del ideal, que nos escribe la primera carta de amor—banal, vulgar, ridícula quizá,—pero que nos hace pasar la primera noche de insomnio con aquella carta bajo la almohada; el jovencito pálido que entreveíamos siempre en el mismo sitio, en la iglesia o en los paseos, con emoción siempre renovada, y que nos da las primeras embriagueces de una palabra audaz y tierna, susurrada entre los cabellos en una vuelta de vals, que nos reveló su amor fiel e invencible, en las

pausas de un rigodón o de un *cotillón*, es ahora un hombre maduro, fuera de la órbita de nuestra existencia. Es un honesto padre de familia, un buen empleado, un plácido campesino, un decoroso capitán del ejército, un diputado, un profesor de universidad: no lo hemos vuelto a encontrar y si lo viésemos nuevamente nuestro rostro no se teñiría de rubor y nuestro corazón no latiría más deprisa, porque ya no es nada para nuestra vida sentimental, él que lo fué todo. El jovencito pálido ha muerto, y como en un muerto querido pensamos todavía en él de cuando en cuando, raramente, pero con ternura dulce que nos envuelva a los dos a un tiempo, nuestras muertas primaveras, con los perfumes de entonces...

Son raras las mujeres que se casan con su primer amor, precisamente porque es un sentimiento que no tiene raíces en la verdad. La vida con sus exigencias es muy distinta del sueño. Pero no es malo que el primer amor sea lo que es, en el recuerdo, sin transportarse a una realidad concreta, que permanezca en el fondo del alma como memoria de un sueño demasiado bueno para que pudiese durar.

«El primer amor—dice todavía Matilde Serao haciendo la psicología con su profundo conocimiento del corazón humano — el primer amor es fresco, ingenuo, cándido: es el vago balbuceo de un niño que comienza a hablar; es un alba tremolante de rayos, es un aprendizaje delicioso. Pequeñas alegrías, pero en aquellos momentos te sofocan con su exuberancia. Las impresiones son profundas y, sin embargo, conservan su delicadeza; el perfume es sutil, pero capaz de embriagarte; sientes el alma crecer, desenvolverse, abrirse como una flor, y experimentas satisfacción de poseer un tesoro, pensando que será para ti solo, para ella sola, feliz o felicísimo».

En nuestra alma del presente no bastarían aquellas sensaciones, o la misma persona, juzgada con otro criterio, vista bajo otras luces, no podría ya suscitarlas en nosotras. Lo mejor es, pues, no casarse con el primer hombre que hayamos cortejado, para no correr

el peligro de percatarse demasiado tarde de que no era a él a quien amábamos, sino a nuestro sueño.

DESPUÉS DEL SUEÑO

El final del primer amor es, sin embargo, casi siempre triste, como todo despertar. «*Il n'est rien de plus triste qu'un songe heureux*» escribe Alphonse Karr agudamente. Sí, porque cuanto más dulce ha sido el sueño, prometedor, lisonjero, más ilusiones nos ha dado de la felicidad perfecta; y al despertar, que es la renuncia, que es la caída de Icaro, resulta más amargo. Sea la reflexión que pulsa al abandono de la adolescencia; sea la inconstancia viril, el extravío de los sentidos, que hace al hombre despreciar las puras idealidades por la áspera pasión; sea la voluntad de ambos, a la cual el joven y la niña deben obediencia, el despertar es siempre cruel.

¿No habéis visto nunca en la primavera, cuando los árboles están ya floridos de blanco y de rosa por la fiesta del renacimiento, una tardía nieve caer del cielo todavía frío en una noche borrascosa y transir y destruir las pequeñas corolas frágiles, necesitadas de sol?

Así sucede al alma joven en su primera desilusión, en su primer despertar. Pierde todas las flores que la embellecían en la fiesta de la vida. Y ella, que no sabe que aquellas corolas pueden renovarse con otras más duraderas que darán dulce fruto—ella que se cree desecada para siempre, a veces se asusta, se desespera, cree inútil vivir todavía y se lanza a las tinieblas de la muerte. Casi todos los suicidios por amor son por un primer desengaño, por un primer dolor. La leyenda de Julieta y Romeo, se repite a través de los siglos, y sobre estas tumbas prematuras el delicado poeta del amor desgraciado, Alfredo de Musset, suspira:

Ouvrez-vous jeunes fleurs. Si la mort vous enlève
La vie est un sommeil, la mort en est le rêve
Et vous aurez vecu si vous avez aimé.

Pero ¡no! Nuestra alma de madres se subleva, se estremece de horror ante la visión de la siega violenta de las pobres flores de primavera. Nosotras debemos infundir en el pensamiento, en el corazón de los adolescentes, que si la caducidad en este mundo es fatal e inevitable, es, igualmente, por antítesis, el consuelo, soberana ley de la renovación: «Será mañana lo que no fué ayer», responderemos a Musset con Gabriel d'Annunzio.

LA EDUCACIÓN COMO ES

Desgraciadamente la educación como preparación moral y práctica de la vida es, con nuestros sistemas bastante deficiente todavía. Vigilamos para que la niña no falte a sus deberes de urbanidad y de cortesía; le enseñamos, apenas tiene uso de razón, las reglas del galanteo, la queremos reservada y desenvuelta, sencilla y graciosa, compasiva y piadosa; pero nos ocupamos muy poco en desarrollar y formar en ella una sólida fuerza moral de resistencia, una voluntad de iniciativa que la guíe en lo futuro. A pesar de nuestras aspiraciones hacia una vida más independiente e intelectualmente superior; a pesar de los terribles ejemplos de todos los días de las consecuencias de una educación demasiado débil y estrecha, continuamos empleando para con nuestras hijas, los mismos métodos que privaban hace medio siglo, cuando la vida social era bien distinta, menos graves los cuidados y menor la responsabilidad y las obligaciones de la mujer.

La educación de una niña, o sea la formación de su conciencia y de su corazón, se confía, en nuestras familias señoriales, primero a la niñera, tosca y muchas veces corrompida; después a la institutriz, generalmente extranjera, que siente, piensa y se expresa de otra manera, que no cuidará o cubrirá con un barniz exótico los gérmenes de las tendencias buenas o malas. En las familias burguesas, la niña desde los siete a los quince años va a la escuela, donde aprenderá una can-

tidad de cosas, pero no la ciencia más necesaria y más difícil: la de conocer y gobernarse a sí misma. Nosotras enseñamos a nuestras niñitas a reprimir sus instintos por urbanidad, a no decir todo lo que piensan por astucia, a ser dóciles en provecho propio, a ser amables por vanidad.

Desenvolvemos en ellas, en fin, todas las virtudes pasivas de los débiles y de los ineptos. Les inculcamos la paciencia, la resignación, la sumisión, el sacrificio de su voluntad, la mortificación de su orgullo; y no les decimos: ¡resiste! y no les decimos: ¡persevera y vence! y no pensamos que una actitud abierta, el amor propio bien dirigido, pueden ser, por la educación, levas poderosas.

Todavía educamos a nuestras niñas para un solo fin: el matrimonio, como en otro tiempo, cuando no había otra carrera para la mujer. Todas las niñas que nacen, pobres, ricas, bellas, feas, inteligencia mediocre, vulgar o superior, están destinadas, según el criterio de las preceptoras, a convertirse en esposas y madres de familia. Sueños de adolescencia, deseos de juventud florecen en torno de este ideal de reposo como miniatura alrededor de una página sencilla, destinada a recoger un bonito canto de amor.

Pero si nadie ha de escribir, después, el himno alegre, el azul y el carmín palidecerán en torno de la página vacía, inútil. Faltando el único fin de su vida, la niña, cuando no sea ya joven, se resignará a vegetar ociosa, o se dedicará a ocupaciones interminables; a obras de caridad, materiales o estériles; incapaz en su inexperiencia y en su debilidad, de encontrar en sí o en su torno alguna ayuda eficaz, moral y material, para vivir. Finalmente, en nuestros días se confunde demasiado todavía la educación con la instrucción, cuando se trata de dos culturas que deben avanzar a pasos iguales y armonizar entre sí, pero ser distintas y tener, cada una, cuidados y sistemas especiales para un solo propósito.

LA EDUCACIÓN COMO DEBIERA SER

¿Cómo debiera ser, pues, la educación?, preguntará sin duda alguna mamá, ofendida ligeramente por las crueles verdades que he expuesto, quizá demasiado francamente.

Ante todo, en la educación de la propia hijita, que es como decir en su formación moral, es la madre la que debe ocuparse cualquiera que sea la condición social a que pertenezca: y ocuparse con celo, con alegría, con orgullo, con plena conciencia de la importancia de esta sumisión que nadie podrá cumplir como ella: ella que conoce el carácter de su niña, como conoce el físico, las debilidades, las fuerzas, los defectos, las cualidades. Y empiece muy pronto, desde la cuna. Infúndale sólidos principios de religión, la cual se demuestra más con los actos de la vida que con las prácticas exteriores del culto. Desarróllele una conciencia severa y delicada; así será siempre el mejor juez de sí misma y no tendrá jamás necesidad de recurrir a los consejos de nadie; dé una importancia extrema a los cumplimientos del deber, desde el más pequeño al más grave, y una luminosa aureola al trabajo, cualquiera que sea, desde el más tosco al más delicado. Enséñele a detestar la mentira, a amar la verdad aunque sea áspera; a reflexionar, pero no a calcular; a abandonarse a los impulsos generosos, para dominar enérgicamente el instinto ciego y egoísta. Enséñele a ser buena para ser feliz; a ser agradable o graciosa, no por vanidad, sino para hacer más precioso el don de sí, para elevar con mayor facilidad hacia el ideal a las almas que la rodean, que sufren la fascinación de la suya. Enamórela de la sencillez, de la actividad, de la vida sana y frugal. Secunde sus inclinaciones cuanto pueda, y, sobre todo, no permita que sobre la única base insegura del amor edifique todo un sueño del porvenir. Si el amor y el esposo vienen, tanto mejor; pero solamente indicando a la niña este ideal como el mejor y más natural, deberemos procurar que pueda escoger algún otro si le parece mejor.

Una señorita es mucho más libre, mucho más dueña de sí hoy que en el pasado. Tiene a su disposición más numerosos medios para extender su cultura, para envolver su actividad en cuestiones, en obras, que en un tiempo no existían o no le interesaban absolutamente. La educación, el arte, la beneficencia, los empleos, la ciencia, pueden también darle nobles actividades, provechosas para sí y para los otros, consuelos no inútiles para las soledades de su vida futura. Acostumbremos, pues, a las niñas, a contar sobre todo consigo mismas; repitámosles que, moral y materialmente, la única cosa esencial de su vida es la de realizar el bien, en cualquier esfera que vivamos, de cualquier modo que Dios permita el desenvolvimiento de nuestros sentimientos y de nuestras aptitudes.

UN PUNTO DELICADO

Reflexionando acerca de la formación moral de la niña, nuestra mente encuentra un punto delicado, sobre el cual es tan difícil ponerse de acuerdo, como discutirlo. Y es la revelación del misterio de la vida. ¿Debemos dejar a la niña en aquella completa ignorancia que viene siendo llamada, abusivamente, inocencia, o debemos, en los años de la pubertad, iluminarla acerca de su nacimiento y de cómo otros seres le deberán la vida? Hasta hoy las madres y las preceptoras han preferido las tinieblas. Se ha temido ofuscar el candor de la jovencita, ofender su delicado pudor, darle pensamientos y deseos impuros, en una palabra: depravarla.

Se ha dicho y se dice que el hombre solamente, el marido, tiene la obligación y el derecho de esta revelación. Todo lo más la mamá, en el día de la boda, entre la emoción y la confusión de las despedidas, murmura al oído de la hijita alguna sibilina exhortación —¡pobre mamá, también ella está en un curioso apuro! — exhortaciones perfectamente inútiles si la niña está completamente en la obscuridad; igualmente inútiles si ya no le resta ignorancia ninguna. Son raras

ahora las jovencitas que se casan ignorantes de verdad de lo que se les pide. Pero, ¿cómo aprenden? Por las confidencias de alguna amiga casada, por alguna lectura a escondidas, por alguna indiscreción de las mujeres de servicio, y si es inteligente y observadora, por sus propias observaciones. Yo sé, por ejemplo, de una niña que aprendió el proceso de la fecundación estudiando la botánica. Pero estas nociones, vistas o adquiridas de contrabando, resultan más nocivas que útiles, porque son incompletas y excitan la fantasía; despiertan curiosidad de experiencia, sin dar a la virgen la conciencia exacta del significado que tiene el don de la propia persona y la sucesiva intimidad conyugal.

La absoluta ignorancia es, pues, a mi parecer, un avance de barbarie. Dependa como pretenden algunos, del egoísmo erótico del hombre, o de un prejuicio de moralidad, yo la encuentro igualmente repugnante para el alma y para la conciencia moderna. Me parece (y así es) la más nefanda traición que se pueda consumar en daño de un sér humano, obligado a cumplir el más grave acto de su vida sin comprender su importancia y significado material. Una niña salida la víspera del colegio o emancipada de una rígida educación, que no ha enseñado jamás dos dedos más abajo del cuello o más arriba de las muñecas; que la noche anterior a la boda ha dormido en su camita blanca soñando todavía en el amor como un poema de palabras tiernas, de prudentes besitos en la frente y en las manos, deberá, veinticuatro horas después, ponerse en camisa en presencia de un joven, entrar con él bajo las sábanas del mismo lecho y sentir de un golpe violados sus pudores más secretos, a menudo con depravación o con brutalidad. Y este hombre que así la ofende, que disipa tan crudamente los velos del sueño, del misterio, de la poesía, ¿no podrá ser derribado, en la sensible alma femenina, con las ruinas del ideal? ¿De amado no podrá convertirse en odioso? De seguro le parecerá un sér completamente nuevo y bien distinto del que había conquistado su corazón recitando versos sentimentales o prodigándole corteses sonrisas y palabras gentiles. Y

muchas, demasiadas veces, al día siguiente de estas bodas, compuestas, no de dos seres que funden su alma, su carne y sus destinos, sino de una víctima y de un tirano—al día siguiente la esposa piensa en el secreto de su corazón:—Si lo hubiese sabido antes...—y experimenta el aturdimiento grave y confuso de quien se encuentra herido o caído de una altura, que se siente vivo todavía, pero no sabe medir la importancia y las consecuencias del daño recibido. Y como después de un peligro, también en estos casos, unas veces se cura, otras veces se queda enferma y otras... se muere.

¡Oh!, decid, piadosas mamás que no queréis exponer a vuestras hijitas a la pena de una perplejidad, a los sobresaltos del pudor turbado, ¿es preferible para ellas este martirio? Y, ¿no es mejor que sea vuestra delicada mano la que levante el velo del misterio, puesto que la del hombre no podrá jamás—por muy bueno y amoroso que sea este hombre—tener vuestra piedad, vuestra perspicacia femenina?

Creedme: cuando vuestra hija esté en edad de amar, tomadla entre los brazos y narradle la historia de Adán y Eva sin pueriles mentiras; dadle la conciencia de lo que es y de lo que deberá ser; las leyes de la naturaleza son bellas y santas y no pueden corromper a nadie. El alma de vuestra hija subsistirá limpia aunque no creerá más que los niños brotan de las hojas de las coles o son concedidos en don a los esposos por el ángel del Señor. Y quizá cuando sepa toda la importancia del amor, no lo concederá tan ligeramente al primer advenedizo, no prometerá su fidelidad a quien no sea digno de ella, y podrá mirar a su esposo futuro, a su vida venidera con ojos abiertos, como lo hacéis vosotros por ella, y en muchos casos os dará razón. «*L'âme d'une jeune fille*—escribe Víctor Hugo—*ne doit pas être laissée obscure; plus tard il s'y fait des mirages trop brusques ou trop vifs comme dans une chambre noire.*»

LA INSTRUCCIÓN

Consideremos ahora en varios capítulos el problema de la instrucción. Como he dicho, precisa no confundirla con la educación que tiende a formar el carácter y el sentimiento, mientras la instrucción debe adornar la mente y desenvolver el ingenio. Es necesario, sin embargo, hacerlas avanzar a pasos iguales, fundirlas con armonía, porque si la sola instrucción puede producir aridez de corazón y egoísmo, la educación sin la cultura dará por resultado vanos sentimentalismos, prejuicios, ineptitud al juzgar, ausencia de la idea, inferioridad y debilidad.

Verdaderamente se tiende a exagerar hoy al dar instrucción a las niñas. No porque la cultura sea nunca superflua y no pueda servir siempre en cualquier condición de la vida, sino porque se quiere enseñar demasiado en breve tiempo, se exige de los cerebros de las jovencitas un esfuerzo de actividad, de comprensión, de asimilación, que, a menudo, perjudica a su salud. Se ven señoritas que a los catorce, a los quince años, han terminado todos los cursos, se ponen a ayudar a la mamá en los quehaceres de la casa, o se abandonan a una vida frívola y no abren más un libro de estudio. Se ven otras—demasiadas—dedicarse al estudio por especulación, para conseguir un diploma y hacerse maestras. Esta es la ambición de muchos padres y el ideal de muchas niñas, y se entregan a él a costa de no leves sacrificios, con tenacidad singular, sin reflexionar primero si convendría mejor escoger otro camino más modesto pero más provechoso: sin interrogarse profundamente—la niña—acerca de si la misión grave, ardua, delicada de la profesora conviene a su carácter y a sus aptitudes.

En lugar de esto la jovencita debiera, si está en familia y estudia para obtener una cultura de adorno, no apresurar el término y continuar estudiando, aprendiendo, aún más allá de los quince años, en la edad en la cual precisamente se abre mejor su mente para

recoger las explicaciones de las conquistas de la ciencia y las visiones de la belleza ideal, y continuar aprendiendo, ejercitándose hasta que se case y aun después, porque no hay condición o edad en la vida en que se pueda decir «sé bastante» y no desear ir más lejos. Si la señorita estudia después para profesora, procure por lo menos aplicarse a aquellas disciplinas hacia las cuales sus facultades intelectuales y sus gustos la llevan con preferencia. Y si en vez de ir a la Escuela Normal va a una escuela profesional, no deberá avergonzarse de ello, ya que podrá convertirse en una hábil costurera, en una buena modista, más bien que en una mala instructora, y será tanto mejor para los demás y para ella.

Yo quisiera insistir particularmente para que a las niñas de hoy, que buscan profesión, se les diese cualquier otro camino, para impedir que se aglomerase en torno de determinados ramos excesivo número de postulantes que se quedan luego defraudadas. El comercio, por ejemplo, la contabilidad, la escritura a máquina, la taquigrafía, las lenguas extranjeras, la química, la botánica, los cursos de higiene y de enfermería.

La estética tiene una importancia grande en la instrucción, pero yo quisiera que fuese infundida más generalmente antes que verla limitada al ejercicio de las bellas artes, que se reduce muchas veces a un ocioso *dilettantismo* o a una mísera profanación. Quisiera que todas las niñas pudiesen gustar de la música, admirar los cuadros, las estatuas, los versos, la prosa; pudiesen analizar, conocer, preferir, en lugar de oirles tocar al piano la obligada pieza con variaciones, o verlas ensuciar con los colores las telas y escribir un boceto o una composición lírica llena de lugares comunes. Quisiera que fuesen intérpretes, en suma, más que ejecutantes o creadoras, de no haber una tendencia especial hacia cualquier arte, que entonces sería delito desconocer o sofocar.

HOMBRES Y MUJERES

Juan Jacobo Rousseau ha dicho que existe un deseo de la mujer al cual no se mezcla ningún pensamiento sensual: el deseo de un placer particular, casi indefinible, que el hombre experimenta en estar con ella. Y este sentimiento delicado, sutilmente nostálgico, es quizá más general de lo que se cree en aquellas almas viriles que han podido y sabido defender en la intemperancia de la primera juventud, en las rudas luchas de la segunda, la divina flor de un ideal abstracto, celosamente querido, y quizá destinado a no realizarse jamás.

Los niños y las niñas nacen del mismo modo, están sujetos a semejantes miserias y peligros de la infancia; tienen necesidad de iguales cuidados, de la misma ternura materna. Su alma se abre, se desenvuelve con un mismo género de sensaciones y de sentimientos, de curiosidad y de deseos, de instintos y de rebeliones. La naturaleza advierte que sus hijos deben vivir juntos, como las flores del prado, como los pájaros de los bosques; los pequeños seres, los nuevos peregrinos en los cuales la impresión de la naturaleza es todavía vivaz y reciente, advierten con sus atracciones, con sus preferencias—el hermanito hacia la hermanita, o ésta hacia aquel—que un sexo trata de compensarse con el otro; pero los adultos, maliciosos, crueles y obtusos, no perciben lo que hay de divino en esta inclinación e intervienen pronto para contrariarla. La educación pone la primera barrera, en la familia y en la escuela; en los institutos donde se otorgan los primeros rudimentos de la instrucción, donde las lecciones son casi un complemento de los juegos, los varones están en una parte, las hembras en otra. He visto, en un asilo infantil, infligir por castigo a una niña un puesto en los bancos de sus pequeños compañeros, y un niño ser enviado en castigo, casi por irrisión, entre las niñas: sistema erróneo, que tiende a determinar una falsa vergüenza y una falsa humillación.

En familia las niñas están con la mamá, con la abuela, con las parientas de su sexo, las acompañan al peso, a las tiendas, a los salones: tienen amiguitas que van a buscarlas, y que las reciben, contrayendo demasiado pronto los defectos de fingimiento, de coquetería, de chismografía, de envidia, de hipocresía, de vanidad y de necedad; mientras el niño, alejado pronto de la compañía de las hermanas, de la vigilancia materna, por escrúpulo del padre que teme afeminario, se habitúa pronto, por su parte, a la intolerancia de los obstáculos domésticos, a la necesidad del vagabundeo por las calles, y al desenfrenado deseo de independencia que costará después tantas lágrimas a los ojos maternos y ofenderá los derechos más santos. Y como las niñas, en la exclusiva compañía de sus similares, atrofian todo sano gérmen de espontaneidad y de energía, los niños con el contínuo contacto de la rudeza masculina, pierden la delicadeza verdadera para adquirir una muy superficial para usarla como si fuese un cuello limpio en las grandes ocasiones.

¿Quiénes son las principales mujeres a quienes el hombre se acerca con un poco de libertad y con las cuales, en su adolescencia, trata de formar un criterio sobre la psicología femenina que les parece tan problemática, desconocida y diferente de la propia? Muchachas humildes, de una especie inferior: jóvenes hijas del pueblo, las cuales, aunque honestas y delicadas, les harán seguramente concebir la idea de una desmesurada distancia intelectual, de un triste aislamiento del pensamiento, de un desconsuelo doloroso del alma para todo el resto de la vida. O, también, mujeres de una especie ínfima, corrompidas y corruptoras, que junto con la sangre, les envenenarán todo sentido moral, toda facultad de vivir viril y victoriosamente. Esta es la escuela de los maridos, de los padres del mañana, la preparación de una parte del fundamento de la sociedad futura.

Por otra parte, las niñas, ¿dónde pueden conocer a los hombres, a estos benditos hombres sobre cuya individualidad traman leyendas misteriosas: a estos

hombres que, en el sueño confuso del porvenir, tienen también el afecto de tan fascinadora idealidad? En las salas de baile, en los teatros, en torno de las mesitas del té, detrás de los bancos de las rifas de beneficencia, en las reuniones deportivas, en los establecimientos, en los hoteles a dos mil metros sobre el nivel del mar; en todas partes donde la vanidad, el ocio, la moda y las inquietudes aconsejan ir a mostrarse: en todas partes donde el convencionalismo, la hipocresía, el artificio, engañan y triunfan, y las cualidades más infieles y más inútiles seducen, mientras que las cualidades verdaderas, grandes y preciosas sirven de mofa como cosas raras o son reprochadas como defectos...

Así, hombres y mujeres, divididos por un mal sistema de educación, de prejuicios necios, de astutas convenciones sociales, de la tradición y de la costumbre, se disponen en orden de batalla siempre de frente como enemigos, o transforman la atracción innata de sus espíritus en un instinto de que es preciso avergonzarse. Y estos seres que, unidos son la fuerza gloriosa y separados la insuficiencia triste, se hieren, se humillan, se degradan, se matan en las tinieblas, en vez de elevarse en la escala del honor y buscarse libremente en la luz y en la verdad.

VIRGINIDAD

La virginidad ha sido definida como un estado de gracia. En efecto, en ella está la fuerza moral y material más poderosa. La virginidad no pertenece más que a sí misma, no tiene yugos, puede disponer de sus energías como quiere, pasa a través del mundo invicta e invencible, dominadora ideal y austera. Diana, la más audaz, la más indómita entre las Diosas del Olimpo griego, era virgen: virgen era Minerva, la diosa de la sabiduría. Virgen era la salvaje Brunilda, la Walkiria que protegía con las llamas su sueño y su castidad: era virgen la Doncella de Orleans, célebre en las crónicas guerreras: vírgenes debían ser las poé-

ticas Vestales guardadoras del fuego sagrado, y vírgenes son las piadosas monjitas que van por el mundo bajo las fluctuantes alas blancas de un tocado que expresa caridad e intrepidez: o las que en los largos silencios del claustro ruegan por quien no sabe rezar.

Así, pues, la virginidad es sinónimo de superior ideal, y en efecto, la presencia de una bella niña pura da el mismo placer, la misma sensación de frescura y de fuerza gloriosa, que la contemplación de una flor todavía sin coger, de una cima cubierta de nieve intacta, de una ánfora nueva, de cualquier forma, natural o creada por el hombre, sobre la cual no haya dejado todavía la vida su impresión. Y una virginidad sencilla y sincera, contiene siempre un poco de altivez, como si hubiese en ella, sin saberlo, la conciencia de su fascinación dominadora. Nunca, efectivamente, la feminilidad ejerce seducción más verdadera que en este período en el cual no está todavía completa, pero encierra en sí todas las esperanzas, todes las promesas, todo el encanto de la Isis velada y misteriosa.

SU ALTEZA EL AMOR

Pero es fatal e inevitable que la rosada flor del alberchigo, la inmaculada flor del manzano, caiga para dejar sitio al fruto: y es ley de la naturaleza que el amor haga descender de su pedestal a la virgen, y la transforme en el vivo emblema de la rendición incondicional y fiel. No es ya el capullo que tímido se abre al sol de la vida: no es ya el primer sueño envuelto en la nebulosa del romanticismo: esta vez es la corola que se abre y el amor que pasa, conquista, encadena, con toda la pompa de su soberanía.

Fior d'ogni fiore:
Quando spira aquilon s'infosca il mare
Quando spunta l'amor nasce il dolore (1).

(1) Flor de todas las flores: cuando sopla aquilón se encrespa el mar, cuando despunta el amor nace el dolor.

cantaba el pobre Panzacchi. En efecto, al iniciarse el amor da siempre una inquietud, una melancolía, un deseo de soledad y de lágrimas que le hace parecerse más al dolor que a la alegría.

El amor es el esplendor del universo, es el resorte más poderoso del alma humana, es lo que hace la vida más dulce y la muerte más amarga: está en el aire que respiramos, en las cosas visibles e invisibles; patente u oculto en nuestra individualidad, y ningún sér humano puede jactarse de substraerse a él, porque en uno u otro período de la vida, quiera o no quiera, esta indomable e inmensa fuerza lo absorberá como un rayo bebe la gota de agua. Toda la naturaleza habla de amor y presenta un perpétuo espectáculo de bodas; el arte de todos los tiempos y de todos los países, lo ha reproducido: millares de volúmenes se han escrito para analizarlo, para expresarlo en sus más diversas formas, en sus matices más delicados: aún, cuando nuestro corazoncito lo siente pasar, se admira y tiembla como de un fenómeno siempre nuevo: y el amor es y será siempre el más divino y terrible misterio del universo.

Entre tantas definiciones del amor, he recordado siempre particularmente una de Conrado Ricci, sencillísima, pero de una exactitud singular. Esta:

«El amor no es más que el persistente, tenaz, fuerte, prepotente recuerdo de una persona...»

Todas nosotras hemos comprobado la verdad de tal afirmación. Un recuerdo que no se abandona jamás, que atrae traidoramente a nuestro pensamiento en las horas de ocupaciones y nos hace estar desatentas, displicentes a mil millas de distancia de lo que se hace o se dice en torno de nosotros: alejadas de lo que hacemos o decimos, tanto que el coger el hilo de las ideas, si nuestra ocupación es mental, o el seguir el pensamiento de un autor, nos cuesta un continuo y heroico esfuerzo de voluntad: y si la ocupación es material nos hace cometer errores y distracciones de que nos sentimos humilladas. Y en las horas de reposo este recuerdo se enseñorea tanto, que nos invade toda el al-

ma, la sumerge en una dulzura que paraliza toda otra impulsión del intelecto, ofusca todo otro sentimiento, nos envuelve, nos arrastra, nos disminuye, nos borra, nos trastorna de tal modo que sentimos la tentación de pedir piedad...

NUEVAS EMBRIAGUECES

Sin embargo, ¡bendito sea el amor! Bendito sea este tirano, aunque nos devastó el corazón como un jardín sobre el cual ha pasado un huracán. Bendito sea aunque lloramos todas nuestras lágrimas, derramamos todos los tesoros de nuestra alma inútilmente. Bendito sea, aunque fuimos engañadas, traicionadas, desconocidas, abandonadas; también el recuerdo del pasado hace parecer más fría, árida y triste la soledad de nuestro presente. Amamos, vivimos. Amamos y conocemos el éxtasis más alto, tenemos la visión más fúlgida de la belleza, poseemos la riqueza más maravillosa. Miserable la mujer que no ha amado apasionadamente; que no conoce las espectaciones que suspenden el sentido de la vida, las emociones del volver a ver un rostro adorado que blanquean la cara como en la hora de la muerte; que no conoce las noches de insomnio por la tortura de los celos, de una duda, de una ignorancia; que ha esperado una carta como una sentencia fatal, que no se ha sentido, en cierto momento, en la cumbre, en la gloria deslumbradora de un sol ardiente que redoblaba sus energías, que le hacía vivir una vida rica de la esencia de miles de vidas, que le daba una exuberancia de sentimiento, de sensibilidad, capaz de transformar la alegría en un sufrimiento físico: miserable la mujer que no ha llegado, por un día, por una hora, por un minuto, al límite de un sueño...

EL ALMA EN LOS LABIOS

¡El alma en los labios! El beso no es siempre un acto sensual. El beso puede ser, aunque sea apasiona-

do, aunque sea ardiente, aunque los labios busquen los labios, la más alta expresión del ideal; puede ser el encuentro, la fusión, el sello de fe del alma. Dice Alfredo Testoni, como un pastorcillo de Arcadia:

Miti viole,
A lei dite che un bacio non è male
Vi lasciate voi pur baciar dal sole. (1)

Y Cyrano de Bergerac, el más infeliz entre los amantes, obligado a conquistar para otro la mujer que ama, así define el beso a Roxana:

Un baiser, mais à tout prendre, qu'est-ce?
Un serment fait d'un peu plus près, une promesse
Plus précise, un aveu qui veut se confirmer,
C'est un secret qui prend la bouche pour oreille,
Un instant d'infini qui fait un bruit d'abeille,
Une communion ayant un gôut de fleurs
Une façon d'un peu se respirer le cœur,
Et d'un peu se gôuter au bord des lévres l'âme?

Pero la más pura, la más ardiente, la más poética descripción del beso de amor, viene de una exquisita mujer, Elisabet Browning, la mujer del poeta que adoró y colmó de dulzuras. Delicada compositora de versos también ella, tenemos entre otros este apasionado soneto que transcribo de la traducción de Enrique Nencioni:

—La primera vez que él me besó, besó solamente los dedos de esta mano con la cual ahora escribo: y desde aquel día se volvió más delicada y más blanca, indócil a los saludos mundanos, pronta a las señales de las cosas celestes.

Un anillo de amatista no podría llevarlo en el dedo más visible para mis ojos que aquel su primer beso. El segundo buscó la frente, y casi se perdió ca-

---

(1) Afables violetas, — decíd a ella que un beso no es malo, — vosotras os dejáis besar por el sol.

yendo entre mis cabellos. ¡Oh, dón supremo! Esta fué la confirmación de amor que con santificadora dulzura precedió a la verdadera guirnalda de amor. El tercero fué depuesto, perfecto, sobre mi boca, y desde entonces, orgullosa, pude decir: ¡Oh, amor mío, verdaderamente mío!—

LA CAZA DEL MARIDO

Esta es pura poesía, y ahora viene una página de prosa y bien vulgar. Muchas señoritas, viendo que este bendito amor se obstina en pasar siempre a respetable distancia de ellas, sin concretarse a una forma quizá menos real pero más práctica, toman una determinación decisiva y valiente, van a su encuentro, lo acometen, o le tienden asechanzas. Y de acuerdo con la mamá empieza la caza del marido.

Se abre casi siempre al principio del carnaval. La señorita que quiere absolutamente casarse es la más asidua, la más elegante, la más incansable. No falta ni a un baile, ni a un teatro, ni a una tertulia: se multiplica para estar en todas partes y sin dar jamás señal de cansancio, siempre amable y sonriente; especialmente con el sexo fuerte: si el hombre es joven y libre, su amabilidad se convierte casi en adulación, y su gracia aumenta hasta el artificio obteniendo, muchas veces, el resultado opuesto a su deseo. Fatigas y derrotas producen después en ella los arranques de mal humor, las bruscas impaciencias, las nerviosidades en estallidos groseros e insolencias y caprichos, pero éstas son satisfacciones que reserva para la santa intimidad doméstica, y fuera de la madre, de las hermanas y de la camarera—concordes en la liga del silencio para no echar a perder cualquier buen golpe—nadie lo sabe y nadie lo advierte. Así puede pasar por un modelo de delicadeza, por un ánfora colmada de todas las virtudes femeninas.

Pero el carnaval pasa, y la señorita ha estropeado seis vestidos nuevos y doce pares de guantes inútil-

mente... Entonces va a todos los conciertos de la cuaresma, a todos los sermones, a todos los paseos elegantes, con los ojos lánguidos y melancólicos en la empolvada cara y gruesos *bouquets* de violetas en las manos y en el pecho. Nada... pasa también la cuaresma. Llegan las carreras, las fiestas deportivas de mayo y no deja siquiera una, arrastrando tras sí a la pobre mamá, que está ya extenuada. Los *sportmans* se encuentran demasiado ocupados con los caballos vencedores, con los automóviles, con las bicicletas, con las copas de oro y plata, para pensar en una cosa tan fastidiosa como la de casarse: y también esta vez la pobre cazadora de marido ha estropeado los vestidos y gastado las sonrisas. Pero viene la estación de los baños, y ahí la tenemos con la inevitable mamá, siempre vestida decorosamente para hacer digno fondo a la hijita, en las terrazas de los establecimientos más elegantes, fingiendo una laborcita entre manos, lanzando miradas que parecen lanzas, pero a las cuales ningún pez-hombre aboca. ¡Pobre! Se zambulle bonitamente en los ondas en elegantísimo traje de baño, lanzando pequeños gritos de miedo para llamar la atención; sigue muy bien a nado los barquichuelos y finge quizá que se ahoga cuando está con el último cartucho; todo lo más le votarán un salvamento o... la dejarán ahogarse en paz. Por una niña más o menos el mundo sigue lo mismo. ¡Adiós baños!—Ahora es la montaña, y arriba con el *alpenstock* a recoger el último *edelweis* en la cima más elevada, a detenerse en todas las cabañas de refugio y unirse a las cuerdas de todas las expediciones; pero ¡ay!, ni aun a dos mil metros hay modo de atrapar marido. Si desciende entonces a las colinas, se combinan carreras, se recita en las casas de campo, se ostentan las formas en los *tableaux vivants*... Pasa también el otoño en vano... y precisa volver a la ciudad a tomar de nuevo el puesto de señorita en casa y en sociedad. Pero la paciencia y la fe de una cazadora de marido son inagotables, y se prepara a comenzar de nuevo durante el próximo carnaval. Todo criterio de elección, todo gusto de prefe-

rencia han desaparecido de su mente. Viejo o joven, simpático o feo, sano o deforme, rico o pobre, oficial o burgués, noble o comerciante, con tal que sea un hombre que se case con ella no solamente lo aceptará, sino que hallará también el modo de hacerle creer que encarna su ideal. En efecto, el es, no el amor, sino el *marido*.

LA NOVIA

Bien o mal el futuro esposo cayó en la red. El joven ha hablado con la mamá, se ha entendido con el papá y ha quedado admitido en familia como prometido. Este es el período más dulce y más alegre de la vida femenina. Aún no está turbada ninguna de sus exquisitas idealidades, cada una de ellas se ha acrecentado por una evidencia que realiza todas las aspiraciones dejándola vivir en su sueño, nutrirse de él.

Sus días están llenos de flores, de ocupaciones delicadas, de augurios, de esperanzas: sus noches son un misterioso poema de sombras profundas, de tiernos y ardientes apretones de manos, de besos furtivos. El espejo de lo futuro está tan cerca que parece tangible: se distinguen bien las líneas de la luz, las delicias de las frescas veladas que darán el reposo, la satisfacción, las riquezas de los raros tesoros portadores de felicidad. Y el ansia de poner el pie en esta tierra prometida, redobla la actividad, la energía: el amor da una ligereza alada, gracias a la cual se cumplen milagros con sonrisas. El prometido es tan tierno, devoto, caballeresco, generoso: es siempre el primero en ceder en las porfías, en calmar el enfado, en pronunciar palabras de justificación y de paz. Y todas las ocasiones son buenas para una demostración de afecto: el día de su santo, el cumpleaños, la Navidad, la Pascua, y otros aniversarios. El anillo de prometida, hecho con una perla y un brillante—símbolo de la pureza de la niña y de la integridad del joven—embellece el anular, el mismo dedo que en el día solemne lucirá el sim-

ple aro de oro, emblema de la fe. Su estancia está llena de detratos con dedicatorias afectuosas, poéticas y delicadas. Está adornada también con pequeños recuerdos suyos: un libro de memorias, un estuche de labores, un florero, una estatuita artística, una bonita imagen sagrada, un corta-papeles, un porta-libros o algún volúmen bien encuadernado: así, a todas horas y en cualquier ocupación, sentirá en torno suyo el pensamiento de su amado y estará casi materialmente unida a él.

El prometido debe evitar regalarle objetos personales, por un sentimiento de delicadeza: todo lo más un medalloncito cerrado con el retrato, o con cabellos o con una flor; un abanico, una pulserita de oro para llevar siempre en el brazo; pero no es correcto ni de buen gusto abusar de estos regalos o elegirlos de simple adorno, sin un significado. Puede abusar de las flores: nunca serán demasiadas para el amor y la poesía. La novia corresponderá siempre a todos los regalos, procurando, sin embargo, que sean equivalentes en el género y en el valor. También ella deberá evitar regalar objetos demasiado personales como sería un alfiler de corbata, un par de gemelos para los puños, un bastón, una boquilla: podrá regalar un tintero, una pluma, una carpeta de escribir labrada por ella, cualquier objeto artístico. Sobre todo procure que los regalos se asimilen a las costumbres y a la profesión de su futuro esposo, puesto que en esta intención se verá la finura de su sentimiento que ha presidido en la elección, no el deseo de hacer efecto por una satisfacción de vanidad.

Muchas señoritas cambian de *toilette* para la visita cuotidiana del novio, se peinan diversamente, se adornan de un modo especial. Es una costumbre que no me gusta. Todo lo más se hará para la primera visita, durante la breve ceremonia que acompaña al cambio de la promesa: para recibir a los futuros padres y las primeras visitas de congratulación. Pero durante el período del noviazgo, que también puede ser no breve, la señorita se dejará ver el tiempo convenido

por los padres: ya que no está admitido que una niña pueda jamás pasar los límites, ni por una hora, en los vestidos y en la persona. El novio la amará más con sus blusitas sencillas y frescas, sus delantalitos bien guarnecidos, un collar de corales o un cuellecito blanco alrededor de la garganta y sus hermosos cabellos peinados simplemente, y no con un tocado de gala que revela la ostentación y la vanidad, y parece ocultar casi un engaño.

Donde la prometida puede desahogarse un poco es fuera de casa, en los paseos, en los teatros, en las conversaciones, en las tertulias, para lo cual se pondrá vestidos más elegantes que los usados antes de la promesa, se pondrá sombreros más adornados. Está bien, sin embargo, que una novia no se deje ver con demasiada frecuencia en sociedad. Ya se sabe que está entregada a su amor, a sus sueños del porvenir: el amor y la felicidad se alejan con mucha facilidad. Además el mundo es curioso, murmurador, maligno, cuenta las sonrisas, las miradas, espía los besos y las palabras: «*Si vous êtes heureux*—ha dicho Bourget—*ne le dites pas au monde: il n'aime pas ces confidences là.*»

MATRIMONIOS DE AMOR

Nada más bello, más bueno, más conmovedor, más reconciliador con la vida, que una unión presidida por el amor. Estos seres que no tienen otro pensamiento fuera del ardor que los atrae uno hacia otro, que, separados, viven en una especie de sonambulismo y reunidos en un éxtasis que los aisla del mundo: que aún viéndose todos los días, a todas las horas, están siempre ávidos de encontrarse juntos y tienen siempre algo que decirse; que se repiten sin cansarse, con una embriaguez renovada sin pausa, viejas palabras en las cuales encuentran un significado profundo y especial; que apenas separados corren a escribirse largas cartas para estar todavía unidos con el alma, con el pensamiento, con el deseo; que anhelan fundir sus destinos,

como dos corrientes de agua, empujadas por una pendiente por la misma fuerza misteriosa, anhelan mezclar sus aguas puras: estos dos seres ofrecen la visión de la verdadera y grande felicidad en la tierra. ¿Qué importa si en vez de un palacio los acoge una modesta casita, un pequeño barrio, o un desván? El amor es el más hábil decorador, el más complaciente ilusionista. Ellos no cambiarían las pobres paredes desnudas por una casa real, porque es el nido de su ternura; ellos lo embellecerán poco a poco, de común acuerdo, con ahorros, con sacrificios hechos alegremente por ambos. Estarán siempre juntos, y si el trabajo, las necesidades de la vida los separan un momento, volverán a verse con renovada ansia, con renovado fervor. No tendrán secretos el uno para el otro, aparte de alguna sorpresa preparada a escondidas con grandes cuidados, a costa de sacrificios de dinero, de sueño, de tiempo: pero la alegría del otro será tan grande que compensará toda molestia; y el donador y el regalado se abrazarán con las mismas lágrimas de ternura y de felicidad en los ojos. No buscarán recreos, ni distracciones, puesto que su mejor alivio será el estar juntos, vagar en algún lugar desierto lleno de sombras verdes y de silencio, que lo llenarán todo con su amor inmenso, con sus caricias, con sus himnos de gratitud. Se sentirán buenos, puros, fuertes; y si vienen los días de prueba y de dolor, los amantes esposos les harán frente con energía, se comunicarán el heroísmo, y mientras estén juntos nada podrá abatirles duramente, puesto que el amor es más fuerte que la muerte.

MATRIMONIOS DE CONVENIENCIA

Desgraciadamente la índole, la homogeneidad de los gustos y costumbres, la equivalencia intelectual que se desean para el matrimonio de amor, son raras de encontrarse; son raras igualmente, entre tantos matrimonios, las de inclinación. Sin embargo, también puede dar buenos resultados de paz serena, de afecto sincero

y devoto, de vida feliz. Así, muchas veces, la falta de elemento de pasión, que se oculta cuando se trata de juzgar y de escoger el compañero o la compañera de la existencia, concede una objetividad de opinión que deja reflexionar y decidir mejor. El esposo que los padres, algún amigo de casa, y muchas veces el destino, pone delante no es el ideal soñado en la adolescencia, no fascina y no turba como el primer amor, para siempre perdido. Pero hay una buena posición social, un aspecto simpático, óptimas cualidades morales, lo tenemos en grande estima, le abandonamos con gusto nuestro destino. Si no es amor ardiente, será afecto seguro y dulce, que muchas veces vale más que el amor. La costumbre de verse, el conocimiento más íntimo, crean después vínculos, a menudo hacen revelaciones que despiertan en el fondo del alma el divino niño dormido: el amor. Y entonces es para toda la vida: no se temen más engaños, ni sorpresas, ni desilusiones. Varias veces estas revelaciones son el premio de una obediencia, de un secreto holocausto, de una determinación audaz, o solamente de la piedad.

Sin embargo conviene ser sinceras, como siempre. Con un hombre que se casa por conveniencia, no se debe hacer ni antes ni después la comedia del amor. Si él se percatase de la ficción, sufriría más que viendo nuestro afecto tibio pero sincero. En un matrimonio de conveniencia debe dominar la seriedad, la sencillez: los esposos deben sentirse amigos sobre todo. Solamente así podrán también ellos tener horas de felicidad serena y fundar su porvenir sobre bases firmes.

MATRIMONIOS DE NECESIDAD

Pero existe una unión bastante más triste y de resultados bastante más difíciles que el matrimonio de conveniencia, y es el matrimonio que yo llamo: de necesidad; o sea aquel en que la mujer está obligada por las malas condiciones financieras por que atraviesa, o por las circunstancias que la han dejado sin apoyo y

sola, o también por librarse de su hogar a toda costa, donde reina la discordia, donde es víctima quizá de una madrastra, de un hermano, de una hermana violentos. Muchas veces estos matrimonios donde el amor no entra siquiera bajo las blandas formas del afecto, no son aceptados por la niña más que para mejorar su suerte, porque es pobre y él es rico: es ambiciosa y él le dará con qué satisfacer sus deseos de lujo y de vanidad; y entonces más que matrimonio de necesidad es este un matrimonio de especulación. Pero en uno y en otro caso son matrimonios melancólicos, llenos de repulsiones secretas, en los cuales el alma gime sofocada, en que se revelan a menudo los sentidos: y el alma y los sentidos tomarán más tarde el desquite, a costa de la traición, de la mentira; o tendrán que sufrir luchas terribles, o caerán en un letargo de aquiescencia peor que la muerte... ¡Oh, sí, evite la niña este matrimonio de lo futuro; evítese a sí misma la afrenta de verse de tal manera! Antes, trabaje valientemente, procúrese la independencia a cualquier precio, no retroceda ante ningún sacrificio, con tal de salvar su persona, su corazón, de esta bellaquería, de esta prostitución, que no dejará de serlo por ser legal.

MATRIMONIOS DE REPARACIÓN

Otro matrimonio melancólico: el de reparación. Y con esta palabra está dicho todo. La vida no ofrece ya misterios para la esposa, que no tiene derecho de adornar su cabeza con la simbólica flor de azahar y que sin embargo se la adorna para engañar al mundo; que muchas veces bajo el sencillo vestido de viaje, se adivinan las formas de su incipiente maternidad... Es triste esta ceremonia de poesía, de pureza, en contraste con la contaminación, la humillación secreta, a veces la íntima angustia...

Triste esposa que ha perdido el perfume de la virgen y no tiene derecho al respeto para la mujer, para la madre. Y sea el vicio o la pasión lo que ha conduci-

do a la caída, siente en aquella hora todo el peso de su vergüenza, toda la amargura de su debilidad; y el tormentoso pensamiento de que el hombre que está a su lado en las gradas del altar pueda tener más pronto o más tarde un gesto de desprecio para ella, de náusea, de cansancio, está fijo en su corazón, punzante y terrible como un áspid.

Para estos dolorosos casos es de aconsejar la máxima sencillez en las bodas. El menor ceremonial que sea posible: nada de recepciones ni ostentación de regalos y de *toilettes*. Casarse en cualquier capilla privada, vestidos de viaje, y partir en seguida para un viaje de novios larguísimo, para cualquier aldea solitaria. Si la esposa se ve obligada a la comedia del hábito nupcial y de las flores de azahar, porque su falta es secreta, tenga ánimo entonces y represente su papel lo mejor que pueda. Pero sólo con los extraños, con quien *no lo sabe*. Con el esposo muéstrese como es: conmuévase, alégrese, échese en sus brazos, dígale una de aquellas palabras que rehabilitan toda culpa, que jamás se pueden olvidar. No cometa ligerezas, ni ostente ingenuidad fuera de lugar, ni arrogancias inútiles. Envuélvanse los dos en una cálida onda de pasión purificadora y confíe al tiempo y a su vida futura el encargo de recomponerle una aureola de castidad.

LA PALABRA DADA

Cuando por ligereza, por inexperiencia o por debilidad damos nuestra palabra o nos empeñamos en una promesa que después vemos no poder mantener, ¿es mejor perseverar a costa del sacrificio y del martirio o retractarse francamente?

El perseverar es de héroes, el confesar lealmente haber sido engañados en nuestras fuerzas o en nuestros gustos es de personas honradas y sinceras. En el caso de un matrimonio, que es el acontecimiento más importante de la vida femenina, la puerta del porvenir que puede abrirse en el paraíso o en el infierno, no

dudaría yo en aconsejar la modesta sencillez en vez del heroísmo. También parece que en muchos casos sea más difícil la franqueza, quizá porque obliga a revelar, mientras el heroismo se limita al silencio. Muchas veces en lugar de heroismo es vileza, cobardía, timidez. No se vuelve atrás por cansancio, por la incomodidad de emprender nuevamente el camino, aunque hayamos comprobado que termina en un precipicio.

Muchas novias se desligarían de la promesa en la víspera de la boda, porque solamente entonces se enteraron de cualquier grave mancha que había en la vida del hombre cuyo nombre iban a tomar y al cual debían unirse para siempre: o bien cualquier vínculo anterior, más fuerte que su vínculo ideal, del cual quería el hombre librarse; o, también, puede ser cualquier síntoma indudable de saciedad por parte del hombre, a menudo por su naturaleza ligera y voluble; en fin, puede muy bien faltar todo motivo, pero la costumbre de verse, entre novios, la intimidad moral acrecentada puede hacer descubrir a la niña cualquier disonancia de índole, de gustos: cualquiera nueva fascinación penetrada traidoramente en su corazón, y que amenaza ocupar el puesto del sentimientto antiguo: o cualquier amor anterior, que ella creía vencido y que resurge improvisadamente más gallardo que antes. Ahora bien, en todos estos casos, aunque fuese en el altar, una mujer tiene el derecho y el deber de retirar la palabra dada. Al fin es todavía libre y dueña de su cuerpo y de su alma. Claro está que necesitará de un esfuerzo, deberá vencer quizá no leves obstáculos, superar a su amor propio, al reproche de las personas escrupulosas, exponerse a las críticas del mundo. Pero no importa: ella rescata su libertad que es la cosa más preciosa que existe; se salva a sí y a su compañero de una futura e irreparable ruina. Porque antes o después el corazón reclamará imperiosamente sus derechos, y no tendrá ya furza para combatirlo y vencerlo.

En caso de que le cueste dolor no cumplir la promesa, porque ama todavía, y se percata de que él no

la ama ya o desea amar a otra, hágase fuerte, pero deslíguese igualmente. Obligar a un hombre por la fuerza del derecho es bien triste y muy peligroso ante un porvenir del que podrá disponer a su antojo. Su acto desinteresado, heroico, la elevará en el concepto del hombre tanto que su estimación, su gratitud, serán muy superiores a las artificiosas manifestaciones de un sentimiento que él no experimenta ya.

Cuando un matrimonio se deshace, se devuelven los regalos de valor, los recuerdos, pero las cartas se destruyen. La restitución de las cartas parecería significar desconfianza y es siempre una ofensa para la persona a la cual debemos demostrar deferencia, aun después de una desilusión, por última caridad hacia el amor muerto: por aquel sentimiento caballeresco que es preciso conservar hasta con los adversarios. Mejor es una explicación escrita que una explicación a voces, la cual podría llevar a decir más de lo que se quisiera, cuando es necesario más que nunca en tales circunstancias conservar toda la dignidad.

EL EQUIPO COMO DEBE SER

«*L'amour n'est pas fait de l'amoureux tout seul*», escribe agudamente uno de los hermanos Goncourt. Efectivamente, el amor, para el alma femenina, es una complicación de grandes y pequeñas seducciones, de grandes y pequeños sueños, que forman para la imagen querida un fondo variado y risueño, como en las telas de los pintores primitivos. Una de las benignas fascinaciones, en espera de la boda, es la constituída por el equipo. Adornarse ha sido siempre para la mujer uno de los más grandes placeres; adornarse para parecer más bella y deseable al amado, es embriaguez para ella.

En un tiempo las madres comenzaban a preparar el equipo de esposa para sus hijas cuando estaban todavía en la infancia; pero entonces tenían que hacer hilar y tejer la tela, hacer confeccionar a mano las me-

dias y cada pieza de ropa blanca, esperar una buena ocasión para proveerse de sedas para los vestidos, chales, pieles: los transportes eran lentos y costosos, y se comprende que lo pensasen con tiempo.

Pero ahora que se obtiene todo inmediatamente, que si se quiere se puede disponer un equipo en dos o tres días, no hay necesidad de empezar tan pronto para dejar después apolillar la ropa en los armarios.

No aconsejaría a ninguna señorita que se hiciese un equipo demasiado numeroso, porque se vería obligada a llevar durante muchos años siempre las mismas modas que tanto se renuevan, cambiando hasta en la ropa blanca. Por otra parte, una niña que se casa está sujeta a probables cambios de proporciones, y no sólo por el hecho de la maternidad, sino por las naturales alteraciones que su físico deberá sufrir con un método de vida diverso y un desarrollo más completo. Y si tiene mucha ropa blanca de la medida que usaba de niña, puede ocurrir que una gran parte, todavía intacta, no le siente bien al poco tiempo. Sea el equipo proporcionado a sus medios y entonado al género de su vida futura; pero aunque de la mayor sencillez contenga alguna pieza fina de ropa blanca, alguna camisa más adornada, alguna falda, algún cubre-corsé más guarnecido. Al escoger su indumentaria más íntima recuerde también que debe conservar en torno de su persona una aureola de poesía, de gracia, de elegancia. Ponga en la ropa blanca personal sus iniciales de niña, porque un matrimonio puede romperse al último momento y sería ridículo entonces llevar ropa con iniciales que no son las propias, o estar obligada a deshacerlas; y además la esposa no es una esclava y no debe llevar en lo que le pertenece particularmente las marcas de un amo. Ponga las iniciales del marido en lo que pueda preparar de acuerdo con él, que se refiera a la vida común: mantelería, ropa del lecho y de la cámara. Pocos vestidos y pocos sombreros: los de las estaciones, y basta. Es delicado, por su parte, cuidarse especialmente de la elegancia de sus vestidos de cámara y de casa, aunque sencillos. Es así como el

marido deberá verla cotidianamente, y ella debe procurar parecerle graciosa. Los vestidos de calle son para los extraños; pero todo cuanto ha de poner entre las paredes domésticas debe tener un carácter especial de pura seducción, de rendición a los gustos y a las costumbres de aquel a quien ha hecho el don de su alma y de su vida.

LA CANASTILLA DE BODA

Los franceses, con su gracia de lenguaje inimitable, que es exacto reflejo de su vida, han inventado una expresión poética para definir el conjunto de regalos que la esposa recibe de los parientes y de los amigos en ocasión de su boda; lo llaman *la corbeille du mariage*, que se puede traducir por *canastilla de boda*. La canastilla de boda es indudablemente una costumbre delicada, pero envuelve un pensamiento un poco serio para quien tiene muchas amigas que se casan, tanto más si se debe devolver un obsequio ya recibido en la misma circunstancia. Yo siempre aconsejaría, sin embargo, no competir en el valor de los regalos. Entre amigas no se deben mirar estas cosas: se gradúa el pensamiento, se valúa el sentimiento que guió en la elección; y un objeto puede igualar y superar a otro por el buen gusto aunque sea inferior en precio y en riqueza material.

Los primeros regalos que la esposa recibe son los de los padres, regalos que consisten siempre en alguna joyita antigua de familia que conservará la niña en su nueva morada como una parte tangible de la tradición y de los afectos entre los cuales se formó su corazón. Después vienen los regalos de la familia del esposo, que deben ser proporcionados al grado social y a la posición económica de ella. Los parientes próximos, los ancianos, pueden regalar algún objeto útil a los esposos cuando tengan una casa para ellos: servicios de mesa, *nécessaire de toilette*, ropa blanca de lujo, algún mueble elegante, tapetes, vajilla de plata. Las herma-

nas y los hermanos regalan una simple joya de gusto moderno, de las que se pueden usar todos los días: un brazalete pulido, un alfiler, un anillo, un *pendantif*. El esposo debe regalar los brillantes y el reloj de oro; si es muy rico, dará dos gruesos solitarios, una diadema, un collar, y el reloj tendrá una larga cadena con piedras preciosas; si es de modesta condición podrá substituir con pendientes de pequeños brillantes alternados con perlas o turquesas o regalar solamente el reloj. Este debe proceder precisamente del esposo, y tal costumbre es delicada y poética, porque el reloj cuenta todas las horas de la vida, la sigue paso a paso, es la joya que tiene un significado más profundo y que se convierte en la más indivisible y la más querida. Es justo, pues, que sea ofrecido por la mano más querida y más indivisible de hoy en adelante de la nuestra.

Todos los objetos de adorno de la casa y de la persona pueden ser ofrecidos por los conocidos y por las amigas de la esposa: naturalmente varían según los medios de que cada uno puede disponer, pero la esposa debe acoger con la misma amabilidad grata y sonriente el objeto de arte precioso y el sencillo bordado. Los expondrá todos, durante algunos días antes de la boda, en una habitación especialmente dispuesta, teniendo la delicadeza de no colocar al lado de los regalos más bellos los regalos menores, y tampoco agrupar éstos y aquellos de manera que los separe. Procure que gane el uno con la vecindad del otro; así los donadores le quedarán agradecidos. Muchas esposas exponen también el equipo, pero es costumbre que no me gusta. Me parece que tal exhibición ofende algo íntimo y sagrado que pertenece a su vida futura. Puede mostrar su ropa blanca y los vestidos a las amigas, pero en confianza y casi secretamente. Sin embargo, si le han ofrecido alguna bonita pieza de ropa, una piel, un boa de plumas o un ornamento de lujo, lo expondrá entre los regalos.

Muchas veces se unen en grupo los amigos para hacer un regalo y entonces la esposa no dejará de cocolar alrededor del objeto todas las tarjetas de visita

de los donadores. Lo mismo hará con los otros regalos. Si hay entre los conocidos algún artista que le regala un producto de arte: un libro, un trozo de música, una estatuita, déle las gracias particularmente.

Todos los que han mandado un regalo deben estar invitados a la recepción nupcial; o, por lo menos, reunirse en una *soirée* antes de la boda para que la esposa pueda expresar a cada uno su agradecimiento.

LA CEREMONIA NUPCIAL

Con ocasión del matrimonio de su propia hija escribe Víctor Hugo estos versos conmovedores y bellísimos:

Aime celui qui t'aime, et sois heureuse en lui,
Adieu! sois son trêsor, ô toi qui fus le nôtre!
Va, mon enfant bénie, d'une famille à l'autre
Emporte le bonheur et laisse-nous l'ennui.

Ici l'on te retient: là-bas on te désire.
Fille, épouse, ange, enfant, fais ton double dévoir,
Donne-nous un régret, donne leur un éspoir,
Sors avec une larme, entre avec un sourire.

Se ve que estos versos han sido escritos en la víspera de una boda por ur padre tiernísimo que era también grande y noble poeta. Día de emociones, día solemne, inolvidable en la vida femenina. Ya no existe el pasado, el porvenir no existe todavía. Se sienten como suspendidas en un frágil puente colocado sobre un abismo... ¡Ay si la mano que sostiene la nuestra no está segura, si no tenemos completa confianza en él, si no le sentimos estrechar nuestra mano con la misma energía con que nosotras nos apoyamos en él, vibrar con la misma conmoción!...

El ceremonial de la boda con su rito religioso y civil es un poco providencial porque obliga a una actividad material, a tantas preocupaciones de índole práctica que desvían la mente de otras ansias más graves.

Se vive aquel día en una confusión, en una tortura de sueño. Para la bendición nupcial, tanto si tiene lugar en la iglesia como en una capilla privada, es de rigor el vestido blanco, el velo largo, las flores de azahar. Algunas esposas, especialmente en provincia, han adoptado el uso de los vestidos rosa, celeste, lila, color café con leche, (¡qué horror!) con el velo blanco; pero es un uso que no debe continuar. El vestido blanco es una estola, un símbolo, no se puede cambiar. Si se modifica ya no tiene ningún significado: se convierte en vestido de noche, poco concordante con la santidad del rito memorable. Si no puede ser el vestido de rica seda, que sea de modesta estofa, sencillo, austero, con mucha o poca cola, pero siempre largo. Naturalmente, también blancos los zapatos, y de seda o de finísima piel; las medias también blancas, de seda y los guantes de cabritilla. El velo no debe descender sobre la cara, sino servir de marco vaporoso, sujeto a los cabellos por un grupo de flores en guirnalda. Ninguna joya; el vestido debe ser absolutamente austero, virginal. El libro de misa, de nácar, de marfil o de paño, será regalo de algún pariente o de la mamá, y llevará en la primera página algunas palabras de augurio y de bendición.

Una costumbre francesa que está en boga también entre nosotros, es la de las *demoiselles d'honneur*, que pueden ser elegidas entre los parientes próximos de las dos familias. Si los esposos tienen hermanas casaderas, serán ellas las señoritas de honor: llevarán vetidos de señorita, pero elegantes, con sombrero, de colores alegres: rosa, celeste, verde, malva, evitando el blanco, reservado a la esposa en tal ocasión.

Como es costumbre, después de la ceremonia, se dará en casa de la esposa un refresco o una comida. Ella conservará su vestido blanco, quitándose el velo. En algunos países de Francia rige el uso poético de que sea el esposo quien, al regreso de la iglesia, desprende de la cabeza de su compañera el velo y las flores de azahar. Es un uso que me gustaría se propagase entre nosotras; de todos modos el esposo

no pondrá demasiada gravedad en aquel acto, pero lo cumplirá con gracia casi juguetona. La esposa distribuye sus flores entre las hermanas, las amigas, las parientes jóvenes, pues, según se dice, dan suerte. Puede aprovechar la ocasión para acompañarlas con alguna de sus joyas de niña, con objeto de que quede un recuerdo suyo más duradero en sus coetáneas. Distribuirá después dulces y confites entre los invitados; en la mesa se sentará en el puesto de honor, no al lado del esposo, sino frente a él. A su derecha estará el suegro o el pariente que la ha acompañado en la iglesia. Para esta reunión, a la cual será mejor dar el carácter más familiar que sea posible, la esposa podrá ponerse alguna de sus joyas: pendientes, collar, etc. Acogerá con gracia todo augurio, todo brindis, toda expresión de júbilo; no se mostrará ni cansada, ni aburrida, ni demasiado alegre, ni triste; evitará con todo su esfuerzo, aun en el momento supremo de la separación, las lágrimas, para no conferir a su compañero la parte embarazosa e ingrata de raptor de niñas.

El matrimonio civil se hace inmediatamente después, o al día siguiente, si los esposos no deben partir. Alguna vez se hace preceder un día al rito religioso; pero es una costumbre que no apruebo, porque, cuando la novia ha firmado el acta matrimonial ante el síndico, para la sociedad está ya casada, tiene ya el nombre del esposo, y es absurdo que se presente en la iglesia con el vestuario virginal. La sociedad sanciona, autoriza lo que el sacerdote ha bendecido en nombre de Dios; no puede confirmar una cosa no acaecida todavía.

La ceremonia civil tiene un carácter más mundano. Se pueden repartir invitaciones más numerosas: la esposa tiene una *toilette* elegante de visita, con sombrerito análogo y joyas. No vista nunca de negro como hacen algunas provincianas; el negro no debe comparecer en el matrimonio más que en los trajes masculinos. También las mamás, si pueden, hagan lo mismo, o por lo menos lo animen con algún transparente, alguna cinta de color. La esposa va al municipio acompañada de los padres o, si los ha perdido, de los pa-

rientes más próximos. Durante la lectura del artículo del código ha de estar de pie a la derecha del esposo. Su continente deberá ser desenvuelto y gracioso, pero serio, ya que toda manifestación de alegría, toda broma estaría fuera de lugar en aquella hora en la cual se liga a sí misma para toda la vida. Si se le ofrece la pluma de oro, con la cual ha firmado, o flores, agradézcalo amable y con naturalidad; y, por muy conmovido y absorto que pueda estar su ánimo en el rito tan importante para ella, procure no dejar transparentar demasiado su emoción, no olvidarse de nadie: piense que tiene encima todas las miradas y que una grosería, una desentonación, un descuido, no se le perdonaría nunca. Ocúpese sobre todo en los parientes del esposo, muéstrese expansiva y afectuosa con ellos, cuanto debe mostrarse reservada con aquel a quien consagra la existencia. Nada de besos, ni caricias furtivas: el mundo haría sátiras de mal género, de malignidad, profanaría el más santo impulso. Alguna tierna sonrisa de comprensión, alguna palabrita en voz baja y basta... por ahora.

Del municipio vuelve la esposa en carruaje con el esposo, también sola con él; de ahora en adelante es una señora, lleva su nombre, es su mujer ante Dios y ante los hombres. Pero no va todavía a la casa conyugal: regresa a la suya para mudarse de traje y reunir sus ropas, los pequeños objetos que no pueden recogerse más que en el último momento. El esposo, si bien tiene derecho, no entra con ella en su pura estancia de niña; deberá respetar ciertas delicadezas y ciertos pudores y en aquellos últimos momentos la dejará sola con la mamá. La nueva esposa se pone un sencillo vestido de viaje, cubre su pálido rostro con un velo, se coloca sus joyas más sencillas, y sobre todo procure no hacerse esperar demasiado para no comenzar su vida conyugal provocando impaciencias. Los hombres, ya lo sabemos, son enemigos de las esperas.

Abreviará también las despedidas todo lo que sea posible. Ella será quien dará ánimo a la mamá, al papá: no llorará, sonreirá serena aun ante el más

áspero tumulto. Deberá ser heroica para infundir la calma, la seguridad en los corazones que la adoran y que querrían retenerla todavía y tiemblan ante lo ignorado. Ella que posee el talismán del amor debe agradar en aquella hora, siempre cruel, en la cual se cierran tras de ella las puertas de su casa natal donde se deslizó su dulce vida de niña, la barrera de su pasado.

En aquel día se mandarán las participaciones. Si los esposos, o uno de ellos, son jóvenes y tienen padres, serán éstos quienes participen el matrimonio de sus hijos. En las participaciones figurará primero el esposo y debajo el lugar donde habitan respectivamente o donde irán a vivir juntos. Si los esposos no son muy jóvenes, es mejor que participen ellos mismos el realizado matrimonio: esto también en el caso de que uno de los dos fuese huérfano de padre y madre. Si la esposa raya en los treinta años, yo le aconsejaría que renunciase al vestido nupcial que estaría en desacuerdo con los primeros signos reveladores del tiempo. Podrá ponerse para la iglesia el mismo vestido que se pone para ir al municipio, u otro más sencillo con sombrero. Mejor es usar para entrambas ceremonias el vestido de viaje: pero entonces es preciso dar al matrimonio un carácter de íntima cordialidad.

VIAJE DE NOVIOS

En los primeros tiempos se robaban las esposas, después se simuló el rapto, ahora se llevan a un viaje de recreo... Pero es siempre una brutalidad. El viaje de boda es absurdo, inoportuno, bárbaro. El amor que se oculta a las miradas indiscretas, es, en lugar de eso, publicado ante miles de ojos indiferentes, curiosos, maliciosos, ávidos. Los más caros y tumultuosos recuerdos se dispersan en la vulgaridad de los hoteles. En vez de la dulce intimidad solitaria de la primera comida conyugal, el puesto en la mesa redonda, en las *salles à manger* entre las otras parejas más o menos le-

gítimas, y los viajeros que sonríen, escuchan y leen en la cara emociones, sentimientos, pensamientos. En vez de las comodidades de la propia casa, en el momento en que la joven esposa, especialmente, necesita reposo por las alteraciones sufridas física y moralmente, las emociones, las incomodidades, la fatiga del viaje, el aturdimiento de la ciudad nueva, el esfuerzo y la confusión de visitar monumentos y museos, la contrariedad de encontrarse entre criados de hoteles, quizá corrompidos, vulgares e indiferentes siempre, que indagan, espían, violan las intimidades más profundas...

Yo quisiera que todas las jóvenes parejas, eligiesen su primer nido lejano del mundo curioso e irrisorio, y lo escogiesen con amoroso cuidado, bien entre los pinos de los Alpes o el rumor de las olas del mar azul; en una verde colina cubierta de bosques o en los prados de esmeralda de una fértil llanura, pero en la soledad, sin moverse de allí durante una, dos, tres semanas: para soñar, para conocerse, para amarse. Desearía que esos afortunados seres ocultasen su felicidad—¡delicada llama!—como se protege la luz con la mano.

LA ESPERA

Está escrito en un viejo calendario: «El matrimonio será abolido cuando desaparezca de la humanidad el sentimiento de atracción fascinadora que la lotería y los juegos de azar ejercen todavía sobre ella.» Y es cierto lo que dice el aforismo.

Todo peligro ignorado seduce y hace amar el ansia que su experiencia nos cuenta. La impaciencia de dos esposos por llegar a poseerse se parece un poco a la febril expectación del jugador que se ha aventurado y espera. Sobre aquel punto, sobre aquella carta, tal vez ha expuesto toda su fortuna, y ya no puede retirarse, dentro de pocos instantes su suerte estará decidida y aguarda con una especie de suspensión de la vida. La graciosa joven que va al lado de aquel hombre en el asiento del coche, del tren, del automóvil, es, desde

hace una hora, su mujer, pero él no ve todavía en ella más que la novia tierna, prudente, delicada. El hombre ha soñado largo tiempo que está solo con ella entre caras extrañas; pero la esposa, aún niña, se siente siempre envuelta en su respeto, siente que no todas las anclas que la detienen en el plácido puerto de su vida inocente están cortadas. Y el uno y el otro, sin decírselo, escondiendo con cuidado el secreto pensamiento, vuelven a caer en él a cada breve silencio, a cada tierno apretón, a cada ardiente beso; y también tratando de distraerse con discursos y proyectos, se sienten atraídos por la luminosidad de aquel pequeño punto que les hipnotiza. La jugada está hecha, pero el resultado no se sabe todavía; puede ser espléndido, puede ser ruinoso: puesto que el uno con su experiencia, la otra con su ingenuidad, ignoran que la primera hora de intimidad completa decide casi siempre la de toda la vida.

Son días en los cuales una mujer puede revelar mucho de su fuerza de carácter, de su delicadeza, de su bondad, de los tesoros de su sentimiento. Ella debiera desnudarse de todo egoísmo, debiera pensar que si aquellas horas son íntimamente penosas para ella, tampoco son fáciles para su compañero. Se encuentran ambos en los umbrales de lo desconocido: empiezan el viaje por el mismo mar. En general el hombre no tiene un concepto exacto de la psicología femenina, y cuanto más refinado es y más ama, duda más y teme, especialmente si es bueno y si no ha visto mucho. El sabe que deberá revelar el misterio de la vida a aquella pura juventud; sabe que muchas poesías, muchas idealidades, deberán fatalmente disiparse y teme que su tesoro más precioso. el sentimiento de la amada, pueda disminuir, transformarse, borrarse con aquellas. La trepidación está también en su corazón entre la alegría de poseer finalmente toda para sí la dulce mujer deseada: y la esposa no debe con inconsideradas rigideces, ni con manifestaciones de desconfianza y de preocupaciones, acrecentar la sutil pena. Sea reservada en su continente, y procure que el esposo la secunde,

puesto que nada más antipático, más ridículo, más vano, que el espectácuilo que muchas veces dan los esposos en el viaje de novios, con besos, abrazos, caricias. Sea tierna, serena y dulce: sobre todo demuestre a su compañero una gran confianza, por el presente y el porvenir: no le sirva de estorbo en el viaje, sino ayúdelo como pueda; demuestre inmediatamente la delicadeza de su ánimo femenino, con aquellas pequeñas premuras, aquellas perspicacias en las cuales las mujeres—cuando quieren—son maestras. Ya no es una señorita, que tiene necesidad de ser guiada y protegida: es una señora, es la compañera de un hombre: y deberá demostrarle que divide con él su existencia, sus gustos, sus deseos, aun en las más leves ocasiones de la vida práctica; la nueva vida se inicia apenas.

ANSIAS Y MIEDO

El sol se pone. El gran día termina. En el vagón —si el viaje es largo—todas las ventanillas están abiertas al rosado atardecer. En la gran ciudad desconocida—si los esposos han llegado—lucen ya las lámparas eléctricas en las largas calles, a cuyos lados se admiran numerosos palacios y comercios centelleantes, rumores de trenes y de coches, rebosantes de gente. En torno a la aldea poética—si la joven pareja tiene la felicidad de refugiarse en ella—aparecen las primeras sombras perfumadas de la noche, y el lago, el mar que se extiende ante ellos, tiene los reflejos y las tintas metálicas de una lámina de acero.

En el asiento del vagón, en la calle populosa o en la terraza solitaria, la esposa se acerca a su compañero con un gran deseo de protección, de ternura, de abandono. Como un pajarito fuera del nido, aquella primera noche que la sorprende fuera de la casa paterna, sola con un hombre, le da una sensación secreta de aislamiento, de melancolía. Piensa que en aquella hora la mamá, el papá, sus hermanas se reunen alrededor de la mesa, bajo la lámpara: adivina su tris-

teza al ver su puesto vacío y una lágrima aparece en sus ojos. Pero el esposo que lo ha leído en su alma, lleva con pasión a los labios la pequeña mano que ha tiempo tiene prisionera, o, si están solos la estrecha contra su corazón y le dice algunas de aquellas palabras que son para la mujer amante y amada el filtro mágico de Tristán e Isolda que da el olvido de todo y hace dichosos en el ardor.

AL FIN SOLOS

La primera comida de esposos, ha sido alegre. Han recordado algún pequeño episodio cómico de la mañana, algún incidente del viaje, alguna inocente astucia, en la cual se hallaban acordes como dos colegiales en vacaciones. La esposa ha cambiado su *toillette* de viaje y aseado su persona, llegada a la primera o definitiva etapa. Se ha puesto una blusita más elegante, de un color que le sienta bien, se ha vuelto a peinar los cabellos desordenados por el sombrero. Está un poco pálida por las emociones del día, pero sus ojos brillan y su sonrisa está animada. A menudo cae su mirada sobre el aro de oro que le ciñe el anular, donde aquel día no ha puesto otro anillo. El aro se abre secretamente, se convierte en dos: y en el interior están reunidos sus dos nombres y la fecha del día solemne. O bien, a los nombres y a la fecha escritos en el interior de la larga faja de oro se ha unido una frase, una palabra, una invocación piadosa. Han comido dulces—¡les gustan tanto!—han bebido *Champagne* en la misma copa, brindando por su felicidad. Ahora el esposo mira el reloj y le propone un pequeño paseo, y ella, que se ha puesto seria de repente, accede contenta. Dan una vuelta en coche, o en góndola, o bien a pie por alguna calle solitaria, alrededor del parque o por las afueras si están en la aldea. Es de noche, está obscuro, no hay necesidad de tanto miramiento: la besa a menudo con una pasión desconocida para ella. Sus protestas de amor son ahora más tier-

nas, más ardientes, son casi una invocación y una plegaria. La esposa calla o responde con frases dulces y breves. Está casi amedrentada por aquella vehemencia, aquella ola inundante por la cual se siente trastornada, y quisiera oponer un reparo, pero inútilmente: los medios de que se servía cuando era novia, ya no bastan. El señor ríe con una audacia increíble. «¡Eres mi mujercita ahora,—le susurra entre besos,—eres mía, mía, mía!» Y entre las ansias y los miedos, la tierna presa palpitante siente la dulzura, el orgullo de aquel júbilo triunfal, de su derrota...

He visto la reproducción de un poético cuadro ante el cual sonríen las niñas con malicia o con deseo, y las mujeres con ternura o con melancolía. Un hermoso joven moreno y una bella y rubia jovencita en traje de esposa se abrazaban castamente. *Enfin seuls*! era el título del cuadro. Por fin solos, después de la ceremonia, de las recepciones, los augurios, las miles de miradas curiosas e importunas. Por fin solos, para vivir de su amor, con toda su alma.

En los tiempos antiguos la esposa era conducida a la cámara nupcial precedida de un candelabro que los amigos de los esposos se quitaban uno a otro de la mano. Eran también llevadas a la estancia las efigies de muchas diosas para que hiciesen feliz al matrimonio. Después, algunas mujeres de vida casta llamadas *prónube* colocaban a la esposa en el lecho nupcial. Ahora ninguna niña se sentiría con fuerzas para soportar semejante tortura. Bastante la hace sufrir la vista de aquella estancia tan distinta de su cámara de virgen, tan igual a la de la mamá... Y aquí, en vez de para las señoras, yo quisiera poder escribir para los hombres esta página delicada; quisiera recomendar al joven marido, por enamorado e intolerante que sea, que respete los últimos pudores de su compañera, y no se mofe, y no la obligue de ninguna manera. Tenga el tacto supremo de la discreción, aléjese, si es preciso, un poco, a fin de que la esposa no experimente un cambio tan brusco en sus actos de reserva; que no deba renunciar a sus puras costumbres de ni-

ña. Yo sé de una jovencita que en la noche de su boda se arrodilló para recitar su acostumbrada plegaría: pues bien, el esposo, impío, incrédulo, se arrodilló a su lado para rezar con ella. Son rasgos de exquisitez de sentimientos, de rara intuición, que pueden convertirse en bases de una unión perfecta, y que una mujer no podrá jamás olvidar.

CAEN LAS FLORES DE AZAHAR

Tu che su l'àli d'angelo
Vieni alla nostra vita,
Che dentro gli occhi hai lagrime
E rose tra le dita... (1)

escribe Juan Prati para expresar la potencia ideal de la mujer, su bondad hecha de rendiciones, que guarda para sí el dolor para dar a los otros alegría. Así, en las pruebas más penosas de la vida, una mujer verdaderamente altruista, verdaderamente fina, oculta su sacrificio bajo la dulce sonrisa, y derrama todas las flores que lleva, por su amor, por su fe. Caen primeramente las flores de azahar... y sonríe y se entrega a quien posee ya toda su alma. Dios, la mamá, consienten y bendicen su incondicionado abandono, y la primera visión de la maternidad se le aparece con una carita rosada y adornada con cabellos de oro que la consuela de la renuncia de su inocencia de niña.

LA COPA ENVENENADA

Dice un proverbio francés.—*Entre la coupe et les lèvres il y a encore de l'espace pour un malheur*—y desgraciadamente muchos han podido experimentarlo. Sin embargo, es preciso convenir en que las más de las veces estos golpes crueles que transforman en veneno el

(1) Tú que con alas de ángel vienes a nuestra vida, que en los ojos tienes lágrimas y rosas en las manos...

néctar más delicioso, fueron provocados por la imprevisión, la ligereza, y aun la falsedad y la mala fe.

Un médico, tan inteligente como original, me decía un día que hubiera querido poder obligar a todos los hombres y mujeres, en vísperas de unirse, a una perentoria visita médica, para impedir las terribles revelaciones que puede dar la primera hora de intimidad absoluta. Y en efecto, ¡cuántas pobres jovencitas han sido sacrificadas a hombres sin conciencia, atacados de enfermedades asquerosas e incurables! ¡Cuántos defectos físicos que los sastres y ortopédicos remediaban no podrán ser ya escondidos cuando cae el último velo! Y ¡cuántos hombres de bien, enamorados, confiados, fueron engañados por cualquier astuta niña que sabía representar a la perfección la comedia del pudor, cuando ya había dado a otros las flores de su pureza!...

¿Recordáis la dramática situación de la conmovedora comedia de Giannino Antona-Traversi: *Viaje de boda*? El marido se da cuenta del engaño, y la joven esposa, no pudiendo resistir a la vergüenza y al dolor de su abandono, se mata... No todos los matrimonios, llamémolos así, de fraude, tienen estas trágicas consecuencias; pero todos, ciertamente, llevan en sí un terror, un remordimiento, un desprecio, que pueden disgregar desde el primer instante una unión que debe ser indisoluble.

En todos estos casos—sea enfermedad, sea imperfección, sea culpa,—es indiscutible el deber estrechísimo de hablar. Confíenselo a un médico, a una madre, empléense los medios más delicados, pero no se vaya al altar con esta oculta vergüenza; no se jure la fe con la traición en el corazón. El amor, cuando es verdadero, es infinitamente misericordioso, sabrá compadecer... transigir... perdonar... y el acto de lealtad y de humildad del otro podrá, quizá, unirlo más: mientras que un amor ofendido, desilusionado, traicionado, por grane que sea o, precisamente, por esto, puede cambiarse de improviso en un gran brasero de odio.

Más allá del misterio

Vivir es ya una cosa difícil: la vida conyugal es más difícil todavía.

DE UN VIEJO CALENDARIO.

EN LA LUZ DE LA VIDA

ANGELO de Gubernatis, el intelectual paladín de la mujer, ha escrito: «No hay empresa más grave, ni viaje más largo que el que la nueva esposa emprende. Pasa de un mundo a otro, de una vida a otra, y sería un bien para ella si pudiese olvidar en su último sueño virginal todo lo que abandona, para no dejar lamentos detrás de sí al ponerse en camino». En efecto, su despertar después de la primera noche de bodas, se parece a la llegada del explorador a la tierra que había entrevisto vagamente, que con fervor había imaginado desde lejos, adornada, con el deseo, de todos los tesoros y de todas las felicidades. Ha tocado la ribera de la tierra prometida: sus ojos la han visto realmente, sus pies la han recorrido, la ha medido su mente.

La luz de la vida envuelve de amor a la virgen hecha mujer, y mira en torno suyo todavía temblorosa por la revelación sagrada, un poco turbada por haber participado de ella, incierta aún sobre su suerte futura. O deslumbrada por aquella luz tan unida al cuerpo, ha entregado con ardor toda su alma; o asustada, si solamente se ha entregado en el gran lecho nupcial, se halla como un náufrago que las azules y lucientes olas transportan en su vaivén. Luz y azul, sí, pero la obcecan, la paralizan, la hacen escuchar un

torbellino de ruidos nuevos, de palabras nuevas. El ayer se le figura muy lejos, y su vida anterior, pequeña, obscura y estrecha. En su dulce atolondramiento, la joven esposa entrevé obligaciones, ocupaciones, bastante más graves y más importantes que las del pasado, aquel alegre e inocente pasado al que saluda sin pesar, como saluda la tarde a la transcurrida mañana.

«La vida laboriosa y severa—dice todavía De Gubernatis—para la mujer empieza al día siguiente de su boda; la compañera del hombre tiene entonces la primera noticia del deber, el primer conocimiento del dolor y con el dolor la primera iniciación del culto del ideal.»

UN RINCÓN DEL PARAÍSO

La esposa empieza a acostumbrarse a la novedad de su existencia. No más sobresaltos, no más asperezas, no más luchas íntimas. La plena luz de la verdad que al principio le parecía quizá demasiado ruda, ha tomado ahora un reflejo rosado que la atempera sin disminuir el esplendor. El marido es un válido protector como el papá, está lleno de cuidados y de ternuras para ella, como la mamá, y adivina, y previene maravillosamente todos sus gustos. Ocho días de vida común le han revelado más que un año de novia; pero ¡es extraño! se han dado cuenta de que están de acuerdo en todo, aun en las más insignificantes costumbres, aun en los gustos más tenues; y este descubrimiento da a entrambos una alegría, una seguridad de que aquella felicidad será duradera; sus rostros están envueltos en una sonrisa de éxtasis, sus pupilas se buscan de continuo, se funden sus miradas y nada ven fuera de la imagen adorada; se estrechan las manos a cada momento, se acarician, se oprimen con una atracción magnética. El paisaje que los circunda, sea campo o ciudad, es un rincón del paraíso, pletórico de esplendores, vibrante de armonías, encantador de bellezas sobrehumanas, perfumado de delicias voluptuosas: donde nadie llora, nadie sufre, nadie muere.

Su felicidad es completa. Son jóvenes y tienen todavía ante sí treinta, cuarenta, cincuenta años de embriaguez, de aquella fiesta, de aquel amor al que no falta nada, que no tiene nada que desear...

Es de noche, luce la luna. Los esposos, desde la terraza del hotel o de la casa de campo, la miran reflejarse en el lago, tremolor en la laguna como una serpiente de plata, o surgir de un negro bosque de pinos. Estrechamente unidos, olvidados del mundo, de los hombres, de las bajas realidades de la vida, se hablan despacio; después ella calla y continúa él hablando, con la cabeza apoyada en la de ella. ¿Qué le murmura? Versos:

Tu sei come la Luce pura e pia
venuta il mio cammino a rischiarare...
La fonte sei per cui tutto s'obblia
venuta le mia labbra a dissetare...
La selva sei, che con sua dolce ombria
m'invita dolcemente a riposare.
Oh dolce amiga, le gentili braccia
in torno in torno tu stretta m'allaccia
io vo' soltanto amare amare amare... (1).

He aquí que los labios se buscan, se unen en la monótona y dulce acostumbrada conclusión. Los dos felices navegan todavía por el Océano de las ilusiones... ¡No los despertéis!

LA VIDA CONYUGAL

La vida conyugal, aun cuando no sea amor ardiente lo que une a la pareja, sino tierno afecto, da siempre al principio un sentimiento de satisfacción serena. Nuestra personalidad está completa, puesto que he-

(1) (De Silvio Domenico Paoletti). Eres como la luz pura y piadosa que viene a iluminar mi camino... Eres la fuente por la cual se olvida todo, que viene a apagar la sed de mis labios... Eres la selva, que con su dulce sombra me invita a reposar dulcemente. Oh dulce amiga, los delicados brazos en torno mío con tu abrazo enlaza; yo solamente quiero amar, amar, amar...

mos encontrado la otra mitad de nosotras mismas sin la cual nuestra alma languidecía de nostalgia y de tristeza. Nos sentimos más fuertes, más buenas. El tener al lado otro sér—un sér querido y del cual somos amadas—al cual podemos confiarlo todo, a todas horas del día; que lo comprende todo, que siente nuestras sensaciones, que ejecuta nuestros actos; en quien se reflejan como en un espejo cada vibración del alma, cada acción de la vida; el no sentir ya, jamás, el hielo de la soledad; el continuo cambio de existencia, la continua división de todo, la constante conciencia del vínculo que nos liga, da al corazón femenino sediento de sumisiones, ávido de apoyo, de calor, una energía, una seguridad victoriosa. El marido está todavía amoroso, tiene aún en la vida conyugal, apenas iniciada, aquellos miramientos, aquellas delicadezas que las mujeres aprecian tanto y que muy pocos maridos conservan pasada la luna de miel: sus ocupaciones, sus amigos, no lo han recobrado todavía; está por completo para su compañera, le dedica cada hora, cada pensamiento, y ella, en el íntimo regocijo, piensa que será siempre así, ¡siempre!

«*Il n'y a qu'un seul petit mot qui donne de la valeur à l'éxistence*—dice Carmen Sylva— *c'est le mot pour. L'homme dit*: *Pour quoi*? *la femme dit*: Pour *qui*?» Pues bien, en este período de vida la respuesta es natural, sencilla, triunfante: ¡Para él, para él! y le prepara delicadas sorpresas, y le sacrifica con alegría su voluntad, sus gustos; le pide consejo para todo, se informa detalladamente de sus costumbres, para armonizarse más con él, para fundirse en él, para hacer de sus dos vidas una vida sola, plena, luminosa, magnífica, ardiente. Pero ¿cuántos esposos hacen madurar estos hermosos principios? ¿Cuántos recuerdan siquiera el florido comienzo del sendero que recorrieron al principio tan indisolublemente unidos? Dice bien Alfonso Karr: «Lo difícil, en el matrimonio, es, cuando no son más que amantes, no olvidar que podrán convertirse en amigos, y, más tarde, cuando son amigos, recordar que han sido amantes.»

¡DEMASIADAS FLORES!

La luna de miel está llena, está en su colmo. Su encanto embriaga a la nueva esposa; el perfume de las muchas flores que el amor y la felicidad derraman a su paso sobre ellos es demasiado agudo para no darles vértigos. Y en la mente femenina excitadísima se forma entonces un concepto de la vida tan falso como el que forjaba su inexperiencia de niña, llena de romántica poesía. Entretanto, el valor de su persona física, de su individualidad moral, toma proporciones colosales, exageradas, en su juicio íntimo: y se cree de buena fe una Venus de belleza y un ángel de bondad. ¿No le ha repetido mil veces apasionadamente su esposo que no se encontraría en todo el universo una mujer igual a ella? Y ha acabado por creerlo. Toma actitudes de superioridad, de divinidad adorada, indiferente al incienso que de todas partes sube a ella, saciada de elogios, de admiraciones, de aspiraciones ardientes. Todo le parece debido, nada demasiado para ella; la felicidad sin nombres la ha viciado, la temperatura demasiado alta que envuelve a su corazón la ha hecho egoísta, y hasta un poco perezosa e inerte. Los defectitos de su carácter que le reprendía la mamá y de los que se proponía fervientemente enmendarse, se le aparecen ahora bajo el aspecto de vicios, porque el joven marido sonríe, y a cada falta, en vez de hacerle observaciones, la acaricia y la absuelve alegremente. Así, ha vuelto a ser niña, tiene caprichos, obstinaciones, que antes no tenía: y con alegre negligencia gasta tiempo y dinero, juventud, amor. Y la arena de la clepsidra corre, corre sin pararse nunca, y el amante ya no tiene nada que desear...

«Todo placer que sacia puede convertirse en un sufrimiento», dice agudamente Angelo de Gubernatis. ¡Ah, desgraciadamente!

ROSAS MARCHITAS

Pero no todos los matrimonios tienen un período de luminoso y triunfal creciente, puesto que, como he-

mos visto, no todos los matrimonios se cumplen por inclinación. Muchas veces la esposa no es más que una resignada o una sacrificada. Pero como el matrimonio es un juego de azar, sucede alguna vez que la carta que se cree mala, da los mejores resultados y trae buena suerte. La nave que zarpa menos cargada es la que más fácilmente entra en el puerto. Y entonces no hay puestas de sol, no hay desilusiones. No llora la muerte de las rosas quien no las vió florecer... Son, no obstante, casos crueles, los casos en que las rosas tuvieron precisamente la vida de una rosa y duraron *l'espace d'un matin.*

¡ Pobres sueños de niña, bruscamente disipados ! ¡ Pobres ilusiones de amor, bárbaramente laceradas, dispersas al viento ! Al día siguiente de la boda la joven esposa llora lágrimas amargas de vergüenza y de ira : llora su destino fijado irremediablemente y que ya le parece insoportable. Y en su mente exaltada surgen pensamientos de suicidio, de venganza, y el divorcio ya le parece una liberación. ¿ Qué fué ? Tal vez una imprudencia de alguna amiga o del mismo marido, o el caso que le revelaron, lo cual no hubiese jamás sospechado ; tal vez la intimidad conyugal que le reservaba terribles y odiosos descubrimientos ; y la trivialidad del hombre entre las paredes domésticas mientras fuera parecía un pisaverde, y engaños sobre la posición social de él, sobre la verdad de su amor, sobre la calidad de su índole, sobre el género de su vida común... Momentos verdaderamente terribles en la vida de una mujer, momentos graves de prueba, a los cuales debe saber sobreponerse con heroísmo si tiene nobleza de carácter y de sentimientos. Evite todo lo que pueda los desahogos de la desesperación que abaten y merman las fuerzas, evite las recriminaciones prolijas que no sirven para nada. Acepte con dignidad su destino y espere, sobre todo, espere del tiempo, que si muchas cosas consume otras vivifica. Piense que la verdadera felicidad no está en este mundo y que la poesía de las almas gemelas no es más que leyenda ! Escribe un crítico alemán, Ehrhardt, en un estudio sobre

el teatro de Ibsen, maestro en retratar las tragedias espirituales: «¿Quién puede esperar encontrar a su alma gemela en la tierra? ¿No es nuestra vanidad la que nos conduce a creer que pocas personas son capaces de comprendernos, que poquísimas nos equivalen? O bien somos presa de una ilusión contraria. El amor es ciego; desfigura a nuestros ojos la persona hacia la cual nos arrastra y vemos en ella todas las perfecciones. El amor pasa, las doradas ilusiones se desvanecen. Entonces, habiéndonos entregado libremente, ¿tenemos el derecho de libertarnos? Nosotros hemos hecho un juramento, ¿estamos absueltos de él si el amor nos ha engañado?»

Tanto más cuando en la mayoría de los casos estas grandes desilusiones imprevistas que nos hieren a traición y marchitan todas las flores de la esperanza y de la alegría, han sido preparadas por nosotras mismas, por imprevisión, por ceguedad, por obstinación, por debilidad. Es difícil que los graves defectos, incompatibles, ruinosos para la serenidad de la vida conyugal, no se revelen también a través del amor más vivo y profundo. ¡Ah, cuántas veces hemos cerrado los ojos para no ver! ¡Cuántas veces no hemos escuchado un severo consejo de quien tenía derecho a aconsejarnos! ¡Cuántas veces hemos puesto demasiada confianza en el poder de nuestras cualidades, valorándolas vanidosamente! El castigo es cruel, quizá superior a la culpa, pero es siempre castigo, o, lo que es lo mismo, es siempre consecuencia y justicia...

ARMONÍA

«*Je crois que le mariage est un grand jeu de patience*—dice Carmen Sylva—: *il y a des centaines de petites pièces, et quand il y en a une qui ne va pas, on peut se torturer l'âme pendant des années, le tableau ne vient pas, quoique il paraisse si simple quand' il est fini.*»

Efectivamente, a veces es un pequeñísimo detalle

lo que altera la armonía de las almas; una convicción sobre la cual no se quiere transigir; un gusto que no se quiere sacrificar; un prejuicio, una obstinación, un defectito de carácter; un punto solo, pero un punto negro, que puede agrandarse, convertirse en una mancha y enturbiar todo el horizonte conyugal.

A vosotras os toca, señoras; corresponde a las esposas vigilar escrupulosamente para que la armonía de las almas no se pierda; para que los centenares y centenares de piececitas del gran juego de paciencia concuerden para formar el cuadro perfecto. La mujer tiene la intuición más fina, a ella le corresponde evitar el peligro y alejarlo; no quiero decir con esto que por respetar la concordia doméstica deba la mujer sacrificar sin más ni más sus opiniones, sus gustos y convertirse en una cosa inanimada, una esclava sin voluntad; quisiera recomendarle, sin embargo, que al defender sus ideas y sus costumbres, evite los choques que irritan la divergencia más tenue: las palabras imprudentes que pueden socavar un abismo infranqueable aun entre dos personas que se adoran; usar, en fin, a profusión, en las cuestiones más importantes como en las más leves, de aquella diplomacia femenina, de aquel tacto del cual parece que la naturaleza nos haya provisto en abundancia, precisamente, porque son elementos útiles y necesarios para nuestra vida moral. Todas las mujeres debieran ser un poco psicólogas; pero, por desgracia, entre tantas cosas como se enseña a las niñas, no aprenden a interpretar la variedad de temperamentos. Hemos visto que el tiempo del noviazgo, por la superficialidad de las noticias es insuficiente para conocerse bien; es preciso, pues, que la joven esposa se dedique a esta ciencia esencial para su felicidad del mañana de sus bodas. Si ama con ternura, el amor facilitará su cometido; si es solamente afecto tranquilo el que la liga a su compañero, la calma de su espíritu puede ayudarla en la provechosa indagación. El alma viril se revela fácilmente con sus luces y sus sombras entre las paredes de la casa, y la que ama,

la que quiere ser amada, no tiene más que concordar con ella.

Se ve tantas veces una pareja de esposos de igual carácter que son infelices por falta de recíproco conocimiento intelectual y moral; y muchas veces, al contrario, dos esposos de índole opuesta fueron felices porque supieron regularle compensándose mutuamente. Cierto que esta obra de concordia no está exenta de sacrificios por nuestra parte, pero la vida femenina está toda tramada sobre esta idealidad severa y gloriosa. Sin embargo, la armonía será bastante más fácil si la inteligencia del hombre y de la mujer destinados a vivir juntos puede compensarse.

Dos esposos pueden amarse y tener los mismos gustos, pero si hay demasiada disparidad de inteligencia y de cultura, les será negada la más grande felicidad de una unión de almas ,y se encontrarán siempre en desacuerdo en la educación de los hijos, en las opiniones, y en todas las graves decisiones que haya que tomar en su vida común. La mejor educación de la mujer moderna, la instrucción más completa, el desarrollo más amplio de su individualidad moral, puede contribuir, ciertamente, bastante a la armonía conyugal, al cumpiimiento de la misión femenina, que es misión de gracia, de consuelo y ternura. Cualquiera que sea la obra que fatigue a su compañero: obra de ingenio, obra de meditación, obra de actividad material o responsabilidad, esté cerca de él como un ángel, como una hada; sea su inspiración, su reposo, su premio, su fe. A la mujer de nuestros tiempos, bien segura de su potencia espiritual, está reservada la misión de restituir a la institución del matrimonio, rebajada y envilecida por la concupiscencia y la ligereza, su nobleza suave y fuerte, su superioridad sobre toda otra alianza, de modo que no hagan falta precauciones contra su indisolubilidad. Yo quisiera poder citar aquí, si tuviese espacio para ello, el vivo ejemplo de muhas parejas amantes-esposos cuya vida no fué más que una eterna luna de miel, precisamente porque quisieron y supieron interpretarse y comprenderse: Roberto y Eli-

sabet Browning, Julio y Adela Michelet, Tomás y Juana Carlyle, y en nuestros días Rosana Rostand, que, unida al célebre autor del Cyrano de Bérgérac, nos da una consoladora prueba de que el amor y la armonía conyugales no son un sueño.

PARA QUE DURE EL AMOR

Pero hay otro medio para que dure el amor, para que la poesía y la dulzura de la luna de miel se prolonguen hasta el límite de la vida. Y aunque es un argumento que toca a ambos esposos, quiero dirigirme particularmente a la mujer, puesto que, tratándose de estética y de miramientos, debe ser ella la primera en dar buen ejemplo, observando en la intimidad aquellos cuidados de la persona, aquellos graciosos modales, aquella cortesía de palabra que usaba en el primer período del noviazgo y en los primeros días del matrimonio y que después, muchas, muchas veces reservaba sólo para los extraños. El amor nace de un pequeño origen, pero muere también por una pequeña causa; no es, pues, ninguna tontería observar que la negligencia en las costumbres, a la cual se entregan ciertas esposas pasados los primeros meses, puede determinar en el marido un disgusto, al principio leve, que fácilmente degenera en enfriamiento y lo aleja, atrayéndolo al mismo tiempo hacia la que encuentra entonces graciosa y seductora. Es necesario que su mujer se proponga no perder en ninguna comparación; procurar la elevación de su prestigio físico como de su prestigio moral. Si es bella continúe como cuando buscaba cada día un nuevo medio de acrecentar su belleza y gustar más al enamorado; si es solamente simpática continúe escogiendo el acomodamiento y los modales que ponen en mejor evidencia su tipo y procure embellecerse con la gracia, el espíritu o la suavidad, según su carácter. Sea también elegante en el vestir, puesto que la elegancia no es la pompa, sino la armonía de las tintas, la sencillez, el cuidado de los deta-

lles: sobre todo ha de ser linda en la persona y en la indumentaria. Parece imposible; muchas señoras que por la calle semejan figurines de moda, se permiten después llevar en la intimidad ciertos vestidos, ciertos cuellos, ciertos delantales, que podrían dar una idea eficaz pero triste de su sentido de orden y de limpieza, y explicarían el disgusto de sus maridos, o justifican el abandono de los vestidos y de la persona. Una señora casada tiene doblemente obligación de estar linda, ya que no por respeto a sí misma, por respeto a su compañero y a su vida común. Baños, abundantes lavados, nitidez en la ropa blanca, cuidados minuciosos en todos los detalles de la *toilette* íntima: sencilla elegancia en los vestidos y en el tocado.

Tanto en la persona como en los modales. Así el esposo conservará siempre algo del novio a quien se desea aparecer querida y agradable. Nada más poético y más dulce que ver continuar entre el marido y la mujer desde tiempos antiguos aquellas atenciones, aquellas cortesías, aquellos actos de urbanidad, aquellas minuciosas y tiernas demostraciones de afecto que embellecen el primer período de una vida conyugal. Y la casa, el nido, será siempre, por obra de la mujer, la concordia, la serenidad, la frescura inalterable de los corazones.

Escuchad de qué modo tan delicado y conmovedor la señora Rostand, a quien os citaba yo antes como modelo de esposa, expresa el propósito de conservar intacto su precioso tesoro de amor a través de la fuga de los años y de las injurias del tiempo:

Et de ce cher amour qui passe comme un rêve
Je veux tout conserver dans le fond de mon cœur;
Retenir, s'il se peut, l'impresion trop brève,
Pour la ressavourer plus tard avec lenteur.
J'enfouis ce qui vient de lui comme un avare,
Thesaurisant avec ardeur pour mes vieux jours,
Je serai riche, alors, d'une richesse rare:
J'aurai gardé tout l'or des mes jeunes amours
Ainsi de ce passé de bonheur qui s'achève,

Ma mémoire parfois me rendra la douceur ;
Et de ce cher amour qui passe comme un rêve
J'aurai tout conservé dans le fond de mon cœur.

LA PUESTA DE LA LUNA DE MIEL

Todo lo que es demasiado bello, lo que está sobre la tranquila monotonía de la vida, pasa pronto: así pasa también el dichoso período de la luna de miel. —*Il n'y a pas de vie heureuse*, dice Andrea Teuriet, *il y a seulement des jours heureux.*—Y sucede que las esposas sorprenden en el marido al cabo de tres semanas un poco de distracción, de languidez, de aburrimiento, lo ven tal vez bostezar, mirar al reloj ; oyen sus aspiraciones hacia una vida más ocupada, más regular, más tranquila, hasta que—siempre es él el primero—el día menos pensado pronuncia la frase solemne: «Si se volviese a su casa».

Volver a su casa quiere decir bajar del séptimo cielo, volver a tomar la existencia, en un punto nuevo, sí, pero entre los otros mortales, prosáicamente: quiere decir no estar más juntos a todas las horas solamente para amarse y para gozar de la felicidad de ser joven y de admirar los dos a un tiempo la belleza de la creación y del arte ; quiere decir, en suma, despertar de un sueño...

Para la mayor parte de las nuevas esposas que absortas en un egoísmo de sibarita se ilusionaban poder llenar con besos y pequeñeces toda la existencia, la puesta de la luna de miel es dolorosa y equivale a un desengaño. Se quejan de que el esposo ha cambiado, lamentan los días transcurridos, se creen víctimas, seres infelices. Y la iniciación de la verdadera vida conyugal—puesto que en la luna de miel se es más amantes que esposos—tiene siempre lugar entre el desencanto y la melancolía y a menudo las recriminaciones y las lágrimas por una parte, las impaciencias, las palabras bruscas y amargas por la otra ; ¡ tendrían tanta necesidad, por ambos lados, de calma fuerte y se-

rena, de plena y entera concordia para preparar sobre sólidas bases el edificio del porvenir común!

Aquí la mujer lo puede todo. Porque ella sola es la ilusoria; procure imitar a su compañero que vuelve voluntarioso, después de los dulcísimos paréntesis, a la realidad de la vida, a las ocupaciones, a la regla. No retroceda ante el deber que la espera, ante las responsabilidades gravosas para su juventud, ante lo ignorado que se comienza después de la breve tregua florida. El amor, que ya le hizo cumplir el holocausto de sí misma, debe ahora refundirse en ella bajo otra forma: debe convertirse en acción, consuelo, alivio, premio. La luna de miel se oculta, pero el oriente ríe con una rosada luz de aurora que promete un día fecundo en obras y bienes.

LAS SUEGRAS

Muchísimas veces, preciso es confesarlo, el fantasma que espanta más a la esposa y le amarga el pensamiento de la vuelta a la vida de familia, está constituído por la persona a quien ella debía precisamente, después del marido, la mayor devoción afectuosa: la suegra. Antes y después de la boda, la suegra, en la mayor parte de los casos, es la espina entre las rosas, el amargo entre el dulce, la prosa entre la poesía. La esposa ve en ella instintivamente la enemiga, la rival en el corazón del amado. Supone que la madre ha alejado o impedido cuanto le ha sido posible, el cumplimiento de los votos de amor, por celos, por egoismo materno, por descontento. Antes se había contenido, había doblegado la cabeza, pero de mala gana, alimentando en secreto un resentimiento, un espíritu crítico de observación y de reproche contra la nuera; y ahora no pierde la ocasión para seducir al hijo contra ella y colocarla en mala situación para enagenar el ánimo del esposo. Es, pues, una especie de genio maléfico en la nueva familia, y la joven espo-

sa piensa con envidia en sus amigas que no tienen una suegra al lado.

Desgraciadamente este concepto es verdadero en muchos casos, pero no en todos, como la esposa se complace en creer. La suegra no es siempre una enemiga, no es siempre una destructora de la felicidad conyugal. Hay laudables excepciones y es preciso convenir, en honor de nuestros tiempos, en que estas excepciones van convirtiéndose en regla con el progreso del modernismo en la educación y en el pensamiento femenino. Hoy la suegra—tipo que desprecia a la nuera, que la vigila maliciosamente y la contradice a propósito—es como un triste y cómico resto de la vida de provincias: las suegras contemporáneas son tan prudentes, corteses, mundanas, elegantes, como la nuera: viven y dejan vivir, si su naturaleza no las lleva a ser expansivas, tiernas, maternales. De todos modos, la advenediza debe libremente dejar en el umbral de la casa que la acoge, toda desconfianza, y echarse con sencillo corazón filial en los brazos que están abiertos para recibirla. Piense que ningún hielo, ninguna mala prevención, ningún celo puede reinar contra la sincera expresión de la bondad, del afecto de una juventud que viene a pedir protección, consejo, defensa. Piense que la suegra antes de serlo ha sido madre y que aquel hijo no puede ser ya completamente suyo, que se ha sacrificado a ella y que ella debe demostrarle que comprende y reconoce el valor del dón recibido. Dígale inmediatamente alguna de esas palabras que no se olvidan jamás; muéstresele tierna y feliz: no le oculte la grandeza de su amor conyugal, trate de identificar en cierto modo la personalidad del marido con la de la madre que lo alimentó, que lo formó para ella con su carne y con sus pensamientos, con sus lágrimas y con sus sacrificios. Ahora él es un hombre, pero esta mujer, vieja o madura, lo tuvo en su seno cuando era niño, lo cuidó cuando estaba débil y enfermo, lo vió crecer, lo acompañó hasta los límites de la vlrilidad, y cuando ya podía recibir la recompensa de sus atenciones, de sus fatigas, se aparta para dejar

el paso a ella, que se presenta coronada con las rosas del amor y de la juventud, y desaparece tácitamente en la sombra por la cuesta descendiente de la vida que hace todavía más grave su soledad. Por eso, la nuera debe tener piedad de ella, quererla bien, endulzarle el último supremo sacrificio de la maternidad. Llegará un día en que también ella tendrá hijos, y el ala del tiempo dejará señales sobre su cara y será suegra a su vez: obre, pues, con la madre de su marido como quiera con ella se obre en el futuro. Al conducirse así obedecerá a un precepto cristiano, cumpliendo al mismo tiempo el más santo de los deberes.

Si el afecto viene espontáneamente, mejor; siga su impulso y haga todo lo que pueda por alimentarlo y conservarlo: si no es espontáneo, procure salvar todas las apariencias y provoque el sentimiento con todos los medios de la reflexión y de la abnegación virtuosa. Su buena voluntad tendrá seguramente resultados óptimos, pues acabará por conseguir con facilidad lo que le parecía imposible; y el afecto será verdadero, aumentando la serenidad de su conciencia y reforzando los dulces víuculos que la unen al esposo, el cual la amará cien veces más por la devoción y la bondad profesada a su madre.

La esposa deberá, pues, procurar no faltar en nada a la suegra: dedique a ella la primera carta después de partir para el viaje de boda: para ella el más bonito regalo al regreso, la primera visita, en fin, la más agradable demostración de delicadeza expansiva. Se trata, en suma, de hacer una conquista, y la señora deberá dedicarse a ello con todo su tacto, toda su habilidad femenina, toda la paciencia de que es capaz.

«La mujer se convertirá en una fuerza, escribe de Gubernatis, el día en que la niña se persuada de que si el hombre es un trabajador, la mujer es una misionera, y que en las complicaciones de la vida moderna necesita saber mucho, aunque sea para convertirse en una hermana de la caridad.»

LA NUEVA FAMILIA

Si bien en nuestros días se tiende a la disgregación de la familia y la familia patriarcal es cada vez rara, todavía es bastante frecuente el caso en que la nueva esposa entra, provisionalmente o de un modo permanente, en la familia del marido, de la cual debe tomar las costumbres, las amistades y el grado social. Es esta la prueba más grande a que está sometido su amor, puesto que es casi imposible que en una familia compuesta de muchos individuos no haya uno que disguste por su índole, por sus gustos, por su comportamiento, o por sus opiniones. También con los otros debe tener la esposa aquella deferencia que debe a los suegros, puesto que son más fáciles entonces las discordias, los ataques y las porfías. Pero no es casi nunca con los varones con quienes la esposa se pone fácilmente en desacuerdo, por un sentimiento de caballerosidad que disculpa las ofensas o porque la vida de los hombres completamente diversa de la suya, evita la ocasión. Generalmente el suegro ama paternalmente a la esposa, que le corresponde con un afecto filial: los cuñados son para ella como hermanos, bromistas, cordiales. El mal viene del gineceo: después de la suegra, las cuñadas... ¡Oh! las cuñadas son como los satélites de la suegra: agravan todas las circunstancias, multiplican las penas. Tal vez la suegra sería dulce, tolerante y tolerable, pero las demás esposas o las hijas, le soplan en los oídos, la exasperan: hacen el oficio de las picas y de la muleta ante el toro. La casa se convierte en un infierno: lamentos aquí, recriminaciones allá, despechos, murmuraciones, pequeñas venganzas, ironías... no hay educación ni modernismo que los detenga. Hasta la separación, que equivale a una ruptura, no hay esperanza de paz. Y aquí el que más pierde y sufre es el marido, colocado entre las corrientes opuestas de sus afectos más profundos: el marido, aunque tenga la generosidad de no decirlo, no puede menos de pensar que ha entrado

en su casa la discordia apenas su compañera ha puesto el gracioso piececito. Es, pues, una grave amenaza para la felicidad conyugal, para el porvenir del amor.

En consideración a esto, la señora debe contribuir con todas las energías de su espíritu y de su corazón a mantener la calma y la armonía. Una palabra dicha a tiempo en un momento difícil, una broma pacificadora, el valor de un noble reconocimiento de error, de una franca excusa, de una delicada tolerancia, puede ser la salvación, puede sofocar en germen la planta venenosa de la discordia de los frutos mortales. «*L'amour veritable*—dice Federico Amiel—*est celui qui ennoblit la personne, qui fortifie le cœur et qui santifie l'existence.*». Con su conducta virtuosa, con las más delicadas manifestaciones de elevación de ánimo, la nueva esposa dará la prueba máxima de la verdad y de la grandeza de su amor.

LOS AMIGOS DEL MARIDO

«¡De los amigos me guarde Dios!» dice un proverbio pesimista, que la malicia de los hombres ha aplicado especialmente a los amigos del marido. Se dice que el amigo más íntimo de éste es siempre naturalmente el amante de la mujer. Desgraciadamente esta convicción nace de la experiencia de los hechos. Es verdad que tenemos muchísimos ejemplos de adulterio realizados a la sombra de las paredes domésticas, aprovechando una familiaridad sin sospecha que el esposo concedía, demasiado crédulo o imprudente, o también demasiado honrado y noble para desconfiar. Son estas traiciones las que difícilmente encuentran una disculpa, que se podrán apenas combatir en caso de juventud extrema, de absoluta ignorancia de la vida, de doloroso descuido por parte del marido; pero que justificándolos en parte, dejan un sentimiento de disgusto y de repugnancia.

Yo tengo fe en que la educación moderna bien

otorgada a la niña, pueda hacerla más fuerte y más resistente contra las súbitas impresiones y contra las pasiones insidiosas. Los amigos del marido no son siempre los amigos de la familia paterna, los jóvenes con los cuales se ha criado y de los que conoce la vida y las costumbres. Muchas veces el matrimonio se traslada a una ciudad nueva o a una nueva y diversa esfera de amistades sociales: entonces necesita mucho tacto, mucha perspicacia y mucha firmeza para escoger y decidir, entre todos, los verdaderamente más dignos de su estimación y de su confianza. Si funda una nueva familia deberá él eliminar sin consideración los elementos que podrían amenazar el honor y la tranquilidad. La señora no hará más que secundarlo, confiando ciegamente en su juicio sin hacer observaciones ni reflexiones aunque notase algún indicio o algún acto escapado a su compañero. Pero no desconfíe la esposa, al menos de modo evidente, de los amigos admitidos en el nuevo nido oportunamente y de acuerdo, a los cuales dará la nueva pareja una comida y una velada al regreso del viaje de boda, pues estaría en contradicción con el acto de confianza y cordialidad que realizan acogiéndolos en su nueva morada. Aquí pueden revelarse la prudencia de carácter, la seriedad, la sólida educación. No deberá ser con los amigos del marido demasiado reservada ni demasiado familiar: debe evitar las estudiadas indiferencias, la gravedad, la timidez y las perplejidades, como debe evitar la confianza absoluta, aunque sea sin malicia, los desahogos demasiado vivos del alma, las bromas que puedan pasar los límites del buen gusto y del respeto. Sea sencilla, afectuosa, espontánea, como una hermana mayor: escuche, si es el caso, sus confidencias, sus consejos; si puede diríjalos y consuélelos, teniendo siempre por mira un altísimo ideal. Muchas veces el espíritu de un alma superior viene a dar consuelos y luces pedidas en vano a otros; pero para esta misión de sublime caridad conviene estar bien preparada, bien segura de los otros y de nosotras mismas. Para sus pequeñas misiones de confianza, para algún con-

sejo, bueno será que la esposa elija algún viejo y fiel amigo que haya visto nacer al esposo y que imponga respeto por la pureza de su vida. Reserve para él el puesto de honor en la mesa y en el salón: el privilegio de acompañarla a alguna parte en ausencia del marido, de sentarse enfrente o al lado, en el teatro. Así hará callar a las malas lenguas.

LAS AMIGAS DE LA ESPOSA

Si el esposo tiene en los amigos el más serio peligro para su felicidad conyugal, la mujer, por su parte, tiene en sus propias compañeras otras tantas temibles adversarias de su amor. Es tan fácil que una mujer traicione a su esposo con un amigo de él, como es frecuente que el hombre traicione a la mujer con la más querida amiga de ella. Muchas veces la deslealtad femenina supera así a la deslealtad del marido, y la astucia en el disimular, en el engañar, llega más lejos.

Pero también aquí debe una mujercita prudente ponerse a la defensiva de su amor y de su paz. Podrá escoger entre las amigas, solteras todavía o casadas, solamente aquellas de las cuales ha recibido indudables pruebas de amistad y de sinceridad. Poco a poco, insensiblemente, podrá librarse de las que no inspiran segura y seria confianza. Haga lo mismo si su destino la lleva a vivir lejos: conserve la correspondencia con las que lo merecen y abandone poco a poco a las otras. No se detenga en esta saludable obra de selección por ningún escrúpulo, por ninguna consideración. Piense que dilatándola sería cada vez más ardua la tarea y quizá después arrepentiría cruelmente de su debilidad, de su indecisión, de su bondad. Observe qué es lo que el esposo encuentra agradable, gracioso, en sus amigas y procure apropiarse del secreto de aquella fascinación, de aquella atracción. Muchas veces ciertos hombres impresionables quedan subyugados por algo que confiere, sin embargo, a la advenediza una supre-

macía sobre la otra, sobre la mujer que posee su corazón y su vida y que le ha entregado el alma y la juventud. Un poco más de gracia en los movimientos, un poco más de agudeza en el hablar, un humor más alegre, un grado más alto de elegancia y de refinamiento... Pero la que ama estará alerta y a ningún precio se dejará sobrepujar. No es a una mezquina emulación de vanidad a lo que la invito: es un pequeño, pero no despreciable medio para permanecer reina de su reino. Y cuando el amor, la felicidad, quizá el honor de una familia, están en eligro, ningún empeño para conservarlos intactos puede parecer demasiado pueril o inútil. Thackeray, el gran escritor inglés, ha observado que en amor sirven de rodillas los hombres a las mujeres, pero una vez levantados parten y no vuelven más. Tratemos, pues, que permanezcan de rodillas el mayor tiempo posible...

MIRANDO AL PASADO

Hay días en la vida, aun en medio de la mayor felicidad, en los cuales un demonio malo nos induce a la inquietud, al descontento de cuanto poseemos, para volvernos, con maligna intención, hacia lo que no poseemos o no poseeremos nunca. Estas horas negras que atacan generalmente a la mujer en su primera juventud y le dan melancolías, impaciencias, iras, cambios de humor, inexplicables para los otros, tampoco la abandonan, por desgracia, en la nueva fase de su vida.

Ella lo había esperado antes, en sus alegrías de novia, en su luminoso trono de esposa; se había creído libre para siempre de la esclavitud del dolor que pesa sobre la pobre humanidad, y cuando no la destroza con las desventuras la atormenta con las tristezas misteriosas. Pero he ahí que en lo mejor de su alegría, el enemigo, como un negro milano, desciende rapaz y la envuelve en la negra y profunda sombra de sus alas. Es en un día de malestar, en una hora de soledad. El

inútil y elegante bordado se le escapa de las manos; el libro sigue abierto en la misma página... La joven señora tiene ante los ojos un calendario, recuerda que aquel mismo día, aquella misma noche, fué para ella una fecha feliz... ¡Oh! Un baile, una *prémière* en el teatro, un *five o'clock*, una excursión, un pequeño acontecimiento cualquiera de su vida de niña, pero que basta para hacerle volver la cabeza hacia la dulce ribera abandonada hacia su inocente virginidad que no vuelve... Y, casi sin quererlo, se pone a parangonar su existencia de entonces, tan descuidada, tan rosada, tan alegre entre las amigas y los pretendientes, con su vida presente, donde aun las dulzuras más profundas aparecen revestidas de la severa majestad del deber. Piensa en aquellas de sus jóvenes compañeras, todavía libres para volar de fiesta en fiesta, para dejarse llevar en el armonioso torbellino de la danza; para ir a los paseos mundanos; aceptar invitaciones en la casa de campo; hacer viajecitos; estar ociosa o tocar el piano y aprender alguna nueva labor artística: mientras ella... tiene un amo: un amo benigno, tierno, indulgente, pero siempre un amo; y suspira...

UN SUSPIRO...

¡Eso es! ¡Suspira! ¡Ella que se sentía y se proclamaba tan feliz! Suspira sin saber por qué o quizá sabiéndolo... Es inútil ocultarlo. El esposo ya no es el de los primeros días, ya no es el de la luna de miel. Es todavía tierno, previsor, pero ha tenido momentos de impaciencia, horas de malhumor: dos o tres veces ha hecho pesar su autoridad de cabeza de familia por una comida mal preparada, por una habitación desordenada, por un gasto demasiado fuerte. Ella suspira... Ha pasado el tiempo dichoso de la indulgencia soberana, de la sumisión absoluta, cuando el tirano era un esclavo encadenado a sus pies y sus deseos eran leyes. Piensa en el viaje de boda que ya le parece lejano, en las dulces locuras de aquellos días, en las pa-

labras, en las promesas apasionadas: —¡Pasaré toda la vida adorándote! ¡Te consagraré todas las horas, todos los momentos: mi única misión es la de hacerte feliz!—Lejos de eso... además de ella, hay el empleo, la profesión, las ocupaciones; los otros afectos de familia, las obligaciones de la parentela, las amistades, los deberes sociales y civiles; los pasatiempos inofensivos a los cuales ciertos maridos, si bien enamoradísimos, no saben renunciar, como el de ir a fumar un cigarro al café en compañía de los amigos, tomar parte en alguna cacería, en alguna reunión deportiva o hípica, jugar alguna partida de naipes o billar... pasatiempos inofensivos que ella se guardaría de impedirle, pero que en secreto odia porque lo alejan de ella, porque le proporcionan horas de soledad, de tristeza, de lágrimas. Y si el esposo, adivinando a su regreso el secreto de estas primeras nubes que obscurecen el horizonte de su serenidad conyugal, se muestra generoso y renuncia espontáneamente a alguna de sus distracciones para permanecer a su lado, se mostrará ella agradecida, pero la amargura no desaparecerá de su corazón. Si él puede hacer un sacrificio renunciando a un placer fuera de ella, quiere decir que ella no reina ya, soberana absoluta, en su vida. Bourget, el grande y sutil analizador de la psicología femenina, lo ha dicho cuando escribe en «*La phisiologie de l'amour*»:

«*Sacrifiez un plaisir à une femme, elle vous en voudra, et elle aura raison. S'il y a pour vous quelque chose d'agréable hors d'elle et loin d'elle, vous ne l'aimez plus.*»

LAS OCUPACIONES DE LA JOVEN SEÑORA

Una de las causas principales de las inquietudes, de las lágrimas, de las melancolías a que la joven señora se abandona fácilmente en los primeros meses de su nueva vida, reside en el demasiado tiempo que tie-

ne a su disposición para fantasear. Si vive en familia, la suegra le evita todas las fatigas, las responsabilidades, los pensamientos de la dirección de la casa, y ella está allí como una señorita que completa su educación. Si ella es la dueña, una familia compuesta de dos personas y de dos criados—a menos que no se trate de una condición social que obligue a la dirección de un palacio y de una jerarquía completa de servidores—se dirige fácilmente. Los muebles son nuevos, la ropa blanca es nueva, los vestidos nuevos: no hay nada que conservar, lo demás marcha por sí solo. Y pasan muchas horas, mientras el marido está fuera, que la esposa no sabe cómo emplear. Lee un poco, después se cansa, toca un poco el piano, escribe alguna carta, da una orden a la camarera, otro al cocinero. ¿Y después? Después se acomoda en la butaca para hacer labores, murmurando entre puntada y puntada: —¡es demasiado!—prestando sobrada atención a las punzadas de su exagerada sensibilidad, a las fantasías de su imaginación, a las exigencias de su egoísmo personal. ¡Ah! Muchas veces, estas primeras horas de ocio del pensamiento, en la existencia conyugal, son el terreno en el cual puede germinar propicia la mala simiente de la discordia, de la tentación, de la volubilidad. Nunca estamos tan cerca de ser infelices como cuando no tenemos nada que desear. Faltándonos verdaderos motivos de descontento, nos los creamos ficticios, que nos hacen sufrir como si fuesen verdaderos y pueden demoler, corromper como polillas insidiosas, como criptógamas venenosas, toda la floreciente belleza de una felicidad sana y sincera.

Escribe un novelista francés, Gastón Lavalley: «¡La felicidad! Mientras caminamos con los ojos fijos en esta meta radiante, obscuros enemigos nos envuelven como la bruma a la nave. Los pequeños acontecimientos, las imprudencias, los errores, las faltas de cada día. Artífices de destrucción trabajan en la sombra y pasan inadvertidos. Pero, cuando queremos tocar la tierra prometida, naufragamos con todas nuestras esperanzas.»

¡En guardia, pues, contra estos hipócritas enemigos! En guardia desde el principio para dominarlos enérgicamente. ¿Y cómo? Con la obra, señoras, con el trabajo que todo lo vence, que destruye las malsanas fantasías, los vapores sentimentales, las susceptibilidades peligrosas. En un reino, por pequeño que sea, hay siempre mucho que vigilar, que ordenar, que decidir, que mejorar. Si el mobiliario es nuevo, procurar embellecerlo con aquellos accesorios de buen gusto que una señora de ingenio puede preparar por sí misma: cultive flores para que en su habitación no falte nunca esta sonrisa primaveral; y no se fíe de la camarera para el guardarropa ni de la cocinera para la cocina; su vigilancia directa, su intervención frecuente le harán notar muchos descuidos, muchos defectos que enmendar que no aparecían a su vigilancia superficial y somera. Y además una mujer que ama con toda el alma al compañero a quien se ha entregado, ¿puede dejar un momento de ofrecerle como un oloroso incienso todos sus pensamientos, todas sus acciones? Debe custodiar la ropa que le pertenece, de modo que encuentre siempre muestras de su vigilancia y delicada ternura en vez de los comprados servicios de los domésticos. Debe hacer agradable la estancia que habitan en común, por medio de aquellos minuciosos cuidados que indican la superioridad del espíritu sobre la materialidad del acto de preparar una mesa, de disponer un mueble, de velar una lámpara, de distribuir libros y fotografías. La preocupación constante de mostrarse graciosa, elegante, deseable a los ojos del marido, bien sea con el *matinée* o con el traje de mesa: con el delantalito usual para entrar en el guardarropa y en la cocina. Además las obligaciones sociales. No se hacen ahora las clásicas visitas de un tiempo; pero existen los *five o'clock*, en los cuales necesita tomar parte y corresponder; los encargos que le dan las amigas, las obras de beneficencia en que interesarse, y, en fin, si la señora es inteligente e instruída, puede seguir el movimiento artístico, aunque sea en parte para no ignorar lo que se hace en su pro-

pio país. Puesto que no basta tener en la mesa los últimos libros y en el piano la partitura de la ópera reciente; no basta llenar el álbum de fotografías artísticas y de tarjetas conmemorativas; es preciso conocer con precisión el producto y el acontecimiento de que se discute, no por vanidad, sino por procurarnos el goce puro y alto de vivir la vida superior, que nos eleva moralmente, que da a nuestro espíritu múltiple actividad, que templa las frivolidades y las seducciones malsanas, que siempre es fuente de serenidad, a menudo de consuelo y no raramente salvación suprema en las vicisitudes de la existencia.

VIDA MUNDANA

He conocido muchas señoritas deseosas de casarse, no por deseo de un esposo y una casa propia, sino para lanzarse como un torbellino en la vida mundana. Algunas crecieron en familias de opiniones un poco rígidas y se vieron siempre contrariadas en sus aspiraciones dirigidas a la diversión y a la sociedad elegante; y por medio de la independencia adquirida con el matrimonio, esperaban finalmente satisfacerlas. Otras habían sido habituadas desde niñas a la vida de los salones y de las reuniones mundanas, pero sabían que una posición de señora les permitiría ponerse más en evidencia, desarrollar mayor lujo, frecuentar más libremente la sociedad, recibir y dejarse hacer la corte a sus anchas. Yo no quisiera expresarme como fastidiosa predicadora, pero no puedo menos de observar que esta bendita vida mundana que atrae a la mujer como la luz a la frágil mariposa, es siempre la causa de sus dolores más irremediables, de sus caídas, de sus vergüenzas. Sería preciso enseñar a la mujer, en sus primeros años, a frecuentar la sociedad por deber más que por placer. La sociedad la necesita como la familia, y ella tiene la obligación, como individuo, de concederle con su presencia cuanto la naturaleza le ha dado de superior: la belleza de la persona, la gracia

de los modales, la vivacidad del espíritu, la elegancia del aspecto, la cultura y el ingenio. Pero la mujer verdaderamente distinguida, pagado su tributo, volverá con alivio, con dulzura, con serena alegría al pequeño reino de su intimidad doméstica, a las austeras ocupaciones de sus horas de soledad. Las criaturas que hacen de la vida mundana el exclusivo fin de su existencia y el exclusivo alimento de su alma, atrofian los gérmenes de las cualidades más luminosas y profundas que Dios había infundido en ellas, adquieren una personalidad artificiosa, superficial, uniforme, que las hace fastidiosas para todos los que viven en diversa atmósfera, y después de una breve época de placer, prepara una larga, desierta, tristísima edad de desengaños, de contrastes, de desolado abandono.

Al principio de su vida mundana deberá una reciente esposa reflexionar bastante, armarse de mucha energía, de mucha sagacidad, de mucha prudencia. La brillante sociedad es un peligroso engranaje: dadle un dedo y os tomará la mano y el brazo y la cabeza... Ya que resulta bastante difícil aceptar una invitación y substraerse a otra, mejor es limitarse en los conocimientos, en los compromisos y en los gastos, que muchas veces llevaron a la ruina a familias bien acomodadas. Así, pues, si no es conveniente segregarse, tampoco lo es entregarse completamente a la corriente que os arranca del dulce nido, de la tranquila soledad, de los fieles afectos. Ha de tener la señora su día de recibo, que la asegura la libertad en su casa para los otros seis días de la semana; no falte a las visitas de obligación, de felicitación, de agradecimiento; ni de obsequio, si el esposo tiene algún superior casado; pero reduzca a lo estrictamente necesario, cuando puede elegir entre ir y quedarse, y prefiera los salones donde la sociedad es más seria y elegida. Si va a los bailes, no permanezca hasta el final, y si el marido le permite bailar no abuse de la concesión. No lleve a los teatros *toilettes* audaces de modo que se haga confundir con ciertas señoras con las cuales no debe tener nada de común. No sea asidua a los paseos elegan-

tes, que son, en realidad, lugares de seducción, de lujo y de ruindad; en las tertulias ha de ser amable con todos, pero guárdese de demostrar preferencia, aunque sea determinada por sentimientos inocentísimos, hacia este o aquel caballero. No se separe jamás con ninguno de ellos; trate de buscar más que todo la compañía de las señoras y sea afectuosa y delicada hacia su marido, no imitando a ciertas señoras, las cuales, aun siendo buenas y tiernas esposas, afectan en sociedad un continente desdeñoso y ligeramente burlón con su compañero, y por temor a un ridículo, que no existe sino en su mente fatua, caen en una inconveniencia.

En cuanto a lo demás, aun para lo que atañe a la vida mundana, deberá la señora ponerse perfectamente de acuerdo con el esposo, secundar sus gustos y sus costumbres. Ningún sacrificio le parezca demasiado grave, pensando que el verdadero amor es tal tesoro en la existencia, que nunca será demasiado cara su adquisición.

JUEGO PELIGROSO

Hay en las relaciones entre hombre y mujer una actitud espiritual bien conocida de quien respira la atmósfera refinada y galante de los salones; el hombre y la mujer están frente a frente armados de las más sutiles y ágiles armas de la astucia, de la adulación, del engaño, de la audacia, y se atacan y se defienden con todos los medios que su inteligencia y su educación les proporciona. Una simpatía física, una afinidad intelectual, un capricho, el ocio, el aburrimiento, les han hecho encontrarse, los han separado de los otros, les han atado en una relación en la que—ambos lo afirman convencidos—no entra siquiera una pizca de verdadero sentimiento y es, por lo tanto, inocente en absoluto. Todo tiene trazas de broma: cumplimientos, despechos; pero bajo el velo rosado, muchísimas veces, el corazón de la mujer, que es el más ingenuo

y el más sensible, queda verdaderamente herido por tales armas de juego, y el pasatiempo corre peligro de convertirse en un drama de pasión. Pablo Bourget, a propósito del *flirt*, escribe magníficas palabras de verdad y de agudeza; dice: «Un jugador que se sentase a la mesa ante los naipes con la condición de que si gana no se beneficiará en nada y si pierde dejará en el tapete verde todo su patrimonio, pasaría por loco. Sin embargo, esto es lo que hacen los hombres y las mujeres que se aventuran en un *flirt* declarado: puesto que este *flirt* no termina en nada si no es más que *flirt* o con el dolor de la pasión si cambia de naturaleza.»

Especialmente para nosotros los de raza latina, tan fácilmente inflamables, tan impulsivos e impresionables, tan inclinados a dar el color de la pasión al sentimiento más superficial y fugaz, el *flirt* está lleno de insidias. Para los temperamentos del norte—allá entre los ingleses que han dado un nombre definitivo a una condición de alma que para nosotros era indefinible, precisamente porque la mirábamos como un estadio transitorio—para los jóvenes y las niñas inglesas, el *flirt* no es más que una especie de ejercicio intelectual permitido y común. Pero, repito, entre nosotros el *flirt* no es verdadero más que un día, el en que se inicia; al segundo, o se convierte en coquetería—hablo de la mujer—que es reprochable, o en simpatía amorosa y en sensualidad, que es peor. Para las que frecuentan mucho la sociedad y tienen carácter vivaz, el *flirt* es casi una consecuencia necesaria. Nada malo resulta en las primeras escaramuzas, lo sé; pero esto es, precisamente, lo difícil: pretender conservarse en equilibrio en un terreno de rápida pendiente y escurridizo...

BAILES DE MÁSCARAS

¿Puede asistir una señora decente a un baile de máscaras? La pregunta es categórica, pero la respuesta no puede ser tan absoluta. Distingamos. Para gozar

de un baile de máscaras como espectáculo coreográfico desde la inexpugnable fortaleza de un palco cerrado, cualquiera señora puede ir y aun las señoritas mayores de veinte años. Cierto que deberán ir escoltadas por algún pariente del sexo fuerte, marido, padre o hermano; y que no sería prudente dejarlas permanecer hasta la madrugada, cuando los bailes, sobre todo en las grandes ciudades, se cambian en verdaderas y vulgares orgías. Señoras y señoritas podrán asistir en traje de baile o de paseo, pero sin careta, y no deberán, bien entendido, salir de su refugio seguro sino para ir a visitar a alguna amiga a otro palco, pero siempre bien acompañadas. En los bailes de máscaras, de pago, todos pueden entrar, y todos, hasta las personas más serias, pierden un poco la cabeza. Una señora que se aventurase demasiado en medio de aquella gente excitada por el vino y el carnaval, se expone a ser víctima de faltas de respeto, humillantes y desagradables para ella y muchas veces peligrosas para quien la acompaña. Evite, pues, todo lo que pueda, el contacto con la gente, conténtese con mirar desde lejos. Tampoco le aconsejaría ponerse un dominó para dar una vuelta con algún conocido por la platea o por las galerías. Todos no pueden saber que bajo aquella máscara se oculta una señora respetable; el baile está siempre demasiado poblado de mujeres que son precisamente lo contrario y podría darse el triste caso de que la tomaran por una de ellas, o por lo menos oir frases y palabras que la hagan enrojecer bajo la careta. Lo siento, pues, por las señoras para quienes el tomar parte activa en un baile de máscaras constituiría el máximo de la diversión, pero si sus maridos tienen el buen sentido de impedírselo, no puedo hacer otra cosa que aprobarlo. Las señoras protestan: «Pero nuestros maridos van. ¡Y se divierten! ¿Debemos nosotras quedarnos en casa como Cenicientas?» ¡Eh, queridas mías, vuestros maridos han ido, van e irán a tantos lugares donde a vosotras no os sería posible seguirlos! Y hacéos cuenta que uno de estos lugares es el baile de máscaras. Por lo demás, creedme a mí, si él, volviendo a la ma-

drugada, os encuentra dormidas al lado de vuestro hijito: si a la mañana siguiente os ve traginar graciosas y frescas por vuestra casa: si, sobre todo, no le ponéis mala cara, ni le interrogáis como mujercitas superiores sobre el baile de Carnaval, sentirá hacia vosotras nuevo impulso compuesto de ternura, de respeto y de gratitud: impulso que no hubiera podido experimentar si hubiéseis estado a su lado en aquellas horas de desorden y de locura.

BAILES DE TRAJES

Los bailes de trajes son otra cosa. Aquí se trata de reuniones de invitación o de sociedad, van todos con cara descubierta, se conoce al que se encuentra, y no hay peligros de equivocaciones y de molestias. A una señora ingeniosa y de buen gusto, puede costarle más caro un traje de sociedad que uno de baile; plena libertad, pues, a las señoras y señoritas, aun las más severamente educadas, para tomar parte en esta artística y graciosa distracción. Solamente es preciso que cada señora estudie su propio tipo para no incurrir en una desentonación entre su persona y el vestido elegido. No hay para qué decir que ciertos trajes demasiado audaces quedan descontados. Por bella y joven que sea una señora, no debe jamás olvidar su propio decoro y el respeto que debe al marido y al nombre que lleva. Claro está, que no es fácil la elección de un vestido, porque sus inevitables exageraciones, la moda opuesta a la que sus ojos están acostumbrados, hacen resaltar las deficiencias de quien lo lleva. Por ejemplo, una figurita alta y delgada, con el aire un poco trágico de mujer morena, no deberá elegir un mismo vestido que una morenita pequeña y vivaz; como una jovencita delicada y rubia, de aspecto diáfano, deberá vestir diversamente que otra rubita gruesa y colorada. Serán adaptables para la primera los vestidos españoles o ingleses de los tiempos de María Estuardo; a la segunda, algún vestido fantástico o japonés; mien-

tras la rubia ideal podrá vestir de hada, de flor, de Margarita de *Fausto* o de Desdémona; la otra llevará algún artístico vestido de ciudadana o de dama del 700. Y esto no por coquetería sino por buen gusto estético, por sentido de la belleza armoniosa que conduce a discernir y apreciar la verdadera belleza en el arte y en la naturaleza. Una señora o una niña, llevando un traje, tienen ocasión también de poner en evidencia cia su propia personalidad espiritual, puesto que de la gracia, agudeza, desenvoltura con que lo lleva y encarna el personaje elegido, se puede deducir su inteligencia, su cultura, y su refinamiento.

VELADAS

También las veladas entre *diletantti*, en algún teatrito particular, son para las señoras inteligentes un lugar de recreo. Sin embargo, no lo aconsejaría a las mamás que cuidan y educan a uno o más niños, puesto que las pruebas y los preparativos les robarían demasiado tiempo. Y tampoco me gustaría ver dedicarse a este ejercicio mundano y gracioso, a una señora cuyo marido no tiene parte en él. Ella sola en el palco escénico, él entre los espectadores, harían una figura ridícula. Se dirá: pero no todos los maridos pueden tener las mismas cualidades de la mujer; la señora puede tener un talento dramático desarrolladísimo, mientras que el esposo, para hablar en jerga cómica puede ser... un mamarracho. Pues bien; lo siento por la celebridad en ciernes de la señora, pero si su marido no puede o no quiere recitar, debe también ella renunciar a los laureles. Será un sacrificio generoso y delicado, que cumplido con gracia y desenvoltura la harán simpática y más digna de cariño a los ojos del marido. Así, pues, o los dos o ninguno.

Aquí oigo a alguna esposa que me pregunta con cierta inquietud: «¿Y si la cosa fuese viceversa? ¿Si el *mamarracho* fuese... ella? Si la señora quisiera exponerse ¿qué obligación tendría el señor marido?» En-

tendámonos: *obligación*, ninguna, ni él por ella ni ella por él. Yo doy consejos, no leyes. Además el caso es diverso. Un marido no tiene necesidad de protección en el palco escénico: no se expone a los comentarios malignos frecuentando los ensayos ni permaneciendo con sus compañeros de arte. Cierto es que yo aconsejaría a una mujer—si no tiene compromisos de familia o anomalías en su estructura física—que recite, si el marido toma parte en ello. Cuando una mujer quiere acertar, acierta: y no es verosímil que una señora educada no sepa desempeñar su papel con un poco de garbo. Si por sus cuidados maternales está obligada a quedarse en casa, procure no demostrar el sacrificio, interesándose por el resultado, ayude a su compañero en los preparativos, no lo moleste sobre todo con malhumores y celos, más que inútiles dañosos.

Nunca habré recomendado bastante a las señoras que recitan, la superioridad, la desenvoltura en la elección de los papeles. La vanidad, las porfías, las emulaciones envidiosas son criptógamas de palco escénico que atacan sólo en los comienzos de la carrera. Entre personas refinadas no se debe censurar el desempeño de este o de aquel papel, sino procurar ponerse de acuerdo para que la diversión no degenere en disgusto. También una parte secundaria interpretada con gracia y cuidado, puede hacer honor y revelar las buenas aptitudes de la actriz; mientras las violencias, los desdenes, los resquemores, atraen el ridículo y enagenan todas las simpatías.

TÓMBOLAS

En una de sus bellas y pérfidas novelas, Gabriel d'Anunzio recuerda con sus personajes cierta fiesta de beneficencia en la cual las seductoras damas concedían toda clase de pequeños favores sensuales a los correctos caballeros que se mostraban generosos hacia la obra benéfica que ellas protegían. Cierto que si todas las fiestas de caridad debiesen parecerse a la que Andrea Sperelli y sus dignos amigos evocan en un capítulo del

Piacere, tendrían razón las mamás y los maridos en negar su consentimiento. Pero yo sé de muchas de estas fiestas y tómbolas que resultaron solamente simpáticas tertulias, que estrecharon vínculos de buenas amistades, de amor honesto, que pacificaron en nombre del fin noble y colectivo antiguos rencores y que dieron además un magnífico resultado económico. No es el caso, pues, de ponerse en guardia las señoras y señoritas respetables contra este género de diversión mundana. Cierto que también se necesita por parte de la mujer, casada o soltera, mucha seriedad, mucha prudencia en su conducta. Porque si está a la vista, conviene que sepa permanecer en la luz, donde todos la observen y comenten en sus actos, impecable e inatacable. Si es una señorita, debe tener al lado a la mamá o a alguna pariente o amiga de edad; si es una señora, deberá el marido formar parte de la reunión, y en su vestido, en su continente, no pierda de vista la elevación que debe servirle de guía en todo acto, aun el más sencillo de su vida. Entiéndase: cuando hablo de seriedad, de modestia, de reserva, no pretendo persuadir a la mujer a que renuncie a sus fascinaciones físicas y espirituales. Una señora puede ser elegantísima, vivaz, astuta; puede empuñar el cetro de la belleza y de la gracia sin salir de los límites que separan a la mujer respetable de la que no se respeta. Muchas señoras confunden la honestidad con la rigidez y el desdén y se creen obiigadas a mostrarse duras, frías, desgarbadas: o bien, trocando el desagrado por simpatía y la licencia por desenvoltura aparecen vulgares y desenfrenadas. La señora de nuestros tiempos no deberá ya caer en estos errores. En su sentido, en su conciencia, debe formarse una barrera bien definida, infranqueable, para encerrar sus afectos, sus deberes; pero ha de ser despreocupada, sencilla, sincera, para que esta barrera no sea asaltada—y ella sabrá defenderla bien;—esparza sin parsimonia su perfume de alma y de juventud, ponga su actividad, su ingenio, su ayuda, en las empresas por las cuales se interese y que en la mujer inteligente, buena y laboriosa tienen su más váiida protectora.

CUADROS PLÁSTICOS

¿Y los cuadros plásticos? Me parece ver oscurecerse muchas caras graciosas y detrás de ellas otros rostros provistos de bigote y barba mirándome con espanto. Un momento, señores maridos y papás. No siempre cuadros plásticos significan... lo que os figuráis vosotros. Durante una Exposición florentina se realizaron con gran éxito, por jóvenes y niñas de la ciudad, algunas escenas figuradas de la *Vita Nova* del Dante. En un colegio he visto componer con hermoso efecto algunas escenas bíblicas y algunos cuadros sagrados. ¿Qué hay en esto para escandalizarse? ¿En qué puede sentirse ofendido el pudor de vuestras mujeres y de vuestras hijas? Una niña vestida de Beatriz que saluda al Poeta; una señora que representa Rut, la perla de las nueras, no pierde nada de su propia vergüenza. Claro está que estos cuadros plásticos conviene que sean bien elegidos, por el asunto, que no debe presentar nada de audaz en el vestido ni de escabroso en el argumento; han de ser también cuidadosamente llevados a cabo. En cuanto a la primera condición, me remito al buen gusto y al tacto de las señoras: por lo que toca a la ejecución material, bueno será confiarla a un artista, que él solo puede saber el secreto de ciertos efectos y la composición de ciertas armonías.

EN LOS BAÑOS

Ninguna mujer gana con exhibirse en el mar. La luz cruda pone en evidencia todos los defectos de la epidermis, que el sol tuesta, enrojece o ensucia, quitando uno de los mayores elementos de belleza femenina, que es el de una encarnación blanca y delicada. El viento dominador descompone el peinado, y las ondas pérfidas y burlonas se divierten en acabar de maltratarla. Además, por la necesidad de desnudarse y vestirse apresuradamente a todas las horas del día, conviene

renunciar a muchos accesorios, a muchos ornamentos que hacen atractiva a la mujer que no es bella, y a la fea, pasable; también el vestido es un graduador para aquellas de formas demasiado... abundantes, como para las de formas demasiado... delgadas. Pero no importa, las mujeres aman el mar, el gran mar benéfico y purificador, y le sacrifican generosamente alguna parte de su vanidad.

Quizá se hace ahora con un poco menos de voluntad, la vida en los establecimientos, vida de chismografías y de envidias; pero a todas las familias les gusta tener en la arenosa playa su tienda de campaña donde echar la siesta ante la azulada inmensidad, mientras los niños hunden sus piececitos desnudos en la arena cálida y fina y van y vienen en sus diversiones con las ondas que se dilatan espumosas. Algunas de estas tiendas de campaña son verdaderas sucursales de la casa, verdaderos lugares de delicias, donde no faltan sillas americanas, hamacas, veladores, *nécessaires*, libros y, en fin, lo necesario para poder tomar algún refrigerio al salir del baño y prolongar aquella higiéniva vida salvaje y nómada hasta la hora de la comida.

Esta es la verdadera vida de cuidados a que una señora discreta debe reglamentarse, ya por su salud o por la de sus pequeñuelos. No robe las horas de la noche al plácido sueño que deberá vigorizarle las fuerzas para estar lista de mañanita; no deje a sus niños, o lo que es peor, no los lleve con ella a los conciertos o a los bailes en salas cerradas, delicia de las señoritas en busca del marido y de las señoras ávidas de... novedades. La mayoría de las veces está obligada una señora a permanecer en los baños sin el esposo, entretenido en la ciudad por su profesión, su empleo o sus negocios. Y entonces debe tener todavía más consideraciones, de modo que los maliciosos no encuentren absolutamente nada que criticar. Muéstrese circunspecta con las amistades que contraiga, ya que puede engañarse sobre la respetabilidad de cualquier persona, y puede estrechar inconscientemente vínculos de los cuales

tenga que arrepentirse y avergonzarse, y eso si no se mezcla en alguna intriga o es víctima de alguna supercheria. La facilidad con que en las playas se hacen las amistades, debe aconsejarle al menos mantenerlas con carácter superficial. Nada de confidencias íntimas ni de expansiones calurosas con una mujer a quien el día anterior ni siquiera saludaba y que quizá al cabo de un mes no la volverá a ver más. Sea cortés con todos, ayudándose recíprocamente, pues se puede dar el caso de que una mujer tenga necesidad de otra en algún triste momento de la vida. y ninguna de nosotras deberá substraerse por el motivo de no ser amiga de la que espera nuestro socorro; no les demos nuestra intimidad, por lo menos hasta que estemos bien seguras de que el objeto de nuestra preferencia es, por todos conceptos, digno de ella.

El traje de playa ha de ser sencillo, lindo, fresco, pero nada más. Blanco para las mamás, las jovencitas, los niños; largos velos para defender el rostro de la brisa demasiado ruda; sombreritos sobrios, calzados prácticos. Pocas o ninguna joya, pues se olvidan en las casetas de baño o se pierden en la arena; cinturones elásticos y ligeros para dejar al tórax completa libertad de respirar y de moverse. Cuidados, decencia y aun cierta elegancia en el vestido, que, para las señoras delgadas, aconsejaría fuese blanco, de lana tosca y consistente, con grandes cuellos; para las señoras un poco... desarrolladas, como dicen las modistas, negro, de larga blusa.

EN LOS MONTES

La vida en la montaña es más fatigosa que la que se hace en la playa; pero las personas activas, vivaces, nerviosas, las que aman los ejercicios del cuerpo, se encuentran mejor en los montes que a la vista del Océano. Las excursiones más o menos largas o peligrosas, en alegre compañía: los juegos ingleses en los jardines de los hoteles, donde los forasteros forman una sola

familia: las meriendas en los bosques, o los paseos con alguna amiga preferida, constituyen una existencia viva, sana, al aire purísimo, que hace desaparecer muchas melancolías y languideces y para la cual no se pueden dictar reglas fijas. Hay señoras que arrastran vestidos de encaje, de miles de pesetas, por los bosques o por los caminos, y ni siquiera en la soledad de los hielos renunciarían a cambiar cuatro *toilettes* al día; pero, en general, la vida de la montaña trae siempre la sencillez absoluta, tanto en el vestir como en las relaciones sociales. Lo mismo aquí, sin embargo, que en las estaciones balnearias, se guardará una señora prudente de intimar pronto con la vecina de mesa o de habitación, y si acepta alguna excursión en común, evitará las charlas con ellas, no pasará nunca de los límites que separan la cordialidad de la confidencia. Mayor reserva y prudencia deberá tener la señora joven o señorita con los nuevos conocimientos masculinos. Un viejo porverbio, nunca bastante escuchado, advierte que no hay que fiarse de las apariencias, porque engañan. Deben persuadirse de que no siempre la elegancia y la corrección en el vestir, la finura de los modales, la cortesía de la palabra hacen al hombre delicado y galante; que el lenguaje fácil y brillante oculta no raramente al astuto engañador, como la elocuencia poética y sentimental velan a menudo la absoluta aridez y la baja mentira. Innumerables mujeres han sido y son víctimas en la persona y en el alma, de hombres que les engañaron y a quienes prestaron fe, ilusionadas por las apariencias seductoras. Tratemos, pues, de no acrecentar la desventurada caterva, que la educación moderna, despertando vivamente en la mujer la conciencia de su propia responsabilidad individual y haciéndola más experimentada y fuerte, no deberá renovar.

Repito—y quiero insistir sobre este punto—que prudencia y reserva no significan desdén y dureza. Una señora, aunque no haya sido presentada, podrá cambiar alguna palabra con una vecina de aspecto serio y distinguido, podrá hacerle cualquier pequeño servicio, podrá saludar a las demás señoras cuando las encuen-

tre en los pasillos del hotel, en los establecimientos termales o en cualquier centro de reunión. Podrá también aceptar cualquier cortesía de un hombre, tomar parte en una discusión, mostrarse como es, culta, gentil y buena. Pero no deberá tratar a los compañeros de una hora del mismo modo, o con igual lenguaje con que trata en la ciudad a sus conocimientos, ni les demostrará el mismo afecto que a sus amigas antiguas.

En la montaña deberá evitar toda vaporosidad de ornamento, toda exageración, toda elegancia demasiado refinada de la moda. Es preciso atenerse a la lana, a la buena lana higiénica; o también a la ruda lana tan simpática, que tan bien sienta en las jóvenes y delicadas bellezas. Los colores han de ser suaves, resistentes; los adornos, sencillos. Los cinturones, de piel o bien alguna delicada banda de tintas vivas, iguales a la corbatita, serán indicadísimos, como los fuertes calzados, de tacón bajo, y así estará el pie mejor protegido y sostenido. Nada de plumas ni flores en los sombreros: velos azules, verdes, blancos; cintitas con lentejuelas redondas. También son adaptables los caprichosos gorritos ingleses, modelo *jockey*, que dan a los rostros un aire gracioso, muy fresco y juvenil. Para las excursiones largas y en localidad bastante elevada, hacen falta vestidos especiales, como los de las ciclistas. En los sombreritos de fieltro se puede colocar una alita o un grupo de *edelweiss* cuando no sea necesaria la toca de pieles o una banda de lana.

LECTURAS FEMENINAS

La ausencia de libros en la estancia habitada por una señora da una impresión de sofocamiento moral como la falta de una ventana daría entre cuatro paredes una sensación de asfixia. En efeto, los libros son la luz y el aire de la mente; le abren nuevas vistas, bellezas nuevas; le dan rayos y calor; renuevan su vida. Quien no siente necesidad de esto está ciego y muerto en el alma. Hay salones adornados con pompa, llenos

de bagatelas más o menos artísticas, de flores y de bordados, pero donde se busca inútilmente con la mirada un libro, una revista, un periódico. Quizá se encuentra algún libro, encuadernado con lujo, pero ¡ay! rebajado al grado de adorno entre una cerámica y una fotografía. O bien el libro es una novela francesa o italiana, no muy moral; y si se encuentra algún periódico... es de modas. O se ven en una salita de trabajo o en algún dormitorio, en las cestillas o en los veladores ciertos recortes de periódico, cosidos cuidadosamente en forma de cuaderno; novelas publicadas en folletos y recogidas, leídas y prestadas a las amigas y a los parientes, y conservadas como cosa sagrada, con el provecho que cualquiera puede imaginar del buen gusto estético de la lectora. A veces son novelas escogidas en las bibliotecas circulantes, novelas de la más grosera pornografía o de la más estúpida inmoralidad, que lo mismo pueden llevar a casa el germen de un mal físico como el principio de una depravación moral, que no desarrollan la mente, que dan sólo un falso desenvolvimiento a la fantasía: inútil y dañosa pérdida de tiempo. Una señora que no tenga la conciencia moral y estética de un autor, no deberá escoger la obra sin haber primero tomado informes, como si tuviera que admitir en casa a una persona nueva. Deberá preguntar al marido, y si éste no está en grado de guiarla en la elección, a cualquier viejo y culto amigo de la familia, a algún profesor de sus hijos. Porque no es verdad que una mujer cuando se casa *puede leerlo todo*. Hay libros que no puede leer nunca sin perder el respeto de sí misma; sin degradarse íntimamente, aunque nadie lo sepa. Solamente las literatas de profesión, las escritoras, están obligadas a leerlo todo por razones de la profesión y no pueden retroceder ante ninguna repugnancia. Pero ellas son como los médicos: ninguna impudencia las impresiona ya, puesto que la ven desde otro punto de vista que la generalidad de las gentes.

Por ocupada que esté una señora, tiene la obligación de encontrar una hora, media hora al día para

dedicarla a la lectura. Un poco de tiempo robado al espejo, otro poco a la modista, otro poco a las charlas ociosas, a la dulce pereza del lecho o a los atractivos de las tiendas de modas, y he ahí la media hora, quizá las dos horas, sin que los cuidados de la familia y de la casa se perjudiquen en nada. Hay, sobre todo, dos libros, de los cuales una mujer práctica nunca deberá carecer: un tratadito de higiene y de economía doméstica y un buen manual de cocina. Estos le son tan necesarios como la brújula al piloto. Entre los libros útiles puede entrar también alguno moderno que la dirija o resuelva sus dudas cuando se presenta una ocasión de mostrarse en sociedad. Su biblioteca deberá, además, estar provista de un vocabulario y de una pequeña enciclopedia donde consultar cuando lo necesite.

Después, conceda el puesto de honor a los cuatro poetas clásicos: Dante, Ariosto, Petrarca, Tasso, y añada aquellos autores cuyas obras principales no puede ignorar una mujer medianamente culta: Parini, Foscolo, Manzoni, Leopardi, Alfieri; algún libro de cultura general, como una historia del arte; algún viejo libro educativo que le servirá para vigorizar su espíritu y formar el alma de sus hijitos: Manzoni, Tommaseo, Máximo d'Azeglio. Entre los grandes libros de consuelo, no han de faltar: el Evangelio y la Imitación de Cristo, libros de eterna verdad y de severa sabiduría, que son los únicos que busca la mano en la hora del dolor.

Entre los libros modernos prefiera los que den a su mente ideas nobles, propósitos virtuosos, que refuerzan su alma y la proveen de más ágiles alas. Han de ser libros que ella no deba ocultar ruborizándose si alguien entra en su salón, y que la devuelvan pura y serena, hasta en el pensamiento, a la ternura del marido. Si su cultura le permite leer la producción literaria de las naciones extranjeras, aproveche, pero también escoja entre ellas la flor que no contiene veneno. Por fortuna de quien puede hacer una selección, hoy nos dan los editores volúmenes en tal abundancia que no es nada difícil tomar el alimento espiritual que conviene y recha-

zar el resto. «Leer y soñar, lo uno y lo otro, es un mundo», escribe el poeta inglés Wordsworth; es infinitamente dulce, infinitamente consolador en las horas de soledad, muchas veces de tristeza, poder pasar la puerta de este reino sin confines que hace olvidar los afanes de la verdadera vida.

¡DICHOSA SOLEDAD!

«*Beata solitudo, sola beatitudo*», escribían en un tiempo los monjes sobre la puerta de sus abadías, fabricadas con profundo sentimiento poético en los lugares más delicados por el panorama y por las bellezas de la naturaleza virgen y desierta.

La vida apartada y solitaria da, efectivamente, en su severidad, compensaciones y satisfacciones espirituales que no conocerán jamás aquellos cuya existencia se desliza toda entre el contacto de la gente y el movimiento febril de las ciudades populosas. «Es preciso saber vivir en compañía, pero es más todavía saber estar solo», ha dicho un grande espíritu: Tommaseo. En efecto, es una ciencia que hace falta adquirir, que las almas frívolas, dadas a la vida ficticia y exterior del momento que pasa, no aprenderá nunca, pero que vigorizará y madurará a otras criaturas que tengan en el corazón y en la inteligencia los gérmenes fecundos de una rica floración de sensibilidad y de pensamiento. La soledad enseña a reflexionar ,a meditar, a bastarnos a nosotros mismos, desenvuelve todas las tendencias de nuestro ingenio, nos hace más altivos y útiles, nos ofrece la vida más íntima y profunda. Solos, nos pertenecemos más, la corriente nos arrastra, nuestra individualidad moral se afirma con mayor originalidad. Todas las grandes cosas: acciones, obras, sacrificios, conversiones, fueron preparadas y realizadas en la soledad. Devuelve la paz y tal vez la salud perdida entre los hombres; enseña a contemplar, a amar la naturaleza, a vencer en las luchas del alma, a adorar a Dios...

También sé que la soledad inspira horror a la ma-

yor parte de las mujeres. Y no la soledad absoluta, sino, por ejemplo, la vida de familia en algún pueblo remoto, en alguna aldea habitada por gente rústica que obliga al aislamiento. Muchas esposas toman actitudes de víctimas porque el marido, médico, ingeniero, maestro rural, o agente de campo, las saca de la ciudad para sepultarlas, con los vestidos nuevos del equipo, en alguna llanura solitaria o en cualquier «arrabal selvático». ¡Y pensar que yo, cuando he soñado la felicidad, la he soñado precisamente así: la soledad de dos fuera del mundo! Pero ¿no sentís vosotras la dulzura, la embriaguez, el orgullo de pertenecer por completo a vuestro amor, a vuestra obra de felicidad? ¿De hacer de la casita que habitamos un puerto de paz para las fatigas de nuestro compañero, un faro de luz para su intelecto, un oasis para su corazón? Servirse el uno al otro de sociedad, de amistades, de diversiones, de distracciones; concentrar todas las energías físicas y morales en nuestro ideal de abnegación por nuestro nido, por la tierna familia que está ya creada o que se creará. ¡Dichosa, dichosa soledad donde el arte y el amor brillan, donde los rústicos paseos dejan a las almas expansionarse y fundirse, donde nadie interrumpe las largas, las suaves intimidades, donde juntos se leen los libros buenos y hermosos y ninguna corriente malsana, ninguna tentación pérfida turba, disgrega y separa; donde ninguna chismografía maligna, ningún ejemplo peligroso envenena nuestra paz; donde se escoge sólo a los verdaderos y fieles amigos que vienen como a una peregrinación y parten con el ejemplo de la verdadera felicidad—que nosotros le hemos dado en el corazón..

CRUELES REVELACIONES

«*Le bonheur c'est le mensonge de la vie, comme le mirage est le mensonge du désert*», ha dicho un prosista francés. Puede darse que venga el día en que, por culpa propia o ajena, esta frágil dicha desaparezca de nuestra vida... Es un día terrible aquel, y

la injuria del desengaño es tan cruel que es preferible morir. Y nos parece no poder sobrevivir al quebranto de todas nuestras esperanzas, a las destrucciones de nuestras alegrías más preciosas y más sagradas. Y sin embargo no se muere. Muchas veces nuestra alma se templa, se vigoriza, como las plantas que saben doblar y resistir a los primeros huracanes.

¿Qué fué lo que produjo la atroz revelación? ¿Qué medio usó el destino para quitarnos la dichosa serenidad de nuestra ignorancia en la cual vivíamos tan felices? ¡Oh! Muchas veces un pequeño motivo, una circuntancia común; como basta un mínimo toque, un ligerísimo sonido para despertar del más paradisíaco de los sueños. Una carta llegada a nuestras manos, la imprudencia de un criado, la ingenuidad de un niño, una mirada, una palabra cogida al vuelo... No es nada y es todo, porque un mundo entero se abisma y desaparece, encontrándonos solos con nuestro martirio sobre un montón de fango y de cenizas...

El hombre que se nos presenta como la encarnación del ideal soñado, a quien damos con intrépido regocijo las flores de nuestra pureza y de nuestro amor: a quien veíamos tan diverso a los otros hombres por fuerza de ánimo y por delicadeza de sentimiento: a quien sentíamos orgullo en pertenecer: nuestro compañero, nuestro esposo, nuestro amante que reputábamos fiel, como le éramos nosotras, se nos revela de un golpe, bruscamente, débil, voluble, falso y perjuro como los otros, peor aún que los otros porque sabían engañar más. Ya no es nuestro: otra fascinación lo atrae, otra mujer lo ha vencido. El sol se obscurece, los vértigos del abismo nos llaman... Primero nos rebelamos a la verdad, queremos refutar el engaño, volver a coger el hilo del sueño... Inútil: la verdad desnuda está ante nuestros ojos, austera, santa, tremenda. ¿Qué hacer, Dios mío, qué hacer? ¿Dónde sostenerse? ¿A quién pedir ayuda? Comprendemos la necesidad de que se cumpla algo

grande, inaudito, formidable... Sentimos que debemos obrar, hablar, sustraernos al inhumano martirio...

LA TEMPESTAD

La tempestad se desencadena. A menudo son escenas de violencia, riñas de palabras amargas e injuriosas, acusaciones, desesperaciones, como algunas veces actos brutales; en ciertas señoras es una súbita repulsión manifestada con dureza, con celos, con ironías punzantes, con frases envenenadas; en muchas son crisis de desolación y de lágrimas, abatimientos mortales; en algunas el mutismo, la petrificación absoluta.

Cuestiones de carácter, de edad, de experiencia: pero sea en uno u otro modo que la mujer traicionada experimenta su dolor y su ofensa, no reflexiona casi nunca antes de demostrarlo. No ve más que la traición, la iniquidad, el daño irreparable. No calcula las circunstancias en que fué cometida la infidelidad, no distingue si se debió a capricho o a pasión, no tiene en cuenta la valía de la rival, que quizá no es demasiado temible. No siente sino la afrenta de no reinar ya sola en aquel corazón que creía suyo, y sufre por aquel afán del cual no es lo peor, dice Pablo Bourget, el no bastar ya al sér que se ama. Pero algunas veces no es el sentimiento herido lo que hace sufrir más, es el amor propio, es el orgullo. Y, también, lo que aleja la conciliación, que hace más difícil el perdón, aunque haya habido por la parte culpable francas confesiones de la falta, con ruegos de indulgencia, y anhelos de un arrepentimiento soncero. ¡ Ceder, nunca ! Y con la continuación de las hostilidades por una parte, el deseo de paz se desvanece en la otra, el orgullo masculino se despierta, la violencia también, y, muchas veces, un error que podría ser pasajero, se repite, se transforma en costumbre, sólo porque la mujer no sabe o no quiere abrir los brazos a tiempo.

Recuerdo a este propósito una sentida poesía de Bécquer:

Asomaba a sus ojos una lágrima
Y a mi labio una frase de perdón;
Habló el orgullo y se enjugó su llanto,
Y la frase en mis labios espiró.

Yo voy por un camino, ella por otro;
Pero al pensar en nuestro mutuo amor,
Yo digo aún: ¿Por qué callé aquel día?
Y ella dirá: ¿Por qué no lloré yo?

EL HEROISMO MÁS FUERTE

Yo quisiera susurrar un consejo al oído de la pobre traicionada, por su mismo bien; quisiera decirle: Por muy ardiente ¡oh amiga! que sea el dolor, por muy acerba que sea la ofensa, calla. Domínate enérgicamente y no cambien nada en tu continente ni en tu vida. Antes de hacer oir la palabra de tu derecho y de tu corazón hollados, busca la luz de la verdad que quizá tu fantasía altera, falsean las inexactitudes de los delatores u oculta alguna equivocación. Sé heroica y calla, cela tu herida, siquiera hasta que tengas alguna prueba confirmadora de tu daño... Y entonces... Entonces acuérdate de tu amor: llora, pero no ofendas; sufre, pero no olvides. «*Aimer par le cœur c'est avoir d'avance tout pardonné à ce qu'on aime*», dice Bourget, y tú sé misericordiosa, perdona. ¡Comprende, disculpa la fragilidad de tu compañero, que se ha desviado, y si lo ves doliente, arrepentido, perdona! Piensa que lo irreparable entre dos almas está siempre en aquella que fué herida, no en la que hiere, precisamente porque no tuvo el heroísmo de la prudencia y de la indulgencia: porque *no supo esperar*. Antes o después volverá a ti, que tienes sobre su corazón los derechos más santos, que serás o eres la madre de vuestros hijos, a ti que puedes cuidarlo, consolarlo, animarlo a todas horas, a ti que verás sus cabellos encanecer y serás su último y fiel alivio cuando los otros desaparezcan. Permanece, ami-

ga, firme en tu puesto, aunque tengas el dardo en el corazón, da el ejemplo magnánimo, espera y perdona...

CELOS MASCULINOS Y CELOS FEMENINOS

Se dice comúnmente, que no puede existir amor sin celos. Quizá es verdad. Los celos son una especie de instinto de conservación, pero si son excesivos e injustificados, degeneran en un defecto ridículo, como el instinto de conservación demasiado exagerado se convierte en pusilanimidad. Los celos en el hombre y en la mujer se explican con los mismos caracteres de tiranía, y casi, muchas veces, de aversión hacia el objeto que se quiere conservar exclusivamente para nosotros. Los celos están, así, llenos de contradicciones, tienen muchas veces los caracteres de la locura y son quizá, la más primitiva y salvaje de las pasiones humanas, la más difícilmente dominada. Hay maridos que exigen de la mujer el mayor refinamiento de elegancia por su placer y ambición y que, después, cuando la ven admirada se indisponen, se enojan, la insultan, la injurian y terminan por encerrarla y maltratarla si no le dan el fin de la pobre Desdémona. Y hay mujeres que, sin razón ninguna, o por leves indicios, atormentan al marido días y noches enteras con recriminaciones, iras, cóleras, lamentos y amenazas; siguen sus pasos y caen en convulsiones si él osa oponerse a semejante proceder. La indiferencia entre dos esposos es triste, pero también el amor expresado de esta manera es—¡ confesémoslo !—cualquier cosa menos alegre. En los celos entra, además, un elemento ofensivo, porque implica desconfianza, desprecio, y una mujer, especialmente, tiene derecho de sentirse humillada. También, unos celos demasiado duros y vivamente manifestados, terminan por consumir el amor: la felicidad tiene necesidad de fe para conservarse incólume y fresca. «*Un bonheur qui a passé par la jalousie* —observa todavía Bourget—*est comme un joli visage*

qui a passé par la petite vérole. Il reste grêlé.» Y lord Byron: «La sospecha es una pesada armadura que cansa más que protege a quien la lleva.» Es verdad, puesto que la duda es uno de los tormentos más refinados y crueles del amor. ¿Qué hacer, pues? Si la mala suerte da un marido celoso, no hay más que tratarlo como a los caballos asustadizos que se quiere corregir: persuadirlo poco a poco de que las sombras que lo amedrentan y lo enfurecen no son más que sombras; emplear con él ternuras, cuidados, y vigilar serenamente hasta las apariencias de nuestro comportamiento con los demás. Si existiese un motivo verdadero de celos, se entiende que es preciso quitarlo a todo trance. Cuando la enfermedad está en la mujer, es necesario emplear toda la voluntad de que somos capaces, para la curación. Convenzámonos de que el hombre está, por su naturaleza, necesitado de libertad y que aún las cadenas del más tierno y ardiente amor, pueden resultar intolerables si las siente pesar sobre su cuerpo. Y si, por desgracia, muchas veces el hombre abusa de esta libertad y de nuestra buena fe, todavía más a menudo castiga la tiranía y la desconfianza con la saciedad, el abandono, el subterfugio o el abierto desafío, que más que nada atraen el ridículo.

LAS PRUEBAS INFALIBLES

Aquí me parece oir a alguna lectora, que nada absolutamente persuadida ni convertida por mis no malas razones, me observa: «Todo esto está muy bien cuando las sospechas son todavía sospechas; pero cuando nos encontramos ante la realidad, cuando poseemos pruebas infalibles, ¿debemos conceder todavía una confianza que no puede ya existir? Y si nuestro marido nos traiciona con alguna de nuestras amigas, quizá la mejor, ¿debemos nosotras continuar abriéndole la puerta, abriéndole los brazos?» No, esto no es necesario, si bien en muchos casos pudiere ser útil y oportuno. Pero una mujer de ánimo fuerte y de

carácter noble, sensato y digno, sabe encontrar con su conducta un término medio que ahorre las simulaciones hipócritas y las contiendas humillantes. Si una mujer traicionada lleva con superioridad severa su desventura, los buenos y los honestos le concederán mayor estimación. Si en lugar de eso rebaja su decoro hasta los vulgares litigios de callejera, no inspirará compasión y su desgracia parecerá cómica. Del mismo modo, más de lo que se piensa, una mujer, un hombre, se humillan, se degradan, en la búsqueda de las famosas «pruebas infalibles». Interceptar cartas, registrar los cajones, forzar los muebles, espiar las salidas, andar por las calles, sorprender de improviso, son actos cuya bajeza nos advierte la conciencia al mismo tiempo que los realizamos. «¡Pero son pruebas infalibles! ¡Pero solamente ellas pueden darnos la seguridad material de lo que sospechamos, ellas solamente pueden devolvernos la paz!...» ¡Oh, en cuanto a la seguridad, convenido, pero devolver la paz, después! ¡Y cuántas veces estas pruebas infalibles detienen a un meteoro que no habría hecho más que pasar, casi sin dejar señal, por nuestro cielo, si fuésemos perspicaces! «*Pour cheminer tranquillement dans la vie, il ne faut pas y voir trop clair*», ha dicho un filósofo. Y el poeta Bartrina, añade:

Si quieres ser feliz como me dices
No analices, muchacho, no analices.

A LA SOMBRA DE LA CUNA

Cuando os sentís llamar mamá
¿Cómo no os morís de dulzura?

(ALABANZAS ESPIRITUALES
A MARÍA DEL SIG. XV)

PRIMEROS SÍNTOMAS

Los grandes acontecimientos de la vida femenina destinados a menudo a cambiarla, algunas veces a renovarla, a modificarla siempre, con el amor y la maternidad, se anuncian con el síntoma de profunda melancolía. Parece que la naturaleza quiere advertir que lágrimas más que sonrisas, severidad de nuevos deberes, más que alegrías de nuevas dulzuras, esperan a quien pone el pie en el sendero florido al extremo del cual se eleva el templo de la maternidad. La jovencita que experimenta por primera vez la vaga turbación del amor, llora aparte secretas lágrimas de tristeza: la reciente esposa que advierte el primer indicio físico de su fecundidad, siente al mismo tiempo un malestar extraño, vagas inquietudes, profundas hipocondrías. Nada ha cambiado en su derredor, el marido la adora, su nidito está sereno; sin embargo, le parece que no puede ya ser feliz, se siente cambiada, nerviosa, irritable, cansada de todo, aún de la vida, que estimaba como el más precioso de los dones. Se oculta para llorar. En tanto adelgaza, palidece, se pone lánguida; sus ojos están cercados por una sombra amoratada; tiene contrariedades singulares por ciertos alimentos que le gustan tanto y en cambio ahora prefiere otros que antes le repugnaban; siente inexplica-

ble pesadez en los miembros, necesidad de sueño, náuseas penosas; cada mañana se despierta con un mal nuevo, con una nueva preocupación. ¡Oh! Ciertamente se desenvuelve en ella el gérmen de alguna enfermedad grave y terrible... Deberá morir, a los veintiún años, dejar al esposo a quien tanto ama... Sus agitaciones, sus tristezas aumentan: el marido, impresionado también, llama al médico. El viejo doctor viene, ha tenido un coloquio secreto con el marido, otro coloquio secreto con la señora, después... sonríe, mira a entrambos y da la explicación del enigma: «Dentro de nueve meses...»

EN LA ESPERA SAGRADA

¡Qué! ¿Será posible? La esperanza incierta y luminosa ¿se ha convertido en realidad? La unión de las almas, la unión de los cuerpos ¿ha sido, pues, bendecida y premiada por Dios y por la Naturaleza? La emoción inolvidable de la hora solemne de la anunciación hace desaparecer como por encanto desganas, inquietudes, males. Los esposos se abrazan con un sentimiento nuevo de ternura y de respeto. Un elemento sagrado ha penetrado en su amor y lo purifica, lo eleva, lo afirma: y si, más tarde, en la vida, cuando las circunstancias, las fatalidades, la caducidad de los sentimientos humanos, alejan aquellos dos corazones, ellos quisieran revivir la hora del pasado, recordar sus jóvenes pupilas llenas de lágrimas y de emoción, porque la ofensa no sería ya posible, algo noble y saludable tornaría a florecer en ellos.

La joven esposa vuelve a estar sonriente, confiada y tranquila. ¡Era la vida y había creído la muerte! Siente nuevos ánimos que le hacen soportar ahora con paciencia y fortaleza toda molestia, todo mal físico. Entre tanto, nuevas formas de actividad se imponen a su deseo y la sacan de la inercia en que languidecía. Es preciso que prepare al nuevo huésped un recibimiento igual a la importancia que tiene para ella. Y

se ocupa inmediatamente en el minúsculo equipo cuya confección dirige o muchas veces lo hace todo por sí misma, desde la camisita de finísima tela sin adornos, a las ropitas de la cuna que acogerán al tierno cuerpecito: desde los corpiños de franela a los baberitos galoneados; desde los zapatitos de muñeco al vestido largo, abierto por detrás, y al gorrito engalonado. Y, además, la indumentaria de primera necesidad que la mamá moderna escoge según las últimas reglas de la higiene y prepara en grande abundancia: el rico vestido bautismal, con cintas y bordados, todo blanco; la cuna, en fin, la santa navecilla de la cándida vela vaporosa a cuya sombra se sentará ella.

¡Dulces horas de tranquilo trabajo en la espera sagrada! Son quizá las más bellas de la vida. Los disturbios de los primeros meses han pasado: el pequeño sér incógnito da señales de existencia en el vientre materno con sobresaltos leves a los que ella responde con otras tantas sonrisas. Parece decir: «Soy yo, ¿me oyes? yo, informe todavía, que tú alimentas y completas con tu sangre y tu respiración, yo que moriría si tú murieses y que tengo necesidad de ti.» Y ella responde: «¿Eres tú, ignota alma, venida a mí de misteriosos orígenes: eres tú, a quien no conozco todavía; hijo o hija? ¿Eres tú, que absorbes ahora toda mi vida, tú a quien no veo, pero a quien ya tan profundamente amo?» La joven mamá prepara el equipo mientras tanto y los días corren con una monotonía llena de dulzura: le evita toda sacudida y es el objeto de todos sus cuidados; todos tienen para ella un bendición en los labios, un augurio, una palabra delicada, y todos sus pensamientos, sus designios, sus obras, parecen envueltos en un perfume místico, rodeado de una aureola de oro.

DEBERES DE LA FUTURA MAMÁ

Desde el día en que la mujer se percata de que lleva en sí otra vida, se le imponen sacrificios y deberes a los cuales no puede sustraerse sin pequeña o

grande culpa. En todas las determinaciones que toma, en todos los actos que realiza deberá tener siempre presente que no decide o no realiza por sí sola, sino que pesa sobre ella la responsabilidad de otra existencia delicada unida a la suya, que una imprudencia, una emoción, puede matar. Así, pues, ante todo vigilará su propio estado físico y tendrá cuidados por su salud, observando escrupulosamente aquellas reglas higiénicas que tiempo atrás podía quebrantar impunemente. Procurará respirar aire puro y sano, puesto que cuanto mejor respira, mejor sangre produce y ella la necesita para dos; evitará cuanto le sea posible los ambientes cerrados y llenos de gente: teatros, cafés, salas de reuniones, aulas, iglesias; preferirá el campo a la ciudad o por lo menos los lugares más saludables de la ciudad, las calles espaciosas y los jardines. Alejará de sí los perfumes demasiado agudos de las flores y de las esencias; substituirá desde el segundo mes, el corsé por una ligera faja elástica y más adelante quitará también ésta. Llevará calzados cómodos, zapatos de tacón bajísimo, vestidos sueltos; suprimirá los cuellos altos y estrechos, las ligas de presión en las rodillas, así como cuanto puede impedir la libre circulación de la sangre. Se alimentará de cosas que sean verdaderamente nutritivas y de fácil digestión, alternando la carne con los vegetales, haciendo poco uso de la fruta, de comidas con especies, poco vino, poco café y abolición absoluta de bebidas alcohólicas. Ciertas señoras tienen el prejuicio de que la maternidad obliga a comer doble y a satisfacer los más extraños caprichos del estómago, bajo pena de hallar más tarde en el cutis del recién nacido aquellos *antojos*, en forma de manchas o de lunares. Son, como he dicho, prejuicios de las ignorantes mujeres del pueblo. Coma la señora lo que le plazca, pero de ningún modo se deje vencer de la gula y piense que muchas veces una indigestión, un cólico, pueden hacerla abortar.

Si tiene algún malestar inherente a su estado, dígaselo al médico y siga sus prescripciones, pero no se fíe de las comadres charlatanas, que bajo pretexto

de la experiencia pueden aconsejarle remedios inútiles y dañosos; por lo que a esto toca, no exagere sus pudores, piense que se trata de cosa grave y que merece cualquier esfuerzo, cualquier sacrificio por su parte.

Como a su físico, proteja a su espíritu. Toda emoción fuerte, toda inquietud, todo dolor, toda pasión perturbadora ponen en peligro la vida y la salud de su fruto. Muchos niños que resultaron idiotas, locos o epilépticos, nacieron de mujeres que tuvieron el período del embarazo agitado por miedos o graves pasiones de ánimo. La futura mamá deberá hacer lo posible por alejar de ella todo motivo de angustia o de tristeza. Esté tranquila imponiéndose la calma con el razonamiento; no lea libros, no asista a representaciones que puedan sacudir demasiado su sensibilidad, ni tenga ante los ojos más que imágenes serenas y suaves. También el arte no debe darle sino sus flores más blandas y más puras.

En los últimos cuatro meses la futura mamá deberá abandonar absolutamente toda costumbre de vida mundana. Nada de *soirées*, ni paseos o tertulias con las amigas. Evitará las fatigas de todo género, los grandes trayectos en carruaje y los largos viajes en ferrocarril. La costumbre de un cotidiano paseo higiénico, debe, sin embargo, conservarse hasta lo último; así la señora hará uso de grandes manteletas que sobrepondrá a sus vestidos sueltos para no profanar el celoso secreto de su maternidad con miradas curiosas o burlonas. Hoy tenemos las modas Imperio que fueron inventadas, según se dice, precisamente por las consecuencia de la licencia de los vestidos bajo el reinado napoleónico, y que sirven perfectamente para atenuar la alteración de las líneas de la persona. Pero la señora que se halle en meses altos, deberá omitir los colores demasiado vistosos de ciertas modas audaces de los sombreros que desentonarían con la palidez de su rostro y la deformidad de su cuerpo. Por lo demás, en este período de la vida, su feminilidad individual pasa a segunda línea: ya no la rodean admiraciones o de-

seos, sino respeto: es sagrada, es la *madre* solamente. Y según este pensamiento, según esta convicción, es necesario que lo ordene y regule todo en su existencia, desde el último sentimiento a las formas exteriores.

EL GRAN DÍA

Llegó el día temido y deseado. Llegó cuando menos se esperaba, pues la Naturaleza envuelve en su impenetrable misterio la hora del nacimiento y la hora de la muerte. Un sér sufre en un lecho de dolor, pero la blanca cuna que a su lado espera reanima su espíritu, le infunde inesperada energía. El valor del hombre se mide en las batallas, el de la mujer en la empresa, no menos peligrosa, de dar a luz un hijo. Y como hay héroes y cobardes, hay mujeres animosas y pusilánimes: las que se desanimam, lloran, se lamentan y luchan con sus manías, y las que no pierden su sangre fría, la soberanía de sí mismas, y sufren valerosamente el martirio pensando en la divina recompensa que las espera.

Una de mis amigas, serena y fuerte, alma de mujer, al ver prolongados sus sufrimientos sin resultado ninguno, pidió espontáneamente la ayuda del médico, y cuando dió a luz, fué ella quien pensó en disponer lo necesario para el niño, ella quien lo dirigió desde el lecho, aconsejó, proveyó, recomendó la calma y el orden a las personas que la asistían y que parecían bastante más aturdidas que ella. Este es un hermoso rasgo de una vida femenina y revela un heroísmo oportuno, así como mucha elevación y mucha dignidad. Esta señora, en efecto, es una tierna esposa, una buena y sensata mamá y una ejemplar educadora.

Hé aquí el momento trágico y solemne. Las dos vidas, unidas largo tiempo en comunión absoluta, se separan dolorosamente, y el último grito de dolor materno se funde al primer llanto del hijo que al fin está ante sus ojos.

¡Oh! ¿Quién podrá narrar la emoción infinita, el regocijo sobrehumano que se experimenta posando por primera vez los labios en la pequeña y tierna frente de nuestro hijo? ¿Quién podrá medir nuestro reconocimiento hacia Dios; quién podrá ser capaz de seguir el fervor del sentimiento materno en la primera hora de recogida soledad, cuando contempla a su primer recién nacido que duerme a su lado y cuya leve respiración siente?

Un poeta inspirado, que fué también padre amoroso, Emilio Praga, escribió toda una serie de líricas titulada «*El cancionero del niño*». Me place recordar aquí un fragmento de la primera poesía, en la cual expresa suave emoción infinita a la vista de su hijo:

È nato il bambinello, il sospirato,
Il Messia della placida casetta;
Egli è là, nella culla è già raccolto
E gli han vestita già la camicetta,
La camicetta bianca
Con due vaghi ricami, á destra e a manca.
Egli è là: sul suo pallido visino
Tutti i sogni del cielo ho già sognati;
Credo agli angeli, adesso, agli angioletti
Di vaghe aureole bionde incoronati...
Volumi, io vi saluto!
Imparai l'universo in un minuto (1).

BAUTISMO

El primer deber social de los nuevos padres, es el de anunciar a los parientes y a los amigos el advenimiento del pequeño miembro de la familia. A los parientes se participa por carta, a los conocidos con una tarjeta impresa redactada en forma sencilla. A los tres

(1) Nació el niñito, el suspirado, el Mesías de la plácida casita; ahí está, recogido en la cuna, y le han puesto la camisita blanca con dos sencillos bordados a la derecha y a la izquierda. Ahí está: sobre su pálida carita he soñado todos los sueños del cielo; creo en los ángeles, ahora, en los angelitos coronados de vagas aureolas rubias... Legiones, yo os saludo! Enseñáis al universo en un minuto.

días después del nacimiento, está bien imponer al recién nacido el agua bautismal, y este acto se cumple en la capilla privada de la familia o en una estancia de la casa, pero sin ceremonia alguna. La pompa del bautismo puede tener lugar al cabo de ocho o quince días y también más tarde si se cree conveniente. Según las circunstancias y los proyectos de la familia.

El padrino y la madrina se nombran antes del nacimiento de la criatura y generalmente se eligen entre los parientes del esposo y de la esposa. La madrina debe hacer un regalo a la madre y otro al niño. A la primera podrá dar un servicio de *toilette* de plata, un vestido de casa, guarnecido de encajes, un estuche con cubiertos, un brazalete con la fecha; al bebé una medalla de oro, bendita, con la cadenita, un rico cobertor de cuna, un cochecito para sus primeros paseos.

Si el bautismo se hace en término breve, la joven mamá recibe en su lecho a los parientes y amigas invitados a la ceremonia, y para la circunstancia adorna la habitación y su persona con todos los cuidados posibles. Si el recién nacido es varón, las cintas de su *negligée*, de las ropas, de la cuna, serán azules: rosadas si es una niña. El vestido bautismal deberá ser completamente blanco y largo, adornado con encajes y bordados. A un costado del niño se pone una gran cinta azul o rosada para significar el sexo de la criatura. Si la mamá se halla en estado de poderse levantar, se pone un elegante vestido de casa y recibe en su dormitorio sin moverse del diván o de la poltrona. Las señoras que intervienen en el bautismo, llevarán vestidos claros con adornos de colores alegres. Excluído absolutamente el negro. Ninguna persona de luto deberá tomar parte en él. La Reina Margarita suprimió en el día del bautismo de su primera sobrinita sus dolorosos lutos y vistió de blanco a pesar de su tristeza. Este ejemplo de delicadeza y de fuerza de ánimo deberá ser imitado.

Las señoritas no visitan a una madre reciente, si no han pasado de los treinta años, a menos que no sean hermanas o amigas muy íntimas de la nueva mamá.

LA LACTANCIA

Inmediatamente después del nacimiento comienza para la madre la serie de sus deberes y de sus preocupaciones. Es preciso iniciar la lactancia o proveer para que el niño pueda alimentarse sin sufrir. Entretanto, toda mamá de buena salud o de fuerte constitución física, tiene la obligación de nutrir a su hijo. Y aquí el ejemplo viene también de lo alto, de la joven soberana ya citada que no quiere ceder a ninguna el dulce orgullo, el grave cumplimiento de educar al futuro Rey de Italia, y realiza su misión con una seriedad y una discreción bastante raras. Los médicos afirman que ningún método de lactancia y ningún otro seno pueden igualar en bondad y eficacia a la lactancia materna, puesto que la Naturaleza ha provisto para que el género y la sustancia de su leche concuerden, día por día, con las fuerzas digestivas del niño; equilibrio dificilísimo de obtener con las lactancias artificiales o con las nodrizas, que tienen casi siempre leche más vieja que la de la madre.

No renuncie, pues, la mamá, si su naturaleza lo consiente, a ser la nodriza del propio hijito; no renuncie por pereza, ni por vanidad, ni por egoísmo; piense que es para ella el más sagrado y el más absoluto de los deberes, y que ninguna complacencia podrá igualar a la de ver crecer y prosperar el pequeño sér, a quien dará de ese modo dos veces la vida. Podrá continuar con su hijo en comunión absoluta, como cuando estaba oculto en su vientre; ella sola proveerá a sus necesidades; la primera mirada de las tiernas pupilas será para ella, la primera sonrisa, la primera caricia de las manecitas; aprenderá de ella a balbucear las primeras palabras, a sostenerse sobre las débiles piernecitas; día por día aquella flor de amor, se abrirá al calor de su ternura, a sus cuidados sin igual. Es cierto, los principios de la lactancia son bastante penosos: el seno, a menudo, se irrita y produce en su parte más delicada pequeñas escoriaciones bastante do-

lorosas, que muchas veces degeneran en verdaderos apostemas, que hacen necesaria una pequeña intervención quirúrgica. Pero no por esto deberá una mamá, verdaderamente amorosa, renunciar a su obligación y todo lo soportará por su hijito. Por lo demás, con oportunos cuidados preventivos durante el embarazo o en los primeros días de la lactancia, se llegará a conjurar el mal serio y a facilitar muchísimo la salida de la leche sin fatiga ni dolor.

También deberá la mujer, en el período de la lactancia, subordinar todas sus costumbres y sus acciones al cumplimiento celoso e importante que ha emprendido. Cuidará, pues, sobre todo de la higiene, alejará las emociones, hará una vida de dulce intimidad doméstica, renunciando a toda reunión mundana. Lleve en casa vestidos amplios y cómodos; suprima toda complicación de adornos, y también fuera de casa vístase con sencillez, adoptando modas prácticas que dejen a su persona toda la libertad. No se muestre en público dando el seno; es un acto sagrado, pero, como los ritos, se cumple a cubierto de toda profanación. Si se ve obligada a hacerlo, en viaje o en presencia de alguien, use la mayor modestia y evite toda puerilidad. La madre, cuando cumple sus deberes, aunque tuviese diez y seis años, aparece revestida de una dignidad que le debe ser muy querida y que ha de saber conversar siempre.

LA NODRIZA

Hay, sin embargo, casos en los cuales resulta imposible la lactancia. Falta de jugo lácteo, o hay debilidad extrema de la madre, enfermedad. Y cuando el médico ha dado su diagnóstico, la mujer de conciencia debe obedecer al pie de la letra. Es una amargura, lo sé, y una injusticia que el sér humano no pueda hacer lo que las hembras de los animales hacen siempre sin dificultad; pero en nombre de la misma ternura que nos hace sufrir debemos cumplir el sacrificio sin titubear.

Aunque la lactancia artificial dé, tal vez, buenos resultados, los médicos están acordes en preferir siempre la leche de mujer. Búsquese, pues, una nodriza, confiándose la elección a un médico escrupuloso que no pueda engañarse de ninguna manera. La nodriza, escogida siempre entre las mujeres del pueblo, debe ser joven, de temperamento sano y robusto, preferiblemente morena, que tenga hermosos dientes, buen color, carácter sereno y tranquilo. Algunos médicos aconsejan confiar completamente el niño al ama para que lo críe en el campo, haciendo su vida acostumbrada, sin cambiar de alimentos, ni de costumbres, ni de aire, circunstancias que, a menudo, alteran la salud de la nodriza, acarreando perniciosos efectos al pequeñín. Pero yo creo que una mamá, no debe renunciar a la vigilancia de su hija en el período en que es más necesaria, y cuando la ignorancia y los prejuicios pueden serle fatales. Mejor es tener la nodriza a su lado para cuidar del aseo personal, del régimen dietético y para guiarla en todo lo concerniente a su oficio; la mujer de corazón hará esto con gusto, con tacto femenino, procurando más bien conquistar su confianza que demostrar autoridad. Debemos pensar que la nodriza es también una madre y que para alimentar a nuestro hijo ha debido privar al suyo de la nutrición natural a que tenía derecho; que si es de condición inferior y más tosca, su sentimiento es igual al nuestro, que también ella puede tener días de melancolía, nostalgias, inquietudes; es nuestro deber y obra de delicada piedad cristiana y social procurar consolarla por todos los medios para hacerle menos penosa su condición de desterrada. La que nutre a nuestro hijo no puede ser colocada al nivel de los demás criados; debemos conferirle un trato especial, tenerla a nuestro lado el mayor tiempo posible, hablarle amistosamente, fijarle un salario conveniente, hacer de modo que tenga suficientes vestidos y ropa blanca y ser generosas en los regalos. Si el traje de su país es pintoresco, mejor será dejárselo conservar también en los vestidos más ricos que le haremos nosotras; si no se vestirá según la costumbre, con de-

lantal blanco sobre el vestido de colores vivos y la larga cinta que circunda la cabeza y desciende sobre el dorso. Deberemos procurar, sin embargo, que la nodriza esté siempre linda y decorosamente vestida aun en casa y le permitiremos lo menos posible mezclarse con los demás criados, salir sola, ayudar en las faenas de la casa. No hay que olvidar nunca que su misión es únicamente la de criar a nuestro tesoro y hacerlo desarrollar florido y vigoroso. La constitución de la infancia y muchas veces la salud de toda la vida, dependen del modo con que se cumple la crianza del primer año de edad. Es necesario, pues, no descuidar nada para obtenerlo perfecto; esto debe ser para una buena mamá el continuo y principal pensamiento.

PRIMERAS ANSIAS Y PRIMERAS ALEGRÍAS

«La mujer que no es madre—dice Capuana—es un sér incompleto». En efecto, sólo con la maternidad, la mujer, en el cumplimiento de la misión para que fué creada, resulta física y moralmente completa. La maternidad muchas veces la embellece, modifica su carácter, desarrolla en ella cualidades que se hubieran atrofiado en germen; la hace más paciente, más sagaz, más equilibrada, más buena, más sensible a los males ajenos, más animosa contra los pequeños obstáculos, las pequeñas enfermedades.

A menudo un hijo es una salvación. Ciertas mujeres de temperamento impresionable y ardiente, se habrían extraviado tras falsas imágenes de felicidad si no hubiese venido el angelito de los cabellos de oro a concentrar en sí todos los pensamientos y todo el ardor de la sumisión; ciertas familias se hubieran disgregado sin tan minúsculo y poderoso lazo de unión. Una noble educadora que Italia ha perdido recientemente, María Bobba, dice a este propósito: «¡Cuántas virtudes salvadas, cuántos delitos impedidos, cuántas desgracias evitadas por la sencilla presencia de un

niño! ¡En cuántas familias hubieran sido profanados los afectos más caros, infringidas las leyes más sagradas, destruída para siempre la felicidad y hecha imposible la paz si no hubiese habido el llanto de un niño!»

Las ansias y las alegrías se alternan en los primeros tiempos de la maternidad, como las espinas con las rosas. La fragilidad del pequeño sér, ya tan necesario, que parece poner en peligro su vida; las indisposiciones y las crisis inevitables a que están sujetos los mamoncillos; las preocupaciones por su crianza, la angustia, si enferma, de no saber qué le hace sufrir o de no poderlo curar adecuadamente, se unen a las dulzuras de descubrir en el pequeño rostro el primer destello de la inteligencia, ver las primeras sonrisas, los primeros actos; el éxtasis de oir balbucear por primera vez el nambre de mamá; la complacencia de vestir el cuerpecito frágil, pero fuerte y vivaz, con los primeros trajecitos, los primeros zapatitos; el placer de los primeros paseos en brazos de la nodriza, de las visitas a los parientes y a las amigas que hacen de él grandes elogios. Pero la mamá moderna, que conoce las reglas de la higiene y las hace respetar, que tiene por director y consejero al médico y no se fía más que de él; la mamá moderna que puede vanagloriarse del no pequeño mérito de haber hecho disminuir en gran parte el número de los muertos en las estadísticas de las enfermedades de la infancia, podrá evitarse ansias y dolores sólo con el régimen y la higiene para su niño. En todos los casos, en el más leve como en el más grave, procure tener calma, hacerse útil, como es su deber, abandonando toda exagerada manifestación de angustia que sólo puede dañar.

Muchas madres salvaron a sus hijos con la prontitud de un remedio, con el enérgico dominio de su sensibilidad. Creo inútil añadir que la madre no deberá dejarse substituir por nadie en los cuidados que su niño necesita en los días de enfermedad. Aunque tenga nodriza, sólo sus manos deberán tocarlo, ella sola deberá velar al lado de la cuna.

LA EDUCACIÓN DEL BEBÉ

La joven madre inexperta y serena, recuerda haber leído en los buenos libros de su adolescencia, que la educación del hijo comienza desde los primeros meses de la vida. Pero, mirando a su niño, a su tesoro, dormir plácidamente bajo los velos, rosado, sano y florido, tan pequeñito, tan tierno, tan frágil, que un movimiento un poco violento, bastaría para destruirlo, como a un muñeco de porcelana, piensa que aquellos son vana retórica, que quien los escribió no era una madre y no podía medir ciertamente la extensión y la profundidad del afecto materno.

Educación significa severidad, corrección, yugo: ¿cómo sería posible mostrarse severa con una criatura que no tiene más que lágrimas en su defensa? ¿Cómo se puede reprender a quien no comprende más que las sonrisas? ¿Cómo se puede poner yugo al pequeño soberano, al déspota de la casa? «Ya pensaré en educarlo cuando sea mayor» se dice a sí misma la joven mamá; entretanto, no sólo se hace esclava de su tirano, sino que se complace en desenvolver en él todas las malas costumbres, interpretando las violencias, los caprichos, como manifestaciones de preferencia y de ternura. El niño se despierta, llora y ella acude inmediatamente a sacarlo de la cuna donde apenas lo ha dejado, a colocarlo de nuevo en el seno, a pasearlo por la estancia, aunque sea de noche, aunque esté convencida de que el pequeñín está bien y no tiene necesidad de nada.

Entretanto pasan las semanas, los meses, un año pasa; a las exigencias sucede la ira, a los caprichos las crisis de cólera. Pero la mamá, que no se percata del desarrollo de la criaturita que ha tenido siempre ante sus ojos, espera todavía a que sea el niño *mayor* para empezar su educación, y no sabe cuál es el límite necesario. Por lo demás, algún intento de severidad por su parte, la han hecho sufrir tanto viendo sufrir a su tesoro, que siente el deseo de no reincidir. «Cuan-

do el niño haya crecido, dice, comprenderá por sí mismo...»

Otra dañosa ilusión. Los hombres no comprenden las cosas nocivas e ilegítimas, o, mejor dicho, no tienen fuerza para resistirlas cuando no fueron adiestrados en el difícil dominio de sí mismos, ¿y se puede creer, se puede pretender que un niño, aunque poseyese la noción del bien y del mal, pueda corregirse fácilmente? No, no. Los antiguos libros sabios tienen razón: la educación empieza desde la cuna y antes de todo es preciso no creer que la educación significa siempre severidad. La educación ha de ser cariñosa aunque se funde en una base indispensable: la firmeza. Y debe mostrarse firme con su propio hijo; es necesario, porque la educación verdaderamente provechosa debe, por decirlo así, preceder a la inteligencia, recoger el instinto aún no hecho voluntad; someterlo inmediatamente a un régimen, a una guía. Será primero una educación rudimentaria con respecto al físico, consistente en el régimen. Debe tener el niño sus horas fijas para alimentarse, para dormir, para cuidar los tiernos miembros, sea con el baño o con el libre movimiento, vestido sólo con la camisa y colocado sobre un amplio lecho o sobre la alfombra; debe estar sentado a veces en una sillita alta o en el cochecito con sus juguetes; hacer una vida metódica, en suma, higiénica y tranquila. Establecidas estas normas es preciso que la madre vigile para que sean rigurosamente observadas.

Comprendo que, tal vez, les cueste un poco. Debe hacerse siempre; el marido, los parientes la esperan; quisiera adormecer al niño, pero es pronto, el niño no tiene sueño; ella le da el pecho, el niño ha mamado un poco, lo rechaza o se amodorra en una somnolencia ligera que se desvanecerá apenas haya tocado la cuna. O viene una amiga; la madre quisiera tener la satisfacción de mostrarle el niño despierto—¡es tan precioso cuando está despierto!—y lo despierta, y el niño está inquieto, nervioso, durante todo el día no se calma. Pero aquí es él quien tiene razón. El orden y el régimen son supremas leyes de la Naturaleza a las

cuales no se falta sin castigo. La madre procurará, pues, que estas leyes, por el placer propio o por los caprichos del pequeñín, no sean infringidas. Es increíble cómo los niños se habitúan pronto a las costumbres viciosas. Si un día, por ternura, lo adormecéis con vuestro rostro junto al suyo o con sus manitas en la vuestra, ya no querrá él dormirse más que así; si de noche lo acostumbráis a pasearlo en brazos por la estancia, todas las noches deberéis llevarlo a cumplir el paseo obligatorio; si lo levantáis de la silla, apenas os tiende los brazos, no os dejará un minuto; si apenas llora le dais lo que quiere, chillará a cada momento. Y así sucesivamente.

Hay un gran medio para no ceder con los niños y evitar por su parte una irritación demasiado fuerte, y es el de distraerlos. Su pequeña mente no puede concentrarse largo tiempo en una idea. Bastará llamar su atención hacia cualquier cosa distinta para verlo renunciar sin fatiga a lo que primero le halagaba. Un nuevo juguete, una posición diferente, una canción, una bromita, dan muchas veces resultados maravillosos. Y todas las mamás deben saberlo.

RESPONSABILIDAD MATERNA

«Las almas apenas nacidas, a quienes Saggio llama *poemas de misterio*, debe formarlas la madre para el bien y para la virtud, prepararlas para la vida. Pongan en ello todo su cuidado y todo su amor, puesto que es gravísima su responsabilidad para con Dios que se los ha dado y para con la sociedad que los espera de ellas preparados para el honor y la virtud.» Así hablaba Rachele Lombardo Indelicato en una noble conferencia suya sobre la misión de la mujer. En efecto, si todas las madres reflexionasen acerca de la severa responsabilidad que les incumbe, del mérito o de la culpa que les corresponderá cuando su hijo, adulto ya, se muestre distinguido o reprensible lo verían desde un aspecto muy distinto que la mayor parte de las

mujeres. Para algunas la maternidad no es más que el juego de muñecas de su infancia, ampliado y perfeccionado. Tener niños para vestirlos bien, para llevarlos a paseo con los largos ricitos rubios pendientes sobre los hombros; para enseñarles poesías y los cumplimientos que han de hacer a las amigas, para divertirse con las ingenuas preguntas y respuestas, para pasar el tiempo, en fin, como con el piano, con la novela o con el bordado. Este es el ideal de muchas. Para otras, en lugar de esto, no es más que un obstáculo fastidioso, un tributo que hay que pagar al matrimonio, una especie de obligación social que se desempeña lo más pronto posible, por una sola vez, únicamente para ser privilegiadas, y ya no se piensa más en ello. Nacido el niño, viene la nodriza, después la niñera, la doncella y la institutriz o el colegio, y la mujer, recobrada la libertad después del parto, se lanza con más ardor a la vida mundana, vuelve a sus costumbres elegantes interrumpidas un momento y no las deja ya sino a la vejez. La maternidad sólo fué un episodio para ella. Otras todavía, sufren la maternidad como un castigo, rebelándose un poco, resignándose otro poco, hablan con lástima de sí mismas y de las demás, no viendo en ello otra cosa que el dolor, la fatiga material, la carga económica; limitando el deber hacia los hijos a lo estrictamente necesario, al desarrollo físico; poco más o menos como un operario poco concienzudo se sustrae cuanto puede a cumplir con exactitud o completamente el trabajo que le ha confiado el jefe o principal.

¡Pocas, muy pocas, son las mujeres que acogen a un hijo con la mente y el corazón preparados para ello! «Hacer un hijo—dice De Maistre—no es ponerlo en el mundo, alimentarlo, educarlo; sino hacer un joven fuerte que crea en Dios y no tenga miedo del cañón». Y aquí es preciso confesar una cosa penosa para nosotras, mujeres modernas, que amamos nuestros tiempos y quisiéramos verlos superiores a los pasados; las madres de otra época tenían un concepto más alto y severo de la maternidad: eran más diligentes y más

concienzudas en el cumplimiento de su misión; sentían, en suma, la maternidad como deber y medían ampliamente toda la responsabilidad. Ellas dieron a la patria, efectivamente, fuertes jóvenes que creían en Dios y no tenían miedo del cañón; dieron mujeres tiernas y valerosas que comprendieron las abnegaciones más profundas y los amores más heroicos. ¡No lo olvidemos!

ENTRE EL HIJO Y EL MARIDO

La frivolidad y la insuficiencia de la mujer—madre generalmente hablando—son, por desgracia, grandes, pero hay que añadir, sin embargo, que no es menos grande la locura del hombre que con estas vaciedades goza en tejer una corona juvenil para ornamento de su ideal femenino; no es menos grave su responsabilidad de un abandono de dirección intelectual y moral hacia la que debe ser la madre de sus hijos, hacia los hijos, que en él, más que en ningún otro, ven el ejemplo y la autoridad; hacia la sociedad misma, hasta que se ajusten todos los privilegios y todos los derechos considerando la feminilidad, no como un complemento, sino como un accesorio de su vida. Raramente le sacrificará el hombre una de sus horas de libertad, le dirá la belleza, la bondad y la poesía de su misión, la animará en las dificultades y en las espinas de su existencia. Madre es una palabra austera, que implica una red de deberes grandes y pequeños, deberes que los hombres, egoístas por excelencia, no piensan en respetar. Muchos de ellos consideran llenas de abandono, de desdén, de puerilidad, todas las horas que la mujer no les dedica aunque las emplee al lado de la cuna de su hijito. Cuando una mujer es madre se la abandona con su criatura o se la aisla. Es una dolorosa, pero indiscutible verdad que destroza y colma de angustia a innumerables corazones, sensibles y amantes, de mujer, divididas así entre el hijo y el esposo. Por un lado un pequeño sér que exige el sacrificio de to-

das las horas, que quiere una sumisión absoluta; por otro el hombre a quien se adora, que no quiere resignarse al segundo puesto, que no quisiera ver nada cambiado en la dulce vida de amor; o bien, se resigna demasiado pronto, vuelve a sus costumbres de soltero, todavía recientes, infligiendo a la mujer un suplicio todavía más cruel. ¿Qué hacer en este trance? Muchas mujeres sacrifican la maternidad al amor, confían el niño a una nodriza y vuelven a tomar las costumbres de la vida conyugal, como si el pequeño advenedizo no significase más que un accesorio. Y así hacen con el segundo, con el tercero, con el cuarto, con todos los que su amo revocará. Otras, más concienzudas y más tiernas hacia la sangre de la propia sangre, se dejan absorber por los cuidados y por el nuevo sentimiento de amor que las inclina hacia la cuna en cuyos límites circunscriben para siempre su mundo y olvidan todo lo demás con la disculpa de que la maternidad las hace a menudo soportar sin demasiadas rebeliones los descuidos y hasta las infidelidades conyugales.

Es fácil comprender que estos dos excesos son, como todos los excesos, dañosos y vituperables. Un deber no debe suplantar al otro, sino encadenarse en la vida de modo que se completen para componer un todo armónico. Y mucho más tratándose de deberes creados por el amor, de dos diversas manifestaciones de amor, pero entrambas adoradas por nuestro corazón. Ni el marido puede hacer veces de un hijo, ni un hijo podrá hacer veces del marido; significa, pues, que en el alma y en la vida hay sitio para los dos. También aquí bastará tener un poco de prudencia para que ni el uno ni el otro sufra nuestro abandono. Una mamá puede renunciar a la sociedad, pero no a la compañía del esposo si éste busca la suya, ni a dedicarle todo el tiempo en que su hijo no tiene gran necesidad de ella. Así, pues, procurará mostrarse siempre cuidadosa y elegante como en otro tiempo hasta en sus vestidos más prácticos, como son los obligados de su maternidad. Una mujer verdaderamente enamorada e inteligente, se formará gracias a esta maternidad una aureola que le

dé nuevo relieve y nueva seducción a los ojos del hombre que la adora. De este modo su existencia será completa; así no se preparará remordimientos para el porvenir.

LA HERMANITA

Ninguna mujer debe felicitarse por tener un solo hijo, que es casi imposible no viciarlo, poco o mucho, y no hacer de él un exagerado sensible o un egoísta. Además la infancia tiene necesidad de estar con la infancia; un niño solo entre adultos se hace melancólico y un precoz razonador, pierde la espontaneidad de su edad, resulta a menudo débil en la sociedad de los otros niños, precisamente porque no está acostumbrado a tratar con ellos. Pero mejor que un hermano, con el cual es fácil que pueda reñir, hacerse superior, o bien que surjan los celos, es de desear una hermanita. Un niño y una niña, y la familia es perfecta. La debilidad femenina, sus diversas tendencias, la tolerancia y la pasividad de ella en las comunes relaciones, establecen con el tiempo aquella ley de compensación apta para convertirse en fusión moral que, sin la corriente perturbadora de la pasión, establecería entre los dos sexos la perfecta armonía. El afecto entre hermano y hermana es uno de los más desinteresados, de los más profundos, de los más fieles y muchas veces de los más eficaces. La hermana es para el hombre algo supremamente benéfico y piadoso. Ni el padre, ni la madre misma, ni la mujer, pueden suscitar los buenos sentimientos, obtener las buenas resoluciones, los arrepentimientos que puede conseguir una prudente y tierna hermana. Su afecto tiene algo de maternal, pero como carece de responsabilidad es más indulgente y va acompañado a menudo de una cordialidad de camaradas, producida por la edad y la vida común, que tolera las bromas, calma las reyertas y anima las confianzas. Para el hombre joven es ella el ideal de la mujer despojada de toda materialidad: el ideal del consuelo,

del consejo desinteresado y sensato, de la dulzura inalterable, del refugio supremo. Vemos mentes orgullosas desnudarse de toda inútil soberbia para desahogar la amargura de una derrota, para deponer el peso de una vergüenza en el alma suave de una hermana; corazones endurecidos o depravados por el vicio, deshacerse en lágrimas de arrepentimiento al toque leve de la mano que lleva en sus venas la misma sangre, al timbre de una voz que recoge la última poesía, el último eco de un hogar quizá ya vacío y apagado. Un alma iluminada de madre, debe sentir y comprender todo esto para ayudar al desenvolvimiento del impulso infundido por la naturaleza misma en el alma de su niño y de su niña. Procure cultivar en él un sentimiento de protección, de delicadeza caballeresca hacia la otra, aún en las formas y en los actos más comunes de la vida; cultive en ella un sentimiento de piedad indulgente, de tolerancia delicada, de confianza firme. Mala y dañosa costumbre es la muy extendida de excitar la emulación por medio de elogios al hermano o a la hermana, puesto que no se hace sino despertar la envidia y el resentimiento. No se deberá nunca crear celos en los niños, con patentes preferencias hacia el uno o hacia el otro, ni siquiera por juego.

LOS GEMELOS

Como de un mismo tallo nacen dos flores o de un mismo ramo penden dos frutos iguales, así muchas veces dos caritas infantiles reposan en la cuna que esperaba a uno solo. Cierto que no es siempre una agradable sorpresa para los padres que ven duplicada su carga de pensamientos, de gastos y de responsabilidades, pero los niños no se pueden devolver y además el afecto materno es tan elástico que se extiende inmediatamente aun a mil hijos y hay para todos. Una infinita ternura la asalta al ver las dos criaturas tan parecidas en su fragilidad, en sus necesidades y en sus manifestaciones de vida; y hé aquí que su intré-

pida solicitud se acrecienta, su vigilancia se aumenta para que ni a la una ni a la otra falte su protección. Sólo la idea de que una de ellas pudiese morir la asusta, y se multiplica a su lado y realiza aquellos milagros de abnegación y de amor de que solamente una madre es capaz.

Velando ante la cuna piensa en su porvenir, y si los recién nacidos son de sexo igual, ve este porvenir idéntico durante una larga serie de años: juntos darán los primeros pasos, juntos aprenderán cosas útiles, juntos se dedicarán a algún arte o a dos artes afines para completarse mutuamente; juntas las verá, si son niñas, bajo el blanco velo de comulgante, y se casarán el mismo día. También sus nombres han sido elegidos para unirse, por la delicada fantasía materna: Blanca, Rosa; Rosa, Lía; María, Ana; y aunque las distinga perfectamente y note (¡a los tres meses!) diversidad de gustos y de carácter, pretende confundirlas, cambiarlas, y para reconocerlas pone cinta rosada a una y celeste a la otra.

Sin embargo, no es raro, desgraciadamente, que ciertas fatales preferencias, que son como la criptógama del amor materno, se desarrollen precisamente en estos casos en que la imparcialidad del sentimiento y de las acciones que de él derivan, parecería absolutamente natural y fácil. Triste y repugnante depravación moral que la mujer debe vencer a toda costa y por todos los medios, apelando a su corazón, a su conciencia, a su fe religiosa: reflexionando incesantemente sobre las consecuencias peligrosas, y, muchas veces tremendas, que puede tener para lo futuro, esta preferencia suya por uno de los hijos. Yo espero que entre mis lectoras no habrá una sola de estas madres reprensibles, pero si una tuviese que reprobarse alguna injusticia en el secreto de su corazón, ojalá sienta, gracias a mis palabras, la confusión y la turbación que preceden al benéfico arrepentimiento...

MADRE Y MAESTRA

Un pequeñín de quien la mamá se ocupa con asiduidad, inteligencia y amor, se despierta de la torpeza animal mucho antes que aquellos a quienes la mamá descuida o ha confiado a cuidados mercenarios. Podemos observar todos los días la gran diferencia que existe entre nuestros niños y los del pueblo o de la aldea, cuya madre, obligada a trabajar para vivir, puede concederles solamente el poco cuidado que basta para su existencia material. La maestra de un jardín de infancia, en un tosco pueblo, me decía que muchos de los niños que iban a la escuela no sabían hablar a los tres años de edad, por falta de ejercicio y de costumbre. Pero una madre que vive todas las horas con su hijo y ve abrirse su inteligencia día por día, junto a los cuidados físicos no debe dejar de infundir con su aliento amoroso en la pequeña mente los gérmenes del discernimiento, de las condiciones rudimentarias del pensamiento. La mamá es la primera, la natural maestra, y no debe ceder a nadie esta noble y celosa obligación. No es, precisamente, la instrucción lo que le debe dar, sino la educación, la luz del espíritu y la llama del corazón. Nadie podrá hacerlo mejor que ella, puesto que elegirá los momentos, aprovechará las circunstancias, se servirá de los juegos para imprimir en la pequeña alma cándida como una página virgen de escritura, los rasgos de los más fuertes y nobles sentimientos destinados a dirigir su vida. «El porvenir de un niño es siempre obra de la madre», decía Napoleón el Grande. En efecto, es ella quien tiene la obligación de dirigirlo al bien, de combatir sus malas tendencias, de abrir su inteligencia, sin irritarle, sin fatigarlo sobre todo. Las primeras nociones, morales e intelectuales, deben ser dadas y aprendidas enmedio de los juegos, en el curso de un paseo, satisfaciendo una curiosidad, sin dejar de hacer notar las consecuencias benéficas o malas de una acción; limitándose a lo puramente necesario, a lo comprensible, para no en-

redar las explicaciones y hacerlas difíciles de retener en la tierna inteligencia. Con los niños conviene usar un lenguaje sencillo, preciso, con un poco de imágenes, como es el suyo; no dejarse coger nunca en contradicción o mostrarse dudosa.

Hace falta una respuesta pronta a los innumerables y terribles *por qué*, y esta respuesta debe ser siempre tal que les satisfaga, que deje en ellos el surco de una nueva idea sobre cuanto les circunda: la idea que les demos ha de ser la más aproximada a la verdad, la más lejana de lo caprichoso y de lo supersticioso.

LOS JARDINES DE LA INFANCIA

«Il est si beau l'enfant avec son doux sourire,
Sa douce bonne foi, sa voix qui veut tout dire,
Ses pleurs vite apaisés,
Laissant errer sa vue étonnée et ravie
Offrant de toutes parts sa jeune âme à la vie
Et sa bouche aux baisers!»

Así entona su himno a la infancia inspiradora uno de los más grandes poetas de Francia, Víctor Hugo, contemplando y amando a los niños queridos, sus sobrinitos, que alegraban la mansión sagrada de la Musa. Pero aún prescindiendo de los lazos de parentela, la vista de los niños es capaz de enternecer el corazón más austero y de endulzar la más amarga tristeza.

Un jardín de infancia poblado de niños como de un enjambre de blancas mariposas inquietas; un examen de canto, de gimnasia, en el cual centenares de manecitas se agitan, disponen al espíritu hacia un sentimiento de ternura, de paz, de poesía.

Sin embargo, los jardines de la infancia, providencial y laudabilísima institución para los hijos del pueblo, para los pobres niños abandonados que crecieron en la calle expuestos a miles de peligros, no debieran ser frecuentados por nuestros niños que puedan tener en casa igual o mejor vigilancia, educación con los

mismos métodos, ambientes sanos y modos de recrearse al aire libre. Por bien dirigido y concienzudamente llevado que sea el asilo de la infancia que acoge a los niños de las ínfimas clases sociales, no puede ofrecer a nuestros hijos, con la promiscuidad a que los obliga, las garantías de higiene, de limpieza, de buen ejemplo, de civilización a que una mamá escrupulosa se consagra, reputándolos necesarios al bienestar físico y al equilibrio moral de sus hijos. Así, pues, queridas amigas, nada de jardines de la infancia, a menos que no sean de orden superior y reservados. Bueno será, sin embargo, llevar, de vez en cuando, a los niños para que se habitúen a tratar con cordialidad afectuosa a los demás niños menos afortunados, observen la disciplina de la vida común y se familiaricen con la idea del trabajo colectivo y de la escuela.

LAS NIÑERAS

La elección de la niñera es, después de la elección de la nodriza, la más difícil, importante y peligrosa. Si son jóvenes, son descuidadas, revoltosas, distraídas, imprudentes, demasiado vivarachas y, a menudo, impacientes con los niños; si son viejas, son quisquillosas, charlatanas, obstinadas, presuntuosas, y llenas de prejuicios y de ignorancia. Si se recurre a las extranjeras, jamás se sabe de cierto a quién se admite en casa, y nadie asegura que la lengua que enseñan a los niños sea la hablada por las personas decentes o un dialecto apenas conocido y disfrazado; si se prefieren de nuestro país, difícilmente se logrará que hablen con corrección nuestro idioma, que sean circunspectas en las expresiones, educadas en los modales, para no enseñar al bebé a hacerse descarado y grosero.

Este en un grave cuidado, del cual no sabría yo como aliviar a las madres sino recomendándoles la más severa y minuciosa vigilancia. Sobre todo no admitiría yo nunca en casa, para confiarle mi hijo—esto es, lo que poseo más precioso—a una mujer sin haber re-

cogido los más seguros informes de ella; después la vigilaría todavía estrechamente hasta que su moralidad, su seriedad de conducta, su paciencia y su bondad de carácter fuesen para mí evidentes. Además procuraría hacerme casi una aliada de ella para los cuidados y las atenciones debidas a mi hijito; procuraría hacerle comprender que revistiéndola de cierta autoridad, encargándole que me reemplace, le confiero un noble e importante oficio, que ella tiene el deber de desempeñar lo mejor que pueda. He visto a muchos niños asumir con facilidad increíble, no sólo las costumbres, el lenguaje y los modales de su niñera, sino también la voz, las actitudes, la expresión, y conservarlos después largo tiempo; Bourget cree que se pueden conservar siempre, y que cuanto hubo a nuestro alrededor en los primeros años puede tener una influencia decisiva en la vida: «*Nos manières*, dice, *ne sont-elles pas l'œuvre indestructible des régards qui nous ont suivis et jugés pendant notre enfance?*»

LA ABUELA

El amor desciende, según opinión general. Se afirma en efecto que la ternura más profunda es la de los abuelos hacia sus nietecitos. Una mujer que tenga en sus brazos al hijo de su hijo, debe de experimentar un afecto materno intenso, con todas sus derivadas de abnegación y de absoluta sumisión. Se han visto madres poco expansivas convertirse en abuelas apasionadas; mujeres rígidas y severas encontrar para los hijos de los hijos la sonrisa alegre, la vivacidad de la adolescencia; mujeres vanas hacerse repentinamente serias y reflexivas; caracteres ásperos, adquirir la dulzura; almas heridas y extenuadas por algún dolor inconsolable, florecer de nuevo milagrosamente al lado de una cuna, enlazadas por dos tiernos brazos.

¡Los nietecitos hacen milagros! Sin embargo, las pobres abuelas, son miradas a menudo con desconfianza, con espanto, con consternación por las institutrices

y también por las mamás concienzudas. Tienen contra ellas la idea—¿es un prejuicio?—de que malean a los niños, y esto basta para extender la alarma... Pero si hemos de ser justos, hemos de convenir que en la mayor parte de los casos no tienen razón las mamás ni las institutrices. Quizá por su edad que las inclinan a la indulgencia, quizá por el apasionado afecto que las ciega, quizá porque no sienten el peso de una responsabilidad directa, las abuelas no quieren saber nada de severidad, y a menudo tampoco de régimen. Son revolucionarias, anarquistas; quebrantan las barreras de las jerarquías, se ríen de los horarios y de las obligaciones, cambian los castigos en premios, incitan a la rebelión. La severidad de los padres parece a la abuela injusticia, crueldad que hace necesaria una intervención, una defensa. En tanto, el niño, que encuentra resistencia de un lado y debilidad por otro en la misma causa, no comprende ya nada, pierde la noción de lo lícito y de lo ilícito, a menudo resulta arrogante con quien le contraría, porque encuentra quien le satisfaga; la mamá pierde la autoridad y los pequeñines crecen caprichosos, violentos, egoístas, peor que con sus nodrizas. Toda madre que haya experimentado lo dañosa e imperfecta que resulta la educación de sus hijos en una numerosa familia, a la que también ella esté ligada por deberes de sumisión, de deferencia y de respeto, me comprenderá. Es un verdadero tormento. Algunas señoras de carácter impulsivo no saben callar y resignarse a la derrota y prorrumpen en improperios y en recriminaciones que dan motivo a altercados domésticos, con el pernicioso efecto moral que cualquiera puede imaginar. El único consejo que podría dar en estos casos a las madres, es la prudencia. Puede muy bien hacer observar a la abuela los malos efectos y los peligros de su debilidad, pero en debidos términos y cuando no haya nadie presente. Si los niños son inteligentes podrá hacerles razonar un poco, persuadirles a no aprovecharse de la demasiada indulgencia de la abuela, inculcándoles el mayor afecto para ella, la máxima veneración. Los niños tienen tan

innato el sentido de la justicia, que no es raro el caso de que simpaticen con quien usa más severidad para ellos; y la demasiada bondad de los abuelos no les será dañosa si la mamá sabe inspirarles mucha confianza, mucho respeto.

LA MODA Y LOS NIÑOS

Máximo d'Azeglio en sus áureos «Recuerdos», dice, que de niño nunca fué víctima de la vanidad de sus padres. No llevó zapatos demasiado estrechos, trajes demasiado lujosos, nada que le impidiera moverse y jugar a sus anchas. Desgraciadamente no todos los niños podrán escribir otro tanto en sus recuerdos cuando sean mayores. Cierto es que se ha progresado mucho en cuanto a esto se refiere. La niña de cualquier industrial enriquecido, cuya mamá sea todavía refractaria a la sencillez, puede jactarse de los adornos costosos, de las cintas, de las felpas, de las plumas, de una superioridad de riqueza ornamental.

Muchas señoras no quieren comprenderlo, pero la suprema elegancia en los vestidos de los niños consiste precisamente en la máxima sencillez; póngase el lujo en la frescura, en la nitidez de los vestiditos, no en el valor de las telas y en la complicación de los adornos, que es siempre de mal gusto. Hasta los cuatro o cinco años de edad no se debiera vestir a los niños más que de blanco, variando las telas o las modas según las estaciones, pero siempre de blanco-perla o blanco-marfil. El blanco hace resaltar mejor la frescura de los bonitos vestidos con ingenua expresión, concuerda con la inocencia de las pequeñas almas y, por otra parte, es bastante más higiénico que los demás colores.

Hay que cambiarlo a menudo, porque nada más triste y más desagradable que el blanco cuando está sucio. Pero, precisamente, por la facilidad con que se manchan se habituarán los niños a la limpieza. Nunca deberíamos enseñarles a llevar con orgullo un bonito

vestido y despreciar uno viejo, como vulgarmente se hace: deberemos hacerles avergonzarse con un vestido sucio y enorgullecerse con uno limpio.

También los niños tienen sus modas, y sus figurines se respetan, ¡qué diantre! Solamente quisiera aconsejar a las madres, que escogiesen siempre entre los modelos los de géneros más prácticos y más adaptados a la personita que quieren vestir. A un niño delgado no se le vestirá como a uno grueso. No quisiera ver adoptados, por uso, ciertas modas que secrifican a los tiernos cuerpecitos con cinturones o con galas demasiado altas o con cuellecitos y mangas incómodas.

Los cabellos largos son un hermoso adorno para las cabecitas infantiles y no tengo valor para aconsejar a las mamás cortárselos demasiado pronto: sin embargo, mírese en el verano de colocarlos de manera que no resulte un tormento para ellos. Verano e invierno ténganse cuidadosamente arreglados, porque si los cabellos son un bonito adorno, nada peor que ver una cabecita abandonada y desgreñada.

La mayor limpieza y el buen gusto unido a la sencillez, pues, es agradable y nada cuesta. Pero tratemos de demostrar a los niños mismos que no damos importancia a su tocado. Especialmente a las niñas, en las cuales el sentimiento de la vanidad personal está desarrolladísimo. Al contrario con los varones, que muchas veces son abandonados; tratemos de infundirles un poco de gusto en el vestir correcto, limpio, ordenado, puesto que da pena ver jóvenes demasiado afectados y niñas demasiado compuestas o hallar en los unos y en las otras señales exteriores de abandono y de grosería.

PRIMEROS JUEGOS

¿Quién ha pensado nunca en la influencia grande que pueden ejercer sobre la inteligencia y sobre el carácter del niño los primeros juguetes que tengan sus manos? Sin embargo, quisiera que la mamá moderna,

intuitiva y discreta, pensase un poco en ello. Los niños no ven en los juguetes lo que vemos nosotros, un pasatiempo, una diversión, la distracción de una hora: ellos los miran como algo importante y necesario para su vida; tienen sus preferencias y sus repugnancias, alguna vez se aficionan a ellos con pasión tenaz. La vieja muñeca o el caballito con tres patas que la niña o el niño adoran hasta el extremo de llevarlos consigo al lecho, a los paseos, a la mesa, abandonando por ellos juguetes más nuevos y costosos, deben adquirir en su pequeña inteligencia, en su corazón, una especie de personalidad bien determinada y sensible. Y como los métodos Fröebelianos tienden a desarrollar en la infancia el sentido estético, el sentido de lo útil y de lo ingenioso, por medio de los juegos, creo que los juguetes podrían servir muy bien a las madres, a las institutrices, para corregir o ayudar alguna tendencia, para desarrollar algún sentimiento, para domar algún instinto y también para conocer el verdadero carácter del niño o de la niña. En lugar de llevarles a casa un juguetito cualquiera, elegido a nuestro gusto, conduzcámoslo ante un escaparate donde haya juguetes a su alcance para que el niño escoja por sí mismo, y procuremos comprender el por qué de aquella elección: «*Dans tout homme il y a un enfant: dans tout enfant il y a un homme*», dice Víctor Hugo; quizá se revele en su preferencia algo de su índole, de su destino.

No regalaremos a los niños juguetes demasiado lujosos que la mayoría de las veces no sirven más que para arrepentirse del dinero tirado; creo que ninguna mamá será tan imprudente que dé a los niños juguetes peligrosos con los cuales puedan herirse o hacerse daño. Pero yo no quisiera tampoco familiarizar demasiado a los niños con juguetes que puedan acostumbrarlos a ideas de brutalidad, de destrucción o alterar la delicadeza de sus oídos con sones inarmónicos, en vez de dominar al principio de hombre primitivo y salvaje que en el pequeñín se conserva todavía virgen de educación. Tampoco quisiera multiplicar ante sus ojos

por medio de imágenes o formas grotescas cuanto pueda alejarlos de la realidad, o, lo que es peor, producir en sus nervios impresiones profundas que a menudo se traducen en pusilanimidad, en pesadillas nocturnas. Los juegos de los niños han de ser delicados, suaves, armoniosos: que les den la buena realidad de la vida y además de proporcionarles una distracción momentánea ejerciten un poco su paciencia, su industria, su sentimiento de lo bello y del bien.

LOS COMPAÑEROS DE JUEGO

Si es de aconsejar discernimiento en la elección de los juguetes ¡cuánta mayor atención hace falta para escoger los compañeritos de los juegos! Si son mayores en edad o superiores en posición social, podrán ejercitar un poder déspota sobre nuestros hijos y hacerles adquirir ideas, deseos, costumbres que con el transcurso de los años no podrán seguirlas y les apartarán del buen camino y los harán infelices. Si son menores en edad e inferiores en condición social, los inducirán a la violencia, a la tiranía, a la soberbia dominadora. Conviene, pues, que los amigos de nuestros niños sean los más iguales a ellos posible, en posición, edad, gustos, inteligencia, para que no puedan excederse haciendo del uno la víctima y del otro el tirano. Observaremos también sus condiciones físicas y morales, puesto que no hay que olvidar nunca que tanto los males del cuerpo como los vicios se contraen rápidamente en aquella edad en la cual la persona no está formada y el alma es impresionable e inclinada a la imitación de lo bueno y de lo malo. Dejaremos a los niños jugar en libertad y animaremos sus nacientes amistades, recordando que los niños se las entienden mejor entre ellos solos y que las amistades de la infancia pueden ser la base de una fraternidad duradera y consoladora, pero nunca deberemos cesar de vigilarlos, dirigir sus sentimientos y sus acciones. Si nos percatamos de que nuestro niño o nuestra niña cam-

bian de carácter y de gustos, frecuentando otros niños, de modo desfavorable, separémoslos prontamente antes de que el mal se haga irremediable.

Procuremos que sus juegos no degeneren en peligros, que sus conversaciones no traspasen los límites concedidos a su edad: estimulémoslos a realizar juntos alguna obra buena, alguna cosa útil y delicada. Muchas mamás excluyen a las compañeritos y compañeritas de distracción por medida de prudencia, por miedo de una leve o fuerte corrupción. El temor es justo, pero la medida es un poco excesiva, cuando se trata especialmente de hijos únicos a quienes condenamos así a un melancólico aislamiento. Vendrá el día en que ya no podremos aislarlos, y si no han aprendido a estar con sus iguales, a comunicarse con ellos, se rendirán fácilmente a la astucia, al mal ejemplo. El niño es un hombre pequeño y como tal tiene necesidad de la sociedad; si lo segregamos de ella, haremos un misántropo, un sér egoísta y árido. No tengamos escrúpulos en reunir a las niñas con los niños, bajo nuestra vigilancia materna. La compañía de las mujeres habitúa con el tiempo al pequeño hombre a dominarse, a ser generoso, a la urbanidad, y a las consideraciones que más adelante, en la vida, lo harán desenvuelto y simpático; la compañía de los niños hace a las niñas más ingenuas, más vivaces, más sencillas.

EL TEATRO Y LOS NIÑOS

Los únicos teatros a que una mamá de conciencia y de sentido puede conducir a sus niños, son el Circo ecuestre, el teatro Guignol o el cinematógrafo y éste con ciertas limitaciones. Cualquiera otro sería dañoso para ellos. También aconsejaría yo llevar lo menos posible a los niños a las reuniones nocturnas, por motivo de higiene, puesto que el sueño les es tan necesario como el alimento; además, la salida desacostumbrada, las luces, la gente, el espectáculo, la velada prolongada, obran siempre de modo desfavorable en un débil

sistema nervioso, excitándolo. Tienen necesidad de respirar aire puro, no el viciado de los lugares cerrados llenos de gente y de humo. Pero no sólo en consideración a su físico debemos tener a los niños lejos de las reuniones nocturnas: debemos hacerlo también por motivos de higiene moral. La música hace vibrar los nervios y la acción escénica del melodrama, siempre de base erótica, no puede influir favorablemente en las tiernas fantasías, cuando tampoco se comprende bien el significado. Lo mismo sucede con el teatro de prosa, donde las situaciones son todavía de más difícil adaptación al limitado entendimiento pueril, donde palabras y actos son llevados a una casi realidad que puede hacer mayor impresión en el alma del niño. Alguna vez he sufrido en ciertos dramas, al ver niños entre el público y notar la atención extrema, la absorción total en ciertas escenas que podrían turbar también a espíritus adultos. Sé de muchos padres que hasta aquí están de acuerdo conmigo, pero que no tienen escrúpulo en llevar a los niños a ciertas operetas, a los cafés cantantes, a los «Edén», convencidos de que la parte coreográfica preponderante coloca a estos espectáculos entre los inofensivos. Yo no lo creo. La base de estos espectáculos es la sensualidad más o menos velada y no es verdad que los niños no comprendan. He oído a muchos jóvenes y señoras narrar la ingenuidad de sus mamás cuando eran niños: las mamás, que los creían inocentes como recién nacidos, mientras comprendían toda especie de malicia.

Un hombrecito de ocho o nueve años, ante la impudencia de una cupletista, no experimentará lo que experimenta un joven de veinte, pero será algo parecido. Así una mujercita de siete o de diez años no contemplará aquel triste modelo de la mujer con los pensamientos y las envidias de la hermana mayor o de la mamá, pero casi inconscientemente la admirará y sentirá ganas de imitarla.

He oído a alguna mamá excusarse así: «No sé con quièn dejar a mis niños, no me fío de nadie, prefiero llevarlos conmigo». Sin embargo, ¡era tan sencillo no

salir de casa! Pero la mamá es joven, está deseosa de distracciones: ¿deberá, pues, sacrificarse siempre? Sí... Si es mamá, todo es menos importante para ella, menos necesario que los deberes de su estado. La maternidad es una misión más alta que una consecuencia del matrimonio... ¡Es preciso pensarlo antes!

INFANCIA RICA

«Hombrecito que absorbes todas las fuerzas de la mamá y todas las energías del papá — decía María Bobba, tratando del niño,—hombrecito que preocupas al magistrado y haces pensar al filósofo, tú representas no sólo el porvenir de la familia, sino también el de la sociedad, puesto que en tu felicidad presente ofreces la garantía de la felicidad del porvenir; porque descuidado hoy te enseñorearás mañana, porque débil hoy, inconsciente, ignorado, serás mañana el dictador del mundo». Ciertamente, esta virgen fuerza en embrión, cerrada en el misterio del porvenir, se acrecienta cuando el niño ha nacido entre las comodidades, como aumenta en relación la responsabilidad de los que deben desarrollar en él toda cualidad y toda tendencia hasta el completo florecimiento. Una buena y noble amiga mía me decía un día con acento de profunda amargura hablando de un niño adorado por ella: «Créeme, ¡aquel niño es demasiado rico!» y yo comprendí tan bien el sentido de la pena que la agitaba, que nunca he osado sonreir por aquella frase y aquel acento extraño. Por un bienestar material que el niño ni siquiera puede valuar exactamente ¡cuántos peligros! La blandura que lo hace perezoso y negligente; la satisfacción de todo deseo que lo hace indiferente, hastiado, lo inclina a los placeres materiales; la falta de la necesidad de alcanzar una meta puede atrofiar los gérmenes de sus mejores energías, de sus cualidades más luminosas. Además la adulación corruptora, el parasitismo sofocante, las tentaciones que la vida ofrece a quien posee mucho dinero, muchas veces para

destruir y matar; el ambiente mismo donde vive el niño, un poco fuera de la verdad de la existencia con sus miserias, sus necesidades y sus luchas que él ignora, son todos factores dañinos contra los cuales debiera tener la fuerza de combatir vigorosamente para salir vencedor. ¿Y si no tiene esta fuerza? ¡Oh, mamás que vivís en la opulencia, madres felices que ignoráis la más grande de las tristezas, la de negar por necesidad a vuestro hijo la satisfacción de un deseo, en nombre de vuestra ventura, luchad al lado del pequeño sér que no conoce privaciones, para que la buena suerte no le sea fatal! Acorazadlo de fuerza, de voluntad, infundidle el amor al trabajo, a las grandes empresas, enseñadle a hacer buen uso de sus riquezas, a honrar el arte, la industria, la ciencia, con su apoyo, con sus actos. No tengáis miedo de entristecerlo diciéndole que en el mundo no todos los niños son afortunados como él, contándole miserias que mitigar, necesidades que socorrer, injusticias que reparar. Haciendo así derramaréis en él la semilla del más puro y duradero de los bienes, lo único que alegra verdaderamente el alma y la puede consolar: el de la idealidad de los intentos y la nobleza de las acciones.

INFANCIA POBRE

Los niños verdaderamente felices no son siempre los favorecidos por la fortuna. La mayoría de las veces los encontramos en las condiciones modestas, y también humildes. La habitacioncita llena de sol, donde puede enseñorearse, que llena con sus juguetes, que hace resonar con sus gritos y sus ruidosas ocupaciones; donde nadie le reprende ni le grita porque no hay nada que disipar, es más querida por él que una rica habitación. No tiene niñera ni institutriz, la madre hace de todo, vive con él a todas horas entre las paredes, limitada a sus pocas necesidades de sencilla existencia; a cada momento recurre a ella, y ella le contesta siempre, le hace más dulce el don con un beso, le consuela

de lo que le niega con caricias y palabras. La ve haciendo la comida, planchando, cosiendo, arreglando la casa; sólo sus manos lo tocan para vestirlo, para desnudarlo; sólo con ella sale, va a la escuela acompañado por ella. Ella le da idea concreta de la Providencia, le persuade de la necesidad, de la utilidad del trabajo, le enciende, con la llama de la reflexión, el deseo impaciente de contribuir él también, lo más pronto posible, con su trabajo y con su pensamiento, a ayudarla, a hacer más rica la mesa, más cómoda la habitación, a adornar a la buena mamá que a él le parece tan bella, con aquellas joyas y aquellos vestidos que ha visto en los escaparates y en las señoras ricas.

La ternura de los niños pobres por su mamá tiene siempre en sí un elemento más profundo y tenaz que el amor de los niños ricos, y proviene del sentido de justicia que, como dije antes, es innato en el niño. Ellos desean una reparación contra la mala suerte, y no poseyendo otra cosa, dan todo el fervor de su pequeño corazón. Muchas veces este impulso produce el despertar de las mejores energías de carácter y de inteligencia; prepara en la sombra humilde la simiente de alguna planta que se desarrollará hermosa y magnífica de frutos y de flores. Esta es una consideración que debiera dar no poco consuelo a las madres que se entristecen por no hallarse en mejor posición social para educar a sus niños. Piensen que casi todos los grandes hombres que honraron a su patria, nacieron de familias modestas y la mayoría de las veces fueron educados a costa de sacrificios. Procuren inculcar al niño que todos pueden subir por sí mismos la escala de la vida; que ser el producto de la propia voluntad y del propio proceder es bastante más meritorio que un buen acierto preparado con ayuda ajena. Vigilen para que no se desarrolle en el niño la envidia, la amarga fermentación que puede resolverse más tarde en rencor, en odio de clases; demuéstrenle que también con la riqueza pueden existir desventuras irreparables, dolores sin consuelo, miserias morales e intelectuales más dignas de queja que la pobreza.

DISCORDIAS EN FAMILIA

¡La discordia! ¡la paz! ¡la armonía de las almas y de los propósitos! He aquí el tesoro, la abundancia envidiable y, desgraciadamente, bastante rara... Las pasiones son más fuertes que los sentimientos, el egoísmo es más poderoso que la razón, el orgullo es mayor que toda piedad del corazón humano. No hay mar sin tempestad; no hay familia sin borrascas. Especialmente cuando están compuestas por varios individuos de diferente edad, de temperamento distinto, los altercados resultan más frecuentes y más graves. Ora por cuestiones financieras, por cuestionee morales, por pequeñas causas de vanidad, o por determinaciones que tomar, y no raramente, como hemos notado, por la educación de los niños. La mesa, el cuarto de estudio, se convierten muchas veces en campo de batalla donde se cruzan iras, amenazas, ofensas; donde algunas veces vuelan vajillas, muebles y golpes. Los niños asisten a menudo a estas escenas desagradables, porque los adultos no tienen inconveniente en reñir en su presencia, sin reflexionar en el ejemplo que dan y las consecuencias que de ello pueden derivar; y todo propósito de educación—si lo hubiese— resulta nulo, revuelto en el conflicto de las almas que saca a la superficie los más turbios elementos. El respeto a la familia desaparece y muchas veces también el respeto a la vejez; la autoridad paterna y materna disminuye; el concepto que el niño debe conservar de una superioridad de experiencia, de una suma mayor de valor de la edad madura frente a la suya, vacila y se pierde. Apenas esté en edad de discutir, hará valer sus razones, buenas o malas, con arrogancia, con seguridad, quizá con rebelión; ¿por qué no ha de hacerlo, si en su casa todos obran así?...

EL MARTIRIO DE LOS INOCENTES

Pero el verdadero martirio para la edad inocente es el espectáculo de la discordia entre los padres. Es-

tos dos seres a quienes el niño ama con igual ardor están ahí, ante él, como dos enemigos mortales. Muchas veces no comprende el por qué, a menudo lo adivina y entonces en su pequeña mente hay un trabajo, un esfuerzo de pensamiento, un ejercicio de imaginación, del cual no pueden tener idea los adultos. Según lo que su pequeño criterio puede deducir sin la guía de la experiencia, se decidirá por el uno o por el otro: «Tiene razón papá». «Tiene razón mamá», piensan o se dicen a sí mismos. Aunque ciego, el criterio, el juicio de los niños, es infalible. Sienten instintivamente quién es la víctima y quién el opresor y dan a la parte más débil la compensación de su piedad, de su predilección, sufriendo por tener que quitar a la otra parte lo que creen que ya no merece.

¡Oh, cuánto sufren! Yo sé de criaturas que tuvieron envenenada cada sonrisa por estos conflictos continuos entre dos naturalezas opuestas, entre dos pasiones, entre dos egoísmos que no supieron tener piedad de ellos! Generosos corazones de niños, oprimidos; sensibles corazones de niñas tratados cruelmente; adolescencias melancólicas como flores sin sol; el amor a la casa, al nido, enfriado, estéril, porque la casa es el lugar donde se sufre, donde se llora, no el puerto plácido y seguro. Pobres almas que habéis recibido apresurada y brutal la noción del lado más triste de la vida; del instinto más fuerte que el deber, del amor humillado por los celos, de la impaciencia de toda contratriedad que impida el placer material, de la incoherencia, de la inestabilidad, de la ligereza, de la ambición, de la mentira, del sensualismo animal; pobres almas inocentes, yo quisiera retrataros con palabras eficaces nuestro suplicio al promover una cruzada en vuestro favor. ¡Piedad de vuestros hijos, vosotros a quienes la pasión ciega! Piedad de la delicadeza de sus fibras que el miedo y la angustia envenenan; piedad de sus almas que se atrofian; de su infancia que tiene necesidad de calor, de ternura, de vuestras sonrisas, de vuestras miradas acordes sobre ella; de vuestras manos unidas en torno a sus rizos dorados. Si vuestro

mal destino o vuestra mala voluntad os obligan a explicaciones penosas, a riñas de carácter, a luchas, haced, por lo menos, que vuestros hios no las presencien, haced que no sepan que habéis cesado de amaros y de comprenderos; aunque os odiéis, fingid en su presencia, por ellos, que os estimáis, que os queréis bien. No los mezcléis nunca en vuestras cuestiones, no les confiéis las faltas del otro, no los hagáis árbitros ni embajadores ni cómplices. Dominaos de modo que la santidad de la casa donde ellos han nacido, donde se preparan a la vida, no se profane... ¡Oh, Nicetto y María Bonmartini, pequeños grandes mártires de unión mal elegida, pueda vuestra imagen inocente y lúgubre, aparecer siempre con provecho ante los que no la recuerdan bastante!...

LA CARIDAD Y LOS NIÑOS

A las mamás que vigilan con inteligencia amorosa el desenvolvimiento moral de la criatura cuya guía y primero y más eficaz ejemplo son, quisiera recomendar que hagan del sentimiento de la caridad una de las bases de la educación. Esto pueden hacerlo cualquiera que sea la clase social a que pertenezcan, puesto que no es la cantidad de la limosna lo que la hace útil y santa. Si sois ricas, deben tener vuestros hijos una hucha para sus pequeños protegidos y las niñas deben aprender a confeccionar medias y vestidos para ellos; han de inscribirse en cualquier obra de patronato para los niños pobres, cuya intención y utilidad les explicaréis. Si sois de condición modesta, haced que los niños se priven de vez en cuando de un juguete, de un vestido para darlo al necesitado, haced que lo dé por sí mismo, a costa del sacrificio, combatiendo con ingeniosa cautela todo posible asomo de egoísmo o de indiferencia: dos malos gérmenes cuyo desarrollo ruinoso frecuentemente vemos, por desgracia, entre los hombres.

¡Sería tan hermoso que todas las mamás dedicasen una hora a la semana a cualquier visita de caridad he-

cha con sus hijos! ¡Que los acostumbren a ver de cerca miserias que ni siquiera sospechan, sin temor de su tristeza! Los pequeños corazones, puros todavía e impresionables, sufrirán, sí; las tiernas mentes abiertas instintivamente a la justicia, tendrán, quizá, un sentimiento de rebelión contra las leyes supremas e incomprensibles; pero de la piedad y del desdén ¿no germinaría un sentimiento de conmiseración, que daría su fruto en la edad madura?

«Cuando un niño hace una limosna—dice el gran poeta de los niños, De Amicis—es como si de su mano cayesen juntos un óbolo y una flor.» Es, en efecto, una gentileza, una visión tan piadosa, tan pura, respirando tal ternura y bondad, que invita a arrodillarse para orar.

PRIMEROS ESTUDIOS

El niño, la niña, han llegado a los siete años, la llamada «edad de la razón»; los primeros rudimentos del saber, que la mamá, la niñera o la maestra les han enseñado al educarlos en la civilización, entre juego y juego, no bastan ya a la mente virgen, fresca, atormentada por miles de curiosidades, que se abre como una flor. Es preciso comenzar su instrucción con cierto método progresivo, con cierta continuidad. Pero es siempre una preocupación para la mamá, que nunca se ha alejado de su hijito y no sabe resolverse a separarse de él, a tenerlo tantas horas lejos de su vigilancia tierna y sagaz. Sin embargo, ¿qué remedio? El papá lo indica, las amigas aconsejan... en fin, tampoco a ella le gustaría que sus niños fuesen ignorantes. Se anima, y después de una debida preparación del pequeño neófito que va a ser admitido en el templo de la ciencia, una mañana de otoño lo conduce ella en persona a la escuela, lo recomienda a la maestra con palabras conmovedoras y besa al despedirse la cabecita adorada conteniendo a duras penas las lágrimas. ¡Qué vacía le parece la casa! ¡Qué silencio, qué orden, qué frío en el

corazón! Y apresura con el deseo el momento de volver a ver a aquel diablillo que es la vida de su casa y de su alma.

Muchas mamás no quieren mandar a los niños a las escuelas inferiores. Y no están equivocadas, especialmente por lo que se refiere a las niñas, que pueden recibir malos ejemplos de malicia, de coquetería. Por otra parte no todas las familias pueden tener en casa institutriz o maestra particular. Además, la escuela, con sus inconvenientes, es la gran oficina de la vida, donde la infancia se forma, se desenvuelve, adquiere una individualidad y no raramente se mejora. Muchos niños un poco viciosos, que en casa tienen caprichos, son en clase pequeños modelos de formalidad. La disciplina, la emulación, la igualdad, pueden hacer mucho bien.

La escuela, con los métodos modernos, no presenta ya los inconvenientes y peligros de otro tiempo. El orden, la higiene, la vigilancia, reinan en ella, y con buenas recomendaciones a la maestra y una interesada vigilancia por parte de los padres, no creo que la escuela pueda resultar dañosa. Sin embargo, deberá la mamá estar de acuerdo en todo y por todo con los profesores de sus hijos, ya frecuenten la escuela o reciban la instrucción en casa. Deberá refrendar siempre los premios o los castigos, continuar y perfeccionar su obra. Muchas veces la escuela no halla en la familia la ayuda necesaria para que la buena semilla produzca sus efectos y entonces nosotras culpamos a los maestros y a los sistemas pedagógicos. Pero la culpa es nuestra. En la escuela se aprenden las teorías, en la familia se debe desenvolverlas prácticamente y para que esto sea posible, es necesaria entre padres y maestros una perfecta armonía de propósitos y de procedimientos.

Hay que procurar también que los niños no se fatiguen demasiado. Un trabajo superior a su posibilidad de aprender y de retener, además de resultar nocivo a su cuerpo, tal vez un tanto homicida, los disgusta de la aplicación y les quita todo el placer de aprender. Nunca debemos dejarnos vencer de la vanidad

por tener niños que superen a los otros, ni seguir el mal gusto de hacer de ellos pequeños papagayos fastidiosos e importunos. La Naturaleza recobra siempre sus derechos, y los que avanzan con un vuelo demasiado rápido se dejan después fácilmente alcanzar y aventajar.

Por último, es nuestra obligación hacer que nuestros hijos respeten a los maestros. No se hable nunca de ellos de manera que rebaje el concepto y la autoridad en la mente del niño: provoquemos en él la deferencia, el afecto, la gratitud, animándole para demostrarlo en los actos que realiza.

LECTURAS INFANTILES

Gran auxiliar y complemento de la instrucción es la lectura. Tenemos ejemplo de muchas personas cultísimas que aprendieron cuanto saben solamente leyendo. Además, la lectura es útil porque habitúa al pensamiento a concentrarse, a meditar; enseña a estar solos y prepara a la vida uno de sus mejores y más seguros consuelos. Cultivemos en los niños el amor a los libros, mirémoslos como preciosos auxiliares para la formación de su carácter y para el desenvolvimiento de su inteligencia. La producción literaria para la infancia es hoy tan rica y tan buena que ninguna mamá puede dudar en la elección, y si acaso, debe pedir consejo a la maestra. Collodi, Ida Baccíni, Yambo, De Amicis, Capuana, Evelyn, Amilcare, Lauria y otras muchas plumas dieron a la literatura infantil un tributo vasto y variado; así, pues, podrá la mamá cambiar a menudo el género para que el niño no desarrolle demasiado exclusivamente un gusto intelectual en perjuicio de los demás, como ocurriría si leyese solamente cuentos fantásticos, niñerías ligeras, narraciones morales o viajes de aventuras. Conviene que también en la lectura vea el hombrecito reflejada la vida como es, con sus peligros y con sus victorias, con sus tristezas y con sus alegrías; de este modo no se formará un concep-

to falso, difícil de modificar después. Para incitar al niño a la lectura son excelentes el método de hacerles leer algo en alta voz. Nada mejor que los periódicos para los niños, que ofrecen una lectura variada y compleja, amena e instructiva a un tiempo.

LOS NIÑOS EN SOCIEDAD

La vida mundana es, ciertamente, lo más contrario a la higiene del cuerpo y a la integridad del espíritu. Si no ayuda a los temperamentos ya formados, es, también, dirección nefasta para un organismo, para una individualidad en formación. Un niño o una niña que trasnochase, que frecuentase teatros y tertulias, que no respirara sino la atmósfera enervante de los salones, resultaría un triste producto de la civilización moderna; por otra parte, como los niños serán hombres mañana y las niñas mujeres, y de ellos se compondrá la sociedad futura, la educación no se podría considerar completa si se les dejase ignorar las costumbres de la vida social y las reglas que gobiernan en los pueblos refinados las relaciones sociales. No es usual que los niños asistan a los banquetes, a los bailes, a las recepciones, ni me gusta que se les lleve a los teatros por los inconvenientes que he demostrado; pero la mamá podrá llevar al niño o a la niña a los salones cuando tiene alguna amiga o persona de confianza, para habituarlos a la desenvoltura, para enseñarles a saludar, a contestar con gracia, a ofrecer algo sin la grosería y la rusticidad que disgustan y no se perdonan completamente ni aun en la edad adulta si no se corrigieron en la infancia.

A los siete años debe saber ya el niño o la niña recibir alguna visita, entretenerla un poco si la mamá o el papá no pueden acudir inmediatamente, y retirarse después con gracia si no son invitados a quedarse. Deben saludar sin dar la mano los primeros, con una sonrisa, con una inclinación. Algunos niños besan la mano: yo he visto hacer este acto a un aris-

tocrático bebé de tres años con una gracia que enamoraba. Niños y niñas, al presentarse, deben estar siempre limpios en la persona y en los vestidos. Si la mamá tiene la costumbre de hacerlos entrar en el salón en un día determinado, prepáreles un vestidito o un delantalito más adornado para ese caso. No le aconsejaría que los llevase a menudo fuera de casa, a los salones de las amigas, a no ser que haya otros niños y la visita tenga carácter de absoluta confianza. Puede llevarlos a las carreras, a los entretenimientos deportivos y gimnásticos al aire libre; nunca a los conciertos ni a las conferencias, ni a los bailes, aunque tengan el carácter más íntimo.

Las fiestas diurnas de baile para los niños son un espectáculo graciosísimo, es cierto, y tanto más si son bailes de trajes. Pero no aconsejaría a las mamás que los lleven más de una vez por temporada. La frecuencia de tales reuniones puede inclinarlos hacia una vida frívola, desenvolver en ellos gérmenes de pasiones malsanas: ser, con el tiempo, escuela de inmoralidad. Hágase de modo que los niños consideren su entrada en sociedad como un deber más que como un placer, y desarrollemos, sobre todo, en ellos, el amor a la casa, a la vida de familia, particularmente en los varones, cuyo instinto de libertad vagabunda se manifiesta tan pronto. El amor a la casa conduce al amor del orden, de la tranquilidad, de la actividad de la mente, a la reflexión; disgusta de las cosas superficiales, de las costumbres frívolas, preserva de la disipación y de los vicios. Nunca podré recomendar a las madres que lo cultiven, especialmente hoy que el carácter de la vida moderna tiende al vagabundaje, al movimiento, a la disipación.

LA GIMNASIA

El deseo de expansión física, natural y justo en la infancia y en la juventud, se pueden satisfacer perfectamente por medio de la gimnasia. La gimnasia

se ha impuesto en la escuela, pero aún no bastante en las casas, donde sería todavía más favorable al bienestar de los niños. Todo niño o niña debiera poseer sus pequeños aparatos de gimnasia y ejercitarse entre las paredes domésticas bajo la vigilancia de algún pariente adulto. Una terraza, una habitación un poco espaciosa, pueden bastar para estos ejercicios rudimentarios, como la gimnasia de los brazos por medio del bastón o con la elevación de las pesas—proporcionadas, se entiende, a la edad y a las fuerzas del niño—el salto de la cuerda o del arco, el juego de la pelota... También el canto es un buen ejercicio para los niños y el uso de la bicicleta, no exagerado, puede dar a su constitución un desarrollo bastante benéfico; el remo, la natación y otros por el estilo. Lo mejor de todo son los ejercicios que se hacen al aire libre, y nada más saludable para los niños que reunirse con este objeto en los sombreados paseos de árboles o en los verdes prados de los parques públicos, vigilados por miradas seguras.

FRUTOS PROHIBIDOS

Escribe Mantegazza: «El niño es todavía una flor y es ya un fruto que comienza; es la mujer más la inocencia, el hombre menos el egoismo; tiene la fragancia del pajarito y la tibieza del nido; es un infinito de porvenir oculto en un puñado de pétalos de rosa; la máxima debilidad, defendida por la máxima fuerza: por el corazón de la mamá.» Pero ¡ay de aquella mamá que no tenga la conciencia de su fuerza y de la debilidad infantil que debe proteger y preservar! ¡Ay, si la pequeña flor fructífera, si la inocencia, la fragancia, no encuentran sol y pureza! Si el calor del nido y el misterio del porvenir oculto en el corazón de una rosa, no son conservados por la vigilante silicitud.

Hablando de la señorita adulta puse de relieve los inconvenientes que pueden derivar para ella de una

ignorancia demasiado completa de las cosas de la vida.

Pero el precoz conocimiento de ciertas leyes y de ciertas pasiones, por parte de los niños, pueden determinar consecuencias tristísimas. Y esto podemos demostrarlo siempre en los niños de las clases pobres que viven entre una inmoralidad que la ignorancia o la falta de espacio en las habitaciones presenta a sus ojos y a su mente. Lo vemos también en los niños de las clases acomodadas, demasiado abandonados a los criados o a algún preceptor indigno, por la ligereza o inexperiencia materna. Está en el instinto del hombrecito el deseo del fruto prohibido: la fascinación del misterio; la curiosidad sensual está en los pequeños como en los grandes. Hay niños maliciosos que suponen y aprenden espiando, hojeando libros, escuchando las conversaciones. Hay también niños de apariencia ingénua que engañan acerca de su facultad de comprensión. He oído decir a muchos padres que su niño o niña no comprenden nada, y no tienen inconveniente en dejar abandonados libros, ilustraciones, que, aun cuando no son obscenas, no son tampoco educativas.

Aquí corresponde a la mamá, sobre todo, la vigilancia. Cuando en una casa hay niños que saben leer, es preciso poner fuera de su alcance aquellos libros cuyo título o cuyas ilustraciones podrían despertar en ellos malsana curiosidad o excitar perniciosas fantasías. No se dejen en sus manos tratados de historia natural, de anatomía, destinados para los que estudian; caricaturas de doble sentido, tarjetas ilustradas de asunto erótico, y téngase cuidado hasta con el diccionario. Saben los niños que aquel libro grueso está hecho para apagar toda curiosidad, para disipar toda ignorancia, y después de haber buscado la explicación de las palabras para uso escolástico, buscarán también la explicación de aquellas de color obscuro que los mayores han pronunciado en su presencia y cuya aclaración solicitada a la mamá o al papá, no fué de su completa satisfacción.

Alejemos los diccionarios, pero estemos prontos para apagar toda curiosidad, toda infantil aspiración de saber, de modo que les contente. Si la verdad no se puede decir, atengámonos a lo verosímil, no recurramos nunca a lo fantástico, a términos evasivos, a respuestas absurdas. La vida física e intelectual de los niños, está necesariamente poco desarrollada; pero désele sin embargo algún alimento que pueda favorecer al mayor desenvolvimiento, en vez de retardarlo y falsearlo.

EL RESPETO A LOS NIÑOS

La infancia es sagrada para el hombre, para la mujer de conciencia, y merece respeto. Sin embargo, qué pocos son los que lo saben y se imponen los miramientos en la palabra, en la actitud, que cada uno debiera observar como uno de los principales deberes hacia la humanidad y hacia la familia. En presencia de los niños se habla de todo: de acciones deshonestas, de escándalos, de iniquidades, de tragedias; se narran episodios sucios, bromas de mal género; se discute sobre todos los argumentos: de religión, de amor, de moral; se hacen comentarios, se pronuncian frases audaces, exclamaciones irreverentes, aspiraciones llenas de egoismo y de sensualidad. Se cantan al piano romanzas eróticas; el papá se deja sorprender haciendo una broma galante a la camarera, la mamá muchas veces coquetea con sonrisas, miradas, palabras espirituales con el más osado de sus adoradores, o la hermana no tiene escrúpulo en dejarse besar por el futuro esposo ante los hermanitos menores. Y los ojos azules o negros que florecen en las caritas espectadoras se abren, acogen las visiones de algo que para ellos es todavía incomprensible, pero que sienten por intuición lo ilícito, lo impuro. Y los oídos escuchan, llevan por su mediación a la tierna mente la muestra ruda de la vulgaridad, de las miserias, de los peligrosos problemas de la vida. Oyen y recuerdan, por-

que la profanación de la inocencia da su fruto; así pronto se desmoralizan, se hacen escépticos, maliciosos, oportunistas: a menudo se convierten en cómplices e imitadores. Los buenos ejemplos dados por los maestros, las exhortaciones de los padres, los consejos de los buenos libros no sirven para nada en la vida si olvidamos ocultar a los niños nuestras debilidades, nuestros defectos; si olvidamos el respeto debido a la infancia que ha de acorazarse con fuerza y fe. Toda mamá no sólo deberá en absoluto impedir que se sostengan ciertas conversaciones ante los niños, que se inicien ciertas discusiones, o que se descienda a ciertas bromas, sino que vigilará a sus criados para que sus palabras y sus actos no tengan nada de reprensible, y la vanidad, la disolución, no se revelen en acciones a los niños con la terrible eficacia del ejemplo. Yo he conocido madres de conducta inmoralísima, pero que, sin embargo, acertaron en hacer que sus hijos las creyesen modelos de virtud, porque cuidaban escrupulosamente que en su presencia ninguna palabra, ningún acto revelase lo contrario. Si bien culpables, aquellas madres demostraban con su respeto a la infancia honrar la pureza y el bien.

LOS HIJOS DE LAS AMIGAS

Los hijos de nuestras amigas son en algo nuestros hijos. Si el afecto no puede tener el mismo grado de intensidad, hagamos que en las manifestaciones casi desaparezca la diferencia. Si por uno u otro motivo nos los confían, usemos con ellos de la paciencia, firmeza y vigilancia que ponemos en práctica para con nuestros hijos. Mala costumbre es la de dejar libres a los niños de los otros para que hagan su voluntad, por no creernos autorizadas a dirigirlos. Cuando un niño está con nosotras tenemos siempre autoridad y deberes hacia él y no estamos exentas de una responsabilidad más o menos seria, aunque digamos no haberlo deseado. Hagamos que nuestros niños cumplan

todas sus obligaciones de cortesía y de hospitalidad con los amiguitos, pero no permitamos por parte de éstos la violencia y el abuso. Si no tenemos hijos, consideremos a los de los demás como seres nacidos de nosotras, proveamos sus necesidades, ocupémonos en su moral, dirijamos su educación. Esto debe hacer cualquier mujer de sentimiento y de corazón.

LAS VACACIONES

¡Las vacaciones! Estación de alegría para los niños, pero muchas veces de doble fatiga para la mamá, que no puede disponer de una hora para sí. Sin embargo, no apruebo el método de ciertas madres que por librarse de sus niños los colocan en otra escuela provisional cuando las escuelas del Estado están cerradas. No. Justo es que también el niño conozca el reposo después de la fatiga, el alivio después del trabajo. Las vacaciones deben ser vacaciones y la mamá debe resignarse a soportar todo el dulce peso de su maternidad. No deje ocioso al niño: tome una maestra para que le dé lección una hora al día; pero las obligaciones han de ser ligeras para no fatigarle como en el tiempo de clase. Provéale de libros, de periódicos, de juguetes ingeniosos, de medios para hacérselos por sí mismo; supla la enseñanza de los maestros con la suya, pero sin que lo parezca, tomando pretexto de una curiosidad, de un acontecimiento, de algo que han visto. Llévelo, de vez en cuando, si es mayorcito, a algún museo, a alguna galería de cuadros, hágale visitar alguna fábrica; procure, en fin, que el reposo resulte provechoso al espíritu de su pequeñín y no se convierta en ocio, pereza o aburrimiento. Será una carga para ella, ya lo sé, pero la maternidad es así, un tejido de abnegaciones y de sumisiones. Dice De Gubernatis: « La educación es la ciencia más difícil, porque debiera ser la de la abnegación absoluta. En efecto, el verdadero educador, para cumplir bien su celosa misión, tendría necesidad de poseer, además

de la sabiduría de Salomón y la paciencia de Job, la abnegación de los santos mátires».

LOS VIAJES

Si tenéis la fortuna de ser ricas, emplead parte de las vacaciones de vuestros hijos en algún viaje interesante e instructivo. Siempre que, se entiende, tengan la edad del discernimiento y puedan desafiar cualquier pequeño tropiezo sin resentirse, adquirirán más conocimientos en un viaje y los retendrán mejor que con el estudio de cien libros aprendidos de memoria. Cierto que precisa, muchas veces, sacrificar nuestro placer al suyo; tratar de que no se cansen, de que en su mente no se enreden demasiadas imágenes; procurar que las recuerden con orden, con claridad: ponernos en situación de darles explicaciones exactas y adaptadas a su inteligencia. Durante el viaje haremos observar a los niños, aun a los menores de edad, si por cualquier causa tenemos que llevarlos de un lugar a otro, las reglas de la urbanidad, puesto que nada es más insoportable en los vagones que los niños mal acostumbrados, que saltan, que pisan los vestidos, que no están quietos un momento y tienen mil necesidades y exigencias. Por esto es preciso que la educación tenga un poco de fondo espartano: que los niños sepan soportar la sed, el hambre y obrar contra el sueño y el cansancio. Animémosles para estas pequeñas victorias sobre la parte material de su organismo, hagámosles ver la belleza y la utilidad de ellas.

EN EL MAR

La playa del mar es un país de conquista para los niños: de conquista y de alegría. Desde el chiquitín que apenas puede tenerse en pie, pero que se esfuerza con la pala en cavar fositas, hasta el hombrecito de diez años que hace dunas de arena y empalizadas con

la seriedad y la prudencia de un verdadero explorador; desde la niña tranquila que va en busca de conchitas hasta la traviesilla que pasa el día en traje de baño para zambullirse en el mar y patear sobre la arena fina y cálida, toda la infancia adora esta vida libre, un poco primitiva, donde camina con los pies desnudos, se viste sucintamente y no tiene miedo de ensuciarse o de estropear sombreros. Sin embargo, he observado que el mar excita los nervios a muchos niños. Algunos que son de carácter humilde y condescendiente, se hacen en el mar irritables y caprichosos. Es preciso tener en cuenta esta influencia del aire o del baño salado para no ser demasiado severos e injustos con ellos. Una mamá debe armarse, en el mar, de una paciencia inagotable; debe también saber sacrificarse sin dificultad. Por la noche, los niños han de ir pronto al lecho; ella no deberá abandonarlos por las reuniones en los establecimientos o en los hoteles, a no ser que sus niños reposen a dos pasos de ella bajo una fiel custodia. Habitúelos a levantarse de madrugada, a ponerse el vestido sin obstáculos, a desnudarse y a vestirse con decencia; si el mar los asusta no les haga entrar por la fuerza, sino por la persuasión, demostrándoles que no existe ningún peligro. La sacudida nerviosa, producida por un baño, les quita todo efecto benéfico. Todas las madres lo saben hoy.

EN EL CAMPO

También el campo es, para los niños, fuente de salud, de bienestar y de alegría; especialmente para los habituados a permanecer muchos meses en la ciudad, la vida libre, sencilla, sana, al contacto de la Naturaleza les ofrece continuos motivos de sorpresa, de distracción, de diversión, de contento. ¡Se necesita tan poco para llenar el alma de un niño! La visita a un caserío rústico lleno de polluelos; un establo donde rumian los bueyes; las colmenas, el borrico, los montones de heno, las gavillas, los trillados, los hermo-

sos cestos de uva de ámbar y de rubí; los carros, en los cuales pueden hacer breves trayectos, las abejas, los gusanos de seda, bastan para entretenerlos desde la mañana a la noche sin que se aburran un momento. Una mamá perspicaz deberá aprovecharse también del interés que el niño demuestra para hacerle adquirir nuevos y prácticos conocimientos, para animarle a la vida sencilla y frugal, a la afabilidad con los inferiores. Vístalo de manera que le deje la mayor libertad de movimiento y quite de los vestidos y de los sombreritos todo adorno demasiado elegante. Permítale, sin embargo, cierta independencia, no lo pierda nunca de vista, no lo deje alejarse solo con otros muchachos, puesto que la corrupción y la malicia son muchas veces mayores entre los niños de la aldea que entre los de la ciudad; hay que advertirlo a las mamás, que muchas veces creen lo contrario. En fin, procuren que los hijitos, aun en el campo, tengan horas de reposo y de ejercicio intelectual; que se presenten siempre a la mesa de modo conveniente para que la vida rural no los convierta en rudos, desgarbados y negligentes.

CASOS DOLOROSOS

También la maternidad, la más pura y más alta entre las complacencias de la mujer, es, muchas veces, motivo de lucha y de dolor. La maternidad es alegre y se cumple y se derrama en la paz serena del nido, bajo la custodia fiel de un compañero tierno y fuerte; se lleva en el vientre o en los brazos, gloriosamente, como una señal de predilección y de ventura; la vemos aumentarse en derredor con ternura multiplicada; es dolorosa la maternidad que se ve desenvolverse con terror, que se está obligada a ocultar como una vergüenza y un deshonor; y lo es, tanto, que las mujeres que se entregaron no tienen, muchas veces, el valor de desafiarlos y se quitan la vida, o bien, más culpables, destruyen el fruto de su amor secreto,

matándolo. Es un delito que hace estremecer; también si pensamos en las tempestades feroces, en las angustias horrendas que aquellas almas han debido experimentar antes de ser trastornadas por la locura que las obligó a violar el más fuerte de los instintos, no podemos por menos de sentir hacia ellas, unido al espanto, un sentimiento de piedad. Habrían sido, quizás, buenas mujeres y buenas madres si los malos ejemplos o la iniquidad y el egoismo de los hombres no las hubiesen puesto en mal camino; si el amor, al cual lo sacrificaron todo, hubiera continuado siendo luz y mira de su existencia.

Pero el amor las ha traicionado, los hombres las han abandonado cuando el placer dejó sitio al deber; las mujeres honradas les vuelven la cara con desprecio, una vida de penas las espera... ¿Qué puede salvarlas de la desesperación? El amor materno es sofocado por el arrepentimiento, las ansias, la ira y la vergüenza; la fe es en ellas una débil llama ofuscada por las pasiones; el sentimiento del deber está trastornado en la conciencia turbada. Sólo la muerte, con su segura paz, con su desprendimiento trágico y absoluto se les ofrece como el único refugio; sólo el borrar violentamente las consecuencias de la falta, parece, a las que no tienen valor para morir, la única reparación. Pero ya es tiempo de que la sociedad, que tiene su parte de responsabilidad en ello, puesto que está compuesta de los mismos individuos que en un momento u otro de su vida fueron objeto de seducción o cómplices de errores, es tiempo de que la sociedad se interese, no sólo materialmente como hace con la maternidad, sino moralmente, realzando en la conciencia pública el concepto de la mujer madre, a cualquier condición que pertenezca, provocando en las mismas desventuradas que cayeron una saludable reacción, la rehabilitación gracias al amor materno; no más vergüenza, sino consuelo, nuevo atractivo para la vida.

Tiempo atrás, un médico milanés me decía que se han hecho a este propósito experimentos con excelentes resultados. En los asilos para los niños de pecho

se permite a las madres ir a lactar a sus hijos y hay instituídos premios en dinero para las que al cabo de cierto tiempo retiren el niño y lo tengan con ellas educándolo amorosa y honradamente. Aquellas a quienes la corrupción y el vicio no han contaminado están así autorizadas para cumplir un acto que ellas creían deber ocultar, y son también ayudadas en la lucha para la vida. Así, van muchísimas y casi todas vuelven a tomar a su niño, porque ya no tienen el valor de abandonarlo después de haberlo amamantado varios meses.

Recuerdo aquí una hermosa y conmovedora novela de Paul Bourget. Una niña seducida y hecha madre, presa de la vergüenza y de la desesperación se propone hacer desaparecer al recién nacido. Pero antes, en los últimos días del embarazo, va a confesarse con un anciano y sabio sacerdote. Y llorando le dice también su triste propósito. El confesor no se escandaliza, no la reprende acerbamente ni le hace entrever las penas eternas, como cualquier otro, quizá, hubiese hecho; le recomienda una sola cosa: «antes de matarlo déle de mamar.» Sabía muy bien que apenas la madre hubiese tenido la criaturita al pecho no tendría corazón para darle la muerte con sus manos. Y así fué. Aquel sacerdote tenía la sabiduría de Salomón.

MADRES CULPABLES

Hay madres todavía más culpables, todavía más dignas y de execración. Y para esas no hay ninguna excusa y ningún juicio será bastante severo. Son las que maltratan a sus hijitos, que aman a uno con preferencia sobre el otro, que los arrastran al camino del mal con los malos ejemplos, con el descuido absoluto, con el vil abandono para huir hacia el placer egoísta: para proponerlos a alguna pasión baja y malsana. Son madres de corazón árido y de cabeza ligera, capaces de recibir a sus adoradores y coquetear con

ellos mientras el niño enfermo desea inútilmente sus cuidados; son madres egoístas que se procuran todos los refinamientos y dejan carecer a los niños de lo necesario; son madres corrompidas que manchan las pequeñas almas cándidas con la inmoralidad de la palabra y de los actos; que enseñan a los niños a mentir, a espiar, a ser delatores y aduladores; que sólo los riñen cuando manchan el vestido y los acarician cuando el amante las mira, como Aspasia, seductora de Leopardo.

¡No digáis que exagero: todas hemos conocido estas madres culpables que profanan su misión! Todas hemos experimentado santos impulsos de desprecio asistiendo a escenas de infancia torturada por la maldad, por el vicio, por el desequilibrio moral. Y hemos oído tal vez, con profundo dolor, con indecible vergüenza de nuestro sexo, a los mismos pequeños mártires erigirse en jueces, narrar historias de vergüenza, formar crueles propósitos para cuando su edad permitiera la realización, o desearse la muerte para huir de la injusticia, de la crueldad!

¡Oh, abracemos a nuestros niños y roguemos! ¡Roguemos a Dios que no conceda la fecundidad a ciertos senos: que jamás se oiga llamar con el sagrado nombre de madre quien no merecía formar parte de la humanidad!

NIÑOS PRECOCES

También la divina flor del genio se abrió en el corazón de un sér terrestre. Dante, Colón, Galileo, Miguel-Angel, fueron frágiles niños y tuvieron necesidad de los cuidados maternales. Destino glorioso y temible, el de ser madre del genio, que no desearía a ninguna mujer sensible y amorosa; verdadero camino de pasión en que el amor materno logra sólo ser inmolado en el Calvario. Pero este destino no se puede cambiar y una mujer debe saberlo aceptar con la sua-

ve humildad de la Virgen cuando se inclinó ante la voluntad del Señor.

Los genios no fueron siempre niños precoces, y viceversa, los niños milagrosamente precoces no resultaron siempre genios. Así se ve a menudo lo opuesto. Pero toda mamá cuyo niño haga a los nueve años una discreta composición, toque algún trozo de música con garbosa interpretación, garabatee figuras en las paredes o resuelva cuatro problemas con cierta facilidad, está persuadida de poseer el super-hombre del porvenir.

¡Cuántos niños son víctimas de las falaces esperanzas y del excesivo amor propio de los padres! Condenados a estudiar mientras los otros niños juegan, los miran con envidia y se ponen melancólicos y hasta se debilitan. O bien, persuadidos de que son verdaderamente un producto especial de la Naturaleza que debe ser cultivado aparte, miran a los demás desde lo alto de su pequeña ambición desmesuradamente crecida, exigen consideraciones, se permiten caprichos: son descorteses, desdeñosos, y la mamá los excusa siempre invocando su genio. Después sucede que si este genio se marchita en gérmen, el niño ya adolescente se encuentra de repente desorientado, extraño a la vida común, aislado; se abandona a una vida inútil de placeres o se encubre en su pasada notoriedad como un rey destronado continúa siendo altanero y orgulloso; una vanidad hinchada de viento que más tarde provocará la risa y la compasión. Hay, sin embargo, verdaderos ingenios precoces: niños que causan admiración por su intuición maravillosa al interpretar cualquier arte o al dedicarse a cualquier estudio.

La madre de estos pequeños privilegiados deberá duplicar los cuidados hacia ellos; deberá vigilar para que nada se pierda de la delicada complicación de su organismo y de su inteligencia; para que no haya desequilibrio alguno; para que pueda crecer sano y multiplicarse cuando venga su verdadera estación. Yo conocí en Milán a la madre del pequeño Miecio Hor-

zowsky, el minúsculo pianista tan gracioso con sus vestiditos de terciopelo, sus largos cabellos que le descendían hasta las rosadas mejillas; tan admirable al interpretar dificilísima música, con una corrección magistral, como al dar a la música de Chopín la serenidad de su alma de niño; y era la mamá de Miecio, pequeñita, delgada, morena, parecida al hijo en la cara un poco ancha, en los ojos inteligentes y velados por una leve melancolía que parecía solamente timidez cuando al lado de su milagroso niño sonreía por nuestros entusiasmos, nuestras ardientes palabras de felicitación y de elogio. Y es quizá por la delicada figurita de aquella madre, que la suerte del pequeño Horzowsky me pareció más aventurada que la de cualquier otro niño artista, y no me llevé la impresión de una anormalidad como muchas veces en semejantes casos me había acaecido.

EL ARTE Y LOS NIÑOS

Eduquemos a nuestros hijos en el amor hacia lo bello, ya para favorecer en ellos el desarrollo del gérmen de alguna tendencia artística que pueda existir en sus intelectos o para consuelo de su vida. «Es preciso cultivar el amor de lo bello para que pueda servir de antídoto al gusto de las cosas vulgares», dice De Gubernatis. Y, recientemente, otro eximio e insigne escritor, Juan Azzali, en un exquisito libro titulado *Educación estética*, consagra un capítulo entero a la necesidad de formar el gusto estético del niño por medio de una cuidadosa selección de lo bello y armonioso y de lo feo, de lo desarmónico y de lo vulgar, en el ambiente donde vive y en sus costumbres. Desde los cantos que mecen sus primeros ensueños hasta los juguetes que les dan las primeras alegrías, desde sus costumbres hasta sus actos y su lenguaje, todo puede concurrir, dice el profesor Azzali, a este desenvolvimiento benéfico; y la educación estética resultará «el medio más poderoso para sacar de la animalidad

y del egoísmo al pequeño sér, combatiendo también ciertas feas tendencias hereditarias y desagradables instintos».

Al paso que el niño crece se puede y se debe alargar el campo de sus impresiones. Libros bien hechos, buena música, nobles ejercicios físicos, la contemplación de las bellezas poéticas de lo creado; y cuando la niñez cede el puesto a la nubilidad, el conocimiento de las obras de arte, en las visitas a las iglesias y a los museos, ayudan muchísimo a darles la comprensión de la verdadera belleza ideal, a suscitarles el respeto y el amor al arte. Una mamá sagaz puede valerse de muchos medios para este fin: por ejemplo, las colecciones de tarjetas ilustradas con reproducciones de monumentos, pinturas o lugares pintorescos; la colección de monedas, conchas y piedrecitas; la máquina fotográfica, los pinceles y la paleta de colores, el estudio de algún instrumento, la declamación de alguna bella poesía. También ayuda la recitación, los diálogos, las comedias entre niños, siempre que sean graciosas, adaptadas y bien enseñadas y aprendidas. Aunque no resulte un artista,—triste privilegio—un joven educado para distinguir el arte verdadero del falso, para la contemplación de la belleza, desde su infancia, poseerá una de las mayores fuerzas para vencer la tristeza, el desconsuelo y aún el dolor.

HIGIENE INFANTIL

Todos los médicos están de acuerdo al declarar que una de las principales causas de la mortalidad en la infancia, desde el nacimiento hasta el sexto año de edad, es la falta de higiene, la ignorancia casi absoluta, y, desgraciadamente, extendida también entre las clases acomodadas, de los cuidados especiales que el delicado organismo requiere para desenvolverse vigorosamente, sin esfuerzo. En algunas grandes ciudades algunos beneméritos higienistas han iniciado un curso elemental de higiene infantil dedicado a las

señoras y señoritas, que pueden así prepararse adecuadamente para la difícil y grave misión de la maternidad. El uso de las fajas, la lactancia mal regulada, los cambios de temperatura a que se expone inconsideradamente a los pequeñines, poca limpieza, alimentos mal condimentados o suministrados en demasiada cantidad, la falta de régimen, de orden en la vida infantil, son las principales causas que determinan las enfermedades o una debilidad orgánica que hará más difícil la resistencia y la reacción. ¡ Cuántas mamás he visto deshacerse en lágrimas ante el lecho del hijito enfermo y no ser capaces, por demasiada indulgencia o por ignorancia, de negarle lo que le es nocivo, de prevenir los males a que está sujeto, con cualquier cuidado, con cualquier debida consideración ! Le deja hartarse de fruta o de dulces, no observa las digestiones, lo lleva por las noches a lugares anti-higiénicos, no vigila el aseo personal, lo abriga excesivamente mucho o poco, lo deja al sol sin sombrerito, le da a beber vino, café, o, lo que es peor, substancias alcohólicas. No piensa que los niños tienen necesidad de movimiento, de luz, de aire libre y seco, y lo tiene inmóvil largas horas en una sillita o encerrado en las estancias de alguna reducida y melancólica habitación.

He observado, sin embargo, con mucha satisfacción, que las mamás modernas son bastante más escrupulosas y fieles observadoras de las reglas higiénicas que las de hace treinta años, llenas todavía de prejuicios, consecuentes a los consejos de las comadres y refractarias a los del médico. Ya no se enfaja a los recién nacidos, se alimentan sólo de leche, con medida, se pesan para regular la alimentación por su desarrollo, se les hace respirar al aire libre, y se les pone, cuando son mayorcitos, sobre las alfombras. Los cochecitos de ruedas de goma han substituído a los brazos de la nodriza, se vigila atentamente su limpieza, no se mecen en las cunas, no se hace uso de narcóticos ni de papillas. Cuando su estómago requiere alimentos más substanciosos, se procura que sean los más nutritivos y li-

geros; se sujeta a los niños a la regla de las horas fijas para las comidas, no se les suministra vino ni otros excitantes. Se les hace pasear cotidianamente por lugares aireados y saludables, se les acuesta pronto, se les levanta no demasiado tarde después de un sueño justo y tranquilo. Se tiene cuidado en no cubrirlos demasiado mucho ni demasiado poco, en hacerlos resistentes—*endurecerlos*, como dicen los ingleses,—a la acción diversa de las temperaturas, pero poco a poco, sin que el exponerlos constituya un peligro.

Las jóvenes madres de Italia miran y siguen sabiamente el ejemplo de la reina Elena de Saboya, modelo de previsión, de amor, de sentido materno, cuyos niños muestran, en efecto, con el feliz resultado de una salud y de una robustez perfecta la gran eficacia de la higiene en la educación de la infancia.

ENFERMEDADES DE LOS NIÑOS Y COMO SE CURAN

«Vestidos parecen algo—dice De Amicis en las sentidas páginas intituladas *Del álbum de un padre*,—desnudos ya no son nada. Se palpa aquel cuerpecito, se siente aquella osamenta sutil que parece se deba despedazar al poner sobre ella la mano y se tiembla pensando a qué tierno hilo está ligada aquella querida vida...» Sí, todos los padres amorosos han temblado ante aquella fragilidad que es para ellos tan preciosa, tan necesaria. Si el niño está bien se piensa con terror en todas las enfermedades que acometen a la infancia: la meningitis, la escarlatina, la difteria, la tos ferina... Si enferman, el corazón sangra de dolor y las visiones más lúgubres nos obsesionan continuamente. Niños, ¡cuántas ansias, lágrimas, emociones, sustos, costáis a las pobres mamás! Una fiebre, un dolor de garganta, una indigestión y toda la casa está en desorden, ya no hay horas para comer, para dormir, ni para nada; todo se detiene como un engranaje al que le falta la

fuerza motriz; todo se olvida como inútil o superfluo; la cuna, la camita de donde la mamá nunca se separa como una vestal que vigila el fuego sagrado, se convierte en el centro del universo.

Los niños, precisamente porque todavía no están formados, enferman más fácilmente que los adultos, pero en sus organismos vírgenes y nuevos, la Naturaleza pone fuerzas de resistencia, de reacción, más puras y más prontas. Cierto que conviene estar al cuidado para intervenir con los remedios, pero no cuidando al bebé como nos parezca o dando oídos a lo que nos sugieren las comadres ignorantes, sino recurriendo inmediatamente al médico de casa—un médico moderno, se entiende—o, si el caso se presenta grave, a un especialista. Este debe ser el primer pensamiento de la mamá, que procurará observar rigurosamente toda prescripción. Cuando los niños se niegan absolutamente a tomar las medicinas, mejor es recurrir al engaño que a la violencia. Un gran médico, el profesor Cattaneo de la Universidad de Parma, especialista en las enfermedades de la infancia, en un volumen suyo sobre este tema recomienda dar la preferencia cuanto sea posible a los medios exteriores de curación y ser parcos, en general, con los remedios suministrados al interior. Entre los medios exteriores pone la hidroterapia bajo sus diversas formas; la revulsión o aplicación de cataplasmas, etc.; el masaje, la gimnasia, la electricidad, las curas climatéricas, los riegos intestinales y los lavados del cutis y mucosas accesibles.

La terapéutica dietética, o sea la regla de los alimentos, constituye también, según el doctor Cattaneo, un medio importantísimo de auxilio para la naturaleza contra las diversas enfermedades, tanto en las de los niños de pecho, para los cuales está siempre indicada la leche de mujer, como en las enfermedades de los niños que ya no maman. Cuando la enfermedad es de carácter gastro-entérico, se debe dejar al intestino el mayor reposo y nutrir al enfermito con sólo líquidos: en los primeros días cocciones de harina o agua albuminosa con un poco de cognac si tiene síntomas de co-

lapso o de disentería. Después se pasa a la leche o bien al caldo, al jugo de carne con un poco de azúcar, etc. En la convalecencia es preciso también atenerse a una dieta nutritiva y líquida. El doctor Cattaneo advierte que los huevos, alimento nutritivo por excelencia, son en general mal digeridos por los niños, y es mejor abstenerse de ellos. Las frutas y las legumbres llevan fácilmente al estómago de los niños los huevos de los microbios que nacen y se desarrollan en el intestino; es preciso proveerse entonces de un vermífugo, pero para los grandes fenómenos que a veces producen no se puede aconsejar una dieta especial. En las enfermedades febriles agudas, la alimentación del niño resulta bastante difícil. A menudo el enfermito rechaza todo alimento y entonces conviene recurrir a la sonda, o a los clísteres nutritivos. Si el niño toma por sí mismo el alimento, hay que darle líquidos que en pequeñas dosis posean mucho valor nutritivo. Sobre todo es necesario sostener las fuerzas del enfermo; esto es lo que se debe tener presente. En la tos ferina se debe usar dieta especial a causa del vómito que casi regularmente sigue a la ingestión de los alimentos. Mejor es fraccionar mucho las comidas y dar cada vez pequeñas cantidades; la dieta láctea es excelente. A los niños mayorcitos, además de la leche, se les puede dar sopas de pan, sesos, crema, gelatina de carne o de fruta.

En las enfermedades nerviosas en general la dieta debe ser corroborante: tales enfermedades y especialmente la de la medula espinal, producen gran consumo de fuerzas que es preciso restaurar con alimentos variados y nutritivos, como también en la tuberculosis y en la escrófula. En estos últimos casos se aconsejan papillas de leche con manteca, leche con bizcochos, carne grasa, alimentos de harinas preparadas con manteca o con aceite, verdura y legumbres frescas en abundancia. Es utilísimo el azúcar. En el raquitismo el alimento debe ser especialmente variado y siempre fresco: el jugo de fruta, naranjas, uvas, está bastante indicado. Las legumbres que contienen hierro, tan ne-

cesario al organismo de los raquíticos, darán buen resultado.

En lugar de la enumeración de los remedios, que ninguna mamá debiera suministrar sin la orden del médico, he creído hacer algo más útil para ellas indicando el modo de coadyuvar, de completar el tratamiento que sólo el médico tiene derecho de prescribir. En efecto, en todo caso de enfermedad infantil, el único deber de una mamá tierna e inteligente es el de poner a su hijo en manos de la ciencia y secundar la obra con confianza, energía y abnegación.

LA RELIGIÓN Y LOS NIÑOS

La primera revelación de la Divinidad debe ser hecha al niño por su madre. Ni los maestros ni los sacerdotes pueden substituirla en esta parte fundamental y alta de su misión. Aprendan a conocer a la Providencia por los besos de ella, por sus cuidados infatigables; la misericordia celeste por su inagotable indulgencia, por su nunca negado perdón; el poder augusto de Dios en la belleza de lo creado y de la Naturaleza, que la mamá revelará al niño según va mostrándose su inteligencia preparada a comprender. En las largas horas en que el alma de la madre y la del hijo se encuentran en comunión tierna e íntima, tendrá cuidado de no restringir el ideal de la religión constriñendo a los niños a prácticas religiosas, sino hablándoles del Sér creador y ordenador de todas las cosas, pondrá sólidas bases a una fe destinada a ser el consuelo y salvación en los años más maduros y pesados.

Breves plegarias por la mañana y por la noche; alguna visita a la iglesia; pero no se lleve a los niños a la Misa o a las funciones religiosas antes de los siete años en consideración a la higiene y aun por respeto al lugar sagrado, donde ellos no pueden conservar la actitud que se requiere, correcta y reverente.

Ocúpese también la mamá en la enseñanza del Ca-

tecismo: si todas las mamás lo hiciesen espontáneamente—como tienen el deber—no se discutiría tanto en la escuela respecto a la enseñanza religiosa. Enséñeles a rezar del modo más sencillo, en la lengua que usan hablando con ella. Precisamente una mamá, una dulce y amorosa inteligencia de mujer y de escritora ha tenido la idea delicadísima de escribir una breve colección de plegarias para sus niños, beneficiando así al mismo tiempo a los niños ajenos, los cuales encontrarán en las sencillas páginas un reflejo de la ternura materna que las ha sugerido. La autora es Sofía Bisi Albini y termino transcribiendo una parte de la bellísima plegaria de la noche, la que los niños dicen ya acomodados en la blanda camita, con los ojitos llenos de sueño y las manitas entre las de la mamá, que se inclina sobre la almohada como la imagen visible del Angel Custodio:

«Ha terminado otro día: ahora todo reposa. Quien ha pasado un buen día Te da las gracias y Te bendice. Quien ha tenido dolores Te pide fuerza para soportarlo y Te bendice. Yo pienso en todas las horas pasadas y Te pido perdón si no he mantenido la promesa que Te he hecho esta mañana. ¡Qué feliz sería si no tuviese ningún remordimiento! En lugar de eso, cada día hay alguna desobediencia, alguna pereza, alguna grosería. ¡Perdóname, Dios mío, y ayúdame a resistir las tentaciones del mal».

LA CONFIRMACIÓN Y LA PRIMERA COMUNIÓN

Piense, sobre todo, la mamá en preparar a los niños a los primeros sacramentos que la Iglesia confiere a los cristianos. Antes de poner al niño bajo la dirección de la autoridad eclesiástica, dispondrá su corazón para la santidad del acto con pláticas morales, con lecturas espirituales, elevando el alma por medio de obras buenas o de sentimientos, más eficaces que una plegaria. A la Confirmación van los niños a los siete

años cumplidos; no aconsejaría a las mamás enviarlos antes. Las niñas se visten de blanco, con un velo con flores sencillas: rosas, jazmines o violetas blancas. El vestido es casi como el de la primera Comunión, pero deja libertad para adornarlo un poco más. Se pueden llevar zapatos de seda; en los cabellos se pueden poner cintas blancas. El niño puede llevar un vestido azul o marrón: no es de rigor en esa edad el cuello alto, el cual se puede sustituir por un cuello vuelto con corbata blanca de lazo amplio. Una cinta blanca con franjas de oro le ciñe el brazo izquierdo. Los zapatos y medias deben ser negros. Algunas mamás visten de blanco también al niño y, en efecto, a los siete años puede parecer muy bien un lirio. Me parece una moda preciosa que se debe difundir.

El padrino del niño y la madrina de la niña, son amigos íntimos o parientes de los padres. Hacen a los niños un regalito de valor y uno de dulces; durante todo el día el niño o la niña permanecen con ellos, en la comida, en el paseo, y no vuelven a casa hasta la hora de dormir.

La primera Comunión exige mayor austeridad. El vestido de la niña debe ser sencillísimo; correctamente negro, cuello alto, cinta blanca el traje del niño, quien llevará de nuevo en el brazo izquierdo el místico brazalete con franja de oro. En el ojal podrá llevar un minúsculo crucifijo de plata con cinta blanca o azul. El piadoso día se vive todo en la intimidad de la familia. La mamá lo conducirá a la iglesia, asistirá a la ceremonia, lo volverá a casa, le hará visitar a los parientes que, viejos o enfermos, no hubieran podido asistir a la ceremonia, y no dará a nadie el encargo de quitar el largo velo blanco, símbolo de inocencia y de modestia.

Excelente cosa hará la mamá si quiere solemnizar el piadoso día con buenas obras, por ejemplo, vestir a una comulgante pobre, interesando en ello especialmente a su hija.

EL COLEGIO

Muchos padres ensalzan los colegios de internos como el medio apto por excelencia para conseguir la educación perfecta; otros, en lugar de eso, los rechazan obstinadamente. Yo creo que el internado es bueno para ciertos casos especiales, pero no es adaptable a todos los temperamentos ni a todos los niños; no es aconsejable como único sistema de educación física, moral e intelectual. En las circunstancias dolorosas, como la falta de un padre para un niño o de la madre para una niña, son providenciales los colegios; en los casos de segundas nupcias, de separación entre los padres o de irremediable desacuerdo entre ellos; cuando hay algún mal ejemplo en familia, o cualquier enfermedad crónica y triste de algún pariente. Es útil el internado cuando los padres de los niños viven en pequeños centros de provincia, en aldeas aisladas, donde no son posibles otros medios, no sólo de instrucción, sino de civilización. Es benéfico a menudo el internado para los caracteres indomables, violentos, para los niños viciosos, para las niñas vanidosas y coquetas, o excesivamente vivarachas. Pero cuando una familia está constituída normalmente y reina en ella la concordia y vive en un centro de cultura, no aconsejaría a ninguna madre que alejase de su lado a sus hijos. Es mejor los maestros a domicilio; mejor las escuelas frecuentadas diariamente. Los internados, por mucho que hayan procurado amoldarse a las necesidades de nuestros tiempos, son siempre el producto pedagógico de una edad pasada, inferiores a cuanto hoy se requiere y se puede obtener para la formación del hombre y de la mujer del porvenir.

EN ALTA MAR

Como los navegantes en la buena estación tienen dispuestas las cosas necesarias contra la tempestad, así los prudentes enmedio de la buena ventura preparan los socorros contra la adversidad.

PLUTARCO.

LOS MARIDOS JUZGADOS POR LAS MUJERES

PONED juntas tres mujeres entre las cuales haya un poco de confianza y hallaréis que entre discusiones sobre la forma de los sombreros y sobre la extensión de las mangas andan mezclados los maridos. Y entonces ¡Dios mío! vienen los lamentos interminables, las requisitorias feroces, los desahogos dramáticos, los propósitos trágicos. Vistos a través de tales prismas, los maridos parecen monstruos de crueldad, tanto que a su lado Barba Azul es un ángel de consuelo. Sin embargo, encontraron mujeres que no sólo consintieron en dividir con ellas su vida, sino que en cierta época los desearon como el ideal, los miraron como semidioses al lado de los otros hombres. ¿Por qué? Porque entonces estaban enamorados—responden las mujeres,—eran novios y ahora son maridos. Apenas el hombre se convierte en marido entra en una categoría especial; puede ser el poeta más célebre, el hombre político más eminente; puede realizar actos magnánimos y obras buenas; puede despertar entusiasmos y simpatías, pero no podrá nunca librarse de aquellas faltas, de aquellos defectos especiales inherentes a su estado de marido

y que lo hace aparecer a los ojos de la mujer diferente que a los del mundo.

Un marido es siempre impaciente, egoísta, avaro; muchas veces regañón, violento, irrazonable; y hasta infiel el noventa por ciento de las veces. La mujer conoce, además, sus pequeñas atenciones, sus pequeñas debilidades, y aquel lado cómico que descubre el ridículo que todo carácter lleva en sí. Y frecuentemente este lado sin poesía sólo se ha revelado—¡esto es lo peor!—al día siguiente de la boda. Así la mujer, cuando oye elogiar al marido a quien no lo conoce como ella, ensalzar la igualdad de carácter, la finura de los modales, la generosidad, la bondad, sonríe y calla; aquella sonrisa y aquel silencio son, para quien lo comprende, un comentario elocuentísimo.

Poned la mano sobre la conciencia, queridas señoras. ¿Estáis bien seguras de ser impecables? ¿Estáis ciertas de que la impaciencia, la avaricia, la incontentabilidad, la infidelidad misma, no tengan en vosotras su remoto pero seguro origen? Si hacéis vuestros caprichos, si no os uniformáis siempre a los gustos de vuestro compañero de existencia, si, en fin, ya no sois tan tiernas con él como en los primeros tiempos y con el descuido en el vestir y una actitud libre favorecéis las faltas de consideración y la desaparición de la poesía—hablemos claro—¿de quién es la culpa? Siquiera, siquiera ¡a partes iguales! Aunque en general se crea lo contrario, yo tengo la opinión de que es la mujer quien hace al marido bueno o malo. No es siempre por mala voluntad; alguna vez es por inexperiencia, por debilidad, por falta de superioridad o de intuición, pero siempre está en ella el principio de la disgregación, del desequilibrio conyugal. ¿El remedio? Este es infalible: ¡hágase amar! Su ingenio, su corazón, su físico, empléelos en esto. Y el marido curará como por encanto de todos sus defectos.

LA EDAD DEL MARIDO Y LA DE LA MUJER

Muchas veces, sin embargo, la primera causa de las discordias domésticas hay que buscarla en la demasiada diferencia de años que separa a los dos cónyuges. Se comprende que una esposa de veinticinco años debe ver la vida bajo otro aspecto que el esposo de cincuenta; que los gustos y las costumbres de un joven esposo pueden no estar acordes con los gustos y las costumbres de una mujer ya madura. Ciertos matrimonios mal unidos por la edad llevan en sí el germen de la disolución o, lo que es peor, de un largo matrimonio, por lo que la prudencia al contraerlos nunca será bastante recomendada a aquellos a quienes el amor momentáneamente ciega. Se dan, no obstante, casos de unión en que a pesar de la diferencia de años entre los dos han hallado fácilmente las dotes físicas o morales necesarias para lograr un buen resultado. Es verdad; ciertas jóvenes no muy bellas, pero muy buenas, muy dóciles e ignorantes de la vida, más deseosas de ternura y de apoyo que de amor, vivieron en tranquila y dulce serenidad al lado del marido de los cabellos grises, que tenía sin embargo la salud bien conservada, mucha fineza de modales, mucho tacto en su conducta, etc. O bien un joven que se enamoró perdidamente de una mujer que rayaba en los cuarenta, y se obstinó en casarse con ella, no tuvo que arrepentirse de ello; la amó siempre y le fué fiel: pero aquella mujer seguía siendo a pesar de los años fascinadora y graciosa y estaba dotada de ánimo y de inteligencia superiores. Uno de los más grandes ejemplos de amor que quedaron en la historia es el de Musset y la Jorge Sand, que tenía quince o veinte años más que él; uno de los más grandes ejemplos de fidelidad se encuentra en Roberto Browning, el poeta inglés, hacia su compañera Elisabet, tres lustros mayor que él. Pero no hallamos, o no recuerdo, ejemplos especiales

de fidelidad y de constancia en el otro caso, en el caso del marido viejo y de la mujer joven. Esto induciría a creer que un gran elemento de buen resultado reside en la experiencia de la mujer, en su fuerza de voluntad, en la conciencia de su individualidad y en el pleno desenvolvimiento de sus energías mentales y sentimentales, evoluciones que se efectúan solamente con la edad, cuando no haya sido preparada (¡y se debiera!) con una educación especial.

LA MUJER DEL HOMBRE DE TALENTO

«No se debiera nunca cometer la locura de casarse con un hombre de talento—dice Ida Baccini—pero una vez casados conviene elevarnos hasta él y no pretender que él descienda hasta nosotras». Palabras justísimas: pues aunque el hombre de talento halle al principio cierta complacencia en que la ignorancia descanse a su lado, demuestra después no soportar con mucha filosofía las consecuencias directas de esta ignorancia que son la petulancia, la chismografía, las pequeñeces. Una mujer que no respete el recogimiento del pensador y la inspiración del artista; que no sepa ser indulgente con ciertas negligencias suyas, ciertas desatenciones y quizá alguna desigualdad de amor o desequilibrio de nervios, tributo que los señores de la vida intelectual pagan a menudo a las frágiles naturalezas humanas; esta mujer no podrá nunca hacer buenas las horas de reposo en la intimidad doméstica, no secundará, sino que hará más difíciles los esfuerzos del hombre de talento hacia su ideal. Si ella es joven tendrá ganas de divertirse y obligará al marido a frecuentar lugares mundanos donde él estará incómodo, donde quizá un estúpido conquistador, para quien la elegancia es el todo, osará poner en ridículo su cuello que no es de la última moda, o cualquier inexperiencia social en que podrá incurrir él, que vive en una esfera tan distinta y superior. Si la mujer no es joven, le reprobará quizá el dinero que gasta en libros,

en experimentos científicos, en congresos, en exposiciones y lo humillará estúpidamente haciéndole observar que sus fatigas son sin fruto, que su arte no sirve más que para perder el tiempo. O le llenará la casa de objetos de mal gusto o le hará enrojecer por las singularidades que explicará imperturbable en presencia de los invitados y de los amigos.

«Se casa con algo más que con un hombre cuando se casa con su ideal», dice Emilio de Marchi con la nobleza que le es peculiar. En efecto, una mujer que se resuelve a unir su destino al de un sér superior, debe antes que todo, sentir el orgullo de haber sido la elegida y proponerse no resultar nunca inferior en el concepto que se ha formado de ella quien la ha escogido. Llamada a dividir una vida que puede desenvolverse en espirales fúlgidas ascendentes hasta el apoteosis o perderse en un laberinto entre profundas tinieblas sin esperanza de salir de él, deberá conservarse fuerte, sin embriagarse en la ventura, sin desanimarse en la mala suerte. Redoblará la previsión, la intuición, la tolerancia, el espíritu de sacrificio, se confundirá a sí misma en la personalidad de su compañero, satisfecha con ser la sombra refrigerante, el sostén secreto, la benéfica hada oculta: con ser una de las causas principales quizá de su magnífico florecimiento ideal que asombra al mundo. Para una mujer de inteligencia y de corazón ninguna misión más elegida, más envidiable que ésta, que ser la digna compañera del genio o solamente del hombre de talento; vivir con él y para él la doble vida del corazón y de la idea.

A FUEGO EXTINGUIDO

«*La destinée a deux manières de nous briser*,—dice agudamente Federico Amiel,—*en se refusant a nos desirs et en les accomplissant.*» ¡Cuántas cosas fervientemente desadas: acontecimientos, circunstancias, concesiones, posesión, que parecían la cumbre de la felicidad y por las cuales habríamos dado años de vida,

cuando las hemos obtenido se convierten en el origen de nuestras desgracias, en el tormento cruel de toda la existencia! Así sucede desgraciadamente con muchas uniones, contraídas en un período de exaltación que tomamos por amor eterno e infinito; obligadas por una satisfacción de amor propio, de vanidad, sin interrogarnos bien, sin haber reflexionado qué elementos de bienestar y de estabilidad puede ofrecer tal matrimonio para nosotros y para los demás.

Este es el motivo por el cual, después de un año o dos, marido y mujer llegan a ser casi indiferentes el uno para el otro, y en vez de buscarse asiduamente como consuelo y dulzura, se soportan con más o menos filosofía, dedicándose cada cual por su parte al género de vida que más le gusta y defendiendo gustos y costumbres con arrogancia, con tenacidad, con violencia. El fuego que encendió los corazones se ha extinguido: era quizá un fuego de paja, pero ninguna chispa queda para conservar las huellas: nada; no encontramos más que materia carbonizada y destruída. El marido ve claramente todos los defectos de la mujer, aquellos defectos que en la luna de miel le parecían gracias seductoras. La mujer ve los defectos del marido, tan claros y en relieve como si mirase a través de un cristal de aumento, aquello mismo que en el período del noviazgo le parecían otras tantas virtudes. Entrambos sufren entonces las consecuencias de la desconsideración, de la obstinación, de la ceguera voluntaria y arrastran las cadenas que con sus mismas manos se han atado, consumiéndose en secreto, experimentando exceso de íntima desesperación ante el pensamiento de que todavía son jóvenes, que tendrán que vivir aún de aquel modo veinte, treinta, cuarenta años, sin esperanza de libertad, sin poder ya disponer de su alma y de su persona... La estimación recíproca, el gran sostén del amor cuando la efervescencia pasional ha pasado, en estas uniones desconsideradas, de ilusiones, de cálculo, es difícil de conservar; el concepto del deber es casi siempre superficial e imperfecto. Motivados por el egoísmo, estos matrimonios con-

tinúan alimentándose de solo egoísmo entre los choques, las ofensas, las injurias; alguna vez es la lucha feroz de dos náufragos que quieren salvarse el uno a costa del otro y en la mayor parte de los casos sólo consiguen ahogarse ambos miserablemente.

TENTACIÓN

Cuando una mujer ha cesado de amar a su marido, bien por haber experimentado grandes desilusiones, porque su temperamento impresionable e impulsivo no le consienta la estabilidad de los sentimientos o por la larga costumbre de la vida común que acaba, por lo menos, quitando al amor todo carácter de pasión y lo hace entrar en la tranquila categoría de los afectos, entonces se encuentra en el momento más peligroso de su vida de mujer honrada.

Un triste sentimiento de vacío, de insuficiencia, invade poco a poco su corazón; todo parece palidecer en ella y fuera de ella como después de la puesta del sol; fantasía, alma y sentidos, callan en un silencio grave y mortal. Pero es precisamente en la sombra y en el silencio donde la antigua y legendaria serpiente de la tentación se arrastra maligna y traidora. Una frase de admiración hacia su persona, expresada por labios masculinos en forma más ardiente y más elegante que las acostumbradas; una mirada añadida a una música excitadora; una asiduidad fiel; preferencias reveladoras y tal vez una carta audaz, una seductora visión exhibida con astucia y he aquí que la serpiente venenosa ha entrado ya en el corazón y anida en él. Y lo más peligroso es que el mal, lo ilícito, entra en nosotras bajo las apariencias de la virtud. La esposa olvidada está persuadida de que aquellos homenajes especiales, aquellas preferencias no son más que consuelos espirituales que alguna noble alma de varón llena de piedad por su estado, desea darle. La mujer que no ama ya, cree entrever en la manifestación de simpatía, una afinidad intelectual o moral, un refugio,

una compensación a la frialdad de su aislamiento íntimo y se abandona convencida de no faltar a ninguno de sus deberes. Además aquellas manifestaciones ¡son tan tímidas! ¡es tan poco lo que se le pide! y este nuevo sentimiento que le entibia el alma como un hálito de primavera es tan puro, se mantendrá siempre tan elevado, tan superior, que sólo una duda le parece profanación. Y nuevamente ilusa abre los oídos a los cantos de las eternas Sirenas, mientras debiera como el prudente Ulises tapárselos con cera y seguir su camino. Dice Fenelon: «*Il faut laisser la tentation gronder autour de nous, comme un voyageur surpris par un grand vent dans une campagne s'enveloppe dans son manteau et va toujours malgré le mauvais temps.*»

LA AMARGA DULZURA

Durante algún tiempo este nuevo elemento infiltrado en la conciencia secreta puede dar un beneficio ficticio, la ilusión de un aumento de vida, como ciertas medicinas destinadas a aumentar temporalmente las fuerzas del enfermo. Es como una nueva primavera. Se vuelven a experimentar sentimientos, sensaciones olvidadas, se siente la alegría de la juventud, de la belleza, del ingenio que la suerte ha dado. El sentimiento ya no languidece ocioso, tiene un objeto en que ejercitarse; el corazón ya no se contrae, está hinchado como una vela al viento. Pero este estado de satisfacción es transitorio. En una noche de soledad, contemplando el plenilunio, la invade de repente una ola de amargura. ¿Por que? Es el sentimiento de lo imposible, de lo prohibido; es la opresión de la barrera férrea puesta entre nosotras y el hermoso sueño; es el lamento, la ira dolorosa de pasar junto a la felicidad, sin poder decir al momento fugitivo, en la plenitud, en la victoria del deseo apagado, por un día, por una hora, por un momento: «¡Detente, eres hermoso!»

«*Il n'y a en amour que les commencements*—dice Arsène Houssaye.—*Les beaux romans sont ceux qu'on*

ne finit pas.» Pero el amor obedece a la ley eterna que lo rige, que le ordena completarse, poseer sin restricciones, sin impedimentos y todo lo que tiende a desviarlo de su camino normal, lo irrita, lo altera, lo aniquila. En ciertas almas nobles, estas veredas del destino y de la voluntad pueden transformar al amor en algo sublime y eterno: arte, heroísmo, sumisión a la humanidad. Por un amor desventurado, Dante ha hecho la *Divina Comedia*, y Wagner el *Tristán e Isolda*; y si las obras mejores de los poetas y de los artistas pudieran revelarnos el secreto de su origen, hallaríamos siempre el dolor de una pasión que no tuvo humana realización y se convierte en aspiración, en arte, en belleza.

Pero en cambio de estas conclusiones heroicas, sobrehumanas ¡cuánto martirio, largo, secreto, en la sombra! Es una breve palabra la que quita todo rayo de esperanza, la que preludia irremediablemente el camino, que cava el abismo: ¡*Nunca*! ¡no será *nunca*! Bastaba una pequeña circunstancia: ir o no ir a un lugar; encontrarse o no con una amiga en determinado día; haber escrito o no una carta, para que nuestro destino sea distinto, para que en vez de una cadena de plomo, hubiésemos podido ceñirnos una guirnalda de flores. Pero ahora es demasiado tarde, nuestro destino está fijado inexorablemente; el pensamiento de lo que hubiera podido ser lo hace todavía más penoso. «Mírame a la cara—canta el poeta inglés Dante Gabriel Rossetti,—me llamo: *Lo que hubiera podido ser.* Me llamo también: *Nunca jamás.—Demasiado tarde.—Adiós.*»

Sin embargo, en estas condenas de amor hay amarga dulzura. El sentimiento que no puede apagarse en la posesión completa se exalta en el propio martirio, se une al otro sentimiento en las puras esferas del ideal. «Son esposos sin bodas, como los astros y las palmeras.» Nunca serán el uno del otro, porque otro vínculo, un deber lo prohibe; pero se pertenecen espiritualmente, con el pensamiento, con el alma, con el corazón,

con la inteligencia; su sacrificio hará más sólido, más indisoluble, más fiel el dulce y triste amor...

EL MAL Y EL REMEDIO

Muchas mujeres hacen esto:—y logran, por cierto tiempo, hallar el remedio, el alivio,—el cuerpo para el marido, el alma para el amante ideal. ¡Como si el compuesto de sensaciones y de sentimientos que constituyen una individualidad humana pudiese separarse así para llegar a la división absoluta! ¡Como si la infidelidad no estuviese representada más que por un acto material y no por el consentimiento de las nobles facultades: pensamiento, deseo, arrojo espiritual! ¡Como si desnudo del perfume del sentimiento el don de sí, tuviese todavía algún valor para quien considera el amor más que como un sentimiento animal! La infidelidad verdadera, la violación del juramento y del deber comienza en el primer pensamiento de preferencia, en el primer impulso de inclinación que una mujer siente voluntariamente hacia el que no es su marido. ¡Es inútil hacerse ilusiones! Puesto el pie sobre una pendiente resbaladiza no se puede detener cuando se quiera y es preciso ir hasta el fondo, hasta la caída vergonzosa y fatal. El remedio debe ser pronto, enérgico, radical. Evitar la fantasía, la soledad, el ocio, las ocasiones; cortar de raíz a cualquier insinuación, apagar inmediatamente con una actitud hasta excesivamente reservada y fría toda esperanza, todo ardor demasiado vivo que nos manifiesten. No combatir la íntima lucha con el pensamiento fijo de lo ilícito, puesto que se excitaría más. «*Plus on lutte contre un sentiment, plus on y pense et y penser c'est l'éxaspérer*», dice Paul Bourget. El mejor medio para combatir una pasión es el de suspender por cierto tiempo nuestra vida moral. Y ¿cómo lo lograremos? Consagrándonos a cualquier ocupación, a cualquier misión, a cualquier empresa que nos absorba completa-

mente, que exija el concurso de todas nuestras energías. Al principio, la forzada desviación de fuerzas ideales hacia un fin que no es aquel al que convergen naturalmente, es fatigosa, pero después el esfuerzo disminuye, viene la satisfacción consoladora y pura de la victoria que ya se entrevé, el orgullo íntimo y profundo de sentir la conciencia tranquila, de sentirse digna de encontrar con la frente alta la mirada del esposo, de posar los labios sobre las cabecitas inocentes de nuestros hijos.

UN PUNTO SOLO FUE LO QUE NOS VENCIÓ

Unas veces se cura, pero otras se sucumbe. El enemigo que está dentro de nosotras vigila, agresivo, paciente y audaz, especialmente en los comienzos de nuestra resistencia, espía cada momento de debilidad, cada circunstancia propicia y se aprovecha para un asalto supremo y muchas veces decisivo.

«Un punto solo fué lo que nos venció», dice Francisca llorando al piadoso Dante. Un punto, una frase leída, la sugestión del beso amoroso de Ginebra y Lanzarote, levantaron tan alto la onda de la pasión para desplomarla sobre los amantes. Pero ¿a qué leer una historia de amor, aquellos dos que se amaban?

«¡Ay de mí! ¡Ay de mí!—se lamentaba Francisca en la tragedia de un moderno poeta inglés:—¿Por qué conocer el amor para después perderlo así? ¿Por qué perder el sueño, el sueño grande y maravilloso?»

Un momento de debilidad, de ligereza, de imprudencia y muchas veces la fatigosa obra de meses de la voluntad, queda destruída, todo buen propósito dispersado; todo un pasado de integridad naufraga, todo un porvenir de paz y de honradez está demolido.

Dice Goethe en *Arminio y Dorotea*:

Decidere un momento
Suol della vita umana e dell'umano
Destin; però che l'ultimo partito

Cui, dopo lungo meditar s'appiglia
Finalmente il pensiero, è parto anch'esso
Del momento. (1).

y el Petrarca:

Cerco del viver mio novo consiglio
E veggio il meglio ed al peggior m'appiglio.
. . . . . .
Ond'io consiglio voi che siete in via
Volgete i passi: e voi ch'Amore avvampa
Non v'indugiate sull'estremo ardore (2).

EL HURACÁN

Decid a la flecha lanzada que se detenga en mitad del camino; decid a la piedrecita arrojada al agua que no toque el fondo; decid al capullo expuesto al sol que no se abra; decid a la leña de una hoguera inflamada que no arda, pero no digáis al amor que se revela, que responde, que concede, que se detenga en las esferas azules del ideal. El amor en su estado agudo es una atracción violenta, absorción, fusión, negación, vértigo y locura. Nada puede interrumpirlo una vez dado el impulso fatal; el genio del Dante simbolizó bien la pasión con el huracán que revuelve a los amantes como frágiles hojas y los arroja contra el granito árido de las rocas salvajes. Así es: algo más fuerte que el deseo, que la voluntad, que la resistencia; algo que arrastra, que da vértigo, que mata sin dar la muerte.

El ser vencido se abandona. Se abandona con una especie de desafío a su destino, con una embriaguez loca, sin resistencia, casi sin conocimiento de su res-

---

(1) Un momento solo decide de la vida humana y del humano destino; sin embargo, la última determinación a que se acoge por fin el pensamiento después de largo meditar, es obra también del momento.

(2) Busco en la vida nuevo consejo y dejo el mejor y al peor me acojo.

. . . . . .

Donde yo aconsejo, vosotros que estáis en camino volved los pasos: y vosotros a quienes el Amor abrasa no os retardéis en el extremado ardor.

ponsabilidad y de sus acciones. Todo otro afecto palidece en él, todo otro motivo de vida se atrofia, todo se absorbe, se sacrifica a la única flor del mal que se abre monstruosa en su corazón.

El marido, los hijos, la casa, desaparecen en su egoísmo amoroso: no piensa más que en engañarlos, en librarse de los vínculos que la sujetan, para entregarse completamente al cráter que la abrasa y que le da el sentimiento de la vida. Ciega, no ve las redes y tropieza en ellas; no ve los peligros y se arroja en ellos con necia temeridad. Pierde la noción del tiempo, de la ley ineludible de las cosas y cree que todo el porvenir se contiene en las vueltas repetidas hasta el infinito de aquellas horas afanosas que ella llama de felicidad; cree que todos son ciegos, locos e ilusos como ella y que ciertas faltas, ciertos errores voluntarios, ciertos sacrificios, se pueden cumplir siempre impunemente y no traen consigo la expiación larga, triste y dolorosa o un tremendo y fulgurante castigo...

CARTAS DE AMOR

¿Quién es la mujer que no ha recibido, que no ha escrito una carta de amor? ¿Que no conoce esta seducción entre las principales de una unión tierna y ardiente? ¿Esta alegría entre las más profundas y puras? Carta significa, es verdad, separación, pero ¡qué alta, qué divina compensación puede ser una carta en la que el alma derrama entera, en todo su fervor, toda la poesía, el arrojo, la elocuencia del sentimiento que la hace vibrar como un arpa melodiosa, comunicado al alma que palpitante recoge este tesoro, la misma emoción de quien lo comunica! La palabra proferida resplandece y se pierde, la palabra escrita resplandece y se fija duradera, ¡ay! muchas veces, más que la fragilidad humana, que la vida, que el impulso por el cual relampagueó como viva centella, pálida y tardía frente al deseo. Sin embargo, el deseo se disipa, el amor desaparece y la palabra escrita está todavía ahí,

ardiente, conmovida, sugestiva,—imagen vana y fatal de algo que no existe ya...

Carta de amor significa a menudo vulgaridad, retórica común, fingimiento, engaño cómico y maligno, vicio y sensualidad, ingenuidad y primavera, sumisión altísima y sublime, heroismo, purificación. Hay cartas que son el espejo fiel de una personalidad moral e intelectual y tan completo que recibirla equivale a poseer a aquel sér del mejor modo; cartas que desafían cualquier distancia, cualquier fatalidad del destino y pueden ser para el alma apasionada y austera el mejor alimento.

Sin embargo, ¡cuánto mal han hecho las cartas de amor! ¡De cuánto daño fueron origen! Casi todas las tragedias comenzaron con una carta substraída, perdida, descubierta. Son muchas veces la primera revelación del amor y el triste último saludo. El epistolario amoroso de una mujer de corazón y de talento constituiría quizá la más delicada y apasionada novela que jamás se ha visto ni leído. «En la lectura epistolar—dice De Gubernatis—son generalmente las mujeres quienes llevan la ventaja, puesto que si se muestran tal vez comedidas y poco simpáticas cuando escriben para el público, se revelan incomparables en la conversación íntima, en sus monólogos profundos y sobre todo en su correspondencia».

Pero es precisamente esta facilidad de abandono el motivo muchas veces de nuestra ruina. ¡Cuántas mujeres se han arrepentido amargamente de haber escrito cartas reveladoras, cartas de intimidad y de pasión a hombres a quienes después reconocieron indignísimos de su confianza, de su sumisión! Sin embargo, no basta la experiencia y las cartas de amor continúan descubriendo el alma como su flor más bella, en una primavera incesantemente renovada, y se expiden confiando al frágil sobre toda nuestra alma; y se reciben y se leen como bebiendo en una fuente nueva de vida y energía...

Pero adoradas o desdeñadas, benditas o malditas, ¡salve, oh flores del corazón, del ingenio, del bien y

del mal! ¡Salve, pequeñas mártires, que en compensación a la hora divina que dísteis, muchas veces os espera la vergüenza; se os lacera, se os destruye, se os dispersa! También está en vosotras, otras cartas existentes en los misteriosos escondrijos—viejas cartas de amor—cartas sepultadas vivas, escritas en vano, respiradas en vano, tristes restos de naufragio que fuísteis alegría, gloria, riqueza de un alma; obras de arte ignoradas y exquisitas compuestas por un solo sér; esencia de pasión, cartas que fuísteis la vida y el porvenir, que ahora sois la muerte y el pasado: también está en vosotras, especialmente en vosotras, la melancólica caricia del pensamiento, la efusión del corazón cómplice...

LA PRIMERA VEZ

En sus finas y sugestivas novelas, Paul Bourget ha hecho magistralmente la psicología del estado de ánimo de la mujer honrada, que se dispone a ir a la primera cita de amor. La más apasionada, la más resuelta, tiene siempre una última lucha que vencer, una suprema duda que superar. Quizá si desde el momento fatal en que la imprudente promesa le salió de los labios, hasta la hora del cumplimiento, no hubiese transcurrido más que un instante, aquella lucha, aquella duda, no habría tenido tiempo de formarse; pero una hora, un día, son más que suficientes para determinar una reflexión saludable, un arrepentimiento, un despertar de conciencia, un escrúpulo, un remordimieto. Pero la promesa ha sido hecha solemnemente: la palabra está dada, el consentimiento se escapó entre una sonrisa y un suspiro. No puede ya retractarse, no puede ya eludir la palpitante espera, no puede llevar una amargura profunda a quien quiere colmarla de felicidad. Debe ir e irá. Se hace fatalista:—¡Era el destino! ¡Debía terminar así! Inútil resistir, inútil rebelarse. ¡Está escrito!—Pero la alta embriaguez de la pasión que le había dado la alegría de su holocausto de amor, la ha abandonado; la venda que la cegaba

va perdiéndose y ve ¡ay! sobre qué borde de precipicio camina y sintiéndose, sin embargo, atraída, experimenta terror. No obstante, nada puede ya detenerla; debe ir, ¡irá! Se lo repite a sí misma como una orden, como una plegadera. Se siente pusilánime y se sonríe en su secreto, se ofrece el ejemplo de otras, de muchas de sus amigas; trata de persuadirse de que *todas las mujeres hacen lo mismo.* Aviva ante sus ojos la imagen del que la espera, que la adora y que será suyo—¡oh, de seguro!—por toda la vida; se repite a sí misma, enumerándolas, las raras cualidades que él posee de discreción, de generosidad, de caballerosidad; que será el amante prudente y fiel por excelencia; que nadie sabrá nunca nada. Lo ha decidido, lo ha prometido, irá. Nada puede detenerla, ni sus afectos, ni los recuerdos de su vida pura, ni las imágenes de sus delicadas ocupaciones cuando tenía la conciencia tranquila... Pero ¿si lloviese fuerte, de modo que no pudiera salir? ¿Si la atacase la fiebre? ¿Si un telegrama la llamase a otra parte? ¡Nada! En el fatal día, en la fatal hora brilla un sol refulgente, ella se siente bien y ningún telegrama viene a cambiar su destino. Se viste y piensa: «Pues bien, iré, pero no estaré más que un minuto... le rogaré que me respete si me ama... Quizá me dará esta prueba». Se anima y sale, toma un coche, da una dirección... El corazón le late; lo comprime con las manitas enguantadas. ¡Está decidido; el dado está echado! En la inmensa turbación todavía le queda un poco de conciencia que basta para oir una voz íntima, una voz parecida a la de su madre, gritarle: «¡No! Todavía puedes salvarte si quieres; entre ti y lo irreparable aún hay un paso, no lo hagas». En lugar de eso...

Traspasa el umbral que volverá a pasar contaminada, impura.

EL AMANTE

Ella tiene un amante. Como las mujeres de quienes ayer hablaba con desprecio desde lo alto de su segura honradez y a quienes hoy no osa ya reprobar, tiene un amante. Todo escrúpulo ha vencido, ha seguido a su instinto, su impulso de deseo, de pasión, y se ha dado a otro hombre, a quien ama más que al marido, más que a su decoro, más que a su dignidad de mujer y de madre. Pero también este hombre la adora. Su amor es completamente diverso de la ternura tranquila, tibia, del esposo. Ha encontrado en él — ¡ah! ¿por qué tan tarde?—el ideal de su juventud, el verdadero compañero de su carne y de su alma:

C'est que j'ai rencontré des régards dont la flamme
Semble avec mes régards ou briller ou mourir,
Et cette âme sœur de mon âme
Hélas! que j'attendais pour aimer et souffrir

repite con el poeta francés y experimenta la voluptuosidad de consumarse en el íntimo ardor.

Pero desde aquel día, cuya fecha no podrá nunca olvidar, una inquietud, una excitación, se han enseñoreado de ella, la empujan aquí y allí fuera de las dulces paredes hechas para la serena paz del alma y las ocupaciones buenas y pacientes. La casa está ahora en manos de los criados; los niños, abandonados; el marido es a la sazón para ella solamente un peso que soportar, que evitar todo lo posible, un desahogo para sus malhumores y sus irritaciones de nervios ahora frecuentísimos. Huye de la soledad que le causa horror, o la llena de lecturas depravadas, de cartas ardientes y locas para aquel por quien sufre al vivir separada de él, a quien quisiera siempre a su lado. Procura ponerse lo más bella que puede para agradarle cada vez más. Busca los tocados más caprichosos, los vestidos más provocadores, sorda, hostil a las observaciones del marido, y gastando más de lo que sus medios le permiti-

rían, frecuentando febril e infatigablemente todas las reuniones, para encontrarse con *él*, arrastrando aquí y allá a los niños para mejor eludir la bondad del marido y muchas veces haciéndolos asistir a sus coloquios con el amante, en algún jardín público, en alguna calle desierta...

LAS RIVALES

Pero pronto, demasiado pronto, se da cuenta de que tampoco este grande amor al que tanto ha sacrificado, esta hoguera de pasión donde ha creído purificarse ardiendo, puede colmar su alma ávida e inquieta. El hombre encontrado demasiado tarde en la vida tiene, como ella, un pasado cuyas partes más celosas permanecen en la sombra y sobre el cual siente con dolor no poder mostrar derecho alguno. Ha tenido otras amantes antes que a ella, lo supo por sus labios en un momento de abandono, por alguna amiga ignorante, por algún confidente fiel. Sabe quienes son aquellas mujeres y ya no está tranquila. Su sociedad es la misma; se encuentran y los celos la torturan con sus agudas puntas crueles. Tal vez le parece ver en los ojos del amante una queja, sentir en alguna palabra una evocación triste; cree sorprender una sonrisa, una mirada intencionada y entonces se enfada, le recrimina, le desdeña, le ofende. Algunas veces el amante está casado... puesto que la pasión que la inflamaba no ha encontrado los diques capaces de detener el curso borrascoso; sufre por las atenciones que él dice estar obligado a tener hacia su mujer — buena y amorosa, — con la madre de sus hijos. La intrusa siente la superioridad de la posición de la otra, siente que en el fondo es la rival más temible y con miles de artificios, a veces maldades, trata de destruir, de rebajar el concepto de la otra a los ojos del hombre a quien quisiera todo para sí. Pasa noches de insomnio, preocupada con el pensamiento de que aquella mujer que descansa al lado de

él, fuerte en sus derechos podría volverlo a conquistar completamente un día u otro, para siempre.

Además tiene las rivales futuras. Hoy aquel hombre es suyo, sojuzgado por ella, pero ¿y mañana? Ella no es muy joven y la pasión y las luchas van dejando huellas en su cara. El, al contrario, como hombre, está en la plenitud de la vida. Su elegancia, sus modales insinuantes, su ingenio, disponen favorablemente para él a los corazones femeninos. Hay señoras más jóvenes y bellas que ella, más ricas y más elegantes... él las admira, quizá desea alguna... que mañana la conquistará como la ha conquistado a ella. O bien, se casará. Verá a una jovencita graciosa, fresca, pura, y la cogerá como una flor, y ella que no ha podido darle la virginidad de su cuerpo como le ha dado las primicias de su pasión será desdeñada, abandonada, mirada con disgusto, con desprecio...

VICTORIAS Y DERROTAS

Empieza entonces para la mísera una vida de tormentosas angustias. Los celos y el miedo de verse abandonada, suplantada, no la dejan, alteran su físico y su moral. Se hace insoportable aun a su amante, por sus exigencias, por sus caprichos, por su irascibilidad; sus coloquios ya no son más que contiendas, escenas de acusaciones y de perdón, después de las cuales el amor adquiere un carácter áspero, tiránico, se convierte en excesos desesperados o cae en torpezas improvisadas, que sólo la voluntad acierta a impedir. Pero ya no es espontáneo, ambos lo conocen y tiemblan porque les asusta el anuncio del fin. Ella no se preocupa más que de vencer, de vencer siempre, de superar a las otras en fascinación y en lujo, en bizarría y, por desgracia, en corrupción. Todo medio le parece bueno para conservar a aquel a quien ama y cuya huída teme. Muchas veces logra dominar, triunfar, demostrar que su poder seductor es todavía fuerte; reconocer que las otras mujeres que la rodeaban en una reunión, en un

paseo, en un teatro, eran inferiores a ella, y si no le complace, encuentra parte de su serena alegría, su amor delicado y ferviente. Pero otras veces es derrotada por un lujo más pomposo, por una belleza más fresca, por un espíritu más brillante, por una cultura más fina, y lee sus derrotas en las miradas, en las sonrisas pérfidas de las amigas envidiosas, oye la confirmación en alguna frase ingénua o imprudente, y la encuentra—¡oh, dolor!—en las pupilas, en el continente, en las palabras del hombre por quien quería ser invencible como la diosa Venus.. El despecho, la amargura, la angustia la asaltan en tumulto, aparecen en sus actos, en su expresión, en toda su persona, haciéndola todavía más desagradable. Derrotas que terminan siempre en alguna violenta crisis de nervios, cuyos principales efectos sufren la camarera y el marido...

HUMILLACIONES

Estas son las humillaciones más fuertes y más dolorosas. Pero al lado de estas están las otras, menores, más igualmente difíciles de soportar para quien no ha errado por corrupción sino por amor. La primera humillación viene de la conciencia ante la cual no se puede fingir como ante los ojos ajenos. «¡Cuántas veces—escribe Amiel—somos hipócritas presentándonos semejantes a nosotros mismos en apariencia para los otros, mientras tenemos la certidumbre de ser distintos en nuestro interior!» Cuando la mujer infiel a sus mayores deberes se encuentra con aquellas hacia quienes dirigía sus críticas, sus punzantes ironías, sus altivos desdenes, y al nivel de las cuales se siente en su corazón, inclina la frente pensativa y dolorosa. Además, sus costumbres cambiadas, la modificación de su modo de vestir, la mayor licencia en los modales y en el hablar que, involuntariamente, ha tomado desviándola del camino recto, permiten a los demás usar con ella maneras y lenguaje más libres por lo que se siente íntimamente afrentada sin verse con derecho de ofenderse manifies-

tamente. En tanto su amor clandestino, que ella creía un secreto profundo, ya no lo es para nadie, excepción, quizá, del ingénuo marido. Las conveniencias, su actitud en público, sus imprudencias, la poca discreción de alguna amiga, la astucia de los servidores, la han traicionado. Encuentra miradas que la hacen vibrar de ira o enrojecer de vergüenza; recoge dobles sentidos de frases que le son más amargas que un veneno mortal; está obligada a sonreir a las bromas groseras por las cuales abofetaría al audaz autor. El amante mismo va olvidando las consideraciones que ella creía tener derecho de exigir siempre, y sus escepticismos, sus impaciencias y sus brutalidades, significan la ausencia de aquella estimación que sólo da el respeto. Atormentada por estas picaduras que se repiten cotidianamente y terminan exasperándola hasta no poder sufrir más, la desventurada se ve obligada a gritar: «¡Respetadme! ¡Yo no soy de *aquellas*!» Pero si una de *aquellas* pudiese oírla quizá le respondería: «Sin embargo, tú eres peor que yo, que no tuve una madre que me educara para el bien: que no tengo marido e hijos para que me socorran y defiendan. Tuviste una salvación en las tempestades de la vida, yo no la tenía. Ahora nos ahogamos las dos, pero ¿quién fué más necia e imperdonable, tú o yo?»

LA COMPLICIDAD

La ayuda recíproca es necesaria tanto para el mal como para el bien. La mujer que tiene algo que ocultar a los ojos del mundo o de alguna persona, está obligada a recurrir a la complicidad. Pero sea la complicidad piadosa y desinteresada de una amiga, sea la complicidad vendida de los criados, hay siempre en este acto que recurrir a la intervención ajena para un fin ilícito, bajo y triste. Está forzada a revelar a aquellos de los cuales desea ayuda la intimidad más celosa de su alma, a ponerse en sus manos, confiando en su prudencia, en su fidelidad: prudencia y fidelidad du-

dosas si en la amiga complaciente existe un poco de ligereza, un poco de envidia o algo de susceptibilidad; si en la camarera queda un poco de descontento por una recompensa no bastante generosa, se produce alguna reacción por la que la aliada se convierte en enemiga.

Para conjurar estos peligros la señora la llena de regalos, le concede todos los permisos que pide; cierra los ojos a los defectos, finge no oir sus respuestas insolentes, le permite familiaridades, tanto que aquella, fuerte con el poder que le da la complicidad de las intrigas de la señora, se convierte en la verdadera tirana de la casa. Con la amiga complaciente es casi servil. También le hace regalos en todas ocasiones, invitaciones, adulaciones contínuas, predilecciones de todas las maneras. Si la amiga tiene también alguna... debilidad, la beneficiada la hará los mismos servicios que recibe, y muchas de estas amistades femeninas donde falta estimación y afecto verdadero, no tienen otra base que la de una mútua complicidad, de un interés común en buscarse y sostenerse una a otra.

Pero la complicidad más dolorosa y más peligrosa es la de los advenedizos: porteros, criados de hotel, cocheros, carteros, mozos, recaderos. Toda esta gente huele el contrabando y no sólo especula con él, sino que se burla, se divierte y muchas veces traiciona en recompensa...

EL ARTE DE MENTIR

Además existe un estudio que la mujer que se desvía se ve obligada a hacer; es un arte que le es necesario aprender. Estudio penoso, arte bien triste para aquellos caracteres en quienes el disimulo es tortura, el fingimiento angustia suprema. Es el estudio de ocultar, el arte de mentir.

Desde el día fatal en que se entregó a otro hombre, el disimulo y la mentira se han convertido en una necesidad de su vida. Se ve obligada a fingir con el

marido un sentimiento que ya no abriga, que está muerto en su corazón. Debe habituarse a oir el nombre de *él*, a pronunciarlo también, con indiferencia, como el de cualquier conocido; a saludarle cuando lo encuentra en presencia del marido o de otros; a conversar con él, serena, cortés, reservada, como con los demás. Si alguien lo difama delante de ella, no puede salir en su defensa, no puede hacer callar al maldiciente, si no su interés sería notado, su ardor comentado y su dulce y tremendo misterio revelado al mundo. Y cuando alguna duda o algún celo le hayan puesto el infierno en el alma, deberá mostrar todavía, en casa y fuera de ella, su cara tranquila y sonriente, y si encuentra a la rival temida se verá obligada a saludarla como amiga; si alguien—ingénuo o maligno—hallase su aspecto un poco extraño, deberá encontrar un motivo, justo, plausible o llevar con mayor energía la máscara de mujer satisfecha y alegre. Algún día volverá tarde, o hallará a un amigo del marido o al marido mismo donde no pensaba hallarlo; entonces tendrá que inventar toda una historia con apariencias de verdad, y si ha despertado temores, dudas, calmarlos, hacerlos desaparecer con su continente de mujer que nada tiene que reprocharse: con los labios ardientes todavía de los besos del amante, deberá dar al esposo sus caricias, mostrarse más tierna que de costumbre para borrar aquella sombra de sospecha... Repito: para ciertos caracteres sinceros, impulsivos, esta necesidad del subterfugio, del escondrijo, del engaño, de la mentira, es tan terrible e insoportable pena, que no raramente prefieren romper abiertamente con las leyes sociales, con los vínculos antiguos y apelan a resoluciones extremas, que hacen las situaciones irreparables.

EL SILENCIO

«Pero—dice Eduardo Rod en su novela noble y pasional *Le silence*—el disimulo y la mentira no son

siempre humillantes; sucede, en lugar de eso, que ennoblecen, como todo lo que nos obliga a un gran empleo de energías interiores. Amar y sufrir en silencio: ¿no comprendéis lo que significa esto algunas veces? Cierto; no veo por qué dar a entender ciertas relaciones vulgares que no tienen otro fin que el de una sensualidad grosera, como acontece comúnmente entre seres inferiores, insignificantes o corrompidos. Pero un amor verdadero, que invada el alma entera, que la conquiste, la absorba, la exalte, la haga mejor; que domine solo, corazón e inteligencia; uno de estos amores infinitamente raros, infinitamente preciosos, que son la más bella flor de la vida, y que nunca, ¡nunca se podrá confesar!... ¡Probad, pues, de medir la fuerza que se necesita para impedirle que se traicione con una palabra, con un acto, con una mirada! ¡Calculad el heroísmo que sacrifica a las leyes la libre y valiente expresión, al convencionalismo, a las costumbres de una sociedad a la cual es mil veces superior!... ¿Y cuando semejante amor se convierte en dolor? ¿Y cuando atraviesa una de aquellas crisis en que el corazón se quebranta, en que asoman gritos a los labios y se sofocan sollozos en la garganta? Sin embargo, hay que reprimirlo todo. ¡Pensad en lo que cuesta en tales horas la máscara de la indiferencia, pensad en las torturas que oculta! Decidme si la hipocresía del silencio, la mentira de la voz tranquila, la simulación de vivir, la vida que los otros viven no son también sacrificio, el más doloroso que se puede exigir de un hombre, y por consecuencia, el más noble...»

La protagonista de esta novela donde domina el ideal del deber, como en todos los escritos de Rod, recibe el anuncio de la muerte del hombre profunda y secretamente amado, de los labios de una persona ligera y mundana, en una comida de invitación. Ella debe contenerse, limitar su lamentación, desviar poco a poco la conversación del lúgubre argumento, para que sus huéspedes no se aflijan demasiado; ocuparse en ellos toda la noche... ¡Oh! ¿qué es al lado de esta inenarrable tortura el dolor más grande, pero compartido,

libremente expresado, consolado con los lamentos de otros? ¿No adquiere el primero una grandiosidad bastante más trágica, bastante más heróica, en su muda tempestad no vista, disimulada valientemente?

O bien, no es la muerte, es una separación igualmente amarga, igualmente suprema. Es la ausencia del sér amado, su abandono, su sumisión a otro sér. Es preciso saber callar, saberse separar sin desesperación, fingir enhorabuenas si es un matrimonio que se celebra y continuar frecuentando todos los lugares donde se encontraba *él* que ahora ya no está; estar alegre y sonriente y delicada con todos, mientras el corazón gime y el alma naufraga; comportarse como si nada grave e irremediable nos hubiese sucedido; como si para nosotras no se hubiese puesto el sol...

EL DIA TERRIBLE

Estos amores irregulares nacen con su condena de muerte. Si las imprudentes que se aventuran pudiesen ver lo que las espera en un porvenir casi siempre no lejano, pudiesen vivir a guisa de experimento una de aquellas horas tremendas de expiación más duradera y más grave aún, la mayor parte de las veces, que la la culpa, quizá retrocederían a tiempo. Sea la violencia misma de que están compuestos ciertos amores la que los hace pronto consumirse; sea la naturaleza humana, que física y moralmente sufre al vivir fuera de la armonía y los extingue; sea la ilusión de la impunidad que hace descuidar la medida de prudencia preparando las catástrofes, estos amores pasan como huracanes sobre las pobres almas femeninas. Los hombres sufren más superficialmente por la muerte del amor, quizá porque no se abandonan por completo, con todo el sér pensador y sensible, en todos los momentos del día, como hace la mujer cuando ama con pasión, y que todo el mundo desaparece para ella que se ha creado un mundo en su corazón. Se dice que el amor para el hombre es un episodio, para la mujer un poema; todas las mu-

jeres que saben lo que es amar y sufrir, comprenderán la triste verdad de esta definición. Un poema dramático, añado yo, por la fatalidad que preside al epílogo. ¡Oh, *aquel* día! un extremado beso en una estación; un apretón de manos angustioso en el ángulo de una calle; una mirada llena de dolor al salir de un salón; una breve y solemne palabra, un *adiós* escrito entre sollozos en el fondo de una carta... y después, la soledad, el silencio, el desierto, como cuando ha pasado la muerte...

O bien, en plena eflorescencia, en plena seguridad, una delación, una traición, una sospecha que adquiere bases de realidad, y la carta, escrita en el absoluto abandono, donde está todo el ardor del alma, toda la confesión de la culpa, se halla en manos del esposo ofendido y engañado: o el escondrijo confiado es bruscamente invadido y la culpable se ve sorprendida donde las pruebas de la infidelidad son tan evidentes que el negar sería un absurdo.

Yo creo que aquel momento debe ser más amargo que la muerte misma, para una mujer que haya conservado en el extravío de la pasión el sentimiento del pudor, de la vergüenza, de la piedad para los otros y para sí. ¡Todo se agita en vano en aquel momento: pasado, porvenir y presente! ¿Qué hacer, qué decir, en aquel terrible instante? El cómodo velo de la hipocresía está lacerado, entonces aparece como es verdaderamente, adúltera, con la mancha de su falta en la frente. Ya no sirven las protestas, las justificaciones. Sólo le quedan dos caminos: afirmar audazmente su nuevo amor y preferirlo manifiestamente, o echarse a los pies del hombre cruelmente ofendido e implorar su perdón.

LA INFLEXIBILIDAD DEL PERDÓN

Pero no siempre se concede el perdón. Muchas veces el ofendido quiere ver si el arrepentimiento es sincero, si será duradero o si no es el producto de una sacudida momentánea, quizá del miedo. Y la mujer con-

tinúa viviendo como antes en su casa donde nada parece cambiado, pero donde, en lugar de eso, está todo tan sustancialmente transformado en torno de ella. Siente sobre sus actos, sobre sus palabras, sobre sus pensamientos recónditos, la vigilancia severa del hombre que la custodia como un carcelero, que la espía, que desconfía de ella, que la habla duramente, que sustrae los hijos a sus cuidados. La gran llama que la ha perdido no se ha extinguido, pero convencida del error, de la necesidad de sofocarla, lucha valientemente. Lucha pero sin ayuda; lucha con una desesperación de voluntad, preguntándose qué será en adelante de ella privada de toda dulzura. El marido, que la adoraba, se ha convertido en un tirano. Ya no tiene ninguna manifestación de afecto, sólo una fría cortesía ante los hijos y los extraños. Ella comprende que sólo el temor del escándalo, el amor a los niños u otros motivos ajenos al sentimiento, determinan al marido a permanecer a su lado; pero en su mirada llena de ironía o de desprecio, comprende que con triste gesto la arrojaría de casa.

Otras veces el marido es generoso y perdona. Cree en el arrepentimiento, en su duración. La vida, después de la profunda sacudida que pudo haberla renovado, se vuelve a tomar como antes, en apariencia y en realidad. Pero ella ya no se siente ¡oh, no! la de antes. El huracán de la pasión le ha devastado el alma. Le parece ser un náufrago en una playa desierta. La misma bondad del esposo la humilla, es un motivo más de afán y de remordimiento. Quisiera volver a amarlo, pero no puede, porque la imagen del *otro* está fija en su cerebro, en su alma, le circula en la sangre. Quisiera olvidar, volver a su vida plácida de mujer honrada, pero el error fatal la ha transformado, le ha envenenado todo reposo, todo origen de dulzura. Besando a sus niños piensa con terror que Dios podría castigarla en ellos por su pecado; que una vez adultos podrían saber que ella fué una mujer infiel y una mala madre y la despreciarían... Siente que ningún arrepentimiento, por muy profundo que

sea, ningún perdón por muy absoluto, podrá nunca borrar la mancha de aquella vergüenza secreta que llevará hasta la muerte como una expiación.

LA TRAGEDIA

Pero no todos los maridos son tan moralmente fuertes y adormecen o toleran la injuria de la traición a la fe conyugal. Los hay que se abandonan al impulso de su ira, de su pasión celosa y golpean ciegamente o arrojan de casa a la culpable. Las crónicas de los diarios están siempre llenas de maridos engañados que matan, hieren o maltratan a su compañera, transformando el drama en tragedia. Sin embargo, ¡cuántas veces, el hecho que los exaspera hasta transformarlos en asesinos no es más que una consecuencia natural y fatal de su conducta, de su modo de obrar con su mujer, de sus vicios, de su misma infidelidad! Si la ley concediese a ambos cónyuges el derecho de matar a aquel de los dos que falta a la fe dada, el primero en irse al otro mundo sería siempree, estoy segura, el marido. Quien lleva a menudo la mayor cantidad de ilusiones al matrimonio es la mujer; quien sufre más desengaños es ella; y tantos sufre a veces que un cambio completo se efectúa en su mundo moral. De confiada se convierte en escéptica, de tierna y piadosa en desdeñosa y áspera, de celosa observadora del propio deber se vuelve descuidada y perjura. ¿Y esto por qué? Porque la vida, después de los desengaños que ha recibido, se le aparece bajo otro aspecto y en la amarga evolución se siente libre de las propias obligaciones del momento, puesto que su compañero no observa las suyas. El le ha dado el mal ejemplo, ella lo sigue y se excede porque es más débil, más impulsiva, más inexperta que él. «*Ce ne sont pas les trahisons des femmes qui nous apprennent le plus à nous défier d'elles. Ce sont les nôtres*», ha dicho Bourget. Francesca da Polenta traicionó al esposo, pero Ganciotto la había precedido en el camino del engaño cuando la hizo pedir

por esposa por su hermano Pablo, hermosísimo, dejando que lo tomen equivocadamente por él, feo y cojo. Ofensa por ofensa. ¡Oh! Antes de despedir, antes de golpear, antes de matar, interrogad, hombres, vuestra conciencia y si la encontráis limpia de todo remordimiento, si no os reprocha absolutamente nada en vuestra conducta del pasado o del presente hacia la que os ha traicionado, entonces — pero solamente entonces — ¡golpead, matad!

EL INOCENTE

La creación tiene sus orígenes envueltos en el misterio y a veces sucede que estos abrazos ilícitos son fecundos, y un sér no llamado, no deseado viene a la luz. Entonces el engaño a que la mujer se ve obligada a recurrir, resulta más grave, más bajo, más dañoso. Sabe que aquella criatura nacida bajo el techo conyugal, puesta en la misma cuna que ha servido para los otros niños, que ha de recibir los mismos cuidados, las mismas caricias, es una intrusa; que para su conciencia secreta es y será eternamente la prueba evidente de su culpable error; que crecerá al lado de los hijos suyos y del marido, llevando en las venas otra sangre, otros instintos, quizá, que puede hacer de ella un tirano, un usurpador. Y el marido, ignorante, lo ama, lo acaricia, gasta en su educación, tal vez lo hace su predilecto porque tiene el carácter más afectuoso, el ingenio más vivo. ¡Oh! ¡Qué contraste cruel se subleva entonces en el ánimo de la mujer, si su conciencia es todavía sensible, si no erró por vicio vulgar sino por alguna sorpresa de los sentidos o del corazón! ¡No poder decir al engañado: «La criatura que tienes en los brazos, a la que halagas con las más cariñosas palabras, que te llama con el dulce nombre de padre *no es tuya*! ¡Esos ojos a los que sonríes, esos labios que tú besas, son de un hombre a quien tú odiarías si supieras lo que me ha amado y lo que le he amado!» Y no poder decir al *otro*, al verdadero padre, al lejano:

«¡Ven a gozar de las caricias del pequeño sér que es tuyo, que de derecho te pertenece; hazte llamar papá, muéstralo con orgullo al mundo!»

¡Terribles angustias para un delicado corazón femenino; terrible expiación secreta! En tanto, el pequeño sér no llamado ni deseado, tiene necesidad de amor, de cuidados, para desenvolverse, para vivir. El no pidió abrir los ojos a la luz, germinó como una buena semilla en un terreno fecundo, obedeciendo a las leyes de la Naturaleza. Es inocente; él solo es inocente, quizá, entre todos; y ¿deberá sufrir él solo las consecuencias de la falta que no es suya? ¡Piedad, amor, respeto para él!...

SEPARACIÓN Y DIVORCIO

Dice un proverbio francés:

Le bruit est pour le fat; la plainte est pour le sot.
L'honnête homme trompé s'éloigne et ne dit mot.

En efecto, muchos hombres de bien, engañados, siguen el consejo de este sabio, no hacen ruido ni se lamentan, pero la condenan a la pena más justa y muchas veces más amarga: al abandono.

Por lo demás, me parece que en ciertos casos de infidelidad manifiesta, de irremediable oposición de carácter, de extravagancia, en cualquier caso, en suma, en que la vida común se convierte en tortura de todas las horas, en lugar de las vulgares contiendas que degradan, exasperan y no remedian nada, es bastante mejor y más digno separarse, temporalmente o para siempre...

Es un paso arduo y cruel, lo sé. Es un anillo que se despedaza, es un pasado de que se reniega, que se borra. El hombre con el cual declaramos no poder y no querer ya vivir, fué, poco o mucho, un ideal perseguido; fué el que nos inició en la vida, el que nos dió la gloria y la alegría de la maternidad. Pero, puesto que no se tuvo la fuerza para resistir a la tentación o no se tiene la paciencia para soportar, el único reme-

dio es el de libertarse, de reconquistar la propia independencia. La vida será igualmente destrozada, será quizá más difícil; porque la posición de una mujer separada del marido, es como nunca escabrosa, pero se tendrá al menos la paz, no se dará a los hijos el triste ejemplo de la discordia, de la violencia, no se disminuirá la autoridad paterna y materna a sus ojos. Por lo tanto, la mujer no ha de creer que separarse del marido, es recuperar entera la libertad y prepararse para transformar la vida con alegría. La separación no es más que un remedio, extremo, cruel, desesperado, si se quiere, y como tal deberá ser adoptado y considerado. Además, la existencia de una mujer separada del marido, debe ser más rígida y austera todavía que el de una viuda. Bástele haber reconquistado la paz y procure aprovecharse de ella para rehabilitarse, si lo necesita, o para demostrar, si solamente fué víctima, que no deseó la independencia para segundos fines. Si tiene hijos, dedíquese enteramente a ellos; serán un consuelo y un noble objeto de su vida. Si no los tiene, evite vivir sola, vuelva a entrar en su familia si puede o viva con algún pariente, alguna amiga, de conducta irreprensible. Retírese de la sociedad mundana, hágase un estrecho círculo de amistades leales y sinceras que puedan aconsejarla, apoyarla, defenderla, en caso de necesidad. Quizá pasados los años, cuando el otoño de la vida haya mitigado la efervescencia de las pasiones, si su actitud fué irreprochable y si en su corazón no se extinguió del todo el amor de su juventud y de las primeras alegrías que tuvo, entonces podrá reunirse todavía al compañero de otro tiempo y, olvidando mutuamente faltas y errores, podrán, en puesto seguro, esperar juntos el invierno de la edad y combatir la tristeza con su afecto, renovado por la experiencia y purificado por la soledad.

El divorcio da a la mujer una posición más neta y regular que la simple separación; le devuelve su libertad completa, le permite también contraer un nuevo matrimonio. Sin embargo, las señoras no son, en general, partidarias del divorcio. Temo que su contrarie-

dad dependa más de un prejuicio, de una opinión superficial en torno del asunto que de un criterio exacto, de una reflexión meditada y profunda. Ser contrarias al divorcio es lo mismo que ser contrarias al acto de la amputación quirúrgica. También sé yo que a nadie puede gustar y que no se haría ninguno cortar un brazo o una pierna por capricho, por amor a la novedad o por librarse de un reumatismo. Pero cuando la vida anda por medio y no hubiese otra resolución, sería loco o suicida voluntario el que, por respetar la integridad de su cuerpo o por cobardía, no se sometiera al remedio doloroso, radical y supremo. ¿Convenís en ella, amigas mías?

EL DESTIERRO

Despedida, separada o divorciada, la mujer deberá hacer la vida de destierro. A no ser que habite en ciudades grandísimas, como Londres, Nueva York, París, Viena, donde se puede no encontrar a una señora, daría prueba de poco tacto y de poca seriedad si después de un acontecimiento tan grave continuase llevando la misma vida en el mismo lugar que le ha visto esposa, en su casa conyugal, quizá, por algún tiempo, tranquila y feliz. Una nueva existencia comienza para ella, pero, tenga o no necesidad de expiar, sea su situación precaria o definida, al menos en los primeros años, debe desaparecer de la sociedad. Demasiado ha visto al mundo ocuparse de ella; debe poner toda clase de cuidados para hacerse olvidar. Si es rica, viaje, vaya al extranjero, donde nadie la conoce, donde no encontrará miradas irónicas y llenas de falsa piedad, donde no podrán serle dedicados por labios demasiado complacientes, comentarios poco caritativos que se hacen a costa suya, aunque tenga razón; puesto que, es triste pero es verdad que la mujer está siempre destinada a llevar el peso de las consecuencias aun de culpas ajenas. La distracción de ver ciudades nuevas, costumbres diversas, obras de arte y aspectos naturales de otro ca-

rácter, le darán alegría, calmarán sus nervios en tumulto, la habituarán gratamente al cambio radical de su vida, el cual, aunque deseado, no podrá por menos de trastornar su intimidad. Si no es rica conténtese con viajes menos largos, vaya donde tenga algún pariente o alguna amiga, pero aléjese de todos modos de la ciudad donde moraba, vuelva tarde, rara y provisionalmente, por consideración al marido y a sí misma y por respeto a su pasado. Si la separación se efectúa amistosamente, deberá conservar con el hombre que fué su compañero aquellas relaciones de conveniencia social que observa con los hombres de bien de su sociedad; use con él deferencia y generosidad; procure ponerse de acuerdo con él por medio de sus representantes; si lo encuentra, sea correcta, cordial, amistosa, según los casos; si él tiene necesidad de su ayuda de cualquier modo que sea, ayúdelo cordialmente; si sufre y desea su consuelo, no se lo niegue. Piense que la bondad, la misericordia, aun hacia quien no lo merece, son bellas y conformes a su misión femenina, y que es mejor tenerse que reprochar un exceso de docilidad que uno de inflexibilidad.

Si desgraciadamente tiene hijos consigo, o en un colegio, impóngase escrupulosamente con ellos la máxima prudencia al hablar del padre. Aunque tenga él la mayor culpa, aunque fuese el hombre más vil, ni una acusación ni un juicio deberá salir de sus labios. Trate también de disculparse, si puede, con alguna piadosa mentira; exija de los niños la mayor consideración para él, cultive su afecto filial, promueva también alguna pequeña manifestación. No debe olvidar que la influencia de un alma inocente y grande puede ser eficaz aún para las almas más extraviadas por el error. Por conciencia, por una extremada piedad, abra este camino de salvación al desviado...

¡TODO POR NADA!

«Nunca se ama como se es amado; por eso el arte de ser feliz en amor, consiste en dar todo sin pedir nada».

Sin embargo, yo respondería a Bourget que, el tormento más duro del amor está precisamente en esto: en no sentirse correspondido en la misma medida en que damos el sentimiento. La tímida y fresca flor que encuentra la aridez de un terreno estéril está obligada a marchitarse; la llama ardiente que encuentra la piedra de granito se repliega humeante y triste; el agua que rebota alegre y encuentra la cavidad helada enmudece y se congela. Así es el amor que vive de correspondencia, de fusión, de armonía.

¡Pobres corazones de mujer, cuántas veces fuisteis como la tímida flor, como la pura llama, como la límpida corriente; y la aridez, la dureza, el hielo, mataron en vosotras el impulso divino! Sin embargo, os habríais contentado con poco, con un poco de refrigerio, de respiración, de calor... Ni siquiera esto; ¡el egoísmo humano lo aceptó todo y no os dió nada! Os prometió ternura, reposo, fidelidad, ardor; os deslumbró con miradas, os embriagó con cantos de pasión, os envolvió en los velos de iris del sueño, del sueño eterno, invencible, para respirar un momento vuestra belleza, el perfume de vuestra alma, aun, tal vez, para recibir la luz de los rayos de vuestra inteligencia y ayuda para correr al asalto de la vida, y después os dejó caer desde lo alto de vuestro paraíso al abismo más profundo de la soledad, de la desilusión y del dolor...

¡Pobres corazones femeninos! ¡Lo dísteis todo por nada! Paz, serenidad, afectos antiguos y seguros, pudor, honradez, dignidad, salud, ingenio, belleza, todos vuestros más preciosos y celosos tesoros, y recibísteis en cambio la ingratitud, la traición, el olvido. Y en el día más amargo de la vida, en el día en que el sueño deja lugar a la austera verdad, en que la expiación comienza, en aquel día terrible en que sentís más que nunca la importancia de vuestra rendición y la necesidad de un brazo que os socorra y defienda, de un pecho viril que os anime, de una voz que os haga levantar la frente, pobres corazones, ¿cuántas veces halláis estos socorros? ¿Cuántas veces se responde a vuestro llamar desesperado?

Estáis solas, sobre un montón de ruinas; solas con vuestros lamentos, con vuestros remordimientos, quizá, en una noche sin fin. ¡Pobres corazones! Por grave que haya sido vuestro error, el dolor inefable de aquella hora trágica os redime, os purifica, os absuelve...

ÚLTIMO REFUGIO

A los ojos de las moribundas de dolor aparece entonces la cima salvadora de un último refugio. Las plegarias de su infancia inocente, de su casta adolescencia, vuelven poco a poco a sus labios desde la lejanía del pasado. Se unen las manos en el gesto piadoso que habían olvidado y ruegan a Dios. Son imploraciones de ayuda, mezcladas con deseos de morir, rebeliones de un amor que no quiere extinguirse y quejas desesperadas; son deseos de paz y demandas de sobrehumanas energías. Y la Bondad suprema y misteriosa que vigila en los ardores del tiempo, que sabe el por qué del amor y del dolor, todo lo recoge y no deja nada sin consuelo. La plegaria angustiosa de las horas supremas, compuesta de llantos y lamentos, transforma la árida desesperación en una fecunda virtud confortadora. Se siente que aquel sufrimiento no es en vano, que nos eleva, que nos reconstruye, maltratándonos, que no seremos ya las de antes, pues los hombres y sus acciones, la vida y sus vicisitudes, nos aparecen bajo otro aspecto. Los miraremos desde un lugar más vasto y más alto. Y entre el martirio se siente confusamente que los seres que han atravesado la existencia sin conocer las luchas más ásperas y los dolores más amargos, no vencieron completamente como nosotras, que llegamos a la altura y medimos la profundidad.

Por lo tanto no debemos doblegarnos y gemir, contar infructuosamente nuestras heridas, sino que deberemos tener la voluntad de curarlas, de resurgir más valerosas y más dignas. Nada se debe olvidar del pasado, pero nada se debe rechazar de lo futuro. La vida es lucha, prueba, fatiga, destierro; aceptémosla como

tal; el considerarla como un jardín es inútil y dañoso. Es preciso someterse a los males como a necesidades ineludibles y acoger el bien con reconocimiento, como una recompensa inmerecida, como un consuelo pasajero, como el oasis refrigerador que el peregrino encuentra en el desierto. Seamos fuertes y no desconozcamos ningún don que la divina bondad pone al alcance de nuestra mano, muchas veces milagrosamente, en las más terribles tormentas. Adelantémonos con nuestros martirios, con nuestras cruces, con nuestras tristezas y ocultémoslas con una sonrisa a quien quiera aliviarnos las fatigas del camino. Es necesario creer después de haber creído inútilmente, esperar después de haber vanamente esperado, amar aun después de la muerte del amor. Precisamente una mujer que sufrió y amó tumultuosamente, que conocía el corazón humano y convertía en arte los triunfos y las miserias, uno de los ingenios más valerosos del siglo, decía:

«*Il faut aimer, il faut souffrir, il faut pleurer, éspérer*, etc... *ne pas compter les chutes, les blessures, les vains éspoirs, les cruels événements de la pensée, mais toujours se relever, ramasser, rassembler les lambeaux de son cœur accrochés à toutes les ronces du chemin, aller toujours à Dieu, avec ce sanglant trophée.*»

Domus-Mundus

"El nido es siempre el refugio más tibio donde es agradable recogerse, donde se desparraman mejor los sueños y la canción de amor se eleva más dulce y penetrante."

A. DE GUBERNATIS.

CRIADA Y AMA DE CASA

CUANDO se dice de una señora:—Es una excelente ama de casa—los refinados experimentan casi una impresión de disgusto. Es porque imaginan a la mujer la criatura que ellos soñaron, soberana de toda delicadeza, modelo de belleza y de gracia, en una forma inferior: la ven con la fantasía al lado del hornillo con los vestidos descuidados y las manos ajadas, planchando suelta y despeinada, con un delantal sucio y las mangas recogidas, sacudiendo alfombras, limpiando, dando lustre. Confunden al ama de casa con la criada, a la señora capaz de dirigir, de mandar, de vigilar, con la mujer solamente capaz de obedecer. No comprenden la superioridad moral e ideal que adquiere la mujer que sabe unir el amor a la elegancia con sentido práctico, la desenvoltura señoril de los modales y el conocimiento de la verdadera economía, una inteligencia cultivada y una actividad material. Una señora, por rica y aristocrática que sea, no desdeña hoy de ocuparse con alguna detención en la hacienda doméstica como hace unas decenas de años, cuando la señora que tuviese un título o un palacio se creía poco menos que deshonrada si entraba en el guardarropa o daba una ojeada a la cocina. Los cuidados prácticos,

cuando estaba de moda apagar la sed con el rocío recogido en los cálices de las flores, parecían herencia de las almas viles. Ahora ya no es así. Aun las grandes damas no se avergüenzan de tratar con el cocinero y con la guardarropa; de vigilar el orden, la limpieza que exige el gran triunfo de la higiene; de impedir un desperdicio inútil, salir a pie a hacer alguna compra en las horas matinales, listas ya a la hora en que nuestras abuelas esperaban a la peinadora. Las señoras, gracias a Dios, aun las inteligentes, las literatas, trabajan; así, cuanto más inteligente es una mujer, tiene más obligación de ser ecléctica en sus ocupaciones. Una cualidad no debe atrofiar a las otras, sino hacerlas resplandecer con una luz ideal que no sea, en el fondo, más que el reflejo de ésta. La mujer, en fin, debe ser sobre todo *mujer*; no ha de eximirse de ninguna de sus atribuciones por muy mezquinas y fastidiosas que sean ni considerar ninguna demasiado humilde y prosaica para ella. Puesto que no se rebaja sino que eleva todo hasta ella, como el hada puede transformar en piedras preciosas la materia más vil. Así, pues, si su posición afortunada le permite vigilar solamente o una posición modesta la obliga a hacerlo por sí misma, nunca deberá renunciar a ser la señora, la reina de la casa. Desinteresándose de toda regla de vigilancia como descendiendo al grado de criada, su casa estará igualmente privada de dirección. Y ¿quién podrá substituirla desde lo alto en los cuidados directos o en el pensamiento vigilante?

SOBERANA DE UN REINO

La casa es uno de los pocos ideales de la mujer, cuya realización no la rebaja. Cuando la niña, hecha mujer, pone los pies por primera vez entre las paredes en que aletea, con su vago encanto, lo futuro, las ama ya; ella las ha habitado en sus sueños, las ha construído con los episodios, ha visto en ella horas divinas. Así, pues, casi con una sonrisa de agradecimiento, uni-

da a su compañero, hace el primer reconocimiento. Era precisamente así... el silloncito entre las flores al lado de la ventana, donde trabajando o leyendo desfilarán las horas de soledad hasta el momento radiante de volverse a ver; aquel comedorcito, severo y risueño, con la chimenea a la antigua que dará las bellas llamaradas de púrpura, alegría invernal; el santuario, la cámara nupcial en que solamente falta la cuna; hasta el guardarropa, amplio, lindo; y la limpia cocinita, de los misteriosos e ingeniosos mecanismos, que permite a la señora poner en práctica las enseñanzas de la cocinera alemana, sin tostarse la cara o enrojecerse las manos.

¡Qué bien está todo! Es el amor disuelto en la atmósfera que ilumina, calienta y embellece acciones y cosas. Al cabo de un par de horas la casa ideal de ayer se ha identificado en la casa real de hoy y la morada verdadera se refleja igual en la morada soñada. Aquellas paredes están ya llenas de memorias, de esperanzas; pertenecen ya a nuestra vida interior y las adoramos como al pasado y las defendemos como al porvenir.

Sin embargo, no serán consagradas más que el día en que lloraremos por la primera vez.

LAS REGENCIAS

Grande o pequeño, el reino exige cuidados asiduos, incansable actividad, ojo previsor, mano firme y pronta para reprimir, mente clara, ordenada y resuelta, por parte de su soberana. Una inteligente y práctica señora de casa se siente con complacencia el alma de un engranaje, la fuerza motriz de un todo orgánico que depende absolutamente de ella. Si cede o falta todo el conjunto se detiene, se altera, se disgrega. Ella es la cabeza de todo y ella debe ordenarlo todo, responder a todo, remediarlo todo y acordarse de todo. Algunas veces su cabeza es un caos donde los elementos más distintos se encuentran juntos, pero la buena ama de casa

hace esfuerzos de memoria y de voluntad, toma notas, hace apuntes en una pizarra o en un librito inseparable, y así consigue vencer toda dificultad. Otras veces, como en todo gobierno, sobreviene alguna crisis, pero ella no se acobarda y con agudeza, con energía y, si es preciso, con algún golpe de estado hace recuperar el equilibrio a su reino.

Una dificultad no leve es la de las regencias cuando se hacen necesarias. Una enfermedad, la asistencia a un querido enfermo lejano, un viaje de distracción, un cuidado; las circunstancias no faltan y una soberana perspicaz no deberá dejarse sorprender desapercibida. Procurará siempre asociar en la dirección de la casa a alguna buena aliada que en caso de necesidad pueda substituirla continuando en los mismos sistemas que usa y con las mismas intenciones. Escogerá para esta misión de confianza una pariente, una hija o alguna antigua y leal criada. Ciertas señoras tienen la costumbre y un poco también la ambicioncita de querer hacerlo todo por sí mismas: dicen que nadie las contenta, que nadie sería capaz de hacer lo que hacen ellas que tienen la práctica y la experiencia, y a nadie permiten ayudarlas ni siquiera en los menores detalles. Es un sistema defectuoso: lo uno porque acumula demasiado peso de trabajo sobre un solo individuo y deja demasiado poco sobre los otros, — por esto muchas veces las hijas de las buenas amas de casa son descuidadas o ineptas, — y lo otro que este sobrecargo puede aniquilar y conduce también a la inexactitud y a la imperfección. Además estará siempre encadenada a sus atribuciones como a los trabajos forzados, no podrá tomarse la más mínima distracción; un retardo en volver a casa será una calamidad, una ausencia la ruina. La dueña de casa verdaderamente prudente y sagaz, pensará que la mente directora debe ser única, pero no debe y no puede ser una la mano de obra. El secreto de la agudeza, de la perfección, del orden y de la grandiosidad de las empresas consiste precisamente en la división armónica y justa de la fatiga. La soberana se apropiará siempre la parte más grave, que es la

de la dirección, de la vigilancia, de la responsabilidad, que no cesan ni de lejos ni de cerca. Pero para la acción material no sea exclusiva ni celosa; dé el buen ejemplo y estimule a los otros.

LOS SÚBDITOS

Un antiguo proverbio casero dice: «Quien sabe hacer sabe mandar.» En efecto, una señora ignorante en el arte culinario, en labores de aguja, en nociones de economía doméstica, no puede ser justa en sus exigencias; pedirá demasiado o se dejará engañar; dirá despropósitos y pondrá en peligro su autoridad. Puesto que también en el reino de la casa los críticos más despiadados son los súbditos, esto es, los criados. Estos constituyen la preocupación perpetua de las familias. En un tiempo nacían y morían en la misma casa, de la que terminaban formando parte. Tenían en común con los amos, alegrías y dolores, afecciones y destino. Eran custodios de los haberes, depositarios de secretos, guardianes fieles, celosos. Sus salarios eran míseros; sin embargo, economizaban y muchas veces se ponían en situación de ayudar a sus amos caídos en la pobreza, o los hacían herederos. Pero este tiempo ha desaparecido hoy del todo. Raramente los domésticos de hoy toman afecto, ni son concienzudos, fieles y discretos, ni resisten a la tentación de un salario mejor. Los hombres son viciosos, torpes, llenos de pretensiones; las mujeres coquetuelas, charlatanas, perezosas. La soberana obligada a gobernar un numeroso estado de estos súbditos, es bastante digna de compasión. Deberá tener un ojo avizor y mano firme, usar, según los casos, severidad o indulgencia, revestirse de una autoridad capaz siempre de reprimir y de ordenar; pero puede estar segura de que los súbditos calculadores, expertos, y astutos psicólogos, cogerán al vuelo toda debilidad, toda incertidumbre, toda circunstancia, para infringir las leyes en provecho propio.

Sin embargo, ya tenga media docena de siervos a

su disposición, tenga dos, o deba contentarse con una criada, una dueña de casa que estime su propio decoro, el respeto, la buena marcha del servicio, deberá evitar tanto la demasiada severidad como la excesiva benevolencia. Exigir más de lo que es lícito, o sea la perfección, es absurdo; las señoras demasiado exigentes terminan viéndose obligadas a cambiar criados a menudo y a tener siempre un servicio provisional, mientras se hacen detestar y no tendrán nunca a su alrededor personas verdaderamente fieles. Por otra parte, la demasiada bondad origina inexactitudes, vagancia y abusos. Es preciso, en la distribución de los servicios, mirar que no falte la posibilidad material para desempeñarlos; ser equitativos para todo; indulgentes, si la falta proviene de razón física, de inexperiencia, de cualquier motivo involuntario. No dar demasiada confianza a los criados, no depositar en ellos secretos ni hacerles bromas, sino tratarlos con bondad, con afectuosidad cordial, si lo merecen, interesarse en sus condiciones, en su vida privada, protegerles y ayudarles en lo que sea posible, aconsejarles, amonestarles. No olvidar que son nuestros iguales, puesto que si les damos nuestro pan y nuestro dinero, ellos nos dan, en cambio, el trabajo de sus brazos; que nuestra superioridad de posición, de educación y de inteligencia no debe servir más que para considerarnos sus naturales protectores y educadores: su ejemplo.

LA MUJER Y LA ECONOMÍA DOMÉSTICA

La ciencia de la economía doméstica, desde las labores de aguja al conocimiento práctico de las recetas y de los registros, está descuidada en la educación de la mujer. No la aprende más que a costa propia, después de muchas inexperiencias, después de muchos errores, y muchas veces imperfectamente, cuando se encuentra al frente de una casa y de una fami-

lia. Sin embargo, uno de los fundamentos principales del bienestar y de la prosperidad del hogar doméstico consiste precisamente en el conocimiento de quien debe atender a sus detalles y a las necesidades cotidianas de los mayores y de los pequeños.

Aunque sean abundantes las rentas, magníficas las ganancias del hombre, si su compañera no conoce la ciencia de la verdadera economía, del equilibrio entre las entradas y las salidas, del orden y de la regla en la administración del dinero que tiene a su disposición, nunca podrá la familia gozar de un tranquilo bienestar, de verdadera comodidad.

Aquí está precisamente la explicación del problema que a muchas parece insoluble: la vida cómoda llevada por familias de medios limitados, mientras otras que podrían regalarse con una esplendidez relativa, van de mal en peor a fuerza de subterfugios y de engaños. Una buena dueña de casa, es un tesoro sin igual, es por sí misma dinero del hombre que la eligió. Pero no se crea que el método verdadero de gobernar una casa y una familia, sea herencia de las mentes limitadas y lleve como consecuencia la ignorancia y la grosería. La verdadera economía doméstica es un compuesto de nociones y de intuiciones que requiere espíritu pronto, agudeza, reflexión sagaz y facilidad en comprender y en retener. Deberá conocer un poco de química por sus variadas aplicaciones, para la limpieza de los objetos, para quitar las manchas de las telas y para una cantidad de pequeños remedios imprevistos; la aritmética, para saber lo que se posee, lo que se gasta y se economiza, y la contabilidad para registrar con orden entradas y salidas y comprobarlas. La higiene, que se entiende desde la vigilancia de la limpieza y del orden hasta la asistencia de los enfermos, la alimentación y los cuidados preventivos o los primeros socorros en los casos de urgencia, forman también parte, en cierto modo, de la economía doméstica, así como la gastronomía, conocimiento preciosísimo para la economía, la salud y el buen humor de los maridos, y finalmente la habilidad

en las labores de aguja que permita a la señora no sólo coserse a máquina cualquier pieza de ropa blanca, cualquier vestido de casa y vestir a los niños, sino que también arreglar, remendar, repasar medias y tener en orden el guardarropa de la casa, la ropa blanca y los trajes del marido. El ejercicio práctico de la economía doméstica consiste también en el conocimiento del balance, en la previsión de los gastos eventuales, en la prontitud para encontrar el mal y vencerlo con la modificación o con el enérgico remedio al escoger entre dos caminos el más ajustado a las propias fuerzas y atenerse a él, superando también, si es preciso, al respeto humano y a la ambición de parecer más de lo que se es en realidad.

Para hacer todo esto son necesarias inteligencia y un poco de cultura. «Nunca se reflexiona bastante—dice Angelo De Gubernatis—en que una buena instrucción da a la esposa y a la madre ventajas inapreciables en el gobierno de la familia.»

EL LIBRO DE LOS GASTOS

Hay un libro humilde que se tiene oculto, del cual casi nos avergonzamos; que se abre con un suspiro y se cierra con alivio: es el libro de los gastos diarios.

Sin embargo, pensándolo bien, este desprecio es una ingratitud. Aquel pequeño libro largo y estrecho, de austera pasta obscura, es el espejo más sincero, el indicador más exacto de nuestra vida diaria. Y no es verdad que sea prosaico, cómico en la menudez de sus detalles, o monótono en sus números. Para quien sabe interpretarlo con un poco de penetración, tiene aquella poesía tranquila que se desprende de toda verdad: aquella elocuencia lacónica, pero profunda, de las cifras, que supera a la más ingeniosa argumentación. Las fiestas de familia se descubren en la mayor abundancia de provisiones, en la indicación de un regalo; nacimientos y muertes nos dejan huellas; un matrimonio, un viaje, el aniversario de los niños,

el declinar de los ancianos... Pasiones y virtudes se nos muestran en su carácter absoluto, en sus consecuencias directas, sin atenuantes o sin ampliaciones. La vanidad de la señora, la glotonería del señor, los caprichos de la señorita, la mala educación de los niños, son evidenciados allí por la eficacia de una indicación y de una cifra, como en el conciso epígrafe de una lápida imperecedera. Un examen concienzudo del libro de los gastos equivale a un examen de conciencia, puede ocasionar íntimas satisfacciones y saludables vergüenzas; indica el pecado en que se recae de más y al mismo tiempo hace nacer el deseo de enmendarse. Alguna confrontación con los libritos de los años antecedentes es también utilísima para mantener el equilibrio o volverlo a poner a tiempo en la administración doméstica. Amemos también tal libro como a un confidente y un consejero; respetémoslo como al termómetro de nuestra prosperidad; sonriámosle como al recopilador fiel de las tradiciones, de las costumbres de nuestra familia, al que, muchas veces, en su prosa lacónica nos conserva los rasgos vivos de aquel fragmento de vida que tuvo para nosotras grande importancia y que nos es doloroso y dulce recordar.

LA SEÑORA EN LA COCINA

He indicado ya la importancia capital que tiene la cocina en la vida doméstica. Pero son pocas las mujeres que saben ocuparse en ella en términos justos. Hay señoras que sienten horror hacia este lugar de la casa; que no ponen el pie en ella sino de paso, sin inspeccionar nunca, y se vanaglorían de ignorar, o ignoran realmente, todo cuanto se hace en la oficina de la salud, como la llamó un ilustre higienista. Hay, por el contrario, señoras que han hecho de la cocina su cuartel general y están siempre en el fogón explorando, discutiendo, ayudando a la cocinera, aunque no tuviese necesidad de ello, originando así confusiones y desórdenes. Sus vestidos despiden

siempre un ligero olor de guisado y de humo; sus manos, al contacto de los recipientes y del calor, han perdido para siempre su blancura, y muchas veces el blanco de la harina o el negro del carbón dejan en sus vestidos o en su rostro un recuerdo traidor. Excesos dignos de criticarse. Una señora de casa que quiera vigilar con conciencia, siendo al mismo tiempo señora, apenas sale de su habitación, en el sencillo vestido de mañana, hará a la cocina su primera visita, observará la limpieza y el orden, examinará con la cocinera las compras del mercado, dará sus órdenes claras y precisas y después irá a ocuparse en otra cosa y no volverá a la cocina más que un cuarto de hora antes del desayuno o de la comida, para que la cocinera esté dispuesta y para comprobar si sus órdenes han sido seguidas. Otra visita antes de la cena y una última al terminar la jornada para asegurarse de que todo está bien limpio y en su sitio y ver lo que hace falta para el día siguiente, y basta. Es esto lo que se debe hacer ordinariamente. En casos excepcionales, cuando se hace un nuevo guisado, cuando la señora quiere manipular un dulce con sus blancas manos o hay algún sér querido enfermo a cuya alimentación quiere atender por sí misma, frecuentará más la cocina, pero entonces se pondrá un delantal y manguitos a propósito para la circunstancia, y tendrá cuidado al salir de pasar a su habitación y lavarse, perfumarse, rehacer cuidadosamente su *toilette*.

La cocina deberá siempre ser más bien amplia, con el pavimento y enladrillado fácil de limpiar; las paredes blanqueadas a menudo y cubiertas hasta cierta altura donde están expuestas al humo o a la grasa, por cerámica brillante que la cocinera puede limpiar cotidianamente. La mesa debe estar recubierta de mármol, y el aparador y el estante han de tener limpias cubiertas de algodón blanco, que se puedan renovar a menudo. Provéase abundantemente de utensilios: mejor el hierro esmaltado que el cobre, reconocido como generalmente dañoso aunque esté revestido de es-

taño. El hierro en los cubiertos y en los recipientes da fácilmente mal sabor; es de pésimo uso el plomo, el zinc y los otros metales compuestos de materias inferiores. La cocina ideal no debería componerse más que de cerámica y de cristales. Una buena cocina debe estar provista de un albañal de mármol,—mejor en un cuartito contiguo,—de una fresquera, de un pequeño horno. Las ventanas deben estar provistas de una cortina de red finísima para impedir el paso a las moscas; una buena luz y un reloj de pared para exigir la exactitud de la cocinera; ha de estar provista en abundancia de trapos y de toallas que se cambian frecuentemente. Puede ser útil en la cocina un termómetro, un calendario y una pequeña pizarra para anotaciones.

LA SEÑORA EN EL SALÓN

Casi todas las dueñas de casa tienen la ambición de poseer varios salones, o al menos uno, pero lo más elegante posible. Para hacer ver a las visitas dos salones en vez de uno o para recibirlas en un ambiente elegante, sacrifican una estancia que podría serles mucho más útil para otros usos, o amueblan con lo mejor la más hermosa habitación, que después tienen cerrada toda la semana para abrirla solamente en el día de las visitas. Pero estos salones tienen además un aspecto rígido en sus muebles de exposición, en sus bagatelas inútiles y revelan claramente su oficio. Comprendo que una señora que no sea rica, que tenga niños pequeñines, no pueda pasar en el salón todo el día; pero podría permanecer en él, sin embargo, aquella media hora que dedica a alguna lectura, a alguna laborcita de adorno, a escribir alguna carta. Un libro, un periódico, un *nécessaire* de bordado, una escribanía y algún florero animan un salón con el reflejo de su vista, le dan pronto un aspecto más íntimo y dulce. Además, quisiera poner en guardia a las señoras que no pueden poseer costosos objetos de ar-

te, contra ciertas bagatelas antiestéticas, adocenadas, que son la más atroz ofensa para el arte y el buen gusto. Flores de papel, porta-retratos, cestitas, bomboneras, juguetitos de cotillón, quisiera verlos expulsados para siempre, aun del salón más modesto. Por lo demás, la moda, afortunadamente, tiende a la sencillez, a la gracia de las líneas, a la armonía tranquila de las tintas y a difundir el gusto de la belleza. Procuren las señoras que no se encuentran en grado de elegir y de juzgar por sí mismas, hacerse dirigir por algún artista para la disposición de los muebles y de los objetos de adorno. Muchas veces una bagatela elegante y graciosa cuesta como una friolera vulgar: a veces cuesta aún menos y no se elige porque no parece bastante decoroso, de suficiente efecto. Prefiéranse, todo lo que sea posible, las cosas auténticas: un barro cocido salido de las manos de un artista valdrá más que un rico bronce de fábrica; una acuarela firmada por un buen pintor será preferible mil veces a los grandes cuadros al óleo con fastuosos marcos dorados, de ningún valor estético. Y nunca será bastante aconsejada la sobriedad en el adorno.

Pocas y bonitas fotografías aquí y allá en vez de una exposición de establecimiento fotográfico. Flores frescas en algún florero elegante, en vez de las groseras jardineras; algún bonito libro encuadernado, en vez de los albumes de tarjetas ilustradas; cortinas ligeras que velen la luz y no la intercepten, como los pesados cortinajes. La moda de ahora es contraria a las cosas muy blandas y a los tapices; parece que quiera dar también a la vida doméstica una dirección más austera, más higiénica, más sencilla y serena. Por esto el Arte nuevo me es simpático y lo recomiendo.

LA SEÑORA EN EL GUARDARROPA

Después de la cocina, la estancia de mayor importancia práctica es, en una casa bien ordenada, el guardarropa. Difícil se hace prescindir de él sin que

la casa entera se resienta con poco o mucho desorden. ¿Dónde se pondrán los utensilios de planchar? ¿Dónde se colocarán los armarios con la ropa blanca de mesa y de lecho? ¿Y los vestidos fuera de estación?

Una señora amante de la regla y del orden deberá sacrificar quizá una ante-cámara o un salón para hacerse un guardarropa, donde colocará una mesa grande y fuerte para planchar y limpiar los vestidos; cubriendo las paredes habrá armarios, que se puedan cerrar con llave, para la ropa blanca y los trajes. Si la habitación es estrecha, un solo armario puede bastar para la ropa blanca, dividiéndolo por medio de tablas que permitan separar las toallas de las sábanas; en lo alto se pondrá la ropa blanca de lujo, la que se usa menos, y en lo bajo la ropa más pesada, como paños, cubiertas, colchas, almohadas de recambio, etc. Todos los servicios de toallas se ligarán con una cintita colocada en cruz, para distinguir pronto y evitar el separar las toallas. Lo mismo se hará con la ropa blanca de lecho: sábanas y fundas de almohadas han de ir separadas grupo por grupo. En un segundo armario podrá colocar la señora en verano los vestidos de invierno suyos y del marido, las pieles, los trajes de lana fáciles de apolillarse. Después de haber separado con acierto todas las cosas, se esparcirá naftalina sobre la estofa y el pelo y se cubrirá de lienzo. En el invierno el mismo armario puede servir para guardar los vestidos de verano y cuando ya no sirven para la estación. Así no estarán nunca demasiado llenos los armarios de las otras estancias, y la señora encontrará inmediatamente y sin confusión cuanto le haga falta para vestirse.

Una buena dueña de casa visitará cotidianamente también el guardarropa; vigilará para que las ropas no se arrastren ensuciándose antes de ser repuestas, que sean limpiadas con exactitud, planchadas debidamente, soleadas o al menos bien secadas antes de guardarlas. Vigilará que en las cajitas y en los rincones no se amontonen retales y cosas inservibles; que no falte aire y luz, que la criada o la planchadora estén bien

provistas de cuanto les haga falta. Se deberá colocar en la ventana una cortina pesada para mitigar el calor en el verano a las personas obligadas a permanecer junto al fuego de los hornillos. También la máquina de coser ha de estar en el guardarropa, para no llenar las otras estancias con labores en confección, modelos, telas y cuanto se necesita; exposición poco simpática cuando se ve fuera del lugar destinado a tales usos.

EL DORMITORIO

Entremos en el santuario. El dormitorio es lo que refleja mejor la personalidad y las costumbres de una señora, su mayor o menor cuidado y vanidad. Sus paredes protegen el reposo y el amor; recogen por la noche nuestra última mirada y por la mañana la primera sonrisa; reúnen y conservan con preferencia los recuerdos más queridos y más íntimos; las fotografías de las personas más tiernamente amadas, lloradas más dolorosamente; los sagrados libros de plegarias; los secretos diarios, confidentes de las horas buenas y de las malas; las joyas preciosas; los regalos de los parientes y de las amigas que nos recuerdan fechas inolvidables de nuestra vida. Es, pues, la habitación que más amamos, que abandonamos con más pena cuando nos vemos obligados a ello; donde nos refugiamos en los días de malestar, en las horas de angustia y de dolor; donde vamos a ocultar nuestras alegrías más puras, nuestras penas más amargas. Y precisamente por tal carácter íntimo, en el dormitorio no se admite más que a las amigas de mayor confianza, a las parientas más próximas, y ninguna persona del otro sexo, a menos que no sea un hermano o se trate de circunstancias especiales.

Una señora que tenga una casa estrecha o poco caliente podrá también permanecer en el dormitorio y recibir a las personas amigas, siempre que un cortinaje, un biombo, oculte el lecho, y el resto de la habitación tenga en algo el carácter de saloncito. El ar-

te moderno, sin embargo, quiere que el dormitorio no se oculte y sobre todo que esté de acuerdo con las reglas de la higiene. Excluídos los cortinajes, los tapices; muebles de ángulos redondos, con barnices claros, formas sobrias, paredes pintadas en vez de empapeladas. El cuarto de baño y el de *toilette* son hoy cuanto se puede desear de delicioso, con todos los accesorios de mármol, hierro y cristal; agua a profusión; gruesas esteras, vidrios esmerilados; la frescura en el verano, la tibieza en el invierno.

Teniendo la fortuna de poseer una casa, toda entera para sí, o de habitar un vasto piso, me parecería preferible para los dos esposos, tener cada uno la propia habitación, en vez de una habitación en común. El lecho matrimonial es antiestético, ridículo, incómodo, ofensivo al pudor. Ninguna joven esposa recibe sin ruborizarse una visita en su cuarto, a causa de aquel gran lecho impuro que inspira a las niñas ignorantes las más extrañas consideraciones y excita la fantasía y los sentidos. Muchas poesías, muchas delicadezas que hubieran podido durar, se disipan en el matrimonio por esta habitación común que rebaja el amor a su simple función de reproductor de la vida. Hay ciertos pudores que una mujer de fina educación no puede sacrificar ni siquiera al propio marido; hay promiscuidades repugnantes, especialmente entre seres cuyo organismo es tan distinto y cuyas costumbres y necesidades son tan diferentes. Además, la independencia individual es ofendida continuamente por los gustos y las costumbres a menudo opuestas: a él le gustará dormir a obscuras, a ella con luz; el marido tendrá la costumbre de fumar un cigarrillo antes de quedarse dormido y a la mujer le disgustará el olor del humo; al hombre le molestará el calor y no soportará más que colchas ligeras, la mujer será friolera y querrá tener muchas mantas; algunas veces el uno o la otra querría leer un poco; el cónyuge que no comprende este gusto se queja. A lo mejor, el uno vuelve tarde a casa y despierta al otro; ella quisiera levantarse pronto y se sacrifica por no despertarlo; en suma, pesándolo bien,

es un conflicto contínuo, precursor a menudo de divergencias más graves. Y la vida tiene ya tantos disgustos, obliga a tantos sacrificios, que no me parece justo ni razonable crearlos a propósito, cuando se podían evitar.

EL COMEDOR

El comedor es, en las familias burguesas, la habitación más alegre de la casa, porque reune a la familia dos veces al día y en el invierno se entretienen muchas horas del día y de las largas noches. Se reciben en él las visitas de confianza y cuando hay un piano se toca un poco de música después de comer. Hay una chimenea o una estufa, en torno a la cual se reunen los viejos y frioleros; una gran luz ilumina la mesa puesta, que da un sentimiento de bienestar a quien vuelve a casa fatigado después de muchas horas de ocupación y del frío de la calle. Quitado el blanco tapete, ocupa la mesa el cestito de labor, las barajas, los cuadernos de los niños, los periódicos. Un diván, alguna cómoda poltrona, están a lo largo de las paredes; una alfombra o tablas enceradas, recubren el pavimento. Pero estas estancias de doble uso, digámoslo así, de uso universal, necesitan, por parte de la dueña de la casa, la más escrupulosa vigilancia para conservarlas en orden y darles una apariencia conveniente, pues no es raro el caso de que los objetos más heterogéneos de diverso uso, estén fuera del lugar; se encontrará un vaso y un plato en la mesa de labor y un tintero, un dedal o un libro en la mesa preparada para la comida. La señora deberá en tales casos hacer un poco de hada y transformar con su varita mágica la única estancia ora en comedor, ora en salón y en cuarto de estudio y de labor; mirando bien qué objetos y muebles, según las horas y las ocupaciones, deben ser puestos en evidencia o disimula-

dos, de modo que deje siempre en el ambiente un aspecto de orden y de armonía.

La mesa, aun en las familias más modestas, debe estar siempre preparada con cuidado. Un gracioso florero en el centro; alguna banda bordada, salvillas, una jarra de forma elegante para el agua, servilletitas, una compotera de cristal o una frutera artística, son cosas que cualquier señora puede procurarse fácilmente y que sin costar mucho hacen efecto. El aparador o la mesita para los platos de recambio y las otras cosas necesarias deberán también estar revestidos de mantelitos bordados en colores, que después, al terminar la comida, si la estancia hace las funciones de salón, deberán ser guardadas de nuevo en las cajitas, junto a todo lo concerniente a la comida. La mesa se volverá a cubrir con el tapete y sólo quedará en el centro el florero. Se pondrán sobre ella libros, revistas y periódicos. Sobre el aparador un reloj de péndola, algunas fotografías, una estatuíta, substituirán a las botellas y los platos. Saldrán de las cestitas los bordados y las labores de malla y se hará tertulia en torno a la mesita, ante el diván. Después viene la hora de estudio: la mesa se cubre de cuadernos, de plumas, de gramáticas, de vocabularios; y las labores desaparecen. Por la noche, si se recibe a alguien en la intimidad, se encenderán las luces del piano y el aparador podrá servir para los bizcochos, las bebidas, los dulces que se ofrezcan a los visitantes.

En las familias señoriales, el comedor conserva siempre su carácter austero. Ni divanes, ni muebles, fuera de los destinados al uso. En las paredes, cuadros representando escenas de caza o naturaleza muerta; cerámicas, bronces, exposición de orfebrería y de loza en las vitrinas. La familia lo ocupa sólo el tiempo necesario para las comidas y después pasa inmediatamente a otra estancia.

COMIDAS DE INVITACIÓN

El primer cuidado de una señora que desea dar una comida, es el de reunir en torno a su mesa personas afines por la posición social, por las costumbres, por la educación. Si no observa esta regla se pondrá en peligro de presenciar incidentes desagradables y de tener serios disgustos. Si la comida es de mucha importancia, mandará la invitación impresa, siquiera ocho días antes; si tiene un carácter más familiar, bastará un billete escrito o una invitación verbal. Vigilará para que la mesa esté preparada con elegancia y bien iluminada; para que la comida resulte fina y agradable: dará sus instrucciones bien precisas y veinte minutos antes de la hora indicada debe encontrarse en el salón dispuesta para recibir a los comensales. Si la comida es de etiqueta se pondrá un traje de noche, escotado, y los hombres vestirán de etiqueta; si no se pondrá un vestido elegante de visita o de teatro, o una blusita muy fina y graciosa. Entonces los hombres se pondrán un traje cerrado. Las señoras invitadas conserven los guantes hasta el momento de la comida; la dueña de casa no los lleva si no es en *toilette* de gran gala. Habrá dispuestos los sitios de modo que cada señora se encuentre entre dos hombres, procurando con tacto unir a las personas que por igualdad de género de vida o de gustos puedan hallar fáciles asuntos de conversación. No sería, sin embargo, conveniente que agrupase a los convidados según su edad. Siéntese ella frente al amo de casa, el cual debe tener a su derecha la señora de mayor consideración; también la señora reservará el puesto a su derecha al invitado más distinguido. La vecina de la derecha del dueño de la casa deberá ser servida la primera, después se sigue dando la vuelta. Al servicio siguiente se comenzará por el lado opuesto para evitar que algunos de los comensales sean siempre los últi-

mos. Si la comida es numerosa habrá dos o más criados que servirán al mismo tiempo.

El *menú* para las grandes comidas estará impreso y manuscrito para las de menor importancia, pero siempre sobre una tarjetita graciosa, pintada a mano o adornada de otra manera. Es delicada la costumbre de poner en cada cubierto una flor que el convidado podrá llevar consigo sin despojar la mesa.

La sopa será de género ligero, en poca cantidad y servida ni demasiado caliente ni demasiado fría. El servicio ha de ser rápido y silencioso. La dueña de casa evitará el dar órdenes y explicaciones a los criados: todo deberá estar arreglado antes, y no tendrá que hacer más que ocuparse en los invitados. No se muestre preocupada, impaciente o nerviosa, aunque haya algo en el servicio que no vaya como debiera, sino trate con desenvoltura de ocultar o disimular todo inconveniente. No anime a nadie a comer ni observe si come poco; no hable de los manjares ni del vino; evite los argumentos tristes y lúgubres; procure que las conversaciones, sobre todo al terminar la comida, no tomen un carácter demasiado libre. Si se pronuncian brindis, las mujeres no responden: sonríen y se inclinan, reservándose para después de la comida el dar las gracias con alguna palabra amable. Algunas señoras tienen costumbre de hacer el café en la mesa; si la comida no tiene carácter oficial puede conservar su costumbre, teniendo cuidado de que el criado esté pronto para ayudarla y poniendo atención en no equivocar las proporciones y no olvidar a nadie. No echará el azúcar en las tazas sino dejará a cada comensal la libertad de servirse a su gusto. Si los invitados son poco numerosos puede servirlos por sí misma. Algunas veces el café se sirve en un salón contiguo, en la terraza o en el jardín; entonces la dueña de casa deberá preparar una mesita especial como para el té y servir el café por sus manos o ayudada por alguna señorita.

Terminada la comida, la señora que invita es la primera en levantarse y tomar el brazo de su vecino

de la derecha para pasar a otro salón seguida de los huéspedes. No preguntará a nadie si la comida era de su gusto o si ha comido bastante.

EL DIA DE RECEPCIÓN

A primera vista parece que el llamado día de recepción signifique pompa y vanidad. Pero, pensándolo bien, es una medida económica y una garantía de libertad para los demás días de la semana. Una señora que no tenga día fijo para recibir a sus conocidos, está obligada a tener la casa en una situación señoril, y a contar con más de una persona de servicio, así como estar siempre a disposición de los demás, expuesta a ser interrumpida en sus ocupaciones, en sus proyectos, o bien a hallarse ausente en tanto que una amiga deseada venía a visitarla. Mientras que fijando un día a disposición de los amigos, sabrá ordenar ocupaciones y actos de modo que le dejen completamente libre toda la tarde una vez por semana. Es cierto que el día fijo obliga a la puntualidad y al orden absolutos, porque nada más inconveniente que no hallarse en casa en aquel momento o dejar ver vestidos descuidados en un salón abandonado. La señora adornará con flores el salón aquel día. Preparará en una mesita lo concerniente al té o un servicio de café y dulces. En verano servirá bebidas o helados y procurará que el salón esté bien ventilado y en invierno suficientemente caliente. Desde las dos hasta las seis en invierno y desde las cuatro hasta las siete en verano estará a disposición de sus amigos. Se pondrá un vestido elegante, o una bonita bata, según sus medios y podrá adornarse con joyas, puesto que es de buen gusto llevarlas, especialmente en casa, como es de mal gusto adornarse con demasiadas fuera de ella. Estará en el salón esperando, tomará una labor o un libro. La camarera o el criado no deberá moverse de la antecámara para estar pronto a introducir a las vi-

sitas. Ya no está de moda que el criado anuncie pronunciando el nombre; los hace pasar en silencio. Si quien entra es una señora de consideración, superior en edad o en grado a la dueña de la casa, debe ésta levantarse de su puesto aunque esté ocupada con otras, o le sale al encuentro; si es una parienta suya o una amiga se pone de pie solamente, para saludarla. Las demás señoras no están obligadas a levantarse al aparecer cada nueva visita sino en casos especiales. Nunca cuando entra un hombre, si no es un prelado o alguna notabilidad que honre a la patria. Cuando hay necesidad de presentación la dueña de la casa dice los nombres, simplemente, presentando siempre primero a quien merezca menor consideración; los jóvenes a los ancianos, los hombres a las señoras, quien no tiene una posición social a quien ocupa ya algún grado y es más notorio. Ahora el ceremonial de la presentación va pasando de moda como todas las reglas un poco rígidas de la etiqueta, demasiado en desacuerdo con las actuales costumbres de vida; pero si la señora no presenta deberá hacer de modo que dé a conocer con alguna frase al nuevo o nueva llegada para que pueda conversar pronto con todos. La mujer será siempre la primera en dar la mano; a la presentación de una señora de consideración hará una indicación, pero no la repetirá en un segundo saludo. La dueña de casa no se inclina ante nadie.

El arte de dirigir un saludo, el ejercicio de la conversación, es un arte peligroso, un ejercicio difícil que requiere toda la delicadeza, toda la facultad de la mente y la gentileza del corazón. ¿Cuántas la conocen sin hacer crítica mezquina y personal, galantería fastidiosa? ¿Cuántos saben ocuparse de todos con gracia sencilla e insinuante y cambiar a tiempo un argumento aburrido o escabroso sin darlo a entender; rebatir espiritualmente una frase ingeniosa y dar alguna lección con garbo y con brío a quien pudiese merecerla? Pocas, muy pocas. De todos modos, con buena voluntad, con el deseo de acertar y un poco de práctica, todas las señoras pueden lograrlo.

LAS NOCHES DE RECEPCIÓN

Las recepciones de noche, por muy íntimas que sean, tienen siempre un carácter de mayor importancia que las visitas de día. De día basta un salón, de noche es tan necesario tener por lo menos dos, bien iluminados y bien caldeados, uno de los cuales sirve de *fumoir* si no hay habitación a propósito para los hombres, de los cuales no hay que exigir el sacrificio de una costumbre que a muchos es querida y necesaria. En el mismo salón se pueden disponer algunas mesitas para cualquier partida de naipes o de ajedrez, para quien lo desee, mientras que en la otra estancia, que será la más elegante, la señora recibirá a sus amigas, cambiando a menudo de sitio para estar ora cerca de una, ora cerca de otra y escoger y reunir los grupos contínuamente para mantener siempre la conversación animada. Si hay alguna novedad interesante, algún objeto de arte, un libro, fotografía, etc., etc., muéstrela a los demás; dirija la conversación de modo que todos puedan hablar de asuntos elevados; no insista nunca demasiado sobre los mismos argumentos. Si tiene un piano y entre las visitas hay músicos, puede rogar a alguno que toque, pero sin obligarlo, y cuando alguno empieza la música o el canto, dé la primera el ejemplo prestando atención. Al terminar la música haga algún elogio, exprese su impresión, pero con garbo, sin exagerar. Si ella también conoce la música y le suplican que toque o cante, acceda pronto, pero de manera que no se ponga demasiado en evidencia prolongándolo mucho o excediendo a los demás. El papel de la dueña de casa es el de la abnegación; no debe nunca olvidarlo. Además, una señora que recibe debe tratar de permanecer en la sombra y hacer figurar a los huéspedes para que se encuentren bien en su casa; y así se hace simpática y da prueba de fina educación y de verdadera gentileza. También en su vestido procurará que no

sea muy lujoso para no mortificar a las señoras que por su posición no pudiesen competir con ella; vestirá de blanco o de negro, con elegancia más o menos buscada según la recepción, pero sin pompa y sin capricho. Hará servir al criado los refrescos y se ocupará en distribuírlos, especialmente entre las personas de consideración.

LOS CUATRO SALTOS

Muy fácilmente en carnaval, las recepciones de noche, se convierten en baile. Un baile sin etiqueta, los famosos *cuatro saltos*, pero que para las señoritas constituye muchas veces una diversión más grande y más anhelada que las fiestas de baile verdaderas. En un momento el salón es desembarazado de los muebles que ocupan el centro, las sillas están dispuestas alrededor; un mártir es condenado al piano y el baile comienza. Una señora de casa debe mostrarse, en tales circunstancias, complaciente y desenvuelta hasta los límites de lo posible. Son casos de prever cuando se invita a jóvenes y señoritas en carnaval y hay un piano en la habitación. Así, pues, toda prohibición, toda repugnancia, tienen la apariencia de una descortesía y están fuera de lugar. Quizá pueda disgustarle sacrificar una alfombra a aquellos pies voraces, desafinar un piano, ver prolongarse la velada hasta la madrugada, pero estas quejas deberá guardarlas para sí y ceder de buen grado al deseo común. Si nadie lo hace, a ella le corresponde ofrecerse víctima voluntaria y sentarse al piano a discreción de sus huéspedes: si alguno se le anticipa, no deje de substituírle al cabo de poco tiempo. Después se ocupará en las señoras que no bailan y evitará para sí toda invitación, aunque sea joven y adore el baile. Si se da cuenta de que alguna señorita está sin bailar, ruegue con delicadeza a cualquier caballero, con el cual tenga cierta confianza, que la invite: si alguna quiere re-

tirarse antes que las demás, haga de modo que la sociedad no se fije en ello, para que no se considere obligada a retirarse. Procure que cada cual, después del baile, encuentre algo con que refrescarse o reponerse: haga que la camarera esté dispuesta en el gabinete de *toilette* o en alguna estancia contigua, para el caso en que las bailadoras necesitasen su ayuda: no se muestre cansada, aunque esté exhausta, y entretenga unos minutos a los invitados al terminar la velada, para que tengan tiempo de reponerse antes de salir a la calle. Procure que cada señora tenga cuanto le haga falta y acompáñelas hasta la antecámara.

UN GRAN BAILE

Las exigencias de un baile en grande son tales, que solamente una minoría puede concederse el lujo de dar un baile en casa propia. Ante todo, se necesita tener una sala destinada para este uso o que se pueda transformar fácilmente y otros salones de recepción contiguos. Se necesitan varios criados, una pequeña orquesta, un *buffet* bien provisto; mucha elegancia, mucho tacto señoril sobre todo: de no ser así, es mejor no hacer nada. En los grandes bailes, las obligaciones de la señora que invita, son siempre las de vigilarlo todo y a todos, para que no suceda nada desagradable y nadie se encuentre a disgusto en su casa. Las invitaciones han de ser distribuídas lo menos una docena de días antes, para dar tiempo a las invitadas de preparar su vestido. La señora que recibe, se pondrá un traje de noche, elegante, rico, pero siempre de menor pompa que si fuese ella la invitada. También ella llevará guantes, largos o cortos, según la *toilette* lo exija. Recibirá a los huéspedes en unión del marido, de las hijas, si las tiene, o de algún pariente, en los salones contiguos a la gran sala de baile. Cuando los invitados estén en número suficiente, abrirá ella misma el baile con un caballero de su elección, procurando dar la preferencia al que sobresalga por su su-

perioridad de talento o de posición social. Dará una breve vuelta y comenzará en seguida su misión fatigosa y difícil de decir a cada uno una palabra gentil, de vigilar para que no suceda ningún desagradable incidente, que todos puedan pasar aquellas horas alegres en plena serenidad. No bailará ya más que una o dos veces, por complacencia, pero siempre brevemente y sin preferir particularmente a nadie. En cambio bailará el rigodón con un caballero elegido desde el principio y tendrá frente a sí una pareja también designada anteriormente y compuesta de las personas a quienes quiere honrar más. Si es joven, abre ella el cotillón; si tiene hijas mayores, cede el privilegio a la mayor de ellas. El cotillón debe ser rico en regalos. Hágase de modo que todos los invitados puedan recibir siquiera un regalito de algún valor artístico o de alguna importancia, para conservar como recuerdo. Así, el *buffet* debe ser abundante y fino. Si no ofrece una cena, a la mitad del baile, la señora dispondrá de mesitas graciosamente preparadas, donde los invitados puedan disfrutar en grupos. Pero déjeles en esto la mayor libertad; afecte no observar si algunos comen de más o si otros no comen casi nada. Hacia el fin de la fiesta, colóquese en un lugar fijo bien en evidencia, para no obligar a los invitados a buscarla para despedirse. Deje al marido o a las hijas el oficio de acompañar hasta la puerta al que sale; ella no debe moverse de su sitio hasta que no haya salido el último huésped. Es muy delicado por parte de una dueña de casa, examinar la sala y los salones al terminar la fiesta, para ver si algún objeto o joya se ha perdido, y si lo encuentra, ocuparse en persona de la restitución, al día siguiente.

LO QUE LOS HOMBRES NO DEBEN SABER

Ciertas señoras, por meticulosidad o por escrúpulo, se imponen la obligación de hacer cotidianamente al marido la crónica detallada de la vida doméstica. Rup-

turas de vajilla, cuestiones con los criados, impertinencias de los niños, chismografías de vecindad; el pobre hombre, que vuelve a casa fatigado por las horas pasadas en la oficina o en el ejercicio de su profesión, se ve obligado a saber todos los particulares y quizá a comentarlos. Y no comprenden estas mujeres que los hombres se aburren, se impacientan con estas narraciones tan poco interesantes, las cuales, al multiplicarse, acabarán por hacerles tomar repulsión a la casa, a la vida familiar y quizá a la mujer. El hombre, por naturaleza y por carácter, no repara y huye de los detalles de que está tejida, por el contrario, gran parte de la existencia femenina; y una mujer inteligente que quiera conservar en toda su frescura y su intensidad el amor del esposo, debe estar en guardia contra la carcoma destructora. El gobierno de una casa, ya se sabe, comprende aburrimientos, dificultades, pequeñas desgracias, y la que la rige ha de tener bastante energía, bastante desenvoltura para proveer por sí sola, evitando todo lo posible que pesen sobre los hombros de su compañero, quien ya tiene la parte más grave de la responsabilidad y de los pensamientos y aun las molestias y los obstáculos menores.

Es cierto que entre dos esposos que se aman, que viven de acuerdo y que tienden ambos al bienestar y a la prosperidad de la familia, nada debe permanecer oculto de cuanto concierne a la marcha general, a alguna reforma importante o a alguna determinación seria que haya que tomar. Es hermoso y es justo que se aconsejen mutuamente, que juntos reflexionen y resuelvan. Para esto se han unido. Pero no hace falta decir al marido que se ha roto un plato o un vaso, que la criada ha contestado mal, que ha reñido con los vecinos, que el niño se ha escapado y el gato ha robado un trozo de asado.

Como tampoco debe la señora molestar al marido pidiéndole consejo sobre la elección de una moda o de un color. Toda mujer tiene el deber de saber lo que le agrada y lo que le conviene: el marido juzgará del todo de un vestido, pero no deberá sufrir la peniten-

cia de asistir a su composición y examinar los detalles. Cierto que al escoger, deberá la señora pensar también en el gusto de su compañero, recordar qué modelos y colores prefiere para ella. Puede, también, en conversaciones o estando él presente, interpelarlo, pero brevemente y sin insistir, sin aburrirlo. A los hombres les gusta vernos bien vestidas, aprecian también los detalles de la elegancia, pero no les gusta saber particularmente de qué se compone la fascinación del vestido femenino. Evitemos también hacerles asistir a nuestras conversaciones con las modistas; hacernos acompañar por ellos a las tiendas de modas, detenernos ante los escaparates cuando van con nosotras.

Cuando una señora comprende que un gasto personal, una diversión, un objeto, costaría un sacrificio a su marido o amenazaría alterar el equilibrio del balance, no haga tampoco ver el deseo o la necesidad: cumpla en sí mismo la renuncia sin hacer palpable su privación. Piense que más de una vez se ha visto que las pequeñas y persistentes economías son el secreto del bienestar seguro de las familias; son un remedio pronto, una defensa eficaz. Y sin pretender que le aumente la cantidad que el marido le entrega para los gastos de casa, procure evitar también los gastos imprevistos y si ocurre alguno debe subvenir a él sin llamar la atención del esposo. El dinero para los gastos eventuales, es siempre el que los hombres dan con menos voluntad.

Muchas señoras tienen una suma fija mensual para sus gastos personales: yo nocozco algunas de ellas que se imponen el deber de gastar hasta el último céntimo para adornar su propia persona. Tienen derecho a ello, pero demuestran, sin embargo, mucho egoísmo. Una mujer de sentimiento delicado y de conciencia severa, deberá tratar de economizar de sus gastos particulares, para ofrecer al marido algún regalito, para ayudarlo en un momento de necesidad, para adornar la casa que habitan en común o concurrir en parte a lo necesario para la educación y los vestidos de los niños. Obrando así, resulta precisamente cual la descri-

be un noble escritor — De Gubernatis: — «La mujer debe ser en su casa el más directo representante de Dios, con sus aspiraciones, con sus inspiraciones, con sus consejos, con su ejemplo, con su obra entera.»

HOSPITALIDAD

No hay señora, aunque sea de posición modesta, que en la ciudad o en el campo no se haya encontrado en la circunstancia de tener uno o más huéspedes; pero la hospitalidad como el arte de recibir, es de todos y de ninguno. En general, nosotros, los latinos, por nuestra índole expansiva, franca, cordial, nos excedemos en el trato a nuestros huéspedes, por temor de mostrarnos con ellos fríos o groseros. Los ingleses por el contrario, conocen a la perfección las reglas de la verdadera hospitalidad, que se resumen en un precepto único: dejar al huésped una perfecta independencia para hacerle creer que está en su propia casa en vez de la ajena.

Este sistema tan simpático, tanto para el que recibe como para el recibido, va generalizándose también en España; ahora en las casas de campo señoriales, donde los huéspedes forman verdaderas colonias, cada uno hace la vida que mejor le parece; se levanta a la hora que quiere, sale o se queda en su habitación, escribe, lee, pasea, descansa, no teniendo obligación de ser puntual más que a las horas de las comidas o del te, si la dueña de la casa tiene costumbre de hacerlo a una hora determinada.

En el campo o en la ciudad, es necesario tener, por lo menos, una estancia para los huéspedes. La señora la arreglará con cuidado, pondrá en ella la ropa blanca más fina, los muebles más graciosos; tendrá cuidado de que no falte nada de cuanto pueda necesitar el huésped, pensando especialmente en sus costumbres particulares o en su profesión. Si la esperada es una señora, tratará de que los espejos estén en buena luz, que los muebles sean cómodos, que la *toilette* tenga

todo lo necesario, y dispondrá floreros aquí y allá. Un tintero y una carpeta no deben faltar en la estancia. Es un acto de delicadeza colocar también alguna tarjeta ilustrada de la ciudad o papel con la viñeta de la casa de campo.

Una vez la invitada en el aposento designado la señora la dejará en libertad para hacer un poco de *toilette* o descansar si desea. No la esperará, sino que le dirá dónde podrá encontrarla para ir a reunirse con ella. Si el huésped es un hombre, lo hace acompañar a la estancia designada para él, por el criado o la camarera y no le dirá nada. Enviará al marido, al hijo o a algún pariente varón a buscarlo para conducirlo donde ella está. Con los huéspedes varones, la señora tiene menos obligaciones, puesto que deberá limitarse a ayudar al marido, al padre, o al pariente que le ha invitado. A ella le corresponde, sin embargo, vigilar para que nada falte, hacer de modo que el huésped no se aburra, secundando los gustos, dirigiendo las conversaciones, interesándose en lo que hace, en lo que ha visto.

Cuando el huésped es una señora, a la dueña de casa le toca ocuparse en ella más especialmente; hágalo, sin embargo, con mucho tacto, de modo que la deje plenamente libre, pero estando siempre pronta cuando es necesaria su intervención. Si están en la ciudad, proponga algún paseo, alguna visita a las tiendas, a los museos o a las iglesias, según los gustos y la cultura de la huésped. Procure hacerle conocer a alguna persona simpática, tener siempre a alguien a la mesa, conducirla a algún teatro o a alguna velada si la señora es joven y le gusta divertirse: respete sus gustos familiares y haga saborear a la invitada las dulzuras de su intimidad. Procure que los niños no la molesten, que los criados la respeten; alíviela todo lo que pueda en sus penas, en sus aburrimientos y cuando están juntas no escatime los gastos. A la dueña de casa le corresponde pagar el coche, dar propinas, ofrecer alguna cosa en el café y adquirir los billetes para los espectáculos a que asistan juntas.

En el campo organizará giras, reuniones, meriendas; hará visitar a la huésped los alrededores, le dará libros para leer, periódicos: si la invitada se dedica a algún arte, música o pintura, la animará a ejercitarlo. Cuando la huésped parte, la dueña de casa la acompaña a la estación y le regala dulces y flores.

EN CASA AJENA

También para vivir en casa ajena hace falta tacto y educación. Aceptar toda cortesía como cosa debida, abusar de la posición para hacerse indiscretos, estaría tan mal como una excesiva reserva. Hay señoras que por demasiado escrúpulo rehusan todo cuanto se les ofrece, o estando hospedadas en una familia por algún tiempo no traspasan jamás la rígida barrera de las ceremonias, no dan pie para aquellas cordiales confianzas que sólo hace agradable la vida común; así son siempre extrañas y su permanencia termina por ser un sacrificio para ellas y para quien las hospeda. Otras, por el contrario, se toman sobrada libertad, se imponen, critican sistemas, hacen cambiar costumbres, vuelven toda la casa de arriba a abajo pretextando necesidades físicas o morales y son incapaces de dominar la más ligera incomodidad, la más mínima contrariedad.

En vez de eso, en casa ajena es preciso hacerse todo lo más agradable que se pueda y evitar el ocasionar desórdenes de cualquier especie. Es necesario adaptarse inmediatamente a las costumbres de la familia, aunque haya alguna distancia de las nuestras o que no las aprobemos; hacerlo sin ningún esfuerzo aparente, mostrándose siempre alegres y corteses. La igualdad de humor es también una necesidad en casa ajena y es misión especial de los huéspedes serenar las frentes, arreglar cualquier disensión, calmar las inquietudes, mitigar las tristezas, confortar los dolores. Cuando llega, está obligada a llevar uno o más regalos, se-

gún sus medios y las relaciones que sostiene con la familia. Si lleva un regalo solo, haga de modo que pueda servir para todos, como un adorno de salón, de mesa, etc. Si una particular amistad la liga a la dueña de la casa, lleve para ella un objeto personal; pero no olvide un paquetito de dulces si hay niños. Es indicio de fineza distribuir los regalos, aunque sean hermosos, sin aparato, casi ocultamente, atenuando el valor, excusándose de la pobreza de la oferta si es modesta. La invitada regulará también el modo de vestir según el grado de las personas con quienes se encuentra; no se permitirá un vestido demasiado corriente donde la señora use etiqueta; no se pondrá vestidos demasiado elegantes y variados si se trata de una familia de costumbres sencillas. Será, sin embargo, un rasgo gentil por su parte mostrarse siempre correctamente vestida y añadir algún pequeño adorno cuando se siente a la mesa, demostrando así respeto a la casa que la acoge. No se haga nunca esperar para vestirse ni para reunirse con los demás. Nadie puede hacerle observaciones, pero no debe aprovecharse de ello. Lleve con ella alguna laborcita, algún libro para emplear los momentos de ocio, para demostrar que no se aburre y para dejar a los demás un poco libres de su presencia. No obstante, siga sus costumbres; si tiene ingenio, alegre a quien la ha acogido; si posee cultura, dotes artísticas, use de ellas para hacerse más agradable; no decida nunca sobre nada, pero si es interpelada diga su parecer con franqueza. Use maneras urbanas y cordiales con los criados y si tiene consigo a su camarera, exija de ésta toda consideración con respecto a los otros. Sepa interpretar los sentimientos, los gustos de todas las edades; haga de manera, en fin, que, desde los niños hasta los ancianos, todos le tomen simpatía y se lamenten de su marcha. Cuando deja la casa que la hospeda distribuirá regalos entre las personas de servicio, según las molestias que les haya causado y la duración de su permanencia. Apenas de regreso escribirá a la dueña de casa mostrándose agradecida a las cortesías recibidas.

EL ARTE DE HACER EL EQUIPAJE

Todos hacen equipajes, pero preparar un baúl o una maleta de manera que quepa la mayor cantidad posible de ropa y de objetos sin que se estropeen, es prerrogativa de pocos. Se precisa tener la costumbre de viajar y la de hacerlo todo por sí mismo para aprender este arte difícil y necesario en que — siento decirlo — no siempre las mujeres aciertan mejor que los hombres. Ciertos señores meticulosos, pacientes, otros que están siempre de aquí para allí en ferrocarril, hacen la maleta con una ingeniosidad admirable. También en esto los ingleses nos enseñan; pero ellos tienen, además, otra especialidad: la de procurar siempre y ante todo sus comodidades y no se desaniman si su equipaje, compuesto de maletas de todas las formas y dimensiones, ocupa la mitad del departamento y rueda quizá sobre la nariz de algún compañero de viaje. El ideal, sin embargo, es el de viajar con pocos bultos y que contengan todo lo necesario. Para una grande ausencia no podrá por menos una señora que llevar un gran baúl y una sombrerera. Es siempre prudente llevar consigo en una maleta las cosas de primera necesidad que pueden hacer falta inmediatamente, para no verse mal si el baúl tardó un poco en llegar. Para un viaje de quince días y aun de un mes, siempre que se hagan etapas breves, se podrá evitar el baúl y bastarán dos maletas, la una para la ropa blanca, la otra para los vestidos. Se podría, también, suprimir la sombrerera para un sombrerito de recambio y contentarse con el que se lleva en la cabeza. Pero las señoras, aun quejándose de la sombrerera embarazosa, incómoda, no se resignan a dejarla en casa. Y no se equivocan del todo, porque en los viajes se ensucian horriblemente los sombreros y no es de buen gusto viajar con un sombrerito demasiado adornado. Es preferible un sombrero elegante y sencillo, pero este sombrero ya no está bien después con un vestido un poco adornado, con

cuerpo rico que se pone para bajar a la *table d'hôtel* o para ir a alguna reunión. El sombrero de recambio —es preferible todo negro para que se adapte a todas las *toilettes*—es, por lo tanto, casi necesario: y entonces la viajera perspicaz podrá utilizar la sombrerera para guardar también velos, cintas, cinturas, cuellos, guantes, corbatas: todos aquellos pequeños accesorios que llenan la maleta y se pierden en los rincones. También alguna blusita vaporosa llegará mejor en la sombrerera que en la maleta. En una bolsa de mano, pondrá la señora las joyas que lleve consigo, el dinero, las llaves y todo lo apremiante. Para la ausencia de dos o tres días, le bastará una maleta donde lo pondrá todo junto: un segundo par de zapatos, objetos de *toilette*, un poco de ropa blanca, el vestido de visita, una blusa y basta. No olvide nunca, sin embargo, ni para una ausencia breve, un abriguito más o menos pesado, según la estación, y el paraguas: si es verano la sombrilla. Accesorios incómodos, pero indispensables, que se colocan al exterior de la maleta para tenerlos más a la mano.

El método, diremos así, clásico, para que los equipajes resulten bien hechos y puedan contener mucha ropa, es el de llenar baúles y maletas, en la extensión del suelo, procurando que la superficie quede siempre todo lo regular que sea posible y que todo intersticio se ocupe. Las cosas pequeñas, como medias, pañuelos, cubre-corsés de punto, sirven muy bien para llenar los huecos. Si se transportan objetos pesados, como libros, utensilios, etc., disponerlos siempre en el fondo. También los zapatos se pondrán en el fondo, envueltos en un papel y separadamente. Los frascos y los espejitos han de ir revestidos de un ligero forro acolchonado para defenderlos de los golpes, y deben estar dispuestos de modo que ningún cuerpo duro los toque. Las faldas de los vestidos se colocan dobladas por los pliegues. Un buen método es el de coserlas con alguna puntada si la tela es fácil de ajarse. Los cuerpos se acomodan en los estantes de baúles o en la maleta sin plegarlos, disponiendo bien la parte ante-

rior, cruzando las mangas abajo y doblándolas hacia arriba. Las sombrereras se cierran sólidamente con vedijas de papel ligero o también con algún punto en la pared de la caja.

LA CASA EN EL EQUIPAJE

El arte de preparar el equipaje no es, sin embargo, completamente material; tiene también su parte moral. Y aquí la primacía queda toda a favor de la mujer. Lo que hace árida y triste la vida del hotel o las habitaciones de alquiler para quienes están acostumbrados a la elegancia refinada de la casa propia, es la falta de aquellos pequeños objetos, de aquella armonía de colores y de formas, de aquellas imágenes que nuestros ojos están habituados a acariciar, a cada uno de los cuales está unido un recuerdo, gentil o tierno, alegre o melancólico, pero siempre querido por nuestra alma. Pues una señora ingeniosa y fina encuentra modo de dar a la estancia más vulgar un carácter simpático y personal, colocando en la maleta alguno de aquellos objetos que más ama y que le darán un poco de ilusión de estar siempre en su casa. Una carpeta de escribir con su timbre, conteniendo papeles perfumados con su propio perfume; un porta-pañuelos de raso bordado, el retrato de una persona amada en un marco artístico; una relojera; un frasquito de esencia; alguna servilleta bordada o alguna alfombra; una almohadita, no ocupan gran sitio y bastan para transformar un ambiente. Yo recomiendo estos cuidados especialmente a las jóvenes esposas que anhelan conservar para su amor toda la poesía, preservándolo de todas las vulgaridades. Embellezcan su nido, aunque sea provisional, para evocarlo en los objetos y en las formas que asistieron a las más dulces expansiones después de haber visto las horas más inolvidables de la vida.

LA MUJER Y EL CAMPO

Son pocas las señoras inteligentes e instruídas que saben vivir en el campo. No hablo de las que van de recreo por una estación y trasplantan su mundanidad, llegan, permanecen y se van, sin darse cuenta del proceso de las cosechas y sin saber distinguir una haya de un olmo. Aludo a las señoras que viven en el campo todo el año por elección o por necesidad, pero que en él moran tristemente, casi como desterradas, sin fijarse en el hermoso y rico motivo de actividad que está á su alcance y que puede dar una fuerza serena, un sano bienestar, una noble satisfacción a su existencia. La agricultura en sus ramos menores, como el cultivo de las plantas, de los frutos, de las hortalizas, de las flores, hecha objeto de estudio y de cuidados especiales por parte de la voluntad, de la paciencia femenina, seguramente daría excelentes resultados. España, por la naturaleza de su suelo, por su clima, por la variedad de sus productos, favorecería singularmente las tentativas de este género que tendrían, además, la ventaja de vigorizar a muchas niñas, arrancándolas a la vida antihigiénica de los laboratorios y de los talleres de las ciudades. En ciertas regiones, especialmente, el cuidado de los árboles frutales, el cultivo de las legumbres y de las flores, realizados con un fin industrial, podría, creo yo, dar a las mujeres una ganancia mejor y menos fatigosa que tantas otras labores manuales. Para esto se debiera iniciar y animar experimentos, sobre todo por parte de aquellas señoras que tienen dominios heredados o por aquellas a las que las circunstancias les llevan a vivir en el campo donde faltan las industrias y los medios para crearlas. Un poco de tierra cedida o alquilada a un precio mínimo, será leve sacrificio para quien la posee en abundancia y puede constituir el principio de un beneficio grande.

En Holanda, la instrucción agraria femenina está admitida y estimulada: hasta hay cátedras ambulantes dirigidas exclusivamente por mujeres. Además de

los cultivos que he indicado, una seria enseñanza de este ramo tendría la ventaja de perfeccionar las pequeñas industrias caseras en las cuales ya se ocupa la mujer, como el cultivo de las abejas, de los gusanos de seda, de los volátiles domésticos, la industria de la leche, del pan, de las conservas; la conservación de los huevos y de las frutas. Inútil es añadir que una cultura mayor en tales cosas prácticas, conduciría a nuestra señora de casa al conocimiento de la higiene y a su ejercicio por sí y por sus hijos; conocimiento que ahora no tiene, y cuya falta es causa, en el campo, de aumento de mortalidad infantil, de enfermedades, de desventuras. También aquí la iniciativa privada podría hacer milagros. Es una misión alta, noble, social, que se ofrece a la mujer instruída que habita en la paz agreste y que tenga tiempo disponible, energía y corazón.

Porque es especialmente en el campo donde una mujer puede hacer milagros, llevar una luz civilizadora, desarraigar el prejuicio y completar la obra del médico, del maestro y del sacerdote, los únicos representantes del progreso y de la vida espiritual. En ciertos pueblos de la península, particularmente lejos de las grandes ciudades, de los medios de comunicación, de toda posibilidad de seguir el avance del pensamiento, de la audacia humana, si la señora es rica y tiene posesiones, interésese por la vida de todos sus dependientes; si es pariente del párroco, del maestro o del médico, coadyuve a su obra, extiéndala, embellézcala con su instrucción, su bondad femenina; en cualquier condición en que se encuentre haga que la conciencia de su autoridad sobre los seres que la circundan le revele algún deber que cumplir, le infunda resolución y perseverancia para llevarlo a cabo. «No despreciar tu posición—escribe Federico Amiel— he ahí lo esencial, sufrir, vencer. Desde todos los puntos de la tierra se está igualmente cerca del cielo y del infierno.»

EN EL REINO DE FLORA

Ninguna cosa inanimada se mezcla en la vida más que las flores, con las cuales la mujer siente quizá inmediatamente una asimilación de fragilidad, de sensibilidad dolorosa. Los días solemnes, las horas de alegría, de embriaguez, de sonrisas, de tristeza, pueden estar todos señalados por alguna flor que, por medio del símbolo o trayendo al pensamiento una época o un lugar determinado, llenan nuestro espíritu de sueños y de recuerdos. La flor es una de las obras de la creación que antes atrae la mirada del niño, apenas se abre a la observación, por los vivos colores de que se adorna y por la variedad de sus especies: embellece los juguetes de la infancia; seduce a la adolescencia y a la juventud porque les procura un adorno y una ayuda para el amor: alegra a la edad madura que gusta de adornar con ella el sitio del trabajo y del reposo; consuela a la vejez que a menudo consagra al cultivo de las flores sus últimas energías.

Los dichosos buscan las flores, expresión viviente de la sonrisa y de la fiesta; los infortunados se aficionan a ellas, mirándolas como intérpretes de su sentimiento de fidelidad y de tristeza cuando las colocan sobre las tumbas o sobre los altares, y en su perfume que emanan en la soledad sienten una piadosa caricia. Muchas acerbas desesperaciones se han mitigado gracias al amor y al cultivo de las flores, ocupación austera y dulce permitida a la monja y al recluso, aconsejada a quien sale de una enfermedad física y de una enfermedad moral. Los psicólogos convienen en el efecto benéfico de estas nuestras hermanas vegetales, que circundan de jardines los hospitales, los hospicios, los tristes asilos de la locura.

Se puede amar a las flores con mayor o menor intensidad, pero a ninguno le desagradan, ni siquiera al alma más grosera o más culpable, a menos que no se trate de una anomalía. Preferir una flor a todas las otras y cultivarla y adornarse con ella más especial-

mente, es indicio de intelectualidad delicada, y yo quisiera que todas las mujeres tuviesen esta poética originalidad, cuya índole, en cierto modo, es reveladora. Una mujer orgullosa no podría, digo yo, preferir la violeta o la margarita, ni una mujer sensible la camelia, o una mujer apasionada una flor sin perfume. Así, pues, no quisiera ver la estancia donde una o más señoras pasan la mayor parte del día, aunque sea el más modesto salón, sin alguna flor en un florero, porque mujer y flor se parecen tanto que casi se compenetran, se completan; y osaría decir que la una no es perfecta sin la otra. Tampoco debería faltar nunca en la mesa doméstica un ramilletito de flores de estación, símbolo de gentileza y de poesía; amuleto contra la vulgaridad. Cuando en una familia hay niñas, el cuidado de las flores les corresponde por derecho y por deber; si son niños, las madres deberán enseñarles poco a poco a respetarlas, puesto que el cuidado de las flores no es sólo un indicio del alma gentil sino también de civilización.

Pero no todos, máxime en las grandes ciudades, poseen un jardín, modesto o minúsculo; estos privilegiados son raros. Hay terrazas, sin embargo, que una señora ingeniosa puede muy bien transformar en un paraíso verde y oloroso. No es cosa difícil; bastará solamente tener en cuenta la orientación del lugar, más o menos soleado. Podrá cubrir la terraza con un emparrado elegante de plantas trepadoras como, por ejemplo, las enredaderas, que se encaraman muy bien; las campanillas; las capuchinas, de largas hojas y de vivas flores amarillas; las palmeras de España, de gran efecto; los frágiles y risueños convólvulos; las clemátides y los jazmines de espaldera. Si la terraza es bastante amplia para colocar en ella algún tiesto lleno de tierra se podrán cultivar claveles, vainillas, geráneos, resedas, fucos y violetas.

Los grandes floreros no están ya de moda para los salones. Las señoras de buen gusto prefieren las ánforas ligeras de formas caprichosas, que no tienen más que una flor sola de rarísima especie: o bien dos o

tres floreritos reunidos. También los adornos de mesa se usan bajísimos; algunas veces se distribuyen sobre la mesa muchos floreros de cerámica, pequeños y anchos, o también se cubre el mantel de flores sueltas. Ahora se emplean también por las señoras elegantes que tienen la fortuna de poseerlos, pequeños recipientes antiguos siempre que sean bellos y raros, como cafeteras de plata, frasquitos, vidrios de Murano, pequeños bocales, etc.

Una señora podrá adornarse con sus flores preferidas, recibiendo o yendo a paseo o a alguna velada; pero no exagere en la cantidad. Si no es ya muy joven mejor es llevar las flores en la mano. Las señoritas pueden adornar el manguito, la sombrillita cerrada. Las flores en la cabeza para los bailes y los teatros no se llevan más que con las *toilettes* de gala y no se adaptan más que a las jovencitas.

EN EL REINO DE CERES

Es útil y agradable para una señora el cultivo de las frutas. Las que se compran en el mercado no tienen nunca la frescura y la fragancia de las que se cogen con las propias manos de algún arbolito enano o de la espaldera del huerto: ninguna mujer que posea cuatro metros de tierra al sol debiera rechazar esta pequeña satisfacción. La fruta es estéticamente tan bella como la flor; su sabor dulce y fragante es tan grato como el perfume de una corola. Las frutas, como las flores, alegran la mesa: una frutera de cristal llena de frescas coralinas; un vaso lleno de opulentos racimos; una frutera en la cual se elevan en pirámides naranjas de oro, melocotones rosados, peras o ciruelas apetitosas; una cestita de higos destilando todavía rocío, son tan agradables como un hermoso ramillete de claveles o de rosas.

El cultivo de las flores de espaldera es simpático y produce bonitísimos efectos. Las frutas, contra los muros asoleados están más al abrigo de los vientos y de

las brumas y logran más perfecta madurez. Se podrán tener también, peras, melocotones, delicia de los niños, donde se encuentran como en un cofrecito los granitos de acídulo sabor.

Las frutas de pulpa dulce tienen propiedades bastante nutritivas, y despojadas de la corteza y del hueso, podremos darlas también a los niños en cierta cantidad: asimismo las uvas, bien maduras, son bastante nutritivas y recomendadas por los médicos como excelente alimento para el organismo. Mejor que todo, para la infancia y la ancianidad o para los estómagos delicados, son las frutas cocidas o asadas. Excelentes las conservas, que todas las señoras debieran preparar en la estación propicia para hallarse provistas cuando faltan las frutas frescas. Las compotas de frutas son exquisitas y en pastelería se usan mucho las conservas. De las frambuesas, de las cerezas, de la grosella, se obtiene un jarabe excelente para hacer bebidas y la perfumada mandarina después de haber dado el jugo ofrece también la corteza para los rosolís finos y exquisitos.

Un regalo de fruta indica mayor franqueza que una oferta de flores y no se puede hacer a todos: sin embargo, poseyendo algunas especialidades está permitido regalar una canastilla elegante, acompañándola con un billetito escrito familiarmente. Será también un acto gentil por parte de una señora que habite en el campo o posea un huerto, ofrecer algunas primicias a sus amigas y darles frutas cuando van a visitarla.

LO QUE SE PUEDE HACER PARA AUMENTAR LAS RENTAS

Angelo De Gubernatis ha dicho: «Es la mujer la que debe tener encendida la lámpara del hogar, pero el aceite debe ser suministrado por el hombre; si la mujer sale de casa, inquieta y ocupada, en busca del combustible para la vida doméstica, se hace el vacío

en la casa y en el corazón de los esposos.» La mayoría de las veces tiene razón; no obstante he observado que la armonía y el afecto se encuentran casi siempre más entre aquellos esposos que son también compañeros de trabajo, más bien que en una casa donde sólo el marido se afana en mantener a la familia. Generalmente la mujer, todavía poco habituada al libre manejo del dinero no tiene un exacto conocimiento de su valor, y si calcula mal o disipa, no es siempre por ligereza y por prodigalidad sino por ignorancia. Y entonces, entre el uno que se consume en un empleo o en los negocios para obtener una renta que casi no basta para todo, y la otra que no comprende el por qué no puede bastar y no quiere comprender nada de sacrificios y economías, pareciéndole siempre hacerlos bastante, es natural que se provoquen disturbios que repetidos frecuentemente disgregan y alteran los sentimientos más dulces y sinceros. Es preciso que la mujer haga un poco de experiencia práctica con su dinero, ganado por ella, a costa de sus fatigas, para aprender a respetar el dinero del hombre. Además una actividad distinta que el simple cumplimiento de los quehaceres domésticos que a menudo realice con indolencia e irregularidad, llenando todo intermedio con chismografías de vanidad, una actividad más regulada y más grave, fortalecerá su carácter, le dará nuevas fuentes de reflexión y de energía.

Ciertas señoras que tuvieron inteligencia y habilidad para dar fruto, se abstienen de ello por una especie de pudor, pareciéndoles, casi, rebajarse si se dedicaran a una obra de provecho. El trabajo no humilla, ennoblece; no rebaja, ensalza; porque es paz, consuelo, deber. Una madre de numerosa familia no puede, convengo en ello, dejar abandonada su casa para atender a un trabajo extraño que no le produciría tanto como su poca vigilancia perjudicaría a los suyos; pero si una mujer que pueda hacerse ayudar por alguna pariente en los cuidados domésticos o puede despacharlos en breve, halla alguna hora libre ¿qué mal hay si la emplea en dar lecciones, bordar, pintar, ha-

cer flores, escribir a máquina, por una compensación, en vez de vagar fomentando vanos deseos ante los escaparates o ir a algún salón a murmurar?

Conozco una señora de posición modesta, la cual dando lecciones de piano recoge al cabo del año una suma que le permite pasar un mes en el mar con sus niños sin recurrir a la cartera del marido. Da a sus hijos salud y vigor y a sí misma un higiénico reposo, cosa que no podría conseguir si no obrase de este modo, o que costaría a su marido un no leve sacrificio. Conozco otra señora que provee su *toilette* con lo adquirido con una industria que ella misma ha iniciado y dirige activamente. Una de mis más queridas amigas secunda al marido en la enseñanza, contribuyendo y no en poco, al bienestar de su familia. Además estas ganancias confieren a la mujer una libertad mayor, mientras que es siempre un poco humillante para ella tener que recurrir para el gasto más pequeño al marido que tantas veces hace pesar el beneficio.

El modo de aumentar la propia renta no está siempre, sin embargo, en un crecimiento de ganancias. Consiste sobre todo, en el orden, en la economía, en la perspicacia y también... en el valor.

LA FAMILIA EN RUINA

¿En el valor? Sí, puesto que hace falta siempre cuando se trata de mirar cara a cara una posición moral o material que dé algún motivo de alarma. Precisamente la falta de este valor saludable es la ruina de muchas familias. Las rentas merman, por los años infecundos, por mala administración o por los tiempos difíciles; pero la familia se mantiene siempre en la misma posición y gasta como antes. ¿El dinero no basta? Se adquieren deudas. Hace falta pagar las deudas... y entonces se vende. Las rentas disminuyen entonces, naturalmente, pero las costumbres siguen siendo las mismas, los gastos pueden también crecer por

la educación de los hijos o por sus caprichos. Y continúan, así, inconsiderablemente, engalanándose de rosas y bailando sobre un terreno minado, hasta que el día menos pensado la bomba estalla y causa la destrucción, el deshonor, la muerte... ¡Cuántas veces—¿no siempre?—la causa que induce a altos funcionarios, financieros, custodios del dinero ageno, a prevaricar, hay que buscarla en una mala administración doméstica, en la ambición de las mujeres de casa! Y este horroroso fantasma de la vergüenza, del suicidio, debieran tenerlo siempre delante las mujeres, las hijas, en las cuales la embriaguez de la vida alegre y ociosa amenaza trastornar la reflexión, impedir la confrontación y la hace huir con horror del sacrificio, de la privación.

Lo temen y huyen de él, pero ¡no piensan que deberán inevitablemente afrontarlo, que lo sentirán entonces en toda su crueldad! Porque ¿cómo se acomodarán a una vida modesta, radicalmente diversa, a la sombra, ellas, acostumbradas a una vida alegre e inútil de mariposas? ¿Cómo podrán satisfacer las necesidades de la vida, mientras ignoran o desprecian los pequeños detalles materiales, las pequeñas economías, los medios? ¿Qué harán para ganarse el pan cotidiano, ellas, que no saben hacer nada? He aquí la desesperación, los viles abandonos, la muerte, el mercado de sí mismas...

¿Recordáis la fina y triste comedia llena de psicología y de verdad de Giacosa: *Como las hojas*? Raras veces la ligereza, la debilidad, la ignorancia que llevan a una familia a la ruina y después la hunden todavía más, encontraron tan exacto y sutil reproductor. El padre trabaja; ha vivido noblemente entre el trabajo y el sacrificio, pero ¿quién se aprovecha? La mujer, ligera y coqueta, gasta y se divierte; el hijo es un ocioso, inútil, sin voluntad y sin carácter; la hija, si bien tiene un fondo de rectitud y de sentimiento, es arrastrada por la corriente. Van a Suiza por economía, pero la una continúa haciéndose corte-

jar y mañana aceptará dinero de sus galantes caballeros; el joven se entrega al juego y se vende a una vieja aventurera; la niña, para seguir siendo pura, ha dejado caer sus manos inertes, vencida por la primera dificultad que le presentaba el trabajo y corre a la muerte...

El cuadro es verdadero y triste, infinitamente triste. ¡Sirva al menos de aviso!

CÁLCULOS EQUIVOCADOS

Muchas tienen la buena intención de ahorrar y hacer economías, pero no conocen el método verdadero; ya que también la del ahorro es una ciencia que es preciso aprender y para la cual se puede tener mayores o menores aptitudes. Ciertas señoras creen que economizar significa gastar poco, pero no es siempre verdad. Escuchemos la sabiduría antigua que nos amonesta por medio del proverbio: «Quien más gasta menos gasta.» Si adquirimos un traje de calidad inferior, después de un año deberemos hacer otro, y el segundo gasto del traje nuevo y de la segunda confección superará ciertamente al ahorro que habíamos hecho en la primera compra. Si pagamos demasiado poco a nuestros criados encontraremos solamente gente inexperta que deteriorará nuestra ropa, romperá y gastará irremediablemente y nos obligará a recurrir a la ayuda de las trabajadoras a jornada y de los servicios extraordinarios; así, pues, gastaremos más y lucharemos con muchos inconvenientes. Si compramos ciertos géneros al por menor los tendremos de mala calidad, y en fin, seremos perjudicados hasta en el peso. Podría citar hasta la saciedad ejemplos parecidos.

Otro mal sistema es el de las notas de largo vencimiento con los proveedores. Son gente de negocio y lo calculan todo; así, por aquel tiempo que su dinero permanece infructuoso señalan un precio más alto del que nos cobrarían si pagásemos al contado. Y nosotras

no debiendo echar mano inmediatamente al portamonedas para pagar las cinco, las diez pesetas, nos proveemos de cosas sin las cuales hubiéramos podido pasar perfectamente. Así la cuenta sube y cuando vamos a liquidarla, se va en ella una hermosa suma que a menudo nos desequilibra un poco. Quien pudiese terminar el año sin notas que saldar sería rico aunque no le quedasen más que unas pocas pesetas en el bolsillo. Será, pues, excelente sistema el de pagar al contado o al presentar la factura, y si, por cualquier circunstancia, nos viésemos obligadas a saldar después de algún tiempo, procuraremos que el término sea lo más breve posible. Mejor es una cuenta a la semana o al mes que una cuenta total a fin de estación o de año.

CONTRA EL FRIO

El frío es el mayor enemigo de la humanidad; frío quiere decir falta de vida, atrofia, muerte. El frío es necesario a la naturaleza y al organismo del hombre, porque lo templa en el reposo, pero frecuentemente paraliza para siempre toda función vital, y mata. Ser sensible al frío es el más cruel tormento que existe; los miembros se ponen rígidos y se inmovilizan; todo deseo de actividad desaparece, se cae en una pereza miserable, hasta el pensamiento se hace más lento y las ideas pugnan en vano por salir del cerebro entorpecido. Además, aparece todo el melancólico cortejo de las neuralgias, de los resfriados, de los reumatismos, de las enfermedades del pecho y de los sabañones. Una casa fría, una habitación fría, son un suplicio, son la más triste cosa del mundo. La defensa contra el frío, para nuestra persona y nuestra habitación, se impone, pues, como una de las primeras necesidades de la vida.

El medio más usado de calefacción y el más higiénico, es el de caloríferos calentados con el agua hirviendo. Ciertos pequeños barrios de ciudades son

entibiados deliciosamente con este sistema, que ofrece la ventaja de no tener nunca mal olor de carbón o de gas, y libra totalmente del humo. Pero el gasto de la instalación de estos caloríferos no es pequeño, y no todos pueden servirse de ellos. Hay estufas en toda su variedad: desde la *Parisién*, transportable, hasta la pequeña estufa fija que consume poco combustible y emana fuerte calor; desde las antiguas estufas de tierra cocida barnizadas, mejores siempre que las de hierro, desde el punto de vista higiénico, hasta las redondas, groseras estufas llamadas *Puerquecito*, por una vaga semejanza de líneas con este poco estético animal; pero tan buenas y útiles como feas, porque dan mucho calor, queman cualquier calidad de leña y cuestan poquísimo.

La poesía del hogar, de las altas chimeneas bajo las cuales se reunía la patriarcal familia, o de la pequeña chimenea de los morillos artísticos que velaba el sueño de los solitarios y los amores de los felices, desaparece. Solamente en provincias se emplean todavía, pero no se lo aconsejaría a ninguna, por el calor sin igual que dan y bastante desproporcionado a la cantidad de leña que consumen, el tiempo que hacen perder para encenderlas y alimentarlas y la suprema tortura del humo.

En vez de una sola habitación calentada a alta temperatura, mejor será tener todas las estancias que se habiten, entibiadas moderadamente al mismo grado. Los calentadores de pies, de hierro, con carbones ardientes, se deben abandonar como nocivos. Substitúyanse con un cilindro de metal lleno de agua hirviendo o también con una de aquellas bolsas revestidas interiormente de piel, bastante confortadoras. También el uso del calentadorcito es antiestético y conduce poco a poco a la pereza. Sin embargo, es un gran remedio contra los sabañones y los médicos recomiendan su uso a las personas que sufren de esta antipática incomodidad.

En un tiempo se creía que entrar en un lecho frío era más higiénico que en uno caliente. Pero la higie-

ne moderna nos dice que el secar bien las sábanas al fuego o con los recipientes de agua hirviendo, es más ventajoso para la salud. El frío sufrido en el lecho es dañosísimo para las personas delicadas, los ancianos, los niños; pero se debe aconsejar no dormir en un ambiente demasiado caliente y tener cuidado de no dormirse con la estufa encendida.

Incomparables reparadores del frío son las pieles. Aunque se adquieren hoy a precios sobradamente costosos, yo aconsejaría a todas las señoras que antes se priven de un mantel de lujo que de esta indumentaria tan práctica. En la elección de los vestidos y de la ropa blanca mírese más bien a la calidad del tejido que a su peso. Hay paños, fustanes, tejidos de punto, que oprimen el cuerpo sin abrigarlo; mientras que ciertas franelas suaves, lanosas, ciertos paños de lana, adherentes, abrigan bastante mejor siendo más ligeros.

Muchos médicos proclaman la superioridad higiénica del algodón sobre la lana, que es buena desarrolladora de microbios; en efecto, ahora la industria textil del algodón ha llegado a tanta perfección que lo hace preferible. Lo mejor de todo es la seda, que preserva del frío y aisla del calor. Pero tiene dos defectos: dura poco y cuesta mucho. Continuaremos, pues, usando para nosotras y para nuestros niños las benéficas camisitas de lana, las franelas siempre tan convenientes, el delicioso tejido de los Pirineos para las basquiñas y los cuerpos. El que sufre de bronquitis debe tener caliente el pecho, desde el codo hasta el hombro, y use bebidas de leche tibia con infusión de liquen. Quien está sujeto al gastricismo, envuélvase el estómago y el vientre con una faja de lana y tenga muy calientes los pies.

CONTRA EL CALOR

Es más fácil, más alegre y más... económica, la defensa contra el calor, para nuestra morada y para nuestra persona. Se resume en dos reglas elementales: ventilar todo lo que se pueda y cubrirse lo menos posible. También para muchas personas el verano y el calor, constituyen un tormento insoportable; en general son más numerosos los que no pueden sufrir el calor que los que abominan el frío.

La debilidad, el insomnio, la inapetencia, son las incomodidades de que más se quejan las víctimas del verano, pero la frecuencia de los baños y de los lavados, y de las duchas frías para quien pueda soportarlas, un pequeño ventilador eléctrico bien colocado, algún tónico para el estómago y el método en comidas y bebidas, son todos remedios fáciles de poner en acción, y eficaces.

Las ventanas están todas bien provistas de persianas, de *stores* o de cortinajes, de modo que dejan entrar la menos luz que sea posible, puesto que en donde hay luz hay calor. Procúrese que estén bien cerradas durante las horas meridianas y se abran por la noche, dejándolas de par en par quizá toda la noche, en parte o completamente, según sea la estancia, o si en la localidad el aire es sano. Una pequeña nevera, en la familia, será de suma utilidad, tanto para la conservación de los alimentos como para tener siempre agua fresquísima, pero no se abuse ni de bebidas ni de hielo, dañosos para el estómago. Este en verano debe ir ligero, porque fácilmente las indigestiones degeneran en enfermedades infecciosas. Carnes secas, legumbres cocidas, moderado uso de frutas, vino con agua y nada de alcohol.

El hilo es más fresco que el algodón: así, pues, es mejor para el verano, el hilo finísimo, y blanco completamente para evitar las manchas del sudor. Hay también ciertas fajitas deliciosas, de tul, flexibilísimas,

que además de ser frescas dejan libre paso a la transpiración. La ropa interior, de seda, a menos que en casos especiales sea sustituída por batista blanca de volantes, que en algunas partes serán espumosos y vaporosos, Los vestidos, de tela de lino, que desde algunos años gozan de todas nuestras simpatías, preservan muy bien del calor, son higiénicos y elegantes. Se abandonan los velitos adherentes y se llevan anchos velos flotantes que defienden del polvo y del sol sin dar calor; los ligeramente azules o verdes son buenos para quien tiene los ojos delicados, propensos a las irritaciones provocadas por el reflejo del sol. Por lo demás, el blanco, siendo mal conductor del calor, es preferible en verano, especialmente cuando se debe salir en las horas cálidas o se ha de estar expuesto largas horas a los rayos del sol.

FIN DEL TOMO I

ÍNDICE DEL TOMO PRIMERO

Págs.

Prólogo V
Dedicatoria 17

ENTRE DOS VELOS

Velos blancos 23
Los lirios 24
Flor que se abre. 26
Las primeras curvas y el primer misterio 27
Los maestros 28
Las amigas 30
Los primos 31
La luz 32
El primer sueño. 33
Después del sueño 35
La educación como es 36
La educación como debiera ser 38
Un punto delicado 39
La instrucción 42
Hombres y mujeres 44
Virginidad 46
Su alteza el amor 47
Nuevas embriagueces 49
El alma en los labios 49
La caza del marido 51
La novia 53
Matrimonios de amor 55
Matrimonios de conveniencia 56
Matrimonios de necesidad 57
Matrimonios de reparación 58
La palabra dada 59
El equipo como debe ser. 61
La canastilla de boda 63
La ceremonia nupcial 65
Viaje de novios 69
La espera 70
Ansias y miedo 72
Al fin solos 73
Caen las flores de azahar. 75
La copa envenenada. 75

Págs.

MÁS ALLÁ DEL MISTERIO

En la luz de la vida 77
Un rincón del Paraíso 78
La vida conyugal 79
Demasiadas flores 81
Rosas marchitas. 81
Armonía 83
Para que dure el amor 86
La puesta de la luna de miel 88
Las suegras. 89
La nueva familia 92
Los amigos del marido 93
Las amigas de la esposa 95
Mirando al pasado 96
Un suspiro 97
Las ocupaciones de la joven señora 98
Vida mundana 101
Juego peligroso 103
Bailes de máscaras 104
Bailes de trajes 106
Veladas. 107
Tómbolas 108
Cuadros plásticos 110
En los baños 110
En los montes 112
Lecturas femeninas 114
¡Dichosa soledad! 117
Crueles revelaciones. 118
La tempestad. 120
El heroismo más fuerte 121
Celos masculinos y celos femeninos 122
Las pruebas infalibles 123

A LA SOMBRA DE LA CUNA

Primeros síntomas 125
En la espera sagrada. 126
Deberes de la futura mamá 127
El gran día 130
Bautismo 131
La lactancia. 133
La nodriza 134
Primeras ansias y primeras alegrías 136
La educación del bebé 138
Responsabilidad materna 140
Entre el hijo y el marido 142
La hermanita 144
Los gemelos 145
Madre y maestra 147

Págs.

Los jardines de la infancia 148
Las niñeras 149
La abuela 150
La moda y los niños 152
Primeros juegos. 153
Los compañeros de juego 155
El teatro y los niños. 156
Infancia rica 158
Infancia pobre 159
Discordias en familia 161
El martirio de los inocentes 161
La caridad y los niños 163
Primeros estudios 164
Lecturas infantiles 166
Los niños en sociedad 167
La gimnasia. 168
Frutos prohibidos 168
El respeto a los niños 171
Los hijos de las amigas 172
Las vacaciones 173
Los viajes 174
En el mar 174
En el campo 175
Casos dolorosos. 176
Madres culpables 178
Niños precoces 179
El arte y los niños 181
Higiene infantil 182
Enfermedades de los niños y cómo se curan . . . 184
La religión y los niños 187
La confirmación y la primera comunión 188
El colegio 190

EN ALTA MAR

Los maridos juzgados por las mujeres 191
La edad del marido y la de la mujer 193
La mujer del hombre de talento 194
A fuego extinguido 195
Tentación 197
La amarga dulzura 198
El mal y el remedio. 200
Un punto solo fué lo que nos venció. 201
El huracán 202
Cartas de amor 203
La primera vez 205
El amante 207
Las rivales 208
Victorias y derrotas 209

Págs.

Humillaciones 210
La complicidad 211
El arte de mentir 212
El silencio 213
El día terrible 215
La inflexibilidad del perdón 216
La tragedia 218
El inocente 219
Separación y divorcio 220
El destierro 222
¡Todo por nada! 223
Último refugio 225

DOMUS-MUNDUS

Criada y ama de casa 227
Soberana de un reino 228
Las regencias 229
Los súbditos 231
La mujer y la economía doméstica 232
Los libros de los gastos 234
La señora en la cocina 235
La señora en el salón 237
La señora en el guardarropa 238
El dormitorio 240
El comedor 242
Comidas de invitación 244
El día de recepción 246
Las noches de recepción 248
Los cuatro saltos 249
Un gran baile 250
Lo que los hombres no deben saber 251
Hospitalidad 254
En casa ajena 256
El arte de hacer el equipaje 258
La casa en el equipaje 260
La mujer y el campo 261
En el reino de Flora 263
En el reino de Ceres 265
Lo que se puede hacer para aumentar las rentas . . 266
La familia en ruina 268
Cálculos equivocados 270
Contra el frío 271
Contra el calor 274

EVA REINA

EL LIBRO DE LA MUJER

All'editore R. Bialucci
cordialmente
Yolanda

EVA REINA

EL LIBRO DE LA MUJER

por la MARQUESA

María Plattis Majocchi (JOLANDA)

VERSIÓN ESPAÑOLA DE LA 5.ª EDICIÓN ITALIANA

TOMO II

ELEGANCIA : SALUD : BELLEZA : AMOR : COSTUMBRES SOCIALES
CONSEJOS Y NORMA DE LA VIDA FEMENINA CONTEMPORÁNEA
MORAL : EDUCACIÓN : HIGIENE : HISTORIA : CULTURA, ETC.

PREMIADA CON MEDALLA DE ORO EN LA EXPOSICIÓN FEMENINA DE MILÁN 1910

PUBLICADA POR LA CASA EDITORIAL ARALUCE
CALLE DE LAS CORTES, 392 :: BARCELONA

Es propiedad del Editor.

Imprenta Imperio, Eduardo y José Solá, Valencia, 200 - Teléf. 1282 G.

VELOS NEGROS

La hora presente es inútil—no
hace más que chocar y huye—
Sólo en el pasado está la belleza,
sólo en la muerte está la verdad.

G. CARDUCCI.

LA ENEMIGA

LA humanidad, a fuerza de estudio y de perseverancia, puede dominar a los elementos, utilizar para sus necesidades y sus placeres las fuerzas de la Naturaleza, puede arrancar algún secreto al misterio que la circunda, pero tendrá siempre una feroz e invencible enemiga: la muerte.

El hombre se desenvuelve fatigosamente, se prepara a la vida a través de las luchas, se agita con espasmo para conseguir la riqueza, el amor, los placeres, la gloria, como si debiese permanecer en la tierra por un tiempo ilimitado. Lejos de eso, ¡la vida es tan breve! y su estancia aquí abajo ¡tan provisional! Muchas veces, apenas llegado al fin perseguido, la muerte lo arrebata, o, más cruel aún, le deja entrever una existencia placentera y le quita de un golpe vida y esperanza; tal vez lo abate en el pleno orgullo de la madurez, apenas, a costa de infinitas tribulaciones, ha puesto el pie en la cumbre de la victoria.

Tampoco habría vida si no hubiese muerte, porque la vida es renovación continua. No habría trabajo, progreso, civilización, puesto que la acción del hombre consiste esencialmente en su lucha y defensa contra la muerte, y la generación no es más que el producto de innumerables generaciones sucedidas las unas a las

otras. Inclinémonos, pues, ante los decretos impenetrables de la Divinidad y ante las sabias leyes de la Naturaleza, fuertes en nuestra fe, que nos hace entrever más allá de los estrechos confines del mundo una playa luminosa donde sabremos el por qué del dolor; y nuestro espíritu purificado por una serie de pruebas penosas llegará a la cumbre de su glorioso destino.

«Nuestra vida es un momento entre dos eternidades», dice Platón.

EL DOLOR

Es más fácil resignarse a la muerte que al dolor. Y, sin embargo, el dolor es común herencia de los hombres, y si bien lo observamos, se verá que ningún destino está exento de él. En un momento u otro de la vida, el dolor nos sorprende, nos azota, nos abate: y aun cuando alguno fuese tan privilegiado que no lo conociese, nunca se podría sustraer al dolor ocasionado por la pérdida de alguna persona tiernamente querida. Además, ¿qué alma puede considerarse al abrigo de las desilusiones, de las tristezas, y, particularmente, el alma femenina tan fácil de abrirse a un rayo que la ilumine, a una caricia que la consuele, a una música que la haga vibrar, a un perfume que la embriague?

También el dolor, lo comprendemos nosotras, tiene su belleza austera, su ruda bondad. El arte más bello florece en los dolores inconsolables. Las acciones más magnánimas fueron meditadas y cumplidas desafiando al dolor y a la muerte. Dice José Quisti: «Del dolor, sólo del dolor, nacen las grandes cosas y surgen los grandes caracteres como las flores de la espina. En la alegría el hombre es descuidado, imprevisor, infecundo; las bellas cualidades del alma y de la mente, o no existen o no se manifiestan en los hombres felices; una desventura las hace centellear como el acero al ser golpeado por el pedernal».

Cuando llega el soplo rudo del huracán, cuando caen las flores del alma, cuando los sostenes se despe-

dazan, nos encontramos desorientados, perdidos, presa del terror del caos. Buscamos afanosamente algo que haya sobrevivido a la tempestad, un tallo, una hoja, donde poder atar un hilo — aunque delicadísimo—de nueva esperanza. ¡Nada! ¡No ha quedado nada! ¡Es un desierto! Nos volvemos entonces a nuestros semejantes, a los que en los días felices habíamos descuidado un poco, pero a quienes nos ligan también relaciones cordiales... ¡Es inútil! Ya no nos comprenden, o mejor dicho, los sentimos demasiado lejos de nuestro dolor para esperar un alivio. Tampoco la plegaria puede en estos momentos de terror traernos el consuelo. También Jesús hubo de experimentar este abandono en el huerto de las Olivas. Toda el alma está llena de amarguras y de rebeliones. No tenemos más que el sentimiento de una gran injusticia, no sentimos más que nuestro dolor, y la plegaria, que ya no puede ser un himno o una súplica ardiente, muere en nuestros labios...

Pues bien, en estas horas de tinieblas, de anonadamiento, es preciso imponerse una conciencia vigilante, una voluntad indomable. «Roguemos—decía Manzoni, —para que nuestra cabeza pueda siempre inclinarse cuando la mano de Dios va a pesar sobre ella».

Si hemos errado, aceptemos la dura prueba como una expiación; si no tenemos nada que reprocharnos, esforcemos nuestros ojos mortales a ver en ella más que una causa común de sufrimiento, algo seguro, útil para el bien de nuestro espíritu, para nuestro progreso moral. Y si tenemos la conciencia de sentirnos puros, no tardará en descender ligera e inesperada sobre los tumultos del corazón, sobre el dolor acerbo, aun entre el martirio, una paz misteriosa, melancólica, pero benéfica.

Debemos aprender, además, a sufrir en silencio sin hacer llevar a los otros el peso de nuestra cruz; debemos sonreir a las alegrías de los demás sin afligirlos con los fantasmas de nuestros desengaños, de nuestros lamentos; debemos valernos de nuestra experiencia del dolor sin perder la fe en la existencia de la bondad y de la justicia, y consolarnos consolando...

EL LUTO

El luto es la manifestación externa del dolor: es un tributo de respeto y de piedad que damos a nuestros queridos difuntos; así, pues, está bien observarlo y llevarlo con seriedad y con decoro.

En la antigüedad las mujeres llevaban en el luto vestidos negros, tanto entre los griegos como entre los romanos. Esta costumbre existía ya en los tiempos de Homero, el cual nos hace saber que Tetis, afligida por la muerte de Patroclo, se puso el más negro de sus vestidos.

Sin embargo, el color de los vestidos de luto variaba según los pueblos. Para los persas y los turcos era el azul; para la secta de Alá el verde; para los chinos el blanco; para los egipcios el amarillo; para los peruanos el gris. En Francia, al comienzo del reinado de Felipe Augusto, no se conocía el uso del luto. Bajo Carlos VI los grandes señores solamente vestían de negro en señal de aflicción, y los domésticos gris castaño. Luis XI llevó para el luto de su padre trajes de color rojo, pero el luto acostumbrado de los reyes de Francia era el violeta. Las reinas de Francia, hasta Ana de Bretaña, habían adoptado el blanco para los vestidos de luto: de aquí viene el nombre de *reinas blancas* que se daba a las reinas viudas; pero Ana vistió de negro para el luto de Carlos XIII, y Luis XIII usó el negro para luto, contra la costumbre de sus predecesores.

En nuestros días el luto, en la mayor parte de los pueblos civilizados, es el negro; el medio luto, el gris, el blanco y negro o el violeta. Existe el luto riguroso, el luto ligero y el medio luto. El luto riguroso consiste en el vestido entero negro, de lana; el medio luto es también todo negro, pero en seda; el luto ligero se lleva en gris, en blanco y negro, en violeta y en blanco.

El luto más severo es el de la viuda, que dura dos años: el primer año luto riguroso; la pequeña *capota* orlada de blanco, con larguísimo velo; el segundo

año, seis meses medio luto, siempre en negro, pero usando la seda, el sombrero redondo y adornándose con brillantes y seis meses luto ligero, en gris, blanco y negro o violeta. Puede llevar también perlas, pero no piedras de otros colores. Por los padres el luto se lleva un año: seis meses de luto riguroso y otros seis de medio luto. Por los suegros, hijos, nueras y yernos, como por los padres. Por los abuelos seis meses de luto, dividiéndose en tres meses de luto riguroso, un mes de seda negra y velos más ligeros, y dos meses de medio luto.

Por los hermanos y hermanas seis meses de luto: cuatro de luto riguroso, dos de medio luto y uno de luto ligero. Por los cuñados, seis meses de luto, divididos en tres de luto riguroso, dos de medio luto y uno de luto ligero. Por los tíos y las tías cuatro meses de luto, divididos en dos de luto riguroso y dos de medio luto. Por los sobrinos tres meses, divididos en cuarenta días de luto riguroso, un mes de medio luto y el resto de ligero. Los primos en primer grado requieren el mismo luto que los sobrinos; los primos en segundo grado un mes de luto, dividido en quince días de luto riguroso y quince de medio luto; primos en tercer grado, luto ligero por quince días. Hay otro luto llamado *de conveniencia* que se lleva por los parientes lejanos y dura quince días; es ligero.

Los criados no llevan luto, a no ser que se trate del amo o del ama de casa. Las libreas serán negras y en el sombrero se pondrá el velo negro. El período para los criados dura tanto como el luto riguroso de los amos.

El papel de escribir, las tarjetas de visita, los pañuelos, indican la gravedad del período de luto, según la mayor o menor anchura de la faja negra. Las pieles, siempre que sean obscuras, se podrán llevar durante el luto: pero el pelo más indicado es el *astrakán* y el mongolia.

¡VIUDA!

¡Viuda! Triste palabra que significa una cosa todavía más triste: el dolor de una separación eterna entre dos seres que el amor había atraído dulcemente uno hacia el otro y después fusionado en una comunión de almas, de cuerpos, de vicisitudes, de destino, de sueños, de deseos, de esperanzas, formando de ellas casi un solo sér. De ahí que para la mísera superviviente, la soledad, el aislamiento, el frío en el corazón sea tanto más doloroso cuanto que la dulce costumbre de la intimidad, del apoyo, de la vida conyugal, le había sido muy querida y había echado profundas raíces en su alma. Ella y el esposo habían partido juntos para la peregrinación de la vida en la risueña mañana de la juventud, con un alegre acompañamiento de augurios, de sonrisas, de rosadas ilusiones. Y en la embriaguez de sentirse juntos y unidos para siempre bajo la bendición de Dios y en la luz de la verdad, ante los hombres, no creían que fuese posible desunirlos, ni por la fuerza humana ni por la voluntad divina... No, porque siempre puros y felices en su ternura, amaban y bendecían, y Dios que los había unido no querría separarlos. Extendiendo así la mirada al porvenir, hasta a sus lejanos cabellos blancos, se veían siempre juntos, sirviéndose de mutuo consuelo y protección; formaban proyectos sobre el porvenir ante la cuna de su hijito y se proponían difundir en él la parte más elegida de sus pensamientos y de sus corazones: lo veían niño, joven, hombre, y ellos a su lado, enlazando todavía las manos sobre su cabeza, estrechando aún su carita entre las de ellos...

Un lúgubre ruido de alas interrumpe el bueno y piadoso sueño. Pasa la muerte ciega y cruel: pasa y acomete... El hombre ayer floreciente ya no es más que una forma sin vida, inmóvil, muda; ni todas las lágrimas desesperadas de ella, a quien tanto quiso, ni su voz, a la que nunca permaneció silencioso, pueden ya despertarlo del último sueño. Y ella se queda sola:

sola entre todas las cosas que todavía le hablan de la vida común, de las esperanzas del porvenir, del pasado que ya no puede volver. ¿Qué hará, en adelante, de su vida? El sol se ha puesto, su alma está despedazada: se siente sepultada viva, muerta en la vida. Ni siquiera se le permite llorar en paz, porque es necesaria para cumplir numerosas formalidades: se ve obligada a tomar urgentes determinaciones, a entrar en el mundo de los negocios, de las leyes, de lo cual la había librado siempre la amorosa tutela del marido. Con angustia, con lágrimas en los ojos, con el terror de la casa desierta sin aquella voz, sin aquella sonrisa, es preciso salir, ver gente, estar con los abogados y sentir a cada momento profanado el propio dolor con las áridas fórmulas de la ley; oir el nombre querido, que ya no se murmura más que en las galerías, pronunciado cien veces con la confirmación de nuestra desventura...

Es terrible. Pero lo más triste viene después, pasado el aturdimiento, cuando la vida sigue su curso y todo vuelve a ser como antes, menos aquella persona que ya no volverá más, que no se sentará más a la mesa o a la estufa, de quien no oiremos más el conocido paso y la voz que nos tranquilizaba; de la cual no quedan más que imágenes frías en marcos obscuros... El tiempo sigue transcurriendo: meses, años; pero el vacío no se llena, el pasado no se olvida, el recuerdo no se borra. Ya no lloramos, pero, sin embargo, nuestra alma gime en sus recónditos pliegues, y los lamentos no cesan. Los años pasan, la yerba crece alta sobre el lugar donde duerme, y nosotras contamos aquellos años pensando amargamente que fueron robados a nuestra felicidad y a su vida. El joven esposo estaría ahora en la plenitud de la virilidad, podría recoger ahora madura la mies cuyos gérmenes defendía luchando cuando la muerte lo sorprendió. Y nosotras que también vimos morir la juventud, que entramos en la madurez, sentiremos ahora más que nunca la dulzura, el consuelo, la necesidad de su palabra tierna y fiel, de su sonrisa animosa, de su brazo vi-

goroso. En vez de eso, estamos solas: la viuda está sola y sola debe descender la triste pendiente, hasta la muerte...

MANIFESTACIÓN DE TRISTEZA

El dolor como la alegría, el acontecimiento nefasto como el acontecimiento alegre, se ven obligados por la civilización a asumir un carácter, a someterse a costumbres especiales. Por lo demás, el rito, sea de alegría o de luto, es siempre solemne y acrecienta la entidad del acontecimiento que celebra, asociando a nuestro sentimiento el ajeno. Se participan las bodas, se participan los nacimientos y también se participan las muertes. Si no se prefiere servirse de los periódicos, cuya costumbre se va extendiendo, los anuncios fúnebres se distribuyen dentro de las veinticuatro horas después del suceso; deben ser redactados en forma sobria y clara, indicando también el lugar y la forma de los funerales. La triste noticia debe darse ante todo a los parientes más próximos, y después, de grado en grado, hasta los menos próximos. Solamente la viuda tiene derecho de precedencia sobre los padres. Tampoco debe faltar en las participaciones la orla negra y ancha según sea el luto, más o menos grave. La anunciación de la muerte de un niño no lleva el luto más que en un ángulo.

También el color de las flores para el féretro varía según la edad y las condiciones del difunto: de tintas violáceas para los adultos, completamente blancas para una jovencita, de todos los tonos para los niños. Los parientes del difunto siguen al convoy en coche, los amigos a pie; si se trata de una señora, también las señoras van a pie y pueden llevan las cintas del féretro: distinción que se concede siempre a quien tiene algún privilegio de posición, de edad, de parentesco o de amistad. A la hora del entierro, a las puertas de la triste casa visitada por el dolor, debe estar una persona encargada de recoger sobre una ban-

deja los nombres o las tarjetas de visita de los que han acudido, se han hecho representar o han mandado flores. A estos billetitos y a todos los de pésame, la familia debe contestar con tarjetas de visita a propósito, con el agradecimiento impreso. A las cartas se deberá corresponder personalmente, escribiendo también algunas palabras en una tarjeta cerrada. No se dan los pésames ni se contesta a ellos por tarjeta. Las visitas de pésame se hacen después de ocho o quince días; deben ser breves y para ellas se vestirán trajes sencillos y obscuros. También a la Misa que la familia hace celebrar por el difunto después de los treinta días, deben ir los invitados con trajes obscuros y sencillos. Para el entierro y la Misa de difuntos, el luto es de obligación para todos.

Las tumbas floridas como altares del amor y de la piedad de los supervivientes, suscitan emoción y respeto; pero ciertos epígrafes demasiado rebuscados y pomposos, ciertas frases estampadas en algún cuadrito votivo o bordadas en alguna cinta, destinadas a comunicar a los demás la medida de nuestro dolor, me parecen irrisiones y profanaciones a la sagrada majestad de la muerte. Un simple apellido, un nombre, al pie de una guirnalda o de una cruz, son bastante elocuentes para el mundo; y para el amado espíritu a quien se dirigen y que lee desde lo alto en nuestros corazones, no hay necesidad de palabras escritas.

En cuanto a las visitas al cementerio, no hay regla que obligue a ellas o que las prohiba. Cada uno sigue los dictados de su propio sentimiento e interroga a sus fuerzas. Hay personas que no han sabido vencerse y nunca fueron a rogar sobre la tumba que encierra un sér amado; otras, al contrario, hallan consuelo en ir a menudo a prodigarle sus atenciones. Yo creo que este acto piadoso es casi una obligación para la mujer, porque ninguna mano será más próvida y más piadosa que la de una viuda, de una hija o de una madre. Lo mejor es esforzar inmediatamente el ánimo e iniciar la triste costumbre, que, pasado el pri-

mer período de emoción, procura realmente algún alivio.

Durante el tiempo del luto riguroso no se frecuenta absolutamente la sociedad; no se asiste a bailes, recepciones ni veladas. A los teatros y a los conciertos está permitido ir después de los seis meses. No se recibe ya en día fijo ni se va a visitar a las amigas en día de recibimiento. Conviene no mostrarse en los lugares públicos y a las horas de los paseos elegantes. Aunque el luto no fuese muy doloroso no se deberá mostrar demasiada prisa en volver a las costumbres y a la vida de sociedad. De todos modos se vuelve a ellas gradualmente.

LA DESVENTURA Y EL CARÁCTER

Cuando una gran desventura nos hiere, es natural que todo nuestro organismo se resienta como por los efectos de una sacudida terrible. Y así también la parte moral sufre á menudo cambios repentinos. Todos hemos visto algún sér de carácter vivaracho, alegre y expansivo, convertirse después de uno de estos crueles golpes en taciturno, lánguido y triste, o bien, una índole serena y tranquila volverse de repente irritable e inquieta; y también alguna persona reflexiva, ordenada y sobria, ser después de la muerte de alguno que le era extremadamente querido, atolondrada, desarreglada, tal vez hasta el libertinaje.

En efecto, ¿quién, en uno de estos desastres del alma, no ha sentido la tentación de aturdirse, de cualquier modo que sea, de abandonar todos sus ideales más queridos, de demoler todo un pasado de virtud, de abnegación, de paciencia, casi por oponer crueldad a crueldad, por impulso de reacción fuerte y salvaje contra el fuerte y salvaje dolor? Momento peligroso y supremo que ha decidido de muchos destinos, que precipitó a muchos en las tinieblas, en el suicidio, en la locura y en el delito. El primer paso hacia el embrutecimiento, el lanzamiento al vértigo homicida de la em-

briaguez, no son más que la consecuencia de uno de estos momentos, si el alma no está preparada a resistirlos. Pero nosotras deberemos luchar contra este turbio elemento que vino después del trastorno de la tempestad; eliminarlo de nuestro corazón para que quede todo purificado por el rígido lavado, y se vigorice nuevamente. «La adversidad es nuestra madre,—decía Montesquieu,—mientras que la prosperidad no es más que nuestra madrastra», y decía esto precisamente para hacernos reflexionar que nuestro carácter tiene necesidad de la severidad de la desventura, la cual nos quita las tendencias perezosas y blandas, la demasiada facilidad en afligirse y desanimarse por pequeños motivos y nos demuestra la vanidad de las frivolidades, la utilidad y la belleza de alguna noble y alta misión. Reaviva un carácter frío, templa una índole ardiente y llama a los espíritus a la fé acercándolos más a Dios. Una mujer culta y gentil, Emma Boghen Conigliani, decía: «De la acción nace la fuerza, del amor la vida y del dolor la virtud.»

LA DESVENTURA Y LAS OBLIGACIONES SOCIALES

Las obligaciones que la civilización nos impone hacia nuestros semejantes, son, en ciertas circunstancias, una pesada cadena que el instinto quisiera despedazar. Hemos visto también cómo el dolor más sagrado, más acerbo, no puede sustraerse a ciertas reglas fijas, a ciertas manifestaciones comunes y a ciertos deberes de cortesía y de gratitud. Pero la piedad y la bondad de los demás debe, sin embargo, tratar de hacer más llevadera esta obligación y respetar el triste recogimiento de quien llora y sufre. Yendo a visitar a una señora sobre quien pesa una gran desventura, haremos de modo que la visita, por la hora, por nuestro traje, por el tono y asunto de nuestra conversación, no tenga ningún carácter de etiqueta. Mejor es prevenirla antes por

medio de un billetito para informarnos de si está en situación de recibirnos y si nuestra visita no le causará demasiado dolor. Si se excusa de no podernos recibir, no le guardaremos rencor y a la primera ocasión le demostraremos nuestro fiel sentimiento. Desde el día del luto le ofreceremos nuestros servicios, pero deberemos dejarle toda iniciativa de invitación. Si viene a nuestra casa, le haremos un recibimiento íntimo y afectuoso, y si se encuentran con nosotras otras personas, la recibiremos sola en otra estancia, excusándonos con los primeros visitantes. La majestad del dolor tiene todos los derechos de privilegio sin que nadie pueda ofenderse.

La recordaremos cuando cumple el mes de la muerte y el aniversario, con un pequeño recuerdo piadoso, si nos liga a ella la amistad: un libro religioso o de severas enseñanzas morales, una imagen sagrada, un rosario, una medallita, flores para llevar al cementerio, acompañadas de alguna palabra de afecto y de consuelo, son demostraciones hermosas y piadosas para quien tiene necesidad de ser consolado.

LIGEREZA

La ligereza, de apariencia tan afable, tan inofensiva, para la cual el nombre de culpa parece demasiado grave; la ligereza, que a menudo es equivocadamente considerada como consecuencia de la inexperiencia y de la juventud, como el matiz cerúleo de ciertos caracteres vivarachos, briosos, alegres y activos; la ligereza, que tan bien se tolera en la mujer porque se confunde con la elegancia, con la fascinación, con el arrojo irreflexivo y exagerado, con las cualidades superficiales que más atraen en la sociedad las repentinas simpatías; la ligereza ¡oh, amigas! está entre las más dañosas y deplorables manchas del alma humana. Una persona ligera no será capaz, es verdad, de maldades profundas y meditadas, pero tampoco de un sentimiento inalterable, de un sacrificio prolongado, de una re-

nuncia, de un continente serio y digno cuando las circunstancias lo exijan. Y es en el dolor, especialmente, donde estas almas vacías se revelan y disgustan con el espectáculo de su pobreza y a menudo de su aridez. Nada hay que más indigne que un luto doloroso y grave llevado descuidadamente, con un vestido lleno de adornos y caprichos de la última moda. Yo vi llevar el luto de una madre con afeites en la cara y asistí a las galanterías de que se dejaba rodear una viuda creída inconsolable, pocos meses después de la muerte del marido, en vestido de *foulard* negro, elegante, con las mangas de gasa. Estas cosas ofenden, no sólo a quien ha sufrido, sino también a cuantos sienten lo sagrada que es la memoria de los difuntos, y la respetan, si no por sentimiento, al menos por decoro y civilización.

También en un luto por cónyuges que vivieron alejados y cuya pérdida no ha producido mucho dolor, es de recomendar la seriedad en el continente y en el vestir, aunque no fuese más que por educación. El mismo vestido obscuro sería una desentonación en una persona que se mostrase excesivamente alegre, coquetuela o procaz; que se entregase a ejercicios deportivos exagerados y tomase parte en reuniones brillantes, aunque fuese con motivo de beneficencia. Si el ánimo no lo consiente mejor es abstenerse del luto, pero desde que se adopta es indispensable aceptar también todas las obligaciones y sacrificios que impone.

MIENTRAS YO VIVA Y AUN DESPUÉS..

Laissez-moi sans tréve écouter ma blessure,
Aimer mon mal, et ne vouloir que lui,

canta Alfredo de Musset, el apasionado poeta enamorado del amor y de la melancolía. Al lado de las almas superficiales que no saben sufrir o se consuelan demasiado pronto, tenemos las almas profundas y fieles que después de alimentarse largo tiempo exclusi-

vamente de su dolor, terminan por aficionarse a él y no quieren ya ser consoladas. También conocemos de estas mujeres, que consagraron toda su vida al culto de una memoria y a la religión de una tumba; que se separaron de la sociedad y vivieron en el mundo como en un claustro, ciegas a toda belleza, sordas a toda lisonja; sellados los labios para siempre a la sonrisa y al canto.

En general, los hombres no creen en la existencia de la fidelidad póstuma. Efectivamente, estos casos no son frecuentes, pero no se pueden negar y se imponen al respeto del peor escepticismo. El mundo trata a tales almas de exaltadas y se mofa un poco y también se compadece ligeramente; tampoco podemos nosotros saber los éxtasis secretos de aquel dolor perenne como una límpida fuente inagotable, que purifica sin tregua, que mantiene siempre fresco el recuerdo del que se llora y lo atrae, casi, todavía a la vida. Para estas almas privilegiadas, los muertos no están perdidos, sino solamente ausentes y el culto que se les tributa es íntimo, dulce y contínuo, libre de toda tinta lúgubre. Los retratos están cerca de quien tanto quiso al rostro que representan; en el sueño, en la vigilia, entre las flores, en la capillita del Dios tutelar, para vivir siempre bajo sus pupilas abiertas a la Verdad infinita. Ni miramientos, ni falsas sensibilidades impiden recordarlo en las conversaciones, mezclarlo todavía a la vida que para ellos fué tan dulce.

Me narraron de una señora que había perdido al marido en la flor de la edad, un marido muy amado y que la adoraba. Pues bien, ella no cedió a la muerte cruel más que la parte material de su predilecto; quiso continuar viviendo con su espíritu. Nada se cambió en la cámara nupcial ni en las otras estancias; en la mesa estaba siempre preparado su puesto; el gabán y el sombrero siguieron colgados en la antecámara; la ropa blanca en la cómoda; los trajes en el armario. En el estudio todo fué religiosamente conservado: libros, carpetas, plumas, hasta la cestita con el papel inútil despedazado por sus dedos. Las joyas y

los pequeños objetos que le pertenecían continuaron en el sitio donde solía depositarlos; a su reloj se le daba cuerda diligentemente cada noche. Tampoco sus objetos de *toilette* fueron cambiados; si el Ausente hubiese vuelto un día u otro, lo habría encontrado todo preparado esperándolo y en el corazón de su mujer la misma fidelidad. Esta suprema delicadeza, esta alta idealidad, son más conmovedoras para mí que cualquier trágica demostración de dolor inconsolable.

LOS CONSUELOS

Pero la mayoría de las veces la vida nos aferra y nos arrastra en la corriente con el corazón destrozado. Necesidades materiales y morales se nos imponen y nos arrancan también de nuestro melancólico sueño de doloroso lamento. Y, primero tímidamente, después con insistencia, la vida ofrece sus compensaciones, sus consuelos. Ante todo vienen los afectos tiernos, sinceros, devotos, de las personas amadas que quedan, a las cuales nos podemos dedicar con abandono para colmar todo lo posible el vacío del alma. Después, la satisfacción si la hemos merecido, de la estimación, de la simpatía de los demás; de la piedad que nuestra posición despierta; de los auxilios espirituales espontáneamente ofrecidos; de las atenciones que los amigos verdaderos, los que encontramos siempre a nuestro lado en los malos días, nos prodigan. Además el Arte, este divino consolador, que abre a los afligidos las puertas de oro de un templo y cuando no los hace acreedores les hace intérpretes, estimadores de la belleza verdadera. Después de un dolor el alma es bastante más sensible, bastante más vibrante y más apta para recoger las impresiones del genio, tanto más que el dolor es uno de los mayores elementos artísticos y gran número de obras de arte fueron compuestas entre alguna terrible tempestad moral. Entonces la pasión de la música, la expresión de los rostros humanos o del paisaje en la tela, los sollozos o el lamento de la poesía, los espas-

mos de las esculturas se miden con nuestro sufrimiento, lo elevan, lo transforman, lo idealizan, y las lágrimas que caen de nuestros ojos son así más desesperadas, pero nos proporcionan un vago alivio.

Si la suerte concede además el ingenio capaz de dar apariencia visible a los propios sentimientos y visiones, ¡qué grande, qué alto consuelo plasmarlos todos en nuestra obra—aunque sea ténuamente—infundir nuestra alma en las formas y en las expresiones, ausentarnos de la vida verdadera, que fué amargura y desilusión, para vivir en el mundo superior de los ideales y del ensueño. Entonces, todo cuanto lloramos perdido, puede reaparecer por nuestra voluntad a nuestro soplo animador; todo cuanto deseamos y perseguimos en vano, puede ser obtenido, y fijado para siempre en el florecimiento de nuestro espíritu que perdurará más allá de la vida... Y el trabajo nos dará sus grandes y severas alegrías, nos concederá la paz, el reposo, la satisfacción de la conciencia: bienes que a veces la más luminosa felicidad niega. En fin, el ejercicio de la filantropía, en la medida de la propia posibilidad y en el círculo de nuestra esfera, es consuelo eficaz, noble, rico de nuevas fuerzas, atemperadoras. Muchas veces el sufrimiento es tan áspero y continuado, que la sola posibilidad de gustar de la quietud constituye un consuelo. «La melancolía es una alegría del dolor», dice agudamente Pablo Mantegazza.

¡RESURREXIT!

Pasan las semanas, los meses, los años. También el dolor no es más que un recuerdo. La resignación, esta virtud que un filósofo francés, Gustavo Droz, ha denominado: el más raro género de valor, ha aplacado finalmente las rebeliones y las desolaciones. También el lamento se ha revestido de una dulzura tranquila y poética, como una ruina se cubre de musgo y de yedra. Buenos y profundos consuelos nos guían en la vida que hemos vuelto a constituir precisamente, hilo

por hilo, imitando a la araña cuando recompone la tela que la violencia del huracán ha lacerado y dispersado. No se es feliz—¡oh, no!—pero se está en paz porque ya nada se teme ni se espera del porvenir. Y así tenemos la convicción de deber proseguir hasta la muerte.

Pero lo imprevisto espera a una vuelta de la calle. El corazón, que habíamos creído inmergido en eterno letargo, da una señal de vida, palpita todavía apesadumbrado, como solía... Es el encuentro de una persona, una carta, una palabra, una mirada a la que el corazón no es insensible. E inconscientemente, a pesar nuestro casi, experimentamos en todo el sér el misterioso profundo, agitador, y divino impulso de la resurrección; el mismo que después del sueño invernal serpentea con las linfas de la tierra en las raíces secretas de las plantas que parecían muertas. Pasa un hálito de primavera sobre el rostro y el alma, purificados por el glacial bautismo del dolor, y un tímido deseo se abre finalmente como alegre corola destinada a dar fruto. Y la mayor sensibilidad que la desventura nos ha dado nos hace sentir mejor el despertar de los sentidos y del sentimiento. Se vuelven a amar las cosas que en la severidad del dolor habíamos excluído: la tierna música, los versos apasionados, las lecturas amenas, los colores alegres, los perfumes; y el espejo, más hábilmente interrogado, revela nuevas fascinaciones de las cuales éramos poseedoras sin saberlo.

Après avoir souffert il faut soufrir encore,
Il faut aimer sans cesse après avoir aimé,

cantaba Musset; y alguna voz, del cielo o de la tierra, lo repite al alma que sale de la zona de la sombra y se deja de nuevo besar por el sol...

LUCHAS ÍNTIMAS

Pero una mezcla de temor y remordimiento invade al alma, vuelta ya a la paz. Aquella dulzura que produce ahora su paz, aquella alegría de vivir, aquella embriaguez de esperar todavía, de escrutar el porvenir en la espera de nuevas promesas, le parecen una culpa y se percata, se avergüenza y se acusa de ello. ¡Cómo! ¡Ella que se creía invencible en la tierra, inmaculada por su dolor sagrado, ella, que lo proclamaba eterno, que lo amaba, que parecía alimentarlo con sensaciones tristes siempre renovadas, ella que miraba con desprecio a las perjuras, o sea a las que se habían consolado, ella también debía verse así, débil e infiel! ¡Ah, no; es imposible! No cometerá nunca semejante vileza... Y cierra las ventanas al sol, y torna, prisionera voluntaria, a su sepulcro silencioso y tranquilo. Pero se vuelve, deslumbrada; el sol se insinúa por cada rendija y la persigue y hace llegar hasta el último rincón su rayo fecundo, el himno a la vida. Ella remacha entonces sus cadenas, se vuelve a su pasado de dolor y de muerte, se aferra a él como a una suprema áncora de salvación, balbuceando nuevos votos, nuevas promesas. Pero no son sinceros. Sólo es sincero en ella el continuo, grande, violento impulso, más fuerte que todo, que la arrastra hacia la libertad y la vida.

De'nidi a'verdi boschi ecco il richiamo:
Il tempo torna, amiamo, amiamo, amiamo.
E il sospir de le tombe rinfiorate:
Il tempo passa, amate, amate, amate (1).

Todo, hasta la muerte, la incita, la aconseja, la liberta. Sin embargo, resiste todavía, lucha, opone la indiferencia a las invitaciones, reserva a las expansio-

(1) Hé aquí la canción de los nidos a los verdes bosques: El tiempo vuelve, amemos, amemos, amemos. Y el suspiro de las tumbas reflorecidas: El tiempo pasa, amad, amad, amad.

nes, a los ruegos, obstinada negativa. No renegará de su pasado que le dió tantas dulzuras, no traicionará su fe póstuma. Seguirá sola, en su destino. Pero le caen lágrimas de los ojos en las horas solitarias, y ya no son de dolor, de queja y tristeza, sino de piedad hacia sí misma, hacia su condena. La lucha se exacerba, se hace más cruel; la paz ha volado y de nuevo reina la tempestad. Mas, ahora, ¿quién la salvará?

SEGUNDAS NUPCIAS

La fuerza invencible que anima al mundo y lo compenetra, la energía que proclama alto el derecho a la vida y se hace oir hasta en las profundidades de los abismos o en las cimas inaccesibles, que penetra en las grietas más escondidas, en los antros más obscuros, ha vencido.

Confusa, estupefacta y feliz, el alma femenina se ha dejado conquistar de nuevo por el amor. Tendrá todavía un compañero tierno y cariñoso, en el camino de la vida, un brazo fuerte y seguro en que apoyarse en la fatiga de la ascensión. La viuda es novia. Ella lo participa verbalmente y por carta a los parientes, a las amigas más íntimas, pero se abstiene de dar mayor publicidad; no da veladas ni comidas, ni se muestra en las reuniones al lado del novio. Tampoco él le ofrece el anillo de prometida: todo lo más puede regalarle una joyita para recuerdo en el día en que ella ha consentido en unir su propio destino al suyo. Y desde aquel día la viuda se quita el anillo nupcial, lo guarda junto a las otras memorias que conserva del esposo difunto; se viste todavía de obscuro, deja el negro aunque no hubiese terminado el plazo del luto; quita de la estancia los retratos del muerto y ya no lleva ninguno sobre su persona. Desde entonces en adelante pertenece a otro, su vida vuelve a empezar, los recuerdos y los acontecimientos pasados permanecerán vivos solamente en la memoria fiel, pero no sería delicado asociarlos a su nuevo compañero.

Una viuda no se hace equipo; se limita a proveerse de los vestidos que necesita. La boda se celebra con la mayor sencillez. Para la iglesia y el municipio puede ponerse un traje de visita, elegante, o el vestido de viaje. Invita a los parientes, comprendidos los del primer marido, que generalmente se abstienen de asistir por delicadeza. No lleva flores sobre su persona ni en las manos, pero las amigas pueden muy bien ofrecerle ramos de flores en casa, pero nunca de flores blancas. En las participaciones pone su nombre de soltera al lado del nombre del esposo; también en las tarjetas de visita hará escribir solamente su nombre de familia y el de su segundo marido. Si tiene hijitos, los aleja durante aquellos días confiándolos a algún pariente próximo para reclamarlos al regreso de su viaje de boda. Una viuda que se vuelve a casar no tiene *demoiselles d'honneur* como una señorita, y entra y sale de la iglesia y del municipio del brazo de su esposo. Procura, sin embargo, que asistan representantes de las dos familias. Si el novio le ha regalado joyas se adorna con ellas, pero sería de malísimo gusto que en aquellos días llevase joyas donadas por el difunto marido o vestidos o accesorios adquiridos y llevados antes de su muerte.

LA ACTITUD

Si es difícil y embarazoso para la niña que va a casarse conservar un continente desenvuelto e irreprensible durante la ceremonia, bastante más difícil y embarazoso resulta con respecto a la mujer para quien aquella ceremonia se celebra por segunda vez, porque la repetición de aquellos ritos, de aquellas fórmulas, le recuerdan violentamente el pasado, aquel pasado del cual se separa completamente, y es natural que se sienta emocionada y turbada, y, al mismo tiempo, temerosa de que el nuevo esposo note la causa íntima de su emoción. Además, precisamente por la apariencia de olvido, de infidelidad, que tienen las segundas bo-

das, la viuda que se vuelve a casar siente en torno suyo, oculto o palpable, el reproche, la desconfianza; los sonrisas y los augurios que se le prodigan no tienen la espontaneidad, la frescura de los reservados a la virgen; y, en fin, si el segundo marido no es hombre superior, no puede por menos de confundir todo esto, de sospechar, quizá, una sombra de ridículo para él y mostrarse un poco molesto.

La mujer debe mostrar en estas circunstancias una fineza singular de tacto y de sentimiento. Estará, si no alegre, serena y segura; convencida de la oportunidad del paso que da, satisfecha del nuevo vínculo que se impone. Agradecerá los regalos, las flores, los augurios; escuchará sonriente las palabras de esperanza, y nada, ni una frase, ni un suspiro deberá escapársele que parezca o que sea un lamento del pasado. Con el esposo ha de estar cordial, afectuosa, pero reservada en presencia de los extraños. Aun cuando el matrimonio de una viuda sea hijo de la pasión, debe siempre conservar un carácter de absoluta seriedad. No permita que nadie la acompañe a la estación; parta con su esposo sin pompa, privadamente, como para un viaje cualquiera. Si ha continuado habitando la casa conyugal, de viuda, es correcto que en los días que preceden a la boda y durante la ceremonia, se vaya a vivir con alguna pariente o a su casa natal, si tiene todavía padres, pero nunca con los parientes del difunto marido.

UN MOMENTO DIFÍCIL

Lo difícil en el continente de una mujer que contrae segundas nupcias, no es solamente cuando se encuentra entre los parientes y los invitados; todavía es más difícil, quizá, en los primeros momentos de intimidad que vive con su nuevo marido. Como una viuda no experimenta las ansias y los miedos de la niña, un exagerado pudor, si ella lo demostrase, sería ridículo; hay actos en la vida, que una mujer sensible y hones-

ta no puede cumplir sin emociones. Y la igualdad de las circunstancias hará aún, y más que nunca, levantarse de las lejanías donde ella lo creía adormecido, el fantasma del pasado. Otro hombre se sentó a su lado en el asiento del vagón, se le unió a la vida, le murmuró al oído palabras de deseo y de pasión. Otro hombre entró con ella en la cámara nupcial del hotel y la besó, ebrio, en la boca. Y casi instintivamente, por una fuerza natural más poderosa que su voluntad y su deseo, una comparación se hace en su mente, en su alma. Después, el último dardo del remordimiento extraño y cruel, que tantas íntimas luchas le ha costado, que tan rígidamente se opone a su renacimiento, le atraviesa rápido e impetuoso el corazón. Es un momento difícil para ella y para su nuevo marido, que adivina, siente, ve todo lo que sucede en el mundo moral de su esposa; y es necesario, para superarlo victoriosamente, mucha desenvoltura por ambas partes, mucho dominio de la voluntad. Es preciso serlo todo en la hora presente, en el instante que pasa, y rechazar y dispensar con resolución las obscuridades que tratan de ofuscarla. Muéstrese tierna o apasionada, según la inspire el sentimiento, y sin la más mínima alusión procure tranquilizar el alma de su compañero inquieta por su secreta inquietud. Algunos hombres, cuando están muy enamorados, son asaltados por una especie de queja celosa y acerba por no ser el primer amor de la amada, por no poderla poseer intacta, de cuerpo y de alma. Y suele haber maridos tan impulsivos, tan poco delicados, que se abandonan a conmiseraciones y quejas en la hora misma en que pueden valerse de sus nuevos derechos. Pero una mujer que ama perdonará, redoblará la ternura y el fervor; sabrá siempre encontrar en los tesoros de su alma y de su pensamiento la palabra mágica que tranquiliza y sana. «No — dirá a su esposo, — no debes dolerte de no haberme hallado antes, de no haber sido mi primer amor. Porque es bastante más difícil volver a encender una lámpara privada ya de alimento, que encender una dispuesta para la fiesta; es más difícil borrar,

reconstruir, volver a atar paciente y sólidamente cada hilo por un nuevo tejido, que pintar sobre una tela fresca, edificar y tejer con elementos intactos. Mira, yo nazco hoy, mi vida recomienza en este momento y eres tú quien me la ha dado...»

LOS HIJOS QUE VINIERON Y LOS QUE VENDRÁN

Uno de los mayores obstáculos en las segundas nupcias reside especialmente, cuando es la mujer quien se vuelve a casar, en los hijos. Por parte del hombre favorecen muchas veces a la nueva unión, que a menudo se realiza por necesidad, para que los huérfanos puedan tener todavía cuidados maternales y la casa una directora y un ama. Porque es la mujer la que constituye la familia; cuando ella falta, el hogar doméstico se extingue, la familia se disgrega. Así, pues, la madre que ha perdido al esposo ha perdido el principal sostén suyo y de sus hijos, pero no siente la necesidad de sustituirlo, porque su casa, su familia, aunque sobre bases más estrechas, continúa como antes, y muchas veces su sabia y económica administración le da la comodidad perdida. Si una mujer que tiene hijos contrae segundas nupcias, lo hace por un sentimiento egoísta, justificado, sí, por el derecho al amor y a la vida que todos los seres tienen, pero siempre egoísta. Muchas veces la profundidad del amor maternal, la delicadeza de su sentimiento, la hacen huir de un nuevo vínculo matrimonial; sin embargo, los huérfanos sufren menos con la adquisición de un padrastro que con la de una madrastra que su padre les da con menos escrúpulo y más frecuentemente. Generalmente el padrastro es bueno y justo con los hijos de la mujer, aunque él también tenga los suyos, mientras que, siento decirlo, casi nunca una madrastra es afectuosa y justa, particularmente si también ella tiene hijos. Se da asimismo el caso, penoso pero bastante frecuente,

de que una mujer tenga predilección por los hijos de su segundo marido en perjuicio de los del primero. Esto sucede sobre todo cuando no ha amado con verdadero amor al difunto y se ha entregado al otro con pasión. Y este caso da aún más pena, porque todos son frutos de sus entrañas, y precisamente, el niño a quien el destino privó del padre, debiera ser compensado con la ternura materna. En suma, es siempre difícil para una mujer casada por segunda vez, usar con todos los hijos la misma medida de afecto y de indulgencia, particularmente cuando hay poca diferencia de edad entre ellos. Si la diferencia es sensible, la justicia es más fácil, porque muchas veces los mayores aman y protegen espontáneamente a los pequeños. Y entonces la concordia es bella y gentil entre toda la familia. Pero hay niños desdeñosos, celosos y ultrasensibles que no perdonan a su madre el haber admitido a otro hombre, que para ellos es un extraño, en la intimidad de la casa: temen que les robe la ternura materna, sienten por intuición la parte que tiene en el alma de ella, ven en él al usurpador del puesto del padre muerto que ellos quizá lloran todavía. Con estas complicadas naturalezas infantiles conviene usar una delicadeza, una bondad infinita. ¡Imponerles un sentimiento, una deferencia que no quieren o no pueden sentir! La mujer deberá redoblar los cuidados, las expansiones con ellos, para demostrarles que tienen siempre el primer puesto en su corazón; deberá con las conversaciones, con los recuerdos, con oportunos lamentos, convencerles de que el pensamiento del pobre difunto no se ha borrado, sino que se ha convertido para ella y para ellos en una religión; deberá, con mucho tacto, dar a las pequeñas almas la impresión de que su nuevo padre es para ellos un protector, un guía que los ama y quiere verlos felices. Hará, además, todo lo posible para que se aficionen a él; y ella, que conoce a sus niños, sugerirá al marido los medios más eficaces para conquistarlos.

Si de las segundas nupcias le nacieran otros hijos, haga de modo que los niños les tomen cariño, interé-

seles pronto por la fragilidad, las necesidades de los advenedizos, desarrolle en ellos aquel sentimiento de protección a que he aludido más arriba y que con un poco de atención fácilmente se obtiene de los niños, en los cuales está todavía vivo, por su debilidad, el instinto de la alianza para la defensa común. En fin, la viuda con hijos, casada por segunda vez, ha de ser madre, en el amplio, profundo y severo significado de la palabra; y con esto está dicho todo.

«No es el amante quien diviniza a la mujer—ha dicho Tarchetti,—sino la madre.» La primera luz de que la revestimos tiene resplandores profundos, tiene aspersiones que enervan, pero es una luz de la tierra y se desvanece; la otra es tranquila e invariable, no tiene más que la serenidad del azul, pero es luz del cielo, y perdura.

CELOS DEL PASADO

Una señorita de ingenio, prometida a un viudo, respondió a una amiga que con poca delicadeza la compadecía: «Pero ¡si todos los hombres son viudos!» En efecto, cuando un joven se casa tiene ya recuerdos de vida amorosa, de intimidad, de horas de pasión; mientras que una mujer que jura fe de esposa, si es decente, no tiene estos recuerdos sino en caso de que sea viuda. Y si los celos retrospectivos de una mujer que se convierte en segunda esposa son pueriles, no lo son quizá del todo los celos de un segundo marido. Lo he dicho antes: los celos son una consecuencia fatal del amor, y como sentimiento, se explica y se perdona. Pero debieran ser siempre dominados enérgicamente, porque cuando no terminan en tragedia acaban en ridículo. A esta categoría pertenecen precisamente los celos del pasado. ¿Para qué hacer cargo a una criatura de haber amado antes de encontrarnos? Nosotros entonces no existíamos para ella y era bien libre de ofrecer su corazón y su persona... Tiene razón Bourget cuando afirma que la vida del corazón oscila siem-

pre entre el sér que nos martiriza y el que nosotros martirizamos. O víctima o verdugo.

Cierto es que los celos retrospectivos para un hombre o una mujer de temperamento ardiente y excesivo deben ser un gran tormento. Los lejanos, los muertos, los perdidos, tienen un imperio poderoso e invencible sobre las almas. Son la superioridad del ideal sobre la realidad de las cosas intangibles, vedadas, solamente soñadas y después desaparecidas, sobre lo que se obtiene y nos ha saciado. Nada vale contra esta potencia espiritual; ni la voluntad, ni la reflexión, ni los nuevos sentimientos; nada. Cuando quiere conquistar, conquista el sér entero, en su centro de vida superior, en el alma, con el hechizo irresistible del recuerdo y del lamento. Y tal vez la amarga dulzura de una de estas evocaciones, la agudeza de una de estas puñaladas improvisadas por el vano deseo, de desesperada nostalgia, supera en intensidad a la alegría más completa y segura. El celoso lo siente y sufre por ello, sufre sobre todo por la desigualdad de la lucha. A un rival vivo y presente se puede desafiar, se puede quizá vencer, pero ¿cómo desafiar a un fantasma, cómo vencer a un sueño? Esta imposibilidad es una tortura y puede conducir a la desesperación a ciertos individuos desequilibrados.

Pero, entretanto, también el atormentado sufre, doblemente: sufre por la causa y por sus efectos. ¿Qué dirá una mujer cuando en algún ímpetu inconsiderado su segundo marido le recuerda que el *otro* era inferior en belleza y en talento? ¿Qué dirá si es verdad? ¿Deberá ofender una memoria sagrada? ¿No deberá dar ningún consuelo a este sufrimiento que al fin es obra del amor hacia ella? Situación embarazosa y dolorosa a la cual una mujer no puede sustraerse más que llamando en su ayuda a su exquisitez femenina. Yo no podría aconsejarle otra cosa que desarmar con el perfume de su suavidad aquella ira injustificada; curar con el amor la herida abierta por el amor. Acaricie, suplique, llore, tranquilice; no se deje nunca llevar de la impaciencia, del desdén; no tenga nunca, ni aun

en el caso de que su segundo marido no sea celoso, la poca delicadeza de aludir a su pasada vida conyugal, a las virtudes del difunto, ni para obtener algo ni para reprochar.

A una mujer que se case con un viudo aconsejo también la mayor reserva, el mayor respeto a la memoria de la que la ha precedido. Si en la casa halla recuerdos, cúidelos, si al marido se le escapa alguna palabra de dolorosa memoria, compadézcalo, adhiérase a él, olvide en aquellos momentos que es su mujer para convertirse en la amiga; no atormente nunca jamás a su marido con recriminaciones, quejas, consuelos inoportunos, que serían indicios, no sólo de ánimo duro, sino también de vulgaridad.

VÍNCULOS ANTIGUOS

Reconstituir una familia quiere decir, es cierto, para la mujer, rehacerse la vida y romper completamente con su pasado. Pero en éste, además del esposo que la muerte ha robado, había quizá una familia entera y un sin fin de relaciones, y ella no puede hacerlo desaparecer todo como con un golpe de varita mágica.

Si su destino la lleva lejos de la ciudad donde habitaba con el otro, el desligamiento es más fácil y aun puede ser absoluto y completo; pero si continúa viviendo en el mismo ambiente y no quiere cometer faltas de consideración y descortesías, deberá llevar las cosas con cierta precaución. Antes que todo es necesario que la señora se someta al deseo, a la opinión del marido, a quien no interpelará directamente, pero cuyo sentimiento sondeará para regularse. Si el nuevo compañero es uno de los que sienten celos retrospectivos, es natural que no vea con buenos ojos a la mujer cultivar las amistades que la han conocido esposa del otro y la familia del difunto, la cual le renovará incesantemente su memoria. Entonces la mujer deberá hacer comprender a estas personas que sus nuevas costumbres y sus nuevos deberes la absorben de modo que

no puede ya formar parte de su sociedad; y con la familia del difunto se limitará a aquellas demostraciones de cortesía puramente necesarias.

Si el segundo marido es un hombre superior y la deja libre, puede continuar cultivando sus antiguas amistades, sin demostrar, sin embargo, preferirlas a las que su nueva posición le ha procurado. También con la familia del primer marido continuará correspondiéndose si está lejos, frecuentándola con moderación, si está cerca, puesto que la nueva boda no constituye para ella una acción vergonzosa, y serían muy tontos aquellos parientes que le reprochasen una deliberación que ella era muy libre de tomar. No obstante llevará poco a poco sus relaciones con ellos a los límites de la sencilla amistad. Ya no llamará «mamá» a la antigua suegra, sino «la señora Tal» como la llamaba antes de casarse con su hijo. Podrá continuar dando el *tú* a las cuñadas; con los cuñados usará el *usted*; no aceptará invitaciones para sí ni para su marido, si la familia tuviese el poco tacto de hacerlas, pero podrá, sin embargo, invitar alguna que otra vez a su casa a uno u otro de ellos, acordase de los cumpleaños y de los santos con algún regalito, con alguna flor.

Si tuvo hijos del primer marido, es todavía más estrecho el deber de conservar buenas relaciones con la familia de él, puesto que subsiste todavía un vínculo de sangre, de tradición, de afecto, que la acerca a ella. Los niños continuarán dando a los parientes el dulce nombre de abuela y de abuelo, de tío y de tía, los enviará frecuentemente a visitarlos y los dejará con ellos también, si lo desean, durante algún tiempo. Las nuevas obligaciones que se ha impuesto, no la libran de las antiguas, entre las cuales se encuentran la de usar y hacer usar respeto y deferencia hacia aquellas personas que tuvieran con ella tanta comunidad de afectos y de dolores.

LA MADRASTRA

¡Madrastra! Este nombre suena a crueldad, opresión, desventura pero, entre las misiones arduas y luminosas a que está llamada la mujer moderna, figura también la de rehabilitar la posición de la madrastra ante la familia y la sociedad.

En efecto, ¿qué misión más noble y gentil para una mujer de ánimo cariñoso, inteligente y tierno, que la misión materna, aunque las criaturas con las cuales ha de vivir, no hayan sido nacidas de ella? Vemos toscas nodrizas aficionarse a pobres niños expósitos, vemos jóvenes maestras amar maternalmente a los alumnos, criadas adorar a los hijos de los amos, por aquel instinto de la maternidad, tan vivo en el corazón de la mujer, aun cuando no sea madre. ¿Por qué, pues, no será posible ver a la mujer sustituir dignamente a una madre verdadera cuando las circunstancias la llaman a expresar un instinto que en ella es tan natural?

Por mi parte he tenido la ventura de conocer más de uno de estos raros genios femeninos en los cuales la bondad y el deber se fundían armoniosamente llevándolos a una verdadera perfección en el cumplimiento de su arduo ministerio. Pero estas mujeres no han tenido hijos propios, y si esto no mengua su mérito, hace, sin embargo, más fácil el desenvolvimiento de sus virtudes como segundas madres. Porque el escollo más áspero es precisamente la natural diversidad del sentimiento que estas mujeres deben experimentar entre un hijo ajeno y un hijo que es parte de sí mismas; entre un hijo con el cual no tiene quizá ninguna afinidad de gustos, de pesamiento y de carácter, en cuyo rostro se encuentran los rasgos de una extraña, y el hijo en el cual ven reflejados su rostro y su alma; entre el hijo adquirido, en el cual a menudo sienten la hostilidad, la desconfianza, la antipatía y el rencor, y un hijo criado y educado por ellas, cuya alma está

toda rebosante de ternura para ella, como un capullo apenas abierto.

Pero en estos casos donde la mujer es superior e inteligente, cual la moderna educación debe prepararla, la voluntad, la conciencia, pueden vencer al ciego instinto. Se impondrá una rigurosa justicia para todos los niños sometidos a su tutela, a su educación; estudiará sus caracteres, sus tendencias, sus aptitudes, precisamente como si fuesen hijos propios; y al educarlos física y moralmente, pondrá más escrupuloso cuidado por la gran responsabilidad que le incumbe.

Todo el sentimiento de piedad y de ternura de que su corazón es capaz para la infancia, prematuramente maltratada por el dolor, privándola de su más grande defensa: la protección maternal; todo el amor que experimenta por el hombre de quien ha aceptado con el nombre la parte del destino, los sentimientos, los deberes, todo, debe reunirlo, condensarlo en energía, misericordia y delicadeza, para formar sobre las bases de su maternidad falsa una maternidad más bella todavía y más ideal que la verdadera.

Si la madrastra es joven y el marido tiene una o más hijas adultas, compórtese con ellas absolutamente como una hermana mayor: secúndelas donde sea útil, ayúdelas cuanto pueda, aconséjelas si lo cree conveniente, pero no use nunca de su autoridad. Este es el modo de hacerse escuchar, advertir sin salir de los confines de una fraternidad leal y serena. Valerse de su posición para contestar o prohibir, sería cosa dañosa para los vínculos que más debe procurar conservar incólumes. Un poco más ardua será su situación si en vez de una hija adulta tiene el marido un hijo joven, aunque las relaciones entre hombre y mujer son siempre más fáciles. Aquí existe además otro peligro... el de que la balanza se incline de la parte opuesta a la de la antipatía. ¿Recordáis la historia de Hugo y Parisina?... La seriedad, la reserva, la consideración por parte de la madrastra nunca serán demasiadas. Considere al hijastro como a un joven hermano, aconséjelo y amonéstelo amistosamente, pero evite to-

das las ocasiones que pudieran alterar, aunque fugazmente, sus relaciones.

Una mujer que consienta en casarse con un viudo con hijos adultos, aunque estuviese en la flor de la juventud, debe considerarse y conducirse como una mujer madura.

LA HUÉRFANA

Veamos ahora el reverso de la medalla; las obligaciones de la huérfana hacia los que ocupan el lugar de padre o madre. Porque también ella las tiene, las cuales se pueden resumir en un solo precepto: el de amar y de respetar al padrastro o a la madrastra como si fuesen padre o madre verdaderamente.

Sin embargo, el amor, el respeto, la obediencia, el sacrificio, que parecen dulces cuando han sido dictados por el sentimiento espontáneo, ¡son tan duros y difíciles cuando nos los imponemos! Además, la comparación entre los perdidos y los nuevos padres es natural, contínua, demoledora; el dolor se exacerba, se transforma en hostilidad hacia quienes son la confirmación contínua de una gran desventura, que obran en la casa, la dirigen, la dominan como usurpadores. Y también en este caso como en muchos, los que sufren más por lo nuevos contactos, las atracciones, los choques, son las almas femeninas, más delicadas, más sensibles; la vida de la mujer es más íntima, más compenetrada de los elementos domésticos, más dependiente de ella que la vida del hombre. Los desacuerdos son siempre más frecuentes entre huérfana y madrastra que entre hijastra y padrastro.

Pero en su psicología femenina, la huérfana deberá buscar y cultivar precisamente los sentimientos que puedan acercarla más al alma femenina que ha de vivir a su lado. Hágase de ella una compañera, una amiga, si es joven; si es de edad confíela todo lo que pasa en su corazón, pídale que la ilumine, que la dirija, que la prepare, con su experiencia, para la vida.

Y no tema ofender la santa memoria materna aceptando la tutela y el afecto de la que viene a ocupar su puesto: los espíritus, libres para siempre de las miserias terrenas, no pueden ya experimentar tristezas y celos humanos. La mamá es ahora su Santa protectora, su conciencia secreta, su paraíso perdido; es el surtidor de la energía que la es tan necesaria para recorrer el camino del deber. La mamá misma, si pudiese hablar, le ordenaría que amase a la que ha querido aceptarla como hija, que tiembla quizá y no osa expansionarse. A la hija le corresponde ser la primera en usar con la advenediza atenciones que al principio serán el resultado de pura cortesía, pero que se convertirán con el tiempo en cordialidad sincera. Arregle su vida conforme a la de la otra, ayúdela en la dirección de la familia, especialmente al principio, cuando todavía está un poco incierta, infórmela de los gustos del papá, de las costumbres de los hermanitos; haga, en fin, una alianza que será después también para ella misma apoyo y consuelo.

No tema mostrarle su dolor, su tristeza, por la pérdida de la madre. Es difícil que una mujer no comprenda la importancia y el dolor de una desgracia tan grande... Háblele, cuando están solas, de la pobre muerta, mostrándole sus recuerdos, haciéndola revivir idealmente. Quizá esta prueba de sinceridad y de confianza le procurará en la otra una compañera en el culto de aquella tumba venerada.

LA MUERTE EN LA VIDA

¡Solamente quien llora por los vivos sabe cuán dulce es llorar por los muertos! No me acuerdo ahora quién pensó y escribió este delicado pensamiento, pero todos los que sufren por la iniquidad, los vicios y la ligereza de los hombres, pueden comprender tan dolorosa verdad. Hay ciertas desgracias a cuyo lado la muerte parece un acontecimiento de paz, una próvida libertad; hay ciertas lágrimas no consoladas por al-

guna espiritual visión, mucho más ardientes y destructoras que el llanto silencioso que reaviva las flores del sepulcro y que lleva en sí la arcana quietud de lo inevitable. ¡Oh, muertes en vida: crueles abandonos, enfermedades incurables, reclusiones eternas! ¿Quién podrá pronunciar a las míseras almas que son víctimas inocentes, la palabra que infunde resignación, que liberta, que renueva la existencia?

La esposa de un demente, el cual no dejará ya el triste asilo de la locura; la mujer de un condenado a cadena perpetua; la mujer a quien el marido ha abandonado para vivir con otra, deben considerarse viudas, pero sin aquella libertad de sentimiento y de acción que da a la viuda la independencia y el derecho. Su posición es, pues, sumamente difícil, dolorosa en extremo. Son como seres condenados a vivir encadenados a un cadáver... ¿Se puede imaginar más espantoso suplicio? Pues el alma de estas mujeres se encuentra en tan trágicas condiciones. Si aman todavía a su compañero, separado de ellas por enfermedad, por delito, por traición, ¿qué existencia será la suya, roída por la desesperación contra lo irremediable, por la pasión, por los celos: con el dardo envenenado de un pensamiento, fijo en el alma, con el lamento del pasado, el horror del porvenir? Y si las lisonjas de un segundo amor las ha atraído, un amor insinuado bajo las formas de la piedad, del consuelo, de la venganza, ¿imagináis las luchas, los espasmos de este amor, que para una naturaleza noble y recta parece una profanación, una traición, un pecado?

Porque la sociedad se muestra indulgente con las *mujeres* ideales que saben conciliar astutamente las apariencias de la armonía conyugal con la sustancia del adulterio en su forma más baja; pero está pronta a lanzar sus anatemas y sus reproches sobre la mujer a quien el mal destino ha condenado a la soledad y que cansada por las fatigas, aterrorizada por los vértigos del vacío, se aferra al primer sostén que encuentra, para no caer, para no morir.

¡Triste, triste suerte; la más digna del consuelo,

del afecto, del socorro de los buenos! Si no podemos o no nos sentimos capaces de obrar así, lloremos con estas desdichadas: también el llanto es una virtud benéfica. Ya lo dice Foscolo: «Las lágrimas de una persona compasiva son para los infelices más dulces que el rocío sobre la yerba para siempre marchita.»

TRISTEZAS SECRETAS

A todas nosotras nos sucedió encontrarnos con desconocidos—gente que no hemos visto nunca y que quizá no volveremos a ver—en una estación de ferrocarril, en el tren, en los pasillos de un hotel, en alguna calle solitaria, en la iglesia, en el tranvía, en correos, en un comercio, en la antecámara de un médico, en el camposanto, en todas partes donde las necesidades comunes de la vida civil acercan a los hombres, los mezclan y casi los igualan en un destino común, no obstante la diversidad de las clases sociales; desconocidos en cuyos rostros y en cuyas acciones vemos impreso un secreto dolor, una tristeza ignorada, pero de manera tan evidente que nos quedaron esculpidos en la memoria. Y al leer, al cabo de unos días después del encuentro, en la crónica de un diario la noticia de un suicidio, de un delito, con señas que pueden concordar con la figura por nosotras observada, inmediatamente viene a nuestra imaginación aquella pálida mujer que sollozaba al pie de un altar; aquel joven de mirada extraviada y de actos inconcisos; aquel anciano de aspecto de suprema debilidad; aquella preciosa niña que ansiosa e inútilmente esperaba.

¿Por qué sufrían? Sus angustias, sus tristezas, nos son ignoradas, pero siempre son angustias y tristezas humanas que quizá en algún día de nuestra vida hemos experimentado o experimentaremos también nosotras. ¿Cuál es el destino que ignora lo que es el tormento de un amor infeliz, de una enfermedad, de una espera en vano, de una pérdida irremediable, de una esperanza deshecha? Aquellas tristezas sólo en los

detalles nos son ignoradas, pero podemos adivinar su significado, medir su amargura. Sin embargo, no nos hemos acercado a aquellos desconocidos, no hemos querido advertirles, siquiera con una mirada, que excitaban nuestra compasión, que también nosotras sabemos lo que es sufrir. Y nuestro continente rígido e indiferente, de personas civilizadas pero egoístas, se parece al de aquel inglés que viendo desde un puente a un individuo que se estaba ahogando, e invitado a prestar ayuda para el salvamento, miró plácidamente a través de los lentes al náufrago y respondió: «¡No le conozco: no me ha sido presentado!»

Una buena palabra, una pequeña atención, un estímulo, una discreta pregunta, a nada obligan y pueden tener una eficaz virtud consoladora: pueden también, en ciertos casos, ser el cabo del hilo de una esperanza perdida, nuevamente reconquistada, y con esto la salvación. De todos modos siempre será indicio de delicadeza de corazón para los otros, y para nosotros un remordimiento menos y una satisfacción de conciencia más.

EN BUSCA DE LA PAZ

Cuando sucede una gran desgracia, una de aquellas desgracias que cambian y dividen la vida, cortándola en dos partes: el pasado y el porvenir, con un abismo que quita toda posibilidad de continuación de costumbres, de afectos, de deberes, entonces quien la ha sufrido se dedica inmediatamente a buscar terreno apto para cimentar las bases de una nueva existencia.

Y este terreno es la paz. ¡En busca de paz! ¡Cuántos peregrinos se dirigen hacia esta tierra santa donde a menudo no pueden llegar! ¡Cuántos oprimidos van, encorvados bajo el yugo, al descubrimiento de esta tierra prometida que frecuentemente apenas vista desaparece a la mirada como una vana ilusión! Muchos, cambiando de lugar, de morada, de costumbres, creen librarse del dolor, y parten y se cansan de todo

recuerdo y se engolfan en una vida diversa como para huir de sí mismos. Y al principio, hasta que dura el aturdimiento, por la sorpresa de lo nuevo, el dolor queda adormecido; pero pasado el primer período los acomete con mayor violencia hallando al individuo desarraigado, aislado y extraño a todo, aún a su misma alma. Y entonces, por la exasperación del sufrimiento acrecentado por la nostalgia, por el deseo de tregua, de calma, se reaviva como un delirio, se toman resoluciones importantes, decisivas, sin reflexionar y se crea lo irreparable. Nos unimos a un individuo que ayer nos era indiferente y mañana nos será odioso; se hace la vida de destierro encadenando nuestra libertad por un tiempo bastante más largo del que necesitaríamos para arrepentirnos; se cambia nuestra vida de dirección, renegando de los ideales, amistades, deberes antiguos, para dar un salto en la obscuridad... que podrá ocultar un abismo. Y todo esto para procurarnos la paz que hemos perdido, la paz íntima, más querida y necesaria que la misma vida. Pero la paz debemos poseerla ante todo nosotras, pues de lo contrario sería inútil y peligroso buscarla fuera. Si tenemos este bien supremo, el destino podrá perseguirnos de todos modos, podrá privarnos de todo, destrozarnos con las más ingeniosas y multiplicadas torturas, pero el talismán está en nuestro corazón y saldremos victoriosas de todas las pruebas. Y esta paz mágica, invencible, secreta, ¿cómo obtenerla? Es fácil y dificilísimo... Poder decirnos a nosotras mismas esta frase cada día: Otros me han hecho llorar; yo no he costado a nadie una lágrima.

LABOR OMNIA VINCIT

«... *de toutes les consolations le travail est la plus fortifiante et la plus saine, parce qu'il soulage l'homme, non en lui apportant des douceurs, mais en lui demandant des éfforts.*» Así dice Taine, el gran historiador y filósofo francés, cuya admirable obra debe ha-

berle dado, si lo ha necesitado, eficaces y ardientes consuelos, válidas defensas contra el dolor. En efecto, no hay distracciones, ni afectos, ni lisonjas de vanidad, capaces de oponer a las tristezas de la vida una energía tan poderosa como el trabajo. Yo creo que Dios, en su misericordia infinita, cuando lo decretó al destino humano como una pena, quiso dar con él el medio más infalible para substraerse a la esclavitud del verdadero castigo, que es el remordimiento, para rehabilitarse noblemente y recuperar sobre la frente fatigada el sello luminoso de la inmortalidad.

En el trabajo está el más seguro olvido de los males, porque reclama el concurso de nuestras facultades más valiosas, precisamente las que el dolor trataría de disminuir y atrofiar. En el trabajo está la más profunda paz, porque el esfuerzo que reclama nos deja la natural consecuencia de una satisfacción de la debilidad humana que se ha superado a sí misma. En el trabajo está la serenidad, porque estamos obligados a salir del egoísmo para consagrarnos a la obra que piden nuestro amor y nuestra fuerza; es la sumisión completa y la invulnerabilidad, porque no nos pertenece ya. El trabajo es la plegaria, puesto que quien trabaja se eleva sobre la escala de los seres y no comete bajas acciones. El trabajo puede borrar las más graves manchas de la conciencia, puede rehacer un honor, una pureza, un carácter, puede cambiar un destino. Amemos, pues, esta fatigosa necesidad de la vida, como un refugio, una salvación y en los días de dolor, acerquémonos más ardientemente a ella y estaremos seguros de no perecer.

Dice Carlyle en los *Héroes*: «El hombre ha nacido para trabajar, no para gozar. El ideal está en vosotros; el *ideal* es el momento *actual* si trabajáis con toda conciencia. Trabajad y producid; aunque sea la más mísera e infinitésima parte de un producto, ¡producid! Todo género de trabajo, desde el más intelectual al más manual, es sagrado y da paz al espíritu humano. Callar y trabajar: he aquí las dos virtudes heroicas de la humanidad».

¡Y PARA ELLAS NADA!

Mujeres delicadas, tiernas e inteligentes que interrumpís sonriendo el trabajo o la lectura cuando oís un paso conocido en la antecámara y salís al encuentro del que amáis y cuyo beso de renovada sumisión recibís sobre la pura frente; después os sentáis con vuestro esposo ante la mesita adornada de flores, mientras que entre vosotros dos una cabecita de cabellos de oro se vuelve ora hacia la mamá, ora hacia el papá, y sus brazos se abren para reuniros junto a su cuerpecito, así como vosotros os habéis fundido en él; mujeres delicadas, ¿no habéis pensado nunca, durante aquellas horas de santa y dulce alegría que embellecen la vida, en la abandonada que nada tiene? Para vosotras todo, o casi todo: comodidades, amor y paz; para ellas nada: una casa fría, desierta de afectos y de esperanzas; la inquietud en el alma, la pobreza.

Sin embargo, también ella nació con el mismo derecho que vosotras a la vida y a sus alegrías; también ella tiene un alma delicada, apta para gozar refinadamente; también ella se adornó con la guirnalda de la juventud para amar y ser amada, y en su corazón y en sus entrañas palpitaban los varios gérmenes de la maternidad. Alguna desventura la privó de la familia y de los medios: el amor no acudió a ella porque era fea o no duró porque era demasiado débil y los hombres la tomaron y la abandonaron. En su corazón no hay más que desprecio y rencor; en su pasado, fugacidad; en su presente, cenizas; en su porvenir, obscuridad. Ve a los amantes pasar juntos, embriagados de amor; ve a las madres besar a sus niños; ve a los esposos fieles, sostenerse el uno al otro hasta la muerte. Pasa la primavera con sus invitaciones, el verano con sus triunfos, el otoño con sus languideces, el invierno con sus intimidades, y ella, la pálida, desterrada de la alegría, mira los jardines, desde las cerradas verjas, las casas de campo, misteriosos nidos de amor entre el verde; mira pasar las alegres comitivas por los cami-

nos campestres, dorados por el rubio sol de otoño; ve desde la blanca nieve, las ventanas iluminadas de los tibios salones donde se reunen los privilegiados y los felices. ¡Y para ella nada! Y desaparecerá así de la vida; pequeño fantasma doloroso y silencioso: pequeña sombra insaciada, en la sombra...

LA AMISTAD Y LA DESVENTURA

En todos los tiempos y en todos los países se elevaron himnos a la amistad, a este noble y puro sentimiento, reparador de tantos males, de tantas injusticias, de tantas maldades. Al lado de los dolores más inconsolables, de las catástrofes más tremendas, de las culpas más graves, de las pérdidas más absolutas, la divina flor de la amistad se abre y esparce su aroma; el rostro del amigo fiel, de la amiga piadosa está ahí para reflejar nuestra angustia; su brazo se extiende para apoyarnos, salvarnos de la desesperación. Por mucho que los poetas y los filósofos hayan celebrado la virtud benéfica de la amistad, ésta será siempre superior a todo elogio. Como la alegría dividida se redobla, la pena dividida disminuye o al menos se atempera bastante su amargura. Las más fuertes y difíciles amistades fueron siempre fundadas más en el dolor que en la alegría. «El placer — dice Mantegazza — acerca a los hombres, pero desgraciadamente, olvidan con facilidad haber estado juntos. En cambio, el dolor nos hermana y nos une los unos a los otros; nunca se olvidan los calurosos apretones de manos y los tiernos abrazos; y el recuerdo de haber hecho bien es imperecedero en el libro de la vida».

Sí; porque la amistad tiene esta suavidad: que rinde inmediatamente el beneficio que da. Los consuelos dados al amigo desgraciado vuelven a nuestro corazón en una ola de dulzura junto con la gratitud, con la conciencia del alivio que podemos procurar. Y cualquiera puede ser un bueno y leal amigo porque no hace falta ni riqueza, ni mucho ingenio, ni cultura. Se pue-

de ser la criatura más desheredada de la tierra, más humilde, más sola, pero este tesoro sin igual está al alcance de la mano; también es preciso pensar que, la mayoría de las veces, los ricos y los dichosos no pueden adquirirlo, porque la fortuna los ciega, no ven dónde se encuentran y son demasiado egoístas para procurarlo a los otros. No; la amistad es la flor de la sombra y de las cúspides; es el ideal compensado del que sufre, del que obra, del que cree. La unión en el esfuerzo hace la victoria, y en el dolor, la defensa. ¡Uníos, oh vosotras que lloráis, vosotras a quienes las tribulaciones han debilitado, y colmaréis vuestra alma, y, quizá, la sanaréis! «Los que no han sufrido juntos no conocen los vínculos más poderosos del corazón».

IGEA

"Nuestro cuerpo es nuestro jardín y sus jardineros son nuestras voluntades."

SHAKESPEARE.

HIGIENE FEMENINA

Los antiguos daban tanta importancia a la salud, que la personificaron en una divinidad que llamaban Igea. Del nombre de esta divinidad viene el vocablo «higiene», que significa el conjunto de reglas apatas para conservar la salud. Entre otras ventajas de la educación moderna hay también la de una mayor observación y difusión de la higiene, que desde no muchos años triunfa en los establecimientos públicos y ha penetrado también en las familias. Sin embargo, hay todavía muchas señoras que tienen solamente una idea confusa y superficial de ella y que se muestran incrédulas y poco solícitas con respecto a sus leyes, quizá porque la higiene impone algún sacrificio de comodidad y de ciertas formas conservadas hasta aquí por la estética y la elegancia; quizá porque el prejuicio, desgraciadamente transmitido por tradición atávica en las familias, tiene raíces más profundas de lo que se cree y se quisiera confesar. No obstante, la lucha extremada de los médicos, la imitación de las naciones extranjeras, de Inglaterra y de Alemania especialmente, han dado por resultado obtener victorias en el campo más difícil, el que mejor puede convertir al sexo femenino: el campo de la moda.

Vinieron primero los zapatos bajos a substituir a los altísimos y perjudiciales que obligaban a caminar con la punta de los pies; vinieron las blusitas senci-

llas, prácticas y sueltas para dejar libre el desarrollo al busto que se deformaba en los corsés de armaduras de muelles y de ballenas; vinieron los guantes anchos, los sombreritos sin adornos, las faldas cortas, las cinturas elásticas para favorecer la vida deportiva; vino la moda de los juegos ingleses, de las curas hidroterápicas, del alpinismo, adoptados al principio por amor a la novedad, convertidos después en una verdadera necesidad; y en la vida entró una sencillez, una frescura nueva, una fuerza de expansión, un practicismo, por evidente y concorde propósito, casi una juventud nueva que desprecia los romanticismos y los nebulosos ensueños tan amados por la generación precedente.

La lindeza, la armonía de los miembros, la salud de los órganos y la ágil resistencia de las fibras, constituyen en todas las edades las principales dotes de seducción. Conviene, pues, prepararse a conquistarlas por medio de la higiene y del método. No acostarse muy tarde por costumbre; levantarse temprano en todas las estaciones y tomar duchas, baños; abundantes lavados seguidos de un buen masaje; nutrirse de alimentos substanciosos, ligeros y sencillos; pocos dulces, que estropean los dientes y el estómago; pocos ácidos, que dañan la sangre; hacer uso de aguas minerales en las comidas; moderación en el consumo de café y de té; ningún licor. Alternar todo lo posible las propias ocupaciones; hacer de modo que una actividad material suceda a una actividad del pensamiento, por ejemplo, no muchas horas inmóviles a la máquina de coser, en el piano, en el escritorio; variar a menudo, interrumpirse frecuentemente para dar reposo a los ojos y al pensamiento, que volverán a ejercer después con más lucidez las funciones que les están encomendadas. Excelente es la costumbre de dar un paseo diario, particularmente en las horas de la mañana, y patinar en invierno, y todos los juegos al aire libre en el verano. Bonísimas la equitación y la bicicleta; remar y nadar son también ejercicios aconsejables, especialmente para quien tiene necesidad de desarrollar los brazos y el tórax.

JAQUECA

La jaqueca es muy común entre las señoras, tanto, que podría definirse como enfermedad del bello sexo. Y, precisamente, por su facilidad de atacar a un momento u otro, las señoras han hecho de ella una cómplice. ¿Una visita aburrida o inoportuna? La señora tiene jaqueca... ¿Unas palabritas con su marido? ¿Un día de mal humor? Jaqueca y separación... ¿Borrascas en familia? Una jaqueca para no provocar o no ser provocada. Es, como si dijéramos, el mal más a la mano, porque se va tan pronto como ha venido... todos lo saben, y no es pequeña ventaja, porque no faltan las circunstancias en las cuales se necesita, o se desea curar de un momento a otro... Una buena noticia, una nueba disipada, un inoportuno que se ha marchado, y la jaqueca ya no tiene motivo de ser. Cualquiera otra indisposición deja consecuencias y, por pudor, obliga a un día o dos de convalecencia; pero la jaqueca no. Además es un desorden interesante, elegante, que no altera la estética ni la poesía.

Pero cuando la jaqueca es verdadera, constituye uno de los males más dolorosos, penosos y refractarios a casi todo alivio. Algunas veces depende de un poco de indigestión, y entonces son de aconsejar las fomentaciones calientes en la cabeza, seguidas de compresas tibias; bebidas calientes y calientes fomentaciones en el estómago y en los intestinos. Cuando el dolor de cabeza proviene de un principio de congestión y da una molesta impresión de fuego en la cara, haciendo palpitar las arterias como si la cabeza quisiese estallar, se obtendrá alivio con la aplicación de agua fresca en la cabeza y en el cuello. Evítense en estos casos los alimentos estimulantes, el café, los licores y las drogas. Las personas que sufren fácilmente de jaqueca congestional, harán bien en dormir con la cabeza levantada para evitar un excesivo flujo de sangre al cerebro.

Existe también la jaqueca que proviene de anemia y que generalmente va acompañada por una sensación

de debilidad nerviosa y de vértigos. Es útil entonces el masaje en la cabeza, pero se deberá cuidar sobre todo el organismo entero.

RESFRIADO

El resfriado es, al revés de la jaqueca, el gran enemigo de las señoras. El resfriado es, sobre todo, antiestético; los ojos se ponen rojos y lacrimosos, la nariz se hincha y se obstruye; toses, estornudos y coriza obligan a un uso continuo del pañuelo; la cabeza está caliente, pesada y dolorida; una sensación de opresión y de ansiedad nos domina. Se podrá con un esfuerzo de energía, desafiar un dolor de muelas o de garganta, una neuralgia, para no perder una buena ocasión de ir a un sitio o a otro; pero con el resfriado, una señora está completamente impresentable y no le queda otro remedio que refugiarse entre las colchas de su lecho tibio y misericordioso. Además, un resfriado descuidado podría traer graves consecuencias. Un médico ilustre aconseja estos medios para prevenir los resfriados de cabeza o de pecho:

1. En la estación fría hacer abundante uso de alimentos productores de calórico. Las personas sujetas a toses y resfriados, debieran tomar todos los días un poco de aceite de hígado de bacalao.

2. Procurad no cambiar las horas de las comidas, especialmente si tenéis que estar expuestos al frío y a las inclemencias del tiempo. Es más fácil coger un resfriado cuando se está en ayunas, que cuando el cuerpo ha recibido el necesario alimento.

3. Evitad los cambios repentinos de temperatura; como, por ejemplo, el de pasar de una habitación caliente a una fría, o bien ponerse junto al fuego y después dejarlo apagar. Evitar también las habitaciones mal ventiladas y las demasiado calientes.

4. Tomad aire fresco y haced ejercicio, pero no excitéis demasiado el cuerpo. Los cocheros, los carteros, los maquinistas de tren y otros que están expues-

tos a sufrir toda clase de intemperies, son menos susceptibles al resfriado; porque viven siempre al aire libre.

5. No llevar nunca pañuelos ni cosa por el estilo alrededor de la garganta.

6. Tener los pies secos.

El mismo médico aconseja curar el resfriado con un paseo de algunas horas, de día, al aire libre: con un pediluvio de agua y mostaza por la noche antes de acostarse y una taza de leche con líquen o tilo para provocar la transpiración. Recomienda, también, no tener inconveniente en dejar la ventana un poco abierta en lo alto de la estancia, afirmando que el aire fresco, siempre que no haya corrientes, nunca ha hecho mal a nadie.

NEURALGIA

¿Qué hay peor que la neuralgia? Es un dolor agudo, espasmódico, que se siente en las partes más delicadas y sensibles del cuerpo humano, sensaciones desagradables y que durante el mal nos hace exquisitamente sensibles sólo para sufrir. Hay personas que padecen neuralgias durante meses, años, con intermetencias de períodos de alivio y crisis que quitan el sueño, el apetito, las fuerzas, toda voluntad de vivir y de obrar.

Los médicos encuentran el origen de la neuralgia en la defectuosa nutrición de los nervios, esto es, en la impureza, en la densidad y en la exuberancia de la sangre de la cual se alimentan. Un fisiólogo, Remberg, hablando de la neuralgia, la define así: «la plegaria de los nervios para tener una sangre sana.»

Los dolores neurálgicos se desenvuelven en todas las partes del cuerpo, pero especialmente en la cabeza, incluída la cara. Los médicos ordenan muchos calmantes, pero siempre será bueno no abusar de las medicinas, porque llega un momento en que el organismo se acostumbra a ellas y no siente ya ningún efecto. Un higienista sostiene que el único remedio eficaz para prevenir y curar las neuralgias, es una dieta prudente y

el ejercicio. La dieta debería consistir en el uso de poca carne, leche suficiente, alimentos harinosos y un poco de aceite de hígado de bacalao. Abolidos los estimulantes. Los ejercicios gimnásticos al aire libre refuerzan el sistema nervioso, purifican la sangre, y para esto son indicadísimos. Muchas personas confunden la neuralgia con el reumatismo, cuando son dos melancólicos compañeros del invierno, pero muy distintos. La causa de los reumatismos es la humedad de los ambientes y de los vestidos. El doctor inglés Allison, afirma que entre los pueblos que no comen carne ni beben vino, el reumatismo es una enfermedad completamente desconocida. Conviene saber que el apio es un excelente remedio contra el reumatismo. Se cortará en pedacitos menudos, se hará hervir hasta que se ponga blando y se comerá bebiendo también el agua. Se podrá también servirlo a la mesa como sopa, junto con la de pan tostado.

DOLOR DE DIENTES

Un renombrado dentista, me decía en cierta ocasión que si se comenzase a limpiar los dientes a los niños apenas les salen y se les hiciese enjuagar la boca después de cada comida, no existirían los dolores de dientes ni habría necesidad, en la edad adulta, de recurrir tan a menudo al dentista. Los dientes son una de las partes del organismo más necesarias, de la cual exigimos un constante trabajo y de cuya conservación cuidamos menos. La higiene de los dientes es muy poco observada ; y personas cultas que se avergonzarían de llevar las manos poco limpias, no tienen inconveniente en exponer una dentadura amarillenta, incrustada de detritus calcáreos, que inflaman las encías y preparan con el tiempo la desconexión y la caída de los dientes.

Pocos, casi nadie, piensan después de comer en enjuagarse la boca y limpiarse los dientes con el cepillo y el dentífrico. La mayoría de las veces, por las no-

ches, no nos levantamos de la mesa más que para ir a la cama, sin haber cumplido este precepto de higiene y de civilización. Se dice: la gente del pueblo tienen, en general, hermosos dientes y no emplean nunca el cepillo ni los limpian de ningún modo. En nuestros pueblos reina la convicción de que la *polenta* (1) hermosea los dientes. Desde cierto punto de vista es verdad, porque los alimentos frugales y sencillos no desarreglan el estómago, y una buena digestión contribuye muchísimo a mantener la boca sana y limpia. Pero nosotros que pasamos alimentos más finos y complicados, tenemos un motivo más para impedir que alguna mala digestión nos estropee la dentadura y por esto nos conviene limpiar y desinfectar la boca constantemente.

Además los dientes son uno de los factores principales de la salud; los dientes fuertes y sanos, aptos para masticar perfectamente los alimentos, evitan la fatiga al estómago, que digiere bien y así las substancias nutritivas se asimilan bien al organismo; los dientes enfermos e inseguros no trituran los alimentos, que tantas veces quedan en el estómago, ocasionando indigestiones y enfermedades.

Los ácidos son dañinos para los dientes y también los dulces. El azúcar, al contacto del esmalte, forma un precipitado que ennegrece los dientes y los desgasta. Es necesario, pues, apenas hemos comido algún dulce, enjuagarse la boca. Los alimentos y las bebidas demasiado calientes o demasiado fríos, dañan a los dientes y también los cepillos demasiado duros. Al limpiar los dientes es preciso tener cuidado en pasar el cepillo de abajo arriba y no horizontalmente, pues así se limpian mejor y no se dañan las encías.

Para las afecciones de la dentadura, es preciso recurrir al dentista. Por lo demás, todo calmante, mientras perdura la causa, o sea la carie, no tendrá más que una acción incierta y limitada. Una infusión tibia de adormideras, algún granito de cocaína, la apli-

(1) Especie de gachas de harina de maíz que se hacen en Italia. (N. del T.)

cación del hielo o tener en la boca agua fría hasta que cese el dolor, será beneficioso.

ESTÓMAGOS DELICADOS

El estómago, como he dicho, tiene una influencia directa sobre los dientes, como éstos la tienen sobre el estómago. Es preciso conservarlos a la par, mediante un régimen higiénico. Para el estómago, la mejor higiene es el régimen y la sobriedad. Muchos estómagos delicados y débiles, no lo serían quizá si su propietaria hubiese observado siempre un régimen conveniente a su género de vida, no comiendo nunca más ni menos de lo necesario, si hubiera cuidado de sus funciones digestivas y... no se hubiese apretado demasiado el corsé.

La mayor parte de los desórdenes de estómago de las señoras, provienen de esta mala cuanto inveterada costumbre. El estómago, oprimido así en una armadura de tela fuerte y de ballenas, digiere mal, lentamente y se restringe, resultando incapaz de soportar una cantidad mayor de alimento, o alimentos de distinto género. Así se ven atormentadas por languideces, pesos, dispepsias, que tienen por consecuencia la desnutrición y la anemia.

Uno de los grandes enemigos del estómago es el frío. Las personas que tienen el estómago delicado, deberán llevar en el invierno, sobre el estómago, un trozo de acolchado ligero o de franela y no quitárselo ni siquiera durante la noche. La ventaja de este pequeño cuidado sobre la digestión, es maravillosa, puesto que la mala digestión muchas veces deriva solamente de la falta del grado de calórico necesario para que el estómago digiera el alimento. Por eso es perjudicial exponerse al frío o ponerse a trabajar en seguida. Para digerir, tiene necesidad el estómago, por lo menos, de un cuarto de hora de quietud después de la comida. Excelente es la costumbre de terminar la

comida con una bebida caliente. El hielo, por el contrario, es bastante nocivo.

No comáis nunca sin apetito; no estéis en largo ayuno antes de una comida abundante; no comáis entre horas. El estómago tiene necesidad, por lo menos, de cinco horas, para cumplir con perfección su trabajo. Para tener un buen estómago, convendría también comer a horas fijas y no hacerlo de prisa ni en demasía. No es la cantidad de alimento lo que da el vigor y bienestar, sino solamente lo que asimilamos. Napoleón observó en cierta ocasión, que muere más gente por comer demasiado que por comer poco. El acompañar las comidas con exceso de vino, de agua o de cerveza es un pésimo sistema. El líquido dilata el estómago, diluye los jugos gástricos y perturba el proceso digestivo. El tiempo más oportuno para beber, es al fin de la comida, puesto que entonces el líquido ayuda a la disolución de los alimentos.

El termómetro y los productos de la tierra, según las estaciones, indican la calidad preferible de los alimentos. Durante el frío se preferirá la carne y los farináceos, como mejores productores de calórico; durante el calor, los vegetales, los huevos, las frutas. Los vegetarianos quisieran excluir absolutamente la carne y todos los otros alimentos amiláceos, incluso el pan; pero una dieta mixta y moderada será siempre lo mejor para la generalidad de las personas.

DOLOR DE GARGANTA

El dolor de garganta es bastante penoso, pero también éste se puede evitar muchas veces por medio de la higiene. Todos nuestros males derivan de infecciones más o menos graves; así, pues, la desinfección preventiva constituye una de las mayores defensas de la salud. Para preservar la garganta, será bueno, ante todo, tener limpia la boca, gran vehículo de infección y tener la buena costumbre de hacer gargarismos con agua y ligera solución de clorato potásico, o sencilla-

mente con algunas gotas de vinagre. Los cuellos altos, las corbatas, las cintas alrededor del cuello favorecen las afecciones de la garganta. Los marineros, que exponen el cuello desnudo a toda clase de temperatura, sufren muy poco de este mal. También el respirar con la boca el aire frío, exponerse a la humedad, a las corrientes de aire, debe evitarse para mantener sanas las amígdalas, la faringe y la laringe, que son los órganos más fácilmente atacados.

Los médicos recomiendan respirar por la nariz y no por la boca. La nariz está provista de membranas, las cuales obran como un filtro e impiden a las impurezas que hay en el aire, descender desde la garganta a los pulmones. El respirar por la nariz tiene, además, la ventaja de calentar el aire en invierno y humedecerlo en verano, evitando a la garganta una brusca sensación de calor y de frío. Cuando un dolor de garganta es ligero y se debe más que a otra cosa, a un reumatismo, convendrá una compresa fría y gargarismos con hielo. Puede procurar también algún alivio el taparse los oídos con un poco de algodón. Entre los oídos y la garganta hay una comunicación directa y así se corta el camino al aire externo que mantiene la irritación de los músculos y de las membranas.

OJOS Y ANTEOJOS

Un doctor inglés, Adisson, dice respecto al órgano de la vista: «La vista es el más perfecto, el más precioso, el más deleitable de nuestros sentidos; ella nos llena la mente con la más grande variedad de ideas; conversa con sus objetos a la mayor distancia y prosigue en esta acción sin cansarse nunca ni saciarse de los propios goces... Nuestra vista puede considerarse como una especie de tacto delicado y difuso que se extiende sobre una multitud infinita de cuerpos, abraza las más grandes figuras y pone a nuestro alcance algunas de las más remotas partes del universo».

Las personas obligadas a llevar vida sedentaria y

de aplicación, perdieron pronto la vista. Entre las ocupaciones femeninas, la del bordado en blanco, el cosido sobre tejidos finos, el dibujo de adorno, la miniatura, el leer libros impresos en pequeños caracteres, el enfilar perlas, todo género de trabajo, en suma, que exige la concentración de la vista por un tiempo prolongado, cansa los nervios ópticos y los debilita. Cuando ante los ojos se pone una especie de niebla, a través de la cual el escrito o la labor aparece confuso, o cuando se advierten ligeros dolores neurálgicos sobre la órbita, es preciso cesar en el trabajo inmediatamente o interrumpirlo por algún tiempo. Conviene, además, hacer de manera que la luz caiga siempre sobre el objeto que nos ocupa, nunca sobre los ojos. Leer o escribir a la luz escasa del crepúsculo o a la luz oscilante de una vela es dañosísimo.

Téngase presente también, que todo lo que tiene un efecto debilitante sobre el organismo, debilita la vista. Son nocivos para los ojos los reflejos de una luz demasiado viva, el blanco de las calles, el polvo, el frío intenso, la humedad de la niebla. Algún baño de agua caliente será beneficioso para los ojos cansados por algún trabajo prolongado. Se debe evitar siempre para los ojos el agua fría. Nos debemos lavar la cara con agua tibia, evitando siempre que el agua penetre en los ojos.

La miopía es un defecto bastante común que se corrige con los lentes, a cuyo uso, sin embargo, muchas señoras son contrarias porque imaginan que las envejecen. Por este mismo motivo soportan también la debilidad de la vista, esforzándola con gran perjuicio de los ojos. Están en un error. Cuando el uso de los lentes se hace indispensable, una señora desenvuelta los adopta inmediatamente. Hay también niños a los cuales son necesarios los anteojos, mientras que muchos viejos pueden pasar sin ellos. Su uso no puede ser, pues, indicio infalible de edad madura. Además, las muecas a que la miopía condena a la cara, son bastante más antiestéticas que los anteojos. Ciertos rostros de nariz un poco grande se favorecen con ellos;

el *lorgnon* empleado por una señora elegante con desenvoltura, confiere cierta gracia coquetona. Hacia el año setecientos, hombres y mujeres los usaban por vicio, pero la montura de los lentes era diversa, como podemos ver en cualquier interesante ejemplar que se encuentre en casa de algún anticuario o en los museos. Los lentes modernos, elegantes, tienen un mango largo de concha o de plata labrada. Sobre el mango puede una señora hacer aplicar en oro o en plata su monograma o una coronita noble. Se llevan al cuello unidos a una fina cadenita de oro o un cordoncito de seda.

El *lorgnon* no sirve, sin embargo, más que para leer o para mirar alguna cosa. Para coser, para escribir, hacen falta lentes fijos por muelle o anteojos. Los lentes de muelle serían más simpáticos, pero tienen el terrible inconveniente de dejar un surco rojo sobre la nariz. Mejor es resignarse a los anteojos. Se pueden hacer montar en oro con un hilo casi invisible.

ALTERACIONES DE LA PIEL

La enfermedad que más aflije y humilla a la mujer, es la que le ataca la epidermis. La piel es uno de los mayores elementos de belleza y de seducción, pero es también de facilísima alteración. El sarampión, la escarlatina, la viruela, son los enfermedades más graves a que está sujeta la encarnación, pero también ellas se curan en nuestros días, de modo que no queda ninguna huella. Tiempos atrás, cuando atacaba la viruela, era la muerte y la completa destrucción de la belleza. Hay también enfermedades menores: manchas en la piel, pústulas, etc., bastante fastidiosos, pero que no resistirán a una curación asidua y apropiada. El frío de la atmósfera y del agua tienen acción nociva sobre la piel; así, pues, nada de agua fría para la cara, sino tibia; y no salir nunca en invierno sin un velo sobre la cara. Para dichas erupciones será conveniente añadir al agua un poco de polvo de almidón o

de salvado. Un buen método es el de untar, por la noche, las mejillas con glicerina y después aplicar sobre ellas polvo de almidón. He visto curar erupciones obstinadas, después de algún tiempo de seguir este método. Es preciso también tener cuidado con la calidad de jabón que se usa, porque muchas veces es precisamente el jabón lo que gasta la piel. Los jabones sencillos y menos perfumados son los mejores. Si se tiene propensión a las enfermedades de la epidermis, se emplearán jabones ligeramente desinfectantes. Es necesario también observar la calidad de los polvos. Muchas veces contienen elementos venenosos dañosísimos, no sólo para la epidermis, sino también para el organismo entero que los absorbe.

Los alimentos tienen igualmente una influencia especial sobre la piel y el estado del estómago. Las bebidas alcohólicas, los alimentos demasiado grasientos, los ácidos, los salados, no favorecen a la belleza de la epidermis, pero son muy útiles las legumbres, la leche, las frutas crudas o cocidas y las aguas minerales.

Las malas digestiones, los desórdenes del hígado, el insomnio, la anemia, las costumbres irregulares, dan a la piel un tinte alterado y la marchitan. También el calor demasiado intenso del fuego o del sol la perjudican como todo brusco cambio de temperatura. La luz tiene mucha influencia sobre el cutis; en efecto, la cura del radio que se ha adoptado ahora para las más terribles enfermedades que corroen la epidermis, no es más que una cura de luz. Todas las personas obligadas a vivir en locales cerrados y semiobscuros, tienen un color pálido, como las flores abiertas a la sombra.

DESÓRDENES NERVIOSOS

La enfermedad nerviosa en toda su graduación, desde la primera, constituída por simple desequilibrio ocasionado por un poco de debilidad, hasta la última que raya en la terrible neurastenia, puede llamarse la

enfermedad del siglo XX. La vida excitada, febril, que se lleva hoy en los grandes centros, es el factor principal de ella; viene después la dispepsia, el exceso de trabajo mental y toda otra irregularidad.

«Las personas nerviosas — dice Shofield — son la verdadera sal de la tierra. Si queréis un primer ministro, un general victorioso, un hábil administrador, un juez íntegro, un hábil médico, un gran artista, debéis recurrir a un hombre de gran energía nerviosa». Esto es cierto, y es verdad también que las personas nerviosas tienen una sensibilidad más exquisita, tanto para la alegría como para el dolor. Un poco de nerviosidad es útil en la vida para darnos energías, para prolongar la resistencia al trabajo, para sostenernos en las pruebas, para sentirnos vivir con intensidad. Pero ¡cuidado con dejarnos dominar por los nervios! Los nervios son excelentes servidores y pésimos amos, puesto que pueden arrastrar a los excesos más deplorables y también convertirse en nuestros verdugos para toda la existencia. Los síntomas más comunes de nerviosidad son la irritabilidad del temperamento, la inquietud, la agitación continua, la imaginación de desgracias o de dificultades que superar, el temblar apenas se oye un improvisado rumor, la aversión a la obscuridad, etc. Los médicos dicen que la nerviosidad es el efecto de una mala calidad de la sangre que no nutre suficientemente a los nervios. Si estos nervios se alimentan con una sangre sana, todo el cuerpo sentirá bienestar; pero si la sangre es pobre, producirá impresiones no naturales sobre cada nervio que, multiplicadas por una infinita cantidad de filamentos aislados, cada uno de los cuales repercute en el cerebro su propio sufrimiento, da una sensación general de malestar, de desequilibrio, de debilidad. Así, pues, todas las que sufrís de los nervios, queridas señoras y amigas, debéis, sobre todo, tratar de regenerar o purificar vuestra sangre, teniendo cuidado de los alimentos que tomáis y del aire que respiráis. Han de ser los alimentos ligeros y nutritivos, puesto que, como he dicho muchas veces, también la alteración nerviosa

es producida por la dispepsia. Abandonad todo estimulante, como té, café, licores, etc, ; haced todos los días un poco de ejercicio al aire libre y dormid por lo menos nueve horas.

EL INSOMNIO

El sueño es un grande y seguro restaurador. Es tan necesario a nuestro organismo como el alimento. El sueño devuelve las energías que la vigilia ha perdido, trae el alivio de los males, el olvido de las tristezas, la interrupción del dolor. Shakespeare define el sueño: «Bálsamo de las mentes oprimidas». Dryden lo llama: «Restaurador de la paz del espíritu, cuyo bálsamo da nuevas fuerzas para el trabajo diario». Así, el insomnio es la privación de uno de los bienes mayores comunes a la humanidad, y constituye, para las personas nerviosas, para aquellas cuya vida está demasiado llena de emociones, un tormento sin igual.

Los médicos dicen que el insomnio se debe a la excesiva afluencia de sangre al cerebro, a causa de cualquier excesiva actividad mental que lo dilata y lo colma, mientras que el sueño retira la sangre del cerebro. Así, pues, quien sufre de insomnio deberá dormir con la cabeza un poco alta para facilitar la descongestión del cerebro, y para quien tenga el sueño normal, es más higiénico dormir con una sola almohada. El que piensa y trabaja mucho intelectualmente, necesita un sueño prolongado. Un médico dice que el tiempo robado al sueño, es infinitamente dañoso para la mente, para el cuerpo y para la constitución.

La tranquilidad del alma es la primera necesidad para dormir bien; desgraciadamente no está en nuestro poder poseerla siempre. De todos modos es necesario ayudarnos todo lo posible; procurar cuando vamos a la cama, excluir del pensamiento, de la memoria, toda preocupación molesta o dolorosa. Defendamos, con un esfuerzo de la voluntad, la isla del olvido que quiere recibirnos; dejemos a las puertas de la vida

todas sus cargas de amarguras y de miserias, para alcanzar nuevas fuerzas con que combatir y vencer. Una fervorosa plegaria, un acto de abandono a la Providencia que rige nuestro destino, ayudarán a procurarnos la calma para nuestro reposo, si tenemos el alma afligida e inquieta. Alguna buena o enérgica resolución, si el alma está en lucha consigo misma, si la conciencia nos remuerde por algo, es también a menudo lo que nos proporciona un sueño restaurador. Evítese, además, cuanto sea posible, por la noche, todo lo que pueda excitar nuestra fantasía ;espectáculos emocionantes, música, lecturas demasiado interesantes o de asuntos pasionales.

Será provechosa también antes de dormir, alguna lectura aburrida ; una plegaria muchas veces repetida ; contar hasta un número alto ; repetir versos conocidos. Remedios físicos contra el insomnio, cuya eficacia está probada, son también los siguientes : lavarse la cara antes de acostarse ; quitar la almohada ; buscar una posición incómoda y después de algún tiempo cambiarla por la postura mejor ; tomar un poco de leche caliente y no acostarse antes que la digestión de la última comida haya sido realizada ; procurar no tener frío en las extremidades, provocando el descenso de la sangre, teniendo muy calientes los pies.

También la postura del cuerpo y el lecho influyen mucho sobre el sueño. Las personas no acostumbradas a cambiar de lecho a menudo, no pueden dormir cuando es distinto ; otras, acostumbradas a un lecho duro, estarían molestas en una cama demasiado blanda. Si se llega sin embargo, con una justa actividad y una vida regulada a obtener el bien de un sueño, ningún cambio lo impedirá. Los higienistas dicen que no se debiera dormir boca arriba, sino sobre el lado derecho, porque cuando el cuerpo está en esta posición, el estómago queda más libre y oprime menos las vísceras. Durmiendo así se evitarán también sueños pesados.

LOS EXCITANTES

Los mayores enemigos del verdadero y sano vigor físico, bajo su falsa apariencia de válidos sostenes y acrecentadores de fuerzas, son los excitantes. Es también uno de los prejuicios más obstinados y difíciles de ser vencidos por los médicos. Se dice: una taza de café ayuda a hacer la digestión; una copita de alcohol quita el frío; un buen té arregla el estómago; el vino refuerza y nutre; un cigarrillo despierta del entorpecimiento; y con el apoyo de estas teorías, el uso se convierte en abuso.

El que mayores factores tiene entre los excitantes, es el vino. En Italia es imposible persuadir a las masas de que el vino es no sólo inútil sino también pernicioso: hace poco no se da vino a los niños de corta edad para los cuales es un verdadero veneno; pero solamente en las clases intelectuales. En general se obliga a los niños y mujeres delicadas a beber vino, alegando el motivo de que da frescura y vigor. «El buen vino hace buena sangre», se dice comúnmente. Nada más erróneo. Los médicos afirman que la acción del vino sobre el organismo, no es más que transitoria y deja fácilmente lugar a la debilidad y a la parálisis. El vino es, además, adversario de la higiene y de la belleza, puesto que en muchos casos de catarro gastro-intestinal, atonía del estómago, irrita extraordinariamente y predispone a la dispepsia, la cual por su acción sobre diversos órganos, altera el estado de la piel y el interior del cuerpo.

El café, tan proclamado como digestivo, si es demasiado fuerte, puede detener de un golpe la digestión. Las personas irritables y delicadas no debieran usarlo, porque siendo estimulante sin ser nutritivo, acelera el desgaste de los organismos y produce delgadez y palidez.

En cuanto a las bebidas alcohólicas, se ha dicho tanto de los males que ocasionan, que insistir sobre ello todavía—y en un libro destinado a las señoras—

me parece inútil. Pero como la mujer es la educadora del hombre futuro y es su compañera previsora y buena consejera, diré que nunca y de ningún modo el alcohol nutre el cuerpo y mantiene la fuerza o ayuda al proceso de la asimilación o disminuye los efectos del frío.

La acción del alcohol sobre el fluído digestivo es la de destruir la pepsina, cuyo principio es; y por este motivo tantos bebedores de alcohol sufren de dispepsia.

El alcohol además, en vez de ayudar a la formación de la sangre, impide las naturales transformaciones y obstruye las funciones nutritivas y reparadoras. Y en lugar de constituir una defensa contra el frío, hace al cuerpo más sensible, como todo calor artificial que es siempre seguido de una sensación de frío.

Para demostrar, en fin, que el alcohol abrevia la vida, basta saber que el tomar una onza al día, hace el efecto de crecer tres por minuto los latidos del corazón, imponiendo así mayor fatiga a este órgano, que será desgastado antes de tiempo.

REMEDIOS SENCILLOS

No aconsejaría a ninguna señora curarse por sí misma, pero hay ciertos casos en que parece supérfluo incomodar al médico y, sin embargo, se sufre y se desearía un alivio: u otros en que son necesarios auxilios inmediatos y no conviene esperar la llegada del doctor. Así, pues, sería indispensable que toda mujer a la cabeza de una familia, conociese ciertos remedios sencillos al alcance de todos y supiese cómo y cuándo son oportunos. Estos remedios aprendidos del médico de casa o de algún libro de higiene moderna, debieran ser reunidos en un elegante cuadernito para consultarlo en los momentos de necesidad. Yo tengo a la vista precisamente, uno de estos buenos y prácticos consejeros, del cual saco algunas normas

para vosotras, queridas amigas. Hojeemos juntas el librito atado con una cinta azul.

¡Es tan fácil quemarse en el horno, en la estufa o con un líquido hirviente! Veamos el *Remedio contra las quemaduras*: «Se mezclan cuatro onzas de clara de huevo o de sulfato de albúmina y de potasa y un tercio de agua caliente y consérvese en una botella bien cerrada. Cuando ocurre alguna quemadura, por agua hirviendo, hierro candente, carbón encendido o por cualquier otra cosa, aplíquense inmediatamente compresas bañadas en esta solución una y otra vez y se curará sin necesidad de otra cosa.»

Volvamos algunas páginas. He aquí otro remedio muy útil para tener a mano esperando la hora de ir a casa del dentista. Es un *Remedio para los dientes cariados*: «Háganse fundir al fuego en una cuchara de hierro, un poco de pimienta, sal y azúcar a partes iguales: esta fusión se vierte en un trozo de papel de estraza y con un pedacito de este papel, se cubre después el diente gastado. Aunque pareciese crecer el dolor en aquel momento, cesará inmediatamente después de una fuerte salivación.»

Este es un específico inglés *Para curar la tos*: «Tómese media botella de leche caliente y moviéndola siempre, se unen a ellas dos huevos bien batidos, dos cucharadas de jarabe de culantrillo y dos de agua de rosas con un poco de nuez en polvo. De esta bebida se hará uso cuando haya tos. Se advierte que la leche ya no deberá ponerse al fuego después de haber mezclado los huevos.»

Casi nadie emplea ahora utensilios de cobre para la cocina, y el peligro de envenenamiento por causa del cardenillo se puede decir que ha desaparecido. Sin embargo, en provincias, en el campo, el hermoso cobre luciente de reflejos calientes, delicia de las criadas, se emplea todavía, y una inadvertencia, una imprudencia, se comete fácilmente. Hé aquí una receta para el *Contraveneno del cardenillo*: «Se hace tomar al paciente, desde la primera sospecha, muchos vasos de agua, en cada uno de los cuales se habrá hecho disol-

ver una clara de huevo reducida a espuma. La clara de huevo es el más poderoso contraveneno conocido hasta ahora; ella descompone el cardenillo y las sales del cobre hasta dejar el óxido en un estado inofensivo.»

En el campo es también fácil ser picado por algún insecto. Veamos el *Remedio para las picaduras de las avispas, de las abejas, de otros insectos y de los escorpiones*: «Se toman hojas de laurel, se trituran y se aplican sobre la parte picada: inmediatamente cesará todo dolor. Contra las picaduras de las avispas y de las abejas, será buena también la leche del higo, untando con ella la parte dolorida. Es útil también la fricción con el jugo de alguna yerba aromática, menta, mejorana, romero, salvia. Será bueno éste también para las picaduras de las ortigas y las mordeduras de las víboras.»

La ronquera es una incomodidad bastante fastidiosa: altera la voz, fatiga extraordinariamente al hablar y parece hasta que paraliza las ideas, por el esfuerzo que se necesita para expresarlas. El remedio sugerido por el cuadernito es un poco... vulgar, pero el mal es tan insoportable que se puede transigir con la vulgaridad. Oid:

Remedio contra la ronquera: «Se toma un espigón de ajo y un poco de sain, se machaca junto hasta formar una pomada. Con ésta se friccionan bien las plantas de los pies por la noche, antes de ir a la cama y cálcense medias de lana. Se cura con seguridad, si no a la primera, a la segunda fricción.»

Hé aquí ahora un remedio para *la dentera*, incomodidad fastidiosa bien conocida para quien tiene el gusto condenable de las frutas agrias: «Masticar un poco de acetosilla o verdolaga. La dentera se quita también masticando un poco de queso picante.»

La hemorragia de la nariz, que impresiona tanto a los niños y a sus mamás, se puede detener con algún medio mecánico, como levantar y tener derecho el brazo del lado correspondiente al de la nariz que sangra: compresas frías, hielo sobre la frente y en la

base de la nariz. Si esto no basta, se pueden practicar en las nariz inyecciones de agua caliente y de jugo de limón.

Otro remedio; el último, que es una incomodidad bastante penosa y dolorosa que el invierno regala a quien lo detesta: los sabañones.

Verdaderamente, los remedios son más de uno y se pueden probar sucesivamente con la esperanza y la confianza de sentir provecho. Así, pues, el primero de estos remedios consiste en sumergir las manos o los pies doloridos por los sabañones, en agua tibia, a la cual gradualmente se va añadiendo agua hirviendo todo lo que se pueda soportar. Después de una decena de minutos, las partes molestadas por los sabañones se pondrán lívidas. Séquense después con una toalla muy seca. Un segundo remedio consiste en pasar repetidamente del agua muy caliente al agua muy fría: se untarán las manos con polvos finos de almidón y se fajan con lana. La tintura de yodo también es útil. Para grietas de las manos se aconseja—¡horror!—friccionarlas con jugo de cebolla.

NO DESCUIDAR LOS SÍNTOMAS

Os he aconsejado pequeños, sencillos y, tal vez, rústicos remedios para alguno de aquellos males que todos conocemos, pero que no tienen consecuencias. No os aconsejaría absolutamente, sin embargo, que dejéis de llamar al médico aun por cosas leves, cuando son de naturaleza que dejan sospechar una consecuencia o una agravación. Muchas enfermedades se evitarían si se curasen prontamente los síntomas. En lugar de esto, casi nadie hace caso de ellos. Un poco de indigestión, una tos, cualquiera otra incomodidad, se soportan por indolencia, por pereza de hacerse visitar, por no tener ánimo para interrumpir el curso de nuestras ocupaciones y muchas veces por no alarmar a la familia, diciéndose que no será nada. Un dicho común y repetido es el de que el mal debe irse como

viene, esto es, sin ningún auxilio. Al contrario, el mal se enseñorea, y no se va si no se le echa. Los síntomas son siempre la próvida advertencia de la Naturaleza, que nunca acogemos con solicitud, que nunca escuchamos a tiempo. Ella nos aconseja que estemos en guardia, que nos observemos, que nos defendamos, y nosotros sonreimos, encogemos los hombros y la tratamos de inútil gruñidora. Pero, después, cuando los síntomas se han convertido en la enfermedad grave y fastidiosa, nos arrepentimos de nuestra testarudez, algunas veces de nuestra incredulidad, si se trata de otros. Quizá se podía sofocar el principio maligno revelado por el síntoma, se podía con facilidad evitar el mal gérmen que ahora se ha convertido en un parásito de profundas raíces. Los ejemplos no faltan. Todas nosotras hemos conocido alguna persona que por haber descuidado demasiado cualquier incomodidad, cualquier anormalidad de su cuerpo, pide socorro a la ciencia cuando, desgraciadamente, todo socorro es inútil. Nunca seremos, pues, bastante prudentes y previsoras, cuando se trate de la salud, que es el bien supremo de la vida, cuya conservación es un deber. Y no sólo cuando se trata de nosotras debemos ser solícitas, sino también cuando se trata de los demás. No hay que pensar enseguida que se trate de sensibilidad excesiva, de exageración, de falsedad; y en los niños, de malestar pasajero o de capricho. Pensemos más bien que sería un remordimiento para nosotras si aquellos males de que el adulto o el niño se quejan, aquel malestar que demuestran, fueran los preámbulos de una enfermedad grave, se convirtieran por nuestra imprevisión ¡en luto, para nosotras! Estemos atentas a los síntomas, heraldos de mal agüero.

EL VALOR

El valor parece ser una virtud reservada solamente al sexo fuerte, cuando la mujer tiene tanta necesidad de valor como el hombre, y quizá más. Sin

embargo, no es una cualidad, digámoslo así, de lujo, para mostrarla en las grandes circunstancias, como a primera vista parece, puesto que, desgraciadamente, se tiene contínua necesidad de ella en la vida; osaría decir también que no pasa día sin que se la necesite, en pequeña o grande cantidad. Se trata de afirmar sólidamente nuestra opinión o de reprobar con franqueza la ajena; sea para dominar nuestros sentimientos o para educar los sentimientos de los inferiores: en las luchas morales y en las defensas físicas, es siempre el valor lo que debemos invocar y poner en acción. Aquí quiero aludir a la forma más rudimentaria del valor y que es precisamente la más difícil a la naturaleza delicada de la mujer, el valor contra las enfermedades, sus consecuencias, los necesarios remedios y hasta las opiniones del médico. Cierto que hay enfermedades penosas de confesar y de curar, por las cuales hay que vencer repugnancias y pudores, pero la resistencia no hace más que agravar las condiciones sin impedir que el temido momento de la visita médica, o de la cura, llegue. Pero con un poco de cuidado se puede evitar quizá el mal. Piénsese, además, que el médico, avezado a ver desfilar ante sus ojos todo el ejército de las miserias humanas, no puede hacer caso de nada; para él, la mujer más joven y más bella que reclama su ministerio no es más que un caso patológico. Esté, pues, tranquilo el pudor, o al menos domínese cuando la necesidad lo requiere. Siempre hay modo de tener al lado alguna persona querida que anime en los momentos difíciles, el marido, la mamá, una hermana o una amiga íntima. Recuerdo haber leído un episodio que me produjo mucha impresión: una señora que tenía necesidad de una operación quirúrgica en un pecho y que no pudo o no quiso ser cloroformizada, la sufrió sin lanzar siquiera un grito de dolor, teniendo los ojos fijos en una carta recientemente recibida de una persona muy querida. El amor que tantas veces, que demasiadas veces, hace cometer vilezas, fué causa de un magnífico heroísmo, fué más fuerte que la naturaleza humana, cuando a veces la

hace sucumbir miserablemente. El sentimiento que sostuvo a aquella mujer, que le dió la voluntad de vivir y de vencer en la lucha, sea también el que sostenga a la que pueda encontrarse en su caso. Quien tiene seres queridos, debe vivir para ellos, defender la salud y la integridad de su organismo, como si obrase en provecho de otra persona. Combátanse, pues, por conciencia, dudas, contrariedades, escrúpulos: llamése a todas las energías, y cualquier cosa que el médico aconsejase hacer, si tiene nuestra confianza, asistámoslo con firme corazón.

LA PACIENCIA

La paciencia es, al contrario, considerada como una cualidad exclusivamente femenina. En efecto, si bien muchas veces los hombres la necesitan, para nosotras es la moneda corriente que es preciso tener siempre dispuesta, es el hilo de Ariadna que nos guía a través del laberinto de la vida.

«La paciencia, nos dice un escritor, es más difícil que el valor y más meritoria que el sacrificio». Efectivamente, en el valor existe siempre una parte heroica que avasalla y arrastra a los mismos que realizan la acción, y las circunstancias que lo acompañan son siempre tan urgentes que fuerzan a la debilidad. La paciencia, en cambio, tiene escasas ayudas y más escasas compensaciones, que se dijo ser herencia de los viles, mientras que es privilegio; fué la antiquísima dote de los filósofos, de los sabios, de los inventores, que dejaron rastro de luz. No hay conquista, no hay victoria sin paciencia. La medicina moderna, que se limita a secundar la resistencia de la naturaleza, acrecentarla si es preciso, pide a la paciencia su mejor concurso. Pero muchas veces una mujer fuerte sabe sujetarse con valor a un remedio pronto, aunque doloroso, y no encuentra después la fuerza de la paciencia. Si sus incomodidades no cesan inmediatamente, si una indisposición se renueva, si una enfermedad se

prolonga, la veréis rebelarse, tomarla con el médico y con el destino, tirar todos los remedios afirmando su ineficacia, cuando quizá su impaciencia fué la causa de todo. Es penoso para un temperamento activo verse reducido casi a la impotencia por algún mal sin nombre y sin carácter, tal vez, por una convalecencia difícil, o por una de aquellas enfermedades lentas que son la desesperación de la ciencia ; y si se pensase cuánto poder tiene el espíritu sobre el físico, estas personas se impondrían la calma, la serenidad, como la más eficaz medicina. Yo he conocido más de una señora obligada al reposo y a guardar cama, por una complicación de males, durante larguísimo tiempo: un año, quince meses, y que nunca, nunca perdió el valor de la paciencia y del buen humor. Su espíritu se había elevado hasta imponer a los demás la fe y la esperanza en la curación; oponía la agudeza a las molestias físicas, se distraía interesándose en miles de cosas de fuera, hacía agradable la compañía de las amigas y no las afligía con jeremiadas, sino que procuraba olvidar todo sufrimiento y toda melancolía en la conversación alegre y afectuosa. Así lograba no sólo templar el mal físico y sus consecuencias más fastidiosas, sino también fortificar su resistencia, apresurando la curación.

LA SEÑORA ESTÁ INDISPUESTA

Una amiga mía, muy ocupada y fatigosamente, me decía en cierta ocasión que a veces desearía una pequeña indisposición para verse obligada a descansar. Las pequeñas indisposiciones tienen, en efecto, sus compensaciones. El dormitorio está envuelto en una sombra tranquila. Tiene su aspecto de costumbre, puesto que para una fiebre ligera, para un reumatismo, para un resfriado, no hay necesidad de velar, ni de cuidados complicados. Todo lo más, la señora ha hecho acercar al lecho una mesita portátil, cubierta por elegante mantel blanco bordado, sobre el cual ha hecho

colocar el ungüento, la taza de bebida caliente, todo lo necesario. Sus amigas le han llevado algunas flores, porque es siempre una atención delicada la de llevar flores a un recluso que no puede cogerlas o proveerse de ellas por sí mismo. Flores de perfume delicado, para que no pueda molestar a la señora un poco débil: rosas, violetas, geráneos, jacintos, según la estación. Con sus tintas frescas y vívidas alegran la estancia a la enferma, que las ha hecho colocar en un elegante florero frente a ella para contemplarlas mejor. La señora está casi sentada en el lecho, apoyada en dos almohadas adornadas de bordados y de cintas. Otra pequeña y blandísima almohada de seda, recubierta de una funda de batista, con encajes, está bajo su cabeza, y la traslada de aquí a allá en busca de posición cómoda. Todas sus amigas han ido a saludarla, a recomendarle cuidado, y por eso ha puesto en el lecho la ropa blanca más fina y más adornada y sobre los pies un cojín de lujo. Se ha puesto una blusa de franela rosa o celeste, si es invierno; de batista si es verano; se ha hecho arreglar los cabellos sencillamente, pero con gracia, por la camarera. En los dedos de las manos, que sobre las colchas parecen todavía más blancas, ha puesto sus anillos centelleantes; en la muñeca lleva la pulsera de oro, querida memoria que no se quita nunca; del cuello, unidos a una cadenita de oro, penden sus amuletos: retratos, cabellos, flores, una medalla piadosa. Las amigas conversan con ella, en voz baja para no molestarla, pero ella asegura que su compañía le es muy agradable, y se interesa por las novedades y manda y recibe saludos. Si la indisposición se prolonga por una semana, recibe también a algún viejo amigo, algún pariente que desea saber noticias exactas de ella y le lleva augurios de curación. Estos le llevan caramelitos como a una niña, y la graciosa cajita pone una nota alegre sobre la mesita destinada a los remedios. Cuando se han marchado todos, la señora se dispone a su ligera comida: una sopa, dos huevos, una taza de leche, un pedacito de pollo, según el permiso del doctor. La camarera ha preparado

una mesita que cuatro pies levantan lo necesario para que no toque las rodillas de la señora, y a la luz de la lamparita eléctrica se refocila con buen apetito, mientras el marido le hace compañía desde el sillón vecino y quiere servirla con sus manos; sus niños van de puntillas a saber cómo está y darle el beso de la noche. Después van también ellos a cenar con su papá y entonces ella hace quitar la mesita que se puede levantar como un facistol, apoya sobre ella un libro, sencillo, divertido, una revista, y lee un poco, antes de disponerse a dormir.

Entretanto habrá vigilado desde su lecho para que la estancia se mantenga en el orden más perfecto: cuidadosamente limpia y arreglada para que las personas que vayan a hacerle compañía no sean molestadas por el olor de habitación cerrada y de medicamentos que a veces conservan las habitaciones en que el aire no fué convenientemente renovado. Naturalmente, la permanencia en el lecho no habrá impedido a la señora hacer su *toilette* acostumbrada con agua perfumada; porque si el aseo y la higiene son necesarias y agradables en las personas sanas, en las enfermas son indispensables para los demás y para ellas.

LA ENFERMEDAD

Desgraciadamente, sucede algunas veces que una indisposición que parece ligera, se agrava de repente y se cambia en enfermedad. La señora no tiene fuerzas ni ganas de recibir, la fiebre le arde en las venas y permanece amodorrada durante muchas horas en su lecho limpísimo, pero del cual ha sido quitado todo superfluo adorno. Tampoco ella se pone más que finas telas sencillas o un juboncito de franela, pero enteramente blanco. Todo, sobre su persona y a su alrededor, debe estar muy limpio y ha de poder cambiarse y desinfectarse fácilmente. Han sido quitados de la estancia las bagatelas y algún mueble embarazoso; toallas limpias se ven por todas partes, y recipientes de cristal se en-

cuentran dispuestos para el hielo, para el agua, para lo que necesite el médico o el cirujano. También se encuentra a mano lo necesario para las desinfecciones. En las horas de alivio, la enferma, con la ayuda de quien la asiste, cuida del aseo de su persona: se lava la cara y las manos con agua tibia y jabón antiséptico; se hace peinar ligeramente los cabellos que recogerá después en una blanca redecilla o en una cofia. No lleva ya sus joyas, aparte de la fina cadenita de oro de la cual penden al cuello los talismanes de amor y de piedad que ayudarán a conservarla — ella lo cree así — para el cariño de sus amados. Las amigas ya no van a visitarla en alegre reunión, pero cada día piden noticias suyas, la escriben tarjetitas amistosas, preparan con sus manos algún alimento ligero y restaurador. Alguna, entre las más íntimas, va un momento, en la hora en que la fiebre disminuye, y se detiene pocos minutos con ella, el tiempo de estrecharle la mano, de murmurar alguna palabra de consuelo y de esperanza. Pero los suyos no la dejan nunca y se alternan en la asistencia amorosa, de la cual la enferma debe mostrarse agradecida. Parecerá quizá fuera de lugar aludir aquí a un deber cualquiera, pensando que el único deber de una enferma sea el curarse. Lejos de esto, el sentimiento debe siempre manifestarse en la forma más gentil, aunque el cuerpo esté molestado por el mal, puesto que nada más triste y penoso que la ingratitud, las malas maneras, los caprichos, por recompensa a las fatigas y a la ansiedad de una asistencia. También con la enfermera o con la monja, si fuera llamada, debe mostrarse la enferma cortés y, sobre todo, dócil; en aquel período se considerará como inferior y sujeta a ellas, que son las sustitutas del médico y siguen sus prescripciones. Escúchelas, obedézcalas, secúndelas en todas las tentativas que hacen para aliviarla, aunque los remedios le parezcan a primera vista repugnantes. ¡Es tan hermoso y conmovedor ver a una enferma dócil, paciente, dulce con todos, en las maneras y en las palabras! Verá en torno suyo aten-

ciones más espontáneas, caras más afectuosas, devociones más incansables.

Más estrecho deber es para la familia de la enferma el buen trato de las personas que eligieron para su asistencia. Si la enfermera es laica, debe tener compensación adecuada a su cargo no fácil, alimento nutritivo, sitio a propósito para descansar. Ha de ser ayudada y respetada. Si es monja, la consideración ha de ser mayor; no se tolere que nadie aventure una broma, una conversación irreverente en su presencia; procúrese que tenga los alimentos que desee, asígnesele una estancia para que pueda estar en libertad; evítensele, todo lo que sea posible, los servicios más bajos. No se discuta de religión con ella, no se demuestren curiosidades indiscretas a su miramiento; el piadoso misterio de las tocas se debe respetar.

LA CONVALECENCIA

La convalecencia, en su primera fase, es casi más penosa que la misma enfermedad que abate, entorpece y quita sensibilidad al organismo. Cien pequeños males, cien pequeñas incomodidades atormentan, impiden sentir el alivio del mejoramiento, de la enfermedad vencida. También el humor se irrita, y ciertos enfermos, pacientes y tranquilos en el período más agudo del mal, se muestran impacientes, bruscos, irritables, cuando caminan hacia la curación. El organismo, antes que volver a tomar su equilibrio, debe luchar todavía, y habiéndose hecho más delicado, se resiente del esfuerzo. Todo lo que la enfermedad ha descompuesto, gastado y destruído, debe renovarse en breve tiempo y embellecerse otra vez como en una adolescencia apresurada. Pero transcurrida la primera fase, cuando las fibras se hacen más resistentes al refluir de la nueva sangre purificada, la convalecencia es una suave alegría de la carne, una dulzura profunda para el espíritu. Todo parece demasiado fuerte, casi insoportable: el sol, la luz, los perfumes, los sonidos, los sabores;

pero la propia fragilidad se abandona con una especie de embriaguez a estas energías que conducen nuevamente a la vida.

Es un renacimiento lleno de sutil fascinación: la existencia aparece bajo rosados y delicados colores como en la juventud, y el alma, como el cuerpo, se siente purificada, ligera, tranquila, inundada de fe, atraída hacia la má poética idealidad. Gabriel d'Annunzio, en una novela suya, ha analizado, con la agudeza que le es propia, este estado especial del espíritu durante una convalecencia fácil, y hace resaltar en ella una de las felicidades más exquisitas.

Todo sonríe en torno a la convalecencia, todo le da la ilusión de un propicio destino, como si se encontrase de nuevo por la primera vez a las puertas de la vida. Recostada en el más cómodo sillón de su habitación, a poca distancia de la ventana semiabierta desde la cual se ve el jardín bajo el cielo azul de mayo, mientras llegan a ella como el saludo de la primavera, el perfume de las floridas corolas, la señora, en una posición de languidez graciosa, habla poco, con voz todavía débil, pero escucha y contempla. Sus amigas han ido una a una a congratularse con ella, a llevarle flores, dulces, regalitos; y, para recibirlas, se ha puesto un vestido elegante, suelto, porque todavía no puede ponerse la fajita, pero adornado con buen gusto, de color delicado y risueño. Se ha vuelto a poner sus joyas, menos los pendientes; los anillos le están anchos en la mano diáfana y tan blanca que parece el pétalo de un lirio. Va peinada sencillamente, pero con cuidado, y los ojos parecen mayores en su cara adelgazada; su sonrisa ha adquirido una dulzura y sus gestos están llenos de una benignidad que antes no tenían. El médico ya no le ordena más que reconstituyentes y le hace visitas de amigo, recomendando acostarse temprano, cosa que ella hace de buena gana, porque uno de los mayores alivios de la convalecencia es el de acostarse un poco cansados en un lecho blando que ofrece el buen sueño y el descanso reparador. Sus amigas, sus parientes, la ponen poco a poco al co-

rriente de todo lo que ha sucedido durante su destierro del mundo, pero la convalecencia mira la existencia, las personas, los acontecimientos, con otros ojos, juzga de distinto modo. La muerte que ha visto tan cerca le ha enseñado el verdadero valor de la vida, le ha dado las lúcidas percepciones de la verdad sobre tantas cosas. Su pensamiento se ha hecho más maduro, más severo ; sus gustos se han modificado un poco ; su sensibilidad es tan viva que llora por la menor cosa, pero son lágrimas de emoción dulce, porque nadie quisiera darle un disgusto. Y si en su pasado hubiese cualquier ligereza que reprocharse, cualquier falta a su deber, un poco de descontento por su suerte, en esta hora de suave purificación se arrepiente y hace un voto ardiente y sincero en el secreto de su renovado corazón.

EL MÉDICO DE LAS SEÑORAS

Hay una obra, creo que de Dumas, titulada *El médico de las señoras*. Yo no la he leído y no sé de qué dotes o de qué defectos reviste a un personaje de tanta importancia el ilustre narrador francés. Cierto que el médico de las señoras debiera tener requisitos especiales, no de elegancia, ni de galantería, ni de adulación o de indulgente complacencia, sino de carácter, de experencia y de espíritu para atraerse la estimación y la confianza de su clientela. El médico de las señoras no deberá ser muy joven, para no resultar demasiado susceptible a sentir la pasión y a inspirarla ; para animar más a la señora que tiene necesidad de su ciencia y confiarse a él, revelarle sus males, dejarse examinar y cuidar por él casi con confianza filial. No deberá ser viejo, para tener la vista aguda, la mano segura, para seguir los más recientes métodos científicos y saber sugerir, en las ocasiones, los remedios más enérgicos de la medicina y de la cirugía modernas. Deberá tener un sentido delicado para comprender todos los matices de la sensibilidad femenina y ser, al mismo tiempo, hombre experimentado y firme para no de-

jarse imponer por caprichos o injustas exigencias. Deberá amar a los niños y tener paciencia con ellos, porque el médico de las señoras es casi naturalmente el médico de sus hijos; y a las maneras gentiles, sin afectación, deberá unir aquella discreción, que si es necesaria a todo doctor, es absolutamente indispensable para quien es el depositario de los más íntimos y muchas veces dolorosos secretos de las familias. El médico de las señoras deberá también ser de costumbres austeras, llevar vida sana, no frecuentar la sociedad, pero visitar a menudo a sus clientes, sin ceremonias, para conservar siempre su confianza. Sería de desear que profesase ideas humanitarias, para secundar eficazmente a la mujer en sus benéficas empresas; que amase la belleza; que fuese intransigente con la higiene y cuidase de hacerla observar. Y, en fin, sin ser afeminado, apareciese siempre cuidadosísimo en el vestir y en la persona. Un proverbio popular dice que al médico, al confesor, al abogado, no se debe ocultar la verdad; y tanto más estas personas que tienen derecho a nuestra plena sinceridad, serán merecedoras de ella y la animarán, cuanto su influencia sobre nuestro espíritu sea más poderosa y su ejercicio más benéfico.

LA MUJER Y LA BICICLETA

Ha habido muchas polémicas acerca del ciclismo femenino, ejercicio vivamente combatido al principio, después no solamente tolerado, sino adoptado con entusiasmo y hoy un poco descuidado por otras formas de deporte y, sobre todo, por el automóvil. Tampoco los médicos se hallan de acuerdo—como sucede muchas veces, en otros casos—y unos exaltan la bicicleta aconsejándola a las señoras por sus virtudes higiénicas, mientras otros la prohiben, fundándose en que es perniciosa para el organismo femenino. A mí me parece que se puede buscar y encontrar la solución del problema, mediante la regla y la moderación. El abuso de la bicicleta puede, es cierto, ser dañoso, en par-

ticular para las señoras de complexión delicada; pero un paseo, no demasiado largo en bicicleta, en horas propias, no creo que pueda ser nocivo a ninguna. Desde el punto de vista moral me parece excesiva rigidez reprobarla, puesto que muchos ejercicios pueden parecer y ser más inconvenientes que el ciclismo: el baile, los patines, el nadar, el remar; y nadie pensa seriamente en escandalizarse por ello. No me gustaría seguramente que una señora corriese todo el día, sola o acompañada, sobre el corcel de acero, y no dudo en afirmar que prefiero bastante ver en bicicleta señoritas, esposas y mamás, siempre que sean jóvenes, porque todo ejercicio vivo se presta mejor a la negligencia de la juventud que a la madurez de la edad menos alegre o a una posición llena de grandes y pequeños deberes. Además una señora puede encontrarse, aunque ignorándolo ella, en tales condiciones fisiológicas que el ciclismo constituya un peligro para su salud o comprometa su más noble misión, su función más celosa, la de la maternidad. Pero un alegre grupo de frescas niñas ágiles y diestras sobre su bicicleta, me parece una visión de salud, de energía, de serenidad agradable y pura. En cuanto a la estética, ¡no dudéis! La mujer nunca sabrá renunciar a ella; tanto es así que por más que se ha demostrado que los pantaloncitos para la bicicleta son más prácticos porque dejan los movimientos más libres para subir y descender, no se enredan en el engranaje, en el pedal, aunque se hagan amplios como sayas y se disimule el carácter, ninguna los quiere. La mujer no sacrificará su gracia y su elegancia a un antiestético practicismo. Las sayas son más incómodas, más peligrosas, pero se llevan y se hacen largas. Por lo demás, no es tanto por la largura como por la amplitud por lo que las sayas embarazan en bicicleta; lo importante es que sean un poco estrechas y de tela un poco tosca. Debe dejar libre todo el pie sin descubrir la pierna. Las medias deben ser negras o iguales al vestido que deberá ser de color sencillo. Está permitido un poco de capricho en las blusas; pero para los días un poco frescos es necesario

poner el talle igual a la falda, de estilo sastre. Siempre estará bien un cuello blanco con una pequeña corbata. Negros los zapatitos, sin tacones y escotados; en invierno polainas. En la cabeza un sombrerito de paja o una gorrita, según la estación y el vestido; excelentes los guantes, anchos y forrados de gamuza. Ninguna joya aparte del reloj; alguna señora ha encontrado también el modo de colocarlo en el manubrio de la máquina.

Muchas señoritas, empleadas o profesionales, usan la bicicleta como medio práctico de locomoción. Esto, sin embargo, más en las ciudades secundarias que en las principales, donde el gran movimiento de coches, tranvías y vehículos de todo género, constituye un peligro serio y continuo para una ciclista, por experta que sea. Pero para salvar distancias en el campo o en las ciudades que no tengan la ventaja del tranvía, me parece también un medio muy conveniente para la mujer, si lo usa con desenvoltura y reserva al mismo tiempo.

Para terminar, referiré las palabras de un médico, que examina el ciclismo femenino y pueden servir de norma a las mamás o a las señoritas indecisas todavía sobre este argumento.

«El uso de la bicicleta—dice—debe variar según las circunstancias, edad, sexo, estado de salud, resistencia y aptitud respiratoria. La bicicleta es útil en la anemia, en el linfatismo, en la gota, en el reumatismo y en la predisposición a la tisis. Empero, el exceso produce o agrava la anemia. La fatiga, la falta de sueño, la pérdida del apetito, constituyen los indicios principales del exceso. Es preciso respirar por la nariz, o bien, en caso de costumbre, aspirar con la nariz y espirar con la boca; detenerse o realentar a las primeras señales de cansancio. Respirar profundamente. Evitar las carreras demasiado rápidas, las bebidas en caso de transpiración, abstenerse del alcohol. Entre horas, agua azucarada, café azucarado, limonada, cerveza. Después de la comida es necesario un reposo de una hora o dos. El apetito demuestra que no hubo exceso

en la carrera, también cuando aparece después de las fricciones y el reposo. No es aconsejable la bicicleta a los niños menores de diez años y a las personas de edad que no están acostumbradas a los ejercicios deportivos; la aconsejamos al adolescente, al adulto, a las señoras y a las señoritas. La silla debe ser objeto de la mayor atención y no debe ser colocada ni demasiado alta ni demasiado baja. La bicicleta desenvuelve todo el sistema muscular y contribuye a dar al adolescente un desarrollo armonioso».

EL CORSÉ

El corsé... Otro asunto sobre el cual se ha ejercitado hasta la extenuación, la elocuencia de los higienistas, a quienes la mujer ha opuesto siempre su invencible resistencia. Parece que este aparato le es muy querido y siempre lo ha estimado necesario, puesto que el origen del corsé o de la faja se remonta a la época etrusca y romana, y si faltan descripciones detalladas sobre el modo cómo se fabricaban, la pintura y la escultura nos conservan todavía el modelo de los corsés ligeros y elegantes de las mujeres de Etruria, de Grecia y de Roma. En la India las bayaderas se fajan con la corteza de un árbol particular, la cual resulta tan blanda y flexible como la piel, cuyo color imita. Este corsé sirve para sostener el pecho, encerrándolo perfectamente y se enlaza en la espalda. En el siglo pasado, la moda de los corsés sostenidos por barbas de ballena fué llevada al exceso y fué causa de grandes incomodidades. El Imperio suprimió los corsés, que después se volvieron a emplear, pero más ligeros, más flexibles, siempre sujetos a modificaciones sugeridas más por la línea de la moda que por los consejos de la higiene. En honor de nuestros tiempos, es preciso también convenir, que los corsés modernos dejan libre el esófago por su forma anterior, siguiendo la forma del vientre y evitando aprisionar el seno como los corsés de veinte años ha; tienden a conciliar la naturaleza

y la gracia con las reglas higiénicas. También las fajitas elásticas son oportunísimas para las adolescentes y las señoritas delicadas: los sostenedores, aconsejables a las señoras robustas para las cuales el corsé es un suplicio; los corsés confeccionados con cintas, sostenidos apenas por los muelles necesarios, y aun éstos flexibilísimos, son resultados consoladores para la higiene del vestuario siempre respetada. La última tendencia de la moda con su vuelta al estilo Imperio, es desfavorable al corsé y enseña a pasarse sin él con los vestidos sueltos o con las faldas provistas de alta cintura fortificada por finísimos muelles.

Un médico francés, contrario al corsé, le lanza tres acusaciones principales, que son:

1. El corsé es nocivo porque encierra en el bajo vientre la masa intestinal, oprimida hacia arriba.

2. El corsé es nocivo porque su construcción se ejercita sobre una zona demasiado estrecha. No oprime más que la cintura.

3. El corsé es nocivo porque no se presta a las variaciones fisiológicas del volumen del abdomen. Es demasiado rígido.

Y el profesor Alberto Mathieu escribió un tratado entero de las enfermedades del estómago y de los intestinos, la mayor parte de las cuales se deben al uso del corsé.

En efecto, la locura de oprimirse la cintura había tomado, hace algunos años, proporciones espantosas, especialmente entre las señoras y las señoritas elegantes. Estas mujeres y estas niñas, buscando la estética, como muchas veces sucede en el vestido femenino, perdían el sentido. Porque un talle ligero comunica gracia y elegancia a toda la persona, pero un talle para ceñir el cual bastaría una pulsera es anatómicamente una deformidad.

En fin, la pésima costumbre de oprimirse, turba las funciones de las vísceras, marchita antes de tiempo el rostro de la mujer, le rodea los ojos de un cerco cárdeno y le impone a menudo humillaciones amargas, pero merecidas.

Lo mejor que se debe hacer respecto al corsé es no usarlo sino en la pubertad; llevarlo después ligeramente; suprimirlo completamente durante la preñez; elegir la moda más adecuada a la propia persona. Un gran médico piamontés, el doctor Costanzo Einaudi, dice a propósito de esto: «Llevad corsé; recordad solamente que no es vuestra persona la que debe adaptarse al corsé, sino que es el corsé el que debe modelarse sobre vuestras secretas elegancias.»

EL BAÑO

«Yo mido el grado de civilización de un pueblo, dice un gran estadista, por la cantidad de jabón que consume.» Y en esta opinión hay una gran verdad.

El refinamiento de una educación femenina, diría hasta su modernismo, también se puede medir por el grado de limpieza personal de una mujer. Tiempos atrás, el uso del baño no estaba tan extendido como en nuestros días: en muchos centros de educación y también en muchas familias, el baño era considerado como una comodidad, como una vanidad casi reprochable, supérflua. Pero la higiene ha intervenido para explicar los benéficos efectos, poner de manifiesto las preciosas cualidades para la belleza y la civilización; y es de esperar que la multiplicación de los establecimientos públicos, de las casas para obreros, puedan hacerlo más común entre el pueblo y las clases medias que por falta de tiempo o de comodidades oportunas no hacen todavía abundante y asiduo uso de él.

El ideal de una señora es poseer al lado de su dormitorio una habitación para el baño, de nítidas paredes, de esteras japonesas, cómoda bañera de mármol dentro de la cual a un leve toque de la mano llueven chorros de agua caliente y fría. Una mesita de superficie también de mármol, para los jabones, las esencias, los cosméticos, grandes palanganas para las abluciones; un mecanismo para las duchas, grandes esponjas, suficientes peinadores, y en fin, una armería de

aquellos pequeños utensilios de marfil y de acero que para el cuidado minucioso del cuerpo se necesitan. Este es el ideal. Pero, especialmente en los barrios de las grandes ciudades, no es fácil poseer este ambiente precioso; sin embargo, una bañera se puede tener siempre, y con el auxilio de algunos metros de tela impermeable y de un biombo nos podemos procurar un gabinetito de baño en un ángulo, bastante práctico. Lo importante es dar agua a nuestro cuerpo, en abundancia y con frecuencia.

El baño frío es bueno para hacer al organismo resistente a la acción de la atmósfera, pero no sirve para la limpieza, mientras que el baño tibio enjabonado es excelente bajo todos los puntos de vista, para la conservación de la piel, para la higiene y para la limpieza. Al agua se puede añadir salvado, almidón, borax o gelatina. El baño de gelatina, para el cual hace falta 500 gramos de glicerina neutra por baño, se aconseja a las pieles rugosas, a las encarnaciones que envejecen, a las que tienen tendencia a la congestión. Los baños ácidos, alcalinos, sulfurosos, disipan las eflorescencias cutáneas, las descamaciones superficiales, pero el uso de estos baños debe estar estrictamente subordinado a las prescripciones médicas. Los baños de plantas aromáticas, de agua de Colonia, esencia de timol, tintura de benjuí, borato de sosa, son excelentes para combatir higiénicamente las secreciones exageradas y nauseabundas de la piel. El baño de tila tiene fama de ser un calmante ideal.

Se aconseja en particular a las señoras nerviosas y es uno de los más agradables. Se emplea un kilogramo de tila que se deja en infusión durante una hora en diez litros de agua hirviendo.

Las fricciones y el masaje deben siempre seguir al baño tibio para facilitar la reacción general. Además, excitan el buen funcionamiento de la piel y la normal nutrición del tejido celular. Los baños calientes, los baños rusos, los baños de vapor, la hidroterapia, el abuso de los baños de mar, son más bien desfavorables para la belleza femenina. Antiguamente

las damas del imperio romano y de Grecia usaban baños de aceite, de vino y de leche. Madame Tallien tomaba baños de fresas y de frambuesas; una belleza célebre se sumergía en Champagne; pero estos pretendidos secretos de fuerza y de seducción están absolutamente faltos de toda importancia científica que justifique su valor.

LA MUJER Y EL AUTOMÓVIL

El automóvil ha matado a la bicicleta y ha puesto en segunda línea al coche y a la equitación.

El sueño de una señora elegante, joven, vivaracha, no es ya el de pedalear veloz sobre una ágil bicicleta de ruedas iguales y radios de plata a lo largo de las blancas carreteras, ni el de recorrer las calles muellemente recostada sobre los cojines de una señoril victoria o de un majestuoso landó; no es tampoco el sueño de galopar, estrechado el ágil cuerpo en el vestido negro, sobre un caballo dócil y pronto a seguir toda quimera. El sueño de una señora moderna es envolverse en una amplia capa casi informe que borra de la persona toda línea graciosa, cubrir la cara con un velo fijo, y entre los sobresaltos espasmódicos del automóvil, el hedor de la bencina y el polvo, devorar insaciablemente centenares de kilómetros, almorzar en Turín, tomar el té en Bolonia, comer en Florencia, y cenar en Roma. La carrera, rápida hasta la embriaguez, hasta el vértigo; la supresión de las distancias, la victoria sobre el espacio y sobre el tiempo. El automóvil: he aquí el ídolo del momento. Idolo feroz que exige a menudo víctimas humanas: he aquí el monstruo para el cual las bellas señoritas del siglo XX reservan sus más expresivas miradas de admiración, de deseo, de envidia; las más dulces caricias de sus enguantadas manos, las sonrisas más luminosas y más altivas de los frescos labios juveniles. Ya no es una joya la que pone en peligro y a prueba la virtud mujeril, es un automóvil; ya no es la villa, la *toillette*, el

coche, el palco del teatro, lo que se envidia a la amiga rica, es el automóvil; no se habla de modas, de coqueterías, de cosas de arte, de sentimientos, de lecturas, sino de automóviles; ya no se discute sobre el valor de un artista, sobre la belleza de una idea, sobre un método de educación, sino sobre la excelencia de una fábrica, sobre la valentía de un *chauffeur*, sobre la velocidad de un acontecimiento, sobre la energía de un motor...

Por amor al automóvil, la mujer ha superado a la frágil delicadeza, a la sensibilidad de la Naturaleza; desafía al peligro, se expone a las intemperies dañándose la piel, soporta los movimientos, el tufo de la bencina, el polvo, los azotes del viento, porque no es dado a todas poseer un perfecto automóvil como el de la Reina Margarita que parece el vehículo de una diosa cuando transporta a la rubia señora, vestida de blanco, refulgente de joyas, cerrada entre los cristales vivamente iluminados en el interior por la luz eléctrica. Hasta ahora los médicos no han encontrado que el uso del automóvil sea tan dañoso para el organismo femenino como el de la bicicleta; pero para mí representa otro peligro, un peligro moral. El automóvil más que la bicicleta aparta a la mujer de la casa, del amor al hogar, lleno de refinamiento y de delicadezas; la hace aficionarse a la vida nómada, provisional; la vuelve incapaz para la tranquilidad solitaria, inepta para las diligentes labores, las obras meditadas, las lecturas serias y vigorizadoras, la elevación, la comunión del alma con el infinito. Y temo sobre todo que la familiaridad con este ejercicio febril, que excluye absolutamente la calma y la paciencia, la haga insoportable, inútil para las obras y las misiones propias de su sexo y para su posición social en el mundo. Educar un niño, escribir un libro noble y benéfico, asistir a un enfermo, crear una exquisita obra de arte femenino, no me pareen cosas conciliables con la pasión por el automóvil. ¿Me equivoco? Ojalá, queridas amigas...

GIMNASIA

Sería un error el creer que la gimnasia haya que dejarla para la infancia y la primera juventud. La gimnasia es útil para todas las edades y hasta para la vejez. No hace muchos años que la gimnasia ha entrado en la educación de la mujer, porque dominaba el prejuicio de que el ejercicio físico, por los movimientos amplios y enérgicos a que obliga a la persona, quita a la mujer la gracia de los movimientos y la gentileza de los modales; hace tosco el cuerpo y perjudica su pudor. Pero la corriente sana y viva llegada a nosotros de las naciones más jóvenes nos ha persuadido de que no sólo la mujer no se daña física ni moralmente, sino que adquiere gracia con la destreza y la vivacidad, belleza con la mayor salud, agilidad y armonía de proporciones con el ejercicio bien ordenado y adaptado a su sexo.

Una mujer que no quiera ser acróbata no subirá, seguramente, al trapecio, no hará gimnasia en las barras, en las anillas, ni jugará al *foot-ball* como los jóvenes; pero podrá muy bien jugar al *tennis*, a las birlas, al *cricket*, remar en una barquilla, pedalear en bicicleta; podrá muy bien, en una sala de gimnasia femenina o en alguna verde pradera, ejercitarse a levantar pesas con las manos, excelente gimnasia para vigorizar los músculos de los brazos y del pecho, hacer evoluciones con un palo para mejorar la respiración y aumentar la capacidad de sus pulmones. Naturalmente, el género y la duración de los ejercicios deben ser siempre proporcionados a la fuerza y a la edad de la mujer. Una niña de quince años, una jovencita de veinte, tendrán más elasticidad que una señora que ha pasado de los treinta años. La gimnasia iniciada en la infancia y constituída agradablemente, llevará también en la edad madura mayor resistencia en las fatigas del ejercicio, en su género y en su duración.

Si todas las señoras empleasen media hora al día en hacer algún movimiento gimnástico en su tocador

después del baño de la mañana y a la noche antes de acostarse, y en el jardín o en el campo no dejasen pasar un día sin tomar parte en algún juego al aire libre, su cuerpo y también su espíritu sentirían gran placer. Porque está probado que el ejercicio físico, al mismo tiempo que da vigor y elasticidad a los músculos, lleva al alma la serenidad y la paz, disipa las nieblas de la melancolía inmotivada, aleja los malos pensamientos, aplaca la fermentación de las pasiones, devuelve la alegría de la juventud. Además, por el contínuo esfuerzo que exige de nuestras fibras, por la prontitud y la agilidad de los movimientos, el golpe de vista seguro, el equilibrio y la audacia, la gimnasia puede tener efectos benéficos sobre el espíritu, dando energía y resolución a un carácter impulsivo y violento; orden, armonía, regla, donde fuese necesario.

La antigua Grecia, maestra de gracia y de estética, honraba sobremanera a la gimnasia. En las diversiones y en los juegos florales se exponían las niñas como los niños, y sin embargo, las mujeres griegas fueron modelos de belleza perfecta, de inteligencia y de saber: fueron los modelos de las musas y de las diosas del Olimpo clásico.

Echemos una rápida mirada sobre los vestidos adaptables a los diversos géneros de gimnasia, ya que no hay circunstancia en la vida en que una mujer pueda estar dispensada de pensar en su vestido.

Para el *lawn-tennis* se han empleado hasta ahora las blusitas de tela, de seda o de franela, de modelo masculino. Algunas señoras añaden la cintura de tirantes, otras prefieren las bandas de seda. Se hacen también vestidos completos bastante caprichosos; rojo con filetes blancos, azul y escocés, verde y blanco. Las blusas, en estos vestidos están adornadas de bolsillos y pequeños botones. Es indispensable para estos vestidos la gorrita de visera.

Los vestidos para remar son siempre los mismos, menos las pequeñas modificaciones que la moda impone; blusa a la marinera con la malla en el escote;

son preferibles el azul y el blanco. Las señoritas muy jóvenes pueden emplear la malla solamente en la falda.

Las amazonas se visten por costumbre de paño obscuro, negro, azul, marrón, verde botella, ajustado al talle. En la cabeza un sombrero de fieltro duro.

Antes he aludido a la gimnasia para los viejos. Cierto es que a éstos no les aconsejaría juegos de equilibrio y de agilidad, pero hay un género de gimnasia adaptable a todos, y que los higienistas proclaman el mejor: el de caminar. Uno de éstos aconseja tener, paseando, los hombros un tanto atrás, y andar con paso algo ligero. «Caminando, dice un médico inglés, Forsyth, se promueve el apetito y la transpiración; el cuerpo se mantiene a una temperatura uniforme, el espíritu se reaviva con la sucesión de los cambios de escena, los pulmones se refuerzan y su funcionamiento se facilita, y la rigidez y las contracciones de las piernas, que son consecuencia de estar demasiado sentados, desaparecen.

Enfermedades muy obstinadas y muy fastidiosas y penosas, enfermedades histéricas e hipocondríacas, se han curado con este ejercicio...»

LO QUE ABREVIA LA VIDA

Está probado por estudios y estadísticas, que la causa principal de las muertes prematuras no reside tanto en algún gérmen oculto del organismo como en la impresión, en la obstinación, en nuestro desarreglo.

Muchas vidas se abreviaron por estas causas que a primera vista parecen leves e indignas de atención, pero que, como la gota gasta la piedra insistiendo, gastan el tejido vital que habría podido resistir más años. Hay pequeñas omisiones, infracciones contra las leyes de la Naturaleza, imperiosas e inmutables; hay influencias físicas, exteriores, morales y mentales que ejercen una acción nociva sobre nuestras fibras y nuestra alma. Un higienista anglo-sajón nos proporciona

una lista de estos invisibles pero formidables enemigos que abrevian la vida humana. Según él, las habitaciones malsanas, las estancias poco ventiladas, el aire malo, el clima insalubre, figuran entre los enemigos de nuestro bienestar y, por consiguiente, son contrarios a la longevidad, y no podemos negarlo sabiendo cuánta influencia tiene el aire en la salud y en la vida. Después vienen los alimentos adulterados, el abuso de las drogas, las comidas irregulares, las tardías cenas, los excesos al comer, la mala masticación de los alimentos; y se comprende, porque el estómago tiene también un oficio de suma importancia para la vida del hombre, y casi todos los centenarios han observado templanza en la comida y en la bebida y vivieron con un régimen sencillísimo. Pablo el Ermitaño, por ejemplo, que vivió 115 años, se alimentó los cuarenta primeros de dátiles y agua, y el resto, de pan y agua. Abreviadores de la vida son también los ejercicios debilitantes,—los corredores y los atletas mueren pronto —las preocupaciones antihigiénicas, la falta de ejercicio, la falta de limpieza, el trasnochar, el sueño insuficiente, los esfuerzos mentales, la sensualidad, el matrimonio demasiado precoz, el uso desmesurado del tabaco. Y además de estas causas físicas que desgastan la máquina humana, el higienista americano indica otras de orden moral, y son: la cólera, la conciencia intranquila, las emociones violentas, los celos, la envidia, la pereza, el odio, la inacción, la excesiva alegría, la ansiedad, los tormentos, el dolor; efectos estos tres últimos, que desgraciadamente no depende de nosotros impedirlos, por dañosos que sean. De la enumeración que he transcrito se deduce que la mayor parte de lo que abrevia la vida está en nuestra mano evitarlo, arreglando nuestras costumbres sobre un método más higiénico, moderando nuestros instintos, o venciendo a nuestra naturaleza con algún esfuerzo de voluntad. «Señores, yo dejo detrás de mí tres grandes médicos—dijo un célebre doctor en los últimos instantes de su vida a los colegas y a los discípulos que apenados por su pérdida lo rodeaban. Y preguntado

quiénes eran estos tres médicos, respondió: «Ejercicio, limpieza y templanza.»

En efecto, con la ayuda de estos poderosos protectores, podremos, si no llegar a los cien años, alargar la vida hasta los términos de lo posible y conservarnos sanos y vigorosos hasta en la vejez.

ESCALA DE LA VIDA

«En cualquier condición social que Dios haya colocado a la mujer, tiene una misión simpática y benéfica que cumplir: la aldeana, la operaria, la criada, la gran dama, la reina, cada cual según su propia condición, tiene sus pequeños y grandes deberes con respecto a la sociedad; pero el supremo deber de todas es el de ser amables, amar y hacerse amar.»

A. De Gubernatis.

DEFINICIONES DE LA MUJER

Si se debiese recoger todo cuanto se ha escrito para determinar la naturaleza femenina con una definición y dar de ella un juicio aproximado se precisarían muchos volúmenes, y las opiniones serían tan discordantes, tan opuestas, tan diversas, que la mujer resultaría un sér multiforme, o un inexplicable enigma. Unos la han llamado ángel, otros demonio, quién bendice su aparición, quién afirma que fué el más peligroso don hecho por el Creador. San Bernardo la llamaba «instrumento del diablo»; Diógenes «sentina de vicios»; la Biblia dice de ella que es «más amarga que la muerte»; San Agustín «bestia inconstante»; San Gregorio encontraba en ella el veneno de un áspid; y el Concilio de Macon discute si la mujer tiene o no alma... También un docto moderno, Lombroso, le niega la sensibilidad; pero si la mujer tiene por contrarios a los filósofos, a los doctores y a los eruditos, tuvo y tiene por defensores a los poetas y a los artistas que la elevaron en todo tiempo y en todo lugar, con sus obras inmortales, monumentos que nadie destruirá. Quitad Beatriz a Dante, Laura a Petrarca,

Eleonor a Tasso, la Fornarina a Rafael, la Gioconda a Leonardo, y gran parte de la luz del genio palidecerá sin ellas. La mujer, en suma, es tan necesaria en la creación como el más necesario de los hombres, porque mientras él genera solamente, ella tiene la doble misión de procrear y de educar; es necesaria a la civilización, puesto que le incumbe un papel tan especial que no podría ser sustituída por el hombre; es necesaria al arte, que sin ella desaparecería. La mujer no es ni superior ni inferior al hombre, es distinta, pero equivale a él en cualidades y en defectos, en vicios y en virtudes. Hombre y mujer son dos partes de un todo armonioso y glorioso, que separadas sufren por su insuficiencia, por su imperfección, y reunidas forman la fuerza y la alegría.

ALMAS FEMENINAS

El alma femenina, tan variada en la superficie, es en el fondo uniforme. El ambiente, la educación, el carácter, los acontecimientos, le dan necesidades, costumbres, expresiones apropiadas; pero la base de sus instintos, de sus aspiraciones, de sus tristezas, de sus felicidades es siempre la misma. Los sentimientos fundamentales, las grandes líneas de la vida femenina no están sujetos a cambios pasando de alma a alma. Al menos que no se trate de depravación o de anomalía, hablemos del amor de madre a una soberana y a una mujer del pueblo y nos entenderán de igual modo; narremos a la una y a la otra el dolor de un amor traicionado, la tristeza de la soledad, el ansia de una espera, los espasmos de unos celos, la suavidad de una esperanza, la dulzura de la posesión de un nido, la crueldad de una lucha de pasión, la delicada melancolía de un recuerdo, y tanto el alma refinada como el alma ineducada responderán con iguales vibraciones. Una mujer que sufre puede sentirse comprendida por otra mujer, por otras muchas mujeres, más que un hombre por los demás hombres. En las tristezas

como en las alegrías, en el bien como en el mal, las mujeres se estrechan en alianzas casi por instinto, reconociéndose un carácter común, que no se altera en los cambios, las divergencias, los choques, las luchas, determinados por la vida y las circunstancias. Un hombre, un artista poco comprendido y poco apreciado por sus compañeros, Federico Amiel, alma delicadísima, intuitiva y sensible, habla así de la psicología femenina: «Si el hombre se engaña a menudo juzgando a la mujer, él es quien olvida que ella y él no hablan la misma lengua y que las palabras no tienen para entrambos el mismo significado, sobre todo en materia de sentimiento. Sea bajo la forma de pudor, de precaución o de artificio, una mujer no dice nunca todo su pensamiento y lo que ella conoce no es más que parte de lo que es. La completa franqueza parece ser para ella imposible y el completo conocimiento de sí misma parece serle prohibido. Si ella es la esfinge es porque es el enigma; porque es ambigua también para sí misma. La mujer no tiene ninguna necesidad de ser pérfida, puesto que ella es el misterio. La mujer es lo que huye, lo irracional, lo indeterminable, lo ilógico, la contradicción. Es necesario usar con ella mucha bondad y discreta prudencia, porque puede causar infinidad de males sin saberlo. Capaz de todas las devociones y de todas las traiciones, la mujer forma la delicia del hombre y su terror.»

LAS REINAS

En lo alto de la escala social están las reinas. Para ellas son todos los mayores honores, para ellas la más duradera memoria en la Historia. Pero solamente las ingenuas envidian la posición de una soberana, porque confunden el fausto y la ceremonia, con la felicidad. Lejos de esto, la reina es la mujer menos digna de envidia que existe. Obligada a ocultar dolores y afectos, pensamientos y sensaciones, a formar una personalidad artificial sobre su alma verdadera, a desen-

volver su vida sobre una huella determinada que le fija el lugar de nacimiento, la educación, el amor, el matrimonio, la posteridad, las acciones, la residencia y la tumba, la reina está más oprimida que la última de sus súbditas. Quien pudiese recoger las lágrimas, las rebeliones, las luchas, las tragedias íntimas de las reinas y compararlas con las de las otras mujeres vería cuán superiores son en número e intensidad las primeras a las segundas.

En estos momentos, sin embargo, el blanco ángel de la paz y del amor conyugal extiende sus alas protectoras sobre la reina italiana. Elena de Saboya es esposa y madre feliz, pero hay que añadir inmediatamente que es modelo de mujeres y de madres. Su ternura por Víctor Manuel III es espontánea y profunda y nunca trató de impedir que cumpliese su deber de Rey por muy penoso y peligroso que fuera, más bien lo siguió para estar a su lado como una buena hada, y en los días de luto lloró los males de su pueblo y ayudó a mitigarlos con eficaz energía. Enemiga, por índole y propósitos, de fiestas y de pompas, como estrella gentil resplandece cuando es más negra la noche para confortar y elevar el alma hacia puras idealidades. Quiere educar a su hijo, al rey futuro, como una sencilla mamá burguesa, y el bienestar de sus hijitos es su primero y constante pensamiento. La vida de Elena de Saboya es sencilla, laboriosa, casi austera; todo en ella, desde los modales hasta los vestidos, desde la palabra a las iniciativas, es modestia, previsión y bondad. Es, en fin, la verdadera reina moderna, que ha comprendido con inteligencia y nobleza el papel que le corresponde, y lo armoniza con su tiempo con sagacidad singular.

Como en el tipo físico, puesto que Elena es morena y Margarita rubia, las dos reinas de la casa de Saboya son distintas también en su individualidad espiritual y forman juntas la perfecta armonía del ideal femenino. Elena es práctica, Margarita parece pertenecer más a la leyenda que a la historia y haber sido creada más para la vida espiritual de su reino y de

su pueblo que para la parte material de éstos. En la corte sin reina de Víctor Manuel II, corte un poco ruda y soldadesca, ella emanó su aroma como una flor de gracia, de sentimiento y de poesía. Y cuando enero de 1878 la hizo soberana, toda Italia, entre el dolor de la reciente pérdida del Rey *Galantuomo*, se alegró de que la primera diadema de la regencia femenina en la renovada Italia, fuese ceñida por quien sabía hacerla resplandecer muy dignamente. En efecto, el reinado de Margarita de Saboya, que debía cerrarse de tan trágica manera, fué triunfal, lleno, completo. Todas sus singulares dotes intelectuales, vigorizadas por su propia y variada cultura, ayudadas por una rara memoria y una especial virtud de percepción y de oportunidad; todas las bellas cualidades del ánimo afable y fuerte al mismo tiempo, libres para desenvolverse del mejor modo, hicieron de ella una magnífica individualidad de soberana; le atrajeron las miradas y le granjearon la admiración de toda Europa. Afable y digna, gran fascinadora, más que por su aristocrática belleza, por su intelectualidad exquisita, Margarita de Saboya es confianza y orgullo de Italia que consagra el trabajo y la inteligencia a sacar a la mujer de la esclavitud de la ignorancia, a persuadirla de que las conquistas de que debe sacar mayores ventajas no son las que consigue con sus dotes físicas, sino las conquistas debidas a la luz de su espíritu, que la elevan hacia zonas superiores de belleza y de bondad. Isabel, reina de Rumania, conocida en el arte bajo el nombre de Carmen Sylva, con el cual firmaba sus poesías y sus prosas de una idealidad exquisita, era más artista que reina. Pero artista en el alto y noble significado de la palabra y también en el más extenso, porque conocía toda forma de arte, y lo cultivaba y protegía, desde el arte de la pluma al tan femenino del bordado y del encaje, desde la miniatura a la música, desde el dibujo a la escultura. Su corte era una especie de casa real encantada donde graciosas niñas, alegres como hadas, se ocupaban sin tregua en obras de belleza bajo su dirección. Carmen Sylva tuvo un gran dolor en su

vida: el de perder a la única hijita que adoraba; y el culto apasionado de esta madre a la memoria de su hija, es de una conmovedora piedad. El arte fué su refugio, su salvación, y esta reina de blancos cabellos sobre frente de poeta, de vestido de una excentricidad exquisita, aparece a nuestro recuerdo como la encarnación de algún ideal elegido y puro.

María Cristina, reina madre de España, se podría tomar como tipo de la maternidad, más en sus ansias, en sus heroísmos y en sus luchas, que en su gloria y en sus alegrías. Se quedó viuda muy joven, con su delicado niño, hijo de padre enfermo, a quien hubo de educar para un peligroso trono y aceptó con ánimo invencible, su doble, ruda misión de regente y de educadora. Los cuidados del Estado que incumben al rey, pesaban sobre su delicado temple femenino, y esta mujer se separaba de un consejo de Ministros, de la firma de los decretos, para acudir ansiosa a la cuna de su niño enfermito a quien innumerables noches veló con amor. Entretanto vigilaba por la educación de las otras dos hijas. Su corte fué austera, llena de método; su juventud pasó y se malogró en el ejercicio continuo, concienzudo, del deber. Era la reina que vestía más sencillamente de toda Europa; para ella el trono no fué más que responsabilidad, fatiga, misión ardua. Y cuando pudo, finalmente, deponer el cetro en manos del hijo, de quien había hecho un hombre, precoz conocedor de los deberes de su estado, comenzó una nueva series de ansias para ella... Los atentados a la vida del Rey de España, el último de los cuales manchó la blanca vestidura nupcial de la esposa jovencita, dejaban milagrosamente incólume a don Alfonso XIII, pero herían de muerte al alma materna...

Las soberanas de los tres reinos más importantes de Europa: Alejandra de Inglaterra, Alejandra de Rusia y Augusta-Victoria de Alemania, no tienen personalidad definida; sólo se sabe de la primera que es una dama cultísima; la emperatriz de Rusia, digna de la compasión de las almas sensibles, por la época trágica que atraviesa su país, tiene un carácter taciturno y

triste que tiempo atrás, quizá por las vicisitudes horribles a que hubo de asistir se hizo tan melancólico que hizo temer por su salud; Augusta-Victoria, es la madre de una florida familia. En ella, las virtudes domésticas y las cualidades prácticas exceden quizá a las intelectuales.

Guillermina de Holanda es la única soberana de Europa que reina y gobierna. Su pueblo, que la ha visto abrirse, flor tardía, de un germen que parecía no deber florecer ya, la adora como a un delicado don de la Providencia. Su sagacidad, su firmeza, su inteligencia se revelaron muy pronto, y esta niña de diez y seis años causaba admiración a los hombres de Estado, por sus observaciones y por la agudeza de sus ideas. Durante algunos años reinó sola, sin amor, casta y fuerte como la walkiria; después eligió un esposo en el príncipe Enrique de Mecklemburgo. Pero hasta ahora Holanda no tiene príncipe heredero; yo creo que Guillermina suspira con secreta envidia cuando, desde su carroza real, ve a una madre con un niño en los brazos.

¡Oh, los suspiros de las reinas, parecen más llenos de tristeza amarga, más afanosos de íntima soledad, que los nuestros!

LAS ARISTÓCRATAS

Después de las reinas, las aristócratas. Hay ciertas descendientes de familia de antiquísima estirpe, cuyos nombres aristocráticos, rivalizan en nobleza con los de muchos soberanos, y que en la firmeza de las líneas y de las formas, en la majestad o en la suprema gracia de los movimientos, en la elegancia del vestir, en el imperio delicado de la palabra, son infinitamente superiores a muchas soberanas. La distinción es un dote que no se adquiere con el estudio ni con la constancia, y no es siempre concedida a las aristócratas. Hay señoras aristócratas que se cambiarían con su camarera si tuviesen el mismo vestido, mientras que hay

otras que, si bien caídas en la pobreza, canservan bajo los vestidos humildes la indeleble marca de su origen. Perfiles característicos, históricos, parecidos a algún cuadro de autor célebre encerrado en galería o en museo; blancas manos adornadas, largos cuellos de cisne, hombros níveos, tipos parecidos a aquellas diosas de las alegorías, en las telas del siglo XV; la verdadera nobleza, de abolengo, se manifiesta y se afirma a través de una larga serie de generaciones. Y como con los caracteres físicos, la nobleza puede revelarse por cualidades morales, que muchas veces sobreviven al naufragio de toda virtud femenina, como las señales visibles de raza resisten a la decadencia: el orgullo, la lealtad, el valor y el dominio de sí mismo.

Italia, tierra de tradiciones vetustas y épicas, tiene una verdadera riqueza de nombres aristocráticos, cada uno de los cuales evoca una página de su historia. Los *De Genovadi Pettinengo*, los *Petitti di Roseto*, los *Mayneri*, los *Morra di Lavriano*, en Turín; los *Borromeo*, los *d'Adda*, los *Sforza*, los *Visconti*, los *Melzi*, en Milán; los *Doria*, los *Centurione*, los *Spinola*, en Génova; los *Malrezzi*, los *Pepoli*, los *Prusconi*, los *Gozzadini*, en Bolonia; los *Sanvitale*, en Parma; los *Montecuccoli*, los *Brangoni*, los *Molza*, en Módena; los *Morosini*, los *Gradenigo*, los *Grimaldi*, en Venecia; los *Gonzaga*, los *Cairiani*, en Mántua; los *Strozzi*, los *Medici*, en Florencia; los *Massimo*, los *Colonna*, los *Ruspoli*, en Roma; los *Borboni*, en Nápoles; y cada una de estas antiguas casas patricias tiene una o más damas que la representan, conocidas por su gentileza, por su amor al arte, por sus nobles iniciativas de filantropía y de patriotismo. Cuando algún espectáculo extraordinario atrae a las gentes a los teatros, es hermoso ver en los palcos de familia, las blancas damas aristócratas, adornadas con joyas que han servido a varias generaciones; verlas pasar por las calles en ricas carrozas, admirarlas en grupo en los salones de la casa real o de los palacios solariegos; mientras sus nombres de eco glorioso parecen avivar nuestro sentimiento de nacionalidad frente al extranjero.

LAS RICAS

Pero no se puede tener todo en este mundo; y muchas veces quien tiene la nobleza no posee la riqueza, y la quisiera. Muchas señoras se consumen por el deseo de poseer una coronita cualquiera para hacerla imprimir en las tarjetas de visita, bordarla en los pañuelos, pintarla en las portezuelas del coche, y no se equivocan al desearlo como complemento, puesto que parece propio que riqueza y nobleza vayan unidas. La plutocracia tiene, sin embargo, su fuerza y su ventaja especial; fuerza más enérgica y ventaja más meritoria, quizá, que las de la tradición aristocrática. El dinero, en nuestros días, es el medio más seguro para llegar, y la conciencia del deber consigo mismo, a su pasado de trabajo o al de la familia, este medio presente de conquista, debe suscitar un orgullo no menor que el de la dama que muestra el feudo de sus padres o los pergaminos que dan fe de su nobleza.

Una fábrica, una oficina, un comercio, pueden constituir un feudo, son los feudos de la humanidad; y ninguna señora debiera titubear en hablar de sus abuelos si eran comerciantes, industriales o aldeanos, sino que debiera proclamarlo con complacencia, recordarlo a los hijos como ejemplo de victoria y de actividad.

La riqueza no es, ciertamente, la felicidad, porque muchas señoras millonarias carecen de salud, de concordia en la familia, o de hijos a quienes transmitir sus comodidades y de quienes valerse como de un seguro báculo. Una señora rica puede satisfacer sus gustos de estética, de elegancia, de deporte, puede rodearse de toda belleza y de todo refinamiento; puede dar a sus hijos una educación completa; puede hacer mucho bien. Esto, sobre todo, quisiera que las ricas tuviesen siempre presente. Porque hacer el bien no quiere decir suscribirse por una fuerte suma a beneficio de cualquier institución o para alguna beneficencia de rigor y de circunstancias. Hacer el bien con discerni-

miento es difícil, porque no exige solamente el concurso del dinero, sino también el esfuerzo de la idea, la paciencia de la indagación y el criterio de la elección. Dar desarrollo a una industria que produzca ganancias y decoro al país; ayudar al florecimiento de alguna genial manifestación de arte; contribuir a dar impulso eficaz para alguna nueva institución de caridad que armonice con los tiempos, que venga a colmar alguna laguna; preferir los productos nacionales a los extranjeros; interesarse por todas las bellezas y todas las bondades; esto es lo que las ricas debieran hacer por obligación.

LA MUJER MODERNA

Toda complicación de tendencia y de actos que constituye el carácter del tiempo y que llamamos modernismo, da necesidades, deseos y obligaciones especiales también a la mujer. En nuestros días, la rápida evolución de la vida civil, los vestidos modificados, el desenvolvimiento de la instrucción, la diversidad de las relaciones sociales y familiares, la corriente más rica, más rápida, más amplia de la vida, asigna a la mujer un campo de acción más extenso y difícil; le confiere derechos de una dignidad mayor. El ideal de la mujer moderna es bastante más difícil de realizar que el de la mujer de otros tiempos, porque no se compone de una calidad solamente o de una tinta uniforme, sino de una complicación de dotes, de matices y de luces en una unidad sola, como irradiaciones de un solo diamante. Hay, es verdad, virtudes inmutables, fundamentales, que fueron de todos los tiempos, y son de todos los países, pero al cultivarlas y ponerlas en práctica, la mujer contemporánea deberá usar de una agudeza y de una desenvoltura que sus ascendientes no conocían. El amor, la maternidad, la reserva, el orgullo, la dulzura, la piedad, se encuentran y se sienten como en otro tiempo, pero se expresan hoy de otro modo. La bondad de la mujer mderna, aunque com-

puesta de indulgencia y de afabilidad, debe ser más iluminada y más activa que la antigua bondad clásica, compuesta solamente de su misión. Y como su elegancia es hoy más fiel a la estética, y su belleza no es solamente de líneas, sino también de expresión, así su fe no se manifestará solamente en las prácticas del culto, sino que deberá iluminar todo su mundo moral, elevar todos sus pensamientos, purificar todos sus sentimientos y ennoblecer toda su vida. Así su gracia, su cortesía, estarán absolutamente desnudas del artificio, de la ceremonia, que formaba parte en el pasado de una buena educación. Su honestidad será serena y segura, pero no huraña o salvaje. Su cultura no la hará pedante ni su ingenio vulgar; y el desenvolvimiento de la inteligencia, en vez de atrofiarle el corazón, la hará más sensible y más observadora.

Ya hemos visto que la misión de la maternidad en su fatigosa y difícil complicación de deberes materiales y morales, revela a la mujer moderna buena e inteligente, en su perfección completa. En el matrimonio, la mejor educación que ha recibido, su instrucción más rica, el desenvolvimiento más amplio de su individualidad moral, le facilitan el acuerdo y la realización de su misión de gracia, de consuelo, de ternura buena y alta. Pero la vida social de hoy obliga a la mujer a salir del limitado y plácido horizonte de la familia. La sociedad tiene hoy más que nunca necesidad de ella, y no debe sustraerse a la llamada, aunque el responder le cueste sacrificios e incomodidades. Amiel, a propósito de la mujer, dice que su acción en la sociedad es análoga a la del azoe en el aire: atenta, eso es, a reavivar la combustión del pensamiento. Ninguna época tuvo, quizá, como la nuestra, tan frecuentes y cordiales las relaciones entre las clases, y honró tanto el ingenio y el arte, e hizo de la beneficencia un deber y una costumbre y de la educación un motivo contínuo de discusión. La mujer de hoy, que tiene una opinión bien definida sobre todo, y que ningún problema la deja indiferente, no lleva ya solamente a la sociedad el adorno de su persona o un motivo de galan-

tería como en otro tiempo: lleva su tributo inteligente, gentil y eficaz. La pedagogía y la beneficencia tienen en ella la mejor y la natural protectora; muchas industrias nacionales, una causa preciosa de desarrollo; la ciencia, en los ramos de la medicina y de la asistencia, le confía con gusto las más delicadas misiones; hasta en política, en esta hosca y eterna preocupación de los hombres, la mujer podrá llevar, con su influencia, mayores elementos de honestidad y de paz; y si viene aquel día bendito, que hace tanto tiempo invocamos, en el cual todas las armas se rendirán y ningún hombre se manchará con la sangre de otro hombre ¡oh, decid que se deberá a la fuerte, pertinaz, colectiva voluntad femenina! Y será sin duda ¡la victoria máxima de la civilización!

LAS ARTISTAS

En los siglos pasados la mujer era más inspiradora que artista. La mujer que ejercitaba el arte era una excepción; pero en nuestros días se podría casi decir lo contrario. No todas las artes son, sin embargo, cultivadas por la mujer, pues mientras las escritoras y las compositoras abundan, la pintura tiene menos discípulas, menos todavía la escultura y ninguna, que yo sepa, la arquitectura. Y más que hacia las grandes artes creadoras, donde son pocas las que llegan a afirmarse con personalidad propia y a imperar sobre la medianía, la mujer se vuelve hacia el arte que más se le parece, el que más siente, y donde su fantasía poética, su pensamiento vago e indeterminado pueda, con mayor facilidad, ejercitarse y esparcirse: el arte decorativo. Ciertas colecciones de versos, de novelas, de asuntos, fruto de imaginación más que de observación fiel de la realidad, ¿qué otra cosa puede ser sino arte ornamental? De todos modos es siempre el primer escalón; algunas lo pasan y prosiguen la ascensión; otras se detienen allí.

Son escasas las compositoras de música, en Italia

al menos; tan escasas, que en 1890, cuando De Gubernatis inició con idea genialísima una exposición de arte femenino bajo los auspicios de la mujer de Dante, tuvo que recurrir a una extranjera para poner música al concierto inaugural. Para buscar un ingenio musical femenino un poco notable en Italia, es preciso retroceder a la segunda mitad del ochocientos y encontraremos a Carlota Ferrari de Lodi, alumna del Conservatorio de Milán, que, jovencita todavía, compuso versos y música de carácter melodramático: *Ugo*, representado con afortunado éxito en un teatro de la capital lombarda. Escribió después *Sofía*, otro melodrama que realzó, también en Milán, la suerte de una estación teatral. Compuso también Misas, entre ellas, por honroso encargo, la Misa fúnebre para las solemnes exequias de Carlos Alberto en Turín, recogiendo elogios y triunfos. Pero Carlota Ferrari llegó a la cumbre de su carrera musical con su tercera obra: *Eleonora d'Arborea*, que hizo volar su fama más allá de los confines de la patria. Bastante pronto consiguió con su *Inno di Santa Cecilia* uno de los tres premios extraordinarios consistentes en preciosos objetos de arte donados por España para un gran concurso internacional de música, en el cual tomaron parte millares de concursantes.

Entre las pintoras, para citar algún nombre, recordaré Emma Ciardi, perteneciente a aquella familia de venecianos que ahora en las exposiciones forma escuela aparte. Esta joven artista, tan modesta cuanto laboriosa, derivando del noble arte paterno, se hizo un estilo y un género aparte, lleno de delicadeza, de pensamiento, de gracia y de dulce melancolía. En la Exposición de Milán, un cuadrito suyo tuvo el honor de ser elegido por S. M. el Rey. Y en la florida tierra de Toscana, Enriqueta Orlandini reprodujo sobre la tela las maravillosas flores de los jardines de Florencia y es retratista distinguidísima. En la Exposición de Arte Toscano de hace un año, fué premiado un gran retrato suyo. No quiero olvidar a Anita Zappa, milanesa, que en sus retratos pone toda la luz y la frescura de su

bella persona primaveral, y ante cuyo pincel recientemente posó Ada Negri con un resultado muy feliz.

Una joven artista del yeso y del mármol representa dignamente la cultura en Italia, pero aunque discípula de Monteverde, una de nuestras glorias nacionales, no es italiana, sino argentina y tiene un nombre que parece llevar un cálido reflejo de su tierra, rica de naturales maravillas. Lola Mora. Es joven, pequeña, delicada, morena, de grandes ojos negros, donde pasan las visiones y las emociones de una vida superior. Vino adolescente a Roma, a expensas de su gobierno, que tuvo fe en sus no comunes aptitudes artísticas, permaneció muchos años con Monteverde, estudiando con seriedad y con ardor, con aquella voluntad que, cuando va unida al talento vigoroso, sobresale más pronto en la mujer que en el hombre, menos fuerte contra las distracciones y los atractivos de la vida. Todos los salones romanos más aristocráticos se adornan con sus lindas creaciones, pero su genio fuerte y su fantasía conquistadora de concepciones vastas la animaron pronto a arriesgarse en concepciones más grandiosas. Ganó el primer premio en un concurso para un monumento a la reina Victoria, que debía erigirse en Melbourne, y el verano último en Buenos Aires fué inaugurada con mucha solemnidad en el jardín público más frecuentado una gran fuente ornamental que es obra suya. Ahora trabaja en otras grandes obras importantes, en Roma, en su amplio salón de estudio poblado de estátuas, donde, no hace mucho, los soberanos fueron a visitarla.

Lola Mora, en el vestir, en los modales, es sencillísima, desmintiendo la leyenda acreditada entre el vulgo de que las mujeres artistas aman lo excéntrico, lo vistoso, lo exagerado y toman posturas estudiadas. Es cierto que entre tantas, las hay también que se hacen ridículas por los colores y las modas de sus vestidos, por sus costumbres bohemias, su lenguaje lleno de afectación; pero en honor a la verdad, es preciso reconocer que las artistas de nuestros tiempos son, en general, señoras y señoritas que no difieren de las otras

en el aspecto y en las maneras, con una nota de gusto más personal, quizá un poco original, pero que deriva de su familiaridad con las cosas bellas y armoniosas y está artísticamente justificado.

LAS INTÉRPRETES

La interpretación es una colaboración. Ciertas formas de arte, como la música, tienen necesidad de ser interpretadas para vivir. Un drama, una ópera en música, si no se representan es como si no se hubiesen escrito. Tienen necesidad del teatro para manifestar su alma en la acción o en la melodía; y esta alma, esta esencia, no puede expresarse si no es por medio de los ejecutores, de cuya valentía y de cuya intuición depende a menudo el éxito de la obra que el autor les confía para que la pongan en comunicación con el público.

Cuando una concertista extrae del violín, del arpa, del piano, las notas creadas por el ingenio de un maestro, no hace más que transmitir la inspiración dolorosa o alegre. Esto hacen las ejecutoras de una acción coreográfica, las declamadoras; y en un campo más extenso las artistas de canto y de prosa. Es tanta, también, su importancia, que se hacen populares casi más pronto que los autores que interpretan, y su celebridad es más rápidamente conquistada, y riquezas y honores adquieren con empleo de tiempo y de energías bastante menor que quien les dió el medio. ¡Cuántos autores han muerto en la indigencia, mientras que los intérpretes de sus obras se enriquecieron en breve! Y si el autor gana también, la compensación del intérprete superará siempre a la suya. La ganancia de un año de la Duse o de Storchio no equivale a la de ningún músico o dramaturgo italiano.

Pero los intérpretes tienen una vida espiritual más breve que la del genio, que se sobrevive con sus propias creaciones, mientras que ellos, que han desaparecido de la sombra, dejan apenas el recuerdo de un

nombre. Sin embargo, la existencia de estos meteoros luminosos, es cuanto puede soñar una mujer de halagador para la vanidad femenina y embriagador para la inteligencia. ¡Bastante más dignas de envidia son que las reinas y las millonarias! ¿Qué vida más ardiente, más luminosa, más completa, que la de Adelaida Ristori, apagada en la tardía vejez, rodeada de las veneraciones de todos? Y entre las vivientes, las estrellas en el cénit, ¿quién más digna de envidia que Tina di Lorenzo? La Naturaleza y la vida se lo dieron todo: belleza, ingenio, bondad, riqueza, amor, maternidad y gloria.

Tina nació el 4 de diciembre de 1872, en Turín, de una obscura actriz dramática, y aunque el padre, Corrado di Lorenzo, de los Marqueses de Castellaccio era noble, transcurrió su infancia modestamente en Noto, la ciudad paterna. Después la pusieron en una escuela evangélica en Nápoles, donde quizá adquirió aquellos sólidos principios de rectitud que nunca la abandonaron entre los peligros a que estuvo expuesta. Debutó en Torse del Greco en una compañía de tercer órden, con el cargo de primera actriz absoluta, y cuando aún no contaba catorce años, conmovía al público con *Dionisia*, que figuró después siempre en su repertorio como una de sus interpretaciones preferidas. Narrar la rápida ascensión y los anales de la vida artística de Tina es inútil, porque todo el mundo la conoce, y en su villita de Ardenza, en las inmediaciones de Liorna, se reunen colegas admiradores. En su vida privada Tina es madre tiernísima y esposa enamorada y fiel del que eligió entre sus compañeros de arte, demostrando también en esto la sencilla espontaneidad de su índole y de su alma, que habría podido buscar la riqueza, el nombre, la posición social y no quiso más que la armonía y el amor.

Eleonora Duse, la más eminente entre nuestras intérpretes contemporáneas, careció del don de la belleza, pero tuvo un espíritu vibrante, dominador del físico que imprime caracteres del alma que representa. Nació de Alejandro Duse y de Angélica Copelletti en Vi-

cenza, el 3 de octubre de 1859. A los cuatro años hacía de Cosette en *Los Miserables*. En Trieste tenía el papel de ingénua. Creció en la miseria; su madre murió en el hospital, donde ella comía la mitad de la sopa que la enferma le dejaba. Se reveló en *Teresa Raquín*, y Jacinta Pezzana encendió en ella el fuego sagrado del arte. Asistiendo a una representación de la *Princesse de Bagdad*, siendo protagonista Sarah Bernhardt, la Duse tuvo la revelación de su propia personalidad artística. Y se afirmó en *Dionisia*, en *Francillón*, en la *Mujer de Claudio*. El teatro de Ibsen, de Maeterlinck y de D'Annunzio, refinó todavía más su arte, lo llevó a la perfección: porque la grandeza de la Duse es grandeza de análisis, de reproducción viva de la Naturaleza. El célebre retratista alemán Franz Lemback se divertía en fijar las diversas impresiones del rostro de la Duse, que tomaba al vuelo en el teatro y había colgado en su estudio treinta apuntes que personificaban los diversos estados del alma humana.

A estas dos estrellas máximas se unen Irma y Emma Gramatica que encarnaron admirablemente la personalidad de la mujer moderna, con su nerviosidad la primera, con su espíritu brillante y un poco escéptico la segunda. Virginia Reiter, audaz y eficacísima; Teresa Franchini, fina y cuidadosa; Edvige Reinach, sencilla y dulce; Inés Cristina, inteligente cooperadora del talento de Zacconi; Alda Borrelli, de tan exquisita intelectualidad, y otras muchas que sería largo enumerar.

Menos rica es, en el momento presente, la pléyade de las artistas de canto de primer orden.

Italia, la tierra clásica de las melodías, se ha dejado vencer por la competencia extranjera, y Francia, Alemania, Polonia, dan ahora las mejores intérpretes musicales por la potencia y extensión de voz y por la excelencia del método; resultados que deben quizá más que a las dotes naturales, a la diligencia de su larga preparación para la escena que las jóvenes cantantes italianas quieren conquistar de golpe, apenas salidas de los Institutos. También la fama de la Patti es to-

davía reciente; y los nombres de Gemma Bellincioni, Emma Turolla, Rosina Storchio suscitaron ecos de entusiasmo y de suma deleitación intelectual: y quien tuvo o tiene la fortuna de oir a la Jacobi en el *Lohengrin*, la Giovanonni Zacchi en la *Bohème*, la Meyer en el *Mefistófele*, la Merolla en la *Manon*, la Toresella en los *Puritani*, la Pantaleoni en la *Cavallería rusticana*, no las podrá olvidar nunca.

LAS INSPIRADORAS

Las inspiradoras son quizá necesarias como las intérpretes para el artista creador. Menos necesarias materialmente, pero en el período más celoso y más misterioso de la formación de la obra ideal, cuando de la esfera del abstracto pasa en forma concreta a revelar al mundo el pensamiento y el genio de su autor. ¿Quiénes son las inspiradoras? ¡Oh! No forman una clase especial como los artistas, como los intérpretes, y no es indispensable que tengan caracteres comunes y esenciales como la belleza y la juventud. Muchas mujeres de cuerpo escultórico, muchas jovencitas sobre cuyo rostro ríe la primavera, no han inspirado a nadie; y en cambio alguna viejecilla que encorvada bajo un haz de leña camina por un sendero campestre; alguna niña que encendía una lámpara en algún rústico altar; una delicada y dolorosa mujer vestida de negro; una florida madre feliz, pueden haber hecho inconscientemente el don precioso, el don regio de la idea.

Rafael copió la actitud tranquila y tierna de su famosa Virgen de la silla, de una mujer del pueblo que vió sentada ante su humilde morada con un niño en los brazos; Dante, entre las hermosas y agudas damas nobles que lo rodeaban, se inspiró en la más modesta, en la más silenciosa, en la que menos lo amaba y menos apreciaba su ingenio; Leonora d'Este, inspiradora del Tasso, era desagradable, enfermiza y no joven; Vittoria Colonna, de quien Miguel Angel se enamo-

ró viva y honró muerta, no poseía aquella perfección plástica de formas que parecían necesarias para conmover a aquel soberano de la escultura.

Otras veces la inspiradora fué una madre de cabellos blancos, una hijita de rizos de oro, una dulce esposa alegre y rendida. ¿Recordáis la triste y genial comedia de Roberto Bracco: *La piccola fonte*?

El artista se casó con una mujercita sencilla, se lamentaba de su soledad espiritual y creyó hallar una musa y una compañera digna en una mujer intelectual, elegante y bizarra. Pero cuando la mujer, con un último y supremo acto de abnegación y de amor se alejaba de él para dejarlo libre, y en la horrible prueba impaciente, entonces se percató él de que la musa verdadera, la pequeña, pero serena e indispensable fuente de su inspiración, de su vida de artista, era precisamente ella, la mujercita alegre y sencilla y buena.

Sin embargo, muchas veces las inspiradoras no son las más dignas. El artista es un creador de belleza y a menudo se aferra a la apariencia que más solícitamente atrae a su fantasía y su admiración. La mujer más elegante, aunque sea una cortesana; la más graciosa, aunque sea ligera y culpable; la jovencita más fresca aunque sea una coquetuela, pueden encender en su inteligencia la divina llama de una obra imperecedera. «*Sois charmante et tais-toi*» comienza un madrigal a su amante, de Baudelaire: mientras Rivarol no pedía a la suya más que tener ingenio como... una rosa. Y en las *Chansons pour elle* canta el más delicado poeta francés, Verlaine:

Il parait que tu ne comprends
Pas les vers que je te soupire
Soit ¡ et cette fois, je me rends !
Tu les inspires, c'est bien pire.

PLACERES FEMENINOS

Ciertamente, la vida femenina, especialmente con las leyes que gobiernan hoy a la sociedad, no es dul-

ce ni fácil ni envidiable, sino llena de tristes necesidades, de constrastes y de arrepentimientos. Los hombres nos compadecen cordialmente, por bondad, sin pensar que está en su poder hacernos la existencia más fácil y más alegre. No he oído a ningún hombre desear ser mujer, mientras que he oído a muchas mujeres desear ser hombres. Cuando nace un varón, parece que la solemnidad sea mayor; si nace una niña, no es, en la mayoría de los casos, más que una resignación aceptada más o menos alegremente y las mujeres de la familia murmuran entre ellas con pena: «¡Pobrecita! ¡Una desgraciada más!» No obstante, para una mujer que quiera y sepa desenvolver toda la fuerza y las finezas de su feminidad, pedir a todas sus tendencias naturales y adquiridas una ayuda, respirar y hacer respirar el perfume de su alma, debiera ser su vida bastante más completa e intensa que la del hombre. La mujer experimenta emociones, complacencias, pequeñas y grandes alegrías que el hombre no conoce, o siente en menor grado. La revelación del amor completo que para la mujer es la absoluta sumisión, el pleno apagamiento de sus tendencias ideales, el éxtasis de la maternidad, la intimidad de la familia, el imperio y la posesión de la casa propia, son las alegrías mayores y más puras de las almas elegidas; vienen después, para las mujeres ávidas de la vida mundana y brillante, las satisfacciones del amor propio; los homenajes a la belleza, a la gracia, al ingenio; la embriaguez de las fiestas, los placeres exquisitos de la *toilette*, la elección de una moda, de un color, de un adorno que se añada a la propia belleza y haga con ella un todo armonioso. Además, los consuelos menores, pero suaves de la vida: sentarse en tertulia entre las amigas, trabajando en una de aquellas laborcitas que los hombres nos envidian en sus horas de aburrimiento, ellos, que no tienen este supremo refugio; el embellecimiento de la casa, del nido, por la compensación tan dulce de una sonrisa de satisfacción, de un gesto de bienestar de alguna persona querida que vendrá más contenta a descansar a nuestro lado; las horas pasadas con algún

niño bueno e inteligente, cuya alma vemos abrirse a nuestro soplo de amor; el culto a las memorias, a las mil pequeñas insignificancias, cada una de las cuales nos recuerda un día, una hora, un momento feliz o triste, pero sagrado para nuestra alma; las pequeñas sorpresas que preparar, los regalitos que elegir; las obras que sólo de la mujer exigen y esperan dirección y desarrollo; el arte, el divino y grande consolador, al que, por nuestra vida más recogida, más solitaria, más tranquila que la del hombre, podemos dedicarnos más exclusivamente.

Mayores dulzuras exprimirán de la vida las mujeres de las nuevas generaciones, porque la posición de la mujer adquiere cada día mayores ventajas. Nosotras tenemos más que ganar del progreso que el hombre, por nuestra condición pasada, tanto peor que la suya. En efecto, si comparamos la vida de una mujer de hoy, aunque sea de condición modesta, con la vida femenina de hace cien años, encontraremos que el cambio es grande y todo en ventaja nuestra. Más luz de pensamiento, más aire de libertad, más energía de vida, y esperamos que los tiempos futuros afirmarán y generalizarán este impulso aventurado, tanto que llegue el momento en que cada cual pueda repetir la frase dicha por Bourget en la América inglesa: «Creo que la condición de la mujer en esta nación es el estado más envidiable para un sér humano».

LAS MUJERES QUE ESCRIBEN

Las mujeres que escriben, de un pequeño, modesto grupo, en pocos años se han convertido en legiones, y si se continúa así, cada lectora será al mismo tiempo escritora. En un tiempo era el piano el preferido compañero espiritual de la mujer; ahora es la pluma. Quizá es cómplice más complaciente porque no todas las mujeres han aprendido la música en su adolescencia, mientras que todas han aprendido a escribir. Y muchas creen de buena fe que el arte de escribir es senci-

llísimo y divertidísimo; que basta sentarse al escritorio ante una página blanca con el pensamiento de una impresión de viaje o de un idilio sentimental, para hacer poco menos que una obra de arte. Las jovencitas que salen de las escuelas normales con la gloria de una buena nota en literatura, creen después seriamente ser de la madera de las escritoras, y sonreirían con compasión si alguien susurrase a su oído que la literatura escolástica no tiene nada de común con el arte de escribir; que no *se aprende* a ser escritor, sino que se nace con este don como se nace pintor o músico; y que si hiciéramos indagaciones resultaría que gran parte de nuestros mejores escritores no habrían tenido habilidad siquiera para la enseñanza de las clases elementales.

Hay una animosa categoría de mujeres de ingenio fuerte y delicado, de voluntad austera, que son concienzudas obreras de la pluma. A éstas se debe, como a las artesanas de la aguja, respeto y simpatía, pensando que la pluma es un utensilio más fatigoso y menos lucrativo que aquélla. Al menos entre nosotras, en Italia, una buena modista gana siempre más que una buena escritora, fatigándose menos; porque la primera no necesita más que el concurso de las fuerzas físicas y de la resistencia material, mientras que la segunda, sentada muchas horas ante la mesita, trabajando con el cerebro, consume complicadamente todas sus energías.

No se debiera tener piedad para aquellas que escriben por la vana complacencia de hacerse notar; que no dejan de ser autoras una vez que han debutado, bien o mal; que sin amor sincero y respeto por el arte no tienen otro ideal que ver su nombre sobre una cubierta ricamente ilustrada y oir decir cuando pasan: «Es la señora o señorita tal, *una escritora*, escribe libros». Y alguna buena persona que no sabe leer ni escribir añadirá con convicción: «¡Oh! ¡Escribe muy bien!»

En compensación hay mujeres que escriben mejor que muchos hombres y sin pregonarlo a los cuatro vientos, sin vanidad, sin envidia, sin decir nada de su le-

gítimo renombre al artificio, a la coquetería o a la *réclame*; sin haber sacrificado ninguna de las gracias de su sexo y de las fascinaciones de las dotes de su índole. Estas no tienen necesidad de hacerse notar con excentricidades y pequeñeces, porque conquistan y se imponen.

Un cuadro, aunque sintético, de la literatura femenina italiana por orden alfabético y señalando las tendencias artísticas de cada escritora, me llevaría bastante más allá de los límites que la multiplicidad de la materia contenida en este volumen me impone; pero no puedo eximirme, en un libro dedicado enteramente a la mujer, de recordar siquiera las principales, para nuestro legítimo orgullo. Entre las poetisas, Ada Negri, rebelde, apasionada, fuerte; Vittoria Aganoor, profunda y aguda; Elda Gianelli, clásica en la forma y familiar en el pensamiento; Luisa Anzoletti, con el ímpetu sagrado de Débora cristiana; Adela Galli, vibrante de patriotismo en puras armonías; *Térésah*, fantástica y vigorosa; *Bruna*, elegíaca y elegante. Entre las novelistas, Matilde Serao, ardiente pintora de costumbres y de pasiones; Neera, psicóloga sutil; Grazia Deledda, viril e inimitable cuando reproduce su Cerdeña natal; Luigi di San Giusto, rica de sentimiento y de espontaneidad; Virginia Guicciardi Fiaxtri, original y finísima artista; Gemma Ferruggia, vivaz y luminoso ingenio; *Sfinge*, aristocrática; Willy Dias, irónica y aguda; Regina di Luanto, audaz; *Fulvia*, que lleva al arte el simpático reflejo mundano y la observación aguda de su vida; Anita Zappa, que escribe como pinta, con exquisito sentido de idealidad y de verdad. Cito entre las autoras dramáticas que dieron óptimo fruto de su ingenio vital, Clarice Tartuferi con *Arboscelli divelti*, *Le modernissime* y otras; *Térésah* con *Il Giudice*, *Il pane rosso*; Adelaida Bernardini, Amelia Rosselli con su afortunada *Anima*; *Haidé* con su *Perte*. Recuerdo con admiración entre las escritoras de literatura y de arte, cultísimas y animosas, a Emma Boghen Conigliani, discípula predilecta de Carducci y estudiosa incansable de Leopardi; *Eve-*

lyn, la única mujer que escribe libros de arte en Italia y compenetra con él el espíritu y el gusto; María Pezzé Pascolato, laureada en Padua, traductora del Carlyle, tan valiosa como distinguida y modesta; Grazia Pierantoni-Mancini, Fanny Zampini Salazar. Y saludo con el saludo de honor a las educadoras, beneméritas que supieron usar el arte en la vida con nobles entendimientos; Ida Baccini, la más incansable, que rejuveneció la pedagogía con su espíritu brillante y la agudeza de su natal Toscana; Sofía Bisi-Albini, benéfica para la literatura de la joven Italia femenina; Silvia Albertoni, llena de sentimiento y de nobleza; Gisella Fojanesi-Rapisardi, gentilísima; Giulia Cantalamessa; María Marchese Siotto-Ferrari; Lydia Peretti; Anna Evangelisti. Todas estas que rápidamente he enumerado no son más que la vanguardia de numerosas tropas; y los centenares de periódicos y de revistas que llevan otras firmas femeninas, además de los nombres por mí mencionados, lo pueden confirmar.

LAS CONFERENCIANTES

Las conferenciantes son generalmente, en Italia, hijas de las escritoras. La mujer, entre nosotros, está menos acostumbrada que en los otros países a participar de la vida del pensamiento en forma oficial. Las tradiciones de la educación la han habilitado a exponer al público su propia belleza, elegancia y afabilidad, e indirectamente su propio ingenio e individualidad intelectual. Dar una conferencia es todavía para muchas una ostentación de costumbres masculinas; un pretexto para ponerse en evidencia; una originalidad de género discutible; una audacia; una coquetería... Mientras que el exponer ante un público las propias idealidades sobre arte o sobre la vida, el resultado de los estudios y del pensamiento es — lo afirmo yo, que varias veces lo he exeperimentado — una complacencia espiritual tan dulce y pura, que justifica ampliamente el

acto de dar una conferencia, sin que haya necesidad de atribuirlo a otras causas.

Además de la emoción de la novedad, existe, para muchas, la timidez. Muchas mujeres que tienen ingenio y cultura y podrían dar conferencias interesantísimas, no osan hacerlo, por la impresión que sienten ante el público. No niego, en efecto, que la vista de una sala rebosante de personas congregadas en aquel lugar para vosotras solas, para escuchar lo que tenéis que decirles y observar cómo lo decís, y llevar cuenta, sin posibles distracciones, de cada acción y de cada expresión vuestra, puede imponer. Ni que es cuestión de valor, de ingenio y de saber; con el miedo no se raciocina. No hace mucho que Vittoria Aganoor habló en el Colegio Romano siendo aplaudidísima, y después me confesaba que había sufrido tanto por la impresión del público, que no le quedaban ganas de volver a intentarlo. Y, además, hay para la mujer la preocupación especial de la estética, en que un hombre conferenciante no piensa. El se pone un *frac* o una levita; se sienta o se levanta según le conviene. La conferenciante tiene también la preocupación de la *toilette*. ¿De claro o de obscuro? ¿Escotada o no? ¿Con sombrero o sin él? ¿Conservará puestos los dos guantes o sólo uno? ¿Leerá en pie o sentada?

Recuerdo que el año último en Venecia, cuando la Asociación Marinera tuvo la genial idea de promover una serie de conferencias dadas por señoras y que yo tuve el honor de inaugurar, hubo desacuerdo entre nosotras. Una se obstinó en conservar el sombrero — un sombrero a propósito, ligero como un soplo; — otra se puso un vestido de paseo; otra una *toilette* de *soirée décolletée*; unas permanecieron en pie, otras sentadas.

Sería necesaria una norma, ahora que las conferencias de señoras se van haciendo más frecuentes; yo aconsejaría seguir la regla del vestido apropiado a la hora; si las conferencias son de día, la señora que hable tendrá una elegante *toilette* de visita con sombrerito análogo, sin velo. ¡Prohibido el vestido *tailleur*!

Si es de noche, la oradora podrá ponerse un vestido de comedor o de recepción, un poco escotado o velado; mangas cortas, largos guantes y sin sombrero, a menos de no ponerse un sombrero elegantísimo de teatro. En cuanto a estar sentada o de pie, cada una puede hacer lo que le parezca, como lo sienta, o arreglarse según la duración de la conferencia. Los discursos inaugurales, que son siempre breves, se leen de pie.

LAS PERIODISTAS

Categoría no numerosa, pero válida, es la de las periodistas. El periodismo, aun excluyendo la política sobre la cual todavía no escriben nuestras mujeres, con sus artículos brillantes o inspirados sobre la actualidad tomada al vuelo, sus polémicas, su crítica, sus revistas mundanas, de arte; en su reflejo constante, en suma, de la vida que se lleva, exige temperamentos espirituales sólidos, decididos, sintéticos; pensamiento en actividad constante y pronto a manifestarse, facilidad y celeridad de comprensión; dotes que generalmente no abundan en la mujer, quizá porque no trata de desenvolverlas, dedicándose preferentemente a la literatura narrativa y fantástica. Además el periodismo exige una asiduidad de trabajo que no siempre la mujer puede dar, obligada a otros cuidados de la familia o de la sociedad. El periodismo obliga a la mujer a una independencia de vida, de costumbres y de pensamiento, que muchas veces la asusta y la hace renunciar a él.

En Francia, donde la vida intelectual es más activa, hubo hace algunos años una prueba evidente de la capacidad periodística femenina. *La Fronde*, dirigida por *Mme. Sévérine*, conocida publicista parisién, era un gran diario, político-social, enteramente redactado por señoras. Hacían los artículos de fondo, la crónica, se ocupaban en la política, en cuestiones sociales, de arte, de acontecimientos, de personalidades, ni más ni menos que los otros principales diarios de la capital. Y

no sólo la redacción, sino también la administración era enteramente femenina, y en la imprenta donde se imprimía *La Fronde* no se veían en los bancos y en las máquinas más que compositoras y operarias. Muchas niñas estaban encargadas de la venta del periódico. Todas estas mujeres se ponían un vestido verde obscuro, con ramitos bordados en los cuellos. Era una verdadera colmena de abejas laboriosas.

En Italia, solamente las revistas instructivas y los periódicos para la infancia están dirigidos por señoras. Recuerdo la *Revista per le signorine*, dirigida por Sofía Albini-Biri; *Cordelia*, dirigida por Ida Baccini; *Il Piccolo Italiano*, de Ida Mateucci; el *Cuore calabresce*, dirigido por Raffaellina Giordano; el *Giornale dei fanciulli*, dirigido por Emma Perodi. Entre las periodistas más valerosas y belicosas que dedican a la literatura militante las mejores fuerzas de su ingenio, nombraré a Donna Paolo, de la *Scena Illustrata*; a Febea, a Mantea, a Paola Lombroso y a Doris. Matilde Serao hace excepción, porque, además de escribir vigorosas novelas, apreciables por el arte y por la observación de la vida, dirige *Il Giorno*, uno de los periódicos de más circulación de Nápoles, en el cual escribe bellísimos artículos de actualidad y hace la crítica de arte y las crónicas mundanas. La fertilidad de ingenio y la actividad de la Serao son verdaderamente asombrosas y superiores a las de cualquiera otra escritora italiana.

Antes de cerrar este artículo, quiero recordar otro hermoso ejemplo de laboriosidad femenina en el periodismo: el de Vicenzina de Felice Lancellotti, muerta no hace mucho tiempo hacia los cuarenta años. Fué una precursora del feminismo en el más noble significado, y fundó y dirigió un periódico dedicado a las mujeres y solamente por mujeres redactado: *Vittoria Colonna*, en el cual exponía incansablemente sus opiniones con virilidad de pensamiento y de palabras, sobre cualquier asunto de ciencia, de religión, de moral, y discutía con agudeza y lógica precisas, teniendo siempre por mira un alto ideal de progreso femenino.

EL ARTE Y LA MUJER

Es triste manifestarlo, pero la verdad ante todo: la mujer italiana no posee una cultura artística ordenada y verdadera, y ni siquiera, muchas veces, superficial. Señoritas que suben toda la escala de la instrucción para salir de los institutos superiores del Magisterio con su título de profesoras se cuentan a centenares. Saben, ciertamente, quién es Giotto, quién Miguel Angel, Ticiano y los nombres de sus principales obras; pero lo saben por las antologías, las historias, los ejemplos de estilo; casi por casualidad y confusamente. Su alma nunca estuvo en directa comunicación con el espíritu creador de aquellos grandes artistas que honraron la patria como los grandes poetas, los sabios y los guerreros; no conocen con exactitud el proceso de evolución de las diversas escuelas y lo que influyeron en sus discípulos; de los artistas secundarios ignoran los nombres y obras completamente; y si entran en una galería de cuadros no saben distinguir una Virgen de Giovanni Bellini de una Virgen de Rafael; un aguafuerte de un grabado, un bajo-relieve de un alto-relieve.

La utilidad de una buena cultura artística sería grande para la mujer e inmensamente benéfica, en cualquier posición social que ocupe, cualquiera que sea su inteligencia y su misión. Primero, porque ofreciendo noble y precioso motivo al entusiasmo, se desviaría a nuestras niñas del gusto de las cosas frívolas para atraer su inteligencia y su predilección hacia asuntos aptos para despertar en sus mentes la necesidad de la ocupación seria, de la meditación, de la verdadera belleza. Más tarde, cuando ya se habrá determinado el destino para ellas, la educación artística producirá sus frutos. A las señoras mundanas les conferirá una rica conversación, les dará la complacencia, al acoger a un huésped de otra nación o de otra ciudad, de servirles de guía. Las artes, las industrias, tendrían en la mujer verdaderamente culta una protección iluminada, una dirección experta; los adornos de sus vestidos,

todo lo que la rodea y toca, expresaría un gusto personal, una elegancia armoniosa. Para lo que refleja la morada y la persona de la mujer, el arte puede ofrecer grandes ventajas, porque no es siempre la riqueza lo que constituye aquella armonía de líneas y de colores, aquel conjunto agradable a que una señora, aunque sea de posición modesta, no debiera renunciar. Se dice que el buen gusto no se aprende, pero no se ha dicho que no se pueda desarrollar, educar, excitar. Y ¡qué medio mejor para librar a la mujer de la barbarie de los adornos de mal género (todavía los usan, especialmente en la pequeña burguesía y en provincias), de la plaga de los bordados antiestéticos, de las aberraciones de ciertas chucherías de salón y de ciertos sombreritos personales cuyo ridículo se conserva hasta en el inocente marido que la acompaña; qué medio mejor que el arte para dar a la mujer, aunque sea la más humilde, el sentido de su responsabilidad de vestal de la belleza?

Como educadoras de la infancia, el subsidio del arte les sería indispensable. Muchos niños nacidos de ellas o a ellas confiados, llevan en sí el divino principio de la inspiración, y al primer rayo de luz revelarán su oculto tesoro. ¿Qué mayor complacencia para una madre, que la de pensar que procede de ella aquel primer rayo del genio futuro?

ABOGADAS

Hace algunos años las abogadas pusieron a Italia en conmoción, a causa de una providencia que les prohibía ejercitar libremente la profesión aprendida, con grave dispendio de energías intelectuales, de tiempo y de dinero. En efecto, no faltaba razón a las abogadas. Como se concedió a las médicas el ejercicio de la medicina, a las laureadas en ciencias físicas y químicas el ejercicio de la farmacéutica, se debiera permitir a las mujeres laureadas en jurisprudencia, valerse de sus títulos.

Yo no sé qué motivos determinan la prohibición y qué razones la justifican. Algunos aluden a las cuestiones de la competencia, pero la alarma me parece fuera de lugar, porque las mujeres laureadas en jurisprudencia no llegan a la docena. Otras objeciones: la de que los estudios jurídicos no son propios al cerebro femenino; la de que la mujer no tiene la resistencia física que se requiere para el orador; la de que su presencia en un lugar insólito merma la seriedad propia y la del ambiente; estas opiniones me parecen rebatibles. Tenemos ejemplos de que cuando la mujer tiene talento y seriedad de propósitos, llega a tratar materias más delicadas, arduas y extensas que el estudio del Derecho, en que, bien o mal, llegan también hombres de medianos alcances. Matemáticas, ciencias sociales, química, medicina, filosofía, religión, tuvieron y tienen secuaces expertas y victoriosas. La resistencia física que necesite una peroradora, me parece que no deba ser mayor que la que haga falta a la maestra, a la cantante, a la actriz dramática. Y tampoco me parece que se pueda encontrar demasiado singular o humorística a la mujer que hable al público desde un banco del tribunal, cuando la escuchan todos los días como conferenciante.

Angelo Mosso, en un interesante estudio sobre la educación de la mujer en los Estados Unidos, nos narra la impresión recibida cuando vió por primera vez en la Universidad de Michigan — quizá una de las mejores de la Unión, — una niña con la toga: «Oí un ruido a mi espalda y volviéndome vi a una bella niña con la toga y la toca, o sea aquella especie de birrete negro y cuadrado que llevan los estudiantes ingleses. Como en Oxford y en Cambridge, los profesores y los estudiantes se ponen la toga y atraviesan las calles para ir a la Universidad con su traje medioeval, así también en la Universidad de Michigan, se ven por las calles de la pequeña ciudad de Ann-Artar, pasear las togas, que los estudiantes saben llevar con gran elegancia. También el birrete cuadrado, si bien a primera vista parece extraño, se acaba por admirarlo,

llevado por una cabeza alegre, inteligente y audaz, sobre el ondear de espesas trenzas negras o coronado de aquellas maravillosas cabelleras rubias. Las grandes mangas de la toga y los pliegues sutiles que descienden desde el babero, añaden algo jerárquico al perfil de la mujer y le dan una fascinación especial. Pasaban ante nosotros con la mirada recogida como vestales que entrasen en el templo para tener encendido el fuego sagrado de la ciencia.»

El único motivo serio que puede impedir a la mujer el ejercicio de la abogacía es de orden moral. El ambiente de las aulas de justicia, por donde pasa cuanto la sociedad tiene de más corrompido, de más vergonzoso, de más infame, es demasiado malsano para ellas. Que a las mujeres se les conceda el ejercicio de la abogacía me parece cosa justa, civil, digna de tiempos evolutivos: pero a la mujer corresponde, vigilante custodia del propio decoro y de la propia elevación moral, no abusar de ello.

MÉDICAS

Al ejercicio de la medicina por parte de las mujeres no se ponen obstáculos legales, toda vez que las médicas no son muchas, y hasta estos últimos años su concurso no ha sido solicitado por las familias ni por los institutos, ni aun para lo concerniente a la curación de las enfermedades de la mujer y de la infancia. Sin embargo, me parece que en estos dos ramos la acción femenina podría resultar muy benéfica. Hay muchas señoras que agravan sus condiciones de salud por no recurrir a un hombre en los casos de enfermedad cuya sola revelación es ya un esfuerzo para el pudor natural femenino. Hay otros casos dolorosos y delicados en los cuales una madre preferiría morir antes que exponer a la hijita a la vergüenza de un veredicto que condena la inocencia, pronunciado por labios de varón. Y las monjas, estas criaturas veladas y silenciosas que ocultan hasta los cabellos y el nombre ¿có-

mo podemos imaginarlas en un lecho, desnudas, tocadas por la mano de un hombre, aunque sea la de un sabio? ¡Cuánto mejor fuera para la joven esposa enferma por los orígenes de la vida, para la madre, para la monja, tener al lado a una persona de su sexo, formada como ellas, sujeta a las mismas miserias y a las mismas enfermedades; ¡con cuánta mayor confianza le expondrían sus sufrimientos, se someterían a las curas necesarias!

También para los niños enfermos, una médica podría resultar más eficaz que un médico.

La mujer, aun cuando no sea madre, tiene el sentimiento materno compuesto, de ternura de protección, de paciencia, de intuición. El doctor cura a los niños como individuos, como organismos; una doctora los cura como niños, esto es, como pequeños seres que tienen necesidad de un lenguaje particular, de una interpretación ingeniosa y especial. Muchas mamás, por la falta de esta cualidad en los médicos, no tienen fe en el valor de su ciencia con respecto a sus niños y prefieren llevarlos a las curanderas, que cuando no son toscas e ignorantes son incapaces para la misión de médicas. Si estas mamás supieran que existe una mujer inteligente, estudiosa, seria y al mismo tiempo tierna, que gastó la mayor parte de la juventud estudiando el modo de arrebatar a los niños a la muerte y de hacerlos crecer sanos y vigorosos ¡cómo la preferirían ante la cuna de sus hijos, en su intimidad doméstica!

Ninguna mujer en Italia ocupa todavía un puesto distinguido en los Hospitales y en los otros institutos de curación. Sin embargo, de algunos años a esta parte, las cosas se van transformando. La doctora María Montessori ganó por concurso el puesto de asistente en la clínica de obstetricia en la Universidad de Roma, que tuvo durante dos años; y ahora tenemos en el Hospital de la maternidad de Nápoles a la doctora Emilia Concornotti y en el Hospital de Imola a la doctora Giuseppina Cattani. También algunas de las ejercitantes privadas van aumentando su clientela. La

primera mujer laureada en Italia, lo fué en medicina y cirujía en el Instituto de Estudios Superiores en Florencia, en el año 1877, y era la señorita Ernestina Paper.

COMADRONAS

Un grupo numeroso es, en cambio, el de las comadronas. Cada año emigran por docenas las jóvenes de los pueblos, y se van a las ciudades a cumplir estos estudios penosos y repugnantes, atraídas por el reflejo de una posición asegurada en la madurez y las pensiones en la vejez. Son, generalmente, jóvenes de familias no bien acomodadas, de humilde origen, malamente instruídas, porque no se exige para la admisión a los cursos de Obstetricia más que los estudios elementales. Y, desgraciadamente, gran parte de estas estudiantes fueron, o son, de costumbres nada severas: quizá porque a la niña pura, como se la educa hasta aquí, parece que esos estudios y esa profesión hieren su reserva y su decoro. Además, la promiscuidad con los estudiantes en los años de práctica y la frecuentación de los Hospitales de Maternidad, donde muchas madres son mujeres ínfimas y corrompidas, contribuye a alejarlas, a hacer abandonar la obstetricia excepto a las que carecen ya de escrúpulos, porque ya no tienen nada que perder.

Este hecho es deplorable, porque ante el lecho de una parturienta, en el momento más difícil y más sagrado de la vida femenina, en presencia del milagro augusto de la maternidad, serían, más que nunca necesarias, mujeres de vida austera, de conciencia delicada, de puras costumbres. Es verdad que las estudiantes de obstetricia están destinadas a prestar sus servicios en las aldeas y en los pueblos, donde la clientela no es tan escrupulosa y sentimental. Pero su responsabilidad es mayor y más absoluta allí que en los hospicios de las ciudades: y una comadrona de conciencia elástica puede dejarse corromper y coadyuvar

a muchas suciedades... además de servir de mal ejemplo si su conducta es reprensible.

Su vida en el ejercicio de la profesión penosa, por ellas elegida, debiera ser de completa abnegación, de incomodidad, de caridad y de prudencia. Como los médicos y sacerdotes, no debieran pertenecerse ya, para dedicarse enteramente a la humanidad que sufre. A cualquiera hora, en cualquier tiempo y localidad: a través de los montes, de desiertas llanuras, de bosques y precipicios, las recolectoras de las generaciones futuras, nunca deben negarse a cumplir su deber. Y muchas veces deben asistir a escenas desgarradoras de miseria y de muerte... Yo creo que si cada una de estas bellas y felices jóvenes que acuden en enjambre a las lecciones, se dieran cuenta en conciencia de lo que significa la profesión que han elegido, como hubieran escogido cualquiera otra, la mitad, por lo menos, retrocederían.

LAS MAESTRAS

Otro apostolado es el de la maestra, pero aquí sucede lo contrario. Las jóvenes que por legiones salen cada año de los cursos Superiores, de los institutos del Magisterio, de las escuelas Normales, prontas a diseminarse por todas partes, tienen toda la conciencia de su misión, de lo que la patria y la humanidad y la sociedad espera de ellas. Su espíritu está nutrido de puras idealidades, de nobles elementos, de fuertes propósitos. Todavía vibra en sus oídos la ardiente, inspirada palabra de sus profesores y los ejemplos de elegidas personalidades, el eco de los heroísmos, de las magnánimas acciones realizadas, en cuya atmósfera de culto y de memoria han vivido largo tiempo, llena su mente y su corazón: eso les da alas. Pero cuando deben pasar de la teoría a la práctica; cuando las discípulas se convierten en maestras, y en vez de la escuela soñada, llena de aire, de luz, de limpieza, como aquella en donde hicieron su aprendizaje, se encuentran

en ambientes desmañados, estrechos, muchas veces malsanos, en alguna aldea perdida entre los montes y las llanuras, en algún sucio arrabal, en alguna región inhospitalaria e incivil, donde a menudo bajo el sol, la nieve o la tormenta, se ven obligadas a recorrer dos veces al día largos trayectos ; cuando la maestra se ve ante un centenar, casi, de granujillas o desvergonzadas, sucias, salvajes, indisciplinadas, sin la más mínima noción de civilización y de moral, y se siente incapaz de dominarlas y ponerles freno, y de regreso muerta de cansancio, en su pobre habitación, fría, extraña, no halla un rostro amigo que le sonría, una voz que la consuele, ¡ oh ! entonces la pobre maestra novicia se desanima, llora en secreto, se siente precipitada a un abismo...

Muchas veces es joven y bella y despierta deseos en torno suyo. Y si es honesta, si en nombre de sus ideales combate por conservarse pura, deberá, quizá, sufrir persecuciones atroces, crueles injusticias, venganzas. O la torturan, bien la calumnia que la muerde con la mordedura venenosa, o la envidia de las colegas, o la ignorancia de aquellos entre los cuales se ve condenada a vivir.

Edmundo De Amicis supo, como nadie, narrar las glorias y los dolores de los apóstoles de la escuela. Y Ada Negri, hoy rica y célebre, se vuelve hacia su humilde pasado, para recordar su iniciación de la enseñanza en la aldea Motta Visconti: «¡ Fué un desastre !—son sus palabras.—Cuando entré en el aula y me acerqué, con el corazón oprimido y la cabeza alta, a mi cátedra, la clase estaba ya casi llena y reinaba en ella un ruido ensordecedor. Todos aquellos chiquillos, sucios, desordenados en el vestir, en el gesto y en la voz, parecían no darse cuenta de mi entrada. Claro era que la nueva maestra, aquella niña de vestidos todavía cortos y de fresco rostro, que en vano se esforzaba para adquirir una expresión de severidad imperiosa, no imponía respeto alguno. Otros niños entraban como se entra en un establo y se unían al barullo general. En breve fueron un centenar. Hice la llamada en voz

altísima para dominar aquel ruido—primero y grave error.—Eran ciento nueve. Probé todos los medios para vencerlos, para atemorizarlos con el rigor, para atraerlos a mí con la dulzura, para despertar la atención y la simpatía. Parecían salvajes. Cuando sonaron las tres de la tarde y partieron, prorrumpiendo, ya en la plaza, en un griterío ensordecedor, yo me oculté con el rostro entre las manos, con la garganta abrasada y la voz afónica, y me dije: «¿Esto es...? Yo no acertaré nunca.»

Sin embargo, acertó, con paciencia, con perspicacia. Pero también es cierto que en Italia, la profesión de maestra es de las menos retribuídas, de las más fatigosas, de las más espinosas que se pueda imaginar.

LAS EMPLEADAS

¡Cuánto mejor es ser empleada! ¡Telegrafista, telefonista, dependienta, dactilógrafa, secretaria, tenedora de libros! No tienen los tres meses de vacaciones, es verdad; hay un horario fijo que no concede ni un día, ni una hora de asueto; los superiores son a menudo exigentes, injustos; los colegas, molestos; se soporta el frío, el calor, el sueño... todo, pero la vida de una empleada no es comparable a la de la maestra. Su existencia se aproxima a la de los hombres y les confiere cierta independencia de costumbres, de actitud y de pensamiento; cierta soltura en los modales y una serenidad extraordinaria; sencillez y frugalidad de necesidades. Obligadas a acudir a tiempo a su oficina, no piensan en adornarse, pero tampoco descuidan un poco de elegancia y de vez en cuando de coquetería, porque deben atravesar la ciudad, encontrarse con los compañeros, con los clientes, con el público. Su vida está siempre en contacto con la vida exterior, multiforme, nerviosa, de los grandes centros, y ellas llevan sus reflejos en las caritas graciosas, pero un poco pálidas; en sus personas elegantes, pero un poco delgadas; en

la susceptibilidad nerviosa, en los ojos por donde pasan la agudeza, el cansancio, la melancolía.

Con los jóvenes que por razones de la profesión o por cálculo galante están en torno de ellas se muestran altaneras, desdeñosas, duras, frías. Pero lo hacen a menudo por diplomacia, por no despertar sospechas en los superiores o malicias en los colegas. Y después, en las tardes soleadas de los domingos, logran su desquite, fuera de la ciudad, en los arrabales, en las calles, en los jardines. Cae la fuerte coraza y la inexpugnable Walkiria se acuerda de que es mujer, que tiene veinte años, y sonríe al amor y a la primavera.

LAS COSTURERAS

Las costureras son las hijas del pasado, las mujeres que han conservado entera su feminidad con sus virtudes de paciencia, de modestia, de dulzura, de timidez. La fina labor en blanco, que exige minuciosidad, precisión, tiempo, concentra sus pensamientos en un círculo estrecho, donde un pliegue menos regular, una puntada demasiado larga, representan cosas graves. Una mancha, un tijeretazo exagerado, les quitan el sueño y el apetito: una tela rebelde las hace llorar. Trabajan ocho o nueve horas al día, sentadas bajo una ventana, inmóviles, deslumbrados los ojos por aquel blanco que se amontona en derredor suyo, que pasa bajo sus dedos pálidos, leves, agujereados por la aguja. Antes de la invención de la máquina de coser, hacían equipos enteros de ropa blanca, punto por punto, de veinte, treinta, cincuenta piezas, adornadas de pliegues, costuras, festones, bordados maravillosos por la precisión y finura, si no por el gusto artístico. Y nosotras, que hemos visto todavía alguna de aquellas camisas en el equipo de nuestras mamás, no podemos comprender cómo se han podido iniciar y llevar a cabo estas empresas de paciencia dignas de leyenda. Las máquinas de coser han librado a la obrera de ropa blanca de la desproporción entre el enorme empleo de

tiempo y el producto de su obra, pero no de la paciencia, de la minuciosidad, del cuidado que su obra necesita. Ahora con la ayuda de las máquinas y el progreso de las industrias, las costureras crean vaporosas obras de arte compuestas de sabias combinaciones de batista, encajes, bordados de todo género, cintas, que hacen parecer el íntimo vestuario de una mujer elegante a la onda de blanca espuma de que salió la diosa Venus.

Una joven cabeza femenina inclinada sobre una paciente labor debe ser sumamente sugestiva, porque casi todos los poetas le han dedicado alguna rima. Entre los más modernos y eminentes, recuerdo a Pascoli que en *La cucitrice* nos da la imagen de la piadosa hermana que cose a la puesta del sol:

. . . . . .

c'é del biondo alla finestra
tra il basilico e una menta:
é Maria che cuce e cuce.
Per chi cuci e per che cosa?
un lenzuolo? un bianco velo?
Tutto il cielo é color rosa,
rosa e oro, e tutto il cielo
sulla testa le riduce.
Alza gli occhi dal lavoro!
una lágrima? un sorriso?
Sotto il cielo rosa e oro
chini gli occhi, chino il viso,
ella cuce, cuce, cuce. (1)

LA AGUJA Y LA MUJER

La aguja es uno de los más fieles compañeros de la vida femenina. En cualquier posición social que ocu

(1) ...algo rubio hay en la ventana entre la albahaca y una menta: es María que cose y cose. ¿Por qué y para quién cose? ¿una sábana? ¿un blanco velo? El cielo todo está de color de rosa, de rosa y oro, y todo el cielo en su cabeza se reune. ¡Levanta los ojos de la labor! ¿una lágrima? ¿una sonrisa? Bajo el cielo de rosa y oro, con los ojos bajos, inclinado el rostro, ella cose, cose, cose.

pe la mujer, el sutil y punzante pedacito de acero cuyo modelo nos ofreció, quizá, la espina vegetal, brilla entre sus dedos. Si es aristócrata, también la aguja es aristócrata y tiene el aire orgulloso de una pequeña espada feudal, sobre el raso de los estuches, y arrastra tras sí como un manto el trozo de los hilos de seda multicolor, impulsada por un dedal de oro que la destina para crear artísticas idealidades con materiales finos y preciosos. Si la mujer es una buena madre de familia burguesa, también la multitud de agujas, sencillamente enhebradas de blanco o de negro, son burguesas: agujas más activas, siempre dispuestas a toda clase de labor, gran ejército de caridad que vela y trabaja. Si la mujer es aldeana, también las agujas son gigantes y robustas aldeanas, acostumbradas a remendar sacos y camisas con el mismo hilo: agujas que van consigo a la ciudad cuando se convierte en nodriza en algún hermoso palacio, y le recuerda sus montes y su gente. También la infancia ama y prefiere estas agujas, pero odia a las demás en su minuciosa escala de proporciones. Y las agujas del claustro, silenciosas, discretas, que duraron años; las agujas mundanas de las artífices de la vanidad, que las olvidan, las rompen, las esparcen por doquier, víctimas inocentes de la borrasca de la vida.

¡Oh, agujas, agujas! ¿Quién os cantará dignamente? ¡Agujas buenas, humildes, filosóficas, buenas compañeras y testimonios elocuentes de la vida femenina, consejeras de paz, confidentes de nuestros sueños, ingénuos, locos, tristes, a los cuales parecéis responder con una palabra de ritmo tranquilo, llena de sentido, relampagueando contínuamente entre el pliegue de la orla o con los rientes arabescos que se traman sobre el cañamazo, como reflejando en un lago tranquilo las quimeras espléndidas y vanas de los pobres cerebros femeninos! Agujas, agujas, que sabéis tantas cosas que los demás ignoran: angustias veladas bajo una calma ficticia, fijaciones opresoras del pensamiento, absorto en un punto, luminoso como una estrella; dudas tremendas, suposiciones falsas que dan

la voluptuosidad del martirio, horas de espera—¡ oh, cuántas !—largas, pacientes, ignoradas esperas femeninas cuya compañera es la labor ; horas de un suplicio minucioso, cruel, incesante, que el hombre ignora...

LAS INSTITUTRICES

En las novelas sentimentales de hace cincuenta años, las institutrices tenían una parte importante, ideal y aventurera. Eran casi todas señoritas ricas, caídas en la pobreza por la injusticia de algún pariente poderoso, obligadas a ganarse el pan bajo el techo ajeno, donde una señora caprichosa, una señorita mimada, ponían a dura prueba su paciencia angélica e inagotable. Después sucedía que un día la señorita y la institutriz amaban al mismo hombre, y entonces a la pobre extraña obligaba la terrible necesidad a ceder el puesto y alejarse con el corazón destrozado. Otras veces era el hermano de la señorita quien quedaba fascinado por los bellos ojos melancólicos — siempre eran ojos bellos y melancólicos — de la institutriz ; pero entonces se desencadenaban tempestades en la familia por el peligro de una unión desigual, tempestades que terminaban con la victoria del amor o del deber. Desgraciadamente, a veces, era el marido de la señora quien caía a los pies de la dulce y seductora criatura... Casos todos que podían muy bien ocurrir en la vida real.

El atractivo de una existencia al abrigo de las necesidades y de las privaciones materiales, persuade a muchas niñas y a muchas jóvenes, a las cuales el destino malo quitó las comodidades que les pertenecían, al sacrificio de la propia independencia para colocarse en casas ajenas, donde, si no padecen hambre y frío, están obligadas muchas veces a sufrir dolores morales bastante más graves.

Pero es el caso de que una señorita se aficione profunda y sinceramente a su institutriz, que a sus ojos tiene siempre un poco de gendarme, de espía, de tira-

no. Le representa todo cuanto pesa en la vida, máxime en la juventud: el deber, la renuncia, la vigilancia, el régimen, la corrección... Así, la mayoría de las veces, a cambio de una misión ejercida con celo, a costa de sacrificios -- de luchas, la institutriz no recoge más que ingratitudes.

¡Pobres criaturas! De los más tentadores halagos de una vida cómoda y alegre pasan a la austeridad de las costumbres y de los vestidos, con el deber de ser insensibles, de no tener ojos para ver, oídos para oir, voz para hablar. Pasan; y la juventud, la única primavera de la vida, declina sin que ellas hayan cogido una flor para sí, respirando el perfume de todas las flores. Cuando la niña confiada a sus cuidados se casa, si no tiene hermanas, pasan a otra casa a comenzar de nuevo su misión severa, y así hasta que la vejez las rechaza a su pueblo, con la única perspectiva de consumir lentamente las escasas economías reunidas y morir en la soledad...

LAS LECTORAS

Las lectoras de profesión van desapareciendo poco a poco. Tiempo atrás, una señora o señorita instruída y necesitada de ganancias, podía, con el empleo de alguna hora del día, sacar una discreta compensación. Iba a casa de alguna anciana señora, solitaria y triste, que por enfermedad o por edad no podía hacer uso de sus propios ojos, y le leía libros, revistas o diarios. Ocupación no ardua ni demasiado gravosa, pero tampoco remunerativa y segura. Quizá sea por su inseguridad por lo que las lectoras a sueldo han disminuído, hasta desaparecer casi. Quien tiene necesidad de ganar trata de colocarse con estabilidad; y además, se lee tan poco ahora, que nadie tiene necesidad de pagar a una persona para ello. También las señoras de edad y enfermizas, encuentran más alivio en la conversación que en la lectura, y el periódico, si acaso, se lo hacen leer porque tienen estudios elementales y qui-

zá también un curso complementario. Además, la mayor facilidad de los medios de transporte que hace la existencia más animada y más variada, lleva a menudo a la habitación de la señora anciana alegres comitivas, llegadas en automóvil, en bicicleta, en tranvía; y, tal vez, también ella olvida sus años y sus achaques para dejarse llevar.

La lectora es un tipo que desaparece.

LAS SEÑORITAS DE COMPAÑÍA

La última parte de la trilogía está formada por las señoritas de compañía: profesión ingrata, creo que más ingrata que la de la institutriz, porque la institutriz está revestida de cierta autoridad; puede también tener iniciativa, imponerse si lo juzga necesario, mientras que la señorita de compañía debe ser de una pasividad absoluta. Su método de vida está arreglado según el de la señora a quien se ha unido, a la cual está obligada y de sus tendencias. También su epíteto significa esclavitud, accesorio, desaparición de individualidad. Si la señora está alegre debe mostrarse alegre, si la señora está melancólica deberá secundarla, si la señora tiene calor deberá también ella tener calor a costa de coger un resfriado; si la señora tiene frío deberá encerrarse con ella a veinte grados expuesta a estallar...

Generalmente, las señoras que toman una señorita de compañía son todavía bellas, jóvenes, elegantes, y la señorita, obligada a las mayores severidades en el vestir, quizá a un luto perpetuo, está destinada a servir de fondo, de marco a la otra; debe alejarse en los momentos oportunos, reaparecer a tiempo; muchas veces es también directora de casa, y entonces tiene sobre sus hombros toda la grave carga de la hacienda doméstica; es objeto de las chismografías de la servidumbre, víctima de sus venganzas, de sus maldades, de sus groserías, y su posición entre ama y dependiente es extraordinariamente difícil.

Si la señora con quien vive no es joven, tendrá otros defectos, será desconfiada, egoísta; exigirá de ella los más fatigosos servicios, la más absoluta sumisión. Sombras leves, silenciosas, reflejo de acciones ajenas, pasan también éstas en los palacios patricios, en las señoriles mansiones y van... ¿dónde? Unas veces a lo alto, hacia una vida propia; otras veces al engaño, a la deshonra, al abandono, a la miseria y a la muerte.

LOS ARTÍFICES DE VANIDAD

¿Os acordáis de Mimí de la *Bohème*? Es joven, bella, vive sola en un desván, hace flores cantando, se enamora de un poeta, es feliz con un sombrerito color de rosa y de crema. Después la corriente de la vida la arrastra, la revuelve, y muere tísica, dulcemente, sobre el lecho de su primer amor. Esta historia sencilla y poética es igual, al menos en su primera parte, a la de muchas jóvenes del pueblo, las modistas, las sastresas, las floristas, las encajeras, las bordadoras, todas las que yo llamaría: artífices de vanidad. Jóvenes y graciosas porque han aprendido poco a poco el arte de adornarse, de embellecerse, por el largo contacto con las cosas bellas, ricas y finas que han refinado su gusto y sus maneras; una insignificancia basta para su ingenuidad. Los vestidos que se ponen de lana, de percal, no tienen el valor de diez pesetas, pero sus manos expertas, diestras en la elegancia han hecho con esa tela *toilettes* frescas y armoniosas, de incomparable fascinación. Van en alegre tropel al obrador de los almacenes y salen de allí a la noche, todavía más alegres, mirando si alguna conocida figura de varón, se halla por allí cerca esperando a la preferida. Su vida está llena de fáciles amores y de fáciles olvidos, una vida de mariposas en primavera, ebrias de luz y de flores. Alguna vez, sin embargo, la pasión se apodera de alguna, la hace palidecer, languidecer, la entristece: y entonces la pequeña artífice de vanidad es capaz de todo, del sacrificio más heróico, del

abandono más absoluto, de la muerte más trágica. Porque en ellas todo es impulso, todo es sinceridad, deseo de vivir, deseo de morir.

La obra de sus manos es exquisita, y, sin embargo, no se adornan nunca con aquellas finas obras de arte creadas para la riqueza. Muchas veces una maestra demasiado exigente explota su trabajo, las detiene más de la hora fijada, las obliga a trabajar también en días de descanso. Recientemente en algunas ciudades de Italia se han constituído comités de señoras para la protección de las jóvenes obreras. Vigilan para que sean respetados sus derechos y el reposo festivo.

Las artífices de vanidad han sido siempre casi naturalmente las amadas de los estudiantes y de los poetas, sus confidentes, sus compañeras de alegría y de desventura. La canción *A Mimí Pinson* de Alfredo de Musset es para una de éstas:

Mimí Pinson est une blonde,
Une blonde que l'on connait.
Elle n'a qu'une robe au monde
Et qu'un bonnet.

LAS SIRVIENTAS

He aquí las criadas en variada tropa. Es un ejército formidable en que están representados todos los grados: desde la chiquilla de quince años, astuta, arrogante, descarada, cuyo oficio se limita a llevar del mercado las provisiones alimenticias diarias y fregar la vajilla, a la camarera que habla dos o tres lenguas y lleva sombrero y blusas de seda: desde la joven cocinera desaliñada y desordenada que sisa a los amos, a la doméstica inteligente que sabe peinar como una peinadora, vestir como una sastresa, planchar como una planchadora y tiene un salario parecido al estipendio de una maestra elemental: desde la mujer de servicio que hace de todo, de cocinera, de camarera, de guardarropa, de planchadora, y en ocasiones de

tapicero y de faquín, al ama de gobierno que cuida de las ropas de los amos como si fuesen propias, pero que es caprichosa y a la que los demás criados la miran con terror.

Y toda esta gente colocada por grados de habilidad y de refinamiento en familias pertenecientes a todas las clases sociales, desde el pequeño empleado o pequeño comerciante a la de la plutocracia y de la aristocracia, viven nuestra vida, la siguen paso a paso, hora por hora, penetran los secretos más íntimos, conocen los lados más ocultos de nuestro carácter, las debilidades que podemos disimular a todos, pero no a estos testimonios perennes, que muchas veces se encuentran mezclados en las intrigas, en los escándalos, en los dramas, en las tragedias. «*Il n'y a pas de grand homme pour son valet de chambre*», decía un ingenioso literato francés para significar que las personas de servicio nos conocen bajo un punto de vista distinto de aquel por el cual nos juzgan los demás. Y los informes sobre la moralidad de una señora, sobre su vanidad, sobre su bondad de carácter, sobre su delicadeza de modales y también sobre sus cuidados personales, nadie está en mejor grado para darlos que su camarera.

Pero ¡cuán distintas estas criadas del siglo XX de las esclavas de la época griega y romana, de las mujeres puestas en la Edad Media al servicio de la castellana, a la cabeza de las cuales estaba casi siempre la vieja nodriza de ella; de las astutas confidentes de los amores femeninos en el galante setecientos que dieron el modelo del tipo de Colombina: de las domésticas del Renacimiento patriótico que seguían a las cárceles y al destierro a sus amos y los socorrían en la pobreza con sus economías! Ahora ninguna mujer de servicio resiste a la tentación de un salario mayor y por cinco pesetas más al mes abandona con indiferencia una casa en la que vivió muchos años y donde era bien tratada. Ahora se necesita pensar la frase para hacer una observación, para dar una orden, pues de lo contrario se corre el peligro de oir una mala respuesta; y la crisis de las criadas no parece resolverse, más bien

se hace cada día más grave por la insuficiencia de unas y las exigencias de otras. Una señora me contaba que una amiga suya tomó a su servicio a una joven de aspecto un poco tosco y desgarbado, la cual no era otra cosa que... ¡un hombre en traje de mujer, que entró en la casa quién sabe con qué intención! Y este hecho me parece pueda establecer un hermoso *récord* y no tenga necesidad de otros comentarios.

LA MUJER Y LA PATRIA

Cuando la patria ha tenido necesidad de la mujer, nunca ha faltado ella a la llamada. Desde la madre romana que ponía el escudo al hijo al marchar para la guerra y le decía: «O con esto, o sobre esto», dando a entender que lo quería ver volver vencedor o muerto, nunca derrotado, a las verdaderamente heroicas mujeres que ayudaron a sus maridos, a sus padres, a sus hijos a constituirse una patria, en todo tiempo la mujer recogió en su corazón el reflejo ardiente del patriotismo y lloró, tembló y se alegró según las suertes de su nación.

El cosmopolitismo moderno que tiende a hacer desaparecer los límites que separan a una tierra de otra, a una civilización de otra y hace adoptar inmediatamente cuanto se cree útil, cómodo y bello, sin preocuparse de las tradiciones, tiende a entibiar, especialmente en el corazón femenino, el fervor de la nacionalidad: muchas señoras, ponen toda clase de interés en imitar a las extranjeras, no sólo en el vestir y en los modales, sino también en la pronunciación y en la preferencia a otra lengua en la conversación y en la lectura. Por eso la mujer moderna debe tornar de vez en cuando a atemperarse en la fuente pura de su origen, o con alguna buena lectura de clásicos, o rebuscando en la historia más reciente las nobles e ideales figuras femeninas que pasaron ceñidas de una aureola gloriosa de martirio.

El profesor Luigi Re ha tenido recientemente la no-

ble idea de escribir la historia de las mujeres que sufrieron y sacrificaron todo por Italia oprimida bajo el yugo extranjero e iniciando la digna obra con un hermoso volumen dedicado a Teresa Casati Confalonieri, escribe en las primeras páginas: «¡Qué larguísimas veladas he pasado en la compañía de tantas gentiles figuras evocadas en torno a mi mesa! ¡Qué conversaciones, qué historias rebosantes de amor, de dolor y de valor; qué narraciones entusiastas y gloriosas he recogido de sus dulces labios! Narraciones de madres a quienes han arrancado a los hijos de sus brazos para ser sepultados en las húmedas cuevas del Spielberg, de Josephstad, de Lubiana, cuando un destino más benigno no las reservaba para las horcas de Belfiore; de esposas que durante largos años siguieron al marido al destierro, por tierras lejanas, entre gente desconocida, donde el cielo no tenía el esplendor del nativo, donde el aire no estaba impregnado de los perfumes exhalados por las flores de la patria; narraciones de mujeres del pueblo que, con vestidos masculinos, llevando a modo de tahalía una faja tricolor y al hombro un fusil, salieron a las barricadas, para combatir como guerreros de Homero; de damas nobles que transformaron sus antiguos salones en febriles fraguas de amor patrio; de poetisas que con fe de apostolado e inspiración de profeta vaticinaron días de libertad y de amor y renovaron el prodigio de Tirteo animando a la lucha épica con sus libres cantos; de animosas que siguieron a los ejércitos a los flamígeros campos de las más cruentas batallas y no temblaron al retumbar del cañón, a veces gentiles abanderadas, sabiendo que allí por donde ellas pasaron debía también pasar envuelta en su fúlgido manto la gloria, recordando que no sin motivo la sabiduría antigua había personificado a la Victoria en una mujer y que no sin motivo la mitología alemana hacía transportar al cielo de las marciales Walkyrias los cuerpos de los héroes caídos en la batalla.»

A esta eficaz y evidente evocación, nuestra alma femenina, de nosotras, nacidas para mejores destinos, se vuelve llena de reverencia hacia las sombras dolo-

rosas, gentiles y fuertes, y les pide que perpetúen sobre la tierra que tanto amaron, un rayo de su sublime virtud de valor, de abnegación, para que las madres puedan transmitirla a las nuevas generaciones para orgullo y ventura de la patria.

LAS FEMINISTAS

Las mujeres patriotas tuvieron en el pasado campo donde ejercitar su acción; las feministas están llamadas a desenvolver su actividad en los nuestros y quizá más en los tiempos futuros. El feminismo es un fenómeno de importancia que recibimos del nuevo mundo, que ha sido mucho tiempo combatido y caricaturizado por nosotras, pero nunca estudiado con alguna seriedad para discernir cuánto de bueno, de justo y aún de noble, contienen las inexorables imperfecciones inherentes a toda novedad. Se han parangonado las feministas a las amazonas de nueva especie, a absurdos marimachos; se las ha proclamado apóstatas de la feminidad en cuanto tiene de más santo, natural y gentil; revolucionarias peligrosas para la paz de las familias, ineptas e indignas de educar las nuevas generaciones. Y se ha exagerado mucho para poner en guardia a la mayoría de las mujeres contra las nuevas doctrinas y las nuevas tendencias.

El feminismo, en el significado de mejoramiento de las condiciones sociales, intelectuales, jurídicas y aún morales de la mujer, no debe amedrentar ni indignar a nadie, porque significa, sencillamente, una evolución natural del espíritu femenino que desea mantenerse en equilibrio al mismo tiempo.

Existe una ley inevitable, en virtud de la cual lo que no aumenta disminuye: es preciso, pues, fatalmente, adelantar o retroceder. Y puesto que todo evoluciona, todo progresa, todo se perfecciona ¿por qué sólo la mujer ha de permanecer refractaria a este movimiento universal, la mujer, que es parte de la humanidad y que en la vida de los pueblos, puede muy

bien dar con sus costumbres, sus actos, su pensamiento, el indicio de un grado de civilización y de moralidad? Si el hombre y la mujer no preparan unidos el progreso, quedará siempre algún desequilibrio, alguna laguna, alguna disonancia, su pensamiento y su lenguaje serán diferentes, no se comprenderán, como dos individuos de épocas distintas puestos a vivir juntos.

Esto sienten y piensan ahora las más inteligentes mujeres italianas que representan dignamente el feminismo nacional, para reivindicaciones de derechos, para ayudar a las industrias o para el mejoramiento de la cultura social de la mujer. Entre muchas de las que le dieron impulso pueden citarse: Ada Negri, Emilia Mayno Bronzini, María Pasolini, Rina Monti, María Montessori, Angelica Devito, la condesa Spalletti, Teresa Labriola. Ahora estas señoras tratan de obtener del Parlamento el sufragio femenino y han instituído un comité nacional italiano, en el cual han entrado mujeres de diversas clases sociales.

LA MUJER Y EL CIGARRILLO

Después de haber visto a las mujeres heroicas y a las feministas, vamos a considerar brevemente una costumbre que no sería conocida si en la opinión popular no fuese mirada como un indicio esencial de emancipación, de afirmación, de igualdad entre los sexos, de alegre rebelión a las plácidas virtudes femeninas, a sus tradiciones de reserva y de gracia suave: el fumar.

¿A quién habrán pertenecido los primeros labios mujeriles que oprimieron el pequeño rollo de papel lleno de tabaco perfumado? Me parece imaginarlo... no a una pura niña o a una casta esposa. Quizá fué a una compañera de aquellos artistas bohemios que gobernaron el mundo intelectual latino en el siglo décimonono. Pero en Oriente, las encerradas y veladas mujeres ya hace tiempo combatían el aburrimiento y se entorpecían con los vapores del opio.

Jorge Sand fumaba, no como una odalisca, sino como un turco, en pipa; Musset hizo su caricatura en un dibujo cuya reprodución vi. De entonces acá todas las mujeres que fueron o quisieron parecer despreocupadas, fumaron: pero, por fortuna, la mayoría se limitó al cigarrillo. Algunas, sin embargo, no lo hacen por vanidad o por afirmar su carácter, sino por costumbre, por verdadera necesidad física, como los hombres. Yo he conocido mujeres impecables cuya vida fué toda abnegación, una cadena de nobles sentimientos y de nobles acciones y que adquirieron esta costumbre y nunca pudieron renunciar a ella. Es cierto que nada hay en ella reprensible o vergonzoso: lejos de esto, algunos encuentran que una joven fumando un cigarrillo adquiere una gracia más. Yo no sería de esta opinión. El gesto con que una bella mujer lleva a la boca bermeja el cigarrillo y exhala el humo a lo alto velándose entre sus espirales como una deidad entre las emanaciones de los perfumes votivos, quitando después con el dedo meñique la ceniza acumulada en la extremidad del pequeño rollo, es un gesto que puede ser gracioso. Pero los inconvenientes del uso del tabaco superan, se me figura, a las ventajas de este vicio. Los vestidos recogen y conservan el acre olor del humo, como el alimento; los dientes y los dedos se ensucian; el paladar y el olfato atenúan su finura. Una señora estará obligada a usar fuertes perfumes, porque un perfume delicado es inmediatamente sobrepujado por el aroma del tabaco, y su proximidad será advertida como la de un joven. No hablemos de los motivos higiénicos que se oponen a esta costumbre. Los médicos la reprueban en el hombre como dañosa para sus facultades mentales y para sus órganos respiratorios: pensemos, pues ¡cuánto más nocivo será para la mujer por su organismo más sensible y delicado!

Las señoras modernísimas, quizá por esta complicación de razones o por una educación más racional, desdeñan todas los cigarrillos, que, por lo demás, también muchos hombres de las nuevas generaciones

abandonan. Y yo señalo esto como una pequeña ganancia, entre las grandes, del progreso.

LAS HERMANAS DE LA CARIDAD

Las hermanas de la caridad... He aquí una viva expresión de lo piadoso, invicto, misericordioso y puro que contiene el alma femenina. Van por el mundo con el rosado rostro juvenil o el pálido rostro rugoso enfajado por las vendas blancas, bajo la cofia de la Orden de San José, bajo el pequeño manto de teja de San Vicente o de Santo Domingo, bajo las blancas alas de las poéticas hermanas grises; van, misteriosas, sin más contraseña que un nombre suave, un epíteto sagrado; ven todas las miserias, todas las suciedades, todos los dolores, todas las infamias; pueblan las cárceles, los hospitales, los hospicios, los manicomios, los asilos de los ancianos, los refugios de los niños abandonados. Sobre sus hombros de vírgenes místicas y fieles reclina la cabeza el asesino moribundo, la prostituta arrepentida, el poeta loco, el niño expósito inocente; en su brazo se apoya para dar los últimos pasos el viejo encorvado, la joven convaleciente que sale por la primera vez, el soldado herido, la parida casada y feliz. Sus piadosas manos cierran los ojos a los difuntos, arreglan sus despojos, guían a las pequeñas manos infantiles para unirse para la plegaria, para señalar sobre la frente y el corazón el signo de la Cristiandad. Sus labios pálidos y finos que nunca han dado ni recibido el beso que vence a las almas, como no pertenecen ya a la tierra, se abren sólo para invocaciones piadosas, las intercesiones por los que no saben orar o no rezan ya, y sólo murmuran palabras de paz, de caridad, de sumisión, de lamentación. Vienen de la sombra silenciosa y plácida de sus conventos, van donde los males del mundo las llaman; consuelan, benefician, reconcilian, devuelven a la vida o preparan a la muerte y después desaparecen también en la sombra, sin dejar rastro... ¡Oh!

¿Dónde estaréis ahora, vosotras que sufristeis conmigo, que visteis mis tristezas y mis lágrimas, vosotras que rogasteis conmigo, sor Carmelina, de un misticismo ardiente; sor Catalina, de la sencillez Franciscana; sor Edigia, jovencita suave y tierna que amedrentada por la primera revelación del amor huiste a refugiarte en el claustro como una palomita asustada por el anuncio del huracán? ¿Dónde estáis, hermanas? ¿Continuáis en el mundo vuestra misión de piedad o habéis partido para vuestra Patria celeste? De todos modos, vosotras no leeréis nunca estas palabras, y nunca sabréis que estampo aquí vuestros nombres como sobre una lápida de memoria y de gratitud, y todavía os bendigo.

LAS SENSUALES Y LAS ROMÁNTICAS

Dice Paul Bourget: «*Le cœur fait de la femme un être sublime, les sens dans leur brutalité en font un être vrai. Le monstre commence avec la froideur morale et physique dans le cervau.*»

El psicólogo francés juzga, pues, a la mujer «cerebral» inferior moralmente a la mujer sensual, e indica la frialdad física como una deficiencia. En efecto, por repugnante que sea el exceso de la sensualidad en una mujer, la completa frialdad la hace más desagradable. Hay mujeres francamente sensuales, sin vicio; porque son jóvenes, de rica vitalidad y obedecen, inconscientemente muchas veces, a las fatales y poderosas leyes de la Naturaleza. Criaturas de expansión, de exuberancia, de generosidad, capaces de infringir todas las leyes humanas y divinas por seguir su instinto y capaces de una acción heroica; enteramente ilusas sobre los sentimientos de los demás respecto a ellas, eternamente arrepentidas, eternamente sacudidas por la tempestad hasta que el océano las engulle y pagan con una muerte dolorosa y trágica la única culpa de su existencia; el amor. Aman la vida cómoda, los pequeños placeres materiales del comer,

beber, pasear en mullidos vehículos, acostarse sobre blandos lechos, pero no son perezosas, no son descuidadas, a menudo son activísimas, porque la riqueza de su vida orgánica las instiga a una acción contínua y frecuentemente incansable y febril. Aman con delirio, escriben cartas de fuego sin buscar las frases, como las dicta su sangre en tumulto, su llama viva; a veces con errores de ortografía y de gramática. Pero saben mejor el lenguaje de los besos que la manifestación sabia y elegante del pensamiento...

Con este grupo ardiente hace contraste el de las pálidas románticas. Estas no saben concebir el amor más que al claro de la luna, o en presencia de un paisaje de tarjeta ilustrada, o en un elegante salón a la lívida luz del crepúsculo, a los rojos resplandores de la puesta del sol. Su ideal es un poeta pálido, de ojos negros, que escribe rimas en tono menor. Las islitas Aleardianas que «se miran siempre y no se tocan nunca», son para ellas la expresión más alta del amor y de la vida. Desprecian todo cuanto se refiere a la existencia material, los alimentos, las bebidas, el sueño; nunca tienen necesidad de nada, son como seres de otra esfera aislados sobre la tierra. La música es su único deleite, música del sueño, de aspiraciones inapagadas e inapagables; las novelas idealistas su alimento espiritual; aman las flores, conocen su lenguaje y las dan con intención; entre los animales prefieren los más exquisitos, los más inofensivos; los canarios, el gorrión solitario, los inseparables, y a su muerte lloran...

El amor en su verdad, en su fusión de alma y de sentidos, en su completo abandono, en sus consecuencias de la maternidad, en su aureola de la familia, les repugna. El límite extremo del amor es para ellas un beso en la mano, como en la Edad Media, o en la frente al despedirse... Juzgan el matrimonio como una degradación, una desilusión; y un esposo de buen apetito puede constituir para su alma vaporosa el máximo de la infelicidad. Los niños son la humillante confirmación de un hecho que las románticas no admi-

ten en teoría y que sufren; así, pues, los miran suspirando, están molestas con ellos y los tienen todo lo lejos posible. En compensación, sus cartas son poemas ricos de imágenes delicadísimas, de descripciones de paisajes, de lirismo elegíaco, de perfumes, de memorias, de inciensos, de nostalgias...

LA MUJER DE INGENIO

Nada es más peligroso que el ingenio, porque nada más fácil que abusar de él. Es una riqueza que se tiene siempre al alcance del pensamiento, que no disminuye, sino que se renueva de contínuo como el agua de una fuente natural; que no se atenúa con los años, sino que más bien se acrecienta, porque se nutre con la experiencia, con la observación de los hombres, de los acontecimientos y de la vida. El ingenio de buena ley no es fácil de encontrar, especialmente en la mujer, porque además del don natural de una agudeza de juicio y de una vivacidad física siempre pronta a ponerse de manifiesto, es necesaria cierta superioridad de cultura, cierta intelectualidad y mucha finura de tacto para que el talento no degenere en insolencia o no se desvíe hacia la pendiente peligrosa de la vulgaridad.

El ingenio es un gran recurso en la vida, no porque ayude a sufrir menos por los desengaños y por las malas acciones de los otros, sino porque ayuda a superar las dificultades con aparente bondad y nos hace parecer siempre vencedores aun cuando en realidad hayamos sido derrotados.

Una mujer de ingenio sabrá siempre salir airosa aun en los casos más difíciles; podrá, si quiere, salvarse en clalquier riesgo, porque nada resiste al poder alegre y feroz del ingenio, que con una frase derriba el más sabio edificio que la ficción, el sensualismo, la astucia, puedan construir por algún motivo egoísta.

Las manifestaciones de la pasión más ferviente,

las mayores audacias, las más pacientes demostraciones se agitan como castillos de naipes por la palabra ingeniosa que opone un engaño todavía más diestro; que castiga con soberbia desdeñosa y magnífica a quien trató de abusar de la debilidad y de la buena fe.

Ninguna defensa más noble y eficaz para una mujer, que ésta, si tiene la ventura de poderla usar y servirse de ella a tiempo. Muchas mujeres fueron consideradas inexpugnables precisamente porque su ingenio punzante, batallador, las rodeaba de un cerco contra el cual todas las armas se desviaban. Pero, lo repito, el ingenio es peligroso, porque el familiarizarse con él puede acostumbrar para siempre al alma y entonces cualquier sentimiento bueno, verdadero y profundo que duda al manifestarse, puede ser herido y alejado por la palabra graciosa y cruel. Quien abusa del propio ingenio muy fácilmente queda solo, o, al menos, excluye de sí los tiernos y devotos afectos. Generalmente las mujeres de ingenio tienen el corazón un poco árido; son intelectuales, y todo su poder vital se explica en el cerebro. Así, son más admiradas que amadas; hechas más para la sociedad que para la familia. Hablo de aquellas en las cuales la feliz aptitud de la palabra brillante, de la respuesta pronta, del apropósito agudo tiene superioridad sobre todo otro afecto o facultad; pero he conocido muchas mujeres de ingenio que saben ser, al mismo tiempo, cordiales, afectuosas, expansivas, buenas; para las cuales el ingenio no es otra cosa que un adorno más. Criaturas preciosas y benéficas porque, en las tristezas, el sol que de ellas irradia se comunica a otros y reanima y cura, y tal vez salva devolviendo perdidas esperanzas, perdidas energías. Una mujer de ingenio ante el lecho de un enfermo aprensivo, al lado de un neurasténico, de un niño caprichoso, entre los choques de muchos caracteres distintos, puede realizar verdaderos prodigios. Una mujer de ingenio puede también dar alguna buena lección a un soberano. El ejemplo nos lo ofrece la duquesa de Fleury, una dama que pasaba por ser un poco ligera y galante y que

había tenido varios amores; pero estaba dotada de un espíritu mordaz y delicioso. Napoleón I al volverla a ver después de algún tiempo, con aquella rudeza de lenguaje que le era peculiar, le preguntó bruscamente:

—*Aimez-vous toujours les hommes?*

—*Oui, sire,*—respondió la duquesa haciendo la reverencia en toda regla,—*quad-ils sont polis...*

Y por una vez al menos, el conquistador de tierras y de corazones fué derrotado.

OPTIMISTA Y PESIMISTA

Las mujeres optimistas y las pesimistas están de frente como dos polos opuestos. La una es el blanco, la otra el negro; la una la luz, la otra las tinieblas; la una la música festiva, la otra la música fúnebre. Entrambas pueden hacerse mal a sí mismas y a los demás por los excesos a que espiritualmente se abandonan.

La optimista es una eterna ilusa. Se persuade de ser bellísima, de ser amada por todos por su seducción y sus cualidades, con desinterés único en el mundo. Si tiene desilusiones en su juventud, se consuela pronto de ellas, pensando que otra vez será más afortunada. Cuando se casa, su esposo es el más simpático, el más educado, el más inteligente, el más fiel; aunque sea más feo que el pecado, tosco como un mozo de cuerda, ignorante como un analfabeto, obtuso como un topo y traidor como un gato. Sus niños serán los más sanos, los más hermosos, los más inteligentes, y ensalzará de contínuo sus cualidades. Se proclamará felicísima; su casa le parecerá un paraíso terrestre y el amo de casa un arcángel de condescendencia; los vecinos, personas estimables y honradas; la ciudad en que habita la más bella del mundo.

Las enfermedades, las desventuras, pueden visitar su morada y ella no se asustará; el mal es cosa ligera, las otras desgracias tampoco serán irreparables. Y la muerte puede seguir a la enfermedad; la disgrega-

ción y la ruina pueden suceder a los desacuerdos y a la mala administración; la optimista bajará un poco la cabeza y encontrará enseguida otros motivos para amar todavía la vida y encontrarla buena.

Lo contrario sucede en el alma y en la existencia de la pesimista. El más común desengaño la hará caer bajo el peso de una cruz que juzgará demasiado grave para sus fuerzas; en las personas queridas ve, antes que todo, las deficiencias, los defectos, y se aflige de todo y se queja con todos. La más ligera indisposición es para ella el principio de una enfermedad incurable; un mal negocio, el preludio de la ruina; el acontecimiento más vulgar de la vida, un viaje, un matrimonio, un nacimiento, un traslado, son para la pesimista amenazas obscuras del destino. Ella hace la existencia pesada a sí misma y a los demás, difícil, taciturna; la atmósfera que la rodea es irrespirable, porque sacará de todo acto, de toda circunstancia, de toda palabra, motivo de lamentación y de ofensa. Si las desgracias caen de verdad sobre su casa, puede experimentar una turbación física, capaz de volverla loca o maniática.

La optimista por ceguedad, por imprevisión, por costumbre de negar lo feo y lo peligroso para no turbar su inquietud serena, corre el peligro de caer en el piélago y ahogarse, y de ser la causa involuntaria de la ruina propia y de la agena. La pesimista, con sus dudas, sus temores, su negación perpétua, se priva de todo posible consuelo en la vida, de toda fuerza de reacción, agrava todo mal y aleja el remedio.

COQUETERÍA FALSA

Civetteria y *coquetterie* significan en el fondo la misma cosa, pero el vocablo francés tiene menos alcance que el italiano. Se puede decir a una señora francesa que tiene *coquetterie* en el vestir, en el hablar, en los movimientos, sin ofenderla, sólo con la intención de dirigirla un cumplimiento gracioso; mientras que

a una italiana no se le podrá decir que tiene *civetteria* sin ofenderla, sin que la frase sea, por lo menos, poco correcta. Depende quizá, la diferencia—de matiz—de la diferencia de lo que expresa. El carácter de la mujer francesa posee en sumo grado esta cualidad esencialmente mundana que no se aprende, que no se enseña, que se manifiesta a propósito de todo; en la elección de un color o de una moda; en el modo de sentarse, de caminar, de levantar el vestido; de responder a un cumplimiento, de tomar una taza de té, de oler una flor. Cualidad que requiere, quizá, un poco de artificio en el sentimiento y en las costumbres y que la mujer italiana menos diestra porque es más espontánea, menos minuciosa porque es más apasionada, no asimila nunca tan perfectamente para hacer con su propia Naturaleza un todo indisoluble. La coquetería de una señora o de una señorita de las nuestras, se traiciona una vez u otra a los ojos de un agudo observador, que ve claramente transparentar a través de ella el deseo de agradar, de eclipsar, de triunfar; la preparación, el estudio. Cuando la coquetería es sabia y refinada, y se acompaña con la gracia, si no con la belleza, llega a seducir igualmente, pero asume aquel matiz, diverso de nuestras vecinas las francesas y parece por su significado a un bálsamo que hace proferir o aceptar el epíteto sin reservas.

Las soberanas de la coquetería pertenecen al grupo de las actrices parisienses. Ser parisién y actriz equivale a poseer una doble feminidad exquisita. Ellas conocen todo el efecto posible del vestuario, en sus líneas, en sus combinaciones, en sus colores; la magia de la voz, la fascinación de los melancólicos abandonos, el arte de una posición, de un movimiento, de una sonrisa. Pero así como la coquetería es inofensiva y atrayente en la escena, en la vida es dañosa. Es algo así como el ingenio: fácilmente se abusa de él, y aleja las cualidades verdaderas y profundas.

A propósito de la coquetería francesa, he aquí lo que aconseja un hermoso ingenio a la mujer para ob-

tener un amor fiel: «Tomar un poquito de celos de la española, un matiz de coquetería de la francesa, una corona de besos de la italiana, una niebla de frialdad de la inglesa, fundirlo todo junto, y he ahí la receta para conservar el amor.»

VERDADERA GENTILEZA

Muy comúnmente se dice de una señora que es gentil, pero en substancia la verdadera gentileza se encuentra raramente. Porque es preciso no confundir por gentileza la cortesía de forma y de palabra aprendidas del galanteo y que hoy no ignoran ya ni siquiera las dependientas de comercio y las camareras, pues es el perfume del alma, natural emanación de los elementos delicados y superiores de que está compuesta. Muchas veces la gentileza se halla en una persona poco experta de las formalidades de la vida social. Muchas señoras se adornan con la gentileza como con un vestido de ceremonia y privan de ella a las personas de su familia, esto es, a las que mejor podrían apreciarla. ¿En qué consiste la verdadera gentileza? Como todas las virtudes ideales, en una complicación de pequeñas cosas casi indefinibles como un perfume compuesto de millares de aromas. Un cuidado espontáneo, un recuerdo fiel, una ayuda no pedida, la elección de un objeto en vez de otro para un regalo; una mirada; una palabra dicha a tiempo o una conversación prudentemente desviada, pueden constituir otras tantas pequeñas manifestaciones de esta cualidad que atrae tan dulcemente a los corazones. Indicio de verdadera gentileza puede ser el vestir modestamente al ir a hacer una visita a alguna amiga menos favorecida por la fortuna; poner en relieve con gracia las dotes de una persona que viene a nuestra casa; estudiar los gustos de alguien y satisfacerlos en ocasión oportuna; hacerse, en suma, eficaces intérpretes de la vida agena. Esta gentileza procede directamente del alma y es por completo diversa

del sencillo producto de las leyes de la educación y no sale de los límites del amaneramiento o pierde todo su valor en la adulación.

LA SERIEDAD

Hay algunas señoras un poco ingenuas e inexpertas, que para demostrar a los demás la seriedad de sus propósitos y la rectitud de su vida, se creen en la obligación de adoptar un continente especial que aleje la más vaga idea de galantería respecto a ellas, la más inocente prueba de admiración. Se cubren, como con una coraza de acero llena de puntas de hierro, de una seriedad rígida, inmutable, que toman al salir de casa y la dejan cuando vuelven, portándose después entre las paredes domésticas como son en realidad, sencillas, serenas, afectuosas y a veces vivarachas. Pero estas señoras piensan que reir en público, decir una agudeza, dar una broma a una amiga, responder con desenvoltura a una pregunta, mostrarse, en fin, lo que son, es indigno de una buena educación, de posición de mujer casada, de su respetabilidad de señora de bien. Y, muchas veces, les es necesario hacer un esfuerzo para contenerse, porque su juventud las incita a una confianza más alegre; porque las conversaciones en torno suyo son cómicas y a ellas les agradan mucho, pero refrenan el impulso como una tentación y permanecen impasibles, compuestas, en su posición de ídolo que desdeña mezclarse con las humanas locuras. Por la calle responden apenas a los saludos, sin sonreir; si encuentran a una amiga no la detienen nunca, aunque no la hayan visto desde hace tiempo y les sea muy apreciada. Temerían hacer algo inconveniente deteniéndose en la calle. En el teatro no hablan, no ríen, no osan mirar con los gemelos más que al palco escénico, donde concentran una atención que no tarda en aparecer simulada. En realidad no se fijan más que en su personalidad, del efecto que pueden producir sobre los demás, pero no

por el deseo de agradar, sino por el temor del reproche. Porque el miedo de la crítica es poderoso en ellas y es quizá el secreto motivo de aquella máscara que se imponen como los antiguos cómicos cuando recitaban un papel. No osan hacer una cortesía ni agradecerla; temen que se observe la preferencia dada o recibida; no se atreven a expresar sus pensamientos para que no sean mal interpretados; tienen hasta el pudor de sus males físicos y son capaces de serios heroísmos para ocultar sus sufrimientos cuando se hallan entre la gente, no por fuerza de ánimo, sino porque no les parece conveniente manifestarlos.

LAS CORTESANAS

La belleza plástica de las formas, la elegancia y el refinamiento es mucho, ciertamente, para la mujer que desea gustar, pero no es todo. Lo que hace más duradero el sentimiento de admiración que ella despierta, o su imperio, reside en su parte espiritual. Y la mayor prueba nos dan las cortesanas célebres, las favoritas de los reyes. Estas criaturas voluptuosas sintieron quizá la inestabilidad de su dominio si lo confiaban puramente a la seducción material y recurrieron a las partes más nobles de sí mismas rindiendo homenaje, casi inconscientemente, a la espiritualidad. Y cultivaron sus ingenios y adornaron su mente. Tullia d'Aragona consiguió elevarse de la vulgaridad de las cortesanas de su tiempo, y sus relaciones intelectuales con Bernardo Tasso, Sperone Speroni, Girolamo Muzio, Benedetto Varchi y otros ilustres contemporáneos le crearon una aureola de renombre que no habría tenido si se hubiera limitado a continuar en la esfera de la baja sensualidad. Las cortesanas de Grecia, en los tiempos de Pericles, eran cultísimas y entendían de arte y eran galantes como sus amantes que fueron los más famosos artistas y poetas de la antigüedad. También en la Roma de Augusto las cortesanas de las cuales Horacio, Cátulo, Tíbulo hacen

mención, eran instruídas y sabían apreciar toda elegancia de producción ideal. Y en los siglos de León X y de Luis XIV tenían el orgullo de ser preferidas por algo más que por su belleza. La Pompadour, que durante tantos años tuvo vencido al inconstante Luis XV pedía, y no en vano, al arte y a la estética el filtro de la felicidad. He aquí lo que dice Enrique Vencioni en sus bellísimos «*Medaglioni*»:

«Las bellas artes no sólo fueron protegidas por ella sino que recibieron el sello característico de su gusto elegante y decorativo. Ella misma era artista. Sus *aguafuertes* son también hoy apreciadas y admiradas. Los restos de su famosa biblioteca son rebuscados ávidamente por los bibliófilos. Imprimió y ayudó a imprimir con sus delicadas manos, en Versalles, una tragedia del gran Corneille. Las manufacturas de Sèvres, el *género Pompadour* brilla por una gracia y una elegancia únicas. Protegió a Vanloo y a Cochin, benefició constantemente a Boucher. A ella se debe el *Amor* de Bouchardon, insigne obra de arte; a ella las piedras labradas de Gai. Y todas las gracias, todo el gusto de la época parecían derivar de ella. Protegió las artes y a los artistas, no como orgullosa protectora, sino como compañera, con pasión, más que con ambición. El arte francés de su tiempo fué su refugio y su consuelo entre los disgustos de la favorita y los aburrimientos y las opresiones de la política. Ella, la primera, combatió el arte tradicional y académico, los eternos modelos greco-romanos e invitó e impulsó a pintores y escultores a representar la vida contemporánea. Ella, la primera, aplicó el arte a la industria, y puso, por decirlo así, su *firma* a millares de objetos de uso y de lujo, muebles, lechos, carrozas, abanicos, estuches, relojes y bibelots de todo género; *firma* reconocible a primera vista, de un *rococó elegante* y voluptuoso; en una palabra, el género *Pompadour*. Tenía, pues, razón Carlos Vanloo cuando, durante la última enfermedad de la marquesa, pintó a las Artes arrodilladas a los pies del Destino intercediendo por su vida».

«L'art purifie tout» dijo Sarah Bernhardt, y, en efecto, parece que confiere una nobleza y una elevación aun a los elementos y a las almas menos fuertes cuando entran en su templo.

EL ESCALÓN MÁS BAJO

Hay, sin embargo, desgraciadas que ni siquiera al Arte socorren porque del fondo de su miseria no pueden ir a él. Las cortesanas de lujo que pueblan Montecarlo, Niza, París y Roma, pasan en coche o en automóvil entre la gente, pueden parecer a algunas almas sencillas, desconocedoras de la psicología, dignas de envidia por el esplendor de oropel que las envuelve. En la jerarquía social ocupan el escalón más bajo, que está ocupado por las esclavas blancas, de la única forma de esclavitud que todavía subsiste y que es vergonzosa, indigna de nuestra tan elogiada civilización. Una esclavitud favorecida por los vicios y la animalidad del hombre, por especuladoras infames que abusan de la miseria, de la debilidad, del extravío, quizá momentáneo, de jóvenes que nunca más podrán rescatarse. Y estas mujeres encerradas en las tristes casas de vergüenza, ante las cuales una mujer honesta, si se ve obligada a pasar, acelera el paso y ruboriza, no tuvieron en sus venas el impulso maligno y morboso que las arrojó al abismo. Algunas se echaron por desesperación, después de la traición de un primer amante; otras cayeron por mal ejemplo; otras fueron vendidas por sus mismos padres... Y para éstas viene la hora terrible del espanto, del arrepentimiento, de la rebelión...

Otras son libres y vagan por las calles en las altas horas, ofreciéndose a los transeuntes. A todas nosotras nos ha sucedido encontrar a alguna de estas miserables criaturas al volver a casa del teatro o de alguna velada transcurrida en un simpático salón, entre arte, flores y alegre conversación. Y nuestra mano se apoyó más fuerte en el brazo de nuestro marido, de nuestro

padre, de nuestro hijo, de nuestro hermano y temblamos como si hubiéramos entrevisto el fantasma de la desventura. Seguramente que estas mujeres tienen la vergüenza de nuestro sexo y la peor miseria de nuestras ciudades; son la pesadilla de las madres que saben que sus hijos son su fácil presa; pero junto a nuestro natural disgusto no falta un sentido humanitario y cristiano de piedad. ¿Qué mérito tenemos nosotras si el destino nos hizo nacer en una familia que cuidó todas nuestras buenas tendencias y procuró por todos los medios extirpar las malas? ¿Si hubiéramos nacido en sucias cavernas como aquellas vagabundas nocturnas de ojos brillantes y pintados en el rostro embellecido; si nuestra adolescencia hubiera sido irritada por la miseria? Y nuestras debilidades, nuestros errores, ¿no son menos excusables que los suyos, aunque sean menos graves, nosotras que tenemos un ideal de elevación, a quienes los padecimientos de la miseria no obligan, que tenemos en nuestro derredor nobles ejemplos, consoladoras palabras, que en la conciencia no tenemos ofuscado el sentimiento del deber?

¡Fuera el orgullo! Quizá una de aquellas criaturas, en nuestro lugar, habría resultado mejor que nosotras...

EL TEATRO Y LA MUJER

Se ha discutido recientemente la cuestión de si las señoras pueden asistir a *ciertas* representaciones teatrales; cuestión que no solamente encierra un caso de conveniencia social, sino que se extiende al campo de la dignidad personal, de la reserva, de aquella virtud, en fin, de que la mujer debe ser sola y celosa custodia. Ahora, estoy segura de que toda mujer honesta a quien se pidiese su parecer sobre esto, sobre si una señora respetable puede asistir a una comedia sucia y trivial, impunemente, sin sentirse molestada, sin recibir una mala impresión y dar a los demás el derecho de acusarla, por lo menos, de ligereza o de locura, es-

toy segurísima de que todas ellas responderían que no. Pero no estoy menos segura de que en la práctica, en la primera ocasión, la mayor parte de estas señoras no dudan un momento en ir a estos espectáculos justamente condenados. ¿Y por qué esta incoherencia? ¡Oh, los motivos son tantos! La proposición del mismo marido, la invitación de un amigo, la facilitación de un puesto o de un billete, la curiosidad invencible, el engaño sobre la verdadera esencia de la comedia, el temor del ridículo absteniéndose, el ejemplo de los demás y, en fin, aquella especie de descaro que la mujer más severa en cuestión de moral y de decoro no deja nunca de mostrar cuando se expone a los pequeños y grandes peligros y que manifiesta siempre con una frase: «En fin, ¿qué mal hay en ello? ¡Yo no hago nada malo!»

Pero la tolerancia del esposo, las invitaciones y el ejemplo de las amigas ligeras, un amor propio mal comprendido, una curiosidad de mal género, no deben nunca ser motivos suficientes para hacerla transigir con la celosa delicadeza de su sentimiento más íntimo, con la pura poesía de sus gentiles idealidades.

No hablo del teatro inmoral en género; me limito al caso especial del teatro pornográfico. La palabra es fea, pero lo que expresa es todavía más feo, y, desgraciadamente, ninguna demuestra indignarse u ofenderse. Una señora que se propusiese abstenerse de asistir a las comedias sencillamente inmorales, debería renunciar a conocer tres cuartas partes de la producción dramática moderna. Pero podrá abstenerse, no obstante, sin daño de su cultura artística y literaria, de ser espectadora en las antiestéticas e indecentes *pochades*, en las cuales el arte no tiene mucho que ver; donde el interés, la intriga, el ingenio, no tienen otra base u otro fin que el de un instinto animal y grosero, que obstruye toda visión serena y rebaja el nivel moral al ínfimo grado. Así como una mujer de educación refinada y de ánimo noble no se entretendría en oir con complacencia la narración de bromas de taberna, o evitaría entrar en un salón al final de una cena de li-

bertinos, aun con la seguridad de ser materialmente respetada; o no toleraría en sus recepciones conversaciones demasiado audaces, tampoco puede ir allí donde su alma femenina puede recibir impunemente las más brutales ofensas. Y esta privación se debe hacer sencillamente, sin ostentación de *pruderie*, sin aire de dar lecciones de moral, sin demostrar sacrificio. Responda, a quien la pregunte, que aquel espectáculo «no la interesa» y basta. Una propaganda libre, confidencial, privada, de amiga a amiga, de señora inteligente a pequeña burguesa que no sabe ni tiene el deber de saber, me parece suficiente.

No hablo de las señoritas, porque me parece imposible que existan mamás tan necias, tan depravadas o tan ingenuas que lleven a sus hijas a ciertas escuelas de costumbres; como me parece degradante para una madre dejar a la hija jovencita para ir donde se avergonzaría de tenerla a su lado. Lo mismo digo de los *café-chantants*, los Edén y otros por el estilo, que yo no quisiera ver nunca frecuentados por señoras y señoritas decentes, aunque fuesen acompañadas de sus maridos o de sus padres.

LAS CUPLETISTAS

Sin embargo, estos Café-cantantes, estos Edén, estos paraísos prohibidos son el ideal y la alegría de la juventud, no solamente masculina, sino hasta femenina. El esplendor de luz de los pequeños teatros, el avasallador centellear de las joyas falsas, los trajes de vivos colores, los tocados caprichosos, las canciones picarescas, los movimientos procaces de las cupletistas, constituyen una especie de encanto, aun para las niñas puras, que no recogen el sensualismo que emana de todo ello, sino el efecto de los colores, de los esplendores, y sonríen a las descaradas cantantes como a criaturas alegres y espontáneas.

El enjambre de las cupletistas, de continuo renovado con nuevos elementos, exóticos en la mayor par-

te, se parece a un enjambre de incautas mariposas nocturnas. La luz las atrae, las alegra, las mata. Tienen nombres graciosos y poéticos como los de Geishas de Oriente: Mary Fleur, Ivette Guilbert, Liane de Pougy; y su habilidad artística se limita muy frecuentemente a una danza graciosa, a alguna cancioncita emitida con voz aguda o demasiado escasa y alguna posición plástica; pero el público no pide más porque lo importante es ver sus cuerpos y sus joyas: el arte es una disculpa.

La bella Otero posee un *corsage-figaro* y un cinturón bizantino de gemas auténtico; y la ansiosa curiosidad de admirar estos adornos de soberana iguala a la de admirar su célebre belleza. Ahora, esta célebre cupletista, que ha visto a sus pies príncipes y millonarios, parece decidida a casarse... pero no ha de renunciar a su existencia mundana. El futuro marido es un inglés, un tal Renato Wep que posee una fábrica de hilados en América y otra en Inglaterra. Se hizo presentar a la bella Otero para confesarla que desde hacía cuatro años la adoraba solamente viendo sus fotografías. Ella al principio lo rechazó, pero los pactos que la hizo el ardiente enamorado fueron tan ventajosos que la cupletista creyó oportuno no rechazarlos. He ahí cómo narra el caso ella misma en el *Journal*: «Dije a Wep que no quería dejar París, que gasto mucho, que quiero continuar en el teatro. Le expuse todos mis defectos. El estaba como loco y respondía que quería casarse conmigo a toda costa. Le dije que mi palacio no estaba todavía pagado, y él lo pagó. Le dije que tengo una hermana que deseaba casarse, y él le constituyó una dote. Le dije que tengo muchas joyas, pero poco dinero, y él me regaló una dote a mí también. Era en verdad un grande amor el suyo. Conmovida por tantas pruebas de afecto al fin le respondí que sí. Acto seguido telefoneó él a mi notario y una hora después el contrato estaba firmado. Yo estoy, pues, ligada, empeñada. Dentro de quince días, en el Consulado inglés, después en la iglesia, me casaré...»

Pero dado el género de la esposa y sus intenciones

de no cambiar nada en sus costumbres es de prever que un ruidoso divorcio seguirá en breve al ruidoso matrimonio.

LA MUJER Y LA POLÍTICA

Se dice que los Estados, gobernados en apariencia por hombres, son, en realidad, gobernados por mujeres más ambiciosas, más astutas, más inteligentes, que por medio de su sagaz influencia sobre las más eminentes personalidades de un partido edifican y destruyen, hacen caer y hacen triunfar ministerios y leyes, deliberaciones y candidaturas.

Puede ser verdad. En efecto, las tribunas de Montecitorio están siempre llenas de señoras y en los salones de la buena sociedad romana las señoras discuten de política con mucha diplomacia y con mucho fervor. Muchos honores, muchas distinciones, muchos empleos, muchos encargos se deben, sin duda, a la intervención femenina. Pero a la mujer, en Italia, no le gusta salir de la sombra de la ingeniosa conspiración. No arenga al pueblo, no hace meetings, no toma parte en los convenios, como sus hermanas de Inglaterra, de Rusia y de América. En general, la mujer italiana se desinteresa de la política; demasiado tal vez, porque esta indiferencia suya la lleva a la carencia de una opinión personal sobre las individualidades y sobre los acontecimientos y contribuye bastante a detenerla en el estrecho círculo de una eterna minoría donde los hombres se creen en el derecho y en el deber de protegerla. La mayor parte de nuestras señoras no lee en los periódicos más que la crónica y el folletín, y muy pocas entre las habitantes del reino italiano saben o recuerdan los nombres de los hombres que desde varios ministerios rigen la suerte de la patria.

Aun recientemente el pequeño revuelo que se levantó entre las mujeres para obtener el voto político, ha tenido más la apariencia de reivindicación de un derecho que de convicción de la importancia del acto.

Por esto, quizá, no lo han obtenido y su deseo ha sido escuchado como un capricho vano y pueril. Quizá es verdad que la mujer, al menos entre nosotras, no está todavía preparada para la vida política, y sobre todo por su indolencia, por su costumbre atávica de permanecer indiferente a los acontecimientos de que depende la prosperidad de la nación; no porque les falte capacidad para entender, para juzgar y para elegir.

En estos días las mujeres inglesas se han dejado arrastrar a excesos deplorables en la afirmación de sus ideas y en la proclamación de sus derechos; pero las mujeres rusas, en la hora trágica por que su patria atraviesa, han dado prueba magnánima de heroísmo, de sacrificio, de fidelidad a la idea. Así hicieron también las mujeres gloriosas de nuestro Renacimiento, bien instruídas de cuanto acaecía día por día en los palacios de los gobernantes, en las filas de los conspiradores; sabias al juzgar a hombres y a hechos, al temer, al prever... Leían ávidamente gacetas y proclamas, secundaban a sus hombres en todos sus movimientos estratégicos. Pero quizá la mujer tiene necesidad de un motor de pasión para interesarse y obrar.

EN EL OCASO

Los años pasan; la juventud más exuberante y la belleza más famosa, declinan. Las pompas del verano languidecen en el otoño; el esplendor del mediodía se atenúa en la luz tranquila del ocaso. Es el tiempo de la mies; es el momento en que la mujer recoge cuanto ha sembrado, cuanto dió de altos pensamientos, de eficaces acciones, de obras buenas, de saludables ejemplos. Sus hijos han pasado ya de los veinte años; los varones marchan hacia su porvenir bien determinado, ya elegido; las hembras se disponen a formar una nueva familia o a procurarse la independencia con su ingenio, con su actividad. El marido es un compañero menos ardiente, pero más fiel, cuyos cabellos están grises, como los de la mujer. Han celebrado sus bodas de

plata. Edad llena, para algunas, de sutil tristeza, para otras de tranquila serenidad. Un ocaso angustioso, de nubes grises es a menudo la consecuencia de un mediodía demasiado florido, y un ocaso plácido sigue muchas veces a una borrascosa mañana, como un premio. Se distinguen los verdaderos de los falsos amigos, los que nos prefirieron por las cualidades verdaderas y duraderas del espíritu y del corazón, de aquellos que adulaban y deseaban sólo la belleza. El mundo olvida, pero ahora sus lisonjas aparecen como juguetes que se dejan cual cosas inútiles e inferiores. Nos volvemos hacia consuelos más ardientes y profundos. Una noble alma de educadora, Erminia Foà-Fusinato, dió este consejo: «Acostumbrémonos a sustituir por una ocupación nueva cada ilusión que declina». Si todas las mujeres lo siguieran, el ocaso no tendría lamentos ni melancolías...

LA ÚLTIMA PRIMAVERA

Algunas veces el otoño, sin embargo, reserva a la mujer una mala sorpresa. Las primeras arrugas se dibujan ya en los ángulos de sus labios y de sus ojos; los primeros hilos de plata brillan entre sus cabellos obscuros todavía abundantes, y ella siente el corazón lleno de una embriaguez y de un afán de quien conoce demasiado bien el significado. Es el amor venido insidiosamente a visitarla. Es una tardía rosa de mayo abierta solitaria en un corazón; un corazón que ha sufrido mucho, que nada ha gozado, que vivió durante años y años en la niebla, en el frío, en la soledad, y que ahora, antes de detenerse para siempre, reclama su parte de alegría y de embriaguez en el banquete de la vida. Y ella en vano le impone silencio con el razonamiento, con la ironía; en vano encierra celosamente aquel secreto de pasión que le pesa como una culpa. Toda su alma está florida y olorosa como un jardín. Es la última primavera, cuyo perfume la embriaga y

que tiene en sí el ardor de todas las pasadas estaciones no vividas y el dolor del inminente adiós.

«¡Momento único y conmovedor en la vida de la mujer!—dice Nencioni.—Si es bella, su belleza toma ahora un carácter de bondad, de ternura otoñal; es la belleza del corazón, del corazón profundo, de los sentidos inteligentes, del alma apasionada; belleza espiritual que ilumina y aromatiza las formas. Es el fruto apenas maduro, picado por el insecto alado de agosto y hecho más dulce; es la mujer herida por el deseo intenso de Amor».

LA EDAD CRÍTICA

Como el crepúsculo de la tarde y el crepúsculo de la mañana tienen las mismas graduaciones de luz y los mismos efectos de tintas, así, en la vida, la aurora y el ocaso tienen algunos puntos de afinidad. El ocaso es un estado de transacción igual a la aurora; solamente que conduce a la noche, mientras que aquella es precursora del mediodía. Es una edad crítica para la mujer, física y moralmente, como la adolescencia. En su sér hay un desequilibrio penoso, una lucha, un antagonismo entre lo que ha sido y lo que todavía no es. Quizá, si sus cabellos se blanquearan perfectamente de un momento a otro y su rostro envejeciese de repente, le sería menos penoso acostumbrarse a la vejez que no viéndola conquistar terreno día por día sin poderse dar cuenta de la juventud que todavía le queda, de la que ha perdido. ¿Cuándo se deben dejar las modas y los colores juveniles? ¿Cuándo una señora no puede ya mostrarse escotada? ¿Cuándo debe dejar el peinado y los sombreros de moda y adoptar el clásico tocado y las capotas de señora de edad? Es una época llena de incertidumbres, de sorpresas y de traiciones. Un día parecerá todavía la de sus treinta años y quizá con algún atractivo más; otro se verá cual será siempre durante diez o quince años. Una noche está contenta, tiene una *toilette* que le está bien, una leve

modificación en el peinado que la favorece; sus ojos brillan, un poco de polvos oculta los daños del tiempo; la señora venció en fascinación a las jóvenes casaderas. Una mañana, al contrario, después de una mala noche, después de un disgusto, tiene el rostro surcado, los labios pálidos, los ojos apagados y hasta parece que se le ha añadido algún hilo de plata más entre lo scabellos. Y quien la ve piensa: «¡Cómo ha envejecido! Ya los años pasan...»

EL ARTE DE ENVEJECER

El arte de envejecer es el más difícil para la mujer, aun para la más inteligente. Requiere un seguro conocimiento de sí misma, un modo superior de considerar la vida y los hombres, el valor de renunciar espontáneamente antes de verse obligadas a ello; de retirarse a segunda línea antes de que el mundo en ella nos coloque. Mejor es dejar de sí un grato recuerdo, un lamento, que producir saciedad y despertar conmiseración. El arte de envejecer es un arte complicado, que comprende desde el vestuario a los modales, desde la palabra a las ocupaciones, desde los gustos a las costumbres. Es preciso modificarlo todo, transformarlo poco a poco, conservarlo en armonía con nuestro físico. No se podría determinar la edad para esto, porque la decadencia para algunas es rapidísima, para otras lenta. Hay también mujeres que nunca tuvieron la frescura de la juventud y que precisamente por esto no cambian de aspecto. Pero su moral deberá siempre colocarse con los reflejos de la hora declinante, adquirir aquella indulgencia que proviene de haber vivido y sufrido, aquella bondad protectora y maternal, aquella calma serena propia de quien está a cubierto de las tempestades. Ha de ser menos vivaz y menos brusca en los movimientos de jóvenes que tienen agilidad e impaciencia; renuncie al baile, al deporte, a todo ejercicio u ocupación que exigen un gasto demasiado grande de fuerzas. Prefiera para sus lecturas, libros serios

a las novelas; deje de cantar las cancioncitas picantes y las romanzas apasionadas. Adopte para su vestuario los modelos amplios que tienen en sí algo de majestuoso, deje inmediatamente las blusas que están muy mal cuando la vida ya no es sutil; y deje también las cinturas. No salga sin un abriguito suelto, una pequeña manteleta o un collar de *chiffon* o de gasa, que puede servir para atenuar la modificación que el tiempo ha hecho en su persona. Puede ataviarse siguiendo el tipo de la moda, pero sin exageración, y desechará los modelos caprichosos para sus sombreros, los colores demasiado frescos, las flores. Hay ciertas *toques* graciosas, que se adaptan a todos los rostros y a todas las edades. Use siempre el velo, que además de ser un complemento simpático del sombrero oculta los estragos de la edad. Por las noches puede llevar escotes velados, pero prefiera siempre que pueda el negro, aunque rompiéndolo con algún accesorio de color. Adórnese también de joyas y de pieles. Todas sus *toilettes* requerirán mayor embellecimiento que las de una joven. Entre los colores aténgase al gris, al blanco y negro, al azul marino, en verano; al marrón, al granate, al negro, en invierno. Pero hay ciertos vestidos blancos, de tela, que una señora puede llevar impunemente hasta los ochenta años. Acepte todas las ventajas de preferencia, de consideraciones, cuando se halla con señoras más jóvenes, porque son los tristes privilegios de la edad... Vigile todavía más que en su pasado su lenguaje, su continente; tienda siempre más bien a un ideal de nobleza y de elevación para hacerse en su derredor aquella aureola de respeto que le será cada vez más querida y necesaria, al avanzar en la vejez.

Chateaubriand, el grande autor del *Génie du Christianisme* dice: «*La vieillesse est une voyageuse de nuit; la terre lui est cachée, elle ne découvre plus que le ciel brillant au dessus de sa tête.*»

LA SOLTERONA

Algunas me dicen: «Sí, el envejecer puede ser también dulce, como un ocaso sereno que suceda a un mediodía lluvioso; pero es preciso tener al lado un compañero, el que fué joven con nosotras y que ahora con nosotras recoge los frutos maduros. Conviene tener en derredor una corona de hijos que alegren la casa, en los cuales podamos revivir y perpetuar nuestros propósitos más bellos y mejores. Pero el ocaso, la vejez para la mujer soltera y sola ¿no es la mayor de las melancolías? ¿No es la desolación más profunda?»

¡Oh, queridas mías! Pero ¿cuál es el estado de la vida que esté siempre libre de la tristeza y de la desolación? Pensad, vosotras que sufrís por la soledad, en las madres con las cuales los hijos se mostraron ingratos, que los vieron descender por la pendiente del vicio, precipitarse en la deshonra; las madres de las mujeres que traicionaron abiertamente a sus deberes, de los jugadores deshonestos, de los homicidas, de los suicidas... ¿No es preferible vuestra soledad, vuestro ocaso velado, pero tranquilo, a estas vejeces horribles, atormentadas sin tregua por renovados espasmos, por visiones funestas? Y quizá vuestra soledad es menos glacial que la de una pobre viuda que perdió su único compañero y queda sola porque no tenía hijos: y que aquella que tuvo y los perdió y después al marido. La vida de una mujer soltera, en el ocaso, en nuestros tiempos de progreso, no es ya la de otros tiempos. No difiere en nada de la de una mujer casada de igual edad, con la ventaja de mayor independencia. Una soltera de cuarenta o de cincuenta años viaja sola, se viste como quiere, lleva joyas, se ocupa en arte, en beneficencia, en pedagogía, en ciencia, en lo que le parece; lee lo que le gusta; puede tener un gracioso salón donde recibir a amigas y amigos; dar alguna comida, si su posición financiera lo consiente. Los peligros de la juventud ya no existen, los achaques de la decadencia están lejos todavía; se siente

fuerte, libre, dueña de sí; hace lo que quiere sin pedir permiso a nadie; es, en suma, el estado de la vida femenina que más se parece a la de los hombres. Amistades verdaderas y tiernas no pueden faltarle si dió su afecto, y le harán veces de una familia suya, de la cual, si no tiene las dulzuras, tampoco sentirá las preocupaciones incesantes e infinitas. Además, quizá, cuando menos lo piense, se abra una flor en su camino, un amor devoto, fomentado por una estimación y una confianza antigua que pide tímidamente ser compensado...

VANOS REMEDIOS

La vejez francamente aceptada y noblemente llevada resulta grata al ánimo que la contempla, como el espectáculo de la juventud en su sencillez y en su candor; y una vieja señora de cabellos blancos, «la espuma—dice Carmen Sylva—que cubre el mar después de la tempestad» de porte majestuoso y de benévola sonrisa, es bella estéticamente como una florida esposa en la gloria de su vitalidad.

Lo desagradable empieza solamente con lo desarmónico, con la preocupación vana de ocultar lo que no puede ser ocultado; con el ansia de preparar engaños en que nadie cree ya. Un rostro marchito embellecido y coronado de flores primaverales cayendo del ala de un sombrero caprichoso; cabellos de un inseguro tono rubio peinados en rizos pretenciosos para completar aquella *toilette* de gala blanca, rosada o azul de una frescura que contrasta con la fe de bautismo de la propietaria; un obrar ingénuo, preguntas pueriles, coqueterías provocadoras, alegrías desmesuradas, caprichos, vivacidades, son todas cosas fuera de sazón, vanos y melancólicos remedios que en vez de reparar los daños del tiempo los hacen más evidentes.

LA MUJER Y LA BENEFICENCIA

No basta evitar hacer el mal; es preciso hacer el bien. El ejercicio de la beneficencia es una de las formas de actividad en que la mujer más fácilmente puede manifestar sus condiciones de corazón y de inteligencia. Es una de las satisfacciones más puras, una de las ocupaciones que mejor pueden colmarle la vida, y en la melancólica fase del ocaso hacerla sentir menos ardiente e inquieto el sentimiento de lo que pierde y de lo que abandona.

En nuestros días la beneficencia ha tomado un carácter y una dirección especial. Ya no es la antigua caridad diseminada al azar, hecha por deber y por piedad; el socorro precario que iba muchas veces en provecho del más astuto y del menos digno o aliviaba la necesidad por un día. La caridad como se hace modernamente tiene bases más ordenadas y más prácticas y resulta más iluminada y más eficaz. En casi todas las ciudades existen sociedades de señoras, bien organizadas, que funcionan con orden y alivian muchas indigencias y difunden por un mismo rayo su protección eficaz. Muchas piadosas instituciones, en Italia, fueron fundadas por mujeres; citaré entre ellas el hospital infantil «Lina», instituído en Nápoles por la duquesa Ravaschieri en memoria de su hijita muerta; el Asilo Mariuccia destinado a las niñas abandonadas o extraviadas que Ersilia Bronzini del Mayno con animosa y ejemplar iniciativa abrió en Milán por la conmovedora voluntad de su niña moribunda. Tenemos la «*Pensione Benefica per giovani lavoratrici*» fundada también en Milán por aquella distinguida educadora, Felicita Morandi, una institución que consiste en ofrecer hospitalidad a las niñas que no tienen familia o la tienen lejos y desean aprender una profesión. Y en muchas ciudades existen Círculos para la tutela de las niñas del pueblo, como Recreos Festivos, Bibliotecas Populares, Escuelas gratuitas, Asistencias de todo género. Y esta noble actividad que primero

ha hecho salir a la mujer de las tranquilas paredes de su morada, nunca será bastante encomiada ni animada, aun entre las señoritas que tienen quizá más tiempo a su disposición. Quisiera que en todas las ciudades las señoritas se juntaran en solidaridad y bajo la égida de algún nombre conocido cooperasen de algún modo a mejorar las condiciones de la clase indigente, por medio de Bibliotecas populares o de alguna pequeña Agencia de colocación para las jóvenes pobres, de un Comité de socorro para los niños enfermos; según la necesidad de la ciudad en que residen y su importancia.

PLACERES DE TODAS LAS EDADES

El placer de hacer el bien en provecho del prójimo es de los últimos de la vida, y con los años adquiere mayor atractivo porque la experiencia enseña a hacerlo con más discernimiento. Pero no es el único placer reservado a la melancólica edad. Hay placeres que no cambian con las fases de la vida, y son más reales, quizá, que la existencia, porque no van unidos a lo fugaz. Por ejemplo, la dulzura de ver florecer y multiplicarse en torno suyo a la familia; la satisfacción de la deferencia de los demás; el consuelo de las fieles e inmutables amistades y la complacencia de acrecentarse simpatías haciéndose más numerosa la multitud de nuestros conocidos. Y además de estos consuelos morales hay otros placeres no sujetos al número de los años. La contemplación de las bellezas naturales, de las bellezas artísticas, da alegría a las pupilas y al alma de veinte años como a las de sesenta; la audición de una música exquisita, la lectura de un libro sugestivo, el adquirir conocimientos nuevos, el estudio de costumbres y civilizaciones diversas, la realización de alguna obra grande o pequeña, una conversación elegida, son todos ellos placeres a que nunca se deberá renunciar, por muchos años que el tiempo acumule sobre la balanza de nuestro destino.

LAS HIJAS DEL MARIDO

No sólo la edad, sino también la condición puede determinar en la mujer la obligación, o, al menos, la conveniencia, de mayor compostura y de seriedad mayor en los vestidos y en las costumbres. Una mujer soltera tiene la juventud más prolongada que una mujer casada y con hijos. Una esposa sin hijos es más tiempo joven que una madre; y la madre de un varón envejece más tarde que la madre de una hembra. Se entiende, no en el físico, sino en la posición familiar y social. Y esto es por las leyes de los contrastes; porque los esfuerzos por conservarse joven serán más evidentes y casi menos justificados en aquella que tiene ya en torno suyo la corona de la descendencia, que no en la que sólo vigila por su conservación; y la comparación de una hija de diez y ocho años perjudica más a la madurez materna que la del hijo al cual su sexo confiere diversos caracteres. Las jóvenes casaderas ponen resueltamente a la mamá fuera de cuestión, aunque sean mamás jóvenes todavía y bien conservadas, capaces de vencer la competencia. Yo tuve una pariente que se casó a los diez y seis años. A los diez y siete tuvo una hija, la cual también se casó a los diez y seis años y tuvo en seguida un hijo. La abuela tenía treinta y tres años. ¡Una abuela de comedia! Sin embargo, aquella doble carga materna no podía menos de hacerla más maternal. La mamá que acompaña a paseo a sus niñas, que las conduce al teatro y a las fiestas, no puede, sin desentonar o exponerse a comentarios poco benévolos, llevar las últimas modas aunque su físico le consienta adoptarlas. En Francia, el país donde la mujer cuida de su belleza y de su conservación más que en ningún otro, no se distinguen las mamás de las hijas, porque el arte de los cosméticos, de las tinturas y de los cabellos postizos socorre los desgastes de la Naturaleza. Alguien me decía recientemente que en Francia no existe ya la vejez femenina francamente

aceptada. Todas las señoras se detienen en el ocaso, que tiene también sus coqueterías y sus gracias seductoras.

En Italia, sin embargo, las señoras demuestran mayor seriedad; y por fortuna de quien ama la experiencia de la vejez, la maternidad dulce de su caricia protectora, el socorro de su palabra que anima, mamás auténticas de vestidos obscuros, de *capotes* adornadas de modestas violetas sobre las bandas de cabellos de plata, existen todavía.

LAS NUERAS

Una nuera al lado de una suegra todavía joven y elegante, no es un terrible documento como una señorita casadera. Es verdad que si hay nuera hay también, de consiguiente, un hijo casado, pero los varones, ya lo he dicho, dejan conservar a las mamás más tiempo su apariencia juvenil. Suegra y nuera modernas pueden ser tomadas por una hermana mayor y una hermana menor. Los modelos de los vestidos pueden ser los mismos menos alguna pequeña diversidad de talle y adorno; pueden llevar las mismas formas de sombrero con una diferencia de color, si a la nuera no le gustan las modas extremadamente audaces. Además, esta paridad une mejor a las dos mujeres, las hace amigas, quitando de una parte un poco de aquella autoridad que es siempre poco agradable, dando a la otra confianza. Quizá uno de los motivos por los cuales los altercados entre suegra y nuera son menos frecuentes hoy y menos ásperos que en otro tiempo, además de en la disgregación de las familias patriarcales, porque cada uno tiene la propia familia consigo y sigue la costumbre que quiere, está en el rejuvencimiento de las suegras que no tratan ya a las nueras desde lo alto de su grado jerárquico envueltas en la majestad de su experiencia, representantes de otra generación, intransigentes y siempre dispuestas a criticar los tiempos nuevos y las modernas costum-

bres. La suegra del siglo XX tiene las mismas costumbres, poco más o menos, y los mismos gustos que la nuera; es culta como ella, mundana como ella, cree en la ciencia y desprecia los prejuicios como ella; la suple muchas veces o se hace sustituir. Cierto es que queda la diversidad de caracteres que puede degenerar en diversidad de gustos y de vida; pero cuando no hay desequilibrio de inteligencia, de instrucción, de ambiente civil, muchos peligros de desacuerdo y de contiendas desaparecen o, por lo menos, resulta bastante más fácil a la suegra entendar, justificar y excusar.

LA RELIGIÓN Y LA MUJER

«*Quand l'homme a perdu la foi il lui reste l'honneur; quand la femme a perdu la foi il ne lui reste rien*», dice un literato francés. En efecto, una mujer sin religión está bastante cerca de transigir con su conciencia, de quebrantar sus más severos deberes. La religión que proviene de una ardiente fe, en un ánimo iluminado, es el apoyo más seguro, el guía más infalible para la rectitud de la vida y de las acciones. Pero la religión no consiste, como muchas señoras creen, en la asidua frecuentación de la iglesia, en la observación estrecha de las reglas y de los mandamientos; la religión debe compenetrar como un fluído divino todos nuestros pensamientos, todas las acciones de nuestra vida. Debe enseñar, sobre todo, la superioridad, la indulgencia, la tolerancia, la piedad para todos; debe nutrir incesantemente la energía más noble de nuestra alma para el cumplimiento del deber, a cualquier costa, para el sacrificio, para la abnegación debe proveer de una seriedad constante, cual ha de poseerla quien sabe que ha colocado su propia suerte en las manos de Dios. Debe, la religión, enseñarnos a orar. Muchos rezan con los labios, pocos con el alma. Hay ciertas plegarias—y son las más eficaces—que no tienen necesidad de palabras para ser expre-

sadas y escuchadas por el Sér supremo. Basta un arrojo ferviente del pensamiento en la hora del peligro o de la angustia; basta un deseo de plegaria. Algunas señoras descuidan su casa y su familia para tomar parte en todas las funciones religiosas, para ir a rezar ante esta o aquella imagen. Y el marido, que siente las consecuencias del abandono, la toma con la religión, con los sacerdotes, con Dios; encuentra que la fe es más dañosa que útil, y desde su punto de vista práctico y en su caso particular, no se le podrá negar. Y si las hijas, abandonadas a sí mismas, crecen perezosas y coquetas, o, lo que es peor, abusan del abandono; si los niños, aburridos de su larga permanencia en la iglesia, se hastían después de la religión y adquieren un falso concepto de la plegaria ¿de quién es la culpa? De su madre...

Otras mujeres se sirven de la religión como de un manto destinado a cubrir las peores suciedades. Siembran la discordia, oprimen a los débiles, imponen su egoísmo, satisfacen los más bajos instintos de su naturaleza, pasan de escándalo en escándalo, no cuidándose de los malos ejemplos que dan en la intimidad, pero después, para proteger su fama, van a arrodillarse ante cada altar, hacen votos, forman parte de todos los Comités de beneficencia, arrastrando religión y fe en el fango de la hipocresía.

SUPERSTICIÓN

La religión en las almas pequeñas, en las mentes ignorantes, degenera a menudo en superstición. Y así como es consolador, alto, digno de reverencia, el espectáculo de una fe sincera, aunque profesada por humildes criaturas, con sencillez de corazón, es triste y ridículo un culto supersticioso. Recuerdo de una hermosa novela de costumbres napolitanas, de Matilde Serao, la historia casi humorística de cierta estatuíta de Santo que por no haber concedido la gracia pedida fervorosamente por una imploradora, fué por ésta

golpeada hasta dejar señales sobre el estuco que lo revestía y después puesto en castigo en el frontis de la ventana durante toda la noche invernal. Antes, sin embargo,—narra la autora—la mujercita le quitó el niño de los brazos—era un San Antonio—porque él, decía, no tenía la culpa...

Quizá estos excesos no se repiten en ciertas esferas; pero en todas partes tenemos también mujeres, y entre ellas señoras de la pequeña burguesía, que piden insistentemente esta o aquella gracia a un santo determinado, y si no la obtienen abandonan su culto disgustadas como de un médico que no hubiese conseguido una curación. Otras exigen a toda costa milagros y para tenerlos se exponen a las incomodidades de peregrinaciones, interrumpen cuidados empeorando sus condiciones físicas, si se trata de la salud; porque es absurdo violar las leyes naturales, por el Creador mismo decretadas, para después pretender lo sobrehumano. También las devociones compuestas de fórmulas repetidas centenares de veces; ciertas estampitas o ciertas medallas a las cuales se atribuyen virtudes particulares y pequeñas, ciertas penitencias de ayunos y de privaciones, cumpidas, quizá, en perjuicio de la salud, están tan lejos de la verdadera religión, como el paganismo del cristianismo.

ESPIRITISMO Y MISTICISMO

Desde hace algunos años las ciencias espiritistas han hecho creyentes, aún en el campo femenino. La mujer, que se arroja a las empresas con más ardor que el hombre, y cuando una idea nueva llega a convencerla la adopta con mayor exclusivismo, ha sido y es propagadora incansable del espiritismo, entre los espiritistas. Uno de los «medium» más poderosos es, precisamente, una mujer; Eusapia Paladino; otra mujer, Annie Bésant, autora de varias obras, es considerada como una de las lumbreras de esta ciencia peligrosa; y muchas, muchas, en las naciones anglo-ame-

ricanas, se han dedicado con pasión a tal género de indagaciones y de estudios.

¡Ciencia peligrosa, repito, para la ciencia de la mujer, tan impresionable, tan inflamable, tan fácil, en el ardor de un experimento, en el centellear de una idea, de cambiar la ilusión por la realidad, el juego de sus nervios excitados y vibrantes con la manifestación de lo sobrenatural! Muchas señoras que se habían dedicado con interés el experimento de la mesa móvil con relativa invocación de los espíritus, causaron en su organismo tales sacudidas nerviosas que conservaron durante años sus señales. No aconsejaría yo por eso a ninguna mujer sensible y de nervios fácilmente vibrantes, tomar parte en las llamadas «sesiones» ni siquiera en broma. Porque como broma es demasiado macabra; como experimento es poco recomendable.

Que exista un fluído misterioso que supera a los sentidos y también un poco a nuestra comprensión, esto es verdad; que ciertos fenómenos, como los sueños reveladores, la telepatía, los presentimientos, se repiten de contínuo, también está admitido; pero corresponde a la ciencia, austera, paciente indagadora, llamar a las puertas del Misterio, hasta que algún rayo de luz se descubra. Nosotras, sin negar ni afirmar, esperamos.

El misticismo también recoge en su blanca bandera llena de estrellas de oro una discreta cohorte de espíritus femeninos. De la obra de un culto joven, el conde Aldobrandino de Malvezzi, *El misticismo cristiano*, saco en consecuencia que las mujeres tuvieron una parte importante en la historia del misticismo. En efecto, fué una santa la que comprendió los caracteres del misticismo más ardiente y apasionado; Santa Teresa de Jesús.

«Fuego, ardor, afán, no hay otra cosa en el amor de Dios descrito y experimentado por la grande Mística—dice Malvezzi.—El éxtasis es una llama que de repente os asalta y deja indefensos y pasmados, des-

memoriados por las divinas maravillas que van a aparecer a los ojos deslumbrados.»

Más tarde tuvimos otra gran mística en la señora de Chantal, fundadora de la orden de la Visitación; y en el siglo XVII Madame Guyon encarnó, observa siempre Mavezzi, el espíritu del misticismo sentimental. Las santas de la Orden de San Francisco fueron todas místicas fervientes; basta leer su vida en las crónicas sagradas para convencerse de ello.

En nuestros días todavía se encuentra alguna mística en los conventos, pero la fama de sus escritos y de sus virtudes no se difunde, quizá porque no halla eco en el espíritu de los tiempos, dominados por el alegre escepticismo. Entre las escritoras católicas se encuentra alguna sincera inspiración, algún arrojo lírico determinado por el misticismo, pero no creo que pase, por mucho al menos, los límites del arte para entrar en la práctica de la vida.

SEPULTADAS VIVAS

No olvidaré nunca la visita hecha por mí, gracias a una rara concesión, a un antiguo convento de Clarisas. La Orden fundada por Santa Clara es severa en las reglas y manda la más rigurosa clausura. ¿Cuántos años hacía que el alto portón no se abría a una señora vestida a la moda? Me parecía salir del mundo contemporáneo y entrar en una época anterior no tocada todavía por el soplo de los tiempos nuevos. Las monjas que salieron a recibirme me parecieron fantasmas, no mujeres. Con el vestido negro y la blanca toca complicadamente encrespada, de moda igual a la que llevaban las santas en los cuadros antiguos; sus personas parecían incorpóreas, el rostro del color y de la finura de la cera. En sus pupilas se traslucía una ingenuidad infantil, en sus palabras se envolvía un lenguaje de otros tiempos en el que se adivinaban las lagunas enormes excavadas de su absoluta separación del siglo. Estaban encerradas allí, sepultadas vivas, hacía

veinte, treinta, cuarenta años; muchas de ellas no habían visto nunca el ferrocarril, no sabían más que vagamente lo que era el telégrafo. Del teléfono, del fonógrafo, de electricidad, inútil hablar.

Yo quedé asustada, casi aterrorizada. Y aquellas mujeres veladas, de paso de sombra parecían tranquilas y serenas. Me llevaron por corredores inmensos llenos de relicarios que abrieron y contenían dos o tres órdenes de cráneos, algunos coronados. Reliquias de Santos. Me dijeron con orgullo que su convento poseía casi trescientos. ¿Imagináis aquellos inmensos corredores en las noches de invierno, con aquellas sepultadas vivas, pálidas como los cráneos? La regla exige que dos monjas, por turno, estén en continua adoración ante el altar. Había dos, en efecto, cuando visitábamos la capilla; dos formas negras, veladas, inmóviles en su plegaria que parecía un aniquilamiento.

Las monjas fueron muy corteses y me hicieron los honores con infinita bondad. Pero un hielo me penetraba y parecía detener también en mí el ritmo de la vida mientras las seguía sobre las piedras desnudas, entre los muros blancos, las ventanas cerradas como las de una cárcel, en la sombra, en el silencio claustral, que tanto se parece al de los cementerios. Yo pensaba: Estas criaturas no verán ya el campo florido de mieses bajo el sol; no verán ya el mar azul; no verán ya las ondulantes líneas de las colinas o las cimas severas y selvosas.

No verán—y quizá no han visto nunca—los milagros que el arte sagrado italiano ha realizado; el Duomo de Milán; Santa María de la Flor, las basílicas de Ravenna, las Iglesias de Venecia, de Pisa, de Ferrara, de Bolonia, de Orvieto, de Roma... Nunca, los tesoros de arte que en ellas se encierran, que adornan las Galerías italianas. No darán nunca más un paseo al sol, no subirán a un Santuario, no verán un alba sobre un lago, la puesta de la luna... No sabrán nunca lo que la humanidad ha conseguido en sus últimas victorias... La civilización, la belleza, la naturaleza, son para ellas letra muerta...

Temblaba mientras las Clarisas me hablaban quedamente, y me parecía que aquellas sepultadas vivas, rotos todos los vínculos con la familia, con la sociedad, con el progreso, con la Naturaleza, no podían loar a Dios más que incompletamente, porque se prohibían admirar su poder, su bondad y su providencia en las mayores manifestaciones...

LAS ALDEANAS

Muchas veces he pensado que entre todas las clases sociales, la de los aldeanos es la que más iguala a la mujer y al hombre. Crecen juntos, los estudios no los separan, la diversidad del oficio o de la profesión tampoco; trabajan juntos cuando son novios, trabajan juntos cuando son esposos, juntos descansan cuando viejos. En ciertas regiones en que el aldeano nunca sufre miseria, sino más bien a menudo un relativo bienestar, y a veces, bajo las rústicas costumbres la comodidad, la vida de una aldeana puede ser envidiable. De niñas, ninguna condición más alegre que la suya. Una actividad sana, al aire libre, que desarrolla agradablemente su físico hasta el pleno orgullo; la compañía alegre de coetáneas y de coetáneos, entre la cual hallan el cortejo del que son libres de acompañarse sin que nadie encuentre motivo de crítica. Y sus amores, sus respetos, cuyo efluvio de espontánea e ingenua poesía nos envían, sus amores tramados en las veladas de las casas o bajo la canícula entre el grano dorado y el centellear de las hoces; o entre los toneles llenos de racimos de ámbar y de rubí de acre olor; se van los domingos a lo largo de las carreteras floridas de margaritas; son sus caminos, de casa a la iglesia y de la iglesia a casa, en las tardes tranquilas. ¡Dulces y libres amores cuya serena alegría transparenta desde los rostros compuestos a la misma sonrisa, tantas veces secretamente envidiados por alguna alma inquieta en una triste soledad llena de restos de naufragio! Ellos recorrerán ordenadamente, como manda la Naturaleza,

su parábola de sueño, de voluptuosidad, de satisfacción y de tranquilidad. Las bellas niñas son luego floridas esposas, fuertes madres, pero todavía en la compañía fiel de las coetáneas con las cuales van a Misa, a Vísperas, llevando de la mano a los hijitos, orgullosas y satisfechas de su fecundidad como la tierra cuando se extiende al sol de agosto después de haber dado todos sus tesoros.

La edad madura y la vejez son para la aldeana menos tristes que para cualquier otra mujer. Cuando la traicionan las fuerzas para atender a los trabajos campestres se ocupa en casa. Tiene el hilado, los gusanos de seda, los pollos, el asno, muchas pequeñas industrias, y gobierna la familia con una autoridad respetada por todos. Más vieja todavía, hila en la rueca, se calienta y descansa al sol libre que inunda la era seca ante su morada; custodia a sus nietecitos y por las noches narra fábulas y sus recuerdos, todavía entre los suyos, entre su gente por la cual es amada y honrada.

Entre las reinas y las aldeanas se desenvuelve la escala social, sobre cada escalón está la mujer compañera del hombre. Pero ¡ quién osaría afirmar que el escalón más alto sea mejor que el primero !

El juicio de Paris

"La mujer a quien se ama más,
„que más deberá hacernos sufrir,
„no es siempre la más bella contra
„la cual había modo de ponerse en
„guardia oportunamente."

A. G. Barrili.

BELLEZA FEMENINA

En todo tiempo y lugar los poetas exaltaron la belleza femenina, los artistas la reprodujeron, todos los hombres la adoraron, hicieron de ella una divinidad protectora de amor. Elena, griega, fué causa de la ruina de una ciudad, pero cuando los ancianos, reunidos en consejo la contemplaron, dijeron que aquella mujer era tal que bien merecía se sufriese por causa suya. Friné, otra belleza griega, se defendió ante el severo areópago sólo mostrándose sin velos, y fué absuelta. Cleopatra cambió la suerte de un imperio. Ester, hebrea, salvó a su pueblo. Y podría citar todavía otros ejemplos para demostrar el poder de esta fuerza a la que nada resiste. Vence al ingenio, a la gloria, subyuga a los conquistadores, hace súbditos a los reyes; divide o une a los pueblos, rige al mundo. Si la Naturaleza dió a la mujer este incomparable don, la privó también de otros; la vida le será siempre fácil y dulce porque hallará a todos los rostros dispuestos a sonreirle, a todos los brazos preparados a ayudarla, toda puerta pronta a abrirse; y todo deseo le será satisfecho. La obscuridad, la pobreza, no la humillan ni la oprimen; si la diosa la ha besado en la

frente puede subir ligera y veloz hasta las gradas del trono. Casi no se le pide otra cosa que mostrarse y sonreir. Cierto es que existen otros motivos de seducción, pero son comunes a los dos sexos, mientras que la belleza es cualidad esencialmente femenina, y en sus efectos, inmutable.

«Quien nace bella nace casada», dice un proverbio que hoy quizá no se inventaría ya, porque el dinero hace a la belleza una seria competencia para el matrimonio. Pero la belleza encuentra, además, igualmente camino para hacer la fortuna... si bien los senderos por donde se encamina, demasiadas veces son oblicuos, desgraciadamente...

LA FASCINACIÓN

También hay mujeres de líneas regulares, de perfectas formas, cuya completa belleza reconocen todos, pero que no impresionan. Las falta algo que la belleza no posee, que muchas veces acompaña a la irregularidad de líneas; algo innato, espontáneo, inmaterial: la fascinación. ¿Qué es la fascinación? Es una cualidad indefinible, porque no se sabe precisamente dónde reside; si en la inteligencia, en los sentidos o en el sentimiento. Está en la mirada, en la voz, en los movimientos, en la compostura, en la expresión, en un tocado, en un color. Los franceses, para esta dote que sus mujeres poseen a menudo en sumo grado, tienen un vocablo todavía más expresivo que el nuestro: *charme*, que se traduciría con más propiedad con «encanto». Así ellos comprenden en esta palabra el significado espiritual y oculto de la fascinación donde parece entrar alguna arcana magia.

Las pasiones fuertes y tenaces que mujeres no bellas ni jóvenes, ni particularmente inteligentes o cultas, pudieron inspirar a hombres no vulgares, tienen su explicación en la fascinación, que tiene algo que vence al alma y a los sentidos como un fluido magnético, que encadena a la voluntad, adormece al razona-

miento, apaga toda voz de la conciencia, hace esclavos como los héroes griegos en el palacio de Circe, como Ruggiero en el palacio de Alcina, como Rinaldo en los jardines de Armida.

«El eterno femenino no reside solamente en la belleza maravillosa de la princesa de Troya — dice De Gubernatis,—sino que atraviesa y penetra sutilmente el alma de la mujer; y es este eterno femenino lo que nos atrae y encadena, esta feminidad que es más a menudo nuestra fuerza que nuestra debilidad, nuestro entusiasmo y tal vez nuestra inmortalidad».

LA SIMPATÍA

Cualidad modesta, pero eficacísima para hacerse amar, es la simpatía. Tampoco ésta tiene origen en la belleza. Diría también que raramente las mujeres bellísimas la poseen, porque la Naturaleza ha reservado la simpatía como compensación a las que ha favorecido menos. ¡Cuántas veces hemos oído o pensado: «Fulana es bella, pero no es simpática». Y viceversa: «No es bella, pero es muy simpática»!

La simpatía tiene muy profundos orígenes en el espíritu. Un alma gentil y tierna que refleja en el rostro su indulgencia, su sensibilidad, su misericordia, nos conquista; un alma fuerte y leal que se nos acerque con una mirada franca, nos atrae; una inteligente bondad que nos sonría, una alegre juventud que nos acompañe, una fresca ingenuidad que levante sobre nosotros sus pupilas límpidas, nos seducen. Es difícil, diré imposible, que la simpatía emane de un rostro cuya máscara sea una individualidad falsa, gastada, perversa o insignificante, vulgar, frívola y egoísta. Y que la simpatía derive de una secreta atracción moral, lo confirma la rapidez con que se manifiesta, y a menudo la simultaneidad. A veces la encontramos sobre el rostro de alguna extraña, de la cual no conocemos siquiera el nombre o la voz, que oímos por primera vez en el tren, en el tranvía, en la iglesia, en una sala de hotel;

y al mover sus ojos, en la expresión de su rostro, sentimos que ella también ha experimentado el mismo sentimiento en nuestro favor; que podemos resultar amigas, hacernos bien mútuamente. Y un deseo grande de confianza nos empuja, tanto que muchas veces amistades profundas y tiernas nacieron precisamente así, de la casualidad.

Los sabios explican la simpatía como una fuerza física de atracción, y la antipatía como una fuerza de repulsión; la misma ley que produce la fusión y la disgregación de los cuerpos. En efecto, el encontrarnos con una persona simpática reaviva nuestras facultades mejores; nos da casi un sentimiento de vida más rica, de bienestar armonioso.

LA GRACIA

Otro eficaz motivo de seducción es la gracia.

La gracia es la armonía de los movimientos, de las actitudes, de los gestos; es el arte regulador de la vida, pero un arte espontáneo, casi inconsciente, que no se aprende si no se tiene la fortuna de tenerlo en sí.

He conocido mujeres innegablemente feas, pero que lograban con la gracia hacer olvidar su fealdad. Porque lo que ofende mayormente a la estética no es la irregularidad de las líneas, sino el desorden. Y el desorden está siempre en los actos descompuestos, en las posiciones toscas, en la voz desentonada, en los gestos inciertos y sosos de una persona desgraciada. La verdadera gracia, aunque vivaz, tiene un ritmo particular; es ágil, pronta, ligera, no demuestra nunca esfuerzo alguno. En el reposo, es tranquila, lenta; sobria en la actitud; en la voz, nunca perezosa.

El baile se presta mucho para poner en evidencia la verdadera gracia, como para hacer notar inmediatamente quién está privada de ella. En el modo con que una señora apoya el brazo en el hombro de su caballero, tiene la cabeza, sigue el ritmo de la música,

se ve en seguida si posee este atrayente don tan particular a la feminidad.

Todos los ejercicios gimnásticos y deportivos, al contrario de lo que realmente se cree, sirven para desenvolver la gracia, porque obligan a movimientos ágiles, ordenados, seguros y prontos. Vemos, lejos de esto, a las mujeres obligadas a una vida sedentaria, de régimen antiguo, ser raramente graciosas en sus movimientos y en sus actitudes.

Pero si la gracia natural es fascinadora, no hay nada más ridículo y antipático que la gracia amanerada, la gracia artificiosa que ciertas mujeres usan creyendo adquirir más halagos y placeres. Lenguaje, modales, movimientos, todo revela la ficción y está tan lejos de la verdadera gracia como el oro falso del bueno.

LA PERSONALIDAD

Una personalidad determinada, particular, puede conferir superioridad a quien la posee. Cualidad no común en la mujer que en general resulta menos determinada que el hombre en su carácter físico y moral, y que exige quizá un temperamento y una inteligencia incapaces de dejarse nivelar. Pero la personalidad no está siempre señalada con mayores elementos de estética. Muchas veces es rara y nos hace sonreir. Si buscamos en nuestros recuerdos hallaremos seguramente alguna figura de viejecita de costumbres originales, de porte especial, que fué nuestro secreto juguete por cierto tiempo. Sin embargo, no hemos podido olvidarla, mientras que hemos olvidado a tantas otras personas a quienes tomábamos más en serio que a ella.

El recuerdo tenaz es la prueba mayor de la personalidad. Una mujer que se vista como las demás, que se peine como las otras, que tenga ideas vulgares, palabras convencionales, que lo tome todo de la moda del día y de su riqueza, aunque sea bella y elegante, tiene muchas probabilidades de no fijarse de modo especial en la memoria de nadie; mientras que una se-

ñora que sepa hacerse una elegancia personal, que manifieste preferencias por un color, por una moda, por un estilo de arte, por un perfume, que exprese ideas de acuerdo con su carácter, apreciaciones que sean fruto de una experiencia, de un pensamiento, de una voluntad individual, que tenga para el amor, para la amistad, palabras no dichas por ninguna, pero salidas de su corazón como un chorro de agua natural que contenga en sí las propiedades del suelo de que surja; esta mujer, a quien se reconocerá entre mil, cuya menor cosa tendrá un carácter particular, se dibujará netamente en nuestra memoria aunque no sea bella, ni rica, ni mundana. Se ha salido de la gran masa obscura y adquiere relieve por la fuerza de sus líneas; es una estrella que brilla con luz propia entre los otros planetas que reciben luz del resplandor ajeno.

LA INTELIGENCIA

La belleza es una soberanía para la mujer, pero al lado de ésta hay otra de igual poder: el ingenio. La belleza sin luz interna que la anime es una forma árida por sí misma, un inútil tesoro, una fuente de desilusiones para el arte y para la vida; porque la perfección de las líneas sugiere el deseo, la necesidad de otra perfección; la perfección del espíritu que se funde con ella y resulta una divina armonía. Cuando no se encuentra se resulta ofendido como por un engaño, y el transporte del amor pasa poco más allá de los sentidos, y la emoción puramente estética es fría a no ser que el artista lo alimente con alguna que está en él y que existiría igualmente. Casi todas las mujeres que protegieron a los artistas, que les animaron, que les ayudaron a desenvolver la personalidad, a revelarse, no fueron bellas sino intuitivas, esto es, inteligentes en sumo grado, puesto que la intuición es el carácter verdadero del ingenio femenino. A la mujer inteligente se puede decir todo sin miedo de no ser comprendido; comprende los sueños más ardientes y las idealidades

más delicadas, divide admiraciones, entusiasmos, juzga vuestras preferencias, sigue vuestros estudios, mide vuestras fatigas, hace más dulce con su elogio la hora del triunfo, devuelve energías con su consuelo en la hora de la derrota. Una mujer inteligente puede ser al mismo tiempo amante y compañera de trabajo, respeta los recogimientos y reposos del artista, porque conoce su significado y valor; si tiene hijos será una madre apta, bien segura de la importancia de su misión. La belleza, al cabo de pocos años, se marchita y desaparece, y una mujer que no ha podido ser más que bella raramente declina con dignidad serena, mientras que la inteligencia se afirma también con los años, se amplía con la madurez y no cesa de resplandecer hasta la más tardía vejez. Aunque la mujer inteligente no pueda vanagloriarse de la perfección de una escultura clásica, el espíritu vivo y adornado que brilla en ella dará siempre a su semblante nuevos atractivos. Un día parecerá una niña alegre y ligera y alegrará a quien está a su lado con su límpida risa; otro día embriagará con su sabia pasión; otro todavía conquistará con su dulce melancolía o con su agudeza centelleante. Quien posee una mujer inteligente posee muchas mujeres, porque en el alma de aquella sola encuentra toda la graduación de la psicología femenina.

CÓMO SE CORRIGE LA FEALDAD

Se nace fea lo mismo que se nace bella. Nuestra voluntad no influye originariamente sobre nuestro físico, pero puede, sin embargo, corregirlo poco a poco hasta modificarlo. Lavater dice: «No existe hombre sobre la tierra que no sienta cada día la influencia de la fisonomía en bien o en mal; no existe un hombre que a la vista de otro no experimente simpatía o aversión y tampoco existe hombre que viendo o tratando a otro no lo juzgue en conformidad con su aspecto».

En primer lugar, pues, para corregir la fealdad, mejorémonos moralmente. Como está probado que la

ira, la envidia, los celos, la soberbia, la apatía, pueden afear el rostro más bello, así la dulzura, la bondad, la amabilidad, el espíritu pronto y laborioso, pueden suplir con la expresión que den al rostro la irregularidad de sus líneas. Además, cultívese la mente. La inteligencia florecida y ejercitada da a los ojos una luz y una elegancia que muchas veces la perfección del talle y la hermosura del color no pueden darles. Observemos, además, las reglas higiénicas. Ya vimos en el capítulo dedicado a la salud, cuánta influencia puede tener en el físico un régimen de vida sobria y regular; cómo, al contrario, el abuso de los alimentos, de los dulces, de las bebidas alcohólicas, es dañoso, no sólo al organismo, sino también al aspecto de una persona.

¡ Cuántas veces mirándonos al espejo hemos observado que nuestro rostro estaba mejor o peor que de costumbre ! Era un consuelo lo que nos embellecía, era una tristeza lo que nos afeaba. No hay rostro, por desagradable que sea, que la alegría no transforme con su rayo divino, que la esperanza no rejuvenezca, que la tranquilidad no armonice. Una mujer madura que haya vivido siempre en la tristeza y que un día, finalmente, vea a su puerta el sol, se renueva también en su aspecto físico. Es un fenómeno que observamos no raramente; y así es que muchas mujeres en el ocaso tienen una nueva primavera; que muchas mujeres, todavía en la mañana de la vida, fueron precipitadas en la noche por algún inmenso dolor.

Hay mujeres sujetas a mayor variación de aspecto; y esto sucede sobre todo a las naturalezas nerviosas, impresionables, irritables. Otras son más bellas vistas entre las paredes de la casa que al aire libre. Algunas más hermosas de noche que de día. Tal vez el color de un transparente, elegido con acierto, el tejido de un velo, el reflejo de las cortinas, la moda de un peinado, el talle de un vestido, llegan a corregir los defectos de un rostro o de una figura. Muchas señoras, para modificarse, llegan hasta a infligirse verdaderos tormentos de fatigas rígidas, zapatos pequeños, peinados

complicados. Pero hay un viejo proverbio que dice: «Quien bella quiere parecer, algún dolor ha de padecer».

En París y en Londres han sido instituídas recientemente casas de cura «estética». Con el masaje, la electricidad y las incisiones subcutáneas se pretende corregir la naturaleza. Y se asegura que los efectos son satisfactorios y que los clientes acuden.

¡DEFORME!

Hay casos, sin embargo, en los cuales la influencia del espíritu, la higiene y los artificios no bastan, y es cuando la fealdad se confunde con la deformidad. La deformidad es triste para el hombre, pero lo es más todavía para la mujer, naturalmente más inclinada al deseo de gustar y de hacerse amar. ¡ Pobres criaturas contrahechas, jibosas, cojas, enanas, excluídas de la fiesta de la vida, que no debieran tener alma ni sentidos y que, desgraciadamente, lejos de eso, muchas veces son sensibilísimas; que no debieran tener ojos para observar cada día con muda desesperación renovada la diferencia que existe entre ellas y los seres normales; que no debieran tener oídos para no escuchar palabras de amor dirigidas a otras y que a ellas no les dirán nunca, ellas que demasiado oyen y adivinan los comentarios del prójimo, groseros o piadosos, que las hieren como una puñalada!

Parece, no obstante, que la Naturaleza después de haber puesto en el mundo a alguno de estos infelices, casi presa de remordimiento, trate de compensarlos de algún modo. He observado que las cojitas tienen rostros gentiles y suaves, que las mujeres gibosas tienen grandes ojos y finísimas manos y son de aguda inteligencia, que las raquíticas son la mayoría de las veces criaturas de ingenio no vulgar. También en estos dolorosos casos, el espíritu puede compensar mucho. Además la ortopedia con sus grandes progresos hace verdaderos milagros, y muchas criaturas que hace cin-

cuenta años hubieran sido relegadas entre los despojos humanos, pueden, en virtud de alguna sabia y valiente cura, librarse de la deformidad.

LAS DOTES DE LA VERDADERA BELLEZA

«No es bello lo bello, sino lo que gusta», dice uno de tantos proverbios sobre la belleza. Y es verdad; a pesar de que la verdadera elegancia tiene dotes clásicas que muy pocas podrán contrarrestar. A alguien podrá gustar más una cabellera morena que una rubia; pero, para ser bella, en ambos casos deberá ser abundante, fina, lúcida y ondulada. A nadie gustará una cabellera escasa y áspera, de cualquier color que sea.

Así para lo demás. En cambio la cualidad de la encarnación, la expresión de la mirada, los dientes blancos y unidos, las líneas bien proporcionadas de la persona, son caracteres indiscutibles y esenciales de belleza. Un espíritu ingenioso nos da una especie de decálogo de estética femenina, y lo compendia así:

«Las treinta causas de bellezas que constituyen una mujer perfecta, son: Tres cosas blancas: la piel, los dientes y las manos.—Tres cosas negras: los ojos, las cejas y las pestañas.—Tres cosas rosadas: los labios, las mejillas y las uñas.—Tres cosas largas: los cabellos, el cuerpo y las manos.—Tres cosas cortas: los dientes, las orejas y los pies.—Tres cosas anchas: el pecho, la frente y las cejas.—Tres cosas estrechas: la boca, la cintura y la garganta del pie.—Tres cosas sutiles: los dedos, los cabellos y los labios.—Tres cosas pequeñas: la cabeza, la frente y la nariz.—Tres cosas gruesas: los hombros, los brazos y las piernas».

Entre todos estos tercetos no ha colocado el de las tres edades de belleza en la mujer, que encuentro en un libro inglés. La primera comprende desde el nacimiento hasta la pubertad; es una fase de formación, y si no se domina la estable seguridad de las formas, se domina la frescura. La segunda edad se extiende

desde el pleno desarrollo femenino hasta los cuarenta años. «Desde este punto—dice el autor—el cuello de la mujer crece en grosor, la voz toma un timbre diverso, los ojos se hacen más brillantes, la belleza resulta más impresionable y atrayente».

La tercera edad va desde los cuarenta a los sesenta. Este período suele llamarse «edad de regreso» para significar que sucede en él casi un reflorecimiento. Así, en la Naturaleza, en otoño se vuelven a ver las violetas, las margaritas, y los árboles se embellecen como en primavera.

No se puede negar que el escritor inglés es un perfecto caballero, porque extiende la edad de la belleza femenina durante toda la vida, o, por lo menos, hasta los límites en que la mujer es susceptible de darse importancia. Por lo demás la historia no recuerda que las mujeres célebres por su belleza y los amores que suscitaron no eran ya muy jóvenes en el momento de su mayor triunfo. Aspasia, la amante de Pericles, tenía treinta y seis años cuando se casó con él; Cleopatra había pasado de los treinta cuando se encontró con Antonio; Diana de Poitiers tenía treinta y seis cuando venció a Enrique II, bastante más joven que ella; Ana de Austria tenía treinta y ocho años cuando se decía que era la más bella de Europa. Madame de Maintenon contaba cuarenta y tres años cuando se unió al rey Luis, y Catalina de Rusia tenía treinta y tres cuando subió al trono que ocupó durante otros treinta y tres años. Por último, la famosa Madame Récamier tuvo su máximo grado de esplendor desde los treinta y cinco a los cuarenta y cinco años.

LA ENCARNACIÓN Y EL COLORIDO

La encarnación blanca y fina y el colorido delicado son para una mujer uno de los dones más preciosos. Vemos señoras pasar por bellas gracias a esta cualidad, aunque no posean otras. Los ojos y los ca-

bellos resaltan más sobre una piel blanca, lisa y fresca; todo color le favorece y los trajes de *soirée* de entero o medio escote, descubriendo el seno y los brazos, añaden nueva seducción.

Pero estas señoras tienen el disgusto de perder relativamente pronto el carácter principal de su belleza; porque una encarnación fresca y delicada resiste mal al tiempo, es más fácil ceder al surco de las arrugas, alterarse con la temperatura, llenarse tal vez de aquellas manchitas amarillentas llamadas pecas. La higiene es muy útil para la conservación de la piel; así pues, son de recomendar a las señoras las frecuentes abluciones de agua tibia con un poco de almidón o de salvado; jabón poco perfumado y ligeramente desinfectado; un poco de glicerina si la piel está un poco seca o algo tosca por la acción del frío. Excelentes son las cremas, cuando se ha estado expuesta al sol o al polvo, y también para hacer un leve masaje, buena precaución para evitar las arrugas o disiparlas en los comienzos de su formación. En París está en boga todo un método de cura para estas incomodidades, «senderos de la experiencia» como los define un escritor, y yo leí una elegante revista femenina que las señoras, después de dos horas de aplicación de cura eléctrica y de vendas, salían del gabinete con el rostro rejuvencido.

Las señoras han dado siempre gran importancia, y con razón, a la epidermis de su rostro; por eso el uso de los cosméticos para embellecerla es antiquísimo. No sólo las civilizaciones griega y romana, sino también las persas, fenicias, babilónicas, indias, lo afirman. El uso general de los polvos, los inseparables polvos, ¿a qué obedece sino al deseo de poseer una piel blanca y más aterciopelada? Unos polvos muy finos y adherentes, usados con sobriedad, contribuyen a la belleza de un rostro, pero hay muchas señoras y señoritas, que con el uso exagerado de los polvos, convierten completamente su cara en una máscara de yeso, que les da una apariencia espectral cuando se ven a la luz de las lámparas eléctricas. Además la palidez no

sienta bien a todas: a ciertos tipos morenos y apasionados les va bien; ciertas caritas de rubias son mucho más atrayentes cuando aparecen delicadamente coloreadas de rosa. Así, pues, algunas señoras harían bien en sustituir los polvos blancos con unos rosados.

FRENTE, OJOS Y NARIZ

La frente es la sede de la espiritualidad. El orgullo o la tranquila conciencia la hacen surgir, la timidez o la vergüenza la inclinan. Ella recoge los besos más castos, traduce el pensamiento, se cubre de nubes o se explana con alegría serena. Una frente alta es indicio de inteligencia; una frente demasiado estrecha, de pobreza. Pero la frente femenina para ser perfecta no deberá tener contornos demasiado amplios, sino ser regular y dibujar un hermoso semicírculo de una a otra sien como las frentes de las estátuas clásicas. Generalmente se dice que las arrugas de la frente son hechas por el pensamiento; en efecto, el acto de arrugar la frente para recoger las ideas se lleva a cabo con facilidad. Hay pequeñas frentes que parecen hechas para la sonrisa; otras que parecen creadas para recoger toda la luz del dolor.

Los poetas y los prosistas más ideales han dado todos algún canto o algún sueño a la frente femenina; sencillas frentes virginales entre los divididos cabellos; frentes altaneras e indómitas, ricas de voluntad; frentes apasionadas y melancólicas de frecuentes inclinaciones sobre las manos; frentes que el amor irradia o que la desventura afea.

Pero los ojos tienen una tradición más rica en los fastos de la belleza, del amor y de la poesía. El dicho antiguo de que los ojos son el espejo del alma, les da, como a la frente, una importancia completamente espiritual; pero la mirada tiene una potencia de expresión a la cual no llega la frente. Infinidad de cosas que los labios no quieren o no pueden decir, las

dicen los ojos con exactitud, con luz, con melancolía. Los ojos tienen un lenguaje eficaz de ternura, de pasión, de odio, de dominio, de plegaria. Pero, sobre todo, son indicio seguro de la personalidad íntima, moral. Desconfiemos de las personas que evitan contínuamente nuestras miradas; es indicio de que en su alma hay algo que ocultar. No tomemos muy en serio a aquellos cuyos ojos no expresan más que la sonrisa; buenos quizá pero superficiales. Confiemos en los buenos ojos, francos y límpidos, que sostienen nuestra mirada sin incertidumbre, que reflejan en una graduación de sombra y de luz los sentimientos que les comunicamos con la palabra. Si son preferibles los ojos negros o los ojos celestes, es cuestión ociosa. La belleza principal de los ojos es la expresión que los aviva. Hay magníficos ojos negros, maravillosos ojos azules, encantadores ojos grises, y hasta ojos verdes, ojos de ondina, de una fascinación extraña y poderosa. El corte de los ojos es importante para la belleza; sin embargo, hay ciertos ojos oblícuos, ciertos ojos pequeños que vencen con el fulgor, con la vivacidad, con la elocuencia, a la perfección de unos ojos de corte regular. Los ojos de las japonesas son un poco huídos para arriba, y en cambio, los de las circasianas o los de las españolas tienen el ángulo un poco bajo. Las orientales y también muchas italianas, se tiñen los ojos para acrecentar su resplandor. Yo las aconsejaría que dejasen esa costumbre para las mujeres de teatro o para aquellas... de mal género. Es un artificio que se descubre inmediatamente e indispone con el rostro de una señora decente.

Hay un proverbio que dice: «Toda bella mujer peca de nariz», para significar que la nariz es la más difícil para reunir aquella armonía que exige la belleza. Y en efecto, es verdad. Una nariz demasiado larga, demasiado ancha, de curvas caprichosas, es muchas veces la única cosa que perjudica irremediablemente a una carita posesora de dos ojos seductores y de una boca adorable. Muchas mujeres odian a su propia nariz como a un enemigo, la ultrajan y se mo-

fan de ella. Y la nariz lleva consigo siempre algo de ridículo, no se sabe por qué. Toda enfermedad despierta compasión, pero si se dice que se tiene mal en la nariz hay que reir y dejar reirse.

Recientemente se ha inventado un medio para corregir las narices irregulares. Se hacen inyecciones en los puntos defectuosos; el líquido dilata los tejidos y pone toda la nariz al mismo nivel. Pero un médico me hacía observar que el método no es sin peligro para algunos, porque la substancia empleada no obra sobre todas las epidermis del mismo modo, sino según su género.

La nariz roja es otro tormento para muchas señoras. Un higienista me dijo que deriva muchas veces de alimentos demasiado suculentos o sobrado estimulantes. Otra causa de las narices rojas es el apretarse demasiado. Hallado el motivo del mal, se encuentra también enseguida el remedio.

Se dice que la nariz indica el carácter. Una nariz larga denota superioridad. «Por muy extraño que pueda parecer—decía Napoleón I—cuando tengo que encargar algún trabajo especial, elijo siempre a un hombre de nariz larga.» Las narices pequeñas son síntomas de timidez, de incapacidad en las empresas. Las narices anchas, aspirantes, inquietas, significan una sensibilidad que puede llegar hasta el sensualismo. Una nariz griega, afilada, indica refinamiento de carácter, amor a las artes, astucia, sutileza y mayor tendencia a las acciones indirectas que a las acciones directas. La nariz aguda expresa disposición para la cólera; la nariz gruesa y deprimida, bajas tendencias; la nariz plena, sólida, aplastada, es signo de valor y de audacia; una nariz de gancho revela un espíritu superior, pero si está inclinada hacia un lado, ¡guardaos de ella! es la nariz de un traidor o... ¡de una traidora!

LA BOCA Y LOS DIENTES

La boca que atrae, promete y da el beso, es el punto más sensual del rostro, por el cual sentían preferencia los artistas paganos, voluptuosos adoradores de la forma y buscadores de materiales placeres. «Boca besada no pierde frescura—dice uno de ellos—más bien se renueva como hace la luna»; y los poetas modernos y prosistas nos han celebrado y descrito hasta la saciedad la curva de los labios, el sanguíneo color de la boca de sus bellas. Una boca pequeña, granate, que se abre sobre una doble fila de dientes puros, iguales y pequeños, hundidos hasta la mitad en las rosadas encías como los granos de la granada en la pulpa del fruto, es ciertamente una gran dote de belleza. Sin embargo, hay bocas grandes más simpáticas y más expresivas que las pequeñas. Generalmente los labios gruesos indican indolencia y sensualidad, y los labios sutiles, frialdad y avaricia. Los labios que se cierran sin esfuerzo, en una línea de reposo y de paz, denotan discreción y firmeza; el sobresalir un poco del labio superior indica bondad; el labio inferior un poco cóncavo en el medio, significa fantasía.

Gabriel d'Annunzio, con nueva y feliz imagen, parangonó con la curva de las colinas a los labios femeninos cerrados en el silencio:

«... e ti dirò per qual segreto
le colline su i limpidi orizzonti
s'incurvin come labbra che un divieto
chiuda, e perchè la volontà di dire
le faccia belle
oltre ogni uman disire...» (1)

Boca y dientes forman un solo conjunto. Un es-

(1) "...y te diré por qué secreto se encorvan las colinas sobre los límpidos horizontes como labios que cierre una prohibición, y por qué la voluntad de hablar los haga más bellos que todo humano deseo..."

critor americano ha dicho que nunca podrá considerarse fea a una mujer que tenga hermosos dientes. Pero las americanas, como mujeres prácticas, piensan que los dientes hermosos, cuando no los da la madre Naturaleza, puede procurarlos un buen dentista; así, pues, recurren a él con toda facilidad, no sólo cuando tienen malos los dientes, como hacemos nosotras, sino también cuando se dan cuenta de que los tienen feos o irregulares, o apenas la edad los saca de las encías. Con la mayor desenvoltura las mujeres americanas se hacen despegar los dientes incisivos y caninos para sustituirlos por otros perfectos. Y gracias a este método pueden siempre poner en evidencia una doble fila de dientes soberbios. No raramente en medio del blanco reluce el oro. Poseer un diente de oro es para las americanas una ambición extraordinaria.

Nosotras debemos imitarlas, no en este mal gusto, sino en el cuidado y en la importancia que dan a los dientes. La higiene y la estética van de acuerdo en esto, y una sana dentadura es tan necesaria para la salud como para la belleza. Se debiera, al menor desorden, recurrir al dentista; un diente un poco cariado se cura fácilmente; un diente que cae se coloca pronto; un diente irregular no es cosa irremediable, mientras que, descuidándolo, el mal se difunde y se agrava, empeoran los defectos, y se deberá recurrir a remedios radicales, o la obra del dentista será ineficaz.

«Devolver al rostro humano la perdida belleza es no poca cosa para la frágil humanidad», observa un escritor inglés.

CEJAS Y CABELLOS

A propósito de las cejas, dice Quintiliano: «Las cejas dan mayor realce a los ojos. Hacen arrugar la frente, la elevan o la bajan. La cólera se manifiesta por la contracción de las cejas, el dolor por su depresión, la alegría por su abandono.»

Además de ser una protección para los ojos, sobre los cuales están como un pequeño baluarte de defensa, las cejas hacen resaltar su esplendor, embellecen sus líneas. Las mujeres se ocupan mucho en este ornamento natural y corrigen de buena gana la escasez o la interrupción con algún ingenioso toque de lápiz obscuro. Ciertos tipos fuertes tienen las cejas espesísimas, prolongadas hasta casi formar una línea no interrumpida a la raiz de la nariz. La voz popular dice que es síntoma de celos.

Deux longs sourcils noirs qui se fondent ensemble. Así celebró un poeta estas cejas.

Otras cejas están apenas indicadas por un rasgo ligero, elegante; otras huyen hacia lo alto en los ángulos, y dan a la fisonomía una expresión extraña que no desagrada. Se dice que las cejas espesas y cerca de los ojos denotan un temperamento tenaz, voluntarioso y un poco colérico.

Es raro que las cejas no tengan el mismo color que los cabellos; pero cuando son distintas tienen una graduación más obscura, nunca más clara. Así, las rubias con cejas morenas son bellísimas, por el contraste con el rostro blanco y los cabellos de oro.

¡Oh, hermosos cabellos femeninos, dignos «de magnífico poema y de la historia»!

Así como el hombre tiene la ambición de sus bigotes y de su barba, señales de virilidad, la mujer tiene la ambición de sus largos cabellos, dulce prerrogativa de la feminidad. Cabelleras negras, espesas, lúcidas como terciopelo, de reflejos de acero; cabelleras rubias, ligeras como una niebla de oro; cabellos del caliente y hosco color de las hojas otoñales, ondulados como la arena del mar después del paso de la ola, cabellos aleonados como la llama y entrelazados en caprichosas volutas como ella; pálidos cabellos de color del lino, cayendo en trenzas lánguidas; cabellera reunida, en todas las graduaciones del moreno, fugitivas a los pequeños peines de gemas y de plata; vosotras pasasteis, seguramente, en el último sueño de don Juan como uno de los más agudos lamentos.

Sería un estudio poético y delicado el de rebuscar a través de la historia y de la tradición las cabelleras femeninas que dejaron recuerdo; desde los prolijos cabellos de Eva rubia que cubrieron como con un manto su desnudez no más casta, hasta las cabelleras que nuestros poetas modernos celebraron en rimas por el recuerdo de sus amantes. Y no habría que olvidar los cabellos rubios de la Magdalena que secaron los pies de Jesús, ni la cabellera aleonada de las heroínas de las crónicas caballerescas, ocultas bajo el yelmo guerrero, ni los largos cabellos que protegieron el pudor de Lady Godiva cuando el brutal marido la ordenó que atravesase desnuda a caballo la ciudad en pleno día, ni los rizos de la desventurada amiga de María Antonieta.

«*Su, ricciutella, al tempio! Alla regina*
Il buon di della morte andiamo a dare.» (1)

En general, los cabellos más abundantes y más largos son morenos y negros; es difícil encontrar cabellos rubios y aleonados muy abundantes y largos. Los cabellos más maravillosos que he visto han sido los de una actriz, la pobre Serafini Checchi, muerta todavía joven en América. Alta, hermosa, su espléndida cabellera descendía hasta sus rodillas. Recuerdo el murmullo de estupor y de admiración que se elevó en el teatro una noche que recitaba *Friné*, cuando en el último acto, vestida de un solo manto, se vuelve hacia el areópago concediendo al público la vista de aquellos asombrosos cabellos de un hermoso color castaño moreno, ondulantes, libres sobre sus hombros, que la cubrían hasta la pantorrilla. También otra actriz de la compañía De Sanctis poseía una cabellera inverosímil. Recuerdo dos trenzas morenas que descendían sobre la falda del vestido blanco.

Estas señoras no pueden, seguramente, seguir la

(1) ¡Animo, ricitos, al templo! Vamos a dar a la reina el buen día de la muerte." (*Carducci.*)

moda del peinado. Pero los cabellos son su nota personal y pueden arreglarlos como quieren. Mayor cuidado deben tener las mujeres que no tuvieron este don regio de la Naturaleza. En este momento, sin embargo, la moda es favorable a los escasos cabellos, ofreciendo el socorro del *toupé*, de los *postiches*, de los tirabuzones y de los rizos. Aconsejaré siempre a las señoras no someterse ciegamente al modelo impuesto por el último figurín de París, sino seguir la moda en sus líneas generales según las facciones del rostro, las líneas de la frente. Por ejemplo, una pequeña frente bien dibujada estará bien si se deja ver algo; en cambio, una frente demasiado alta, ganará estando oculta. Las caras anchas deberán preferir los peinados altos; las caras redondas los peinados bajos.

Pero llega un momento doloroso en que algún hilo blanco empieza a serpentear entre el moreno o el rubio; y después el blanco crece, crece, hasta dominar toda la masa todavía abundante. ¿Qué hacer? Inútil negarlo; los cabellos grises envejecen terriblemente, precipitan a la vejez por la pendiente de la madurez. Hay ahora preparaciones inofensivas para devolver a los cabellos su color primitivo, y no sé por qué no debiera una señora aprovecharse de ellas. Solamente que yo le aconsejaría que se hiciese hacer la aplicación por un peluquero, en los gabinetes a propósito, donde se puede limpiar los cabellos, secarlos con más prontitud y mejor resultado que en casa, donde una mano inexperta puede perjudicar. En Francia, las señoras de cierta edad adoptan el rubio, pero quien no ha nacido rubia difícilmente evita la desentonación entre el color de los cabellos y el propio tipo. Las rubias tienen una encarnación especial; la piel de las morenas aparece siempre demasiado pálida o grosera en comparación con los cabellos rubios. Lo mejor es, pues, conservar el color natural.

Algunas señoras lucen una finísima cabellera pura que les hace parecer a las airosas figuritas de la época de Luis XVI. Pero es muy difícil conseguir volver los cabellos de una pureza perfecta; además, es

preciso que sean de calidad bastante finos y blandos. Con los cabellos blandos harán bien las cejas negras y el rostro un poco rosado.

LAS OREJAS Y EL CUELLO

En general no se mira mucho a las orejas, y sin embargo, es un elemento de belleza que no debe olvidarse y que es raro hallar perfecto. Para ser bellas, las orejas deben tener la forma de una conchita, de color rosado y no sobresalir de la cabeza. Se pretende que el lóbulo de la oreja perfectamente unido a la cabeza signifique ventura; que las orejas grandes, un poco erguidas sobre sí mismas indiquen culpa. Se afirma que el feo defecto de las orejas salientes se puede corregir en la infancia, ligando una cinta ancha alrededor de las orejas y conservándola toda la noche. Hay también cofias especiales. Pero no creo eficaces estos medios para los adultos. Lo único que puede hacer una mujer poseedora de orejas antiestéticas, es ocultarlas todo lo que pueda con el peinado. Dícese que el característico peinado *à la vierge* de Cléo de Mérode no tiene otro motivo que el de ocultar dos orejas feísimas. Por lo menos así lo dicen sus amigas.

De las orejas al cuello el paso es breve. Otro y más peligroso escollo donde se quiebra la belleza femenina. O demasiado largo o demasiado corto, delgado o grueso. Son raras las mujeres de blanco cuello de cisne, esbelto y bien proporcionado al cual sienta bien todo cuellecito y sale victorioso de un pequeño como de un grande escote. Hay ciertos cuellos a los cuales no se adaptan más que cuellos bajísimos y que ganan estando al descubierto, ceñidos por un hilo de perlas o una ligera cadenita de oro. Otros, al contrario, cuando están desnudos aparecen demasiado delgados y largos, pero ceñidos por un severo cuello almidonado con corbatita sobre un vestido *tailleur* dan a toda la persona un aspecto aristocrático.

El cuello es la parte donde antes aparecen las se-

ñales de la edad; es preciso, pues, abandonar pronto las modas que dejan de día el cuello descubierto, o, por lo menos, sustituir el cuellecito por alguna tira de velo, alguna cinta de terciopelo o de seda. Para la noche son verdaderamente providenciales los llamados *collier de chien* de pequeñas perlas sostenidas por barritas de piedras duras, que dejan al escote su gracia y al mismo tiempo adornan un cuello un poco delgado o no muy fresco.

LOS PIES

Souvent vous portez de petits souliers
Qui coquettement découvrent vos pieds
En leur petitesse,
Sur leurs hauts talons vous m'apparissiez
Comme un fin pastel des siècles passés,
Marquise ou comtesse.

Así decía Paul Bourget, inteligente admirador de la fina belleza femenina. En efecto, el pie pequeño y elegante es en la mujer gran señal de finura. Raramente una hermosa beldad, de aquellas que avasallan y seducen, podrá alabarse de poseer extremidades ligeras y graciosas. Los pequeños pies están reservados a las figuritas *mignonnes*, como los pies sutiles a las mujeres delgadas. Porque no es absolutamente necesario que un pie para ser bello tenga la proporción de la Cenicienta. El pie debe ser proporcionado a la estatura; pero de todos modos ha de ser ligero y que se adelgace mucho al principio de la pierna.

Las parisienses son admirables por la gracia y elegancia de su calzado siempre en relación con el vestido y apropiado según la hora del día. Por la mañana llevan los piececitos cubiertos con medias de seda rosa o celeste, según el color del vestido de casa, en un par de chinelas bordadas de oro, tejidas de plata o de púrpura, parecidas a las de algún perfumado *harem* de Oriente. Más tarde la señora sale; entonces

son severos zapatitos negros que suben hasta el tobillo y no se separan de las medias negras u obscuras. Por la tarde la señora recibe o sale en coche a tomar el té en casa de alguna amiga, y sobre las medias bordadas del color del vestido se pone un par de zapatitos de tacón alto Luis XVI con hebilla. Y por la noche, para el teatro, para las reuniones, tendrá medias caladas, finísimas, y zapatitos de ancho escote, de raso bordado con perlitas o con oro.

En París y también en las principales ciudades italianas hay ahora *pedicuros*, o sea personas que ejercitan la profesión de cuidar los pies, las uñas, suavizar los endurecimientos, vigilar para que no se formen los dolorosos callos o los todavía más dolorosos ojos de gallo. Preténdese que éstos son un regalo de la civilización. En efecto, el salvajismo los ignora. Para impedirlos hay que evitar los zapatos estrechos o duros. También los sabañones en los pies son un mal común y fastidioso. El mejor preservativo es llevar medias de lana y hacer movimiento. Un buen remedio son las fricciones con tintura de yodo.

Hay algunas personas cuyos pies sudan fácilmente en verano, despidiendo un olor nauseabundo. Quien sufra esta penosa incomodidad deberá llevar zapatos ligeros y darse frecuentísimos baños de pies con agua caliente, añadiendo un poco de sal amoníaco o cloruro de cal.

LAS MANOS

La mano, generalmente, sigue el carácter del pie. Quien tiene un pie demasiado grueso o breve, tiene la mano corta, ancha y gruesa; posee una mano bella y ágil, quien tiene un pie aristocrático. Una bella manita, de uñas de alabastro velado de rosa; una pálida mano alargada, como las que ponían a las santas o a las poéticas alegorías los pintores del cuatrocientos, es para la mujer espiritual elemento de belleza. Como las cabelleras, también las manos femeninas inspira-

ron en todo tiempo a los poetas, sirvieron a los novelistas de motivo para páginas delicadísimas, emergieron con cariño de la paleta de los pintores y se dibujaron plásticamente bajo el cincel de los escultores. A diferencia de los pintores primitivos, que daban a las manos un alto sentido de espiritualidad, los del renacimiento pusieron en la mano una frescura mórbida y sensual, como las que veían en las cortesanas de entonces. Los pintores del seiscientos trasladaron al lienzo feas manos de mujer, anchas, de gruesa muñeca, cortas, vulgares. Devolvieron a la mano femenina toda su exquisita elegancia los pastelistas del setecientos. Yo creo, en efecto, que ninguna época como aquella de refinamientos y de amores vió manos más maravillosas en las mujeres, que las cuidaban meticulosamente con pastas, polvos y perfumes.

La edad moderna, inclinada al deporte no es favorable para la mano femenina. La bicicleta, los juegos ingleses la hacen más fuerte y más dura. Hoy es preciso que la mujer vigile mucho para no perder esta característica suya de belleza tan noble y tan gentil.

Petrarca cantó, no sólo la mano, sino también el guante de su señora Laura, un medio guante de franja finísima, como se usaban entonces.

Sully Prudhomme habla de la suavidad pura de las caricias de una mano sobre la frente y añade:

Cette main-là, pas de lévres au monde
En douceur ne l'égaleront.

Y Enrique Carlos Read escribe:

J'aime la blancheur de la main,
Le doigt bien fin, l'ongle bien rose,
La pâleur auprès du carmin
Répose.

Gabriel d'Annunzio dedica a las manos una de sus líricas más bellas, si no más originales en el *Poema Paradisíaco*; y la descripción de las manos de las Vír-

genes de las Rocas será siempre una de sus mejores páginas.

No hay enemigo más insidioso que el polvo para la blancura y la suavidad de las manos. Los guantes son, pues, los protectores más eficaces. Estará bien que la mujer los emplee aun en casa cuando atienda a algún quehacer del *ménage*. También el sol estival ofende a las manos delicadas; las tuesta como el fuego, las enrojece. La glicerina, por la noche, antes de acostarse, untadas las manos con ella, conserva su finura; la harina de almendras amargas—en honor de nuestras bisabuelas—las emblanquece. Hay, además, en la perfumería moderna cremas y pastas emolientes para las manos, y que favorecen muchísimo.

El cuidado de las manos va unido al de las uñas, las cuales son su complemento, casi su adorno. No deben tenerse demasiado largas ni demasiado cortas, ni se deben raspar las superficies. Empléese mucho el cepillito, que es el medio para mantener las uñas a la perfección.

EL DESTINO EN LA MANO

El arte de leer el destino en la mano es muy remoto; viene de las primeras adivinas de oficio, que lo han transmitido a nosotras por medio de las tribus errantes. En las ferias de los pueblos y en las plazas de las ciudades, las gitanas nos ofrecen leer en la palma de la mano lo que nos reserva el porvenir; y en París esta profesión de nueva especie es ejercida por alguna mujer de condición modesta con pretensiones científicas. Por lo demás, Cesare Lombroso publicaba recientemente un artículo en el cual afirmaba que el estudio de la forma y de las señales de la mano constituye para él quizá la guía más segura para el conocimiento del carácter y de las tendencias psicológicas individuales.

La mano elemental es el tipo inferior e indica el estado más bajo de mentalidad; es corta, tosca, con

el pulgar muy breve, generalmente surcada por pocas líneas en la palma.—La mano cuadrada es la mano útil, de los metódicos en el trabajo, de los que son perseverantes y tenaces, prácticos más que idealistas; de poca fantasía y originalidad. Esta mano se presenta cuadrada en la muñeca, en la base y en la extremidad de los dedos.—La mano de dedos de espátula, es el tipo activo, nervioso; significa ingenio, independencia de espíritu y amor por toda nueva doctrina.—La mano filosófica es nudosa, larga; indica personalidad distinta, misticismo, costumbres e ideas singulares.—La mano cónica indica amor al arte y a la belleza, acompañado de naturaleza impulsiva. Las personas que la poseen carecen de voluntad para una seria aplicación; así, pues, sus conocimientos son superficiales. Las mujeres con estas manos no pueden vivir sin amor, pero no son fieles...—La mano psíquica es la más bella y la más rara, porque presenta una perfecta armonía en sus líneas; tiene los dedos sutiles y hermoseados e indica temperamento idealista y fantástico.—La mano mixta, o sea la que presenta todos los caracteres de los tipos precedentes, denota gran volubilidad e inconstancia de propósitos.

Las líneas de la palma de la mano representan: la vida, la que desciende hasta la muñeca; la mente, la del centro; el corazón, la que está cerca de los dedos. Según su largura y las pequeñas cruces que haya, el destino es más o menos favorable. Una larga vida sin enfermedades está representada por la línea que rodea al pulgar y si se prolonga bastante hacia el pulso sin interrupciones. Tendrá una hermosa mente quien posea aquella línea un poco recta y de justa largura, porque demasiado recta y demasiado larga indica avidez. Para poseer buen corazón es necesario que la línea sea muy larga hacia el índice, lo que significa también amor ideal. Si en vez de eso la línea se detiene hacia el medio, quiere decir que la persona ama con los sentidos solamente. La línea de la suerte es la que atraviesa la mano verticalmente y va desde el pulso a las raíces del medio; para tener buena suerte

es preciso que la línea no sea interrumpida ni atravesada por ninguna otra.

El matrimonio de amor está representado por dos pequeñas líneas en cruz bajo el índice; pero si en la misma posición se halla un cuadrado significa claustro o prisión. Muchas cruces en la palma de la mano entre las líneas de la vida y de la cabeza indican luchas. Algunas líneas prolongadas hacia el lado de la mano entre la línea de la mente y el pulso, denotan viajes por mar, más o menos largos, según la largura de las líneas. Y, por último, una estrella bajo el anular expresa celebridad funesta...

LA VOZ

La fascinación de la voz se parece a la de la música. Es un encanto en que el alma y los sentidos tienen su parte en la fiesta. Hay voces calientes, mórbidas, de cadencias sonoras y profundas, y voces argentinas, trinadoras, centelleantes, armoniosas como el estallar de una cascada. Hay voces en tono mayor, hechas para el imperio, para la victoria, para la alegría; y voces en tono menor para la ternura, para la pasión, para la plegaria. Hay voces afortunadas que poseen todos los tonos, todos los matices y conocen las sabias modulaciones, los *crescendo* de fuerza hasta prorrumpir en una retumbante sonata, y los descensos hasta perderse en un murmullo leve como un suspiro. La voz demasiado estridente o demasiado baja son igualmente molestas en la mujer. Hablar en voz demasiado alta es incorrecto; todas las personas vulgares hablan y chillan. También el hablar demasiado bajo o como vulgarmente se dice: «comiéndose las palabras» es reprensible; pero una palabra lenta, de largas pausas, fastidia. No sé quién ha observado que ahora se habla más deprisa que en el pasado, y me inclino a creerlo, porque siendo la vida moderna más concentrada, más rica de impresiones, también el lenguaje que la refleja deberá hacerse más sintético y veloz.

Para una artista dramática, para una recitadora de versos, para una conferenciante, la voz es un elemento esencial para el éxito. La «voz de oro» de Sarah Bernhardt es famosa; pero es también inolvidable la voz completamente especial, diluída, de gracia infinita de Eleonora Duse. Es cierto que el timbre es un don natural, pero también lo es que es susceptible de mejorarse con el ejercicio y la atención. Será provechosa para las voces un poco débiles y sordas la lectura en alta voz; creciendo siempre gradualmente de tono, poco a poco las cuerdas vocales y el pecho se esfuerzan, y procurando hacer el timbre lo más claro y entonado que sea posible, no manteniéndolo siempre igual, sino modulando según lo que la frase expresa. En el melólogo, esta sabia y exquisita fusión de prosa hablada y de música, la voz llega a su más alta victoria, porque no cesa de ser voz humana hablada, mientras que el canto entra casi en el dominio de los instrumentos.

En una poética novelita de Andersen, lectura preferida de mi infancia, había la historia de una joven sirena que sacrificó su voz armoniosa por cambiar su cola de pez en un cuerpo de mujer para hacerse amar por un príncipe arrojado por un naufragio en los dominios de ella.

La suerte de aquella pobre niña me conmovía profundamente; había sacrificado, en efecto, uno de los dones más preciosos de la naturaleza. Cuando Paul Verlaine sueña para sí la mujer ideal, no olvida la voz: «*Et pour sa voix, lointaine, et calme, et grave, elle a l'inflexion des voix chères qui se sont tues*».

LA RISA Y LA SONRISA

Edmundo De Amicis, en un bellísimo libro injustamente olvidado ahora, *Gli amici*, observa que la mujer cuando ríe desmesuradamente pierde su delicadeza. «Ella, continúa, no tiene más que la sonrisa; la risa habitual, la ancha risa cómica, le esfuerza el cora-

zón y el semblante. Al cabo de cierto tiempo, habría que rogar a la amiga que no riese más...»

He recordado siempre este fragmento cuando me he encontrado con ciertas señoras que parece no tengan otro modo de manifestar sus sentimientos y sus emociones que riendo. Al principio aquella vivacidad parece frescura de espíritu y anima y distrae, pero después harta y descubre la superficie y el vacío de su alma.

«*Le rire est le son de l'esprit*» dijo Goncourt. Después nos parece que aquellas señoras no pueden amar ni sentir amistad seriamente. El amor para ellas debe ser una contienda alegre e ingeniosa, una inmersión rápida en el placer, una locura pasajera, que no deja huellas. La amistad, una alegre alianza, un cordial acuerdo de compañeras que tienen interés en favorecerse una a otra, que sienten contento de estar juntas, para divertirse mejor, para mejor olvidar las melancolías de la vida. Así terminaremos por reunir estas personas con todas las cosas risueñas e inútiles, buenas solamente para las horas de alegría, inútiles y molestas en los días en que se tiene necesidad de un verdadero consuelo, de una ayuda eficaz para vivir.

La sonrisa es, lejos de eso, supremo arte, suprema belleza, suprema bondad femenina. Hay valientes sonrisas que rayan en el heroísmo; hay sonrisas melancólicas que expresan más de un severo reproche; hay sonrisas fúlgidas que cantan un poema de gloria y de felicidad. Para negar su sonrisa, una mujer, debe tener un gran motivo, y aquella privación puede resultar más amarga que cualquier castigo. Bien lo sabía el joven Dante cuando Beatriz le quitó con su dulcísima sonrisa su «felicidad». Porque la mujer, bella o buena, no es avara de sus sonrisas, conociendo la benéfica virtud que ellas tienen.

Las mujeres inteligentes, de espíritu crítico, tienen sonrisas agudas que cortan como láminas de acero y amedrentan al enemigo más belicoso; las mujeres amorosas tienen sonrisas dulces, capaces de vencer a los hielos del Polo, de desarmar la cólera más fiera.

También la sonrisa femenina ¡cuántas veces fué cantada por los poetas y plasmada gráficamente por los novelistas formando en torno suyo toda una red de psicología! La enigmática sonrisa de la «Gioconda» de Leonardo ha hecho delirar a centenares de artistas para analizarla.

Una sonrisa en los labios de una mujer puede ser salvación suprema o suprema ruina...

LA MUJER FUERTE

Cuando las modistas se hallan ante una señora de formas demasiado abundantes, por aquel profano conocimiento que han adquirido de la psicología femenina, penetrando en ella por el pasaje más infalible, el de la vanidad, emplean un adjetivo que, exponiendo el verdadero estado de las cosas, quita toda la crudeza de la realidad; dicen: «La señora es *fuerte*...» Y bajo la coraza de esta fortaleza pueden impunemente aconsejar y disuadir; ayudar a estrechar, a recoger, a disimular; inventar con la cliente nuevos modos de tortura. Porque esta «fortaleza» no tiene nada de agradable para quien la posee, y así, se hace todo lo posible para ocultarla... Pero es como el instinto; arrojado por la puerta vuelve por la ventana. Es preciso dejar en paz, en algún lugar del alma, instinto y... «fortaleza».

Todas las modistas están también de acuerdo al decir que es bastante más fácil vestir a una señora de formas abundantes que a una que las tenga demasiado escasas.

Bastará tender bien la tela, hacer pliegues y huecos, para que el vestido esté que ni pintado. En efecto, si la señora es un poco alta, ciertos vestidos *tailleurs*, ceñidos, ajustados, son sobre su cuerpo una perfección.

Los vestidos que una señora «*fuerte*» deberá preferir, son: obscuros, con pocos adornos, ninguno vistoso. En casa lleve los vestidos «*princesa*» y también

los «*imperio*», porque le dibujan las líneas de su persona. Y el triunfo la espera con la *toilette* de noche, con los valientes *décolletés*, con los hombros que se entrevén bajo el velo, los brazos, que muestran su modelo escultórico bajo la piel del guante que no hace una arruga. La cola, que le alarga la figura, le da un aspecto majestuoso; las joyas tienen hermoso realce sobre el cuello pleno, sobre su seno colmado. ¡Con qué mirada de justo orgullo la señora fuerte puede entonces mirar a las mujercitas de talle de avispa, que en el paseo le dan tanta envidia y en la sala de baile se defienden mal en una nube de velos!

De todos modos es una complacencia de breve duración; a la mañana siguiente vuelve a envidiarlas. Piensan en los tormentos del corsé y del calor y se sienten muy infelices. Un higienista inglés afirma que la primera causa de la corpulencia es el demasiado comer: aconseja, pues, un régimen de sobriedad. Comer, beber, dormir, lo menos posible; hacer mucho movimiento, en bicicleta, a caballo, remando, a pie por la montaña, para promover la transpiración y el sudor. Abstenerse de alimentos grasientos, dulces, harinosos, de leche, de chocolate, de cerveza y de vinos pesados. Comer carne lo más seca posible.

LA MUJER IDEAL

Una ilustre e ingeniosísima amiga mía, florentina, ha inventado para las mujeres opuestas a la que he aludido un apelativo delicioso, el de *mujeres-almas*. Las modistas las llaman, con su acostumbrada intuición, señoras *delicadas*. Y ellas, para consolarse, se dicen mujeres ideales... Aquí está, seguramente, el socorro seguro de las modistas que añaden lo que falta para que su vestido no haga demasiado... delgada la figura; pero es siempre una humillación la de tener que recurrir a los empréstitos. Tanto, que algunas señoras no quieren absolutamente nada de ellos, y llevan su... idealidad con una especie de heroísmo, con-

tentas con la agilidad de sus movimientos, con los cincuenta y cuatro centímetros de cintura, adorando las blusitas amplias, las anchas pieles, las corbatas de velo, los vestidos de muselina de colores claros, de complicadas facturas, de volantes, de franjas, de prudentes transparencias; los largos *boás* de plumas alrededor del cuello demasiado largo y sobre los hombros demasiado delgados, las anchas mangas cerradas en la muñeca, las faldas redondas, esbeltas, que dejan descubierto el pie...

Pero, ¡ ay ! todo su valor desaparece por la noche, cuando es de rigor mostrarse con el vestido de gala, escotado. Este ceremonial, ineludible para los bailes y los banquetes de etiqueta, me dicen que es el secreto tormento de muchas señoras «ideales». Tienen que recurrir a la vaporosidad de los velos; es preciso mostrar algún centímetro cuadrado de piel, y cuando bajo alguna piel se dibujan con demasiada fidelidad anatómica los huesos, el espectáculo no es ciertamente muy alegre. Entonces se pide ayuda a las joyas, a las perlas, falsas o verdaderas, a los collares, a los pendientes, a los terciopelos con constelaciones de diamantes, a los anchos brazaletes... ¡ Ah, aquellos brazos ! ¡ Qué tormento ! ¡ Si se los pudieran cortar en ciertas noches ! Y las mujeres ideales miran con envidia a las mujeres fuertes de quienes por la mañana en el paseo se han mofado...

El mismo higienista inglés dice que la excesiva delgadez puede derivar de defecto de asimilación, de un falso régimen de vida, exceso de trabajo o de estudio, disgustos, falta de reposo. Aconseja por eso hacer poco ejercicio, dormir diez horas, procurarse toda la tranquilidad posible, hacer uso de grasas y de lacticinios; evitar el café, el vinagre, las frutas acerbas, los licores espirituosos.

LA ESTATURA

Otro suplicio es para muchas mujeres la estatura. Unas se quejan de una excesiva pequeñez, otras se lamentan de la altura superior al nivel común. En cuanto a la altura no hay remedio apropiado, pero es una característica tan simpática y agradable que aconsejo a quien la posea que no se lamente por ello. Si es de formas desarrolladas, la mujer alta estará en proporción; si es de formas escasas, parecerá todavía más ágil y elegante. Una de las más bellas jovencitas que he conocido, rubia, blanca y espiritual como un ángel de fray Angélico, tenía precisamente un metro y setenta y cinco centímetros de altura—la estatura de un hombre alto;—y recuerdo otra, una artista de ojos de ondina, cuya figura de Walkyria alcanzaba la altura, rara en una mujer, de un metro y setenta y siete...

Para las mujeres pequeñas hay el consuelo de los condenados... o sea el de ser muchas; además hay consuelo más eficaz, que viene del zapatero, el de los tacones altos, para ganar algún centímetro, que a veces basta para llegar a la medida común. El modernismo ha inventado los «elevadores automáticos», especie de rosca que se aplica a los zapatos y que, según me dicen, tiene excelente resultado. Y el higienista inglés, a quien he citado varias veces, enseña un régimen apto para lograr mayor estatura. La luz del sol, el aire fresco, el ejercicio regular, ir pronto al lecho, dormir mucho, son, según él, medios muy favorables para crecer. También los alimentos harinosos llevan un grande tributo al desarrollo del cuerpo humano. Se afirma que la hermosa estatura de los escoceses se debe atribuir en gran parte a su alimento favorito: «*oatmeal porridge*», una pasta de harina de cebada.

Además, la belleza de la figura, más que en la altura, está en la armonía. Una mujer pequeña, pero bien proporcionada, vale más que una mujer alta de piernas demasiado largas o de hombros demasiado estrechos. Se dice que un cuerpo humano para estar bien

proporcionado debe medir seis veces la largura del pie. La cara, medida desde lo alto de la frente hasta la mandíbula debe ser un décimo de la altura; y la altura desde el talón a lo último de la cabeza, deberá ser igual a la largura de los brazos extendidos de un extremo al otro pasando a través del pecho.

CALIGRAFÍA Y GRAFOLOGÍA

El esudio de la caligrafía para adivinar el carácter moral de una persona, es cosa muy moderna, pero no exenta de bases científicas. El ilustre psicólogo Lombroso hizo de este argumento un entero tratado, del cual tomo las indicaciones principales para uso de mis amigas las lectoras. Les aseguro que estas reglas son casi infalibles como he podido experimentar yo misma sobre la caligrafía de personas completamente desconocidas para mí, que se me mandaba para su análisis y cuyo resultado, al decir de los conocidos, era siempre conforme a la verdad.

Así, pues, para analizar la caligrafía de una persona hace falta tener de ella un escrito cualquiera sobre papel sin arrugas, donde entren muchas mayúsculas. El estudio será más sincero si es hecho de un fragmento copiado de un libro cualquiera.

Los individuos afables, compasivos, modestos, tienen una escritura redonda, rica de curvas; los crueles, los caprichosos, los obstinados, la tienen angulosa y aguda. Las letras abiertas superiormente indican carácter expansivo, franco; las cerradas, carácter frío y reservado. Las iniciales grandes, adornadas de rasgos volteadores, indican disposiciones artísticas; las mayúsculas como impresas indican interés por la literatura y las ciencias y denotan también sencillez enemiga de pompas y de artificios y preferencia por la claridad y la belleza. Quien descuida y desfigura muchas letras es descuidado en el vestir y en el comportamiento. Las curvas en espiral y el desarrollo exagerado de algunas partes secundarias de las letras, indi-

can gusto en adornarse en toda la escala, desde el cuidado hasta la vanidad. Los pretenciosos subrayan a menudo con la cola de una grande inicial el resto de la palabra. El arrogante usa, generalmente, iniciales muy grandes; el modesto las hace bajas; las mayúsculas o las letras finales con un apéndice hacia atrás son signos de egoísmo; las líneas finales a modo de gancho indican constancia y tenacidad en el trabajo. Una larga línea al final de la palabra es signo de desconfianza; así también en la rúbrica la línea girada a modo de elipse en torno al nombre es señal de naturaleza desconfiada, que se cierra en sí misma. Quien tiene muy desarrollado el sentido de los números, da involuntariamente a ciertas letras la forma de cifras. Las letras separadas significan fantasía, intelectualidad; las letras unidas, sentido práctico, naturaleza prosaica. Si el tamaño de las letras crece desde el principio hasta el fin de la palabra o de la línea, es prueba de que el que escribe ama la verdad, es sencillo, ingenuo; si, al contrario, termina en serpentina, el que escribe es astuto y engañador. La escritura caída hacia la derecha es de quien obedece al sentimiento; la vertical de quien obedece la razón; la escritura inclinada hacia la izquierda puede indicar simulación. Cuando en una página las líneas tienden a subir hacia la derecha, es señal de optimismo; cuando descienden, de pesimismo.

La escritura de moda adoptada por las señoras y señoritas de hoy no se presta para la grafología, porque no es absolutamente personal, sino el resultado de un artificio que al dar toda la importancia de la apariencia a la estética, oculta la verdad del instinto, de las tendencias, del sentimiento.

LA MUJER Y LAS JOYAS

Las joyas han formado en todo tiempo la delicia de las mujeres que desde la primera época de civilización se adornaron con pasión para acrecentar su be-

lleza. Para la mujer, la joya posee una poderosa fuerza fascinadora; muchas virtudes, como aquella de la rubia niña de Goethe, no han resistido a esta formidable arma de corrupción y de seducción. Desde los gruesos *solitaires* que representan el valor de un pequeño patrimonio, y que la dama o la artista cuelga del lóbulo delicado de sus orejas, hasta los pequeños granates entre perlitas que la camarera luce en los días de fiesta; desde los pequeños pendientes minúsculos que la niña sustituye a los aritos de oro puestos pocos días después de su nacimiento, hasta los últimos pendientes de viejos diamantes, antiguas joyas de familia que la abuela lleva con orgullo; desde el humilde collar de coral de la aldeana al collar de perlas de la aristócrata; desde la pulsera de plata de la niña a la diadema principesca; desde el anillo de zafiros de la burguesita al soberbio anillo de brillantes y esmeraldas de la millonaria, las joyas representan para la mujer algo más que el valor material, son las compañeras de sus horas más alegres, son las tradiciones de su familia, son los recuerdos de días solemnes, son la aureola y la característica de su feminidad. Cuando una mujer se priva de sus joyas, se priva no de una riqueza, sino de algo más radical y más necesario para su vida. La primera señal de luto, de indiferencia desolada hacia el mundo, es para la mujer el despojarse de sus ornamentos que la hicieron más bella en los días de fiesta y de felicidad.

El buen gusto, la tontería, las tendencias artísticas, el fausto, la finura, el artificio, se revelan según las joyas que una señora lleva, según y cuándo las pone. Cargarse demasiado de joyas es de provinciana, como ponérselas demasiado simétricamente. Cuando se tienen dos hermosos pendientes no hace falta que el alfiler y los brazaletes sean iguales.

La joyería moderna da obras de arte de finura, de elegancia. Ciertos collares, medallones y broches, ciertas diademas, no parecen joyas, sino flores, mariposas, idealidades indefinibles. Desde la joya más rica a la más modesta, dibujo, montura, armonía de pie-

dras, exquisitez de trabajo, todo es delicado y estético. El uso de las joyas íntimas, diarias, me gusta. Un brazalete que guarde un recuerdo y que no se quita nunca; un anillo con una fecha grabada; una cadenita con un amuleto pendiente que se deja entrever bajo el escote de gasa, adquieren una espiritualidad sugestiva. El uso de los anillos debiera estar sometido a la forma de las manos; ciertas manos se embellecen con los anillos, otras no. Es mejor tener pocos anillos pero ricos, que muchos y de poco valor o de gusto vulgar. Hasta ahora la moda de las anchas mangas no ha sido favorable para los brazaletes macizos, pero ahora las mangas cortas los volverán al uso. Una señora de buen gusto preferirá brazaletes ligeros, aun de lujo, a los brazaletes macizos, anchos, adornados demasiado descaradamente. Y una mujer que posea sentido artístico procurará entonar el estilo de sus joyas y el color de las piedras al género de la propia belleza. Pero, a propósito de esto, he aquí el curioso significado que los antiguos atribuían a las diversas piedras. Será provechoso para las gentiles supersticiosas, para guardarse de algunas o para buscarlas.

La ágata alegra. El topacio consuela y domina la inconstancia. El jaspe cura las enfermedades de languidez; la turquesa impide y atenúa las caídas; es buena también contra los acontecimientos y las melancolías. La amatista vence la embriaguez. El zafiro representa las aspiraciones elevadas del alma, conserva el vigor de los miembros y aleja el miedo. La calcedonia representa la caridad y hace vencer en las luchas. El ónice significa candor; el berilo la ciencia teológica; el rubí calma la cólera; la esmeralda afirma la fe, la hace incorruptible, y si se rompe, quien lo lleva no es más casto. Las perlas significan lágrimas; el ópalo trae desventuras.

La reina de Inglaterra es la soberana que posee más hermosos diamantes, entre los cuales el Koh-i-Noor, que hasta ahora es considerado como la más brillante entre las piedras. La reina Margarita es, como todos saben, apasionada por las perlas. Posee un collar de

ciento cuarenta, de las cuales no se separa nunca. También la emperatriz de Alemania tiene magníficas perlas; y un célebre collar de ciento ochenta y seis perlas negras fué heredado por la archiduquesa Valeria después de la muerte de la emperatriz Elisabet. La emperatriz de Rusia tiene un tesoro notable por el valor histórico y la lejana procedencia de sus piedras. Cada nacimiento en la familia imperial acrecienta la riqueza, porque el Czar celebra el acontecimiento con el regalo de brillantes y esmeraldas. Se cuentan milagros de las joyas de las princesas orientales, pero a nadie es dado admirarlas, y centellean en los cerrados *harenes* entre los perfumes y los vapores embriagadores, entre los velos del misterio.

EL LENGUAJE DE LAS FLORES

Ya indiqué en un capítulo anterior la importancia que tienen las flores en la vida femenina. Importancia por la afinidad que la mujer siente entre sí y las silenciosas y perfumadas criaturas de la tierra; importancia por la vaguedad del natural adorno que les procuran, por los recuerdos de amor y de dolor que suscitan, por la gentil y consoladora ocupación que les dan, y en fin, por su expresión, tan viva, tan eficaz, que trae argumentos de bueno o mal augurio, o les confía los mensajes más íntimos, más tiernos de su corazón. Cuando las palabras faltan, ayuda una flor. Es la primera señal de predilección que el joven ofrece a la niña, es la primera respuesta de consentimiento de ella. Es el tímido heraldo de reconciliación rebelde a las prohibiciones, el espasmo de un adiós sin regreso...

Toda mujer halla en su vida estas flores parlantes: flores que saben su más dulce y triste secreto, su más inconsolable dolor. A todas las niñas les gusta adornarse con una flor como un símbolo: rosas en los días alegres, violetas en los días en que el amor llama tímidamente en su alma como Abril a las puertas

del mundo; crisantemos cuando el amor y la esperanza han muerto, violetas del pensamiento cuando el amor vive fiel...

Y para el recuerdo y para la esperanza anoto aquí la expresión de las flores más conocidas.

La Acacia, de agudo perfume, indica: *Amor platónico*, quizá porque está tan alta que no se puede alcanzar. La Anémona, la elegante flor que se dobla, significa: *Abandono de sí mismo.* La Aguileña, que tiene forma de una campanilla y recuerda el carnaval, significa: *Locura.* El Azahar, la pura flor de las esposas, *Virginidad.* El Astero o margarita china, indica: *Elegancia* sin pompa. La Azalea: *Todo por la amistad.* El Malvavisco, la gran flor ingénua, quiere decir: *Dulzura.* La Bola de Nieve, significa: *Seducción*; el Botón de Oro: *Riqueza engañosa*; la Begonia: *Amor suplicante.* El Capillo, que adorna las pobres estancias, significa en efecto: *Modestia pobre.* El Blancospino, el heraldo de la primavera, dice: *Dulce esperanza.* La roja Boca de León, *Valor* y la blanca, *Soberbia.* La Camelia no expresa, como se cree, aridez, sino: *Constancia en los afectos.* Si es estriada: *Bizarría*; si es roja: *Ardor*; si es rosa: *Alegría.* La Campanilla significa: *Deseo de ver al propio bien*; la Madreselva: *Vínculos de amor*; el Ciclamor, mi flor predilecta, dice una cosa para mí verdadera: *Soledad...*

El Crisantemo expresa: *Lágrimas*, y la Cicuta: *Perfidia.* El Colquico, tan dulce en los prados en otoño, tiene una palabra cruel: *Impostura.* El voluble Convólvulo indica: *Coquetería*, y la Bella de Noche: *Alegría breve.* La sencilla y olorosa Gardenia significa: *Belleza y candor.* La Dalia blanca: *Esterilidad*; la roja: *Abundancia.* La Yedra, todos lo saben: *Unión eterna.* El Helianto o girasol: *Adulación*; el Heliotropo: *Abandono*; en efecto su perfume es leve como un suspiro. La Erica: *Tontería*; la Coronilla: *Verdadera amistad*; el Fuco rojo: *Cordialidad*; el blanco: *Ternura*; la Gavia, rubia como la cabecita de un niño, expresa: *Ingenuidad.* He aquí los claveles, los fuertes y hermosos hijos del verano; el rosado sig-

nifica: *Amor delicado*; el blanco: *Amor puro*; el rojo: *Amor vivo*; el clavel abigarrado: *Poesía*; el clavel taciturno: *Amor concentrado*; el amarillo: *Amor bizarro*. El Jazmín indica: *Gentileza*; el Geráneo sanguíneo: *Presunción*; el Geráneo abigarrado: *Orgullo*; el Geráneo yedra: *Sentirse demasiado*. El Jacinto sencillo significa: *Humanidad*; doble: *Celos*. El lirio es conocido: *Castidad*; la Retama: *Amor de la familia*; el Junquillo: *Languidez*; el Gladiolo: *Espontaneidad*; el Iris florentino: *Sensibilidad*; la flor de lira: *Victoria*, y la flor del espliego: *Silencio*. El Oleandro rojo expresa: *Antipatía*; blanco, *Impaciencia*; el Lila, de suave olor, dice: *Primeros síntomas de amor*; el Lúpulo: *Antipatía*; el Mioxanto: *Acuérdate de mí*; la Mejorana: *Consuelo*; la Magnolia: *Belleza conocida*; la Malvarrosa: *Fecundidad*; el Almendro, que abre a menudo demasiado pronto sus frágiles corolas: *Mente aturdida*. La Margarita de jardín dice: *Juventud*; y la de los prados: *Bondad*. La flor del Granado indica: *Capricho*; la Menta: *Sabiduría*; el Mitro: *Amor*; el Narciso: *Venganza del Amor*; el Berro: *Llama del Amor*; la Nenúfar: *Esterilidad*. La Hortensia rosa significa: *Frialdad*; el Orquídeo común: *Ingenio*; el Orquídeo manchado: *Inteligencia superior*; la Amapola: *Necedad*; la Pasionaria: *Tortura del alma*; la Peonia indica: *Vergüenza*. La Pervinca: *Amistad duradera*; la Prímula: *Inexperiencia*. He aquí a la reina de las flores, a la rosa. Almizclada dice: *Amor caprichoso*; amarilla: *Amor ingrato*; encarnada: *Belleza sin orgullo*; roja: *Amor ardiente*; selvática: *Placer*. El Ramúnculo expresa: *Poca sinceridad*; la Escabiosa o Viudita: *Abandono*; la Sensitiva: *Pudor*; la Tuberosa: *Embriaguez voluptuosa*; el Tulipán: *Amor violento*; la Verbena significa: *Sinceridad de afecto*; la Verónica: *Compasión*; la Violeta del Pensamiento: *Piensa en mí*; la Viperina, si es blanca: *Corazón inconstante*; si es roja: *Volubilidad*; si es amarilla: *Poca firmeza de afectos*, una variación de la misma triste cosa. La Violeta sencilla, como todos saben, indica: *Modestia*; doble: *Belleza modesta*; blanca:

Candor; la Cipela dice lo más cruel para quien ama: *Lejanía.*

LAS CARTAS DE LAS SEÑORAS

El pensamiento vuela desde la flor a la carta, que muchas veces lo lleva de corazón a corazón, de labio a labio, perfumando con él la carta, como el amor que lo envía y el amor que lo recoge. Gentiles cartas femeninas, bien os conozco porque tan frecuentemente vinisteis a mi soledad para consolarla con caricias espirituales. Y no sólo por la caligrafía, sino por la carta, por la tinta, por el lacre, por el perfume, se adivinan muchas cosas; costumbres, posición social, vanidad, bondad, coquetería, sencillez...

He ahí las cartas de las señoras y de las señoritas elegantes, modelos de moda, pero de poca personalidad; cartas rudas, pesadas, de orla de franjas; tinta violeta, caligrafía alta y angulosa; perfume de iris o de violeta; selladas con lacre de oro, donde están impresas unas armas o unas iniciales.

He aquí las cartas de las adolescentes: papel pequeño alegre, de los más delicados colores del iris celeste: rosa, violeta, amarillo, verde; escritura de colegiala que tiene siempre diez en caligrafía; perfume de heliotropo; lacre de todos los colores y muchas veces una flor, una vista pegada donde la carta se cierra. Queridas cartitas, que tantas dulces palabras me trajísteis, tanta energía infundísteis a mi trabajo con vuestros entusiasmos, vuestras caricias filiales, yo os conservo a todas en gruesos paquetes como mi más precioso trofeo de victoria.

He ahí las cartas de las señoras laboriosas; maestras, dueñas de casa y madres de familia: son quizá las más personales, aunque el papel y la caligrafía no difieran mucho; papel común, blanco o ligeramente azulado, sutil, de modo que un sobre pueda contener en caso dado aun cinco hojas, caligrafía rápida, viva, no bella, pero clara y espontánea, en armonía con los

pensamientos, con los sentimientos que expresa. El sobre no lleva sello, no se tiene tiempo de hacerlo; es un sobre modesto, como el papel, algunas veces distinto, un sobre colorado, comercial.

Ahí están las cartas de las intelectuales: el papel es sencillo, pero a menudo lleva una palabra en un ángulo, un emblema en el sello; y cada una demuestra las tendencias, las aspiraciones románticas, arrogantes, escépticas o apasionadas, de la individualidad femenina que refleja. ¿Y las cartas de las escritoras? Yo conozco la caligrafía de todas las autoras de Italia, desde la viril de Matilde Serao a la pequeña escritura recogida de Neera, que, sin embargo, tiene una hermosa firma; desde la caligrafía ancha, clara, simpática de Ada Negri, a la caligrafía pequeña y delicada de Elda Gianelli; desde la caligrafía llena de arrojo, como sus versos, de Vittoria Aganoor a aquella de tinta violeta de *Térésah*; desde la vigorosa de Grazia Deledda a la escritura blanda de Luigi di S. Giusto. Y tantas otras que sería demasiado largo enumerar. Muchas de estas cartas que conservo con complacencia son páginas exquisitas de gracia, de agudeza, de sentimiento, de idealidad, de poesía, pero en general, todas las cartas femeninas, aun las menos sabias, tienen un perfume de gentileza, una espuma de vivacidad, una punta de finura que parece son especiales al alma de la mujer. Y precisamente Angelo de Gubernatis observó que «En la literatura epistolar son generalmente las mujeres las que llevan la ventaja; porque si algunas veces aparecen artificiosas y poco simpáticas cuando escriben para el público, se revelan incomparables en el hablar íntimo, en sus monólogos profundos y diluídos, y sobre todo en su correspondencia.»

EL LENGUAJE DEL SELLO

La última forma de lenguaje simbólico descubierta es la del sello. Es la más fácil de aprender, tanto más porque no comprende el uso significativo del color, sino

de la posición que ocupa sobre el sello y del modo como está pegado. Es, pues, un alfabeto convencional muy valioso y muy... ¡peligroso! Por ejemplo, el sello a la derecha, en lo alto, como se aplica generalmente, quiere decir: *Calma perfecta*, o lo que es lo mismo... nada; pero si lo aplicáis cabeza abajo, siempre a la derecha, significa nada menos que la petición de una cita... A la izquierda está la respuesta: *sí* o *no*; *sí*, si está derecho; *no*, si está al revés. Bajo la dirección significa: *Ternura*; detrás del sobre, significa: *Secreto de amor*; inclinado, de modo que tenga una punta en alto, quiere decir: *Volubilidad*; dos sellos en los lados opuestos de la carta, uno a derecha y el otro a izquierda, expresan: *Mi corazón está comprometido*; pero una fila de sellos a lo largo del margen superior, dice: ¡*Tuya para siempre*!

EL PAÑUELO

También el pañuelo tiene una parte principal en la vida de la mujer, y ésta, en reconocimiento, de indumento práctico lo ha elevado al grado de bagatela, de accesorio rico y gracioso. ¡Qué diferencia entre los pañuelos que usaban las mujeres de otro tiempo y los nuestros! Yo veo frecuentementee un cuadro de Guercino, en el cual una rubia Magdalena, de estupendos cabellos, arrodillada a los pes de la cruz se limpia las lágrimas con un pañuelo blanco que tiene las dimensiones de una gran servilleta... Así debían ser los pañuelos de las damas del seiscientos; y poco más pequeños, aunque de tejido más fino, quizá, y adornos de encajes, los pañolitos que las desventuradas marquesas del *toupé* empolvado estrujaban en la crisis de despecho amoroso o llevaban a las narices, perfumados con agua de Toronjil para no desmayarse.

Nuestras abuelas tenían en sus equipos pañuelitos bordados a mano o adornados de Malines, de Bruselas, de Chantilly, que llevaban en la mano cuando iban a paseo o de visita. De aquellos pañuelitos de

notables proporciones, las afortunadas nietas hacen cuellos, velos de sillón *plastrons*, almohadillas de alfileres, delanteros de blusas, entredoses de camisas. La abolición absoluta de bolsillos ha reducido a nuestros pañuelos de uso, que precisa ocultar en los pliegues de las blusas, en la cintura, entre las mangas, en las bolsitas exteriores, donde se pueda. Para salir se han adoptado las bolsitas, los tarjeteros, y en invierno los manguitos. Y con las *toilettes* de noche se ocultan bien en el escote o en la cintura.

Los pañuelos de lujo son alas de mariposas, pétalos de flor, retales de velos de hada; algo poético, casi inmaterial. Unidos al vestido de seda y de gasa, de batista y de bordados aéreos, son ahora un complemento necesario a la elegancia femenina cuyo refinamiento resumen e indican junto con el perfume.

Hay pañuelos místicos, puros, galoneados, que la comulgante y la esposa llevan al altar, envolviendo en ellos los tallos de las flores simbólicas; hay pañuelos dolorosos, de orla negra, que se bañan de llanto; hay pañuelos caseros de sencilla orla que la niña quita a la mañana para hacer las sábanas de la muñeca y que la mamá cariñosa emplea para los cuidados del *bebé*; ora envuelve el pañuelito una pierna herida, ora un dedito, ora una cabecita contusionada; y se perfuman con árnica y vinagre y se mojan en ácido bórico, los pañuelos protectores. Hay pañuelos mundanos, rosa, celeste, lila, amarillos, que pasan a menudo como señales de amor a los bolsillos de algún galante caballero que puede hacerse con ellos variadísima colección; hay pañuelos trágicos, que se manchan de sangre; pañuelos reveladores de iniciales traidoras, descendientes del pañuelo fatal de Desdémona, pero no siempre inocentes como su progenitor.

Toda mujer, creo yo, que haya vivido un poco, encuentra, siguiendo el curso de sus recuerdos, la elocuencia de una de estas insignificancias que llevan su nombre y su perfume. Ella piensa en alguno de ellos convertido en reliquia discreta en la tumba de algún amor sepultado en él como en un sudario; algún otro

perdido, pero quizá guardado con secreta devoción; piensa en los que recogieron sus más ardientes lágrimas y supieron sus ansias más vivas, sus tormentos más sutiles, sus desilusiones más profundas. Y piensa también ¡ay! en las lágrimas futuras que algún todavía ignorado pañuelito recogerá...

LA MUJER Y LA MODA

Mujer y moda: todavía dos vocablos que no se pueden desunir. Aunque sea inteligentísima, de carácter serio, de altos ideales, hablad de moda a una mujer y os responderá enseguida como instrumento tocado en la parte más sensible. Además es la conversación más oportuna en ciertos casos, es, por decirlo así, el discurso diplomático femenino, el que procura confianza, el que impide la maledicencia, que aleja o evita las expansiones, que ayuda a ocultar el fondo del pensamiento a quien no merece conocerlo; que reune a las señoras de inteligencia, de educación y de ambiente diverso; porque todas, desde la pequeña burguesa a la gran dama, desde la intelectual a la bella ignorante, desde la niña apenas abierta a la vida, a la señora que se marchita, todas nos interesamos, nos preocupamos por la moda. No me acuerdo quién dijo que al prepararse para un acto cualquiera de la vida que exija una asistencia oficial, el hombre se pregunta siempre: «¿Qué diré?» Y la mujer: «¿Cómo me vestiré?» Efectivamente, el vestido es para la mujer una cuestión esencial, un motivo importante para aceptar o para renunciar la asistencia; medio eficaz de victoria o de derrota...

Cuando se pone un vestido por la primera vez, función siempre poco simpática, no hay más que pensar qué elocuente y querido puede sernos aquel vestido que al presente no nos dice nada; el confidente de cuántas dulzuras puede resultar, de cuántas horas esperadas. ¿Quién sabe lo que habrá sucedido cuando hayamos terminado de ponernos aquel vestido? ¿Quién

sabe qué cambios habrá en nosotras y en nuestro derredor? Porque él nos acompañará durante un período de la vida, y no hay época, por breve que sea, exenta totalmente de alegrías y de amarguras. Amemos, pues, estas modas que no son solamente motivos de vanidad; y sin hacer de ellas el pensamiento dominante o el fin principal de la existencia, no olvidemos nunca de ocuparnos en ellas con cuidado y con discernimiento. Si se recibe mala impresión al ver a un hombre con un cuello pasado de moda, con un par de guantes chillones, con una corbata demasiado rara, peor impresión hace una mujer que lleve las mangas largas cuando se usan estrechas, sombreros pequeños cuando se usan grandes y así sucesivamente.

Ahora, además, la moda ha llegado a tal punto de refinamiento y de detalle que una señora no puede ser fea, absolutamente fea, si no se obstina en serlo. Las modas, aunque haya una dominante, son múltiples, y se puede preferir la que se adapte mejor a la persona; y lo mismo sucede con los colores, los adornos, los sombreros, los peinados.

Carmen Sylva, una de las mujeres más artistas, más inteligentes y más elevadas de nuestro tiempo, se ocupa con cuidado del propio vestido y dice: «*La Toilette n'est pas une chose indifférente. Elle fait de vous un object d'art animé, à condition que vous soyez la parure de votre parure*».

EL LENGUAJE DE LAS CINTAS

El lenguaje de las cintas nació en la Edad Media. Cuando los guerreros partían para las peligrosas empresas, las mujeres ponían algo gentil sobre los corazones de acero, en los yelmos que ceñían la frente valerosa, en la guarda de las espadas empuñadas por la buena causa. Fué entonces cuando las cintas se hicieron elocuentes y muchas cosas se podían adivinar por el color del tahalí que llevaban.

Las cintas blancas significaban: *Felicidad*. El ca-

ballero que las llevaba ignoraba los tormentos de la duda, las tristezas del desengaño. La plata expresaba celos: *Amo, pero temo*; *amo, pero sufro*; *amo, pero me consumo...* El rojo indicaba: *Ira, soberbia, sed de venganza o noble orgullo* y *deseo de cosas grandes.* El azul revelaba: *Cortesía*; el verde: *Delicia, amistad sincera, esperanza.* El amarillo era un color penoso; denotaba la fiereza encerrada en sí misma: *Impaciencia, incertidumbre, sospecha.* El caballero que llevaba tahalí de oro demostraba: *Animo constante, magnificencia, cortesía inalterable.* El lila decía: ¡*Acuérdate*! El amaranto era el color de la indiferencia y de la frialdad; el aleonado expresaba: *Pasadas tempestades*; el color de paja seca indicaba: *Desconfianza* y *desengaño.* El aceitunado era: *Envidia de la felicidad ajena.* El verde obscuro: *Secreta esperanza.* Y el negro decía: ¡*Todo ha terminado*!

LOS PERFUMES

Los perfumes no tienen un lenguaje emblemático, pero pueden ser para un fino observador indicio claro de los varios caracteres de la psicología femenina. A las señoras sensuales les gustan los perfumes agudos y usan de ellos excesivamente. El Opoponax, el Piel de Rusia, el Piel de España, el Chipre, las hacen parecer a las flores que matan. Las mujeres apasionadas prefieren los perfumes penetrantes, y usan el Trèfle, el Mil-flores, el Tuberosa, el Ilang-Ilang, el Jazmín. Un tenaz recuerdo de amor está unido para ellas a una u otra de estas fragancias, como para las mujeres sensuales el recuerdo de una embriaguez; y parece que el aroma de su mismo afán secreto sea el que huele sobre su vestigio. Las mujeres puras, de ternuras dulces, buscan los perfumes suaves como ellas; el heliotropo, la violeta, la reseda, el iris, el jacinto. La gran delicadeza de su perfume expresa que ellas lo conservan solamente para quien las ama y a quien aman. La mujer que ha renunciado al amor y a la admiración

no hace uso de esencias, sino de agua de *toilette*, y solamente huele después del baño en las labores matutinas, agua de espliego, agua de verbena, agua de Colonia, *Athênienne*; ha elegido para sí estos perfumes, por su instinto natural de finura y de aseo, no por crearse una atmósfera o un arma de seducción.

La marquesa de Maintenon hacía deshojar centenares de lirios y de magnolias en el agua de su baño, y el baño lleno de pétalos de rosas era general entre las mundanas del setecientos. Sabido es que los romanos de la decadencia gastaban en perfumes sumas fabulosas, y las damas de Grecia antigua abusaron tanto de los perfumes que en Atenas, bajo Solón, durante cierto tiempo se hubieron de prohibir con una ley. Se esparcían hasta en las plumas de las palomas, así es que cuando levantaban el vuelo dejaban caer sobre los atenienses fina niebla olorosa de la cual se impregnaban vestidos y mantos.

Perfumarse demasiado, en nuestros días, es indicio de poca delicadeza, pero un poco de perfume, que sea como el sello material de nuestra personalidad es una exquisitez a que una señora elegante no puede renunciar. Conviene, sin embargo, que el perfume adoptado sea siempre el mismo para los vestidos, para el pañuelo, para los cabellos, para la ropa blanca, para el papel de escribir, para los guantes. Se usarán pequeños *sachets* que se pueden también coser en el forro de los vestidos. Para los trajes de estofa espesa y de color resistente, para los cabellos, para la atmósfera de las estancias, se puede usar el pulverizador.

SOMBRILLAS Y ABANICOS

Si una mujer rica y elegante tuviese la ocurrencia de conservar clasificados y ordenados en un lugar a propósito todas las sombrillas y todos los abanicos que ha empleado en su vida, desde los primeros a los últimos, ¡qué colección tan interesante para la historia de la moda y para los recuerdos sentimentales! No pu-

diendo variar la forma, en las sombrillas particularmente, se ha variado en las dimensiones y en la materia. Desde las sombrillitas minúsculas de seda verde, de mango de marfil, de nuestras bisabuelas que, para defenderse mejor del sol, las torcían con un muelle, y a veces las empleaban como abanicos, a las grandes cúpulas de tafetán y de encajes de nuestros días ¡qué diferencia! ¡Por cuántas dimensiones han pasado las sombrillas y cuántos caprichos han dejado sobre su huella! Se han hecho con forro, sin él, con tela de dos trozos, unida, con dibujos grandes o pequeños, con líneas circulares o verticales, adornadas de blonda, después de muchos encajes sobrepuestos, con un solo encaje con transparente, y aun de gasa, de velos, de *étamine*, de muselina, de *satin*, de *mohair*.

La vida moderna tiene bases prácticas, y respetando todo refinamiento y toda extravagancia, ha creado el *en-tout-cas* que no declinará nunca; la simpática y severa sombrillita, tan delicada, tan ligera, tan poco embarazosa; que cerrada pasa casi por un anillo; abierta, resiste al sol, a la lluvia, al polvo y al viento; que sirve con todos los vestidos y en toda estación. Son las primeras en abrirse en Febrero, las últimas en cerrarse en Noviembre. Hay también sombrillitas del otoño de la vida, sombrillitas de renuncia a las pompas mundanas y juveniles, sombrillitas de las buenas mamás, de las señoritas serias y juiciosas, de las mujeres activas y previsoras, de las criaturas melancólicas; sombrillitas que se ven errar solitarias en los alrededores de alguna iglesia, en alguna calle apartada, entre las malezas de los camposantos.

Las grandes y elegantes sombrillitas de color subido, encendido, desnudas o veladas por las vaporosidades de un encaje, hacen una coquetuela aureola a una joven y graciosa cabeza mujeril. Ciertos rostros pálidos de morena, con el reflejo purpúreo de una sombrilla de color de fuego son muy atrayentes; como para un fresco rostro de rubia los reflejos azules, verdes o violetas, o, sencillamente, un fondo blanco son muy favorables. Los perfiles sobre las sombrillas se desta-

can con una fineza de camafeo, y aquellas tintas de líquida gema alteran fantástica pero agradablemente el color natural de la piel.

En los abanicos, la fantasía es todavía más rara. Efectivamente, este gracioso accesorio se presta a todos los refinamientos del gusto y del arte y puede constituir por sí solo un delicioso compendio de gentileza, de rareza y de recuerdos. Y perdonad mi insistencia blanda y dolorosa sobre esta nota sentimental. La rebusca del espíritu en las cosas, la interpretación de su lenguaje, ha sido siempre una de mis inocentes manías, uno de mis placeres intelectuales más exquisitos. Por esto adoro los abanicos, los confidentes discretos y prudentes de tantas pequeñas y grandes debilidades y dulzuras; de nuestras vanidades, de alguna hora de abandono vivida alegremente, de alguna hora de aburrimiento soportada animosamente; de todas nuestras nerviosidades, de algún probable heroísmo. ¡Cuántas lágrimas y cuántas sonrisas han protegido y ocultado los abanicos en el tiempo del rey Sol! Y, ¡qué preciosa ayuda para los bostezos, para las pequeñas confidencias, para las perplejidades, para las alegrías prohibidas! Por eso quizá la mujer ama con predilección al fiel y frágil auxiliar, y su mano tiene para él caricias tan dulces, que nunca se separa de él ni en invierno ni en verano, variándolo solamente. Los mórbidos y perfumados abanicos de plumas, los vaporosos abanicos de velo pintado o incrustado de oropeles, los exquisitos abanicos de encajes, los artísticos abanicos de estilo, se abren solamente a la clara luz artificial de los lugares de reunión mundana o en la penumbra de algún salón en las horas de elegancia de los últimos días de la vida estival; para los baños y para el campo hay, además, toda la multitud de abanicos japoneses que los amigos llenan de versos madrigalescos y las amigas de sentencias melancólicas y románticas. Yo no despreciaré la costumbre poética y genial que nos permite llevar siempre con nosotras el sello de una persona querida, los rasgos de su mano, el perfume de su pensamiento, que da para nosotras al rústico abanico

de pocos céntimos un valor inestimable. Sería interesante la colección de todas las poesías que los abanicos han inspirado y recogido entre sus pliegues de papel, pero no fácil, quizá, por los legítimos celos de sus graciosas propietarias. Como modesta muestra de esta «literatura del abanico» he aquí una prosa poética que yo escribí sobre un abanico destinado a una Fiesta de Beneficencia:

«¡Ave, abanico! ¡Confidente discreto y prudente de pequeñas y grandes debilidades, de pequeñas y grandes dulzuras; fiel y alegre auxiliar de las gracias juveniles, próvido escudo de las melancólicas ofensas de los años! Frágil, caprichosa ensambladura que como una mariposa bates las alas a los rayos luminosos y al frío las recoges; embarcación que conduces lentamente hacia el sueño y que tal vez la pasión quiebra... ¡Ave, abanico, cetro y poesía femenina!»

LENGUAJE DEL ABANICO

Tan íntimo y fiel amigo tenía que resultar elocuente, ¿no os parece? Y así ha sucedido, en efecto. También al abanico hemos enseñado un lenguaje; un lenguaje psicológico, amoroso, convencional, como el de las flores, de los colores, de los sellos... Una lengua de no muchas palabras, ciertamente, pero tan expresivas que muy bien pueden hacer las veces de un largo discurso. Atended, pues.

El abanico completamente abierto y junto al pecho, significa: «¿Por qué no se decide usted? Mi corazón es libre». El abanico agitado lentamente quiere decir: «Le quiero a usted». Agitado con fuerza: «Amo a usted con pasión». Cerrarlo rápidamente, de un solo golpe, indica: «Inútil seguirme, mi corazón está comprometido». Cerrado lentamente, varilla por varilla, denota: «¿Quién sabe? Espere usted...» Cerrado contra los labios significa: «No puedo amar a usted». Pasado de una mano a la otra: «Le espero mañana». Abierto completamente sobre la boca: «Sea usted pru-

dente». Cerrado y abandonado sobre las rodillas o sobre el parapeto del palco, dice: «Mi corazón ha muerto, ya no amo a usted».

LES RIDICULES

Otro objeto eminentemente femenino que estuvo ya en boga, que pasó y ha reaparecido con las modas del primer Imperio es la *ridicule*. También el nombre ha permanecido el mismo, cuya etimología no sé explicarme. ¿Por qué es ridícula la bolsita tan cómoda? ¿El saquito providencial que acoge eclécticamente las cosas más distintas: el pañuelo y los caramelitos, un lápiz y los guantes, un librito para las anotaciones y un brazalete que se teme perder, la llave de casa y el horario de los ferrocarriles, los polvos y el reloj? No sé si en la época de su invención, las *ridicules* tendrían el oficio de sustituir a los bolsillos, como hacen ahora, pero de seguro fueron de gran utilidad para nuestras abuelas como para nosotras. Entonces se hacían muy grandes, de la misma tela que el vestido, y se cerraban con largas cintas; ahora se hacen generalmente negras o muy obscuras, de raso, con alguna flor pintada, etc.; recubierto de gasa gruesa, negra, de bordados, con perlitas. Se hacen también de piel de gamuza, de color natural o blanca, para el verano; y para el teatro se crean verdaderas bagatelas de seda de tintas lánguidas y de espumantes franjas blancas o de color de marfil. Están destinadas a contener los gemelos, la bombonera, el pañuelo de encajes, el programa, la cajita de plata de los polvos y el estuche de los alfileres.

Para las salidas matinales por la ciudad, a pie, cuando se va a pequeños asuntos, las *ridicules* son deliciosas. Contienen el portamonedas, el librito de las direcciones y el de memorias, muestras de telas, joyas de uso inmediato, y en fin, las pequeñas compras que se hacen. Porque estas bolsitas mágicas parecen pequeñas, pero contienen tanto que, cuando en casa las va-

ciamos sobre la mesa, se maravillan los que lo ven de su misteriosa capacidad. En los viajes les confiamos cuanto se necesita tener a mano y que sería demasiado incómodo encerrar en las grandes maletas: dinero, llaves, periódicos, lapiceros, guantes de recambio, abanico, redomitas, caramelos... Y si vamos a hacer compañía a alguna amiga convaleciente o nos llaman para pasar la noche con alguna amiga va siempre con nosotras la inseparable *ridicule* que acoge el libro, el bordado, el trozo de música, el periódico de moda, la labor de malla.

El examen de una de estas bolsitas que conservan el perfume de la señora y no raramente algún secreto de cartas v de flores, más o menos inocente, daría materia para algunas finas páginas a un psicólogo aficionado. Podría conjeturar el grado de elegancia, las costumbres, las tendencias, y casi la edad de la propietaria, porque no se hallará un par de anteojos en la bolsita de una mujer joven, ni un espejito en la de una señora de edad. Ahora las *ridicules* de estofa han cedido un poco el campo a las bolsitas de piel, de charnela, de todas las tintas y de todas las formas, y hasta aquellas más ricas de malla de oro o de plata. Pero las de última novedad son más pequeñas, apenas cabe el pañolito y un minúsculo portamonedas; las sugestivas, las misteriosas, las más personales e interesantes son siempre las *ridicules* que quizá de sus progenitores recogieron y conservaron el perfume más agudo de la feminidad.

EL MANGUITO

El manguito era, años atrás, el precursor de las *ridicules* porque las señoras, a falta de bolsillos, lo llenaban de objetos que estorbaban en sus manos, pero además de que en el manguito estaban menos seguros, sucedía que después no había sitio para las manos, despedidas por los numerosos inquilinos.

Entre mis raras tentativas dramáticas tengo un «*le-*

ver de rideau» titulado «*El Manguito*», que en efecto, es el verdadero protagonista, porque del cambio de manguitos entre dos señoras, una de las cuales lo ha dejado descuidadamente en casa de un joven, se originan numerosos equívocos. Y se forman precisamente porque en el manguito, en poder de los amigos del joven, hay una cantidad de chucherías que dan pasto a sus malignos comentarios.

¡ Siempre con la vuelta a lo antiguo ! Hoy los manguitos se hacen grandes, capaces de hundirse en ellos la mitad del brazo, después de haberlos hecho tan pequeños donde solamente cabían las puntas de los dedos. Y en los manguitos elegantes se mezcla la piel a la tela con gracioso efecto. Hay, además, manguitos que son verdaderamente bagatelas, de encajes, de flores, y que sirven para todo menos para abrigar.

Ahora los verdaderos manguitos de zorro azul, de *skung*, de marta, de cebellina, de nutria, de todas las pieles más preciosas, que se forran con sedas mórbidas y perfumadas, donde las ágiles manos se hunden voluptuosamente, son los que dan mejor la simultánea visión del invierno y de la mujer, que cuando sopla el aire afilado se cubre con él, con un movimiento gracioso, la barbilla y la boca, y lo adorna con su respiración, pone en él con un alfiler los primeros macitos de violetas campestres ofrecidas por los aldeanos ; que sirve de defensa contra el sol cuando no tiene a mano la sombrilla. Y en la recogida intimidad de un *coupé*, ¡ qué dulzura atraer hacia el manguito, entre nuestras manos, la mano del hombre a quien se adora, y en aquella prisión mórbida, tibia y perfumada sentir el contacto tierno y ardiente !

EL GUANTE

También ama la mujer al guante que reviste su mano, a través del cual le son comunicados tantos estremecimientos de amor, manifestadas tantas expresiones tiernas, tantas convulsivas despedidas significadas

en un breve apretón de manos. El guante, que se modela tan estrechamente a su mano cuya forma conserva como un molde de arcilla, debe constituir para el amante el más querido y dulce recuerdo. Ningún objeto de nuestro vestido es tan espiritual y material a un tiempo como el guante que se puede conservar como recuerdo tangible de un sentimiento o de un acontecimiento; ideal o real. Yo sé de una señora que conserva entre sus recuerdos más sagrados los blancos guantes de su vestido nupcial; y entre sus recuerdos más dolorosos otro par de guantes negros que le hacen revivir un día, una hora, un lugar inolvidable. Un guante evoca todo un acontecimiento, toda una cadena de pensamientos, todo un orden de sensaciones. Los largos guantes blancos, puestos en fila, siempre un poco nerviosamente, nos hablan de horas mundanas en el parapeto de terciopelo de un palquito mientras una música divina nos invadía el alma y despertaba en ella apasionados acentos de un lejano... ; en una sala de baile, en una hora de inocente embriaguez, mientras el guante blanco descansaba sobre un frac negro, suaves palabras eran susurradas a nuestro oído y nos transportaba una armonía en la ligereza de un vuelo. Aquel otro guante gris nos recuerda un adiós, triste como la muerte, en el ángulo de una calle; aquel guante obscuro nos habla de una mano audaz que buscó la nuestra y la conservó entre las suyas, para confirmarnos lo que ya sabíamos, para inundar el alma de alegría. ¡Ah! ¡Cuántas veces un amor no conoce otra alegría que esta, preludio y epílogo a un mismo tiempo! ¡Cuántas veces un apretón de manos es el único abandono, la única posesión! Y entonecs el sutil guante, consciente de la dulzura profunda y fugitiva, resulta para quien amó, deseó y esperó, en vano, algo privilegiado que no miramos sin profunda tristeza y sin íntimo y amargo orgullo...

El guante no hizo su aparición hasta la época del Renacimiento y fueron Italia y España las primeras en usarlo. En la Edad Media los guantes eran todavía muy primitivos y consistían en un par de rudos saqui-

tos de cuero donde se encerraban las manos en el invierno. Más tarde Catalina de Médicis y su corte hicieron uso de guantes elegantísimos adornados de bordados, blondas, perlas y piedras preciosas. El precio de los guantes de aquella época era fabuloso.

En los tiempos de Luis XIII un par de guantes sencillísimos costaban setenta escudos; pero, no obstante el elevado precio, el consumo era enorme. Un uso muy en boga entonces en la Corte, uso que se extendió después a las familias nobles, consistía en presentar después de las cenas una bandeja conteniendo varios pares de guantes perfumados que las señoras elegían según su gusto. En los siglos XVII y XVIII llevar guantes era considerado como una absoluta falta de elegancia y de consideración. Los guantes se llevaban doblados en la mano. De aquella época existen, sin embargo, verdaderas obras de arte del género. Hace pocos años se vendió en Londres un guante de la Reina Ana bordado en oro con encajes de la época, por cuatro mil pesetas. Y siete mil se pagaron por un guante veneciano del siglo XVI con adornos pintados.

¿Recordáis el soneto del Petrarca por el guante de Laura? Un día la mujer bella y esquiva dejó caer uno de sus guantes de seda. Petrarca lo recogió anhelando conservarlo como reliquia de su amor ardiente e infeliz; pero la mujer no lo consintió y él hubo de restituirlo.

Candido leggiadretto e caro guanto
Che copria netto avorio e fresche rose.
Chi vide al mondo mai si dolce spoglie?
Cosi avess'io del bel velo altrettanto.
O incostanza dell'umane cose!
Pur questo è furto, e vien ch'i me ne spoglie (1).

---

(1) Sencillo, gracioso y querido guante que cubres puro marfil y frescas rosas, ¿quién vió en el mundo jamás tan dulces pieles? ¡Ojalá tuviese yo otro tanto del hermoso velo! ¡Oh, inconstancia de las cosas humanas! También esto es hurto, y viene aquí a despojarme de él.

LOS DELANTALES

Un delantal de niña es uno de los recuerdos de todo primer amor masculino. Sea el delantal negro de una costurera, o de una colegiala; el delantal celeste o rosado de una pequeña prima, el delantal blanco de una camarera, el delantal con cintas de una señorita amiga o de una vecina del pueblo, también este accesorio, este complemento del vestuario de la mujer tiene una elocuencia sentimental, galante y profunda. Las jóvenes acrecientan su gracia juvenil con este indumento que adorna su vestido de casa, y las variaciones sobre el único tema son fantásticas e infinitas. Desde aquellos pequeñitos de franja y cinta para servir el té en el salón de la mamá o en la terraza de los hoteles, hasta los de muselina «a lo educanda» para hacer las tareas de pequeña dueña de casa, los modelos son infinitos. Por la primavera, la estación de los paseos en el campo, o de las largas siestas en el jardín, son graciosos y adaptables los delantales de *foulard* o de *satin* con florecitas, hechos de un solo pedazo de tela de cerca de dos metros de largo y uno de ancho; todo recto, rizado al cuello en torno del cual se sostiene con una cinta y realzado un poco bajo la cintura para formar un pliegue profundo cerrado a los lados y fijo en el medio, que hace las funciones de bolsillo. Se ciñe al talle con otra cinta, y en el bolsillo se puede colocar el librito que se lee paseando, los guantes, las flores que se cogen, la laborcita de *crochet*; así resulta una especie de alforja providencial. Estos delantales se hacen también con tres grandes pañuelos, unidos, de vivos colores.

Los delantales llevados por señoras me agradan menos, porque dan de por sí tal aspecto de sencillez ingénua que una señora, si no es muy joven y muy delgada no los puede emplear sin desentonar. Los únicos permitidos a las señoras son los que se ponen para salvar el vestido en algún quehacer, o para jugar con los niños. Y qué gran variedad hay en estas

prendas, al parecer tan comunes y vulgares: los delantales amplios, de lana negra o gris que la infancia adora como todas las cosas de bondad o de vejez; los próvidos delantales que secan las lagrimitas, que se llenan de juguetes, y se ensucian de polvo y de fango; los que sirven también para hacer de andadores pasados a la cintura de las criaturas; los delantales que quedan en los recuerdos de la edad ignorante y alegre junto a la cara arrugada de un ama, a la dulzura de los besos maternos...

LOS COSMÉTICOS

Ovidio, soberano en la ciencia amorosa, dice: «La mujer que ama debe estar pálida, porque la palidez es el único color que conviene.» Y las damas romanas usaron pastas perfumadas y raras, como el *halenium*, el *lomentum* y la *alcionica* que ponían a los rostros, tersos y relucientes. Toda una serie de esclavas estaba dedicada a la *toilette* íntima de la dama. Se llamaban *cosmete*, de que derivó quizá el término «cosmético» para indicar las pomadas, los polvos, las tinturas, los perfumes; los miles de secretos de embellecimiento femenino.

Petronio, Ovidio, Propercio han escrito verdaderos tratados sobre el arte de los cosméticos, las *pommades de Jouvence*, como los llaman graciosamente los franceses; y Plinio cita pomadas para teñirse los cabellos, con dosis de mirto, de ciprés, de plumón, de frutas hervidas, de cortezas de nueces. Eran perfumadas con esencias orientales costosísimas y se conservaban en cajas de oro, de marfil, de hueso, de alabastro o de tortuga.

El arte de los cosméticos en nuestros días ha alcanzado un grado de perfección insuperable. Los productos más finos vienen de Francia, donde se hace grandísimo uso de ellos. En el país de la galantería y del amor, las mujeres no quieren envejecer, y cuando sus mejillas pierden su fragancia natural la susti-

tuyen con una frescura de artificio. Un poco de blanco sobre el rostro, un extracto de *véloutine*, una leve tinta de carmín en las mejillas y en los labios y héla todavía joven, todavía atrayente para la admiración y para el amor. En Italia los cosméticos se usan menos. Las señoras se contentan con pedir ayuda a los polvos; un velo de *véloutine* es toda la concesión que hacen al artificio, normalmente, por lo menos. Ya se sabe que para alguna noche de teatro, para algún baile, se puede hacer alguna infracción a la regla.

Pero los polvos son los compañeros inseparables. Los hombres los detestan, quizá porque sus rastros son fáciles y evidentes sobre los trajes obscuros masculinos, pero las mujeres los adoran y no se privarían de ellos por un tesoro. Sobre el tocador de la gran dama como sobre el de la costurera se encuentra la caja de polvos; la de la señora rica será una *véloutine* de seis pesetas la caja y estará colocada en un recipiente artístico y precioso; los polvos de la joven pobre costarán una peseta y estarán en una caja de cartón; pero las dos, al primer momento libre se encerrarán en su habitación y ante el espejo se pasarán la borla por el rostro. ¡Cuántos pechos de cisne dan su fina vestidura mórbida y blanca para sus mejillas femeninas, millares de mejillas, frescas o marchitas, pálidas o rubicundas, llenas o escasas, lisas o arrugadas! Cuando viaja la mujer lleva los polvos consigo en la bolsita de mano para tenerla pronta; y si se queda sola un momento en el vagón, toma enseguida el espejo, la caja, la borla, y la pasa por la cara. Apenas llega al hotel busca los polvos en la maleta y si es invitada a comer fuera o para todo el día, la oferta que más agradece del huésped es la de un poco de polvos a su disposición. No es sólo un embellecimiento, sino un refrigerio; no una coquetería, sino el consuelo delicado de una caricia que deja suave huella de frescura y de perfume. Yo creo que no habrá feminismo capaz de destruir los polvos; porque encontrará siempre para refugiarse un extremo baluarte donde halle intacta la feminidad.

Una de mis amigas, prometida, me enseñó un día una elegantísima bolsita de piel de cocodrilo, regalo de su futuro esposo. Entre los bolsillos del interior contenía un cómodo rincón para los polvos, y mi amiga estaba muy contenta por ello. Pues bien; la atención de aquel joven que había sabido comprender tan bien esta pequeña necesidad, esta debilidad mujeril, y no la condenaba, sino que la secundaba con induliencia, me pareció indicio de finura y de superioridad que me hizo concebir alegres esperanzas por la suerte futura de mi amiga.

LOS SOMBREROS

El sombrero es el primer sueño de vanidad de la adolescencia—¡ oh, recuerdo un lejano sombrerito blanco, guarnecido de rosas, ideal alcanzado !—y es la última debilidad de la edad madura. El primer sueño porque da a la niña la ilusión de ser ya una jovencita seria y es cómplice favorable en el arte de arreglarse los cabellos menos puerilmente y de alargarse las faldas más de lo que la mamá desearía. La última debilidad porque da a la mujer no joven o a la que el dolor y la pasión han envejecido precozmente, otra misión no menos piadosa que la de mirarse todavía en el espejo durante algunas horas del día como en los años hermosos, y algunas veces por la sabia disposición de una cinta, de un rizo, de una tinta, de un velo, mejor que entonces...

Muchas cosas oculta o atenúa el sombrerito misericordioso; escasez de cabellos, hilos de plata inoportunos, un peinado mal compuesto o desarreglado; y otras muchas remedia: un vestido demasiado modesto, una blusa de corte un poco pasada de moda, la excesiva severidad de un vestido o la audacia de otro. Y por esto todas las mujeres, aun las más juiciosas y las más desenvueltas, las más fuertes contra las tentaciones de la vanidad, tienen una especie de indulgencia hacia el sombrero y se detienen ante los escapara-

tes y discuten sobre él, y algunas veces también llegan a hacer un gesto superior al establecido o no absolutamente necesario. Pero, repito, un sombrero para una señora es una especie de elocuente resumen. Puede también dar a algún despierto observador indicios interesantes para un estudio psicológico femenino.

Se podría decir a una mujer: «Muéstrame el sombrero que llevas y te diré quién eres.»

Además del buen o mal gusto, un sombrero puede revelar seriedad, ingenuidad, finura, inconsciencia, ligereza, sencillez, contradicción, corrupción moral, pedantería. En las horas de luto o de dolor la mujer se aleja de este compañero de serenidad y de placer, o al menos excluye de él la sonrisa de los colores y los caprichos de la forma. La señal del luto más grave, el de la viuda, está precisamente en el tocado de la cabeza, reducido a una pequeña cofia de donde desciende como un manto el triste velo negro.

El sombrero femenino tiene pocos siglos de vida; yo lo llamaría el más joven de nuestros objetos de vestuario, porque quizá no hace cien años que ha adquirido importancia, y pocas decenas de años que ha resultado artístico y se ha multiplicado tan exageradamente. También éste, el más femenino de nuestros indumentos se ha hecho peligroso y subversivo. Ha sido decretado en los teatros un bando contra los sombreros, ¡bajo pena de quitárselo y mostrar una cabeza despeinada!

EL VELO

El velo es un apéndice del sombrero; apéndice no necesario pero oportuno para preservar el rostro del frío, del polvo, del viento, del sol, y también para embellecer. En efecto, ciertos velos parece que no tengan otro oficio; por ejemplo, los llamados «ilusión» por sabia antonomasia, porque, como las materialidades, se laceran inmediatamente, y a través de los cuales el rostro adquiere una delicadeza gentil, una frescura

nueva, particularmente si lo envuelven en una nube vaporosa. También los velos de red, tejidos de hilos finos como los que se ven lucir en los campos de grano en los secos días estivales; no favorecen mucho, pero dan al rostro morbidez y gracia. ¿Y los tules con pintitas blancas como minúsculas bolitas de nieve, o negros como los caprichosos en los del setecientos, que se colocan al ángulo de los labios, sobre la mejilla, sobre la frente, llenos de malicia y de sugestión?...

Hay también espesísimas gasas o segurísimos tules bordados de algodón, lavables, que protegen la cara como una máscara dejando solamente adivinar en ella vagamente las líneas. He notado que son estos velos los que más atraen las miradas de los hombres, quizá por el misterio, grande o pequeño, que parecen ocultar.

Hay gasas de todos los colores: rojo para las morenas y pálidas, celeste para las rosadas rubias, violeta para quien tiene una encarnación de gardenia, rosa para las jovencitas, amarillo y blanco para todas. Hay finos velos rodeados de gasa para echar atrás sobre el sombrero, en el verano, y largos velos de automóvil, en los cuales se envuelven tan poéticamente las señoras bellas, adquiriendo vaga semejanza con las odaliscas que pasan lentas sobre el Bósforo en los hermosos ocasos de Junio.

Hay mujeres que no quieren o no saben llevar el velo. Las primeras no tienen razón, porque si el velo cubre un poco el sombrero y no lo deja expuesto en toda su pompa a la admiración del público, el velo lo armoniza mejor con el rostro, deja en su lugar al peinado, lo espiritualiza, lo hace más personal. Un sombrero colocado sobre cabellos solos, recuerda más a la modista que a la legítima propietaria. Pero algunas—es cierto—no saben ponerse el velo; lo anudan demasiado largo o demasiado corto, hacen pliegues falsos, reunen las orillas en un grueso envoltorio que quita la armonía de las líneas al sombrero. El arte de

ponerse el velo no es tan fácil y exige bastante más tiempo y mayor atención que colocar el sombrero.

El velo es una poesía de la feminidad. Conservémoslo. Expresa modestia y da a los ojos más vivo esplendor, atenúa las injurias del tiempo, del dolor, de los sufrimientos físicos; espiritualiza la juventud, borra piadosamente la vejez, y finalmente, hace a la cara, en lo que se entreve, más exquisita que la cruda exposición. También los poetas han cantado al velo. Recordad el conocido verso:

Oh, les premiers baisers à travers la voilette!

Y Carducci:

Una pallida faccia e un velo nero
Spesso mi fa pensoso della morte: (1)

Y no tengo necesidad de esperar a noviembre, continúa el poeta, y a la melancolía de todas las cosas, o a la fiesta de los muertos para experimentar las tristezas de las visiones dolorosas. También en pleno mayo, cuando los pájaros cantan y las niñas danzan alegres se me aparece la triste imagen y me entristece:

Veggo tra'l sole e me sola una faccia,
Palida faccia di nero. (2)

En una hermosa nnovela de D'Annunzio, una de aquellas mujeres nobles y puras que el autor se complace con frecuencia en poner en contraste con la corrompida ingenuidad de sus protagonistas, una mujer que se llamaba con el dulce nombre de María, se quita del sombrerito el velo negro que llevava aquel día sobre el rostro, para liar un mazo de violetas y dejarlas sobre la tumba de un joven y grande poeta

(1) Un pálido rostro y un velo negro me hace a menudo pensar en la muerte.
(2) Sólo veo entre el sol y yo un rostro, pálido rostro velado de negro.

idealista, Percy Byssie Shelley. Y este acto de incomparable gentileza bastaría para idealizar una materia aun menos práctica por sí misma que el velo.

EL VESTIDO DE CASA

Hay un vestido al que una señora, por posición modesta en que se halle, no renuncia, y es el vestido de casa. Estos vestidos destinados a la intimidad, a la familia, a la casa, que no salen nunca de ella, que nunca conocerán el fango de la calle, como conservan el perfume de los lavados matutinos creo yo que llevan el perfume espiritual de la mujer que con ellos se viste. Dulces secretos de amor y de tristeza, de languidez, de arrepentimientos al día siguiente de aquella noche mundana; veladas angustiosas de espera o de vigilancia a la cabecera de un enfermo; noches trágicas, de insomnio, o delicados renacimientos de vida; comienzos de maternidad y cuidados maternales; horas de estudio, horas de reposo, horas de actividad doméstica, de pereza, de confidencias, de lágrimas.. Todo esto percibo yo del perfume del vestido que armoniza más que los otros con las paredes del nido, el vestido, que en su moda austera y blanda al mismo tiempo, hace pensar en las túnicas de las griegas antiguas y en las vestiduras sacerdotales.

Los franceses, modelos de refinamiento, han multiplicado este modelo de muchas graduaciones. Desde el más sencillo, que se llama *saut-de-lit* y que se compone de una especie de capa de amplias mangas abiertas hasta el extremo, y facilísimo de poner, que no tiene ojales, ni broches, ni botones, sino todo lo más una cinta, se pasa al *pégnoir*, siempre suelto, pero dibujando mejor las formas de la persona, adornado con pliegues *Watteau*: y desde el *pégnoir* al *deshabillé*, en el cual la suavidad descuidada del corte es un pretexto para la máxima coquetería de adorno; como en el *matiné*, que generalmente se compone de una falda y una blusa, y en el *negligée* de las grandes

mangas de la edad media. El último grado en esta escala de elegancia, en la cual se emplean las sedas más mórbidas, las tintas más delicadas, los encajes más finos, los tejidos más blandos, los bordados más minuciosos, las combinaciones más armoniosas, está representado por la *robe d'interieur*, la más reciente creación debida al sentido práctico, unido a la rebusca estética que caracteriza toda creación moderna. La *robe d'interieur*, que una señora elegante puede llevar al almuerzo y no cambiar para el té de las cinco y ni siquiera a la comida si no hay invitados de consideración, reune la riqueza un poco vistosa de los vestidos de casa. Casi todos son sueltos en la parte anterior, fijados con un gracioso volante hacia un lado o bajo el seno con una cinta según la moda Imperio; se hacen de finísimas estofas de colores claros, se adornan mucho, algunas resultan una deliciosa mezcla de gasa de terciopelo, de sedas y hasta de pieles; en tanto la señora con estos vestidos no está oprimida de ningún modo y puede ponerlos sobre una ligera fajita libre de barbas de ballena, sin temor de que las líneas de su persona aparezcan alteradas.

LAS MUJERES QUE GUSTAN A LOS HOMBRES

¿Quiénes son las mujeres que gustan a los hombres?

«La mujer que se nos parece nos es antipática—dice Ernesto Renan;—lo que amamos en el otro sexo es lo contrario.» Y esta sentencia nos da luz para descifrar muchos enigmas inexplicables. Nos dice que el hombre ama en la belleza femenina las formas más acentuadas, las líneas más mórbidas, los largos cabellos, la finura y la blancura de las carnes, la pequeñez de las manos y de los pies. Porque prefiere la dulzura tierna de la mirada, la infantilidad de la alegre risa o la gracia de una risa suave. Nos explicará por

qué ama en la mujer el refinamiento, la elegancia, el delicado arte de la seducción y tal vez la procacidad y la coquetería. Pero nos dirá también por qué el hombre en general prefiere la bella muñeca que lo divierte, a la criatura apasionada que le ofrece para siempre su alma; la ignorancia que le descansa, al intelecto que secunda al suyo; la sumisión pasiva y graciosa, a la personalidad definida y pensante; la mujer que borda a la mujer que escribe.

El hombre busca generalmente en la mujer lo que satisface su vanidad, sus sentidos, sus necesidades, su egoísmo del momento. Ella tiene el privilegio—¡poco envidiable, por cierto!—de ser para las naturalezas superiores, la «bestia humana», sensualidad, comodidad, placeres: hacer falsos, viles y deshonestos a aquellos que en la sociedad civil pasan por leales, fuertes y hombres de bien. El hombre tiene dos morales, dos conciencias, una para su sexo, la otra para el opuesto.

Hablad a un hombre común—las teorías no se demuestran con la excepción—de una mujer culta, seria, estudiosa. Dirá: «Es una pedante.» Habladle de una mujer de altas aspiraciones, dirá: «Es una exaltada.» Indicadle una mujer que no tenga gustos comunes, que sea personal, que viva diversamente a las otras; dirá: «Es una presuntuosa.»

¡Con qué entusiasmo, con qué admiración hablan de la que no conoce más que el arte de agradar; las mujeres egoístas, ligeras, estúpidas, vulgares y crueles! ¡Con qué miradas las siguen por la calle, con qué humilde obsequio las saludan, qué sacrificios hacen por ellas, qué prodigios de voluntad, qué milagros de sumisión! En cambio ¿qué recompensas tienen la modestia, la superioridad, la abnegación, la fidelidad femenina?

Si la mujer fuese creada para el hombre hasta anular la propia individualidad del sér humano, por la preferencia que ellos tienen, debiera tener una dirección sola y muy pedestre... Pero la mujer antes de ser compañera del hombre, en el sentido fisiológico lo debe ser en el sentido espiritual: no debiera, pues,

secundar las debilidades y los instintos menos nobles, pero lo debiera persuadir con el ejemplo, con su fuerza de atracción, de que el mismo bien de él no está donde cree, sino en otra parte.

LOS HOMBRES QUE GUSTAN A LAS MUJERES

Veamos ahora quiénes son los hombres que gustan a las mujeres.

Sobre todo hay una cualidad moral que todas las mujeres aprecian altamente, cualquiera que sea el grado de su inteligencia y de su educación, una cualidad eminentemente viril, y es el valor. El valor en el hombre es como la gracia en la mujer; puede hacer veces de juventud y de belleza, y tiene tanta fascinación para el mundo femenino que las mujeres le son indulgentes aun cuando se envuelva en la fastidiosa capa de la desvergüenza. La simpatía de la mujer por la casta militar, que ha dado origen a tantas sátiras más o menos punzantes, no deriva más que de este natural impulso de su naturaleza débil hacia lo que es fuerte, heroico, quizá por las leyes de compensación. La divisa hace presuponer en quien la lleva, valor, audacia, firmeza, lealtad; todas las cualidades heroicas por las cuales la mujer como el niño experimenta una reverencia innata y grande. Y todas las mujeres, desde la dama a la aldeana, ni tienen ni tenían nunca piedad para el vil, para el pusilánime, para el tímido, para el prudente, para el débil.

Otra cualidad que la mujer aprecia muchísimo y que procede quizá de la misma fuente del valor, es la calma, la llamada sangre fría en los momentos difíciles de la vida. La mujer que por su naturaleza es impulsiva, trata de exagerar sentimientos y faltas, víctima de sus nervios y de sus fantasmas, siente necesariamente a quien sabe dominarse, que no pierde la exacta noción de las causas y el justo juicio de los he-

chos ni el sentimiento de su dignidad, por fuerte que sea la tempestad en su mundo moral, la misma simpatía compuesta de admiración y de respeto que la atrae hacia los héroes.

Otra dote que seduce a los corazones femeninos y que en la agitada y nerviosa vida moderna va haciéndose algo rara, es la cortesía. También ésta puede hacer veces de belleza, de juventud, de saber; tanta es la gratitud que la mujer siente hacia quien interpreta las delicadezas de su alma, las aspiraciones de su sentimiento. No hablo de aquella insulsa galantería aduladora que no puede satisfacer más que a las coquetas y a las colegialas, sino de la cortesía natural, tranquila y constante que templa las angulosidades y las rudezas innatas en los hijos de Adán, y al mismo tiempo que quita una de las más fáciles causas de choque entre los dos sexos, dispone a la mujer para la benevolencia y para la predilección.

El espíritu brillante, cáustico, la vena satírica y epigramática, atrae también las simpatías de la mujer. Raramente, sin embargo, el hombre que no sabe más que reir encontrará entre la numerosa muchedumbre de admiradoras un amor tierno y profundo. La mujer desconfía un poco de esta espuma preciosa, teme hallar debajo, aridez, nada. Coquetea gustosa con estos caballeros, pero pasada la hora alegre no piensa más en ellos.

La misma desconfianza complicada y agravada por una cantidad de extrañas dudas experimentan las mujeres en general por los hombres de talento. Aparte de la no numerosa falange de las mujeres de mente superior que resultan a menudo cruelmente engañadas al buscar entre los señores del intelecto el fiel y mágico espejo de su alma, la mayoría femenina se conmoverá por algún madrigal escrito en el álbum, por alguna romanza cantada a media voz en un momento oportuno, pero huye, se sustrae al imperio del talento grande y poderoso. La mujer, generalmente hablando, siente en el arte una rival ignorada y terrible contra la cual quizá serían vanas las facultades de su corazón y las do-

tes de su persona. Siente que nunca podrá poseer completamente a aquel sér, que aun entre las dulzuras de su amor, entre las serenas alegrías de una vida doméstica feliz, le roerá una nostalgia sutil, un cuidado inquieto, un deseo y un ansia a que ella es extraña, de que ella no puede participar.

¿Y la belleza?...

¡Casi la había olvidado! Ciertamente, la belleza es la cualidad que enciende las simpatías más rápidamente, pero es también la que, si las deja extinguir, no las podrá volver a encender. La belleza es como el cero; al lado de otras cifras puede dar un valor fabuloso, pero al lado de otros ceros, aunque sean un millón, significará siempre ¡la riqueza del nada!

Las reinas en el destierro

No existe lugar tan bajo desde el cual
no sea posible elevar los ojos al cielo.

BONGHI.

DESTERRADAS DE SU REINO

UNA de las más hermosas novelas de Alfonso Daudet se titula *El Rey en el Desierto* y narra la triste historia de aquellos que, nacidos para el mando y los homenajes, fueron condenados por la suerte adversa a la obscuridad y a las privaciones y debieron someterse a un amarguísimo destino, por completo distinto de sus tendencias y aspiraciones. Pero, además de los reyes, hay reinas en el desierto, de una soberanía más íntima y dulce, más libre y agradable que las reinas verdaderas; reinas del hogar, del amor y de la vida que no tuvieron hogar ni alegría ni amor, ya porque no pudieron conquistar estos bienes, o porque una vez logrados los perdieron por culpa propia o ajena. Pobres reinas destronadas que saben toda la aspereza del camino del destierro, que deberán vivir lejos del reino para el cual se sentían creadas, por el que embellecieron su cuerpo y adornaron su alma; que soñaron en sus más bellos ensueños de la juventud y al que tendieron en vano los brazos; o tal vez cayeron trágicamente como Icaro cuando el excesivo ardor del sol derritió la cera que sujetaba sus preciosas alas. Las reinas que ya no lo son o que nunca tuvieron cetro o

corona, se hallan en realidad fuera del reino, desterradas, abandonadas y doloridas. Se sienten inútiles para sí mismas y para los demás, no son otra cosa que cosas inservibles y lamentables, restos del naufragio. Viven en tierra extranjera; el agua que apaga su sed, el pan que sacia su apetito no son los de su patria ideal; el mismo aire que respiran no es el que puede dilatar sus pulmones en una embriaguez de felicidad. Destronadas, amargadas contínuamente por el poderío ajeno, por la indiferencia o por la compasión de los demás, las reinas desterradas van con el luto en el corazón, con los ojos llenos de llanto o trágicamente secos; los labios cerrados para siempre o contraídos por una sonrisa sarcástica. Algunas veces los dolores acumulados en su alma se transforman en veneno y entonces ellas se hacen malvadas y no pudiendo poseer un reino se esfuerzan en que las demás lo pierdan; otras veces también, el dolor las afina, las eleva y hace de ellas almas puras capaces de todas las abnegaciones y de todos los heroísmos.

EL PARAISO PERDIDO

Ya sea por su culpa o por la ajena que la mujer se encuentre fuera de su propio reino, que es el hogar y la familia, volverá la cabeza para contemplar dolorosamente el paraíso que ha perdido. Si ha pecado y ha sido arrojada por la espada flamígera del arcángel justiciero, se volverá hacia lo que ya no existe para ella, hacia sus delicias pasadas, con sentimiento de amarguísimo dolor. Su vida transcurría feliz, tranquila, junto a aquel hombre que la adoraba, que había depositado en ella su fe, su dulce ambición, el ideal de su reposo, la esperanza de un plácido y honrado ocaso de la vida. ¿Por qué se rompió el encanto? ¿Por qué prestó oídos a palabras engañosas y lisonjeras? ¿Por qué, no contenta de su dicha tranquila, quiso conocer otras más violentas y más vertiginosas y cedió a la seducción pérfida que le prometía em-

briagueces ignoradas, adulaba su belleza y corrompía poco a poco su alma sólo para utilizarla como instrumento de placer? El encanto ya está roto y el paraíso perdido. Nada podrá ya reconquistar; en su vida futura deberá expiar larga y duramente su credulidad, su debilidad y su error que pesará sobre todo su porvenir.

Si no ha pecado, y la casa, el hogar, la familia y su dulce soberanía se han disgregado y destruído a causa de haber la muerte segado una vida con su siniestra guadaña, o todo ello se debe al pálido espectro de la pobreza, la mujer se vuelve al cerrado paraíso de sus hermosos años, que fueron tan pocos y tan cortos, y le dirige un triste adiós. Pero su conciencia pura hace que en su inmenso dolor haya cierto sentimiento poético y sagrado que le permite encerrar en su corazón el recuerdo de lo que fué, como una religión, y acariciar el pasado con triste ternura que a veces le da fuerza y energía. Y sueña; sueña que cuando haya pasado el huracán de la desgracia, cuando ya se haya hecho hombre uno de sus queridos hijos, tal vez a fuerza de economías y de trabajo incesante podrá quizás crearse una posición independiente y formarse otro nido nuevo y más sólido, y antes de que llegue la vejez a contemplar nuevamente la puerta del paraíso del que nadie la arrojó, pero del cual tuvo que alejarse por sí misma, para recurrir al socorro de los buenos. Y llorosa, sonríe, sin embargo, a la lejana patria.

A veces, también, el paraíso que se pierde se entrevió apenas y no fué más que una promesa, aún cuando en él basábamos todas las esperanzas del porvenir. Ya conocíamos los más hermosos rincones del jardín encantado y sólo faltaba la formalidad de tomar posesión de él. Luego... la unión deseada con el hombre elegido no pudo efectuarse y el compañero de nuestros ensueños no fué el de nuestra vida. Casi siempre el destino dispone de nosotras de un modo distinto al que habríamos deseado, que nos obstinamos en querer hasta que llegamos al imprevisto desenlace que repen-

tinamente encauza en su curso normal la corriente de nuestra existencia, gracias a la misteriosa Potencia que es árbitra de nuestro destino. Tal vez éste era el de una triste soledad, de un difícil apostolado, la ascensión a una esfera más elevada; pero desde cualquier lugar, desde la sombra, desde las ásperas rocas, desde el sol, la mujer vuelve los ojos al lejano paraíso soñado, apenas entrevisto y hacia él tiende los brazos llena de añoranza. Tal vez en su realidad el hermoso jardín no habría realizado todos sus ensueños o satisfecho sus deseos todos, pero como está lejano y perdido para siempre, se le aparece circundado de la mágica luz del ideal que no se alcanzó.

¿FUÉ EVA O LA SERPIENTE?

A causa de la semilla de orgullo que germina en toda alma humana, siempre que ocurre algo irreparable, se busca enseguida su excusa y su justificación así como el modo de echar la culpa a los demás, aun cuando, en justicia, sólo puede recaer en nosotros. Hay un triste consuelo en persuadirse de que nuestra voluntad no podía salvarnos y que nos vimos obligados a sucumbir ante una fuerza superior e irresistible, contra la cual se rompieron cual frágiles cañas todas nuestras armas y medios de defensa. Cuando Eva cometió el primer pecado en el Paraíso, trató de defenderse acusando a la serpiente, como mala consejera. Pero no pensó o no quiso pensar en que era libre de no escucharla y de no poner en práctica sus malos consejos. Somos capaces de discernir el bien del mal y nadie nos impide que hagamos uso de nuestro libre albedrío para seguir el camino recto o el tortuoso. Las circunstancias pueden ser más o menos desfavorables, las seducciones más o menos tentadoras, pero si en los años de la adolescencia hemos ejercitado la voluntad de obedecer a los dictados del bien, y nutrido nuestra alma de pensamientos elevados y de nobles propósitos, pasaremos incólumes entre cuantas pruebas pueda reservar-

nos la vida. Una mujer nobilísima, María Pezzé Pascolato, escribió: «La fuerza de voluntad y la energía, son los mayores bienes de este mundo; el arte de mandarnos a nosotros mismos es el principio de la sabiduría. Nuestra vida está en nuestras manos».

Si pudiésemos persuadirnos perfectamente de esta verdad, nos evitaríamos muchos males; por lo menos todos los que se refieren a nuestra vida moral, y al ser víctimas de la desgracia no culparíamos a los demás de las desventuras, de las pérdidas y de las derrotas que solamente nuestra debilidad y nuestra irreflexión pueden procurarnos.

AÑORANZA

Existe un mal terrible, profundo, incurable que tiene sus raíces en lo más íntimo de nuestro sér y que parece destruir la existencia en sus mismas fuentes; un mal que sobrecoge a los que se ven obligados a vivir tiempo indefinido, alejados de la tierra que los vió nacer, del clima, de las costumbres, del aspecto de las cosas y de cuanto les era familiar. Este mal es la añoranza. Es el mal de los desterrados y puede conducir a la tumba. Pero hay otra forma de añoranza, de carácter esencialmente moral, que puede cebarse en nosotros, en nuestro propio país, en nuestra casa y entre las costumbres que hemos adquirido y que nos son propias; es el deseo constante, tranquilo al principio, luego más fuerte, de un bien que no se podrá alcanzar nunca o que ya no podemos poseer y que goza tal vez otra persona. Podemos evaluar diariamente la riqueza, la dulzura y la luz que emanan de él. Por ejemplo, será, para una esposa sin hijos, la contemplación de los niños ajenos; niños hermosos, sanos e inteligentes, dignos de todo cariño ,de todo cuidado y que crecen buenos y fuertes y en quienes sus padres se apoyarán más adelante con legítimo orgullo. Para una mujer no amada será la contemplación de un compañero afectuoso, fiel, lleno de cuidados para su esposa; para el

que llora bajo los velos negros a algún sér querido, será el espectáculo de una familia reunida por hermosa cadena amorosa, y a la cual la muerte no ha destruído ningún eslabón; para la tía solterona será el ensueño obstinado de un hogar, de un niño que sea suyo; para la triste abandonada en un sanatorio el deseo de su pequeño reino doméstico al que le gustaría volver a entrar como soberana; será para la mujer a quien las vicisitudes han empobrecido, el recuerdo de su palacio, de sus villas, de las paredes entre las cuales vivió feliz y que tantas memorias guardan de su pasado.

Añoranzas secretas, íntimas, no confesadas de las almas femeninas de las cuales salís mudas y olorosas como el perfume del cáliz de una flor; añoranzas que nadie debe conocer y que cuestan las lágrimas más amargas, los insomnios más dolorosos y las torturas más agudas; añoranzas de un paraíso cerrado, de una tierra prometida, eternamente invisible al horizonte; mal incurable, y tal vez por estas mismas añoranzas los ojos de las mujeres que las sienten brillan con fuego más vivo, se circundan de místicas violetas o languidecen en misteriosa dulzura. Por estas añoranzas su sonrisa se vela con seductora melancolía o se pliega con extraña amargura entre las apariencias de la alegría; tal vez por estas añoranzas las mujeres son más tiernas, más compasivas, más altruistas y más piadosas. «Toda la vida se desenvuelve desde lo interior a lo exterior», escribe María Pezzé Pascolato. En realidad todas nuestras acciones tienen una causa interior, determinada por las tendencias y por las pasiones y muchas veces una aspiración que no pudo ser satisfecha, nos lleva a hacer grandes cosas con la fuerza de su impulso.

LOS ENSUEÑOS VANOS

El ensueño es la única riqueza de los míseros, la única libertad de los oprimidos, el último consuelo de los afligidos y la compensación ideal que el destino

nos da cuando se ha cebado demasiado en nosotros. Las personas felices que no conocen los deseos ni las privaciones no saben soñar. Su existencia se limita al círculo restringido y material de la vida diaria. El pasado no es triste para ellos porque es inferior o, por lo menos, igual al presente; el porvenir no les ofrece promesa alguna porque todas las realiza el momento que pasa. Y por esta privación de la facultad de soñar, la vida de las personas felices carece de idealidad, de atmósfera espiritual de los que aspiran a cosas irrealizables. Por vano y absurdo que sea un ensueño, llega un momento en que nos abandonamos a él casi como si se tratase de una esperanza y parece como si despuntaran los rayos de una nueva aurora sobre el corazón que lo acoge. Los desterrados del amor y de la felicidad, los desviados de sus tendencias naturales, se refugian todos en esta playa sobrehumana donde pueden vivir de acuerdo con sus aspiraciones y donde les es posible forjarse la ilusión, aunque sólo sea por unos momentos, de que su sueño es la vida real y de que ésta es un sueño. Ya es la cuna blanca en que reposa un angelito con las mejillas sonrosadas y el cabello de oro que la esposa estéril ve junto a su lecho; la alianza de oro, símbolo de la fe nupcial que ve en su dedo anular la niña sin amor, la prometida traicionada, como si fuese el primer eslabón de una cadena suave. Es un reposo favorable al estudio, al trabajo intelectual que la jovencita, obligada contra su voluntad a cualquier labor manual, mientras el cerebro hierve con un tumulto de inspiración, impaciente de tomar forma artística, entreve en los tormentos del vano deseo; un saloncito elegante, adornado con objetos personales y queridos que alguna triste peregrina de la vida ve vagamente entre lo irrealizable. Y para otra será, tal vez, la juventud perdida irremisiblemente y no apreciada en todo su valor o un amor verdadero, soñado siempre, pero nunca poseído.

Hay una filosofía melancólica, pero justa, que quiere demostrar que solamente en el ensueño, es decir, en lo que no se tiene, ni se puede obtener, reside la ver-

dadera belleza y la felicidad perfecta. En realidad, muchas cosas vistas desde lejos parecen sin defectos y capaces de darnos la felicidad, pero si pudiésemos poseerlas y verlas de cerca, descubriríamos que también están sujetas, como todas las cosas del mundo a alguna mácula o deficiencia. Vale, pues, más, soñar lo que nos gusta que ver nuestro ídolo desmenuzarse en cuanto lo tenemos en las manos. Escuchad lo que dijo un poeta acerca de los ensueños y del amor:

Non è l'amor serie di giorni insieme
vissuti nella cura dei minuti
cosi sotto un comune ospital tetto:
amore è nel desio di sovrumane
ebrezze non godute, di dolcezze
que mai non si godranno. Amore è l'ansia
di giorni non vissuti e che anelando
mai non vivremo: amore è la follía
che ci trae vagabondi per le rosee
plaghe del sogno, onde non vale il bacio
onde non vale la carezza a spegnere
tanta inesausta sete d'infinito (1).

EL AMARGUÍSIMO PESAR

Pero el pesar más amargo para los infelices no procede de las dichas no gozadas, ni de lo que soñaron y desearon en vano, sino de lo que poseyeron y no supieron conservar. Es terrible pensar que se tenían todos los elementos de la felicidad y se desconocieron, se abandonaron y se dispersaron para seguir engañosos fantasmas agradables. El remordimiento se une al dolor y el arrepentimiento tardío lo hace más acerbo. Esta

(1) No es el amor una serie de días vividos entre dos y dedicados al cuidado de minucias bajo un hospitalario techo común; amor está en el deseo de sobrehumanas embriagueces no gustadas, de dulzuras que no se gustarán nunca. Amor es el ansia de días no vividos y que anhelándolos no viviremos nunca; amor es la locura que nos lleva a vagabundear por las rosadas playas del ensueño, donde él y las caricias no bastan para calmar tanta insaciable sed de infinito. De Gustavo Balsamo Crivelli.

es la angustia que sobrecogió al joven Dante cuando en su visión ultraterrestre en la orilla del riachuelo del Purgatorio, oye el reproche de Beatriz que lo acusa de haber vuelto sus pasos:

per via non vera
Immagini di ben seguendo false
Che nulla promission rendoro intera (1).

y la angustia que siga a cualquier satisfacción ilegítima, que más tarde o más temprano hace caer sobre nosotros el castigo; la tristeza de la reflexión tardía de la ulterior experiencia que solamente nos sirve para darnos una dura lección. Aquella esposa demasiado exigente que ha cansado al marido a fuerza de lamentos y de celos infundados, se percata demasiado tarde de que su compañero fué harto tolerante con ella, y harto persuasivo, prudente más allá de los límites comunes y que si, por fin, se alejó, la culpa es solamente de ella misma. Y entonces ¡qué amarguísimo pesar por no haber refrenado a tiempo su carácter, por no haber sabido callar! ¡Caros paga sus deseos de desahogarse y de disputar! ¡Y pensar que dependía solamente de ella, exclusivamente de ella, el mantenimiento de la paz así como el sujetar al marido a la casa y hacerlo más cariñoso para con ella! Ahora llora sola en una casa desierta y siente que ni siquiera tiene el derecho de ser compadecida...

O tal vez es la mujer ambiciosa que lleva un lujo superior a sus medios, que tiene caprichos, que gobierna mal a la familia y que ha sido la causa de la ruina de los suyos, y de una situación cómoda y hasta de derroche, se ha visto obligada a pasar a la estrechez, a una rígida economía que le impide proporcionarse lo más necesario. Así sus hijos, a los que vestía de terciopelo y adornaba de cintas, llevándolos a las más elegantes estaciones climatológicas, languidecen en las

(1) Por un camino no verdadero.

privaciones de todo género, vestidos con malos trajes que ella misma ha confeccionado; el marido que fué siempre laborioso y nunca utilizó para su propio bienestar las ganancias que obtenía, arrastrado por la catástrofe, debe ocuparse en un trabajo más duro que el que llevaba a cabo y en el cual no sólo obtenía mejores utilidades, sino que también algún descanso. Y ella, a la sazón, desde lo más profundo de su miseria, piensa que no le habría sido imposible detenerse a tiempo, poner coto a los locos derroches y tener el valor de hacer algún pequeño sacrificio; entonces se hubiera privado de lo superfluo en tanto que ahora le es forzoso pasarse sin lo necesario. Y esta mujer no puede culpar a nadie más que a sí misma de las míseras condiciones en que se encuentra; y por un resto de altivez contiene el llanto, el remordimiento y el pesar en el fondo del corazón.

Pero, por el contrario, en estos casos desesperados más que acogerse al orgullo de Lucifer debería sentir la humildad de Job. Someterse a la expiación, recoger el fruto de la experiencia, que aun cuando tardía no será nunca inútil, porque si no nos favorece a nosotros mismos, tal vez será beneficiosa para los demás.

LO QUE HABRÍA PODIDO SER

Otra forma de pesar al que no se mezcla ningún remordimiento, pero que nos da infinita melancolía, es el de lo que habría podido ser y que no fué. ¿Qué cosa impidió la circunstancia que habría podido mudar el curso de nuestro destino? A veces un pequeñísimo detalle, una causa insignificante, pero suficiente para imprimir una dirección fatal que alejó el objeto que deseábamos. ¿Por qué entre dos jóvenes que le demostraban amor, la señorita eligió al que no supo comprender sus aspiraciones y no pudo hacerla feliz? Sin duda por el caso fortuito de un encuentro, por las palabras de una amiga, por la impresionabilidad de un instante. Creyó que su determinación era hija de la re-

flexión o que estaba determinada por el amor, porque el elegido era el más rico, más noble y más galante con ella; porque se expresaba con mayor elocuencia y al estrecharle la mano lo hacía con más ardor y sus miradas eran más expresivas. Pero, después de la boda, una vez disipados los vapores de embriaguez de la luna de miel, la niña convertida en mujer se da cuenta de su falta de discernimiento. Quiso para sí la parte mayor en el banquete de la vida y su avidez la engañó y la perdió. Entre el oro y el oropel escogió al último porque brillaba más y el oro estaba cubierto por una capa terrosa. Y obligada a comprobar penosamente día por día la superficialidad y la falacia de las prerrogativas que la sedujeron, observa que el marido rico es, tal vez, avaro o vicioso, y que la nobleza de sus antepasados no le impide buscar sus placeres entre el fango, y la elegancia de la palabra, la fascinación magnética de la mirada, serán dedicados en breve a otra mujer que lo seduzca todavía con la poesía de lo ignorado. Mientras la pobre mujer siente amargo dolor sobre las ruinas de la soñada felicidad, puede ocurrir que el rehusado se revele como más digno de su elección. También él se ha casado con una buena muchacha que supo adivinar, bajo la apariencia un poco ruda y la deficiencia de las cualidades mundanas, el verdadero valor de su carácter y la garantía de una felicidad futura; sus costumbres de sobriedad y de trabajo, su amor al hogar y a la familia, la delicadeza de sentimientos, las gentiles atenciones que tiene a cada momento para con su esposa y, en fin, todas las manifestaciones de su personalidad noble, que no necesita un blasón para serlo. Todo ello adquiere para la pobre mujer que lo desdeñó, mayor realce todavía al compararlo con el rival vencedor, haciendo más amargo el pesar de lo irrevocable. Y si, desde la ventana de su palacio o desde las frías estancias en que está casi siempre sola, o desde su lujoso coche o en el palco del teatro en que exhibe sus joyas, con el alma cerrada para la alegría y envenenada por los celos, ve la pareja feliz, no podrá menos de sustituirse mentalmen-

te a aquella esposa dichosa y pensar que ella habría podido ser suya si hubiese sido menos ambiciosa, menos romántica y menos cuidadosa del propio bienestar. He aquí *lo que habría podido ser*; la paz, el amor, la serenidad; he aquí la visión bendita del paraíso cuyo umbral de oro ella no traspondrá nunca.

LA INÚTIL RIQUEZA

Che val che sotto la verde siepe fiorisca
Il fiore, se nessuno sente il dolce profumo?
Che giova che nell'alto splenda la stella per l'uomo
Che va pel suo sentiero chinando il capo a terra? (1)

escribió M. Lesosna pensando en cuantos dones y en cuantos tesoros están perdidos en el mundo, por no encontrar quien se dé cuenta de su existencia o sepa apreciarlos dignamente. Y así ocurre demasiado a menudo en la vida femenina. He aquí una mujer que obtuvo de la Naturaleza el maravilloso don de la hermosura. Habría sido digna de brillar en el trono del reino más poderoso y las piedras más bellas y los tejidos más ricos apenas habrían sido bastantes para adornar su cuerpo de diosa. Pero su destino la hizo nacer en una humilde casita perdida entre las montañas; allí se desarrolló su belleza libre y solitaria como una flor escondida; las fatigas la afearon pronto y prematuramente, llegaron la decadencia y la vejez. Y ni un retrato, nada, nada guardó recuerdo de lo que fué, de aquel tesoro que nadie descubrió. O bien, puede darse el caso de un ingenio vivo, despierto, poderoso, retoñado a través de un largo y extraño orden atávico en una jovencita nacida de una familia montada a la antigua, desarrollada bajo un régimen férreo, obligada a seguir las tradiciones seculares y las supersticiones de

(1) ¿De qué sirve que bajo el matorral florezca la flor si nadie percibe su perfume? ¿De qué sirve que en lo alto brille una estrella para el hombre que va po su camino con la cabeza inclinada al suelo?

una religión restringida, paralizadora de cualquier iniciativa espontánea o de cualquier libre manifestación individual. Y aquella mente creadora que habría podido dar al arte divinas flores, se vuelve poco a poco estéril y se refugia, tal vez, en un misticismo exaltado que desgasta su vida. O también un corazón tierno y apasionado, una virgen anhelante de someterse por entero al hombre amado, ávida de cuidar a los hijos de su amor; de prodigar por doquier su riqueza de sentimientos, sus virtudes y su abnegación en beneficio de su propia familia, se ve obligada a permanecer soltera, esperando en vano la llegada del amado; aquel cuerpo hermoso se desflora infecundo y una a una se apagan las hermosas luces del alma; la esposa, la madre amantísima se convierte en una tía vieja regañona, inflexible para los pecados de amor y que solamente manifiesta alguna ternura al gato o al canario, últimos y supremos refugios de sus afectos...

Es muy triste en la vida el peso de las riquezas inútiles. Tal vez dependerá de nosotros que no se inutilicen, que no se deterioren y que su fruto no se convierta en venenoso. Bastará para ello dirigir hacia el bien todas nuestras cualidades y nuestros actos todos, y a falta de una aplicación más extensa contentarnos con desenvolver nuestras dotes en la esfera en que nos haya hecho nacer el destino y hacer de todo ello una fuerza para mejorarnos y para mejorar a los demás.

LOS FANTASMAS DE LA DICHA

Un caminante que transcurra de noche por un camino solitario y desconocido para él, al pasar bajo las ventanas iluminadas de un palacio, ante un teatro o un restaurant de lujo mira y siente en el fondo del corazón involuntaria envidia. Aquellos seres desconocidos, al abrigo del frío, con el apetito satisfecho y reunidos en agradables conversaciones, le parecen afortunados y felices. Y su pobreza le parece más dolorosa y su soledad más intolerable. Así sucede a muchas mu-

jeres a quienes las circunstancias colocaron en situación difícil. Por todas partes creen descubrir los fantasmas de la dicha. Ven a una mamá con sus hijos y la juzgan afortunada. Tienen ocasión de entrar en una casa y la reputan asilo de paz y templo de concordia. Fatalmente están destinadas a reflexionar a la luz de un rosado optimismo cuando de los demás se trata y a exagerar las apariencias de un destino favorable, como pesimistas para consigo mismas y dispuestas a agravar con excesivas preocupaciones su propia situación. Si estas mujeres pensaran, en cambio, en lo mucho que engañan las apariencias y en cuántas de las personas a quienes juzgamos felices son dignas de lástima; que, a veces, la traición, la mentira, la discordia y hasta la aversión profunda pueden separar irreparablemente al hombre y la mujer que caminan juntos y que nos dan la falsa visión de la armonía perfecta; si reflexionaran que para cada maternidad feliz hay otras cien dolorosas; que en la casa más agradable a la vista por la elegancia, orden y quietud, anida el dolor secreto, el germen de una posible disolución; si pensaran en todo eso, su envidia sería menos amarga y su propia condición no les parecería tan desgraciada. Mejor es, indudablemente, llorar al compañero perdido, vivir en la memoria de su constante ternura, que verter lágrimas por un marido brutal, infiel, jugador y mujeriego. Mejor es no conocer las dulces emociones de la maternidad, antes que ser madre de un hijo ladrón, de malos sentimientos, de una muchacha de corazón árido, egoísta y ambiciosa. Mejor es no tener familia y vivir en la soledad, triste indudablemente, pero tranquila, que vernos obligadas a pasar la vida disputando, dando lugar a escenas violentas, entre malos ejemplos y no pudiendo desarrollar nuestras mejores cualidades. Así, cuando veamos pasar ante nuestros ojos velados por el llanto los fantasmas de la dicha, como si se complacieran en hacer irrisión de nuestro dolor secreto, de nuestras íntimas añoranzas, ni sintamos envidia ni estemos prontos a exclamar: «¡Esos lo tienen todo y yo nada!», sino que debemos pensar:

«¿Cuáles serán los sufrimientos de estos desconocidos hermanos míos?» No prestemos fe a lo que aparece a los ojos del mundo. «A los ojos de los demás se puede parecer un héroe—escribe Carmen Sylva—porque no se sabe lo que experimenta el árbol en sus raíces cuando la tempestad zarandea su copa. Se le admira porque ha permanecido orgullosamente erguido, pero tal vez, entretanto, se desgajaban sus raíces.»

ABDICACIÓN VOLUNTARIA

En la historia de los reinos ocurre a veces que, por motivos de estado de excepcional gravedad se hace necesario, por parte del soberano, el sacrificio supremo de la renuncia al poder. El rey abdica, deja la corona, la nación que le había tributado homenajes, protestas de entusiasmo y de fidelidad, y se va a vivir melancólicamente al destierro. Y como en los estados, también en las familias tienen lugar hechos tan dolorosos y tremendos, que su reina, la que empuñaba el cetro, se ve en la dura necesidad de abandonar su sitio y de emprender el camino del destierro. Las causas pueden ser de diverso origen; o una pasión ilícita y culpable que habla al corazón de la mujer más fuertemente que los demás afectos y deberes la hace salir del hogar conyugal, que se ha convertido en verdadera cárcel para ella, y, como atraída por un fluído hipnótico y fatal, la obliga a realizar lo irreparable; o la imposibilidad de sufrir por más tiempo el carácter y las costumbres del marido, que están en perfecta oposición con las de la esposa y dan origen a continuas violencias escandalosas. O, tal vez, se trata de una ofensa recibida, que no se quiere perdonar y que se desea castigar con la separación absoluta y con el abandono. De cualquier modo, el motivo ha de ser extraordinariamente grave para que una mujer tenga que abdicar de su reino, romper la cadena de sus afectos, de sus dulces costumbres, sacrificando tal vez a sus hijos, renunciando a su hogar, a su ciudad, a sus amigas

y huir hacia lo ignorado quizás para ir en busca de una catástrofe. Y por mucho que haya madurado esta decisión, que le parece la única posible, no es difícil que en el momento de poner en obra la determinación se le desgarre el corazón y la cabeza le dé vueltas, hasta el punto de que le parezca hallarse en trance de muerte. Ella lo quiere, es verdad ; no obedece más que a su propia voluntad, a su propio instinto, tal vez ; se siente dueña de su destino, pero, de todas suertes, siente un espasmo de angustia al poner en obra su decisión. Tal vez no quiso escuchar ningún consejo y tampoco en aquella hora cruel lo escucharía, pero su soledad, su misma independencia le dan vértigo. Y apresura los preparativos para alejarse de allí cuanto antes, para interponer lo irreparable entre el porvenir y el pasado, a fin de impedir toda posibilidad de arrepentimiento, de reflexión y de transacción. «Suceda lo que quiera» es el grito desesperado de los suicidas, y en los labios lo tiene en el momento de hacerlo la que renuncia para siempre a su puesto en la batalla, que debía ocupar hasta la muerte ; a su reino que no debía estar nunca privado de su reina... Ana Robertson Brown escribió : «Examinemos bien la vida por todos los lados antes de meternos aturdidamente en un nuevo camino, del cual no será siempre fácil retirarse.» En realidad, ¡ cuántas de estas mujeres impulsivas e incapaces de sufrimiento, creyeron optar por lo mejor y se precipitaron en la ruina !

ABDICACIÓN FORZOSA

Otras veces, sin embargo, la abdicación es forzosa. Ni impulsos de las pasiones, ni remordimientos ni discordia, así como tampoco falta de paciencia o de capacidad para el sufrimiento, ni tampoco el desdén obligan a la soberana a abandonar su reino para partir hacia el destierro. No es feliz, pues mil indicios le dan a comprender que su esposo ya no la ama ; que el amor que antes le profesara y que la enorgullecía y la hacía

feliz, se ha enfriado gradualmente hasta llegar a una indiferencia distraída que le destroza el corazón y que le inflige agudas puñaladas de celos, pues no ignora que su esposo, el padre de sus hijos, tiene el alma y los sentidos puestos en otro objeto. Tal vez conoce el nombre de la mujer que la hace desdichada, las circunstancias que determinaron la atracción fatal y que favorecieron su desarrollo; a menudo la encuentra en la calle y también en el teatro u otro lugar público. Es hermosa y joven, más hermosa y joven que ella, a quien consume la tristeza; es elegante y refinada, provocativa, porque ningún escrúpulo le impide gastar locamente y adoptar las modas más impúdicas; y en sus labios y en sus miradas, la mujer desgraciada lee la expresión de embriaguez y de victoria que antes fué suya y que le han arebatado. Sin embargo, lo tolera todo y guarda silencio porque es virtuosa y como ama todavía, espera. Espera que se tratará solamente de un capricho pasajero y que su dulzura y su indulgencia le devolverán al esposo tierno y arrepentido. Pero los hombres, no solamente no quieren ser contrariados en sus tendencias y en sus deseos, sino que tampoco toleran la tristeza, las lágrimas y la imaginación dolorosa, es decir, cuanto los obliga a pensar en su error y a sentir más o menos las punzadas del remordimiento. Quieren ser libres de amar, de aborrecer o de sentir hastío o indiferencia, de tomar o de dejar, según les dicta su instinto y no sufren el más pequeño impedimento; en caso contrario se sienten inclinados a desembarazar su camino a todo trance, aun cuando para ello tengan que cometer un delito...

Después de haber tratado en vano de agotar la paciencia y la bondad de la mujer con el abandono y las malas maneras, para obligarla a ceder el campo, viendo que el sentimiento que todavía sobrevive en ella es más fuerte que la crueldad de él, se niega a reconocer tal sentimiento en su pobre compañera y lo califica de obstinación y desafío; por otra parte, instigado sin cesar y exasperado por las sugestiones y los consejos

de la amante el hombre se decide, por fin, a cometer el acto supremo de vileza.

Abofetea aquella mejilla pálida, se apodera de aquella fragilidad que no se rebela y la arroja de su trono en el que desea sentar a otra reina, a la hermosa que lo embriaga y sojuzga. Y la pobre ofendida, la pobre reina destronada, obedece y calla todavía. Se va estrechando contra su seno a los hijitos, traicionados como ella y se aleja llorando mientras se le destroza el corazón al abandonar su nido de amor y su reino cuya profanación prevé. Y la acoge piadosamente la casa que la vió nacer, o busca refugio entre extrañas paredes en donde volverá a empezar la vida dedicándose por entero a sus hijos inocentes y desventurados, sintiéndose, al mismo tiempo, errante, extraviada y sin hogar. Porque el hogar verdadero al que la mujer se une con las más delicadas y tenaces fibras del alma no es el en que nació o el en que morirá, sino aquel en el cual el amor le reveló el misterio de la vida y le dió las inolvidables emociones de la maternidad. Fuera de este hogar, todo lo demás es el destierro.

LA TABLA DE SALVACIÓN

Cuando más terrible es la tempestad en el óceano de la vida y más altas y amenazadoras las oleadas trágicas del dolor, de la pasión o de la muerte que amenaza hundir a nuestra frágil navecilla, el instinto de conservación nos obliga a agarrarnos a la primera tabla de salvación que se ofrece al alcance de nuestra mano. Y aunque estamos magullados, extenuados y sin fuerzas, debemos dar las gracias a la la Providencia que ha puesto a nuestro alcance aquel inesperado socorro.

¿Cuáles son estas tablas de salvación? Diversas y proporcionadas a las fuerzas y al vigor de cada uno. Para cualquier mujer será la fe; una fe no discutida e indiscutible que le da la certidumbre de un premio

futuro y místicos consuelos actuales; el heroismo de la renuncia o de la resignación, pues lo que haya perdido puede ofrecerlo en holocausto supremo a Dios que se sacrificó por la salvación de los hombres. El templo es su refugio cotidiano; y al pie del altar lleno de cirios y fragante de incienso, renueva diariamente sus energías morales, como si apagara su sed en una fuente pura. Sin la religión que la sostiene se habría dado la muerte; pero su fe le enseña que el sustraerse a las pruebas infligidas por el Omnipotente o a sus justos castigos es obra de cobardes; que es preciso someterse humildemente, adorando los decretos divinos. Y enmedio de su dolor experimenta una calma celeste que la hace fuerte a los golpes más tremendos.

Para otra mujer esta tabla de salvación será la maternidad. Lo ha perdido todo, pero le queda un tesoro, un hijo, un pequeño sér que conserva celosamente, como si temiera que cualquier poder malvado se lo quite también, envidioso de la profunda dulzura que la inunda a pesar de las flagelaciones del dolor. Tiene un hijo y, por consiguiente, una alta, fuerte y dominante razón de vivir y de esperar, de creer todavía en un porvenir más sereno, de luchar para abrir camino al inocente que ignora las insidias y los peligros de la existencia. El destino ha sido cruel para ella, pero si su martirio sirve para evitar que su hijo pague el humano tributo de la desventura, sentirá reconocimiento hacia quien se lo infligió. Y en su ternura, que aumenta y se intensifica a medida que pasan los años, hallará una fuerza inagotable, un consuelo siempre renovado. La maternidad es su faro y ya no podrá perecer.

Para otra mujer la salvación estará en el arte. La Naturaleza le dió talento superior, fiabras exquisitas, intuición maravillosa y rica fantasía. El amor fué para ella una amarga serie de desilusiones y de desengaños; la realidad dura de la vida adulteró sus más preciosas idealidades de ensueño. Y la pobre mujer lloró y se afligió de su suerte, pero desde el fon-

do de su desventura una voz le gritó que se levantase y, como Lázaro del sepulcro, renació a una nueva vida. Su dolor se transforma poco a poco en una materia frágil y rara; rayos de oro iluminan su noche, con luz solamente para ella conocida; del corazón surgen cantos con la fresca espontaneidad de la fuente de entre las rocas. Tiene la sensación de haberse transformado; y la potencia creadora de un numen. Y su vida, poco a poco, se concentra en un mundo invisible donde puede multiplicarse hasta lo infinito en otras vidas derivadas de la suya propia, que reflejan su dolor y sus ensueños, como millares de fragmentos de un espejo roto, pero embellecidos por una idealidad que no tiene que temer del tiempo. Y se refugia intrépida y olvidadiza en su torre de marfil, libre para siempre y redimida.

Para otras, la tabla de salvación puede consistir en los placeres de la vida elegante, en un grande amor que hace renacer al alma entre sus cenizas, en una misión severa y piadosa, en una sumisión total hacia el prójimo que sufre, en el trabajo, amado por la fatiga que produce y por el dulce descanso que concede. Todo consiste, en los momentos decisivos de la vida, en saber mirar dentro de nosotros mismos y también al exterior para descubrir dónde está la tabla de salvación y agarrarnos a ella. «Es preciso tener en cuenta nuestra propia actividad interior—escribe Carlos Wagner.—Es preciso esforzarse en penetrar bastante en nuestra propia carrera, en nuestra vocación, para discernir a través de las formas que antes nos parecían grises y opacas, los efectos de una luz que procede de las eternas alturas.»

LA CASA AJENA

He dicho ya que el verdadero reino de la mujer es el hogar en el cual es la única soberana, su casa y la de su esposo, y también he intentado describir el dolor que la agobia cuando, por su propia culpa o por

la de los demás, se ve obligada a marchar al destierro. Sin duda el afecto de sus parientes y la preocupación de buscar otro nido en que pueda reposar su cansancio, son capaces de desviar su pensamiento del dolor y darle alguna luz de esperanza.

Pero ya nada puede esperar y todo debe llorarlo la que ve su hogar destruído y ha de recogerse bajo el techo ajeno. No le pertenece nada de lo que usa o toca, ni de lo que la ve vivir. Por más que el hogar que la alberga sea un suntuoso palacio, con los suelos cubiertos de ricas alfombras y las paredes adornadas con las más preciosas obras de arte, nada de ello le producirá contento, porque nada es suyo y de nada puede disponer, ni siquiera mudando de sitio un bibelot. Aquellos muros, aquellos muebles, no hablan a su corazón, no guardan ninguno de sus recuerdos, y aun cuando sean artísticos le parecen vulgares como los de las habitaciones de alquilar. Y trata de colmar aquella sensación de frío, de vacuidad, poniendo en la habitación que le ha sido destinada una nota personal, íntima; las fotografías de las personas que le son queridas, bordados debidos a su propio trabajo, objetos que le pertenecen particularmente, chucherías que le fueron dadas en tiempos felices y que a la sazón son para ella memorias sagradas y dulces. Y cuando, después de muchas horas fatigosas vividas a disposición de los demás, o junto a una mujer vieja y gruñona, o al lado de una joven caprichosa y altanera, o de una niña desenvuelta y petulante, o de tres o cuatro niños viciados y desobedientes,—tratada por todos como una criada, como una esclava, sin consideración alguna hacia sus condiciones y su cuna, muchas veces superiores a las de la familia con la cual vive, por su fina educación y por su posición que merecería piedad;—cuando, finalmente, puede refugiarse en su habitación, se quita la máscara de la serenidad y de la sumisión y abrazando con la mirada llena de dolor trágico los recuerdos de su pasado, recompone mentalmente, gracias a sus fieles recuerdos, su querido nido destruído, la casa que fué suya, ve

nuevamente los rostros amados que han desaparecido entre las sombras de la muerte y llora, sola, muy sola, aligerando su pobre corazón de todo el peso de amargura y de rebelión que se ha acumulado en las horas de servidumbre. «¡Oh—piensa la desgraciada—cuánto mejor sería poseer una cabaña, un tugurio, una buhardilla y ser allí la única dueña, en vez de vivir en un palacio en donde no soy más que la esclava!» Y le vienen a la memoria los versos de Dante prófugo:

Come sa di sale
lo pane d'altrui, e come è duro calle
lo scendere e il salir per l'altrui scale. (1)

EL PRO Y EL CONTRA

Todos los sucesos y las condiciones de este mundo tienen dos caras como las monedas y sería necesario tener siempre la serenidad de ánimo necesaria para examinar la cara y la cruz, a fin de no confiar demasiado en la buena suerte y de no desesperarse excesivamente con la mala. En la tierra se muere, pero también se nace y las cunas nos consuelan de los féretros. Se nos separa, pero volvemos a encontrarnos y la dulzura de la emoción de vernos de nuevo compensa sobradamente la amargura de la despedida. Nos abate a veces la pobreza, pero también se hacen fortunas en nuestra época de industrias y de especulaciones, con relativa facilidad; y muchas veces, mientras la situación cómoda hacía imprevisoras a las personas dotadas de excelentes cualidades, la necesidad las convierte de pronto en activas, laboriosas, prudentes y en vez de seres inútiles, como eran antes, se han transformado en ejemplos de laboriosidad y de energía. La pérdida de un palacio monumental, de

(1) ¡Cuán salado es el pan ajeno y cuán duro el subir y bajar por la escalera de otro!

una pintoresca villa, de ricos trenes, de hermosas joyas y de vastas posesiones es, ciertamente, cruel; pero después de los primeros tiempos de amargo pesar, la señora que es entonces propietaria de una pequeña habitación, de un sencillo chalet y se ve obligada a contentarse con el burgués tranvía y con las joyas falsas, reconocerá que es más fácil y sencilla la vida sin tantas complicaciones: una sola sirvienta que vigilar, en vez de un ejército de criados; un solo salón que tener arreglado; ningún invitado a quien obsequiar y divertir; no más automóviles que constituyen un peligro de muerte; no más tesoros en brillantes y perlas que se temen perder o que sean robados. Lo poco que le queda le parece muy suyo, lo ama más, porque lo conoce mejor y le dedica todos sus cuidados. Y la imposibilidad de obtener ya ciertas cosas costosas ha limitado el círculo de sus deseos y de sus aspiraciones y le ha quitado muchas inquietudes, muchas envidias y muchas preocupaciones. Un escritor inglés, Thoreau, ha dicho: «¿Por qué tratar siempre de poseer más? ¿Por qué no procurar, por el contrario, contentarnos con menos? Los más sabios llevaron siempre la vida frugal y sencilla de los pobres.» Y la salud mejora, en efecto, con la frugalidad y la actividad. Todos nosotros podremos tomar ejemplo de alguna persona nerviosa y enfermiza que recuperó la fuerza y la salud gracias a una vida activa. Pero, sin embargo, no es fácil, en las contingencias advertir las ventajas de los daños, y bien dijo Balbo cuando observó que solamente las almas grandes pueden darse cuenta del pro y el contra y solamente los rectos tener en cuenta el uno y el otro en todas las cosas.

DESPUÉS DE LA ÚLTIMA PÁGINA

¡Nada más! El libro ha sido leído y cerrado y ya no se volverá a leer. Tal vez era un delicado poema, ideal y vago como un ensueño, lleno de luz, de rosas, de sonrisas y de melancolía. Quizás era una

novela extraña, apasionada, ardiente, rica en profundas emociones, en sobrehumanas embriagueces, destrozada con violencia en la mitad de la más bella página; o era un drama que desde el principio dejaba entrever su trágico fin. Podía ser también un cuento fantástico, apacible y triste, cuya acción se desarrollaba en un país encantado, o una novelita ingenua, para escolares y adornada con viñetas románticas del buen tiempo antiguo.

Pero fuese cual fuese, aquella historia nos fué querida porque era la del más grande amor de nuestra vida; y quizá quisimos encerrar nuestro corazón como flor disecada entre aquellas páginas, para no seguir viviendo una vez cerrado el libro que fué leído hasta la última página. Parece haber desaparecido toda razón de vivir; la tierra y el cielo, es decir, la realidad y el ensueño, se alejan, nos sentimos suspendidos en el vacío, experimentamos el vértigo del abismo, como si, de improviso, hubiésemos caído en otro planeta, en un mundo en que todo fuese ignorado, atmósfera y vegetación, hombres y lenguaje, religiones y costumbres.

Un poeta tierno y místico que murió a la edad de veintiseis años, escribió:

Amour est mort. Tu ne le sais pas?
devant tout malheur je suis fort
et personne ne s'en doutera.
Cependant je tremble. Amour est mort,

Or, que ferai-je de mon âme?
et que ferai-je de mon corp?
Comme une barque perdues les râmes
je ne vaux plus rien. Amour est mort. (1)

Para un alma dulce y sensible de mujer, difícil

(1) El amor ha muerto. ¿No lo sabes? Ante toda desgracia soy fuerte y nadie lo sospechará. Sin embargo, tiemblo. El amor ha muerto. ¿Qué haré, pues, de mi alma? y ¿qué haré de mi cuerpo? Como una barquita sin remos ya no valgo nada. El amor ha muerto.

de consolarse de un amor muerto con otro amor que nace, el destierro del reino del pequeño dios vendado de ojos es, tal vez, más doloroso. En la vida masculina el amor no es una cosa que absorba el alma entera y es raro que impida ocuparse en otras cosas; y existen también otras pasiones como la política, el juego, el deporte y la ciencia, que pueden usurpar el puesto al amor. Pero en la vida de la mujer, por el contrario, el amor es el sostén, la luz, el guía y la riqueza. Tanto para la pobre obrera como para la joven princesa, el amor es la idea dominante, y cuando declina, parece que la vida no tenga ya apoyo alguno, ninguna dirección, lo mismo que una barquilla que haya perdido los remos. Y tanto la pobre obrera como la princesa pierden la razón, se suicidan, se encierran en un claustro o se abandonan al torbellino de la desilusión. Por esto es preciso que las madres y las educadoras del porvenir den otra dirección a la educación de la mujer y así evitarán las grandes catástrofes y tal vez también los grandes delitos.

La vida no puede ser toda un idilio, una novela o una tragedia. La vida es historia y tiene sus páginas gloriosas u obscuras, y sus victorias así como sus derrotas. Aun cuando nos hallemos fuera del reino del amor podemos ser felices y útiles y hacernos querer de nuestros semejantes.

LAS FLORECILLAS DE LA ORILLA DEL CAMINO

No existe sendero por remoto y umbrío que sea que en sus orillas no tenga algunas florecillas. No hay tampoco vida, por desgraciada y obscura que sea, que no tenga algún consuelo de afecto o simpatía o cualquier belleza espiritual. La paz que sigue a un período de trágicas desgracias y que tiene una suavidad cansada y profunda; la compasión sincera de los buenos y las manifestaciones de su simpatía; una ocupación providencial que llega a apartarnos del dolor inútil; las

distracciones de un viaje, de una invitación, de cualquier regalo; el hallar de improviso el rostro de un amigo de la infancia, en cuyo corazón fiel podamos verter todo el dolor de nuestra alma, el cumplimiento de cualquier deseo, todo eso son las florecillas que la vida no niega a nadie y es preciso saberlas apreciar.

Hay personas morbosamente sensibles a cualquier mal, a toda contrariedad y que son ciegas y sordas a cualquier concesión de la suerte. Pero en vez de ser así, conviene no pecar de ingratos hacia las florecillas que hay a lo largo de nuestro camino y no culparlas si no son flores preciosas de invernadero. Reflexionemos y veremos que sin aquellas flores que no queremos contemplar y que, tal vez, pisoteamos distraídamente, nuestra vida sería aún más penosa, más solitaria y más triste. Acostumbrémonos a oponer al dolor la fortaleza y la resignación y a prestar el alma a cualquier consuelo, ya sea pequeño y lejano. Cualquiera de aquellas sencillas florecitas puede contener tanta bondad y perfume que basten a nuestras aspiraciones. No olvidemos que muchas veces la felicidad y la fortuna gustan de tomar formas humildes y acercársenos ocultamente y que mañana podremos arrepentirnos de no haber adivinado el gran valor oculto en la modestia de una envoltura común. Las olorosas esencias de la vanidad se destilan de las flores más bellas, pero de las hierbas humildes y de las modestas flores de los prados se obtienen los medicamentos que nos devuelven la salud y nos salvan la vida.

LAS GRANDES CAUSAS

Existen consuelos que se pueden buscar si no los poseemos, a los cuales, quien conserva en sí la fe, el entusiasmo y la abnegación necesaria, puede volverse cada vez que en la vida desaparece alguna de sus alegrías o han sido traicionadas sus más legítimas y caras esperanzas. Para muchas nobles y tiernas almas femeninas la cruz que más las atormenta cuando las

circuntancias les impidieron crearse un nido y una familia o dar todo su afecto a un sér amado, es la de considerarse o ser consideradas inútiles al mundo. Cuántas solteras, pasada ya la juventud, cuántas viudas sin hijos, cuántas madres a quienes la muerte les arrebató la prenda de su amor, exclaman amargamente: «¿Qué hago yo en el mundo? ¿Para quién o para qué he de vivir? ¿Quién me necesita ya?» Y en aquellos momentos de dolor no piensan en los muchos niños que no tienen madre, en las pobres niñas abandonadas y expuestas a todos los peligros, en los ancianos en quienes la pobreza y el abandono hacen todavía más penosa su extremada soledad. En nuestros días la beneficencia ha adquirido la importancia de una institución civil y una mujer que sienta el laudable deseo de ayudar a su prójimo, no tiene más que mirar a su alrededor para escoger el dolor que le inspire más interés y simpatía. Ya no hay necesidad de tomar el velo ni de hacer votos religiosos en nuestros tiempos, para ejercitar esta misión austera y piadosa. Podrá seguir formando parte de la sociedad, sin renunciar a su grado y a su posición; continuar vistiendo elegantemente, si tiene tal costumbre, y vivir en su casa y en su ciudad, porque en todas partes hay miserias que socorrer, almas que alentar y guiar por la buena senda y males físicos y morales que curar.

Veamos los asilos de la infancia y los patronatos escolares; hay en ellos una legión de niños que proteger, cuyo sano desarrollo material y moral debe vigilarse con previsión materna, visitándolos y cuidando especialmente de los más necesitados y abandonados; veamos instituciones de la infancia abandonada, de los hospicios y las casas de corrección, dedicadas estas últimas a corregir a los pequeños delincuentes que han conocido el dolor y la maldad humana antes de saber qué cosa es la vida; las escuelas dominicales y las bibliotecas para iluminar las mentes de los jóvenes de ambos sexos que concurren a ellas y darles sanas y provechosas lecturas. O bien ocupémonos en alguna de las obras de previsión social y de beneficencia o en

las bolsas de trabajo destinadas a proporcionarlo a los que carecen de él; las casas de redención, cuyo noble programa queda perfectamente definido en su nombre; el patronato de los jóvenes libertos, las asociaciones en favor de las obreras de la aguja, las casas de maternidad, de lactancia, los roperos, las cocinas populares, los amigos de los pobres, lo patronatos de ciegos y sordomudos, los asilos para niños raquíticos y enfermos y, en fin, cuantas obras de caridad y beneficencia se han extendido considerablemente, aun cuando, por desgracia, no tanto como es necesario.

Aunque olvidadas, sin duda alguna, muchas instituciones benéficas, con las enumeradas queda demostrado que no faltan ocasiones de hacer el bien, cualquiera que sea la afición y la tendencia de quien desee practicarlo, pues sin dificultad podrá hallar el modo de ayudar a su prójimo noble y eficazmente y de dedicar toda su actividad y todo su corazón al cumplimiento de un misión noble y elevada.

O Caritá, più grandi
de l'umana sventura le bianche ali tu spandi. (1)

LA HIEDRA SOBRE LAS RUINAS

El tiempo lo destruye todo. Templos magníficos, soberbios palacios, orgullosos castillos dominadores, son ahora un pequeño montón de ruinas de los que solamente una torre almenada, alguna columna o el arco elegante de una puerta o la típica arquitectura de un balcón, nos ofrecen el testimonio de pasadas grandezas. El espectáculo de las ruinas nos invita siempre a meditar y a veces nos pone melancólicos, porque vemos en ellas una prueba palpable de la caducidad de todo; pero la vista de la hiedra que nunca se aparta de ellas y que piadosamente las cubre

(1) ¡Oh Caridad! más grandes que la desventura humana extiendes tus alas blancas.

con su manto de frescura y de gracia ágil y fuerte, serena nuestro ánimo con la visión de un ideal de poesía. Así en la vida no existe ruina, decadencia ni tristeza que no conozca la piedad fiel y solícita de uno de estos sentimientos más fuertes que la muerte y que la destrucción. Hugo Fóscolo escribió: «Cuando se han marchitado las rosas del amor, la divina amistad debe recogerlas y aspirar su fragancia.» Cuando se han perdido todos los bienes de la vida, ya sea el amor, la salud, la juventud o el dinero; cuando todo está muerto, gastado, hasta la misma esperanza, queda todavía la amistad, devoción tenaz en ocultar las miserias y en dar un aspecto de nobleza y de poesía a la catástrofe. Y entre la hiedra y las paredes próximas a derrumbarse hay un intercambio secreto de sentimientos generosos y profundos: «Déjame—dice el decrépito muro—tu devoción y tu generosa piedad son ya inútiles; no conseguirás ocultar a los ojos del mundo mi espantosa decadencia y mi miserable estado. Día por día siento que se disgregan las moléculas que me forman, pues lentamente se transforman en polvo, según debe suceder a todas las cosas. Tu fuerte y pura lozanía se contamina con mi contacto; dirige más bien tus ramas trepadoras hacia cualquier nuevo edificio que se embellecerá más gracias a ti. Aquí no puedes ser más que una mortaja; abandóname.»

«No mortaja, sino manto real — contesta la hiedra fiel—como conviene a tu soberanía pasada que todavía resiste al tiempo y se impone a los hombres con la fascinación poderosa de las memorias. ¿Qué importa que sientas cómo se disgregan las partículas de tu interior? Yo te sostengo y gracias a mí no caerás, pues soy vigorosa y tenaz y te revisto de juventud eterna. Los edificios nuevos y las altas columnas me soportan mal y no tienen necesidad de mí para sostenerse; te prefiero, pues eres débil y todos te han abandonado y eres valerosa porque todavía te yergues después de tantas injurias y de tantas vicisitudes. Y aunque de ti no quedase piedra sobre piedra, continuaría extendiendo sobre el lugar en que te hallases mis ramas frescas a las

que ni el hielo ni el sol molestan, para hacer revivir en los olvidadizos la memoria de ti».

Esto se dicen las ruinas y la hiedra ; y casi las mismas palabras se han cruzado, tal vez, entre el sér caído en la más profunda de las miserias, al fondo de una prisión, de un lugar vergonzoso o de un refugio cualquiera y el amigo último con el cual estaba todavía en contacto, la última voz que le dijo palabras de esperanza, de consuelo y de piedad, tal vez una figurita de virgen cubierta por el misterio de las tocas o un hombre austero y honrado que lleva a cabo una misión luminosa y buena.

EL EJEMPLO DE LOS HUMILDES

Metastasio escribió con su filosofía sencilla y honrada :

Tutti a tutti
siam necessari, e il piu felice spesso
nel piu misero trova
che sperar, che temer (1)

al describir la hermosa fraternidad humana. En realidad ni las riquezas, ni la elevada posición social ni el poder, pueden hacer al hombre independiente, hasta el punto de que no necesite el trabajo de los demás. Dice bien el viejo poeta : «Todos tenemos necesidad de todos y cualquier hombre puede perjudicar a otro». Y también puede serle útil, no solamente con sus obras, sino que con su ejemplo. El ejemplo vivo, práctico, siempre es más eficaz que la palabra, ya que podemos olvidar el discurso más elocuente, la exhortación más ingeniosa, pero no sabremos olvidar un hecho, una conducta y una regla de vida que hayamos tenido ante los ojos y que nos haya impresionado como una lección, como un modelo que imitar. Y de esta manera

(1) Todos somos necesarios a todos y muchas veces el más feliz ha de esperar y temer del más mísero.

¡cuántos humildes pueden servir de espejo a los favorecidos de la fortuna! ¡Los pobres a los ricos! ¡Cuánto ejemplo de paciencia nos da la desgraciada enferma, cuya indigencia no le permite ninguno de los consuelos que nosotros aceptamos sin darnos cuenta de su valor! Para la pobrecilla no existen las estaciones climatológicas, los sanatorios de lujo, los manjares delicados y los cuidados tiernos y asiduos. En su casa sufre las privaciones y fuera de ella la aguarda un lecho de hospital; y, sin embargo, es paciente, agradece los auxilios y confía en Dios.

Y aquella otra a quien la muerte y la emigración hicieron su hogar desierto y la obligaron a vagar por las casas de los demás, ofreciendo suus servicios, muchas veces mal recompensados, y, sin embargo, se mantiene honrada, laboriosa y apacible, sabiendo resignarse a su destino.

Y otra que trabaja heroicamente para mantener a sus hijos o a sus padres, sin cesar, de la mañana a la noche, en una fábrica, taller o laboratorio, sin esperar nunca nada para sí, contenta cuando tiene lo necesario, diligente y amante del trabajo, sin tener en cuenta la fatiga, incapaz de entregarse al ocio y que solamente pide a Dios que le conceda la salud necesaria para continuar de la misma manera. Estos son hermosos y provechosos ejemplos para quienes no se sienten con fuerza para sufrir sus desventuras y se reputan los seres más desgraciados del mundo. Pero si mirasen a su alrededor verían que el dolor y la felicidad forman una escala infinita, cuyas últimas gradas no se pueden percibir. Muchas veces la importancia de un daño depende del modo como lo recibimos o tratamos de repararlo. Por grande que sea la suma de los males, acostumbrémonos a buscar los remedios y los consuelos que podemos oponerles. María Pezzé Pascolato, escribe: «Hombre o mujer, ninguno de nosotros puede, las más de las veces, conjurar los sucesos de la vida o alterar las vicisitudes; pero, en cambio, depende de nosotros el punto de vista desde el cual podamos mirar estos sucesos y estas vicisitudes de la vida y hasta el soportar-

los. No podemos mudar el curso de la vida, pero nos es posible aceptarla serenamente o no. En nuestra mano está el modo de tomarla, iluminando así todas las alegrías y mitigando todos los dolores».

EL LÍMITE

No todas hemos nacido para llevar a cabo grandes cosas, y tampoco todas podemos buscar motivo para grandes actos o consuelo en las vicisitudes de la vida. El ingenio, la independencia, la riqueza, no son comunes, pero no debemos dolernos mucho de ello ni culparnos a nosotros mismos. No tenemos culpa alguna. Nuestra responsabilidad individual cesa en el límite de nuestras facultades. El poeta inglés, Roberto Browning escribió: «Por último no se nos preguntará qué hemos hecho, sino qué nos hemos esforzado en hacer». Y es verdad. Si cualquiera de nosotras, sin mirar más allá, se contentase con cumplir escrupulosamente sus deberes, de hacer todo el bien en la esfera en que la Naturaleza la ha colocado, bastaría, y no deberíamos lamentarnos de no haber realizado cosas más importantes que estaban fuera de nuestro alcance. Hay muchas mujeres que no están convencidas de esta verdad y que se sienten inclinadas a intentar cosas mayores y a ejercitar su actividad donde no es necesaria, solamente porque el campo de acción es más vasto y visible y capaz de satisfacer mejor su vanidad. Estas son las madres que dejan abandonados a sus hijos para dedicarse con ardor a cualquier acto de beneficencia; las mujeres que descuidan a su esposo y a su hogar para asistir a todos los congresos y hacer ostentación de sus sentimientos humanitarios; las señoritas candidatas a la gloria que, por haber publicado un libro de versos, se creen emancipadas de todo deber filial, de toda ocupación doméstica y no sueñan más que con la celebridad. Son de esta manera más dañosas que útiles, en tanto que si permaneciesen en su propia esfera podrían ser realmente beneficiosas. Nuestra buena consejera María Pez-

zé Pascolato, dice: «No solamente son útiles en la vida los que llevan a cabo un acto luminoso de heroísmo o una obra de general utilidad, sino que también los humildes, ignorados a veces por ellos mismos, que se doblegan sin lamento y sin vileza al cumplimiento diario del deber que les ha cabido en suerte; todos los pequeños que cada día y a todas horas, *hacen cuanto pueden* en su obscura existencia, sencilla y valerosamente.

CUANDO NO SEAIS DESGRACIADOS, SABED SER FELICES

Un hombre de mucho talento, Carlyle, recomendaba esto. Cuando no seáis desgraciados, sabed ser felices, o sea que, cuando no tenemos causas graves y reales de desgracia, habituémonos a soportar filosóficamente los pequeños males y las contrariedades. Muchas veces no podemos guardarnos de las grandes desventuras, pero, en la mayor parte de los casos, depende de nosotros el empeorar o curar las pequeñas enfermedades del ánimo, el dar cuerpo a las sombras de nuestra fantasía o hacer que se desvanezcan; en una palabra, disipar las causas de la desgracia, pues con un poco más de energía podremos evitarlas.

La naturaleza humana está hecha de tal manera que tiende continuamente a preocuparse, y cuando no se tienen causas de sufrimiento se buscan. No existen en el mundo personas más desgraciadas que las que podrían llamarse dichosas, y ello porque se atormentan con cosas que no tienen la menor importancia. Justo es, pues, el sabio consejo del autor de *Los Héroes*, de que alejemos de nuestra vida las preocupaciones demasiado afanosas, los temores prematuros, las inquietudes y los motivos de disgusto que nacen solamente de la susceptibilidad de nuestro carácter. Para ser felices, pues, o, por lo menos, para aprender a serlo, deberemos vigilar nuestro temperamento y curarlo de todas las pequeñas manchas de la envidia, de los celos,

del amor propio, de la ambición, del egoísmo y otros parecidos, que son semejantes a las plantas parásitas e impiden que se expanda libremente la hermosa flor de la felicidad en nuestro corazón y en nuestra vida. Y por esto es por lo que muchas veces vemos personas que gozan de una existencia tranquila, en condiciones que nos parecerían tristísimas y suficientes para dar la infelicidad. Pero aquellas personas tienen un alma fuerte, contra la cual, las pequeñas penas y los ligeros ataques de la desgracia, no tienen poder alguno; poseen una mente superior, nutrida con pensamientos nobles, de idealidades escogidas, y están habituadas a reflexionar con indulgencia y a soportar filosóficamente lo que no se puede evitar y que no impide al corazón el goce de los bienes otorgados por la mano del Creador. Hay asimismo mujeres tan bien equilibradas que casi se alegran de tener algún pequeño motivo de disgusto, alguna ligera tristeza en su vida, pues les parece que aquellas leves amarguras son como una especie de escudo contra los dolores verdaderos. Es como un tributo que pagan al destino.

Debemos pensar, sobre todo, en esto: que la paz y la felicidad perfectas son imposibles en el mundo, que debemos obtenerlo todo con nuestro esfuerzo, hasta la pequeña parte de felicidad que se nos haya concedido. No descuidemos, pues, la ciencia que necesitamos para procurárnosla.

LA SOMBRA Y LA OBSCURIDAD

Un proverbio dice que, para el ciego, los tuertos son personas afortunadas, y con ello se quiere significar que para quien está afligido por una gran desventura, toda desgracia más pequeña parece y es envidiable. Podemos adquirir en nosotros mismos la prueba de ello, cuando, si tenemos una enfermedad dolorosa, añoramos los felices tiempos en que solamente sufríamos de un pequeño malestar de que tanto nos quejábamos; o cuando, bajo el peso de un gran dolor, nos reprocha-

mos el habernos lamentado por leves causas. La advertencia saludable que nos recomienda mirar a nuestro alrededor para advertir a otros más desgraciados que nosotros, está llena de sabiduría. Ya lo dijo Calderón de la Barca en sus conocidísimos versos de *La vida es sueño*:

Cuentan de un sabio, que un día
Tan pobre y mísero estaba,
Que sólo se alimentaba
De las hierbas que cogía.
¿Habrá otro—entre sí decía—
Más pobre y triste que yo?
Y cuando el rostro volvió
Halló la respuesta, viendo
Que iba otro sabio cogiendo
Las hojas que él arrojó.

San Francisco de Asís decía que sentía grandísima vergüenza cuando hallaba alguien más pobre que él. Y a nosotros nos ocurre algo parecido cuando somos testigos de alguna desventura profunda, después de habernos quejado amargamente de nuestras pequeñas penas, declarándolas insoportables. Una madre desolada por haber perdido a su hijito de pocos meses encontró un día a una señora de edad madura que lloraba a su único hijo, muerto en la flor de la juventud, y desde aquel día su propio dolor le pareció, por la comparación, menos amargo. Una jovencita, traicionada por su prometido, tuvo ocasión de escuchar las quejas de una esposa abandonada y se sintió inclinada a dar gracias a Dios que le había ahorrado un dolor tan grande. Una madre de familia, llorosa y dolorida, por verse obligada a abandonar una casa en la que había vivido durante muchos años y en la cual habían nacido todos sus hijos, ya no se atrevió a lamentarse después de las tragedias de Reggio, Calabria y Messina, en donde, como es sabido, hubo terribles terremotos; y, en fin, una señora conocida mía, obligada por los reveses de fortuna a ganarse el pan en la casa ajena,

después de haber conocido a una desgraciada que no tenía siquiera salud y no podía ganar el sustento para sí y para su hijo, dijo: «He podido observar que en el mundo siempre hay alguien más desgraciado».

«Podemos salvarnos de muchos dolores, mirando a nuestro alrededor—escribe la señora Pezzé Pascolato—observando lo que sucede a los demás y diciendo: Así podría ocurrirnos a nosotros».

Tomar las desgracias de los demás como advertencias; considerar casi como privilegio la inmunidad de mayores daños; cuando se está a la sombra no mirar con envidia los que están al sol, sino meditar sobre los que se hallan en la obscuridad; he aquí el verdadero remedio en el viaje de la vida.

¡SE VIVE UNA VEZ SOLAMENTE!

Pero oigo un grito de rebelión desesperada: «¡Se vive una vez solamente! ¡Sólo se tiene una juventud, un solo destino, una sola posibilidad de abandonarse entera y honestamente al amor! La mujer de nuestra sociedad es como un jugador que tuviera que arriesgar todo su patrimonio en una carta y sólo se le ofreciese una probabilidad de ganar. Si un hombre se percata de que ha elegido una profesión que repugna a su temperamento, de haber seguido un curso de estudios o un método de vida en disconformidad con sus ideales o con su salud, puede cambiarlo o modificarlo en plena madurez. El hombre tiene la facultad de la elección y puede decirse casi que está en sus manos su destino. Es como si tuviese muchas vidas... Puede arrepentirse y volver a empezar; tener muchos amores antes de elegir entre ellos el que ha de hacer la felicidad de su vida. Y no pierde nada; y si tiene energía y actividad puede renovarse hasta la extrema vejez. Pero nosotras, en cambio, no podemos escoger nuestro destino, y adquirimos la experiencia cuando nuestro destino se ha fijado para siempre. Nuestra existencia es una vida monótona y dulce, pero única, a menos que

no nos extraviemos por los senderos oblicuos... ¡Si no acertamos, fracasa nuestra vida entera!»

Hay en todo eso algo de verdad, pero no lo es todo. La vida de la señorita moderna es muy distinta; tiene libertad de instruirse, de dedicarse a lo que concuerde mejor con sus gustos y con su temperamento. Esto desarrolla sus dotes de observación y de reflexión, y le proporciona experiencia suficiente, las más de las veces, para no equivocarse en sus preferencias y en su elección. Por esto se debe creer que cuando una de las jóvenes actuales se ve engañada y traicionada en sus aspiraciones, no es por culpa de los demás, sino de sí misma, pues no *quiso* o no supo reflexionar bastante, tener en cuenta los indicios desfavorables, secundar su juicio, seguir las advertencias propias y ajenas. La seducción de ser amada, de una posición independiente, de la riqueza, de cambiar de vida y de costumbre, la deciden casi siempre a fijar su propio destino, más que el amor verdadero. Y en aquel momento supremo, cuando es árbitra de sí misma, no piensa, entonces, que solamente se vive una vez, como lo pensará tal vez demasiado tarde, cuando no podrá recuperar la vida ya transcurrida. Y, precisamente, porque aquel punto de su existencia es más grave, precisa que recoja todo su valor y todo su juicio para disponer de sí misma. Ciertamente una idealidad esfumada, una vocación perdida, un destino malogrado y un propósito fallido son más dolorosos para la mujer que para el hombre, porque la mujer no ha dado solamente una parte de su alma y de su propia personalidad, sino que ha entregado las dos enteras; y el volver a empezar desde el principio, el iniciar una vida nueva, aún en los casos en que es posible, les es mucho más difícil y penoso. Ya que solamente se vive una vez, procuremos que nuestra vida sea provechosa, aunque esté limitada a corto número de años; y escuchemos a Montaigne que escribió: «La utilidad de la vida no está en el espacio, sino en su uso; puede haber vivido mucho tiempo quien, tal vez, ha vivido poco. El haber vivido

bastante está en nuestra voluntad y no en el número de años.»

SOCORRO MUTUO

Si algunos individuos del mismo país, se encuentran en una nación extranjera, se buscan, traban amistad y se ayudan y defienden mútuamente. Así sucede entre los desgraciados y desterrados de la dicha. Quien no posee una familia propia, un nido, afectos, busca instintivamente a quien se halla en su misma situación y en la confidencia recíproca de los dolores y de las añoranzas, trata de consolarse y de adquirir fuerzas para continuar el desierto camino. Y tal vez esta condición de la vida es la que da las amistades más sinceras, más absolutas y más fieles; se han visto seres que han dado todo lo poquísimo que poseen para salvar al amigo, exponer la vida por él y llevar a cabo los más grandes actos de abnegación y de amor. Y son ejemplos edificantes y conmovedores que pasan ante nuestros ojos, en una sala de hospital o de hospicio, en un jardín de huérfanos o sobre el puente de una nave que va hacia lo desconocido, o en una buhardilla o en un laboratorio, es decir, donde la miseria material y moral se ponga en contacto con otra miseria tal vez mayor. En la naturaleza humana hay el instinto de unirse y aliarse para fortificarse mútuamente, para compensar en lo posible lo que no dió la fortuna; de manera que todos podemos sentirnos útiles y, a nuestra vez, ser protegidos y amados.

La vecina que vigila el niño de la desgraciada que se va a trabajar; la niña que va a la tienda en vez de la anciana que no puede moverse; la buena mujer de excelente corazón que cuida a la parturienta o le prepara el alimento, son los actos más elementales del socorro mútuo que, en una esfera más superior y en el campo de los sentimientos, se manifiesta en la huérfana que va a hacer compañía a la viuda sola; en la solterona que se hace amiga de la maestra para con-

solarla de hallarse lejos de su país y de sus parientes. Los felices, los privilegiados, no conocerán nunca toda la dulzura y el perfume de estas hermosas alianzas. Las más de las veces el egoísmo, la envidia y los intereses personales destruyen la verdadera amistad, cosa que afirmó brillantemente Fóscolo cuando describió que existen siete clases de amistades: 1.ª de corazón; 2.ª de la mente; 3.ª de compañía; 4.ª de amabilidad; 5.ª de conocimiento; 6.ª de diplomacia y 7.ª de sombrero; y que las seis últimas se combinan al infinito entre sí para destruir siempre a la primera.

EL OLVIDO DE SI MISMO

El remedio verdadero e infalible contra la desventura, contra la soledad del corazón, contra los desengaños y las ofensas, es el olvidarse de nosotras mismas, de nuestra propia personalidad, con sus deseos, sus necesidades, sus aspiraciones, para vivir en la esfera superior de las grandes ideas y de la abnegación. En algunos países de Oriente, se considera al *nirvana* como la mayor beatitud, o sea un estado de ánimo de insensibilidad y de inconsciencia individual, mientras el alma está por entero absorta en el sueño del infinito. Así, pues, cuanto menos atención prestemos a nosotras mismas y menos nos sintamos vivir, más penetrará en nosotras la paz y una celeste dulzura. Pero suprimir el sentido de la vida por una ociosa contemplación sería una especie de suicidio moral para nosotras que tenemos ideales y fe tan diversos de las de los pueblos de Oriente. El olvido de nosotras mismas no será permitido, digno de alabanza y provechoso, si no nos hace vivir para algo o para alguien. Olvidaremos nuestros sufrimientos pasados o presentes para dedicarnos a aliviar los males del prójimo y consolar sus dolores; nos haremos insensibles a los lamentos de nuestra alma herida por la crueldad del destino o por las injusticias, para no sentir compasión más que en los casos dolorosos del prójimo. Ahoguemos las vanas que-

jas y los largos lamentos que a nada conducen, sino a debilitarnos moralmente, y substituyámoslos con la acción enérgica, pronta, asídua, en beneficio del necesitado. Y cada vez que un pensamiento o recuerdo, un pensar o una rebelión de nuestra alma se presente, lo combatiremos como peligroso enemigo, como obstáculo al libre desenvolvimiento de nuestras mejores facultades y lo destruiremos como un vínculo que nos impidiera el vuelo. Es preciso entregarse con el alma entera a una misión benéfica, grande o pequeña, moral o material; formada por la luz del pensamiento o por acciones buenas; este es el remedio divino, el medicamento omnipotente contra los más acerbos dolores y los daños más irreparables. Escuchad con qué armoniosos versos G. B. Gaurini, poeta del pasado, exalta este altruísmo generoso:

Anime pellegrine che bramate
amando essere amate,
se volete gioir, morendo in vui
rinascete in altrui.
Non vi divida mai ne tuo ne mio,
sian confusi i voleri
le speranze, i pensieri,
faccia una sola fede, un sol desio
di due alme e due cori un alma, un core,
nè sia premio d'amore, altro che amore. (1)

Y aunque nos faltase este último premio (porque el alma humana es ingrata) no por ello debemos desanimarnos, sino dedicarnos con más ahinco a nuestra misión. Hacer bien para gozar, en cambio, de la dulzura del amor y del agradecimiento es cosa demasiado fácil y agradable. Lo difícil y meritorio consiste en hacer el bien sin esperar recompensa alguna; el bien que

(1) Peregrinas almas que queréis amar y ser amadas; si queréis gozar, muriendo en vosotras renaced en otro. No os divida nunca el tuyo y el mío; estén confundidas las voluntades, las esperanzas y los pensamientos; una sola fe y un solo deseo de dos almas y dos corazones, un alma y un corazón y sólo sea otro amor el premio del amor.

no pide otra satisfacción que el placer de hacerlo y la aprobación de nuestra conciencia. La práctica del bien nos libra de todo egoísmo y es la única cosa que da la paz inanterable y el consuelo profundo.

SU MAJESTAD EL DESTINO

Es el soberano de los soberanos, el árbitro de los reyes, de los emperadores y de todos los poderosos de la tierra. Nada importa nacer en una cuna de oro o sobre un montón de paja; recibir en el rostro la belleza o la fealdad; nutrir en el corazón y en la inteligencia los gérmenes de todas las virtudes o guardar encerrados y ocultos toda clase de vicios. La Majestad severa e inflexible dispone según su capricho o, tal vez, siguiendo los decretos de una Voluntad inaccesible a la comprensión humana. De acuerdo con las mismas leyes en mérito de las cuales ciertas flores son cultivadas en un jardín en donde pueden desarrollarse y hacer ostentación de su belleza, en tanto que otras nacen en un campo o en la orilla de un camino, sin que nadie las cuide y sufriendo contínuamente los embates del viento o el granizo que a veces las destrozan, Su Majestad el Destino gobierna la vida de los hombres, comete injusticias, pronuncia fatales sentencias y decreta feroces ironías.

Por consiguiente, para vivir lo menos penosamente posible, deberemos secundar nuestro destino, seguirlo en sus líneas principales y también, si es posible, tratar de salir de ellas, para emprender un camino que esté más de acuerdo con nuestras inclinaciones, pero sin obstinarnos, sin embargo, en escalar un muro de mármol o en esperar que se abra una puerta inexorablemente cerrada para nosotros. Si nuestro destino no quiere que lleguemos a ser esposas y madres de familia, artistas, monjas o literatas, es inútil perder el tiempo en luchar contra lo inexorable; si nuestro destino no consiente que lleguemos a casarnos con el hombre que forma nuestro ideal de felicidad, es inútil perder

el tiempo y las fuerzas en una estéril lucha y en una inútil espera. Debemos ser obedientes y estar siempre prontas para seguir los mandatos divinos y seguir, sin rebelarnos, el camino que desde nuestro nacimiento ha sido decretado, persuadiéndonos de que, en cualquier condición, una mujer puede llevar una vida útil, hacer bien, amar y ser correspondida, y alcanzar aquel estado de paz íntima, de satisfacción moral que es preferible a una embriaguez fugaz de alegría o a una felicidad egoísta. Ocupémonos durante la juventud en interrogar repetidamente a nuestro destino, lo que exige de nosotras y qué misión querrá confiarnos; procuremos interpretar exactamente nuestra vida, así como estudiar nuestros impulsos para seguirlos, y nuestras inclinaciones que pueden ser solamente pasiones egoístas, procurando adaptar nuestra actividad y las dotes de nuestra inteligencia para encaminarlos en la dirección hacia la cual nos conduce una mano invisible y poderosa. Un día sabremos el por qué de algunas desviaciones violentas, de ciertos desengaños crueles y de ciertos hechos inexplicables. Obedezcamos a la voluntad más fuerte que nosotras, como las hierbas que se inclinan bajo el impulso que las dobla, como el riachuelo que desciende por las sinuosidades de las rocas preparadas desde varios siglos.

LO QUE PUEDE HACER UNA MUJER PARA BASTARSE A SI MISMA

Puede ser que no lo haya decretado el destino o que las circunstancias no sean favorables, pero un marido no se presenta siempre a la joven librándola de la molestia de elegir una profesión que le permita bastarse a sí misma. Por esta razón yo siempre aconsejaría a la mujer joven que apenas saliera de la adolescencia, y antes de hallarse en la edad de casarse, se ocupara en elegir una profesión. Es mejor no hacerse ilusiones; el matrimonio es cada día más difícil; una casa y una familia cuestan en la actualidad mucho más

que antes y por esta razón los señores hombres o se deciden tarde, cuando ya tienen una posición segura, o no se deciden. Por otra parte, aun cuando llegue el esposo, en vez de dote, la mujer podría aportarle el equivalente de una ganancia; y si no se presenta, podría vivir honesta y decentemente, sin ser una carga pesada para nadie.

Hablo, naturalmente, de las mujeres que no tienen rentas o propiedades y que pertenecen a una familia que se sostiene gracias al trabajo de su jefe. Es casi una obligación para la joven sana, inteligente y buena, el contribuir como pueda al bienestar de su casa, y esto le permitirá más tarde lograr su independencia particular.

En el pasado, la mujer no tenía otra profesión que la de maestra, institutriz o la de bordadora, si no había tenido la oportunidad de estudiar. Pero especialmente de las primeras hubo en poco tiempo tal abundancia que pronto las jóvenes comprendieron que era preciso buscar otra cosa. Más tarde ha habido empleos del gobierno en telégrafos y en teléfonos, para los cuales, a cada ejercicio de oposiciones concurren numerosísimas muchachas. La misma abundancia de las opositoras ha convencido de la necesidad de dedicarse a otra cosa y entonces la mujer probó fortuna en los empleos privados de las oficinas comerciales y se convirtió en cajera, tenedora de libros, dactilógrafa, encargada, empleada en la sección de ventas, etc., ocupaciones que se avienen muy bien con sus aptitudes naturales de orden, de precisión y de detalle y le procuran un sueldo discreto, colocándola en una posición decorosa y en un ambiente en donde, generalmente, está respetada y segura. Hay, también, otras profesiones adecuadas para la mujer y todavía no tan explotadas como las citadas. Por ejemplo, la taquigrafía que se aprende en muy poco tiempo y que es muy bien retribuída; la pintura de adorno y la miniatura para las que tienen tendencias artísticas; el dibujo de adorno para emplearlo en las labores de bordados, que hoy día están de moda; la encuadernación de libros, des-

de los más sencillos a los de lujo; la afinación de pianos y el probarlos ante los compradores en los almacenes de música; el tocar en las orquestas de los cafés; hacer de guía en los museos de cuadros y en las iglesias para con los extranjeros, sustituyendo a los vulgares e ignorantes cicerones y también, en los grandes hoteles, ponerse a la disposición de las señoras que desean conocer bien la ciudad o hacer compras. En el campo científico la mujer podrá dedicarse con éxito a la química y a la farmacia, a la medicina, especializándose en la curación de los niños. También la profesión de enfermera, ejercitada a conciencia y con los conocimientos necesarios es esencialmente femenina, por ser necesaria la abnegación y la piedad. En nuestros días no faltan los modos de ocuparse en algo decorosamente y con provecho, cualquiera que sea el grado de inteligencia y de instrucción de una mujer que desee crearse una posición independiente en el porvenir y vivir sin preocupaciones en los años de la madurez. Y, si ninguna de las ocupaciones citadas correspondiese a su temperamento o a su posibilidad material, le aconsejaría que, prescindiendo de todo falso amor propio, adoptara un oficio manual, como por ejemplo de sastresa, de modista, de peinadora, de costurera, de encajera, dependienta u otros semejantes, antes que languidecer en el ocio o vivir del triste e insuficiente ahorro o de la generosidad ajena. Dice María Pezzé Pascolato, aconsejando la laboriosidad a las niñas y exhortándolas a tributar a la dignidad del trabajo todo su respeto: «Si una vez purificada el alma de la vanidad y de la ambición, creéis vuestro deber buscar un empleo o abrazar una profesión; si tenéis necesidad de ganaros la vida, o, si, trabajando, podéis ayudar a vuestra familia, aliviándola de una parte de sus cargas, amad vuestro trabajo y estad orgullosas de él.»

LA ULTIMA DIOSA

¿Recordáis la leyenda mitológica de Pandora? Guardaba una cajita sellada llena de males, cuando

la abrió impulsada por la curiosidad y todos los males se diseminaron por la superficie de la tierra. Pero en el fondo de la caja quedó el divino remedio de la Esperanza... *Spes, ultima dea*! exclama el poeta antiguo. ¡Cuántos himnos fueron dirigidos a la diosa consoladora! ¡Cuántas invocaciones humanas se elevaron hasta ella! La esperanza es una piedad inmensa, difundida en el mundo para naturalizar la crueldad y el dolor. ¿Qué sería la tierra, qué seríamos nosotros sin la esperanza, desde la celeste esperanza de la inmortalidad a las pequeñas y dulces esperanzas que cada día atenúan nuestras penas, consuelan nuestras aflicciones y ponen un rayo de sol en nuestras tristezas?

La esperanza es una de las facultades que surge primero en la vida y la última que nos abandona. Espera ya el niño que apenas tiene la posibilidad de formar un deseo; espera el moribundo, cuando ya nadie a su alrededor espera. Gran fuerza motriz es la esperanza y gran dispensadora de vida y de energía. Nunca nos sentimos más fuertes, más valerosos y mejores que cuando estamos bajo el imperio de alguna esperanza luminosa. Bien está, pues, el cultivarla en nosotras, provocarla cuando calla, avivar su llama cuando languidece, retenerla cuando quiere abandonarnos y sustituirla prontamente con otra cuando ha desaparecido. La esperanza es indispensable a nuestro mundo moral, de la misma manera que la luz y el oxígeno a nuestra vida física. *Sperato contra spem* ha recomendado uno de los Padres de la Iglesia; esperad más allá de la esperanza. La circunstancia más común, una hora, un segundo, bastan para mudar en favorable un triste destino, para abrir un nuevo horizonte, para salvar tal vez. Todo es misterio en nosotros, a nuestro alrededor, y todo es posible, hasta los prodigios...

FIN DEL TOMO II

ÍNDICE

Págs.

VELOS NEGROS

La enemiga. 5
El dolor. 6
El luto. 8
¡Viuda! 10
Manifestación de tristeza. 12
La desventura y el carácter. 14
La desventura y las obligaciones sociales. . 15
Ligereza. 16
Mientras yo viva y aun después... . . . 17
Los consuelos 19
¡Resurrexit! 20
Luchas íntimas. 22
Segundas nupcias 23
La actitud 24
Un momento difícil. 25
Los hijos que vinieron y los que vendrán. . 27
Celos del pasado 29
Vínculos antiguos 31
La madrastra 33
La huérfana. 35
La muerte en la vida. 36
Tristezas secretas. 38
En busca de la paz. 39
Labor omnia vincit. 40
¡Y para ellos nada! 42
La amistad y la desventura. 43

IGEA

Higiene femenina 45
Jaqueca. 47
Resfriado. 48
Neuralgia. 49
Dolor de dientes. 50
Estómagos delicados. 52
Dolor de garganta. 53

Págs.

Ojos y anteojos. 54
Alteraciones de la piel. 56
Desórdenes nerviosos 57
El insomnio. 59
Los excitantes 61
Remedios sencillos. 62
No descuidar los síntomas. 65
El valor. 66
La paciencia. 68
La señora está indispuesta 69
La enfermedad. 71
La convalecencia. 73
El médico de las señoras. 75
La mujer y la bicicleta. 76
El corsé. 79
El baño 81
La mujer y el automóvil. 83
Gimnasia. 85
Lo que abrevia la vida. 87

ESCALA DE LA VIDA

Definiciones de la mujer. 90
Almas femeninas. 91
Las reinas 92
Las aristócratas. 96
Las ricas. 98
La mujer moderna. 99
Las artistas. 101
Las intérpretes. 104
Las inspiradoras. 107
Placeres femeninos. 108
Las mujeres que escriben. 110
Las conferenciantes. 113
Las periodistas. 115
El arte y la mujer. 117
Abogadas. 118
Médicas. 120
Comadronas. 122
Las maestras. 123
Las empleadas 125
Las costureras 126
La aguja y la mujer. 127
Las institutrices. 129
Las lectoras. 130
Las señoritas de compañía. 131
Las artífices de vanidad. 132
Las sirvientas 133

Págs.

La mujer y la patria. 135
Las feministas 137
La mujer y el cigarrillo. 138
Las hermanas de la caridad. 140
Las sensuales y las románticas. 141
La mujer de ingenio. 143
Optimista y pesimista. 145
Coquetería falsa. 146
Verdadera gentileza. 148
La seriedad. 149
Las cortesanas. 150
El escalón más bajo. 152
El teatro y la mujer. 153
Las cupletistas 155
La mujer y la política. 157
En el ocaso. 158
La última primavera. 159
La edad crítica. 160
El arte de envejecer. 161
La solterona. 163
Varios remedios. 164
La mujer y la beneficencia. 165
Placeres de todas las edades. 166
Las hijas del marido. 167
Las nueras 168
La religión y la mujer. 169
Superstición. 170
Espiritismo y misticismo. 171
Sepultadas vivas. 173
Las aldeanas. 175

EL JUICIO DE PARIS

Belleza femenina. 177
La fascinación 178
La simpatía. 179
La gracia. 180
La personalidad. 181
La inteligencia. 182
Cómo se corrige la fealdad. 183
¡Deforme! 185
Las dotes de la verdadera belleza. . . . 186
La encarnación y el colorido. 187
Frente, ojos y nariz 189
La boca y los dientes. 192
Cejas y cabellos 193
Las orejas y el cuello 197
Los pies 198

Págs.

Las manos. 199
El destino en la mano. 201
La voz. 203
La risa y la sonrisa. 204
La mujer fuerte 206
La mujer ideal 207
La estatura 209
Caligrafía y grafología 210
La mujer y las joyas. 211
El lenguaje de las flores. 214
Las cartas de las señoras. 217
El lenguaje del sello. 218
El pañuelo 219
La mujer y la moda. 221
El lenguaje de las cintas. 222
Los perfumes 223
Sombrillas y abanicos. 224
Lenguaje del abanico. 227
Les ridicules 228
El manguito 229
El guante 230
Los delantales. 233
Los cosméticos. 234
Los sombreros. 236
El velo 237
El vestido de seda. 240
Las mujeres que gustan a los hombres. . . 241
Los hombres que gustan a las mujeres. . . 243

LAS REINAS EN EL DESTIERRO

Desterradas de su reino. 246
El paraíso perdido. 247
¿Fué Eva o la serpiente? 249
Añoranza. 250
Los ensueños vanos. 251
El amarguísimo pesar. 253
Lo que habría podido ser. 255
La inútil riqueza 257
Los fantasmas de la dicha. 258
Abdicación voluntaria. 260
Abdicación forzosa. 261
La tabla de salvación. 263
La casa ajena. 265
El pro y el contra. 267
Después de la última página. 268
Las florecillas de la orilla del camino. . . 270
Las grandes causas. 271

Págs.

La hiedra sobre las ruinas. 273
El ejemplo de los humildes. 275
El límite 277
Cuando no seáis desgraciados, sabed ser felices 278
La sombra de la oscuridad. 279
¡Se vive una vez solamente! 281
Socorro mútuo. 283
El olvido de sí mismo. 284
Su majestad el destino. 286
Lo que puede hacer una mujer para bastarse a sí misma. 287
La última diosa. 289
Indice 291

PATRONES MARTÌ

Adoptados universalmente como los más perfectos y los únicos graduables a la medida.

:: Impresos con todos los detalles de confección :: Instructivos y difundidores del buen gusto, son auténticos modelos de las mejores creaciones parisienses.

Cada semestre se publican
: las siguientes carteras :

Cartera de trajes y abrigos señora conteniendo una colección completa de Patrones tamaño natural, con todos los nuevos estilos de trajes, faldas, blusas, batas y abrigos, etc., y un esplendido Album de los modelos correspondientes a dichos Patrones.

La cartera completa franca de portes y certificado, **10** pesetas

Cartera lencería elegante para señora conteniendo una colección completa de Patrones graduables a todas medidas de ropa interior moderna de señora, y un Álbum de juegos completos, modelos correspondientes a dichos patrones.

La cartera completa franca de portes. **10** pesetas

Cartera trajes para niñas con los últimos modelos de Patrones de trajes, chaquetas, blusas, abrigos, etc., cortados todos en seis tamaños, para niñas de 1 a 12 años.

La cartera completa franca de portes, **7·50** pesetas

Cartera trajes para niños con los últimos modelos de Patrones para trajes de pantalón, blusas, abrigos, etc., todos cortados en cinco tamaños, para niños de 3 a 10 años.

La cartera completa franca de portes **7·50** pesetas

Para toda clase de patrones
: pídase el catálogo general :

DE VENTA: Academia Central de Corte Martí PASEO DE GRACIA, 42 Entresuelo, izquierda.
y en la Casa Editorial ARALUCE :—: :: CORTES, 392 :: Barcelona (España)

Hay que prevenirse

Indispensable a los hombres de carrera, de gran intelectualidad y de vida sedentaria; a todos los del comercio, que por necesidad tengan que pasar muchas horas sin sol, ni aire puro, y por fin a todos los que viven en grandes poblaciones, donde el aire saturado de carburo y de microbios es causa de la anemia y de todos los trastornos nerviosos consecutivos a ella. En las convalecencias de las enfermedades infecciosas (tifus, escarlatina, sarampión, etc.) donde la sangre descompuesta por dichos microbios, y el corazón debilitado necesita fuerzas que le saquen de su letargo. Verdadero específico para la vejez; combatid a un viejo la postración nerviosa, dad energía a su corazón y tendréis a un hombre joven.

Esto hace la

Fosfo-Glico-Kola Doménech

gran reconstituyente del sistema nervioso cerebro espinal y del corazón.

:: Muestras gratis. Farmacia B. DOMÉNECH ::

RONDA SAN PABLO, 71 — BARCELONA

EDITOR